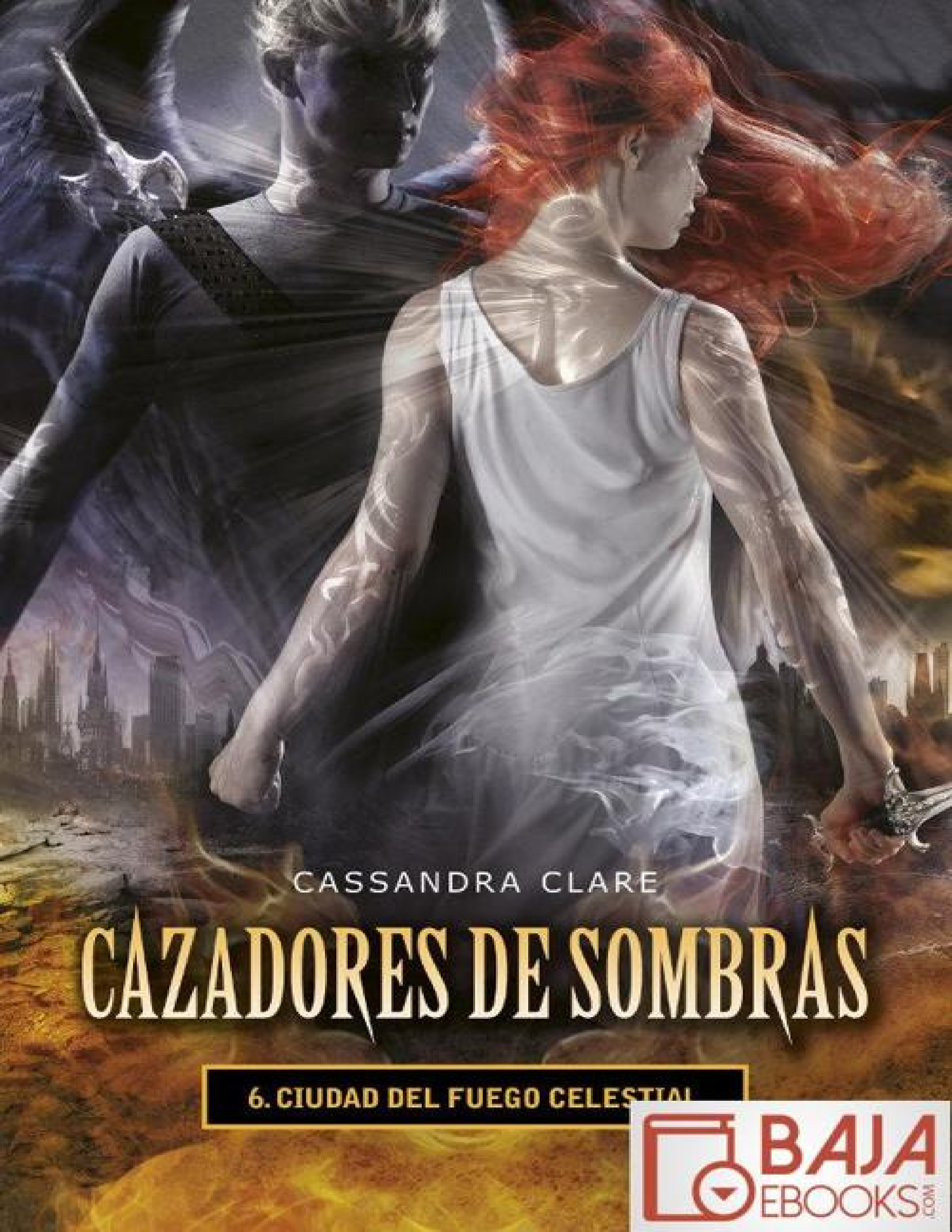

CASSANDRA CLARE
CAZADORES DE SOMBRAS
6. CIUDAD DEL FUEGO CELESTIAL
BAJA
EBOOKS
.COM

ERCHOMAI, HABÍA DICHO SEBASTIAN

Voy de camino.

La oscuridad ha regresado al Mundo de las Sombras. Mientras su mundo se desmorona alrededor, Clary, Jace, Simon y sus amigos deben unirse para luchar contra el mayor enemigo al que se han enfrentado nunca los nefilim: el hermano de Clary. No hay nada en el mundo que pueda derrotarle; ¿deberán ir a otro mundo para tener una posibilidad? Se perderán vidas, se sacrificarán amores y el mundo entero cambiará en el sexto volumen de la serie Cazadores de Sombras.



Cassandra Clare

Ciudad del fuego celestial

Cazadores de sombras - 6

ePub r1.0
macjaj 23.09.14

Título original: *City of Heavenly Fire*
Cassandra Clare, 2014
Ilustración de portada: Cliff Nielsen
Traducción: Patricia Nunes

Editor digital: macjaj
ePub base r1.1

más libros en Bajaebooks.com



Para Elias y Jonah

AGRADECIMIENTOS

La gente a la que quiero ya sabe que la quiero. Esta vez quiero dar las gracias a mis lectores, que me han aguantado a lo largo de toda esta saga, un auténtico torbellino épico, durante incertezas, angustias y sentimientos. No os cambiaría ni por todo el brillo del *loft* de Magnus.

En Dios se halla la gloria: y cuando los hombres aspiran,
Es tan solo una chispa de más de fuego celestial

JOHN DRYDEN, *Absalón y Aquitofel*

PRÓLOGO

CAE COMO LA LLUVIA

Instituto de Los Ángeles, diciembre 2007

El día que mataron a los padres de Emma Carstairs hacía un tiempo estupendo.

Por otra parte, el tiempo solía ser siempre estupendo en Los Ángeles. La madre y el padre de Emma la dejaron una clara mañana de invierno en el Instituto, en las colinas detrás de la Autopista de la Costa del Pacífico, con vistas al océano azul. El cielo era una explanada sin nubes que se extendía desde los acantilados de las Pacific Palisades hasta las playas de Point Dume.

La noche anterior había llegado un informe sobre actividades demoníacas en las cuevas de la playa de Leo Carrillo. Habían encargado a los Carstairs que echaran un vistazo. Más tarde, Emma recordaría a su madre recogiéndose tras la oreja un mechón que el viento le había soltado, mientras se ofrecía a dibujarle un runa de temeridad al padre de Emma, y a este, John Carstairs, riendo y diciendo que no estaba muy seguro de qué opinaba de esas runas nuevas. Ya le iba bien con las que se hallaban en el *Libro Gris*, muchas gracias.

En aquel momento, Emma se había impacientado con sus padres, y los había abrazado apresuradamente antes de echar a correr escalera arriba

hacia la puerta del Instituto, con la mochila que le saltaba entre los hombros mientras les decía adiós con la mano desde el patio.

Emma estaba entusiasmada de poder entrenar en el Instituto. No solo su mejor amigo, Julian, vivía allí, sino que ella siempre se sentía como si estuviera volando hacia el océano al entrar en él. Era una estructura enorme, de madera y piedra, situada al final de un largo camino de gravilla que serpenteaba entre las colinas. Todas las habitaciones, todos los pisos, daban al océano, a las montañas y al cielo, grandes extensiones ondeantes de azules, verdes y dorados. El sueño de Emma era subir al tejado con Jules (aunque hasta ese momento los padres les habían chafado el plan) para contemplar la vista que se abría hasta el desierto del sur.

La puerta principal la reconoció y se abrió con facilidad bajo su empujón. La entrada y los pisos bajos del Instituto estaban llenos de cazadores de sombras adultos que iban de un lado para otro. Algún tipo de reunión, supuso Emma. En medio del gentío, vio de refilón al padre de Julian, Andrew Blackthorn, el director del Instituto. Como no quería que la entretuvieran con saludos, se apresuró a ir al vestuario del segundo piso, donde se cambió los tejanos y la camiseta por el equipo de entrenamiento: una camisa amplia, unos pantalones anchos de algodón y lo más importante: una espada a la espalda.

Cortana. Su nombre solo quería decir «espada corta», pero para Emma no era corta. Tenía la longitud de su antebrazo, de metal brillante y con una inscripción en la hoja que siempre la hacía estremecerse: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*». Su padre le había explicado lo que eso significaba el día que se la había puesto en sus manos de niña de diez años por primera vez.

—Puedes usar esta espada para entrenarte hasta que cumplas los dieciocho, momento en que será tuya —le había dicho John Carstairs, sonriéndole mientras pasaba los dedos por encima de la inscripción—. ¿Entiendes lo que quiere decir?

Ella había negado con la cabeza. «Acero» lo entendía, pero no lo de «temple». «Temple» significaba «temperamento», algo que su padre

siempre le estaba diciendo que debía controlar. ¿Qué tenía eso que ver con la hoja de una espada?

—Ya conoces a la familia Wayland —le había dicho su padre—. Eran famosos por las armas que hacían, antes de que las Hermanas de Hierro comenzaran a forjar todas las armas de filo de los cazadores de sombras. Wayland *el Herrero* creó a *Excálibur* y a *Joyeuse*, las espadas de Arturo y Lancelot, y a *Durendal*, la espada del héroe Rolando. E hicieron también esta espada, del mismo acero. Y todo acero se debe templar, someterlo a un gran calor, casi el suficiente para derretir o destruir el metal; eso lo hace más fuerte. —La besó en la coronilla—. Durante generaciones, esta espada ha pertenecido a los Carstairs. La inscripción nos recuerda que los cazadores de sombras somos las armas del Ángel. Templados por el fuego, nos hacemos más fuertes. Cuando sufrimos, sobrevivimos.

A Emma se le hacía eterno esperar los seis años que le faltaban para cumplir los dieciocho, cuando podría viajar por el mundo luchando contra los demonios, cuando podría templarse en el fuego. En ese momento, se sujetó la espada y salió del vestuario, mientras se imaginaba cómo sería ese futuro. En su imaginación, se hallaba en lo alto de los acantilados ante el mar de Point Dume, rechazando a una horda de demonios raum con *Cortana*. Julian estaba con ella, claro, empleando su arma favorita: la ballesta.

En la imaginación de Emma, Jules, como llamaban a Julian, siempre estaba allí. Emma lo conocía desde que tenía uso de razón. Los Blackthorn y los Carstairs siempre habían estado unidos, y Jules solo tenía unos meses más que ella; Emma nunca había vivido en un mundo sin él. Había aprendido a nadar en el mar con él, cuando ambos eran bebés. Habían aprendido a andar y a correr juntos. Los padres de él la habían llevado en brazos, y los hermanos mayores de Jules la reñían cuando se portaba mal.

Y se había portado mal a menudo. Teñir de azul brillante al gato blanco de la familia Blackthorn, *Oscar*, había sido una idea de Emma cuando tenían siete años. De todas formas, Julian había cargado con la culpa, como solía hacer. Después de todo, había dicho, ella era hija única y él tenía seis

hermanos; sus padres olvidarían su enfado con él mucho antes que los de ella.

Emma recordaba la muerte de la madre de Julian, justo después de nacer Tavvy, y de haberle cogido la mano a Jules mientras el cadáver ardía en los desfiladeros y el humo subía hacia el cielo. Recordaba que él había llorado; recordaba haber pensado que los chicos lloraban de un modo muy diferente del de las chicas, con unos horribles sollozos entrecortados que parecían que se los arrancaran con ganchos. Quizá para ellos fuera más duro, porque se suponía que no debían llorar.

—¡Uff! —Emma se tambaleó hacia atrás; estaba tan sumida en sus pensamientos que se había ido directa contra el padre de Julian, un hombre alto, con el mismo cabello castaño alborotado que la mayoría de sus hijos—. Perdón, señor Blackthorn.

Este sonrió de medio lado.

—Nunca he visto a nadie con tantas ganas de ir a clase —bromeó mientras ella atravesaba corriendo el vestíbulo.

La sala de entrenamiento era una de las favoritas de Emma. Ocupaba casi todo un piso, y tanto la pared del este como la del oeste eran de cristal transparente. Se podía ver el mar azul desde casi cualquier punto en que se mirase. La curva de la costa se veía en toda su extensión, las infinitas aguas del Pacífico extendiéndose hacia Hawái.

En el centro del pulido suelo de madera se hallaba la tutora de la familia Blackthorn, una mujer autoritaria llamada Katerina, que en ese momento estaba ocupada enseñando a los mellizos a lanzar los cuchillos. Livvy seguía las instrucciones obediente, como siempre, pero Ty fruncía el ceño y se resistía.

Julian, vestido con la holgada ropa de entrenamiento, estaba tumbado de espaldas cerca de la ventana y hablaba con Mark, que pretendía leer un libro y hacía todo lo posible para no hacer caso a su medio hermano pequeño.

—¿No crees que Mark es un nombre raro para un cazador de sombras? —estaba diciendo Julian cuando Emma se les acercó—. Quiero decir, si te lo piensas de verdad, es confuso. «Ponme una Marca, Mark».

Mark alzó la rubia cabeza del libro que estaba leyendo y miró molesto a su hermano. Julian jugueteaba con la estela, haciéndola girar en la mano. La cogía como un pincel, algo por lo que Emma siempre lo reñía. Se suponía que debía coger la estela como una estela, como si fuera una prolongación de la mano, no una herramienta artística.

Mark suspiró con exageración. A los dieciséis años era lo suficientemente mayor que Emma y Julian para encontrar que todo lo que estos hacían era molesto o ridículo.

—Si te molesta, puedes llamarme por mi nombre completo —contestó.

—¿Mark Anthony Blackthorn? —Julian arrugó la nariz—. Se tarda mucho en decirlo. ¿Y si nos atacara un demonio? Para cuando llegara a la mitad de tu nombre ya estarías muerto.

—En esa situación, ¿no serías tú quien me salvaría la vida? —preguntó Mark—. ¿No crees que estás yendo demasiado deprisa, eh, renacuajo?

—Podría pasar. —Julian, al que no le había gustado nada que lo llamara renacuajo, se incorporó hasta quedar sentado. Tenía mechones de cabello alborotados por toda la cabeza. Su hermana mayor, Helen, siempre intentaba peinárselo, pero no servía de nada. Tenía el cabello de los Blackthorn, como su padre y la mayoría de sus hermanos: desordenado de cualquier manera y de color castaño. El parecido entre los miembros de la familia fascinaba a Emma, que se parecía muy poco a su madre o a su padre, excepto si se consideraba que su padre también era rubio.

Helen llevaba meses en Idris con su novia, Aline; se habían intercambiado los anillos familiares e iban «muy en serio», según los padres de Emma, lo que sobre todo quería decir que se miraban con ojos de besugo. Emma estaba decidida, si alguna vez se enamoraba, a no ser tan pava. Sabía que había algo de revuelo por el hecho de que Helen y Aline fueran dos chicas, pero no entendía por qué, y los Blackthorn parecían apreciar mucho a Aline. Era una presencia relajante, y hacía que Helen no se pusiera de los nervios.

La ausencia de Helen significaba que nadie le cortaba el pelo a Jules, y el sol que entraba en la sala le teñía de oro las rizadas puntas. Las ventanas de la pared este mostraban el umbrío perfil de las montañas que separaban

el mar del valle de San Fernando; unas colinas secas y polvorientas, llenas de cañones, cactus y matorrales espinosos. A veces, los cazadores de sombras salían a entrenar, y a Emma le encantaban esos momentos, le fascinaba descubrir senderos ocultos y cascadas secretas, y los lagartos adormilados que tomaban el sol en las rocas cercanas. Julian era un experto haciendo que los lagartos se le subieran a la mano y se durmieran allí mientras él les acariciaba la cabeza con el dedo.

—¡Cuidado!

Emma esquivó el cuchillo con punta de madera que pasó volando junto a su cabeza y chocó contra la ventana, salió rebotado y le dio a Mark en la pierna. Este dejó el libro a un lado y se puso en pie, enfadado. Técnicamente, Mark estaba haciendo de segundo supervisor, ayudando a Katerina, aunque prefería leer a enseñar.

—Tiberius —lo reprendió Mark—. No me tires cuchillos.

—Ha sido un accidente. —Livvy se interpuso entre su mellizo y Mark. Tiberius tenía el cabello tan oscuro como rubio lo tenía Mark; era el único de los Blackthorn, aparte de Mark y Helen, que no contaban por tener sangre de subterráneos, que no tenía el cabello castaño y los ojos verde grisáceos de la familia. Ty tenía el cabello negro y rizado, y los ojos del color gris profundo del hierro.

—No, no lo ha sido —replicó Ty—. He apuntado hacia ti.

Mark respiró profundamente con cierta exageración y se pasó las manos por el cabello, lo que contribuyó a dejárselo de punta. Mark tenía los ojos de los Blackthorn, de color verde grisáceo, pero el cabello, igual que el de Helen, era de un rubio casi blanco, como había sido el de su madre. Corría el rumor de que la madre de Mark y Helen había sido una princesa de la corte seelie que había tenido una aventura con Andrew Blackthorn, lo cual había dado como resultado dos niños, a los que, una noche, había abandonado a la puerta del Instituto de Los Ángeles antes de desaparecer para siempre.

El padre de Julian había recogido a sus hijos medio hada y los había criado como cazadores de sombras. La sangre de cazador de sombras era dominante, y aunque al Consejo no le gustara, aceptaba a niños medio

subterráneos en la Clave siempre y cuando su piel soportara las runas. Tanto Helen como Mark habían recibido su primera runa a los diez años, y su piel la había aceptado sin problemas, aunque Emma notaba que a Mark le dolía más ponerse una runa que a un cazador de sombras corriente. Se había fijado en sus muecas de dolor cuando la estela le tocaba la piel, aunque él trataba de ocultarlas. En los últimos tiempos, Emma se había fijado en muchas cosas más de Mark; en lo atractiva que resultaba la forma de su rostro, extraña e influida por su sangre de hada, y en la anchura de los hombros bajo la camiseta. No sabía por qué se estaba fijando en esas cosas, y no acababa de gustarle. Hacía que tuviera ganas de soltarle un improperio a Mark o de esconderse, o a menudo ambas cosas al mismo tiempo.

—Lo estás mirando muy fijamente —dijo Julian, observando a Emma por encima de las rodillas manchadas de pintura de su ropa de entrenamiento.

Emma se puso tensa de golpe.

—¿A qué?

—A Mark… otra vez. —Parecía molesto.

—¡Cierra el pico! —susurró Emma por lo bajo, y le agarró la estela. Él tiró hacia sí y se inició un forcejeo. Emma soltó una risita y se apartó de Julian. Había estado entrenando con él durante tanto tiempo que sabía qué movimiento iba a hacer antes de que lo hiciera. El único problema era que tendía a no darle tanta caña como podría. La idea de que alguien pudiera hacer daño a Julian la enfurecía, y a veces esa furia la incluía a sí misma.

—¿Es por las abejas de tu habitación? —preguntó Mark mientras se acercaba a Tiberius—. ¡Ya sabes que teníamos que tirarlas!

—Supongo que lo hiciste para fastidiarme —replicó Ty. Ty era pequeño para su edad, diez años, pero tenía el vocabulario y la dicción de un chico de dieciocho. Por lo general, no mentía, sobre todo porque no entendía qué necesidad tenía de hacerlo. No podía comprender por qué algunas de las cosas que hacía molestaban o herían a la gente, y sus enfados le resultaban incomprensibles o lo asustaban, dependiendo de su humor en aquel momento.

—No tiene nada que ver con fastidiarte, Ty. No puedes tener abejas en la habitación…

—¡Las estaba estudiando! —protestó Ty, y el rubor le cubrió el pálido rostro—. Era importante, y eran mis amigas, y sabía lo que estaba haciendo.

—¿Igual que sabías lo que estabas haciendo con aquella serpiente de cascabel? —replicó Mark—. A veces te sacamos cosas porque no nos gusta que te hagas daño. Sé que es difícil de entender, Ty, pero te queremos.

Ty lo miró sin expresión. Sabía lo que «te queremos» significaba, y sabía que era algo bueno, pero no entendía por qué con eso se explicaba cualquier cosa.

Mark se inclinó con las manos en las rodillas, los ojos a la altura de los de Ty.

—Vale, esto es lo que vamos a hacer…

—¡Ja! —Emma había conseguido tumbar a Julian de espaldas y arrebatarle la estela de la mano. Este se echó a reír, y se revolvió bajo ella hasta que Emma le apresó el brazo contra el suelo.

—Me rindo —dijo Julian—. Me…

Él se estaba riendo de ella, y de repente Emma se dio cuenta de que la sensación de estar tumbada directamente sobre Jules era extraña, y también se dio cuenta de que, igual que Mark, Julian tenía un rostro hermoso. Redondo, de niño y muy familiar, pero casi podía ver más allá del rostro que su amigo tenía en ese momento e imaginar el que tendría cuando fuera mayor.

El sonido de la campana del Instituto resonó en la sala. Era un ruido profundo, dulce y cantarín, como el de las campanas de una iglesia. Desde fuera, los mundanos veían el Instituto como las ruinas de una antigua misión española. Aunque por todas partes había carteles de PROPIEDAD PRIVADA y NO PASAR, a veces, la gente, sobre todo los mundanos con cierta dosis de Visión, conseguían llegar hasta la puerta principal.

Emma se separó de Julian y se sacudió la ropa. Había dejado de reír. Julian se incorporó apoyado en las manos y la miró con ojos curiosos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me he dado un golpe en el codo —mintió Emma, y miró hacia los otros.

Livvy estaba dejando que Katerina le mostrara cómo sujetar un cuchillo, y Ty negaba con la cabeza mirando hacia Mark. Ty. Había sido ella la que le había puesto ese apodo a Tiberius cuando nació, porque, con solo dieciocho meses, era incapaz de decir «Tiberius» y siempre lo llamaba «Ty-Ty». A veces se preguntaba si él lo recordaría. Era raro, las cosas que le importaban a Ty y las que no se podían predecir.

—¿Emma? —Julian se inclinó hacia adelante, y todo a su alrededor pareció estallar.

Hubo un repentino destello de luz, y el mundo al otro lado de la ventana se volvió rojo y de un dorado casi blanco, como si el Instituto estuviera ardiendo. Al mismo tiempo, el suelo se sacudió bajo ellos como la cubierta de un barco. Emma resbaló mientras desde abajo se alzaba un grito terrible, un chillido horrible e irreconocible.

Livvy ahogó un alarido y rodeó a Ty con los brazos, como si pudiera protegerlo con su propio cuerpo. Livvy era una de las pocas personas que podían tocar a Ty sin que a este le importara; él se quedó con los ojos muy abiertos, una mano agarrando la manga de la camisa de su hermana. Mark ya se había puesto en pie; Katerina estaba pálida bajo sus rizos oscuros.

—Quedaos aquí —le dijo a Emma y a Julian, mientras sacaba la espada de la vaina que le colgaba de la cintura—. Vigilad a los mellizos. Mark, ven conmigo.

—¡No! —exclamó Julian, poniéndose en pie—. Mark…

—No me pasará nada, Jules —le aseguró Mark con una sonrisa confiada; ya tenía la daga en la mano. Era rápido y seguro lanzando cuchillos, nunca fallaba—. Quédate con Emma —insistió, señalándolos a ambos con la cabeza, y luego desapareció en pos de Katerina; la puerta de la sala de entrenamiento se cerró tras ellos.

Jules se acercó más a Emma, le cogió la mano y la ayudó a levantarse; ella quiso decirle que estaba bien y que podía levantarse sola, pero no dijo nada. Entendía la necesidad de Jules de sentir que estaba haciendo algo, alguna cosa para ayudar. De repente, otro grito llegó desde abajo al mismo

tiempo que un estruendo de cristales rompiéndose. Emma corrió hacia los mellizos, que permanecían inmóviles como pequeñas estatuas. Livvy estaba pálida y Ty se le agarraba a la camisa con todas sus fuerzas.

—No va a pasar nada —los tranquilizó Jules mientras colocaba la mano entre los finos omoplatos de su hermano—. Sea lo que sea…

—No tienes ni idea de lo que es —replicó Ty con voz entrecortada—. No puedes decir que no va a pasar nada. No lo sabes.

Entonces se oyó otro ruido. Era peor que el propio sonido del grito. Era un terrible aullido, salvaje y malvado. ¿Licántropos? Emma lo pensó, asombrada, pero ya había oído antes el aullido de los licántropos; eso era algo mucho más siniestro y cruel.

Livvy se apretujó contra el hombro de Ty. Este alzó el rostro, completamente blanco, y deslizó la mirada sobre Emma para posarla en Julian.

—Si nos escondemos aquí —dijo Ty— y lo que sea eso nos encuentra y hacen daño a nuestra hermana, será culpa tuya.

Livvy escondía el rostro en Ty. Este había hablado con calma, pero Emma no tenía ninguna duda de que lo decía en serio. A pesar del impresionante intelecto de Ty, a pesar de toda su rareza y su indiferencia hacia otra gente, era inseparable de su melliza. Si Livvy enfermaba, Ty dormía al pie de su cama; si ella sufría un arañazo, a él le entraba el pánico, y era lo mismo a la inversa.

Emma vio las emociones encontradas que recorrían el rostro de Julian; la buscó con la mirada y ella asintió disimuladamente. La idea de quedarse en la sala de entrenamiento y esperar a que lo que fuera que había hecho esos ruidos fuera hacia ellos, hacía que se sintiera como si la carne se le estuviera separando del hueso.

Julian cruzó la sala y regresó con una ballesta recurvada y dos dagas.

—Tienes que soltar a Livvy, Ty —dijo, y al cabo de un instante los mellizos se separaron. Jules le pasó una daga a Livvy y le ofreció la otra a Tiberius, que la miró como si fuera un bicho raro—. Ty —continuó Jules mientras bajaba la mano—, ¿por qué tenías las abejas en tu cuarto? ¿Qué te gustaba de ellas?

Ty no contestó.

—Te gustaba que trabajaran todas juntas, ¿verdad? —aventuró Julian—. Bueno, pues ahora nosotros tenemos que trabajar juntos. Vamos a ir al despacho y llamar a la Clave, ¿de acuerdo? Una llamada de emergencia. Para que vengan a protegernos.

Ty extendió la mano para coger la daga mientras asentía con sequedad.

—Eso es lo que habría sugerido si Mark y Katerina me hubieran escuchado.

—Lo habría hecho —corroboró Livvy. Había cogido la daga con más seguridad que Ty, y la sujetaba como si supiera qué estaba haciendo con ella—. Eso era lo que Ty estaba pensando.

—Ahora no tenemos que hacer nada de ruido —indicó Jules—. Vosotros dos vais a seguirme hasta el despacho. —Alzó los ojos y miró a Emma—. Emma va a ir a buscar a Tavvy y a Dru, y todos nos reuniremos allí. ¿De acuerdo?

El corazón de Emma subió y bajó en picado en el interior de su pecho como un pájaro marino. Octavius, Tavvy, el bebé, solo de dos años. Y Dru, de ocho, aún demasiado pequeña para entrenarse. Claro que alguien tenía que ir a por ellos. Y Jules se lo rogaba con la mirada.

—Sí —repuso Emma—. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Cortana le colgaba de la espalda a Emma, que también tenía un puñal en la mano. Creyó notar el metal palpitándole en las venas como un corazón mientras avanzaba sigilosamente por el pasillo del Instituto, con la espalda pegada a la pared. De vez en cuando pasaba frente a una ventana, y el panorama del mar azul, las montañas verdes y las tranquilas nubes blancas se burlaba de ella. Pensó en sus padres, en algún punto de la playa, totalmente ignorantes de lo que estaba ocurriendo en el Instituto. Deseó tenerlos allí, y al mismo tiempo se alegraba de que no fuera así. Al menos estaban a salvo.

Se hallaba en la parte del Instituto que mejor conocía: los aposentos de la familia. Pasó ante el dormitorio vacío de Helen, con la ropa amontonada

y el cobertor polvoriento. Ante el de Julian, tan familiar después de haberse quedado a dormir allí millones de veces, y el de Mark, con la puerta bien cerrada. La siguiente habitación correspondía al señor Blackthorn, y justo al lado se hallaba la habitación de los niños. Emma respiró hondo y empujó la puerta con el hombro.

La visión con que se encontró en el cuartito pintado de azul le hizo abrir mucho los ojos por la sorpresa. Tavvy se hallaba en la cuna; agarraba las barras con las manitas y tenía las mejillas rojas de tanto berrear. Drusilla estaba ante la cuna con una espada en la mano (el Ángel sabría de dónde la habría sacado) apuntando directamente a Emma. A Dru le temblaba tanto la mano que la punta de la espada bailaba ante ella; las trenzas le sobresalían a ambos lados de la carita regordeta, pero la mirada en sus ojos Blackthorn era de una determinación de acero: «No te atrevas a tocar a mi hermano».

—Dru —dijo Emma tan bajo como pudo—. Dru, soy yo. Jules me ha enviado a buscaros.

Dru dejó caer la espada y se echó a llorar. Emma pasó junto a ella, sacó al bebé de la cuna con el brazo que tenía libre y se lo sentó a horcajadas en la cadera. Tavvy era pequeño para su edad, pero aun así pesaba unos buenos once kilos; Emma hizo una mueca de dolor cuando el niño se le agarró del pelo.

—Memma —balbuceó el pequeño.

—Shuuu. —Lo besó en la coronilla. Olía a jabón de bebé y a lágrimas—. Dru, agárrate de mi cinturón, ¿vale? Vamos al despacho. Allí estaremos a salvo.

Dru se agarró con las manitas al cinturón de armas de Emma; ya había dejado de llorar. Los cazadores de sombras no lloraban mucho, aunque solo tuvieran ocho años.

Emma los llevó al pasillo. Los ruidos que llegaban de abajo eran aún peores que antes. Los gritos seguían, el profundo aullido, el sonido de cristal rompiéndose y madera quebrándose. Emma avanzó lentamente, agarrando a Tavvy, murmurando sin parar que todo iría bien, que no ocurriría nada. Y pasó ante más ventanas, y el sol cayó sobre ellos sin piedad, casi cegándola.

Estaba cegada, de pánico y por el sol; esa sería la única explicación posible de su equivocación en el siguiente cruce. Se metió en otro pasillo, y en vez de encontrarse en el corredor que esperaba, se halló en lo alto de una amplia escalinata que llevaba al vestíbulo y a la gran puerta de dos hojas de la entrada principal.

El vestíbulo estaba lleno de cazadores de sombras. Algunos sabía que eran los nefilim del Cónclave de Los Ángeles, vestidos de negro; otros vestían de rojo. Había filas de estatuas, y algunas estaban caídas, hechas pedazos o machacadas. El gran ventanal que daba al mar estaba destrozado; había cristales y sangre por todas partes.

Emma notó que se le revolvía el estómago. En medio del vestíbulo se hallaba un hombre alto vestido de escarlata. Era muy rubio, el pelo casi blanco, y su cara parecía el tallado rostro marmóreo de Raziel, solo que totalmente carente de piedad. Los ojos eran negros como la brea, y en una mano llevaba una espada grabada con un dibujo de estrellas; en la otra, una copa hecha de resplandeciente *adamas*.

Al ver la copa, Emma recordó algo. A los adultos no les gustaba hablar de política cuando había cerca jóvenes cazadores de sombras, pero Emma sabía que el hijo de Valentine Morgenstern se había cambiado el nombre y había jurado vengarse de la Clave. Sabía que había hecho una copa opuesta a la copa del Ángel, que volvía malos a los cazadores de sombras, los convertía en criaturas demoníacas. Había oído al señor Blackthorn llamar Oscurecidos a los cazadores de sombras convertidos, y dijo que prefería morir a convertirse en uno de ellos.

Por tanto, ese era él, Jonathan Morgenstern, a quien todo el mundo llamaba Sebastian, un personaje salido de un cuento de hadas hecho realidad, un cuento para asustar a los niños. El hijo de Valentine.

Emma puso la mano en la nuca de Tavvy y le hundió el rostro en su hombro. No podía moverse. Se sentía como si tuviera plomo en los pies. Sebastian estaba rodeado de cazadores de sombras rojos y negros, y de otra gente con capas oscuras. ¿Serían también cazadores de sombras? No podía saberlo; tenían el rostro oculto. Y ahí estaba Mark. Un cazador de sombras

vestido de rojo le sujetaba las manos a la espalda, y tenía la ropa manchada de sangre.

Sebastian alzó la mano e hizo una señal con un dedo largo y blanco.

—Traedla —ordenó. Hubo un murmullo entre la gente y el señor Blackthorn se acercó arrastrando a Katerina tras él. Ella se resistía y lo golpeaba con los puños, pero él era demasiado fuerte. Emma observó con incrédulo horror cómo el señor Blackthorn obligaba a Katerina a ponerse de rodillas.

—Ahora —dijo Sebastian con voz aterciopelada—, bebe de la Copa Infernal. —Y le metió a Katerina la copa entre los labios.

Entonces fue cuando Emma descubrió de dónde provenían los terribles aullidos que había oído antes. Katerina trató de soltarse, pero Sebastian era demasiado fuerte, y Emma la vio tragar a la fuerza. Katerina se apartó, y en esta ocasión el señor Blackthorn no la retuvo; se reía, igual que Sebastian. Katerina cayó al suelo entre espasmos y de su garganta se alzó un solo grito, o algo peor que un grito, un aullido de dolor como si le estuvieran arrancando el alma del cuerpo.

Una carcajada recorrió la sala. Sebastian sonrió, y había en él algo horrible y hermoso al mismo tiempo, del mismo modo que había algo horrible y hermoso en las serpientes venenosas y en los enormes tiburones blancos. Emma se fijó en que estaba flanqueado por dos personajes: una mujer de cabello canoso con un hacha en las manos, y un hombre alto completamente envuelto en una capa negra. Lo único visible de él eran unas botas negras por debajo de la capa. Su altura y la anchura de sus hombros la hicieron pensar que era un hombre fuerte.

—¿Es el último cazador de sombras que hay aquí? —preguntó Sebastian.

—Está el chico, Mark Blackthorn —contestó la mujer que estaba a su lado mientras apuntaba a Mark con el dedo—. Debe de ser lo suficientemente mayor.

Sebastian miró a Katerina, que había dejado de sacudirse y yacía inmóvil, el oscuro cabello enredado sobre el rostro.

—Levántate, hermana Katerina —dijo Sebastian—. Ve y tráeme a Mark Blackthorn.

Clavada en el sitio, Emma observó cómo Katerina se levantaba lentamente. Katerina había sido su tutora en el Instituto desde que Emma podía recordar; era su profesora cuando Tavvy nació, cuando la madre de Jules murió, cuando Emma comenzó el entrenamiento físico. Les había enseñado idiomas, vendado sus heridas, limpiado arañazos y dado sus primeras armas: había sido como de la familia, y en ese momento avanzó, con ojos muertos, sobre el destrozado suelo y cogió a Mark.

Dru ahogó un grito, lo que hizo que Emma reaccionara. Se dio la vuelta y le puso a Tavvy en los brazos; Dru se tambaleó un poco pero recuperó el equilibrio y sujetó a su hermano con fuerza.

—Corre —le ordenó Emma—. Corre al despacho. Dile a Julian que enseguida voy.

La urgencia en la voz de Emma era evidente. Drusilla no discutió, agarró a Tavvy con más fuerza y salió corriendo. Sus piececitos descalzos no hacían ningún ruido contra el suelo. Emma se volvió a mirar el horror que tenía delante. Katerina estaba detrás de Mark, empujándolo, con una daga entre los omoplatos. Se tambaleó y estuvo a punto de caer ante Sebastian. Ahora Mark se hallaba más cerca de la escalera, y Emma pudo ver que había estado luchando. Vio que tenía heridas en las muñecas y las manos, cortes en el rostro; sin duda no había habido tiempo para las runas curativas. Tenía la mejilla derecha cubierta de sangre. Sebastian lo miró y torció el gesto, molesto.

—Este no es nefilim del todo —manifestó—. Parte de hada, ¿me equivoco? ¿Por qué no se me ha informado?

Se oyó un murmullo.

—¿Quiere eso decir que la Copa no funcionará con él, lord Sebastian? —preguntó la mujer canosa.

—Quiere decir que yo no lo quiero —replicó Sebastian.

—Lo podemos llevar al valle de sal —sugirió la mujer canosa—. O a los altos de Edom, y sacrificarlo allí para complacer a Asmodeus y a Lilith.

—No —contestó Sebastian lentamente—. No, creo que no sería buena idea hacerle eso a uno con la sangre de los seres mágicos.

Mark le escupió.

Sebastian pareció sorprendido. Se volvió hacia el padre de Julian.

—Ve y cógelo —le ordenó—. Mátalo, si quieres. No voy a tener paciencia con tu hijo mestizo.

El señor Blackthorn se acercó con un sable en la mano. La hoja ya estaba manchada de sangre. Mark abrió los ojos aterrorizado. El sable se alzó…

El cuchillo dejó la mano de Emma, cortó el aire y se hundió en el pecho de Sebastian Morgenstern.

Este trastabilló unos pasos hacia atrás, y la mano con la que el señor Blackthorn sujetaba la espada descendió. Los otros gritaron. Mark se puso en pie de un salto mientras Sebastian miraba la daga que tenía clavada en el pecho, el mango a la altura del corazón. Frunció el ceño.

—¡Au! —exclamó y se arrancó el cuchillo. La hoja estaba cubierta de sangre, pero a Sebastian ni tan solo parecía molestarle la herida. Tiró el arma y alzó la mirada. Emma sintió esos ojos negros y vacíos sobre ella, como el tacto de unos dedos fríos. Notó que él la evaluaba, la resumía y la reconocía, y luego pasaba de ella.

—Es una pena que no vayas a vivir —le dijo—. Vivir para contarle a la Clave que Lilith me ha fortalecido más allá de todo límite. Quizá *Gloriosa* podría acabar con mi vida. Es una pena para los nefilim no poder pedir más favores al Cielo, y que ninguno de esos tontos instrumentos de guerra que forjan en su Ciudadela Infracta pueda herirme ya. —Se volvió hacia los otros—. Matad a esa niña —ordenó mientras se sacudía la ensangrentada chaqueta en un gesto de desagrado.

Emma vio que Mark se lanzaba hacia la escalera, intentando llegar a ella primero, pero la persona envuelta en la capa oscura junto a Sebastian lo agarró enseguida y tiró de él hacia atrás con sus manos enguantadas. Sus brazos rodearon a Mark y lo sujetaron, casi como si lo protegieran. Mark forcejeaba, y luego Emma dejó de verlo mientras los Oscurecidos corrían en su dirección.

Emma echó a correr. Había aprendido a correr en las playas de California, donde la arena se movía bajo los pies a cada paso, así que sobre un suelo firme era rápida como el rayo. Se lanzó por el pasillo, con el cabello flotando a su espalda; bajó de un salto unos escalones, torció a la derecha y entró en el despacho a toda prisa. Cerró la puerta tras de sí y echó el pasador antes de volverse a mirar.

El despacho era una estancia de buen tamaño, con las paredes cubiertas de libros. Había otra biblioteca en el último piso, pero ahí era desde donde el señor Blackthorn había dirigido el Instituto. Estaba su escritorio de caoba, y sobre él dos teléfonos: uno blanco y otro negro. El auricular del teléfono negro estaba descolgado y lo sujetaba Julian, que hablaba a gritos:

—¡Tenéis que dejar abierto el Portal! ¡Aún no estamos a salvo! Por favor…

Se oyó un fuerte golpe en la puerta cuando los Oscurecidos se lanzaron contra ella. Julian alzó una mirada asustada y el auricular le cayó de las manos al ver a Emma. Ella le devolvió la mirada y luego miró más allá, hacia donde toda la pared este refulgía brillante. En el centro había un Portal, un agujero rectangular a través del cual Emma podía ver sinuosas formas plateadas, un caos de nubes y viento.

Avanzó hacia Julian y este la cogió por los hombros. Le clavó los dedos con fuerza en la piel, como si no pudiera creer que ella estuviera allí, o que fuera real.

—Emma —suspiró, y luego habló deprisa—. Em, ¿dónde está Mark? ¿Dónde está mi padre?

Emma negó con la cabeza.

—No pueden… No he podido… —Tragó saliva—. Es Sebastian Morgenstern —consiguió decir. Y se estremeció cuando la puerta tembló bajo otra embestida—. Tenemos que volver a por ellos… —decidió al tiempo que se daba la vuelta, pero Julian ya la había agarrado por la muñeca.

—¡El Portal! —gritó por encima del ruido del viento y los golpes en la puerta—. ¡Lleva a Idris! ¡Lo ha abierto la Clave! Emma… ¡solo estará abierto unos segundos más!

—¡Pero Mark…! —insistió ella, aunque no tenía ni idea de qué podrían hacer, de cómo abrirse paso entre la multitud de Oscurecidos que se apiñaba en el vestíbulo, de cómo vencer a Sebastian Morgenstern, que era mucho más poderoso que cualquier cazador de sombras normal—. Tenemos que…

—¡Emma! —gritó Julian, y entonces la puerta se abrió de golpe y los Oscurecidos entraron en tropel en la sala.

Emma oyó a la mujer canosa gritar algo, algo sobre que los nefilim iban a arder, que todos arderían en las hogueras de Edom, que arderían y morirían y serían destruidos.

Julian saltó hacia el Portal arrastrando a Emma de la mano. Después de un aterrorizado vistazo a lo que había a su espalda, esta se dejó llevar. Esquivó una flecha que pasó entre ellos y destrozó una ventana a su derecha. Julian la cogió a toda prisa y la rodeó con los brazos; ella notó cómo lo agarraba de la camisa mientras ambos caían hacia el Portal y se los tragaba la tempestad.

PRIMERA PARTE

SACARÉ UN FUEGO

Por tanto, de ti mismo sacaré un fuego que te devorará y te reducirá a ceniza sobre la tierra ante los ojos de todos los que te admiraban. Todos los que te conocían quedarán consternados por tu suerte: serás un objeto de espanto y desaparecerás para siempre.

EZEQUIEL 28: 18-19

1

LA PORCIÓN DE SU COPA

—Imagínate algo relajante. La playa de Los Ángeles… arena blanca, agua azul claro, tú paseándote por la orilla…

Jace abrió un ojo.

—Suena muy romántico.

El chico sentado frente a él suspiró y se pasó las manos por el desgreñado cabello oscuro. Aunque era un frío día de diciembre, los licántropos no notaban las bajas temperaturas tanto como los humanos, y Jordan se había sacado la chaqueta y se había subido las mangas. Estaban sentados uno frente al otro sobre un lecho de hierba amarillenta en un claro de Central Park, ambos con las piernas cruzadas, las manos sobre las rodillas y las palmas hacia arriba.

Un montículo rocoso se alzaba cerca de ellos. Había rocas grandes y pequeñas a partes iguales, y sobre una de las grandes se hallaban sentados Alec e Isabelle Lightwood. Cuando Jace alzó la vista, Isabelle lo estaba mirando y le lanzó un saludo de ánimo. Alec, al ver ese gesto, le dio en el hombro. Jace lo vio reñir a Izzy, probablemente diciéndole que no debía desconcentrar a Jace. Este sonrió para sí. Ninguno de ellos tenía una razón para estar allí, pero de todas formas habían acudido, como «apoyo moral». Aunque Jace sospechaba que tenía más que ver con que Alec, últimamente,

no soportaba estar sin hacer algo; Isabelle no soportaba que su hermano estuviera solo, y ambos querían evitar estar con sus padres y en el Instituto.

Jordan chasqueó los dedos bajo la nariz de Jace.

—¿Estás prestando atención?

Jace frunció el ceño.

—Lo estaba, hasta que entramos en el terreno de los malos anuncios de viajes.

—Bueno, ¿qué es lo que te hace sentirte tranquilo y relajado?

Jace levantó las manos de las rodillas; en la posición del loto estaba empezando a notar calambres en las muñecas. Echó los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos. Un viento helado agitó las pocas hojas muertas que aún colgaban de las ramas de los árboles. Contra el pálido cielo invernal, las hojas adquirían cierta elegancia, como dibujos hechos a tinta con plumilla.

—Matar demonios —contestó Jace—. Acabar con uno limpiamente es muy relajante. Los chapuceros son más molestos, porque después tienes que limpiar…

—No. —Jordan alzó las manos. Bajo las mangas de la camisa eran visibles los tatuajes que le rodeaban los brazos. *Shaantih, shaantih, shaantih*. Jace sabía que significaba «la paz que va más allá de la comprensión», y que supuestamente debías repetir la palabra tres veces, siempre que recitabas el mantra, para relajar la mente. Pero últimamente nada parecía relajarlo. El fuego en sus venas hacía que la mente también le fuera a cien; los pensamientos le llegaban demasiado deprisa, uno tras otro, como fuegos artificiales al estallar. Sueños tan vívidos y cargados de color como cuadros al óleo. Había probado a entrenar hasta agotarse; horas y horas en la sala de entrenamiento; sangre, moretones y sudor, y una vez, hasta dedos rotos. Pero no había conseguido mucho más que irritar a Alec pidiéndole runas de sanación y, en una ocasión memorable, hacer arder las vigas.

Había sido Simon quien le había contado que su compañero de piso meditaba todos los días, y quien le había dicho que adoptar esa costumbre era lo que le había calmado los incontrolables ataques de rabia que a menudo formaban parte de la transformación en licántropo. Después de eso,

no había costado nada que Clary le sugiriera a Jace que «por qué no lo probaba», y ahí estaban, en su segunda sesión. La primera había acabado cuando Jace había dejado una marca ardiente en el suelo de parqué de Simon y Jordan; por eso este último había sugerido que, para su segunda sesión, fueran a alguna otra parte y así evitar más daños a su propiedad.

—Nada de matar —dijo Jordan—. Estamos intentando que estés tranquilo. Sangre, muerte, guerra; eso no son cosas tranquilas. ¿No hay nada más que te guste?

—Las armas —contestó Jace—. Me gustan las armas.

—Comienzo a pensar que tenemos un problema de filosofía personal.

Jace se echó hacia adelante, las palmas apoyadas sobre la hierba.

—Soy un guerrero —replicó—. Me criaron como a un guerrero. No tuve juguetes, tuve armas. Dormí con una espada de madera hasta los cinco años. Mis primeros libros eran demonologías medievales con dibujos. Las primeras canciones que aprendí fueron los cantos para hacer desaparecer a los demonios. Sé lo que me tranquiliza, y no son las playas doradas o los pajaritos cantando en la jungla. Quiero un arma en la mano y una estrategia para vencer.

Jordan lo miró a los ojos.

—Me estás diciendo que lo que te da paz es la guerra.

Jace alzó las manos y se puso en pie, luego se sacudió la hierba de los tejanos.

—Por fin lo entiendes. —Oyó el crujido de la hierba seca y se volvió a tiempo de ver a Clary escabullirse en un espacio entre dos árboles y aparecer en el claro, con Simon solo unos pasos por detrás. Clary tenía las manos en los bolsillos traseros y se estaba riendo.

Jace los observó durante un momento; era curioso mirar a gente que no sabía que estaba siendo observada. Recordó la segunda vez que había visto a Clary, al otro lado del salón principal de Java Jones. Ella reía y hablaba con Simon del mismo modo en que lo estaba haciendo en ese momento. Recordaba la desconocida punzada de celos en el pecho, el aliento contenido, la sensación de satisfacción cuando ella dejó a Simon y fue a hablar con él.

Las cosas habían cambiado. Había pasado de estar consumido de celos por Simon a respetar a regañadientes su tenacidad y valor, y hasta llegar a considerarlo un amigo, aunque dudaba de que nunca fuera a decir eso en voz alta. Jace observó a Clary lanzarle un beso mientras se alejaba con la melena roja recogida en una coleta saltando a su espalda. Era demasiado pequeña; delicada como una muñeca. Eso es lo que había pensado alguna vez, antes de enterarse de lo fuerte que era.

Clary fue hacia Jace y Jordan, y dejó a Simon escalar el terreno rocoso hasta donde estaban Alec e Isabelle. A llegar se dejó caer junto a Isabelle, que inmediatamente se inclinó hacia él para decirle algo, la cortina de su negra melena ocultándole el rostro.

Clary se detuvo ante Jace, meciéndose sobre los talones y sonriendo.

—¿Qué tal va?

—Jordan quiere que piense en la playa —respondió Jace muy serio.

—Es obstinado —le dijo Clary a Jordan—. Lo que quiere decir es que te lo agradece.

—La verdad es que no —replicó Jace.

Jordan soltó un bufido.

—Sin mí estaría dando saltos por la avenida Madison, con chispas saliéndole de todos los orificios. —Se puso en pie y se enfundó su chaqueta verde—. Tu novio está loco —le dijo a Clary.

—Sí, pero está bueno —repuso Clary—. Eso es lo que tiene.

Jordan hizo una mueca, pero de buen humor.

—Me voy —dijo—. He quedado con Maia en el centro. —Hizo una imitación de un saludo militar y se marchó; se metió entre los árboles y desapareció con el paso silencioso del lobo que era bajo la piel. Jace lo observó alejarse.

«Un salvador realmente inesperado», pensó.

Seis meses atrás no habría creído a nadie que le hubiera dicho que iba a acabar tomando clases de comportamiento de un licántropo.

Jordan, Simon y Jace habían entablado algo parecido a una amistad en los últimos meses. Jace no podía evitar emplear el apartamento de los otros dos como refugio, un lugar fuera de las presiones diarias del Instituto, lejos

de todo lo que le recordaba que la Clave seguía sin estar preparada para la guerra contra Sebastian.

Erchomai.

Esa palabra rozó la mente de Jace como si fuera una pluma y lo hizo estremecerse. Vio el ala de un ángel arrancada del cuerpo, en medio de un charco de sangre dorada.

«Voy de camino».

—¿Qué pasa? —preguntó Clary.

De repente, Jace parecía estar a un millón de kilómetros de allí. Desde que el fuego celestial le había entrado en el cuerpo, tendía a perderse más a menudo dentro de su cabeza. Clary tenía la sensación de que era uno de los efectos secundarios de reprimir sus emociones. Notó una pequeña punzada. Jace, cuando ella lo conoció, era tan controlado…, solo un hililllo de su yo real se había escapado entre las grietas de su armadura emocional, como luz entre las rendijas de una pared. Había costado mucho romper esas defensas. En esos momentos, sin embargo, el fuego que tenía en las venas lo estaba obligando a levantarlas de nuevo, a reprimir sus emociones en aras de la seguridad. Pero cuando el fuego se apagara, ¿sería capaz de volver a desmantelarlas?

Jace parpadeó; la voz de Clary lo había hecho regresar. El sol invernal era alto y frío, le afilaba los huesos del rostro y les daba relieve a las ojeras. Jace le cogió la mano y respiró hondo.

—Tienes razón —dijo en la voz más baja y seria que reservaba solo para ella—. Sí que me ayudan… las clases con Jordan. Me ayudan y se lo agradezco.

—Lo sé. —Clary le rodeó la cintura con el brazo. Le notó la piel caliente; desde su encuentro con *Gloriosa* parecía tener un par de grados más de lo normal. El corazón aún marcaba su ritmo conocido y firme, pero la sangre que le pasaba por las venas parecía pulsar bajo el tacto de Clary con la energía cinética de un fuego a punto de prender.

Se puso de rodillas para besarlo en la mejilla, pero él se volvió y sus labios se rozaron. Desde que el fuego había comenzado a rugirle en las venas, solo se habían besado, e incluso eso, con cuidado. Jace rozó suavemente la boca de ella, cerrándole la mano en el hombro. Durante un momento se quedaron cuerpo contra cuerpo, y ella notó el golpeteo y el latido de la sangre de Jace. Él la acercó más a sí, y una chispa punzante y seca saltó entre ellos, con el chasquido de la electricidad estática.

Jace rompió el beso y se apartó soltando el aire contenido. Antes de que Clary pudiera decir nada, un coro de aplausos sarcásticos se elevó desde la colina cercana. Simon, Isabelle y Alec los saludaron con la mano. Jace hizo una reverencia mientras Clary se apartaba con timidez y colgaba los pulgares del cinturón de los vaqueros.

Jace suspiró.

—¿Vamos con nuestros molestos amigos *voyeurs*?

—Por desgracia, son los únicos amigos que tenemos. —Clary le dio con el hombro en el brazo y fueron hacia las rocas. Simon e Isabelle estaban juntos, hablando en voz baja. Alec se sentaba un poco aparte, y miraba la pantalla de su móvil con una expresión de intensa concentración.

Jace se dejó caer junto a su *parabatai*.

—He oído decir que si miras esa cosas lo suficiente, acaban por sonar.

—Ha estado enviando mensajes a Magnus —reveló Isabelle, echándole una mirada de desaprobación.

—No es cierto —replicó Alec automáticamente.

—Sí que lo es —rebatió Jace, y estiró el cuello para mirar por encima del hombro de Alec—. Y llamándolo. Puedo ver tus llamadas realizadas.

—Es su cumpleaños —se excusó Alec, y cerró su móvil. Esos días parecía más pequeño, casi demacrado bajo su gastado jersey azul con agujeros en los codos; los labios mordidos y resecos. A Clary le daba pena. Se había pasado las primeras semanas después de que Magnus rompiera con él en una especie de duermevela de tristeza e incredulidad. Ninguno de ellos podía creerlo. Clary siempre había pensado que Magnus amaba a Alec, que lo amaba de verdad; y era evidente que Alec también lo había creído.

—No quería que pensara que yo no… que pensara que me había olvidado.

—Estás comiéndote el coco —lo reconvino Jace.

Alec se encogió de hombros.

—Mira quién habla. «Oh, la quiero. Oh, es mi hermana. Oh, ¿por qué, por qué…?».

Jace le tiró un puñado de hojas secas a la cara, y Alec tuvo que escupir.

Isabelle se rio.

—Sabes que tiene razón, Jace.

—Dame tu móvil —ordenó Jace, sin hacer caso a Isabelle—. Va, Alexander.

—No es asunto tuyo —replicó Alex, apartando el móvil—. Olvídate, ¿vale?

—No comes, no duermes, te pasas el día mirando el móvil, y ¿se supone que debo olvidarlo? —soltó Jace. Su voz sonaba muy agitada; Clary sabía lo mal que le sentaba que Alec fuera infeliz, pero no estaba tan segura de que Alec lo supiera. En circunstancias normales, Jace habría matado, o al menos amenazado, a cualquiera que hubiera hecho daño a Alec, pero esto era diferente. A Jace le gustaba ganar, pero no se podía ganar cuando se trataba de un corazón roto, incluso si era el de otra persona, de alguien a quien se quería.

Jace se inclinó y le arrebató el móvil de las manos a su *parabatai*. Alec protestó y trató de recuperarlo, pero Jace lo sujetó con una mano mientras con la otra pasaba hábilmente por la pantalla de mensajes.

—«Magnus, llámame. Necesito saber si estás bien…». —Jace negó con la cabeza—. Vale, no. Simplemente no. —Con un movimiento firme partió el móvil en dos. La pantalla se quedó en blanco y Jace dejó caer los trozos al suelo—. Aquí lo tienes.

Alec miró los restos sin poder creérselo.

—¡Me has ROTO EL MÓVIL!

Jace se encogió de hombros.

—Los tíos no dejan que los otros tíos no paren de llamar a otros tíos. De acuerdo, eso ha quedado muy mal. Los amigos no dejan que sus amigos no

paren de llamar a sus ex y colgar. Tienes que parar.

Alec parecía furioso.

—Así que has roto mi móvil nuevo, ¿no? Pues muchas gracias.

Jace sonrió beatíficamente y se tumbó sobre la roca.

—De nada.

—Míralo por el lado bueno —intervino Isabelle—. No podrás recibir más mensajes de mamá. Hoy ya me ha escrito seis veces. He apagado el teléfono. —Se palmeó el bolsillo mientras le lanzaba una mirada cómplice.

—¿Y qué quiere? —preguntó Simon.

—Reuniones constantes —respondió Isabelle—. Declaraciones. La Clave sigue queriendo oír lo que pasó cuando luchamos contra Sebastian en el Burren. Todos hemos tenido que contarlo como unas cincuenta veces. Cómo Jace absorbió el fuego celestial de *Gloriosa*. Descripciones de los cazadores oscuros, la Copa Infernal, las armas que usaban, las runas que llevaban encima. Cómo íbamos vestidos, cómo iba vestido Sebastian, cómo iba vestido cada uno. Igual que una línea porno, pero aburrido.

Simon hizo un sonido ahogado.

—Qué creemos que quiere Sebastian —añadió Alec—. Cuándo volverá. Qué hará cuando vuelva.

Clary apoyó los codos en las rodillas.

—Siempre es bueno saber que la Clave tiene un plan bien pensado y seguro.

—No quieren creerlo —dijo Jace, mirando al cielo—. Ese es el problema. Por muchas veces que les contemos lo que vimos en el Burren; por mucho que les digamos lo peligrosos que son los Oscurecidos. No quieren creer que se pueda corromper a los nefilim; que los propios cazadores de sombras puedan matar a cazadores de sombras.

Clary había estado allí cuando Sebastian creó a los primeros Oscurecidos. Había visto la falta de expresión en sus ojos, la furia con la que luchaban. Aquello la había aterrorizado.

—Ya no son cazadores de sombras —añadió en voz baja—. Ya no son personas.

—Es difícil de creer si no lo has visto —apuntó Alec—. Y Sebastian solo tiene a unos cuantos. Una pequeña fuerza, repartida; no quieren creer que sea una auténtica amenaza. O si es una amenaza, prefieren creer que era más una amenaza para nosotros, los de Nueva York, que para todos los cazadores de sombras en general.

—No se equivocan al pensar que si a Sebastian le importa algo, ese algo es Clary —admitió Jace, y Clary sintió un escalofrío en la espalda, una mezcla de asco y recelo—. No tiene sentimientos, no como nosotros, pero si los tuviera, los tendría por ella. Y los tiene con Jocelyn. La odia. —Se detuvo pensativo—. Pero no creo que vaya a atacar directamente aquí. Demasiado… evidente.

—Espero que le hayas dicho eso a la Clave —dijo Simon.

—Como unas mil veces —asintió Jace—. Creo que no tiene una gran opinión de mis percepciones.

Clary se miró las manos. Había declarado ante la Clave, como todos ellos; había respondido a todas sus preguntas. Aunque había cosas sobre Sebastian que no les había contado, que no había contado a nadie. Cosas que él le había dicho que quería de ella.

No había soñado mucho desde que habían regresado del Burren con las venas de Jace llenas de fuego, pero en esas pocas ocasiones había tenido pesadillas. Siempre eran sobre su hermano.

—Es como tratar de luchar contra un fantasma —soltó Jace—. No pueden localizar a Sebastian, no pueden encontrarlo, no pueden encontrar a los cazadores de sombras que ha transformado.

—Están haciendo todo lo posible —intervino Alec—. Están reforzando todas las salvaguardas alrededor de Idris y Alacante. Todas las salvaguardas, de hecho. Han enviado docenas de expertos a la isla de Wrangel.

La isla de Wrangel era el centro de todas las salvaguardas del mundo, los hechizos que protegían el globo, y a Idris en particular, de los demonios y sus invasiones. La red de salvaguardas no era perfecta, y a veces se colaban algunos demonios, pero Clary no quería ni imaginarse lo mal que se pondrían las cosas si las salvaguardas dejaran de existir.

—He oído decir a mamá que los brujos del Laberinto Espiral han estado buscando un modo de invertir los efectos de la Copa Infernal —comentó Isabelle—. Claro que sería mucho más fácil si tuvieran los cadáveres para estudiarlos…

Dejó la frase a medias; Clary sabía por qué. Los cadáveres de los cazadores oscuros muertos en el Burren se habían llevado a la Ciudad de Hueso para que los examinaran los Hermanos Silenciosos. Pero los Hermanos no habían tenido esa oportunidad. En una noche, los cadáveres se habían descompuesto como si llevaran décadas muertos. Lo único que pudieron hacer fue quemar los restos.

Isabelle continuó con lo que estaba diciendo.

—Y las Hermanas de Hierro están haciendo armas a destajo. Estamos recibiendo miles de cuchillos serafines, espadas, *chakhrams*, de todo… forjados con fuego celestial. —Miró a Jace. En los días después de la batalla del Burren, cuando el fuego le ardía a Jace en las venas con una violencia que a veces le hacía gritar de dolor, los Hermanos Silenciosos lo habían examinado una y otra vez, le habían hecho pruebas con hielo y llamas, con metal bendito y frío hierro, tratando de ver si había alguna manera de extraerle el fuego, de contenerlo.

No la habían encontrado. El fuego de *Gloriosa*, que antes había estado contenido en una espada, parecía no tener ninguna prisa en habitar otra, o en cambiar el cuerpo de Jace por cualquier otro contenedor. El hermano Zachariah le había dicho a Clary que, en los primeros días de los cazadores de sombras, los nefilim habían tratado de atrapar el fuego celestial en un arma, algo que pudiera blandirse contra los demonios. Nunca lo habían conseguido, y finalmente los cuchillos serafines habían pasado a ser su mejor arma. Al final, los Hermanos Silenciosos habían vuelto a rendirse. El fuego de *Gloriosa* quedó enrollado en las venas de Jace como una serpiente, y lo mejor que podían esperar era conseguir controlarlo para que no lo destruyera.

Se oyó el pitido de un mensaje de texto entrante; Isabelle había vuelto a encender el móvil.

—Mamá dice que volvamos ya al Instituto —explicó—. Hay una reunión. Tenemos que asistir. —Se puso en pie y se sacudió el vestido—. Te invitaría a venir —le dijo a Simon—, pero ya sabes, estás excluido por ser un no muerto y todo eso.

—Lo sé —asintió Simon mientras se ponía en pie. Clary se levantó y le tendió la mano a Jace. Este la cogió y se incorporó.

—Simon y yo nos vamos de compras de Navidad —informó Clary—. Y no podéis venir ninguno de vosotros, porque vamos a comprar vuestros regalos.

Alec parecía horrorizado.

—Oh, Dios. ¿Quiere decir eso que tengo que compraros regalos?

Clary negó con la cabeza.

—¿Acaso los cazadores de sombras no…? Ya sabéis…, Navidad. —De repente recordó un día de Acción de Gracias bastante angustioso en casa de Luke, cuando Jace, al pedirle que trinchara el pavo, se había lanzado sobre el bicho con una espada hasta que no quedaron más que finas láminas del ave. Quizá no.

—Intercambiamos regalos, honramos el cambio de estaciones —contestó Isabelle—. Solíamos tener una fiesta invernal del Ángel. Celebraba el día que Jonathan Cazador de Sombras recibió los Instrumentos Mortales. Creo que los cazadores de sombras se enfadaron por no poder disfrutar de las celebraciones mundanas, así que muchos Institutos hacen fiestas de Navidad. La del de Londres es famosa. —Se encogió de hombros—. Pero no creo que nosotros vayamos a hacer una… este año.

—Oh. —Clary se sintió fatal. Claro que no quería celebrar la Navidad después de perder a Max—. Bueno, al menos dejadnos que os compremos los regalos. No tiene por qué haber una fiesta ni nada de eso.

—De acuerdo. —Simon alzó los brazos—. Yo tengo que comprar regalos de Hanukkah. Es obligatorio según la ley judía. El Dios de los judíos es un Dios furioso. Y le van mucho los regalos.

Clary le sonrió. A Simon cada vez le costaba menos decir la palabra «Dios».

Jace suspiró y besó a Clary; un rápido roce de despedida de los labios en la sien de ella, pero la hizo estremecerse. No poder tocar ni besar a Jace estaba comenzando a ponerla muy nerviosa. Le había prometido que nunca importaría, que lo amaría incluso si no podía volver a tocarlo, pero odiaba esa situación, odiaba perderse la sensación de seguridad que siempre le daba el modo en que encajaban juntos físicamente.

—Te veré después —dijo Jace—. Vuelvo con Alec e Izzy…

—No, para nada —exclamó Isabelle inesperadamente—. Le has roto el móvil a Alec. Vale que todos llevábamos semanas queriendo que lo hicieras…

—¡Isabelle! —exclamó Alec.

—Pero eres su *parabatai*, y el único que no ha ido a ver a Magnus. Ve a hablar con él.

—¿Y a decirle qué? —replicó Jace—. No puedes convencer a la gente para que no rompa contigo… O quizá sí —añadió rápidamente al ver la expresión de Alec—. ¿Quién puede decirlo? Iré a probar.

—Gracias. —Alec le dio una palmada en el hombro—. He oído que, cuando quieres, puedes ser encantador.

—Yo también lo he oído —replicó Jace, y echó a correr de espaldas. Incluso eso lo hacía con gracia, pensó Clary tristemente. Y sexy. Sin duda también resultaba sexy. Alzó la mano para despedirse sin ganas.

—Hasta luego —dijo, y pensó para sí: «Si aún no he muerto de frustración».

Los Fray nunca habían sido una familia religiosa, pero a Clary le encantaba la Quinta Avenida en Navidad. El aire olía a castañas asadas, y los escaparates brillaban de color plata y azul, verde y rojo. Ese año había gruesos cristales redondos haciendo de copos de nieve en todas las farolas, y reflejaban los rayos del sol invernal en colores dorados. Por no hablar del enorme árbol ante el Rockefeller Center. Su sombra cayó sobre ellos cuando se pegaron a la verja que rodeaba la pista de patinaje para observar a los turistas caer mientras trataban de avanzar sobre el hielo.

Clary sujetaba en las manos un vaso de chocolate caliente, y su calor se le extendía por el cuerpo. Se sentía casi normal; eso, ir a la Quinta para ver los escaparates y el árbol, había sido una tradición invernal de Simon y ella desde que podía recordar.

—Es como en los viejos tiempos, ¿verdad? —comentó Simon, haciéndose eco de los pensamientos de Clary mientras apoyaba la barbilla en los brazos doblados.

Ella lo miró de reojo. Simon llevaba un abrigo negro y una bufanda negra que acentuaban la palidez de su piel. Tenía los ojos ensombrecidos, lo que indicaba que no se había alimentado de sangre recientemente. Aparentaba lo que era: un vampiro hambriento y cansado.

«Bueno —pensó Clary—. Casi como en los viejos tiempos».

—Más gente a la que comprar regalos —dijo en voz alta—. Además de la siempre traumática pregunta de qué comprar en las primeras Navidades a alguien con quien has empezado a salir.

—¿Qué comprarle a un cazador de sombras que lo tiene todo? —bromeó Simon sonriendo.

—Lo que más le gusta a Jace son las armas —dijo Clary—. También le gustan los libros, pero tiene una enorme biblioteca en el Instituto. Le gusta la música clásica… —Se animó de repente. Simon era músico. Aunque su grupo era terrible y siempre estaba cambiando de nombre (en ese momento se llamaban Suflé Letal), era evidente que tenía formación musical—. ¿Qué le regalarías a alguien a quien le gusta tocar el piano?

—Un piano.

—Simon…

—¿Un enorme metrónomo que también pueda emplear como arma?

Clary suspiró exasperada.

—Partituras. Rachmaninoff es difícil, pero a él le gustan los retos.

—Buena idea. Voy a ver si hay alguna tienda de música por aquí. —Clary, acabado el chocolate, tiró el vaso a una papelera y sacó el móvil—. ¿Y tú qué? ¿Qué le vas a regalar a Isabelle?

—No tengo ni la más remota idea —contestó Simon. Comenzaron a caminar hacia la avenida, donde un torrente de peatones se acumulaba

delante de los escaparates atascando la calle.

—Oh, vamos. Isabelle es fácil.

—Estás hablando de mi novia. —Simon frunció las cejas—. Eso creo. No estoy seguro. No lo hemos hablado. Lo de la relación, me refiero.

—Tienes que DLR, Simon.

—¿Qué?

—Definir la relación. Qué es, hacia dónde va… ¿Sois novios, es solo por divertiros, «es complicado» o qué? ¿Cuándo se lo va a decir a sus padres? ¿Puedes ver a otra gente?

Simon palideció aún más.

—¿Qué? ¿De verdad?

—De verdad. Mientras tanto… ¡perfume! —Clary agarró a Simon por el cuello del abrigo y lo metió en una tienda de cosméticos. Por dentro era enorme, con filas de botellitas brillantes por todas partes—. Y algo poco corriente —continuó Clary, mientras se dirigía hacia la zona de las fragancias—. Isabelle no querrá oler como las demás. Querrá oler a higos, o a vetiver, o a…

—¿Higos? ¿Los higos huelen? —Simon parecía horrorizado; Clary estaba a punto de echarse a reír cuando su móvil emitió un zumbido. Era su madre.

¿DÓNDE ESTÁS?

Clary puso los ojos en blanco y respondió al mensaje. Jocelyn aún se ponía nerviosa cuando pensaba que Clary estaba con Jace. Aunque, como su hija le había dejado bien claro, seguramente Jace era el novio más seguro del mundo, ya que era como si tuviera prohibido (1) enfadarse, (2) hacer cualquier cosa de tipo sexual y (3) hacer nada que le produjera una subida de adrenalina.

Por otro lado, había estado poseído; su madre y ella lo habían visto quedarse quieto mientras Sebastian amenazaba a Luke. Clary aún no había hablado con él de todo lo que había visto en el apartamento que compartió

con Jace y Sebastian durante aquel breve tiempo fuera del tiempo, una mezcla de sueño y pesadilla. Nunca le había dicho a su madre que Jace había matado a gente; había cosas que Jocelyn no tenía por qué saber, cosas a las que ni Clary misma quería enfrentarse.

—Hay tantas cosas en esta tienda que a Magnus le gustarían… —comentó Simon mientras cogía una botella de purpurina corporal suspendida en algún tipo de aceite—. ¿Va contra las normas comprar un regalo a alguien que ha roto con tu amigo?

—Supongo que eso depende. ¿Magnus es más amigo que Alec?

—Alec recuerda mi nombre —respondió Simon, y dejó la botella en el estante—. Y me da pena. Entiendo por qué Magnus lo ha hecho, pero Alec está tan deprimido… Me parece que si alguien te ama, debería perdonarte, si tú realmente lo lamentas.

—Creo que depende de lo que hayas hecho —aportó Clary—. No me refiero a Alec; hablo en general. Estoy segura de que Isabelle te perdonaría cualquier cosa —añadió a toda prisa.

Simon no parecía muy seguro.

—Quédate quieto —le pidió Clary mientras le acercaba una botella a la cabeza—. En tres minutos voy a olerte el cuello.

—Bueno, no me lo esperaba —bromeó Simon—. Has tardado mucho en dar este paso, Fray, eso no te lo negaré.

Clary no se molestó en replicarle; aún estaba pensando en lo que había dicho Simon sobre perdonar, y recordó algo más, la voz de alguien, su rostro y sus ojos. Sebastian sentado frente a ella a una mesa en París.

«¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que el perdón es posible para alguien como yo?».

—Hay cosas que nunca se pueden perdonar —afirmó finalmente—. Nunca podré perdonar a Sebastian.

—No lo amas.

—No, pero es mi hermano. Si las cosas fueran diferentes…

«Pero no lo son».

Clary dejó a un lado ese pensamiento y se inclinó para inspirar.

—Hueles a higos y albaricoques.

—¿De verdad crees que Isabelle quiere oler como un plato de fruta seca?

—Quizá no. —Clary cogió otra botella—. Y ¿qué vas a hacer?

—¿Cuándo?

Clary alzó la mirada, ponderando en qué se diferenciaría una tuberosa de una rosa normal, y vio a Simon que la miraba con los ojos cargados de confusión.

—Bueno —explicó Clary—, no puedes vivir para siempre con Jordan, ¿no? Está la universidad…

—Tú no vas a ir a la universidad —la cortó Simon.

—No, pero soy una cazadora de sombras. Estudiamos hasta los dieciocho y luego nos envían a otros Institutos; esa es nuestra universidad.

—No me gusta la idea de marcharme. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo—. No puedo ir a la universidad —afirmó—. Mi madre no es que esté pensando precisamente en pagármela, y no puedo conseguir un préstamo de estudiante. Además, ¿cuánto tardarían los de la facultad en darse cuenta de que ellos se hacen mayores y yo no? Los chicos de dieciséis años no parecen universitarios de último año, no sé si te habrás fijado.

Clary dejó otra botella sobre el estante.

—Simon…

—Quizá debería comprarle algo a mi madre —soltó Simon con amargura—. ¿Qué es lo que dice: «Gracias por echarme de casa y hacer como si estuviera muerto»?

—¿Unas orquídeas?

Pero Simon ya no tenía ganas de bromear.

—Quizá no sea como en los viejos tiempos —repuso—. Yo te habría comprado lápices, cosas de dibujo…, pero ya no dibujas, ¿verdad?, excepto con la estela. Tú no dibujas y yo no respiro. No se parece mucho al año pasado.

—Tal vez deberías hablar con Raphael —sugirió Clary.

—¿Raphael?

—Él sabe cómo viven los vampiros —explicó—, cómo se montan la vida, cómo consiguen dinero, cómo cogen pisos… Él sabe todas esas cosas.

Podría ayudarte.

—Podría, pero no lo hará —respondió Simón, ceñudo—. No he sabido nada del grupo de Dumort desde que Maureen reemplazó a Camille. Sé que Raphael es su segundo. Estoy convencido de que aún cree que llevo la Marca de Caín; si no ya habría enviado a alguien a por mí. Es cuestión de tiempo.

—No. No van a tocarte. Sería la guerra con la Clave. El Instituto lo ha dejado muy claro —le recordó Clary—. Estás protegido.

—Clary, ninguno de nosotros está protegido.

Antes de que ella pudiera responder, oyó que alguien la llamaba. Totalmente sorprendida, miró hacia allí y vio a su madre que se abría paso entre la multitud de compradores. A través de la ventana pudo ver a Luke esperando en la acera. Con su camisa de franela, parecía fuera de lugar entre los elegantes neoyorquinos.

Jocelyn consiguió deslizarse entre el gentío, llegó hasta ellos y abrazó a Clary. Esta, anonadada, miró por encima del hombro de su madre a Simon, que hizo un gesto de indiferencia. Finalmente, Jocelyn la soltó y dio un paso atrás.

—Estaba tan preocupada de que algo pudiera haberte ocurrido…

—¿En Sephora? —preguntó Clary.

Jocelyn frunció el ceño.

—¿No te has enterado? Supuse que Jace ya te habría enviado un mensaje.

Clary notó un frío repentino en las venas, como si hubiera tragado agua helada.

—No. Yo… ¿Qué está pasando?

—Lo siento, Simon —dijo Jocelyn—, pero Clary y yo debemos ir inmediatamente al Instituto.

El piso de Magnus no había cambiado mucho desde la primera vez que Jace estuvo allí. La misma pequeña entrada, la solitaria bombilla de luz amarilla. Jace usó una runa de apertura para entrar por la puerta de la calle, subió la

escalera de dos en dos y llamó al timbre del apartamento de Magnus. Supuso que eso era más seguro que emplear otra runa. Después de todo, Magnus podía estar jugando con la consola desnudo o, en realidad, haciendo cualquier otra cosa. ¿Quién sabía a qué se dedicaban los brujos en su tiempo libre?

Jace tocó el timbre de nuevo, esta vez apretándolo con firmeza. Dos largos timbrazos más y, finalmente, Magnus abrió la puerta de golpe, con cara de furia. Llevaba un batín de seda negra sobre una camisa blanca de vestir y pantalones de *tweed*. Iba descalzo. Tenía el cabello alborotado y una sombra de barba en el mentón.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—Vaya, vaya —replicó Jace—. ¡Qué recibimiento!

—Es porque no quiero recibirte.

Jace alzó una ceja.

—Creía que éramos amigos.

—No. Tú eres amigo de Alec. Alec era mi novio, así que he tenido que aguantarte. Pero ya no es mi novio, así que no tengo por qué aguantarte más. Aunque no parece que ninguno de vosotros os hayáis dado cuenta. Tú debes de ser el… ¿cuarto?, de vosotros que me molesta. —Magnus contó con sus largos dedos—. Clary. Isabelle. Simon…

—¿Simon ha pasado por aquí?

—Pareces sorprendido.

—No creía que le importara tanto tu relación con Alec.

—No tengo ninguna relación con Alec —replicó Magnus secamente, pero Jace ya se había colado y estaba en el salón, mirando alrededor con curiosidad.

Una de las cosas que a Jace siempre le había gustado del piso de Magnus, aunque lo mantenía en secreto, era que rara vez era igual que la anterior. En ocasiones era como un gran *loft* moderno. Otras parecía un burdel francés, o un fumadero de opio victoriano, o el interior de una nave espacial. Sin embargo, en ese momento estaba oscuro y desordenado. Pilas de cajas de comida china cubrían la mesita de café. *Presidente Miau* estaba

tumbado en una alfombra, con las cuatro patas tiesas al frente, como un ciervo muerto.

—Aquí huele a corazón roto —soltó Jace.

—Es la comida china. —Magnus se echó sobre el sofá y estiró las largas piernas—. Va, acaba de una vez. Di lo que hayas venido a decir.

—Creo que deberías volver con Alec —le espetó Jace.

Magnus puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué?

—Porque lo está pasando fatal —contestó Jace—. Y porque lo lamenta. Lamenta lo que hizo. No volverá a hacerlo.

—Oh, ¿no volverá ir a mis espaldas a ver a una de mis ex para planear cómo acortarme la vida? Muy noble por su parte.

—Magnus…

—Además, Camilla está muerta. Así que aunque quisiera no puede volver a hacerlo.

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Jace—. No volverá a mentirte o a engañarte o a ocultarte cosas o lo que sea que te haya hecho cabrear. —Se tumbó sobre un sillón orejero y alzó una ceja—. ¿Y bien?

Magnus se volvió de lado.

—¿Y a ti qué te importa si Alec lo pasa fatal?

—¿Que qué me importa? —alzó la voz Jace, tan fuerte que *Presidente Miau* se sentó de golpe, como si le hubieran soltado una descarga eléctrica—. Claro que me importa Alec; es mi mejor amigo, mi *parabatai*. Y es muy infeliz. Y tú también lo eres, por lo que parece. Cajas de comida para llevar por todos lados; no has hecho nada para cambiar el piso; tu gato parece muerto…

—No está muerto.

—Me importa Alec —afirmó Jace clavando la mirada en Magnus—. Me importa más él que yo mismo.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar —divagó Magnus mientras se arrancaba un trocito de esmalte de uñas— que todo ese asunto del *parabatai* es bastante cruel? Puedes escoger a tu *parabatai*, pero no puedes «desescogerlo». Incluso si se vuelve contra ti. Mira a Luke y a Valentine. Y

aunque tu *parabatai* es la persona más cercana a ti en el mundo en cierto modo, no puedes enamorarte de él. Y si muere, parte de ti también muere.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los *parabatai*?

—Conozco a los cazadores de sombras —respondió Magnus, y dio unas palmadas en el sofá para que *Presidente* se subiera; este se acercó a él y lo empujó con la cabeza. Los largos dedos del brujo se hundieron en el pelaje del gato—. Desde hace mucho tiempo. Sois criaturas extrañas. Por un lado todo frágil nobleza y humanidad, y por el otro el inconsciente fuego de los ángeles. —Miró a Jace—. Tú especialmente, Herondale, porque tienes el fuego de los ángeles en la sangre.

—¿Ya has tenido amigos cazadores de sombras antes?

—Amigos —repitió Magnus—. ¿Qué significa eso realmente?

—Lo sabrías —respondió Jace—, si tuvieras alguno. ¿Lo tienes? ¿Tienes amigos? Quiero decir, aparte de la gente que viene a tus fiestas. La mayoría de la gente te teme, o parecen deberte algo o te has acostado con ellos alguna vez, pero amigos… no veo que tengas muchos.

—Bueno, esto es una novedad —replicó Magnus—. Ninguno de los de tu grupo ha tratado nunca de insultarme.

—¿Y está funcionando?

—Si te refieres a que de repente siento el impulso de volver con Alec, no —contestó Magnus—. Me ha cogido un extraño antojo de pizza, pero eso puede que no tenga ninguna relación.

—Alec dijo que hacías eso —dijo Jace—. Refugiarte en las bromas para esquivar las preguntas demasiado personales.

Magnus entrecerró los ojos.

—¿Y soy yo el único que hace eso?

—Exactamente —respondió Jace—. Te lo dice alguien que sabe de lo que habla. Odias hablar de ti mismo, y prefieres hacer enfadar a la gente a darles pena. ¿Qué edad tienes, Magnus? La de verdad.

Magnus no contestó.

—¿Cómo se llamaban tus padres? ¿Tu padre?

Los ojos verde dorado de Magnus parecieron lanzar chispas cuando lo miraron.

—Si quisiera tumbarme en un diván y quejarme a alguien de mis padres, iría al psiquiatra.

—Ya —exclamó Jace—. Pero mis servicios son gratis.

—Eso he oído de ti.

Jace sonrió irónico y se deslizó hasta sentarse en el sillón. Había un cojín con la Union Jack en la otomana. Lo cogió y se lo puso detrás de la cabeza.

—No tengo que ir a ninguna parte. Me puedo quedar sentado aquí todo el día.

—Magnífico —replicó Magnus—. Voy a echar una siesta. —Cogió una manta arrugada que estaba tirada en el suelo y en ese momento sonó el móvil de Jace. Magnus lo observó, inmóvil a medio camino, mientras Jace rebuscaba en el bolsillo y abría el teléfono.

Era Isabelle.

—¿Jace?

—Sí. Estoy en casa de Magnus. Creo que estoy haciendo progresos. ¿Qué pasa?

—Vuelve —dijo Isabelle, y Jace se sentó, tenso. El cojín cayó al suelo. La voz de Isabelle sonaba nerviosa. Jace notó que se le quebraba, como las notas de un piano desafinado—. Al Instituto. Inmediatamente, Jace.

—¿Qué es? —preguntó él—. ¿Qué ha pasado?

Vio que Magnus se incorporaba también y dejaba caer la manta.

—Sebastian —contestó Isabelle.

Jace cerró los ojos. Vio sangre dorada y plumas blancas esparcidas sobre un suelo de mármol. Recordó el apartamento, un cuchillo en sus manos, el mundo a sus pies, Sebastian agarrándolo de la muñeca, sus infinitos ojos negros mirándolo con una expresión de oscura y tenebrosa diversión. Comenzaron a pitarle los oídos.

—¿Qué pasa? —La voz de Magnus interrumpió los pensamientos de Jace. Se dio cuenta de que ya estaba en la puerta, con el móvil otra vez en el bolsillo. Se volvió. Magnus estaba tras él con expresión seria—. ¿Es Alec? ¿Está bien?

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Jace, y Magnus hizo una mueca de dolor. Jace no creía haberlo visto nunca hacer eso. Fue lo único que impidió que diera un portazo al salir.

Había docenas de abrigos y chaquetas desconocidos colgando en la entrada del Instituto. Clary sintió el zumbido de la tensión en los hombros mientras bajaba la cremallera de su abrigo de lana y lo colgaba en uno de los ganchos que se alineaban en la pared.

—¿Y Maryse no te ha dicho de qué se trataba? —preguntó Clary. La voz se le afilaba por la ansiedad.

Jocelyn se había desenrollado del cuello una larga bufanda gris, y ni siquiera miró cuando Luke se la cogió para colgarla de un gancho. Los ojos verdes de Jocelyn iban de un lado al otro de la sala, observando la puerta enrejada del ascensor, el techo abovedado, los deslucidos murales de hombres y ángeles.

Luke negó con la cabeza.

—Solo que han atacado a la Clave y que teníamos que venir lo antes posible.

—Es ese plural lo que me preocupa. —Jocelyn se enrolló el cabello en un moño bajo—. Hace años que no he entrado en el Instituto. ¿Para qué me quieren a mí aquí?

Luke le apretó el hombro para tranquilizarla. Clary sabía lo que temía Jocelyn, lo que todos temían. La única razón por la que la Clave querría tener allí a Jocelyn era porque tenían noticias de su hijo.

—Maryse ha dicho que estarían en la biblioteca —informó Jocelyn. Clary los guio. Oía a Luke y a su madre hablando tras ella, así como el suave sonido de sus pasos. Los de Luke más lentos que antes. No se había recuperado totalmente de la herida que casi lo había matado en noviembre.

«Sabes por qué estás aquí, ¿no? —le susurró una vocecilla en la cabeza. Sabía que no estaba realmente ahí, pero eso no la ayudaba. No había visto a su hermano desde la batalla del Burren, pero lo llevaba consigo en algún trocito de su mente, un fantasma intrusivo y no deseado—. Por mí. Siempre

has sabido que no me había ido para siempre. Te dije lo que iba a pasar. Te lo expliqué claramente.

»*Erchomai*.

»Voy de camino».

Habían llegado a la biblioteca. La puerta estaba medio abierta, y un murmullo de voces salía a través de ella. Jocelyn se detuvo un momento con el rostro tenso.

Clary puso la mano en el pomo.

—¿Estás lista? —Hasta ese momento no se había fijado en cómo iba vestida su madre: vaqueros negros, botas y un jersey negro de cuello alto. Como si, sin pensarlo, se hubiera puesto lo más parecido al equipo de combate.

Jocelyn hizo un gesto de asentimiento a su hija.

Alguien había apartado todos los muebles de la biblioteca y había dejado un gran claro en el centro de la sala, justo sobre el mosaico del Ángel. Ahí habían colocado una enorme mesa, un gran tablero de mármol sobre dos ángeles de piedra arrodillados. Alrededor de la mesa estaba sentado el Cónclave. Clary conocía de nombre a algunos de los miembros, como Kadir y Maryse. Otros solo eran caras que le sonaban. Maryse estaba de pie, contando con los dedos mientras citaba los nombres en voz alta.

—Berlín —dijo—. Sin supervivientes. Bangkok. Sin supervivientes. Moscú. Sin supervivientes. Los Ángeles…

—¿Los Ángeles? —lo interrumpió Jocelyn—. Esos son los Blackthorn. ¿Están…?

Maryse pareció sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de la llegada de Jocelyn. Pasó sus azules ojos sobre Luke y Clary. Parecía pálida y agotada, el cabello echado hacia atrás con severidad, una mancha… ¿vino tinto o sangre?, en la manga de la chaqueta hecha a medida.

—Hubo supervivientes —contestó—. Niños. Se encuentran en Idris.

—Helen —dijo Alec, y Clary pensó en la chica que había luchado con ellos contra Sebastian en el Burren. La recordaba en la nave del Instituto, con un niño de cabello castaño al que agarraba por la muñeca. «Mi hermano Julian».

—La novia de Aline —soltó Clary, y vio que el Cónclave la miraba con una hostilidad mal disimulada. Siempre lo hacían, como si quien era y lo que representaba les hiciera imposible verla de verdad. «La hija de Valentine. La hija de Valentine»—. ¿Está bien?

—Estaba en Idris, con Aline —contestó Maryse—. Sus hermanos pequeños han sobrevivido, aunque parece haber ocurrido algo con su hermano mayor, Mark.

—¿Algo? —preguntó Luke—. ¿Qué está pasando exactamente, Maryse?

—No creo que sepamos toda la historia hasta que vayamos a Idris —respondió Maryse, mientras se aplanaba el ya aplastado cabello—. Pero ha habido ataques, varios en dos noches, en seis Institutos. No estamos seguros aún de cómo pudieron entrar en los Institutos, pero sabemos…

—Sebastian —intervino la madre de Clary. Tenía las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones negros, pero Clary sospechaba que de no haberlas tenido así, serían unos puños apretados—. Ve directa al grano, Maryse. Mi hijo. No me habrías llamado si no fuera él el responsable. ¿Verdad? —Jocelyn miró a Maryse a los ojos, y Clary se preguntó si habría sido así cuando ambas pertenecían al Círculo, con los afilados bordes de sus personalidades soltando chispas al rozarse.

Antes de que Maryse pudiera decir nada, la puerta se abrió para dejar paso a Jace. Estaba enrojecido por el frío, con la cabeza desnuda, el cabello rubio revuelto por el viento. No llevaba guantes y tenía las puntas de los dedos rojas, las manos con cicatrices de Marcas nuevas y viejas. Vio a Clary y le dedicó una rápida sonrisa antes de sentarse en una silla que había contra la pared.

Luke, como de costumbre, trató de reinstaurar la paz.

—¿Maryse? ¿Es Sebastian el responsable?

Maryse respiró hondo.

—Sí, lo es. Y tenía con él a los Oscurecidos.

—Claro que es Sebastian —intervino Isabelle. Había estado mirando fijamente la mesa hasta que alzó la cabeza. Su rostro era una máscara de odio y rabia—. Dijo que venía, ¿no? Bueno, pues ya ha llegado.

Maryse suspiró.

—Supusimos que atacaría Idris. Eso era lo que todas las informaciones indicaban. No los Institutos.

—Así que ha hecho lo que no os esperabais —intervino Jace—. Siempre hace lo que no se espera. Quizá la Clave debería hacer sus planes pensando en eso. —Jace bajó la voz—. Os lo dije. Os dije que querría más soldados.

—Jace —lo reprendió Maryse—. No estás ayudando.

—No era mi intención.

—Yo habría pensado que atacaría primero aquí —comentó Alec—. Dado lo que Jace estaba diciendo antes, y es verdad… todos a los que ama u odia están aquí.

—No ama a nadie —soltó Jocelyn.

—Mamá, déjalo —pidió Clary. El corazón le latía con fuerza, angustiado; pero al mismo tiempo sentía un extraño alivio. Todo ese tiempo esperando a que llegara Sebastian, y ya lo había hecho. La espera había acabado. La guerra iba a comenzar—. ¿Y qué se supone que debemos hacer? ¿Fortificar el Instituto? ¿Ocultarnos?

—Déjame que lo adivine —dijo Jace con una voz cargada de sarcasmo—. La Clave ha pedido una reunión del Consejo. Otra reunión.

—La Clave ha pedido la evacuación inmediata —repuso Maryse, y al oír eso todos callaron, incluso Jace—. Todos los Institutos deben quedar vacíos. Todos los Cónclaves deben regresar a Alacante. Las salvaguardas que rodean Idris se doblarán desde mañana. Nadie podrá entrar ni salir.

Isabelle tragó saliva.

—¿Cuándo nos marchamos de Nueva York?

Maryse se cuadró. Había recuperado algo de su aire arrogante, la boca apretada en una fina línea, el mentón marcado con decisión.

—Id a hacer las maletas —contestó—. Nos marchamos esta noche.

2

RESISTIR O CAER

Despertar era como verse sumergida en un baño de agua helada. Emma se sentó de golpe, el sueño roto, la boca abierta en un grito.

—¡Jules! ¡Jules!

Había movimiento en la oscuridad, una mano sobre su brazo, y una inesperada luz que se le clavó en los ojos. Emma ahogó un grito y manoteó hacia atrás, apretándose contra las almohadas. Se dio cuenta de que se hallaba en una cama, con las almohadas apiladas tras la espalda y las sábanas enrolladas en el cuerpo en un sudado revoltijo. Parpadeó para alejar la oscuridad de sus ojos, e intentó enfocarlos.

Helen Blackthorn estaba inclinada sobre ella, sus ojos verde azulado marcados de preocupación y una luz mágica en la mano. Se hallaban en una habitación con un techo muy inclinado hacia ambos lados, como en una cabaña de un cuento de hadas. Una gran cama con dosel se hallaba en el centro de la habitación, y entre las sombras que había a la espalda de Helen, Emma pudo ver muebles: un armario cuadrado, un sofá largo, una mesa con patas desvencijadas…

—¿D… dónde estoy? —A Emma le castañeteaban los dientes—. ¿Dónde están mis padres?

—Has llegado a través del Portal con Julian —le explicó Helen con suavidad, sin responder a su pregunta—. De algún modo, todos

conseguisteis llegar. Es un milagro, ¿sabes? La Clave abrió el camino, pero el Portal es un viaje duro. Dru pasó con Tavvy en brazos, y los mellizos llegaron juntos, claro. Y luego, cuando ya casi habíamos perdido la esperanza, vosotros dos. Estabas inconsciente, Emma. —Le apartó el cabello de la frente—. Estábamos muy preocupados. Deberías haber visto a Jules…

—¿Qué está pasando? —quiso saber Emma. Se apartó de la mano de Helen, no porque no le cayese bien, sino porque el corazón le golpeaba dentro del pecho—. ¿Qué hay de Mark, y del señor Blackthorn…?

Helen vaciló un momento.

—Sebastian Morgenstern ha atacado seis Institutos en los últimos días. O los ha matado a todos o los ha transformado. Puede emplear la Copa Infernal para hacer que los cazadores de sombras… ya no sean ellos.

—Lo vi hacerlo —susurró Emma—. A Katerina. Y también ha transformado a tu padre. E iban a hacérselo a Mark, pero Sebastian dijo que no lo quería porque tenía sangre de hada.

Helen hizo una mueca de dolor.

—Tenemos motivos para creer que Mark sigue vivo —explicó—. Han podido rastrearlo hasta el lugar donde desapareció, pero las runas indican que no está muerto. Es posible que Sebastian lo retenga como rehén.

—Mis… mis padres —repitió Emma, esta vez con la garganta aún más seca. Sabía lo que significaba que Helen no le hubiera contestado enseguida—. ¿Dónde están? No estaban en el Instituto, así que Sebastian no ha podido hacerles daño.

—Hmm… —Helen soltó aire. De repente parecía muy joven, tanto como Jules—. Sebastian no solo ataca los Institutos; asesina o se lleva a los miembros del Cónclave de sus propias casas. Tus padres… La Clave trató de localizarlos, pero no pudo. El mar ha arrastrado sus cuerpos hasta Marina del Rey; han aparecido en la playa esta mañana. La Clave no sabe exactamente lo que ocurrió, pero…

La voz de Helen pasó a soltar una retahíla de palabras sin sentido, palabras como «identificación positiva» y «cicatrices y marcas en los cuerpos» y «no se han encontrado pruebas». Cosas como «en el agua

durante horas» y «no hay forma de transportar los cadáveres» y «han tenido todos los ritos funerarios adecuados, los han quemado en la playa como ambos habían pedido, ¿lo entiendes…?».

Emma gritó. Al principio era un grito sin palabras que se hacía más y más fuerte; un grito que le rasgó la garganta y le puso el sabor del metal en la boca. Era un grito de pérdida tan inmensa que no había palabras para expresarla. Era el grito inarticulado de tener el cielo sobre la cabeza, el aire en los pulmones, arrancado para siempre. Gritó y gritó de nuevo, tiró del colchón con las manos hasta que lo agujereó y tuvo plumas y sangre bajo las uñas. Y Helen sollozaba, tratando de sujetarla, diciéndole: «Emma, Emma, por favor, Emma, por favor».

Y entonces, de repente, la iluminación aumentó. Alguien había encendido una lámpara en la habitación, y Emma oyó sus nombres en una voz urgente y conocida, y Helen la soltó y ahí estaba Jules, inclinado sobre el borde de la cama y tendiéndole algo, algo que brillaba dorado bajo la nueva y brusca luz.

Cortana. Desenvainada, desnuda sobre la palma de su mano como una ofrenda. Emma pensó que aún seguía gritando, pero cogió la espada, y las palabras destellaron sobre la hoja, deslumbrándola: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

Oyó la voz de su padre en su interior: «Durante generaciones esta espada ha pertenecido a los Carstairs. La inscripción nos recuerda que los cazadores de sombras somos las armas del Ángel. Templados por el fuego, nos hacemos más fuertes. Cuando sufrimos, sobrevivimos».

Emma se atragantó al tragarse los gritos, al obligarlos a quedarse dentro de ella y en silencio. Eso era lo que su padre había querido decir: al igual que *Cortana*, ella tenía acero en las venas y debía ser fuerte. Incluso si sus padres no estaban ahí para verlo, sería fuerte por ellos.

Abrazó la espada contra el pecho. Como en la distancia, oyó a Helen soltar una exclamación e ir hacia ella, pero Julian, que siempre sabía lo que Emma necesitaba, le detuvo la mano a Helen. Emma rodeaba la hoja con los dedos, y la sangre le corría por los brazos y el pecho donde la punta le había hecho un corte en la clavícula. No lo notó. Meciéndose adelante y

atrás, apretó la espada como si fuera la única cosa que jamás hubiera amado, y dejó que cayera la sangre en vez de las lágrimas.

Simon no podía quitarse de encima la sensación de *déjà vu*.

Había estado ahí antes, de pie fuera del Instituto, observando a los Lightwood desaparecer por un brillante Portal. Aunque entonces, incluso antes de llevar la Marca de Caín, el Portal lo había abierto Magnus, y esta vez estaba bajo la supervisión de una bruja de piel azul llamada Catarina Loss. En aquella ocasión, lo habían llamado porque Jace había querido hablar con él de Clary antes de desaparecer en otro país.

Esta vez, Clary iba a desaparecer con ellos.

Notó la mano de ella en la suya, los dedos rodeándole suavemente la muñeca. Todo el Cónclave, casi todos los cazadores de sombras de Nueva York, habían atravesado la verja del Instituto y traspasado el brillante Portal. Los Lightwood, como guardianes del Instituto, serían los últimos. Simon había estado allí desde el principio del ocaso, tiras de cielo rojo cayendo por detrás de los edificios que dibujaban el perfil de Nueva York, y en ese momento la luz mágica iluminaba la escena, realzando pequeños detalles relucientes: el látigo de Isabelle, la chispa de fuego que saltaba del anillo familiar de Alec al mover las manos, los destellos del cabello claro de Jace.

—Parece diferente —comentó Simon.

Clary lo miró. Como el resto de los cazadores de sombras, iba vestida con lo que Simon solo podía describir como una capa. Al parecer era lo que se ponían durante el frío del invierno; estaba hecha de un material negro pesado y aterciopelado, y se cerraba con una hebilla sobre el pecho. Se preguntó de dónde la habría sacado Clary. Tal vez acabaran de repartirlas.

—¿El qué?

—El Portal —contestó Simon—. Parece diferente del que abrió Magnus. Más… azul.

—Quizá todos tengan diferentes estilos.

Simon miró a Catarina. Parecía muy eficiente, como una enfermera o una maestra de jardín de infancia. Definitivamente no era como Magnus.

—¿Cómo está Izzy?

—Preocupada, creo. Todos estamos preocupados.

Un breve silencio. Clary suspiró, su aliento quedó flotando, blanco, en el aire invernal.

—No me gusta que te vayas —dijo Simon.

—No me gusta marcharme y dejarte aquí —decía Clary justo al mismo tiempo.

—No me pasará nada —repuso Simon—. Tengo a Jordan para cuidarme.

Porque Jordan estaba allí, sentado en lo alto del muro que rodeaba el Instituto y con aspecto vigilante.

—Y nadie ha tratado de matarme en las dos últimas semanas.

—No tiene ninguna gracia —replicó Clary frunciendo el ceño.

El problema, pensó Simon, era que resultaba difícil asegurar a alguien que no te iba a pasar nada cuando eras un vampiro diurno. Algunos vampiros querían a Simon a su lado, ansiosos por beneficiarse de sus extraños poderes. Camille había tratado de reclutarlo, y otros quizá lo intentaran, pero Simon tenía la impresión de que la mayoría de los vampiros querían matarlo.

—Estoy seguro de que Maureen aún espera ponerme las manos encima —comentó Simon. Maureen era la nueva jefa del clan de los vampiros de Nueva York y creía estar enamorada de Simon. Lo que habría sido menos incómodo ni no tuviera solo trece años—. Sé que la Clave advirtió a todos que no me tocaran, pero…

—Maureen quiere tocarte —dijo Clary con una sonrisa de medio lado—. Tocarte mal.

—Silencio, Fray.

—Jordan te la sacará de encima.

Simon miró al frente, meditabundo. Había estado tratando de no mirar a Isabelle, que solo lo había saludado con un breve gesto de la mano desde

que él había llegado al Instituto. Estaba ayudando a su madre, su negra melena ondeando bajo el fuerte viento.

—Podrías ir a hablar con ella —sugirió Clary—. En vez de quedarte mirándola como un tonto.

—No la estoy mirando como un tonto. La miro sutilmente.

—Yo me he dado cuenta —señaló Clary—. Mira, ya sabes cómo se pone Isabelle. Cuando está mal, se cierra en banda. No habla con nadie excepto con Jace o Alec, porque no confía en casi nadie. Pero si vas a ser su novio, tienes que demostrarle que eres una de las personas en las que puede confiar.

—No soy su novio. Al menos, no creo ser su novio. Además, ella nunca ha usado la palabra «novio».

Clary le dio una patada en el tobillo.

—Vosotros dos necesitáis DLR más que nadie que haya conocido.

—¿Definiendo las relaciones por aquí? —proclamó una voz a su espalda. Simon se volvió y vio a Magnus, muy alto contra el oscuro cielo. Iba vestido con sobriedad: vaqueros y una camiseta negra, el cabello negro caído en parte sobre los ojos—. Ya veo que incluso mientras el mundo se hunde en la oscuridad y el peligro, vosotros dos os quedáis ahí discutiendo vuestra vida amorosa. Adolescentes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Simon, demasiado sorprendido para responderle con alguna ironía.

—He venido a ver a Alec —contestó Magnus.

Clary lo miró alzando las cejas.

—¿Qué era eso de los adolescentes?

Magnus alzó un dedo amenazador.

—No te pases de la raya, bomboncito —le advirtió. Pasó junto a ellos y se perdió entre la multitud que rodeaba el Portal.

—¿Bomboncito? —repitió Simon, extrañado.

—Lo creas o no, ya me ha llamado eso antes —confesó Clary—. Simon, mira. —Se volvió hacia él y le sacó la mano del bolsillo de los vaqueros. Se la miró y sonrió—. El anillo —dijo—. Muy cómodo cuando funcionaba, ¿no?

Simon también bajó la mirada. Un anillo de oro con la forma de una hoja le rodeaba el dedo anular. En un tiempo había sido una conexión con Clary. En ese momento, con el de ella destruido, solo era un anillo, pero de todas formas lo había conservado. Sabía que se parecía bastante a tener la mitad de un collar de «mejores amigos», pero no podía evitarlo. Era un objeto bonito, y todavía era un símbolo de la conexión que había entre ellos.

Ella le apretó la mano con fuerza y lo miró a los ojos. Había sombras moviéndose en el verde de sus iris, y él supo que estaba asustada.

—Ya sé que solo es una reunión del Consejo… —comenzó Clary.

—Pero os quedaréis en Idris.

—Solo hasta que averigüemos qué ha pasado en los Institutos y cómo protegerlos —explicó Clary—. Luego volveremos. Sé que los teléfonos, los mensajes y todo eso no funcionan en Idris, pero si necesitas hablar conmigo, díselo a Magnus. Él encontrará el modo de hacerme llegar el mensaje.

Simon notó un nudo en la garganta.

—Clary…

—Te quiero —lo cortó ella—. Eres mi mejor amigo. —Le soltó la mano con los ojos brillantes—. No, no digas nada, no quiero que digas nada. —Se volvió y casi salió corriendo hacia el Portal, donde Jocelyn y Luke la estaban esperando, con tres bolsos de viaje a sus pies. Luke miró a Simon desde el patio con expresión pensativa.

Pero ¿dónde estaba Isabelle? La multitud de cazadores de sombras se había reducido. Jace se puso junto a Clary, con la mano en su hombro; Maryse estaba cerca del Portal, pero Isabelle, que había estado con ella…

—Simon —lo llamó una voz junto al hombro, y al volverse vio a Izzy, su rostro una mancha pálida entre el oscuro cabello y la aún más oscura capa, mirándolo con una expresión medio de enfado medio de pena—. Supongo que ahora es cuando nos decimos adiós, ¿no?

—Muy bien —empezó Magnus—. Querías hablar conmigo. Así que habla.

Alec lo miró con los ojos muy abiertos. Habían rodeado la iglesia y se hallaban en un pequeño jardín, quemado por el frío, entre los setos deshojados. Gruesas ramas cubrían la piedra del muro y la oxidada verja cercana, tan desnuda por el invierno que Alec podía ver la calle a través de los espacios en la puerta de hierro. Cerca había un banco de piedra, su áspera superficie cubierta de hielo.

—Yo quería… ¿Qué?

Magnus lo miraba torvamente, como si hubiera hecho algo estúpido. Alec sospechó que así era. Tenía los nervios repiqueteándole como campanillas al viento y un nudo en el estómago. La última vez que había visto a Magnus, el brujo se alejaba de él por un túnel en desuso del metro, cada vez más pequeño hasta desaparecer en la distancia. *Aku cinta kamu*, le había dicho a Alec. «Te amo», en indonesio.

Eso le había dado una chispa de esperanza, la suficiente para llamar a Magnus docenas de veces, la suficiente para seguir mirando su móvil, comprobando el correo y lanzando la mirada por la ventana de su habitación, que parecía extraña, vacía y desconocida sin Magnus en ella, en absoluto su habitación de siempre, permanentemente a la espera de mensajes o notas enviados de forma mágica.

Y en ese momento Magnus estaba ante él, con su despeinado cabello negro y las pupilas de gato, su voz como una melaza oscura y su rostro frío, anguloso y hermoso, que no revelaba nada en absoluto, y Alec se sintió como si hubiera comido pegamento.

—Querías hablar conmigo —repitió Magnus—. He supuesto que ese era el significado de todas esas llamadas. Y la razón por la que habías enviado a tus estúpidos amigos a mi apartamento. ¿O acaso haces eso con todo el mundo?

Alec tragó para humedecerse un poco la garganta y dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—¿No vas a perdonarme nunca?

—Yo… —Magnus calló y apartó la mirada, negando con la cabeza—. Alec. Te he perdonado.

—Pues no lo parece. Pareces enfadado.

Cuando Magnus volvió a mirarlo, su expresión era más dulce.

—Estoy preocupado por ti —dijo—. Los ataques a los Institutos. Lo acabo de oír.

Alec sintió que el mundo le daba vueltas. Magnus lo perdonaba; Magnus estaba preocupado por él.

—¿Sabías que nos vamos a Idris?

—Catarina me dijo que la habían llamado para abrir un Portal. Lo he supuesto —contestó Magnus con ironía—. Me ha sorprendido un poco que no me llamaras o me enviaras un mensaje para decirme que te marchabas.

—Nunca has contestado ni a las llamadas ni a los mensajes —le recordó Alec.

—Eso no te ha detenido antes.

—Todo el mundo se detiene, al final —replicó Alec—. Además, Jace me ha roto el móvil.

Magnus soltó una carcajada contenida.

—Oh, Alexander.

—¿Qué? —preguntó Alec, realmente confuso.

—Eres tan… eres… Lo que quiero es besarte —dijo Magnus de golpe, y luego negó con la cabeza—. ¿Ves?, por esto no he querido verte.

—Pero ahora estás aquí —repuso Alec. Recordó la primera vez que Magnus lo había besado, contra la pared exterior de su apartamento. Todos los huesos se le habían vuelto de mantequilla y había pensado: «Oh, bien, así es como se supone que es. Ahora lo entiendo»—. Podrías…

—No puedo —lo cortó Magnus—. No está funcionando. No estaba funcionando. Tienes que haberte dado cuenta, ¿no? —Tenía las manos en los hombros de Alec. Este notaba los pulgares de Magnus rozarle el cuello, la clavícula, y todo su cuerpo se estremeció—. ¿No? —repitió Magnus, y lo besó.

Alec se dejó llevar por el beso. Fue totalmente silencioso. Oyó el crujido de sus botas sobre el suelo nevado al avanzar, la mano de Magnus deslizándose hasta su nuca, y Magnus, que sabía igual que siempre, dulce y amargo y familiar, y Alec abrió los labios para lanzar un grito ahogado, o

para respirar o para aspirar a Magnus, pero fue demasiado tarde, porque Magnus se apartó de él y dio un paso atrás. Se había acabado.

—¿Qué? —preguntó Alec, como atontado y extrañamente menguado—. Magnus, ¿qué?

—No debería haber hecho esto —se apresuró a decir Magnus. Estaba claramente agitado, de un modo que Alec pocas veces le había visto, con el rubor instalado en los marcados pómulos—. Te perdono, pero no puedo estar contigo. No puedo. No funciona. Voy a vivir eternamente, o al menos hasta que alguien finalmente me mate, y tú no, y es demasiado para que lo aceptes…

—No me digas lo que es demasiado para mí —le espetó Alec con una letal sequedad.

Tan pocas veces había visto sorprendido a Magnus que esa expresión casi parecía ajena a su rostro.

—Es demasiado para la mayoría de la gente —dijo—. La mayoría de los mortales. Tampoco es fácil para nosotros. Ver a alguien que amas envejecer y morir. Una vez conocí a una chica, inmortal igual que yo…

—¿Y estaba con algún mortal? —preguntó Alec—. ¿Qué sucedió?

—Él murió —contestó Magnus. Había una irreversibilidad tal en el modo en que lo dijo que demostraba un dolor más profundo del que podían expresar las palabras. Sus ojos felinos brillaron en la oscuridad—. No sé cómo pude pensar que esto podría funcionar. Lo siento, Alec. No debería haber venido.

—No —replicó Alec—. No deberías.

Magnus lo miraba con cierto recelo, como si se hubiera acercado a un conocido por la calle y hubiese descubierto que no era tal sino un desconocido.

—No sé por qué lo has hecho —continuó diciendo Alec—. Sé que me he estado torturando durante semanas por ti, y por lo que hice, y pensando en que no debería haberlo hecho, que nunca debí haber hablado con Camille. Lo he lamentado y lo he entendido y me he disculpado y disculpado, y tú ni siquiera estabas ahí. Lo he hecho todo sin ti. Así que me pregunto qué más puedo hacer, sin ti. —Miró a Magnus pensativo—. Lo

que pasó fue culpa mía. Pero también tuya. Podría haber aprendido a que no me importara que seas inmortal y yo no. Todas las parejas tienen juntos el tiempo que tienen, y no más. Quizá no seamos tan diferentes en eso. Pero no sé cuándo naciste. No sé nada de tu vida, ni cómo te llamas de verdad ni nada de tu familia, ni cómo era el primer rostro que amaste, ni la primera vez que te rompieron el corazón. Tú lo sabes todo de mí, y yo no sé nada de ti. Ese es el auténtico problema.

—Te dije en nuestra primera cita que tendrías que aceptarme como era, sin preguntas…

Alec hizo un gesto de rechazo.

—No es justo pedir eso, y tú sabes, sabías, que yo no conocía lo suficiente sobre el amor para comprenderlo. Actúas como si fueras la parte ofendida, pero has tenido mucho que ver en esto, Magnus.

—Sí —asintió este después de un instante—. Sí, supongo que sí.

—Pero eso no cambia nada, ¿verdad? —continuó Alec, y notó que el aire frío le entraba en los pulmones—. Nunca cambia, no contigo.

—No puedo cambiar —repuso Magnus—. Ha pasado demasiado tiempo. Los inmortales nos petrificamos, como fósiles convertidos en piedra. Pensé, cuando te conocí, que tenías toda esa maravilla, toda esa alegría y que todo era nuevo para ti, y pensé que eso me cambiaría, pero…

—Cambia, pues —lo interrumpió Alec, pero el tono no le salió furioso ni severo, como pretendía, sino suave, casi como un ruego.

Pero Magnus solo negó con la cabeza.

—Alec, tú conoces mi sueño. El de la ciudad hecha de sangre, y la sangre en las calles y las torres de hueso. Si Sebastian consigue lo que quiere, eso será este mundo. La sangre será la de los nefilim. Vete a Idris. Estarás más seguro allí, pero no te confíes, no bajes la guardia. Necesito que vivas —le susurró; se dio la vuelta de golpe, y se alejó.

«Necesito que vivas».

Alec se sentó en el helado banco de piedra y hundió la cabeza entre las manos.

—No adiós para siempre —protestó Simon, pero Isabelle solo frunció el ceño.

—Ven aquí —le dijo, tirándolo de la manga. Llevaba unos guantes de terciopelo rojo, y sus manos parecían una mancha de sangre contra la tela azul marino de la chaqueta de Simon.

Este apartó esa idea de su cabeza. Ojalá no pensara en la sangre en los momentos más inoportunos.

—¿Adónde?

Isabelle puso los ojos en blanco y lo empujó hacia un lado para meterlo en un oscuro recoveco cercano a la entrada de la verja del Instituto. No era un sitio muy grande, y Simon notó el calor que emanaba del cuerpo de Isabelle; ni el calor ni el frío lo afectaban desde que se había transformado en un vampiro, a no ser que fuera el calor de la sangre. No sabía si era porque ya había bebido antes la sangre de Isabelle o por algo más profundo, pero le notaba el pulso en las venas de un modo que no notaba el de nadie más.

—Ojalá pudiera ir contigo a Idris —dijo Simon sin preámbulos.

—Estás más seguro aquí —repuso ella, aunque sus oscuros ojos se dulcificaron—. Además, no nos vamos para siempre. Los únicos subterráneos que pueden entrar en Alacante son los miembros del Consejo, porque tienen que asistir a la reunión. Se les ocurrirá lo que tenemos que hacer y seguramente nos enviarán de vuelta. No podemos escondernos en Idris mientras Sebastian arrasa todo lo que le viene en gana. Los cazadores de sombras no hacen eso.

Él le acarició la mejilla con el dedo.

—Pero ¿quieres que me esconda aquí?

—Aquí tienes a Jordan para echarte un ojo —contestó ella—. Tu guardaespaldas personal. Eres el mejor amigo de Clary —añadió—. Sebastian lo sabe. Eres un rehén en potencia. Debes estar donde no esté él.

—Nunca antes ha mostrado ningún interés por mí; no sé por qué iba a empezar ahora.

Isabelle se encogió de hombros y se envolvió más estrechamente en la capa.

—Nunca antes había mostrado ningún interés por quien no fuera Clary o Jace, pero eso no significa que no vaya a empezar ahora. No es estúpido. —Lo dijo como a regañadientes, como si le molestara incluso reconocer eso de Sebastian—. Clary haría cualquier cosa por ti.

—Y también por ti, Izzy. —Al ver la mirada de duda de Isabelle, le tomó el rostro entre las manos—. Vale, entonces si no vais a estar fuera mucho tiempo, ¿a qué viene todo esto?

Isabelle hizo una mueca. Tenía las mejillas y la boca sonrosadas; el frío le sacaba el rubor a la superficie. Simon deseó poder presionar sus fríos labios sobre los de ella, tan llenos de sangre, vida y calor, pero no olvidaba que sus padres la observaban.

—He oído a Clary cuando se estaba despidiendo te ti. Ha dicho que te quería.

Simon la miró fijamente.

—Sí, pero no lo decía en ese sentido… Izzy…

—Ya lo sé —lo cortó Isabelle—. Por favor, eso ya lo sé. Pero es que lo ha dicho con tanta facilidad, y tú se lo has dicho a ella igual de fácil… y yo nunca se lo he dicho a nadie que no fuera de mi familia.

—Porque si lo dices —intervino Simon—, podrías sufrir. Por eso no lo haces.

—Tú también. —Los ojos de Isabelle eran grandes y negros, y las estrellas se reflejaban en ellos—. Sufrir. También tú podrías sufrir.

—Lo sé —repuso Simon—. Lo sé y no me importa. Jace me dijo una vez que me pisotearías el corazón con tus botas de tacón, y eso no me ha hecho cambiar.

Isabelle soltó un leve bufido de risa contenida.

—¿Eso te dijo? ¿Y tú te has quedado?

Él se inclinó hacia ella. Si hubiera tenido aliento, le habría agitado el cabello.

—Lo consideraría un honor.

Isabelle volvió la cabeza y sus labios se rozaron. Los de ella eran dolorosamente cálidos. Estaba haciendo algo con las manos… desabrochándose la capa, pensó Simon por un momento, pero sin duda Isabelle no iba a comenzar a sacarse la ropa delante de toda la familia, ¿no? Tampoco era que Simon creyera tener la fuerza necesaria para detenerla. Era Isabelle, después de todo, y casi, casi le había dicho que lo quería.

Los labios de Isabelle rozaron la piel de Simon al hablar.

—Ten esto —susurró ella, y Simon notó algo frío en la nuca, y el suave roce del terciopelo cuando ella se apartó y le tocó el cuello con los guantes.

Simon bajó la mirada. Sobre su pecho brillaba un cuadrado rojo sangre: el colgante de rubí de Isabelle. Era una herencia de cazadores de sombras, una piedra encantada para detectar la presencia de la energía demoníaca.

—No puedo aceptarlo —repuso él, sorprendido—. Iz, debe de valer una fortuna.

Ella se cuadró de hombros.

—Es un préstamo, no un regalo. Quédatelo hasta que nos veamos de nuevo. —Acarició el rubí con un dedo enguantado—. Según una vieja historia, entró en mi familia por un vampiro. Así que resulta adecuado.

—Isabelle, yo…

—No —lo cortó ella, aunque él no sabía muy bien qué había estado a punto de decir—. No lo digas, no ahora. —Se estaba apartando de él. Simon veía a su familia más allá, todo lo que quedaba del Cónclave. Luke ya había pasado por el Portal y Jocelyn estaba a punto de seguirlo. Alec, que apareció por el lado del Instituto con las manos en los bolsillos, miró hacia Isabelle y Simon, alzó una ceja y siguió caminando—. Solo que… no salgas con nadie mientras yo no estoy, ¿de acuerdo?

Él se la quedó mirando.

—¿Quiere eso decir que estamos saliendo? —preguntó, pero ella solo curvó los labios en una sonrisa; luego se volvió y salió corriendo hacia el Portal. Simon la vio cogerle la mano a Alec, y juntos lo atravesaron. Maryse los siguió, y luego Jace, y finalmente Clary junto a Catarina, enmarcada por la chispeante luz azul.

Le guiñó un ojo a Simon y cruzó. Él vio el remolino del Portal atrapándola, y luego Clary desapareció.

Simon puso la mano sobre el rubí que llevaba al cuello. Creyó notar un latido en el interior de la piedra, un pulso. Era casi como volver a tener un corazón.

3

PÁJAROS A LA MONTAÑA

Clary dejó su bolsa junto a la puerta y miró alrededor.

Oía a su madre y a Luke moviéndose cerca de ella, dejando el equipaje, encendiendo las luces mágicas que iluminaban la casa de Amatis. Clary se hizo fuerte. Aún no sabían cómo Sebastian se había llevado a Amatis. Aunque el lugar ya había sido examinado por miembros del Consejo en busca de materiales peligrosos, Clary conocía a su hermano. Si se le hubiera antojado, habría destruido todo lo que había en la casa, solo para demostrar que podía hacerlo; habría convertido los sofás en cenizas, destrozado los espejos, hecho añicos las ventanas.

Oyó a su madre suspirar aliviada y supo que Jocelyn debía de haber estado pensando lo mismo que Clary: fuera lo que fuese que hubiera pasado, la casa parecía estar bien. No había nada en ella que indicara que Amatis había sufrido ningún daño. Había libros apilados sobre la mesita de café, los suelos estaban polvorientos pero libres de trastos, las fotografías de la pared colgaban rectas. Clary notó una punzada de dolor al ver que había una fotografía reciente de Luke, Jocelyn y ella en Coney Island, cogidos del brazo, sonriendo.

Pensó en la última vez que había visto a la hermana de Luke, en Sebastian obligándola a beber de la Copa Infernal mientras ella gritaba negándose. El modo en que su carácter había desaparecido de sus ojos

después de haber tragado el contenido de la Copa. Clary se preguntó si sería así ver morir a alguien. Aunque también había visto la muerte. Valentine había muerto ante ella. Sin duda era demasiado joven para tener tantos fantasmas.

Luke estaba mirando la chimenea y las fotos que colgaban sobre ella. Tocó una en la que se veía a dos niños de ojos azules. El más pequeño, el niño, estaba dibujando, mientras su hermana lo miraba con cariño.

Luke parecía agotado. El viaje por el Portal los había llevado hasta el Gard, y luego habían caminado por la ciudad hasta la casa de Amatis. Luke aún se encogía a menudo por el dolor que le causaba la herida en el costado, que no acababa de sanar, pero Clary dudaba de que fuera la herida lo que lo estaba afectando en ese momento. El silencio de la casa de Amatis, las confortables alfombras del suelo, los recuerdos personales cuidadosamente colocados; todo hablaba de una vida corriente interrumpida de la manera más horrible.

Jocelyn se acercó a Luke y le puso la mano en el brazo, murmurando algo tranquilizador. Él se volvió y apoyó la cabeza en su hombro. Era más consolador que romántico, pero aun así Clary sintió como si se encontrara ante un momento íntimo. Sin hacer ruido, cogió la bolsa y subió la escalera.

La habitación de invitados no había cambiado. Pequeña, las paredes pintadas de blanco, las ventanas circulares como ojos de buey (ahí estaba la ventana por la que Jace se había colado una noche) y la misma colorida colcha en la cama. Dejó la bolsa en el suelo cerca de la mesilla de noche. La mesilla de noche en la que Jace le había dejado una nota por la mañana, diciéndole que se marchaba y no iba a regresar.

Se sentó en el borde de la cama, tratando de librarse de la telaraña de recuerdos. No había pensado en lo duro que sería regresar a Idris. Nueva York era su hogar, un lugar normal. Idris era la guerra y la devastación. En Idris había visto la muerte por primera vez.

La sangre le golpeaba con fuerza en los oídos. Quería ver a Jace, ver a Alec e Isabelle; ellos la ayudarían a situarse, le proporcionarían una sensación de normalidad. Podía oír, muy bajito, a su madre y a Luke moviéndose en el piso de abajo, quizá hasta el tintineo de las tazas en la

cocina. Se levantó y se dirigió a los pies de la cama, donde había un baúl cuadrado. Era el baúl que Amatis había subido para ella la vez anterior para que buscara algo de ropa.

Se arrodilló ante él y lo abrió. La misma ropa, cuidadosamente colocada entre capas de papel: uniformes escolares, jerséis y vaqueros, camisas y faldas de vestir, y bajo todo eso un vestido que Clary había pensado al principio que era un vestido de novia. Lo sacó. Ahora que sabía más sobre los cazadores de sombras y su mundo, supo lo que era.

Ropa de luto. Un sencillo vestido blanco y una chaqueta entallada, con runas plateadas de luto tejidas en la tela, y en los puños, un dibujo casi invisible de pájaros.

Garzas[1]. Clary colocó la ropa cuidadosamente sobre la cama. Podía imaginarse a Amatis con esas prendas después de la muerte de Stephen Herondale. Poniéndoselas, alisando el tejido, abotonándose la chaqueta, para llorar por un hombre con el que ya no estaba casada. Prendas de luto para alguien que no había podido llamarse viuda.

—¿Clary? —Era su madre, apoyada en la puerta, observándola—. ¿Qué son esas…? Oh. —Cruzó la habitación, acarició las telas del vestido y suspiró—. Oh, Amatis.

—Nunca olvidó a Stephen, ¿verdad? —preguntó Clary.

—A veces, la gente no olvida. —Jocelyn apartó la mano del vestido y se la pasó a Clary por el cabello, echándoselo hacia atrás con precisión maternal—. Y los nefilim… tendemos a amar de un modo apabullante. A enamorarnos solo una vez, a morir de pena de amor; mi viejo tutor solía decir que el corazón de los nefilim era como el corazón de los ángeles: sentía todos los dolores humanos y nunca sanaba.

—Pero tú sí. Tú amaste a Valentine, pero ahora amas a Luke.

—Lo sé. —La mirada de Jocelyn era muy lejana—. Pero no fue hasta que pasé más tiempo viviendo como mundana que empecé a darme cuenta de que no era así como los humanos concebían el amor. Me di cuenta de que puedes enamorarte de nuevo, que el corazón puede sanar, que puedes amar una y otra vez. Y siempre he amado a Luke. Quizá no lo supiera, pero

siempre lo he amado. —Jocelyn señaló las prendas tendidas sobre la cama —. Deberías llevar esa chaqueta de luto. Mañana.

—¿A la reunión? —preguntó Clary, sorprendida.

—Hay cazadores de sombras que han muerto o que se han vuelto Oscuros —contestó Jocelyn—. Cada uno de los cazadores perdidos es el hijo de alguien, el hermano, la hermana, el primo. Los nefilim somos una familia. Una familia con problemas, pero… —Acarició el rostro de su hija; aunque mantuvo su expresión oculta entre las sombras—. Duerme un poco, Clary. Mañana será un día muy largo.

Después de que su madre cerrara la puerta al salir, Clary se puso el camisón y se metió en la cama, obediente. Cerró los ojos y trató de dormir, pero el sueño no llegaba. Las imágenes no paraban de estallar tras sus párpados como fuegos artificiales: ángeles cayendo del cielo; sangre dorada; Ithuriel encadenado, con los ojos cegados, explicándole la forma de las runas que le había dado a lo largo de su vida, las visiones y los sueños del futuro. Recordó los sueños en los que había visto a su hermano con alas negras que salpicaban sangre caminando sobre un lago helado…

Apartó la colcha. Tenía calor y le picaba todo; estaba demasiado tensa para dormir. Se levantó de la cama y bajó en busca de un vaso de agua. El salón estaba en tinieblas, una tenue luz mágica iluminaba el pasillo. Le llegaron murmullos desde el otro lado de la puerta. Alguien estaba despierto y hablando en la cocina. Clary avanzó cautelosamente hacia allí hasta que los susurros comenzaron a tomar forma y contenido. Primero reconoció la voz de su madre, tensa de inquietud.

—Pero no entiendo cómo puede haber estado en este armario —estaba diciendo—. No la había visto desde… desde que Valentine se llevó todo lo que teníamos, en Nueva York.

Luego habló Luke.

—¿No dijo Clary que la tenía Jonathan?

—Sí, pero entonces hubiera sido destruida con aquel maldito apartamento, ¿no? —La voz de Jocelyn se alzó mientras Clary se acercaba hasta la entrada de la cocina—. El que tenía toda la ropa que Valentine me había comprado. Como si yo fuera a regresar.

Clary se quedó muy quieta. Su madre y Luke estaban sentados ante la mesa de la cocina; ella tenía la cabeza apoyada en una mano y Luke le estaba frotando la espalda. Clary le había explicado a su madre todo lo referente al apartamento, cómo Valentine había conservado allí todas las cosas de Jocelyn, convencido de que algún día su esposa volvería a vivir con él. Su madre la había escuchado con calma, pero era evidente que esa historia la había afectado más de lo que Clary llegó a pensar.

—Ya no está, Jocelyn —dijo Luke—. Sé que puede parecer casi imposible. Valentine siempre había sido esa imponente presencia, incluso cuando estaba oculto. Pero está muerto de verdad.

—Pero mi hijo no —repuso Jocelyn—. ¿Sabes que solía sacar esta caja y llorar sobre ella, todos los años, el día de su cumpleaños? A veces soñaba con un niño de ojos verdes, un niño que nunca había sido envenenado con sangre de demonio, un niño que podía reír y amar y ser humano, y ese era el niño por el que lloraba, pero ese niño nunca existió.

«Sacarla y llorar sobre ella», pensó Clary. Sabía a qué caja se refería su madre. Una caja que era un memorial a un niño que había muerto, aunque aún vivía. La caja había contenido mechones de cabello del bebé, fotos y un zapatito. La última vez que Clary la había visto estaba en posesión de su hermano. Valentine debía de habérsela dado, aunque Clary nunca había entendido por qué Sebastian la conservó. No era un tipo sentimental.

—Tendrás que decírselo a la Clave —dijo Luke—. Si es algo que tiene relación con Sebastian, querrán saberlo.

Clary notó que se le helaba el estómago.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —repuso Jocelyn—. Ojalá pudiera tirarlo todo al fuego. No soporto que todo esto sea culpa mía —gimió—. Y lo único que siempre he querido ha sido proteger a Clary. Pero lo que más miedo me da, por ella, por todos nosotros, es alguien que ni siquiera estaría vivo si no fuera por mí. —La voz de Jocelyn se había vuelto seca y amarga—. Debí haberlo matado cuando era un bebé —dijo, y se echó hacia atrás, apartándose de Luke. Clary vio entonces lo que había encima de la mesa de la cocina. La caja de plata, tal y como ella la recordaba. Pesada, con un cierre sencillo y las iniciales J. C. talladas en el costado.

El sol de la mañana destellaba sobre las verjas nuevas frente al Gard. Las viejas, supuso Clary, habrían sido destruidas en la batalla que había arrasado una gran parte del Gard y había requemado los árboles que se alineaban en la ladera de la colina. Al otro lado de la verja vio Alacante a sus pies, el agua reluciendo en los canales, las torres de los demonios que se alzaban hasta donde los rayos del sol las hacían refulgir como mica al reflejarse sobre la piedra.

El propio Gard había sido restaurado. El fuego no destruyó las paredes de piedra o las torres. Un muro aún lo rodeaba, y las nuevas verjas estaban hechas del duro y claro *adamas*, del que también estaban hechas las torres de los demonios. Parecían haber sido forjadas a mano; las líneas se curvaban para rodear el símbolo del Consejo, las cuatro C formando un cuadrado, que representaban el Consejo, el Convenio, la Clave y el Cónsul. La curvatura de cada C contenía un símbolo de una de las razas de los subterráneos: una luna creciente para los lobos, un libro de hechizos para los brujos, una flecha élfica para los seres mágicos y una estrella para los vampiros.

Una estrella. A ella nunca se le había ocurrido algo que simbolizara a los vampiros. ¿Sangre? ¿Colmillos? Pero había algo sencillo y elegante en la estrella. Brillaba en la oscuridad, una oscuridad que nunca se iluminaría, y era solitaria de un modo que solo lo que nunca muere podía serlo.

Clary echaba de menos a Simon con un dolor agudo. Estaba agotada después de una noche casi en vela, y sus recursos emocionales estaban en los niveles más bajos. No la ayudó mucho sentirse como si fuera el centro de cientos de miradas hostiles. Había docenas de cazadores de sombras rondando por las verjas, la mayoría desconocidos para ella. Muchos lanzaban miradas disimuladas a Jocelyn y a Luke; unos cuantos se acercaban a saludarlos mientras que otros los miraban de lejos con curiosidad. Jocelyn parecía estar haciendo cierto esfuerzo para mantener la calma.

Más cazadores de sombras subían por el sendero de la colina del Gard. Aliviada, Clary reconoció a los Lightwood: Maryse delante con Robert a su lado; Isabelle, Alec y Jace detrás. Todos llevaban ropa de luto. Maryse parecía especialmente sombría. Clary no pudo evitar fijarse en que Robert y ella caminaban juntos, pero sus manos ni siquiera se rozaban.

Jace se apartó del grupo y fue hacia ella. Lo siguieron muchas miradas, aunque él no pareció notarlo. Entre los nefilim, era famoso de un modo peculiar: el hijo de Valentine, que no era realmente su hijo. Raptado por Sebastian y rescatado por la espada del Cielo. Clary conocía bien la historia, igual que cualquiera cercano a Jace, pero los rumores habían crecido como el coral, añadiendo capas de color a la historia.

—… sangre de ángel…

—… poderes especiales…

—… dicen que Valentine le enseñó trucos…

—… fuego en la sangre…

—… no está bien para un nefilim…

Clary oía los murmullos, incluso mientras Jace avanzaba entre ellos.

Era un brillante día de invierno, frío y soleado, y la luz se le enredaba en los mechones dorados y plateados del cabello; Clary tuvo que entornar los párpados cuando él llegó junto a la verja.

—¿Ropa de luto? —le preguntó, tocándole la manga de la chaqueta.

—Tú también la llevas —indicó ella.

—No pensaba que tuvieras.

—Es de Amatis —explicó Clary—. Escucha, tengo que decirte algo.

Él la llevó a un lado. Clary le contó la conversación que había oído entre su madre y Luke acerca de la caja.

—Sin duda es la caja que recuerdo. Es la que mi madre tenía cuando yo era pequeña, y la que estaba en el piso de Sebastian cuando estuve allí.

Jace se pasó la mano por los brillantes mechones de su cabello.

—Ya me parecía que pasaba algo —dijo—. Esta mañana, Maryse ha recibido un mensaje de tu madre. —Tenía perdida la mirada—. Sebastian ha transformado a la hermana de Luke —añadió—. Lo hizo a propósito, para hacerle daño a Luke y a tu madre a través de él. La odia. Debió de entrar en

Alacante para coger a Amatis la noche que luchamos en el Burren. Más o menos me dijo que iba a hacerlo, cuando aún estábamos unidos. Dijo que iba a raptar a un cazador de sombras de Alacante, pero no a quién.

Clary asintió. Le resultaba extraño oír a Jace hablar del que había sido, del Jace amigo de Sebastian, o más que su amigo, su aliado. El Jace que llevaba la piel de Jace pero que era otra persona totalmente diferente.

—Debió de traer la caja entonces, y dejarla en la casa —añadió Jace—. Sabría que tu familia la encontraría algún día. Lo habría considerado como un mensaje o una firma.

—¿Es eso lo que piensa la Clave? —preguntó Clary.

—Es lo que yo pienso —respondió Jace, mirándola—. Y tú sabes que ambos podemos interpretar las acciones de Sebastian mucho mejor de lo que ellos pueden o podrán. No lo comprenden en absoluto.

—Pues qué suerte tienen.

El tañido de una campana resonó en el aire y las verjas se abrieron. Clary y Jace se reunieron con los Lightwood, Luke y Jocelyn en la marea de cazadores de sombras que las atravesaban. Cruzaron el jardín exterior de la fortaleza, subieron la escalera y luego pasaron bajo otras puertas que los llevaron al largo pasillo que acababa en la Cámara del Consejo.

Jia Penhallow, con la túnica de Cónsul, se hallaba a las puertas de la Cámara mientras cazador tras cazador iban entrando. La Cámara tenía forma de anfiteatro: un semicírculo con bancos situados en gradas de cara a un estrado rectangular. Había dos atriles en el estrado, uno para la Cónsul y otro para el Inquisidor, y detrás de los atriles, dos enormes ventanas rectangulares daban a Alacante.

Clary fue a sentarse con los Lightwood y con su madre; Robert Lightwood se separó de ellos y avanzó por el pasillo central para ocupar el puesto del Inquisidor. En el estrado, detrás de los atriles, había cuatro sillas, cada una con el respaldo marcado con un símbolo: el libro de hechizos, la luna, la flecha y la estrella. Los asientos de los subterráneos del Consejo. Luke miró el suyo, pero se sentó junto a Jocelyn. No se trataba de una reunión del Consejo en toda regla, con la asistencia de los subterráneos. Luke no estaba ahí en representación de su cargo oficial. Ante los asientos

se había colocado una mesa cubierta de terciopelo azul. Sobre el terciopelo yacía algo largo y afilado, algo que destellaba bajo la luz que entraba por las ventanas. La Espada Mortal.

Clary miró alrededor. El torrente de cazadores de sombras se había reducido a un goteo; la sala estaba casi llena hasta el resonante techo. Antes había habido más entradas que únicamente a través del Gard. La abadía de Westminster había sido una, Clary lo sabía, igual que la Sagrada Familia y San Basilio en Moscú, pero las habían sellado cuando inventaron los Portales. Clary no pudo evitar preguntarse si algún tipo de magia evitaba que la Cámara del Consejo rebosara de gente. Estaba más llena de lo que la había visto nunca, pero aún quedaban asientos vacíos cuando Jia Penhallow subió al estrado y dio una seca palmada.

—Por favor, pido la atención del Consejo —dijo.

Enseguida se hizo el silencio. Muchos de los cazadores de sombras estaban inclinados hacia adelante en actitud de máxima atención. Los rumores habían estado volando como pájaros asustados y el ambiente estaba cargado de electricidad, una corriente de gente desesperada por tener información.

—Bangkok, Buenos Aires, Oslo, Berlín, Moscú, Los Ángeles —enumeró Jia—. Atacados en una rápida sucesión, antes de que pudiéramos informar de los ataques. Antes de que pudiéramos advertirlos. Los cazadores de los Cónclaves de todas esas ciudades han sido capturados y transformados. A unos cuantos, demasiado pocos, los muy viejos o los muy jóvenes, los han matado y han dejado sus cuerpos para que nosotros los quememos, para añadir a las voces de los cazadores de sombras perdidos en la Ciudad Silenciosa.

Una voz habló desde una de las primeras filas. Una mujer de cabello negro. El tatuaje con forma de pez *koi* destacaba sobre la oscura piel de su mejilla. Clary pocas veces había visto a cazadores de sombras con tatuajes que no fueran Marcas, pero no era algo muy raro.

—Has dicho «transformados» —apuntó la mujer—. Pero ¿no quieres decir «asesinados»?

Jia tensó su expresión.

—No quiero decir «asesinados» —contestó—. Quiero decir «transformados». Hablamos de los Oscurecidos, aquellos a los que Jonathan Morgenstern, o como él prefiere que lo llamen, Sebastian, ha transformado empleando la Copa Infernal. A todos los Institutos se enviaron informes sobre lo que pasó en el Burren. La existencia de los Oscurecidos es algo que conocemos desde hace ya cierto tiempo, aunque hubiera algunos que no querían creerlo.

Un murmullo recorrió la cámara. Clary casi ni lo oyó. Sabía que Jace le había cogido la mano, pero solo oía el viento del Burren, y veía a cazadores de sombras alzándose ante la Copa Infernal, ante Sebastian, con las Marcas del *Libro Gris* ya casi borradas de la piel…

—Los cazadores de sombras no luchan contra cazadores de sombras —declaró un anciano en una de las primera filas. Jace le susurró al oído que era el director del Instituto de Reikiavik—. Es una blasfemia.

—Sí que es una blasfemia —admitió Jia—. Una blasfemia es el credo de Sebastian Morgenstern. Su padre quería limpiar el mundo de subterráneos. Sebastian quiere algo diferente. Quiere a los nefilim reducidos a cenizas, y quiere emplear a los propios nefilim para lograrlo.

—Seguro que si él es capaz de convertir a los nefilim en… en monstruos, nosotros deberíamos ser capaces de encontrar un modo de revertir esa conversión —manifestó Nasreen Choudhury, el director del Instituto de Mumbai, imponente en su sari blanco decorado con runas—. Sin duda no debemos rendirnos con tanta facilidad.

—En Berlín encontramos el cuerpo de uno de los Oscurecidos —explicó Robert—. Estaba herido, pero seguramente lo dieron por muerto. Los Hermanos Silenciosos lo están examinando en estos momentos para ver si logran extraer alguna información que pueda llevarnos a una cura.

—¿Qué Oscurecido? —preguntó la mujer con el *koi* tatuado—. Tenía un nombre antes de que lo transformaran. Un nombre de cazador de sombras.

—Amalric Kriegsmesser —contestó Robert después de un momento de vacilación—. Su familia ya ha sido informada.

«Los brujos del Laberinto Espiral también están trabajando en una cura». El susurro omnidireccional del Hermano Silencioso resonó en la

cámara. Clary reconoció al hermano Zachariah cerca del estrado, con las manos unidas. Junto a él se hallaba una angustiada Helen Blackthorn, vestida con las prendas blancas de luto.

—Son brujos —soltó alguien en un tono de menosprecio—. Seguro que no lo sabrán hacer mejor que nuestros Hermanos Silenciosos.

—¿Se puede interrogar a Kriegsmesser? —intervino una mujer alta de pelo blanco—. Quizá conozca el siguiente paso de Sebastian, o incluso el modo de curarse.

«Amalric Kriegsmesser está casi inconsciente, y además es un siervo de la Copa Infernal —contestó el hermano Zachariah—. La Copa Infernal lo controla totalmente. No tiene voluntad propia y por tanto no puede venirse abajo».

—¿Es cierto que Sebastian Morgenstern es ahora invulnerable? —preguntó la mujer del tatuaje *koi*, interviniendo de nuevo—. ¿No se lo puede matar?

Se oyó otro murmullo en la sala.

—Como he dicho —comenzó Jia, alzando la voz—, no hay supervivientes nefilim de los primeros ataques. Pero el último ataque ha sido contra el Instituto de Los Ángeles, y tenemos seis supervivientes. Seis niños. —Se volvió—. Helen Blackthorn, por favor, trae a los testigos.

Clary vio a Helen asentir con la cabeza y desaparecer por una puerta lateral. Un momento después regresó; caminaba lenta y cuidadosamente, la mano sobre el hombro de un niño delgado con una mata de cabello castaño rizado. No podía tener más de doce años. Clary lo reconoció inmediatamente. Lo había visto en la nave del Instituto cuando conoció a Helen. Su hermana lo llevaba agarrado por la muñeca, las manos cubiertas de cera por haber estado jugando con las velas que ardían en el interior de la catedral. Tenía una sonrisa de diablillo y los mismos ojos verde azulado que su hermana.

Julian, lo había llamado Helen. Su hermano pequeño.

La sonrisa de diablillo había desaparecido. Se lo veía cansado, sucio y asustado. Las delgadas muñecas asomaban por los puños de la camisa de luto, que tenía las mangas demasiado cortas. Llevaba a un niño más

pequeño en brazos, seguramente de no más de tres años, con rizos castaños alborotados que parecían ser una marca de familia. El resto de los niños llevaba también ropa de luto prestada. Detrás de Julian había una niña de unos diez años que cogía de la mano con fuerza a un niño de la misma edad. El cabello de la niña era castaño oscuro, pero el niño tenía espesos rizos negros que casi le cubrían el rostro. Mellizos, supuso Clary. Los seguía una niña de unos ocho o nueve años, el rostro redondo y muy pálido enmarcado por unas trenzas castañas. Todos eran Blackthorn, porque el aire familiar era evidente, y todos parecían anonadados y aterrorizados, excepto Helen, cuya expresión era una mezcla de furia y dolor.

La tristeza de sus rostros le llegó al alma a Clary. Pensó en su poder con las runas, y deseó conseguir crear una que suavizara el golpe de la pérdida de un ser querido. Existían la runas de luto, pero solo para honrar a los muertos, para simbolizar el vínculo del amor. No podías hacer que alguien te amara con una runa, y tampoco podías paliarle la tristeza. Tanta magia, pensó Clary, y nada para sanar un corazón roto.

—Julian Blackthorn —lo llamó Jia Penhallow con voz amable—. Acércate, por favor.

Julian tragó saliva y asintió. Entonces le pasó el niño pequeño a su hermana. Avanzó, explorando el estrado con la mirada. Era evidente que estaba buscando a alguien. Había comenzado a hundir los hombros cuando otra persona apareció corriendo hacia el estrado: una niña, también de unos doce años, con una melena rubia alborotada que le llegaba hasta los hombros. Llevaba unos vaqueros y una camiseta que no eran de su talla, y tenía la cabeza gacha, como si le incomodara que tanta gente la mirara. Resultaba evidente que no quería estar ahí, en el estrado, o quizá ni siquiera en Idris, pero en cuando Julian la vio, pareció relajarse. La expresión de terror se le borró del rostro cuanto la niña se puso junto a Helen, mirando al suelo, esquivando la mirada de la gente.

—Julian —dijo Jia con la misma voz amable—, ¿harás algo por nosotros? ¿Cogerás la Espada Mortal?

Clary se incorporó en el asiento. Ella había sujetado la Espada Mortal, había notado su peso. El frío, como ganchos en la piel, te arrancaba la

verdad. No se podía mentir sujetando la Espada Mortal, pero la verdad, incluso la verdad que se quería decir, resultaba una agonía.

—No pueden hacer eso —susurró—. Solo es un crío…

—Es el mayor de los niños que escaparon del Instituto de Los Ángeles —le explicó Jace a media voz—. No tienen alternativa.

Julian asintió e irguió los delgados hombros.

—La cogeré.

Robert Lightwood salió de detrás del atril y se acercó a la mesa. Cogió la Espada y se colocó delante de Julian. El contraste entre ellos era casi divertido: el hombre robusto de ancho pecho y el delgaducho niño de pelo revuelto.

Julian tendió la mano y cogió la Espada. Cuando cerró los dedos alrededor de la empuñadura, se estremeció, y contuvo rápidamente una oleada de dolor. La niña rubia que tenía a su espalda comenzó a avanzar, y Clary captó un destello de la expresión de su rostro: pura furia. Helen la agarró y la hizo volver a su lado.

Jia se arrodilló. Era un cuadro realmente extraño: el niño con la Espada, flanqueado por un lado por la Cónsul, con la túnica extendida ante ella, y por el otro, por el Inquisidor.

—Julian —empezó Jia, y aunque habló en voz baja, se la oyó en toda la Cámara del Consejo—. ¿Puedes decirnos quién está hoy aquí contigo en el estrado?

—Usted. El Inquisidor. Mi familia: mis hermanos Helen, Tiberius y Livia, y Drusilla y Tavvy. Octavian, quiero decir. Y mi mejor amiga, Emma Carstairs.

—¿Y estabais todos en el Instituto cuando fue atacado?

Julian negó con la cabeza.

—Helen no —contestó—. Ella estaba aquí.

—¿Puedes contarnos lo que viste, Julian? ¿Sin dejarte nada?

Julian tragó saliva. Estaba pálido. Clary podía imaginarse el dolor que estaba sintiendo, el peso de la Espada.

—Era por la tarde —comenzó Julian—. Estábamos practicando en la sala de entrenamiento. Katerina nos enseñaba. Mark miraba. Los padres de

Emma se encontraban de patrulla rutinaria por la playa. Vimos un destello de luz; pensé que era un relámpago, o fuegos artificiales. Pero… no lo era. Katerina y Mark nos dejaron y se fueron para abajo. Nos dijeron que nos quedáramos en la sala de entrenamiento.

—Pero no lo hicisteis —dijo Jia.

—Oímos ruidos de pelea. Salimos con cuidado. Emma fue a buscar a Drusilla y a Octavian, y yo fui al despacho con Livia y Tiberius para llamar a la Clave. Teníamos que pasar por la entrada principal para llegar allí. Cuando lo hicimos, lo vi.

—¿A él?

—Sabía que era un cazador de sombras, pero no. Llevaba una capa roja cubierta de runas.

—¿Qué runas?

—Yo no las conocía, pero tenían algo raro. No eran como las runas del *Libro Gris*. Me sentí mal con solo mirarlas. Y él se sacó la capucha; tenía el pelo blanco, así que al principio pensé que era viejo. Luego caí en que era Sebastian Morgenstern. Sujetaba una espada.

—¿Puedes describir la espada?

—Plateada, con un dibujo de estrellas negras en la hoja y la empuñadura. La sacó y… —Julian respiró entrecortadamente, y Clary casi pudo sentirlo, sentir su horror al recordar la lucha contra la compulsión de contarlo, de revivirlo. Clary estaba echada hacia adelante, con los puños apretados, sin darse ni cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas—. Se la puso a mi padre en el cuello —continuó Julian—. Había otros con Sebastian. También iban de rojo…

—¿Cazadores de sombras? —preguntó Jia.

—No lo sé. —Julian jadeaba—. Algunos llevaban capas negras. Otros el traje de combate, pero era rojo. Nunca he visto un traje rojo. Había una mujer, con el pelo castaño, que sujetaba una copa que se parecía a la Copa Mortal. Obligó a mi padre a beber de ella. Mi padre cayó al suelo gritando. Y oí gritar también a mi hermano.

—¿A qué hermano? —preguntó Robert Lightwood.

—Mark —respondió Julian—. Lo vi dirigirse hacia la entrada, y Mark se volvió y nos gritó que corriéramos arriba y nos marcháramos. Tropecé con el primer escalón, y cuando miré otra vez hacia abajo, estaban todos rodeándolo… —Julian hizo un ruido estrangulado—. Mi padre estaba allí de pie, y sus ojos también eran negros, y comenzó a ir hacia Mark, como los demás, como si no lo conociera…

A Julian se le quebró la voz. En ese momento la chica rubia se soltó de Helen y corrió hacia adelante para ponerse entre Julian y la Cónsul.

—¡Emma! —exclamó Helen dando un paso, pero Jia alzó una mano para que se detuviera. Emma estaba pálida y boqueaba. Clary pensó que nunca había visto tanta rabia contenida en un cuerpo tan pequeño.

—¡Dejadlo en paz! —gritó la niña abriendo los brazos, como si pudiera proteger a Julian tras ella, aunque era una cabeza más baja—. ¡Lo estáis torturando! ¡Dejadlo en paz!

—No pasa nada, Emma —dijo Julian, que estaba comenzando a recuperar el color una vez dejaron de interrogarlo—. Tienen que hacerlo.

Ella se volvió y lo miró.

—No, no tienen. Yo también estaba allí. Vi lo que pasó. Hacédmelo a mí. —Extendió las manos como si pidiera que le pusieran la Espada en ellas—. Yo soy quien le clavó un cuchillo a Sebastian en el corazón. Yo soy quien lo vio no morir. ¡Deberíais interrogarme a mí!

—No —comenzó Julian, pero Jia lo interrumpió.

—Emma, te preguntaremos después. La Espada duele, pero no hiere…

—Parad —insistió Emma—. Parad de una vez. —Y se acercó a Julian, que sujetaba la Espada con fuerza. Era evidente que no tenía la intención de entregársela. Estaba negando con la cabeza mientras la miraba, incluso cuando ella puso las manos sobre las suyas, para que ambos sujetaran la Espada juntos.

—Yo le clavé una daga a Sebastian —dijo Emma con una voz que resonó en toda la sala—. Y él se la arrancó y rio. Dijo: «Es una pena que no vayas a vivir. Vivir para contarle a la Clave que Lilith me ha fortalecido más allá de todo límite. Quizá *Gloriosa* podría acabar con mi vida. Es una pena para los nefilim no poder pedir más favores al Cielo, y que ninguno de

esos tontos instrumentos de guerra que forjan en su Ciudadela Infracta pueda herirme ya».

Clary se estremeció. Había oído a Sebastian en las palabras de Emma, y casi podía verlo ante sí. Los murmullos se habían disparado entre la Clave, y apagaron lo que Jace le dijo.

—¿Estás segura de que le diste en el corazón? —preguntó Robert, juntando sus oscuras cejas.

—Emma no falla —respondió Julian, en tono ofendido, como si acabaran de insultarlo a él.

—Yo sé dónde está el corazón —replicó Emma, mientras se apartaba de Julian y miraba enfadada, o más que enfadada, herida, a la Cónsul y al Inquisidor—. Pero creo que vosotros no.

Dio media vuelta y corrió fuera del estrado, casi apartando a Robert de un codazo. Desapareció por la misma puerta por la que había entrado, y Clary oyó su propia respiración saliéndole entre los dientes; ¿acaso nadie iba a ir tras ella? Era evidente que Julian quería hacerlo, pero, atrapado entre la Cónsul y el Inquisidor, con el peso de la Espada Mortal en la mano, no podía moverse. Helen se había quedado mirando cómo Emma desaparecía con una expresión de descarnado dolor, mientras sujetaba en los brazos al niño más pequeño, Tavvy.

Y entonces, Clary se puso en pie. Su madre fue a cogerla, pero ella ya corría por el inclinado pasillo entre las filas de asientos. El pasillo se convirtió en escalones de madera; Clary corrió sobre ellos, pasó ante la Cónsul y el Inquisidor, ante Helen, y se metió por la puerta de madera en pos de Emma.

Casi tiró a Aline, que rondaba por allí, observando lo que pasaba en la Cámara del Consejo con el ceño fruncido. Su gesto ceñudo desapareció al ver a Clary, y pasó a ser una expresión de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—La niña —dijo Clary casi sin aliento—. Emma. Ha salido corriendo por aquí.

—Lo sé. He intentado detenerla, pero se ha soltado. Está muy… —Aline suspiró y miró hacia la Cámara del Consejo, donde Jia había

comenzado a interrogar a Julian de nuevo—. Ha sido muy duro para ellos, para Helen y los demás. Ya sabes que su madre murió hace unos años. Lo único que les queda ahora es un tío en Londres.

—¿Quiere eso decir que van a trasladar a los niños a Londres? —preguntó Clary—. Ya sabes, cuando todo esto acabe.

Aline negó con la cabeza.

—Han ofrecido a su tío la dirección del Instituto de Los Ángeles. Creo que esperan que acepte el trabajo y se encargue de los niños. Aunque no sé si lo ha aceptado ya. Probablemente esté en estado de *shock*. Quiero decir, ha perdido a su sobrino, a su hermano… Andrew Blackthorn no está muerto, pero como si lo estuviera. En cierto modo, es peor aún —concluyó en tono amargo.

—Lo sé —repuso Clary—. Sé exactamente cómo es eso.

Aline la miró fijamente.

—Supongo que sí —asintió—. Pero es que… Helen. Ojalá pudiera hacer más por ella. Se está reconcomiendo de culpabilidad porque estaba aquí conmigo y no en Los Ángeles cuando atacaron el Instituto. Y lo intenta con todas sus fuerzas, pero no puede ser la madre de todos esos niños, y su tío aún no ha llegado, y luego está Emma, que el Ángel la ayude. No le queda familia…

—Me gustaría hablar con ella. Con Emma.

Aline se puso un mechón de cabello tras la oreja. El anillo de los Blackthorn le destelló en la mano.

—No quiere hablar con nadie que no sea Julian.

—Déjame intentarlo —insistió Clary—. Por favor.

Aline miró la expresión decidida de Clary y suspiró.

—Por el pasillo; la primera puerta a la izquierda.

El pasillo se curvaba alejándose de la Cámara del Consejo. Clary fue oyendo cada vez más lejos las voces de los cazadores de sombras mientras caminaba. Las paredes eran de piedra pulida, cubiertas con tapices que mostraban diferentes escenas gloriosas de la historia de los cazadores de sombras. La primera puerta que apareció a la izquierda era de madera y

muy sencilla. Estaba un poco entreabierta, pero ella llamó rápidamente antes de abrirla, para no sorprender a quien estuviera dentro.

Era una habitación sencilla, revestida de madera y con un montón de sillas colocadas de cualquier manera. A Clary le recordó la sala de espera de un hospital. Tenía el espeso ambiente de un lugar donde la gente sufría su angustia y dolor en un entorno desconocido.

En un rincón había una silla apoyada en la pared, y en la silla estaba Emma. Era más pequeña de lo que le había parecido de lejos. Solo llevaba una camiseta de manga corta y tenía Marcas en los brazos desnudos; la runa de visión en la mano izquierda (así que debía de ser zurda, como Jace), que tenía sobre una corta espada desenvainada tendida sobre el regazo. De cerca, Clary vio que su cabello era de un rubio pálido, pero tan enredado y sucio que parecía más oscuro. Desde detrás de los enredos, la niña miraba directamente a Clary, desafiante.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué quieres?

—Nada —contestó Clary, y cerró la puerta a su espalda—. Solo hablar contigo.

Emma entrecerró los ojos, suspicaz.

—¿Quieres usar la Espada Mortal conmigo? ¿Interrogarme?

—No. La han usado conmigo y es horrible. Lamento que la estén empleando con tu amigo. Creo que deberían encontrar otra manera.

—Creo que simplemente podrían confiar en él —replicó Emma—. Julian no miente. —Miró a Clary desafiante, como si la retara a contradecirla.

—Claro que no —asintió Clary, y avanzó un paso; se sentía como si estuviera tratando de no asustar a algún animalillo del bosque—. Julian es tu mejor amigo, ¿verdad?

Emma asintió.

—Mi mejor amigo también es un chico. Se llama Simon.

—¿Y dónde está? —Emma miró más allá de Clary, como si esperara que Simon se materializara de repente.

—Está en Nueva York —contestó Clary—. Lo echo mucho de menos.

Emma la miró como si eso tuviera muchísimo sentido.

—Julian fue una vez a Nueva York —explicó—. Lo eché de menos, y cuando regresó le hice prometer que no volvería a irse a ningún sitio sin mí.

Clary sonrió y se acercó más a Emma.

—Tu espada es muy bonita —comentó, señalando el arma que tenía la niña en el regazo.

La expresión de Emma se suavizó un poco. Tocó la espada, que estaba grabada con un delicado dibujo de hojas y runas. La cruz era de oro, y a lo largo de la hoja había unas palabras grabadas: «Soy *Cortana*, del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

—Era de mi padre. Ha ido pasando de un miembro a otro de la familia Carstairs. Es una espada famosa —añadió con orgullo—. La forjaron hace mucho tiempo.

—Del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal* —repitió Clary —. Ambas son espadas famosas. ¿Sabes quiénes tienen espadas famosas?

—¿Quiénes?

—Los héroes —afirmó Clary, y se arrodilló en el suelo para poder mirar a la niña a la cara.

Emma frunció el ceño.

—No soy ningún héroe —replicó—. No hice nada para salvar al padre de Julian, ni a Mark.

—Lo siento muchísimo —le aseguró Clary—. Sé lo que es ver a alguien a quien quieres volverse Oscuro. Convertirse en otra cosa.

Pero Emma estaba negando con la cabeza.

—Mark no se volvió Oscuro. Se lo llevaron.

—¿Se lo llevaron? —preguntó Clary, ceñuda.

—No querían que bebiera de la Copa porque tiene sangre de hada —explicó Emma, y Clary recordó a Alec diciendo que había antepasados hadas en el árbol genealógico de los Blackthorn. Como si adivinara la siguiente pregunta de Clary, Emma añadió—: Solo Mark y Helen tienen sangre de hada. Son de la misma madre, pero los dejó con el señor Blackthorn cuando eran pequeños. Julian y los otros son de otra madre.

—Oh —exclamó Clary, y no quiso presionarla mucho, para que esa niña herida no pensara que era otra adulta que la veía tan solo como una fuente

de respuestas para sus preguntas—. Conozco a Helen. ¿Mark se le parece?

—Sí. Helen y Mark tienen las orejas un poco en punta y el cabello claro. Ninguno de los otros Blackthorn es rubio. Todos tienen el cabello castaño excepto Ty, y nadie sabe por qué él tiene el pelo negro. Livvy no lo tiene, y es su melliza. —El rostro de Emma había recuperado un poco de color y animación; era evidente que le gustaba hablar de los Blackthorn.

—¿Y no quisieron que Mark bebiera de la Copa? —preguntó Clary. Personalmente, le sorprendía que a Sebastian le importara lo que Mark fuera. Nunca había tenido la obsesión de Valentine con los subterráneos, aunque tampoco era que le gustasen—. Quizá no funciona si tienes sangre de subterráneo.

—Quizá —repuso Emma.

Clary puso una mano sobre la de ella. Temía la respuesta, pero no podía evitar hacerse una pregunta.

—¿También transformó a tus padres?

—No… no —contestó Emma, y la voz le comenzó a temblar—. Están muertos. No estaban en el Instituto; se hallaban investigando un informe de actividad demoníaca. El mar arrastró sus cadáveres a la playa después del ataque. Pude haber ido con ellos, pero preferí quedarme en el Instituto. Quería entrenar con Jules. Si hubiera ido con ellos…

—Si hubieras ido, también estarías muerta —la interrumpió Clary.

—¿Y cómo puedes saberlo? —preguntó Emma, pero había algo en sus ojos, algo que quería creerla.

—Puedo ver lo buena cazadora de sombras que eres —continuó Clary—. Te veo las Marcas. Te veo las cicatrices. Y el modo en que sujetas la espada. Si eres tan buena, solo puedo pensar que ellos también lo eran. Y algo que consiguió matarlos a los dos no es algo de lo que los pudieras haber salvado. —Pasó los dedos suavemente por la espada—. Los héroes no son siempre los que ganan —sentenció—. A veces, son los que pierden. Pero siguen luchando, y siguen aguantando. No se rinden. Eso es lo que los convierte en héroes.

Emma inspiró, trémula, y justo en ese momento llamaron a la puerta. Clary se volvió a medias mientras la puerta se abría, dejando pasar la luz

del exterior y a Jace. Él la miró a los ojos y sonrió mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Su cabello se veía muy dorado, y los ojos de un tono un poco más claro. A veces, Clary creía poder ver el fuego dentro de él, iluminándole los ojos, la piel y las venas, moviéndose bajo la superficie.

—Clary —dijo él.

Ella creyó oír un gritito a su espalda. Emma se aferraba a la espada y pasaba la mirada de Clary a Jace con los ojos muy abiertos.

—El Consejo ha acabado —las informó Jace—. Y me parece que a Jia no le ha gustado mucho que salieras corriendo de allí.

—Así que estoy metida en un lío —concluyó Clary.

—Como de costumbre —declaró Jace, pero su sonrisa suavizó sus palabras—. Nos vamos. ¿Estás lista?

Clary negó con la cabeza.

—Nos veremos en la casa. Y luego podréis contarme lo que ha pasado en el Consejo.

Jace vaciló.

—Haz que Aline o Helen te acompañen —dijo finalmente—. La casa del Cónsul está un poco más allá en la misma calle que la del Inquisidor. —Se subió la cremallera de la chaqueta, salió de la habitación y cerró la puerta tras él.

Clary se volvió hacia Emma, que seguía mirándola muy fijamente.

—¿Conoces a Jace Lightwood? —preguntó Emma.

—Yo… ¿Qué?

—Es famoso —afirmó Emma con evidente asombro—. Es el mejor cazador de sombras. El mejor.

—Es mi amigo —dijo Clary, y se dio cuenta de que la conversación había tomado un giro inesperado.

Emma la miró desafiante.

—Es tu novio.

—¿Cómo lo…?

—He visto cómo te miraba —explicó Emma—, y además, todo el mundo sabe que Jace Lightwood tiene novia, y que es Clary Fairchild. ¿Por qué no me has dicho tu nombre?

—Supongo que no esperaba que lo reconocieras —contestó Clary, impresionada.

—No soy tonta —soltó Emma en un tono de enfado que hizo que Clary se sobresaltara antes de echarse a reír.

—No, no lo eres. Eres muy lista —afirmó—. Y me alegro de que te hayas enterado de quién soy, porque quiero que sepas que puedes venir a hablar conmigo siempre que lo desees. No solo de lo que pasó en el Instituto, sino de todo lo que te parezca. Y puedes hablar con Jace también. ¿Hace falta que te explique dónde encontrarnos?

Emma negó con la cabeza.

—No. —Su voz volvía a ser tranquila—. Sé dónde está la casa del Inquisidor.

—Vale. —Clary se cogió las manos, sobre todo para no lanzarse a abrazar a la niña. No creía que a Emma le gustara. Se volvió hacia la puerta.

—Si eres la novia de Jace Lightwood, deberías tener una espada mejor —dijo Emma de repente, y Clary miró la espada que se había colgado esa mañana, una vieja que había metido con sus cosas de Nueva York.

Tocó la empuñadura.

—¿Esta no sirve?

—Para nada —repuso Emma negando con la cabeza.

Lo decía tan en serio que Clary sonrió.

—Gracias por el consejo.

4

MÁS OSCURO QUE EL ORO

Cuando Clary llamó a la puerta de la casa del Inquisidor, fue Robert Lightwood quien le abrió.

Por un instante se quedó parada, sin saber muy bien qué decir. Nunca había mantenido una conversación con el padre adoptivo de Jace, casi no lo conocía. Siempre había sido una sombra al fondo, por lo general detrás de Maryse, con una mano sobre la silla de esta. Era un hombre alto y corpulento, de cabello oscuro y una barba pulcramente recortada. No podía imaginárselo siendo amigo de su padre, aunque sabía que había pertenecido al Círculo de Valentine. Tenía demasiadas arrugas y un rictus excesivamente severo para poder imaginárselo de joven.

Cuando la miró, Clary vio que tenía los ojos de un azul muy oscuro, tan oscuro que ella siempre había creído que eran negros. La expresión del señor Lightwood no cambió; Clary notó la desaprobación que emanaba de él. Sospechó que Jia no era la única que se había enfadado con ella por haber salido corriendo de la reunión del Consejo detrás de Emma.

—Si buscas a mis hijos, están arriba —fue todo lo que Robert Ligthwood dijo—. Último piso.

Clary pasó junto a él y entró en el enorme vestíbulo. La casa, la que se asignaba oficialmente al Inquisidor y a su familia, era espléndida, con techos altos y muebles pesados y caros. Era un espacio lo bastante grande

como para tener arcos interiores, una gigantesca escalera y una araña de luces que relucía con luz mágica colgando del techo. Clary se preguntó dónde estaría Maryse, y si a ella le gustaría la casa.

—Gracias —contestó Clary.

Robert Lightwood se encogió de hombros y desapareció entre las sombras sin decir nada más. Clary subió los escalones de dos en dos, y pasó varios descansillos antes de llegar al último piso, que estaba después de una escalera de desván muy empinada que daba a un pasillo. Una puerta se abría al final de este, y Clary oyó voces al otro lado.

Entró dentro después de llamar. Las paredes del desván estaban pintadas de blanco, y había un enorme armario en un rincón con las puertas abiertas; la ropa de Alec, práctica y un poco gastada, colgaba en un lado, y la de Jace, en negros y grises impecables, en el otro. Sus trajes de combate estaban doblados cuidadosamente en el fondo.

Clary casi sonrió; no estaba muy segura de por qué. Que Alec y Jace compartieran habitación le resultaba, en cierto modo, enternecedor. Se preguntó si se quedaban despiertos por la noche hablando, como Simon y ella siempre habían hecho.

Alec e Isabelle estaban sentados en el alféizar de la ventana. Detrás de ellos, Clary alcanzó a ver los colores de la puesta de sol reflejados en las aguas del canal que corría por abajo. Jace estaba tirado en una de las camas individuales, con las botas plantadas, de un modo bastante desafiante, sobre la colcha de terciopelo.

—Creo que querían decir que no pueden quedarse esperando sentados a que Sebastian ataque más Institutos —estaba diciendo Alec—. Eso sería esconderse. Los cazadores de sombras no se esconden.

Jace se frotó la mejilla en el hombro; parecía cansado, el pálido cabello alborotado.

—Parece como si nos escondiéramos —asintió—. Sebastian está por ahí fuera y nosotros aquí dentro. Con salvaguardas dobles. Todos los Institutos vacíos. Nadie para proteger el mundo de los demonios. ¿Quién vigilará a los vigilantes?

Alec suspiró y se pasó una mano por la cara.

—Con suerte, no nos quedaremos mucho tiempo.

—Es difícil imaginar lo que podría pasar —intervino Isabelle—. Un mundo sin cazadores de sombras. Demonios por todas partes. Subterráneos atacándose unos a otros.

—Si yo fuera Sebastian… —comenzó Jace.

—Pero no lo eres. No eres Sebastian —lo cortó Clary.

Todos la miraron. Alec y Jace no se parecían en absoluto, pensó Clary, pero de vez en cuando había una semejanza en la forma de mirar o en los gestos que le recordaba que habían crecido juntos. Ambos parecían curiosos, un poco preocupados. Isabelle se veía más cansada e inquieta.

—¿Estás bien? —preguntó Jace a modo de saludo mientras le sonreía de medio lado—. ¿Cómo está Emma?

—Hecha polvo —contestó Clary—. ¿Qué pasó después de que me marchara de la reunión?

—El interrogatorio casi había acabado —respondió Jace—. Es evidente que Sebastian está detrás de los ataques, y que tiene una fuerza considerable de guerreros Oscurecidos apoyándolo. Nadie sabe exactamente cuántos, pero debemos suponer que todos los que faltan han sido transformados.

—Aun así, seguimos siendo muchísimos más —añadió Alec—. Él cuenta con sus fuerzas originales y los seis Cónclaves que ha transformado; nosotros tenemos a todos los demás.

Había algo en los ojos de Jace que los volvía más oscuros que el oro.

—Sebastian lo sabe —murmuró—. Sabe cuáles son sus fuerzas, hasta el último hombre. Sabe exactamente a qué puede enfrentarse y a qué no.

—Tenemos a los subterráneos de nuestra parte —informó Alec—. Esa es la razón de la reunión de mañana, ¿no es así? Hablar con los representantes, reforzar nuestras alianzas. Ahora que sabemos lo que Sebastian está haciendo, podemos idear una estrategia, atacarlo con los Hijos de la Noche, las cortes, los brujos…

Los ojos de Clary y Jace se encontraron en una silenciosa comunicación.

«Ahora que sabemos lo que Sebastian está haciendo, hará alguna otra cosa. Algo que aún no nos esperamos».

—Y luego todo el mundo habló sobre Jace —añadió Isabelle—. Como de costumbre.

—¿De Jace? —Clary se apoyó en los pies de la cama de su amigo—. ¿Qué dijeron sobre él?

—Ha habido mucha controversia sobre si Sebastian es básicamente invulnerable y si existen maneras de herirlo y matarlo. *Gloriosa* podría haberlo hecho, por lo del fuego celestial, pero en este momento la única fuente de fuego celestial es…

—Jace —concluyó Clary tristemente—. Pero los Hermanos Silenciosos lo han probado todo para separar a Jace del fuego celestial y no consiguen hacerlo. Lo tiene metido en el alma. Y ¿ese es su plan? ¿Darle duro a Sebastian en la cabeza con Jace hasta que pierda el conocimiento?

—El hermano Zachariah ha dicho más o menos lo mismo —comentó Jace—. Quizá con un poco menos de sarcasmo.

—Sea como sea, acabaron hablando de maneras de capturar a Sebastian sin matarlo; si no puedes destruir a todos los Oscurecidos, pero puedes atraparlo a él en algún sitio y de algún modo, quizá no importe tanto que no se lo pueda matar —explicó Alec.

—Meterlo en un ataúd de *adamas* y tirarlo al mar —apuntó Isabelle—. Yo sugiero eso.

—Bueno, pues cuando acabaron de hablar de mí, lo que fue la mejor parte, claro —continuó Jace—, volvieron a hablar de cómo curar a los Oscurecidos. Están pagando una fortuna al Laberinto Espiral para que traten de averiguar qué hechizo empleó Sebastian para crear la Copa Infernal y llevar a cabo el ritual.

—Tienen que dejar de obsesionarse con curar a los Oscurecidos y empezar a pensar en cómo vencerlos —soltó Isabelle con voz dura.

—Muchos conocen a gente que ha sido transformada, Isabelle —remarcó Alec—. Claro que los quieren recuperar.

—Bueno, y yo quiero recuperar a mi hermanito —replicó Isabelle, alzando la voz—. ¿No comprenden lo que ha hecho Sebastian? Los ha matado. Ha matado lo que tenían de humano y ha dejado a demonios

caminando en unos trajes de carne que se parecen a la gente que conocían, eso es todo…

—Baja la voz —dijo Alec adoptando un tono de hermano mayor—. Sabes que mamá y papá están en casa, ¿no? Acabarán por subir.

—Oh, están aquí —repuso Isabelle—. Tan lejos el uno del otro, en cuanto a dormitorios, como puedan estarlo, pero están aquí.

—No es asunto nuestro dónde duermen, Isabelle.

—Son nuestros padres.

—Pero tienen su propia vida —replicó Alec—. Y tenemos que respetarlo y no inmiscuirnos. —Se le oscureció la expresión—. Hay mucha gente que se separa después de que se les muera un hijo.

Isabelle soltó un gritito ahogado.

—¿Isabelle? —Alec pareció darse cuenta de que había ido demasiado lejos. La mención de Max parecía ser más devastadora para Isabelle que para cualquiera de los otros Lightwood, incluyendo Maryse.

Isabelle salió corriendo de la habitación con un portazo.

Alec se pasó los dedos por el cabello, que le quedó de punta como las plumas de un pato.

—Maldita sea —exclamó, y luego se sonrojó. Alec casi nunca soltaba exabruptos, y cuando lo hacía, normalmente era en un susurro. Dirigió a Jace una mirada casi de disculpa y fue tras su hermana.

Jace suspiró, bajó las largas piernas de la cama y se puso en pie. Se estiró como un gato y le crujieron los hombros.

—Supongo que esta es mi excusa para acompañarte a casa.

—Puedo ir sola…

Jace negó con la cabeza y cogió su chaqueta del cabezal de la cama. Había algo impaciente en sus movimientos, algo vigilante y sigiloso que hizo que a Clary le cosquilleara la piel.

—Quiero salir de aquí. Vamos.

—Ha pasado una hora. Como mínimo una hora. Lo juro —protestó Maia. Estaba tumbada en el sofá del apartamento de Jordan y Simon, con los pies

descalzos sobre el regazo de Jordan.

—No deberías haber pedido comida tailandesa —comentó Simon sin prestar mucha atención. Estaba sentado en el suelo, revisando el mando de la Xbox. Hacía un par de días que no funcionaba. Había un grueso leño en la chimenea. Como todo lo demás en el apartamento, la chimenea no estaba muy limpia, y la mitad de las veces que la usaban, la sala se llenaba de humo. Jordan siempre se quejaba del frío, de las grietas en las ventanas y las paredes, y de la falta de interés del dueño por arreglar nada—. Nunca llegan a la hora.

Jordan sonrió maliciosamente.

—¿Y a ti qué te importa? No comes.

—Ahora puedo beber —le recordó Simon. Era cierto. Había acostumbrado a su estómago a aceptar la mayoría de los líquidos: leche, café, té, pero los alimentos sólidos aún le producían arcadas. Dudaba que las bebidas le aportaran algo nutritivo, solo la sangre parecía hacerlo, pero ser capaz de consumir algo en público que no hiciera gritar al personal lo hacía sentirse más humano. Con un suspiro, dejó caer el mando—. Creo que este trasto está roto. De forma permanente. Lo que es estupendo, porque no tengo dinero para comprar otro.

Jordan lo miró con curiosidad. Simon se había llevado todos sus ahorros al mudarse allí, pero no era mucho. Por suerte, también tenía muy pocos gastos. El apartamento era un préstamo del *Praetor Lupus*, que también proveía la sangre para Simon.

—Yo tengo dinero —dijo Jordan—. No pasa nada.

—Es tu dinero, no el mío. Y no vas a estar vigilándome eternamente —repuso Simon con los ojos clavados en las llamas azules de la chimenea—. Y luego ¿qué? No habría tardado en solicitar plaza en la universidad si… no hubiera pasado todo. Facultad de Música. Podría aprender, conseguir un trabajo. Nadie va a contratarme ahora. Parece que tenga dieciséis años; siempre lo pareceré.

—Hum —soltó Maia—. Supongo que los vampiros no trabajan, ¿verdad? Quiero decir, algunos licántropos sí; Bat es DJ, y Luke es dueño

de una librería. Pero los vampiros se reúnen en clanes. No hay científicos vampiros.

—O músicos vampiros —añadió Simon—. Tengo que aceptarlo. Mi carrera ahora es de vampiro profesional.

—Lo cierto es que me sorprende bastante que los vampiros no estén corriendo por las calles comiéndose a los turistas, con Maureen como jefa —comentó Maia—. Es bastante sanguinaria.

Simon hizo una mueca.

—Supongo que algunos de los del clan tratan de controlarla. Raphael, probablemente. Lily también; es uno de los vampiros más inteligentes del clan. Lo sabe todo. Raphael y ella siempre han sido como uña y carne. Pero yo no tengo exactamente amigos vampiros. Teniendo en cuenta que soy un objetivo, a veces me sorprende contar con algún amigo.

Oyó la amargura en su propia voz y miró las fotos que Jordan había pegado en la pared; fotos de él con sus amigos, en la playa, con Maia. Simon había pensado en poner sus propias fotos. Aunque no se había llevado ninguna de su casa, Clary tenía algunas. Podía pedírselas y de ese modo hacer más suyo el apartamento. Pero aunque le gustaba vivir con Jordan y estaba cómodo allí, no era su hogar. No lo sentía como algo permanente, como si fuera el lugar donde iba a hacer su vida.

—Ni siquiera tengo una cama —dijo en voz alta.

Maia volvió la cabeza hacia él.

—Simon, ¿de qué va esto? ¿Es porque Isabelle se ha ido?

Simon se encogió de hombros.

—No lo sé. Quiero decir, sí, echo de menos a Izzy, pero… Clary dice que tenemos que DLR.

—Oh, definir la relación —tradujo Maia ante la mirada de confusión de Jordan—. Ya sabes, cuando decides si realmente sois novio y novia. Y creo que deberíais hacerlo, por cierto.

—¿Por qué todo el mundo conoce ese acrónimo excepto yo? —se preguntó Simon en voz alta—. ¿Quiere Isabelle ser mi novia?

—No puedo decírtelo —contestó Maia—. Reglas entre chicas. Pregúntaselo.

—Está en Idris.

—Pregúntaselo cuando vuelva —insistió ella. Simon se quedó en silencio y Maia añadió, esta vez en tono más amable—: Volverá, y Clary también. Solo es una reunión.

—No sé. Los Institutos no están seguros.

—Ni tú tampoco —repuso Jordan—. Por eso me tienes a mí.

Maia miró a Jordan. Había algo raro en esa mirada, algo que Simon no llegaba a identificar. Desde hacía algún tiempo, pasaba algo entre Maia y Jordan, cierta distancia por parte de Maia, una pregunta en sus ojos cuando miraba a su novio. Simon había estado esperando a que Jordan le dijera algo, pero este no lo había hecho. Simon se preguntaba si él había notado la actitud de Maia, ya que era evidente, o si se obstinaba en no verla.

—¿Seguirías siendo un diurno —le preguntó Maia, y centró su atención en Simon— si pudieras cambiarlo?

—No lo sé. —Él se había hecho la misma pregunta, y luego se la había sacado de la cabeza; no servía de nada comerse el coco con cosas que no podía cambiar. Ser un vampiro diurno significaba tener oro en las venas. Otros vampiros lo querían, porque si bebían su sangre, también podrían caminar bajo el sol. Pero otros querían verlo destruido, porque la mayoría de los vampiros creían que los diurnos eran una abominación que había que arrancar de raíz. Recordó las palabras de Raphael en el tejado de un hotel de Manhattan: «Y será mejor que reces, diurno, por no perder esa Marca antes de que comience la guerra. Porque si lo haces, tendrás una cola de enemigos esperando para matarte. Y yo estaré a la cabeza».

—Echaría de menos el sol —dijo finalmente—. Creo que me mantiene humano.

La luz de la chimenea destelló en los ojos de Jordan cuando este miró a Simon.

—Ser humano está sobrevalorado —replicó con una sonrisa.

Maia levantó las piernas de su regazo de golpe. Jordan la miró, preocupado, justo cuando sonó el timbre.

Simon se puso en pie al instante.

—Comida —anunció—. Ya voy yo. Además —añadió con la cabeza vuelta hacia atrás mientras avanzaba por el pasillo hacia la puerta—, nadie ha tratado de matarme en dos semanas. Quizá se hayan aburrido y lo hayan dejado correr.

Oyó un murmullo de voces a su espalda, pero no les prestó atención; estaban hablando entre ellos. Cogió el picaporte y abrió la puerta mientras iba sacando la cartera.

Y entonces notó una pulsación sobre el pecho. Bajó la mirada, vio el colgante de Isabelle brillando con un escarlata intenso y se echó hacia atrás. Dio un fuerte grito; había un individuo alto vestido con un traje de combate rojo en la puerta, un cazador de sombras con feas Marcas de runas en ambas mejillas, nariz de halcón y frente plana y amplia. Gruñó a Simon y dio un paso adelante.

—¡Simon, agáchate! —gritó Jordan, y Simon se tiró al suelo y rodó hacia el lado justo cuando el dardo de una ballesta cruzó el pasillo. El cazador oscuro se apartó hacia un lado a una velocidad casi increíble y el dardo se clavó en la puerta. Simon oyó a Jordan maldecir, y luego Maia, en su forma de lobo, pasó a su lado corriendo y saltó sobre el Oscurecido.

Se oyó un satisfactorio aullido de dolor cuando Maia hundió los dientes en el cuello del hombre. La sangre salió en un chorro pulverizado y llenó el aire de una neblina roja y salada. Simon inhaló profundamente, y notó el sabor amargo de la sangre contaminada por demonios mientras se ponía en pie. Se lanzó hacia adelante en el momento en que el Oscurecido agarraba a Maia y la lanzaba por el pasillo, como una bola aullante de dientes y garras.

Jordan gritó. De la garganta de Simon brotó un sonido grave, una especie de siseo vampírico, y notó que le salían los colmillos. El Oscurecido avanzó, sangrando pero aún firme. Simon sintió una punzada de temor en el estómago. Había visto luchar en el Burren a los soldados de Sebastian, y sabía que eran más fuertes, más rápidos y más difíciles de matar que los cazadores de sombras. No había pensado en lo mucho más difíciles que eran de matar que los vampiros.

—¡Sal de en medio! —Jordan agarró a Simon del hombro y lo empujó detrás de Maia, que ya se había puesto en pie. Tenía sangre en el pelaje y sus ojos de lobo estaban oscuros de furia—. Vete, Simon. Deja que nosotros nos ocupemos. ¡Vete!

Simon se quedó donde estaba.

—No me iré. Está aquí por mí…

—¡Ya lo sé! —gritó Jordan—. ¡Soy tu *Praetor Lupus* guardián! ¡Déjame hacer mi trabajo!

Jordan se volvió y alzó de nuevo la ballesta. Esta vez el dardo se hundió en el hombro del cazador oscuro. Este se tambaleó hacia atrás y soltó una serie de maldiciones en un idioma que Simon no entendía. Alemán, pensó. El Instituto de Berlín había sido atacado…

Maia se puso de un salto delante de Simon, y ella y Jordan avanzaron hacia el cazador oscuro. Jordan miró una vez a Simon con sus ojos castaños feroces y salvajes. Este asintió y corrió hacia el salón. Abrió la ventana, que cedió con un fuerte chirrido de madera hinchada y una explosión de trocitos de pintura vieja, y salió a la escalera de incendios, donde las plantas de acónito de Jordan cubrían la barandilla de metal.

Todo en él le gritaba que no debía marcharse, pero se lo había prometido a Isabelle, le había prometido que dejaría a Jordan hacer su trabajo de guardaespaldas, le había prometido que no se pondría de objetivo. Cerró la mano alrededor del colgante de Izzy, cálido bajo sus dedos como si hubiera estado hacía poco alrededor del cuello de la chica, y bajó por la escalera de metal. Era ruidosa y estaba resbaladiza por la nieve; varias veces estuvo a punto de caer antes de llegar al último peldaño y saltar al ensombrecido pavimento.

Al instante se encontró rodeado de vampiros. Simon tuvo tiempo de reconocer solo a dos de ellos como parte del clan del hotel Dumort: la delicada y morena Lily y el rubio Zake, ambos sonriendo como hienas; luego le cubrieron la cabeza con algo. Le apretaron la tela contra el cuello, ahogándolo, no porque necesitara aire, sino porque la presión en la garganta le causaba dolor.

—Maureen te envía saludos —le dijo Zake al oído.

Simon abrió la boca para gritar, pero la oscuridad se lo tragó antes de que pudiera articular ningún sonido.

—No me había dado cuenta de que eras tan famoso —comentó Clary mientras Jace y ella avanzaban por la estrecha acera que bordeaba el canal Oldway. Caía la tarde y estaba oscureciendo; las calles estaban llenas de gente que corría de aquí para allí envuelta en gruesas capas y con los rostros fríos e inescrutables.

Comenzaban a verse las estrellas, suaves puntas de luz en el cielo del este que iluminaron los ojos de Jace cuando este miró a Clary con curiosidad.

—Todo el mundo conoce al hijo de Valentine.

—Lo sé, pero… cuando Emma te vio, actuó como si fueras el famoso del que está colgada. Como si salieras en la portada del *Semanario de los Cazadores de Sombras* todos los meses.

—Ya sabes, cuando me pidieron que posara, dijeron que sería elegante…

—Siempre y cuando tuvieras en la mano un cuchillo serafín estratégicamente colocado, no veo el problema —bromeó Clary, y Jace rio, un sonido breve, que indicaba que ella lo había hecho reír sin esperárselo. Era la risa de Jace que más gustaba a Clary. Jace siempre se controlaba tanto… Era una delicia ser una de las pocas personas que podían atravesar su armadura, construida con tanto cuidado, y sorprenderlo.

—Te ha gustado, ¿verdad? —le preguntó Jace.

—¿Quién? —quiso saber Clary, pillada por sorpresa. Estaban pasando por una plaza que ella recordaba; adoquinada, con un pozo en el centro cubierto por un círculo de piedra, seguramente para evitar que se congelara el agua.

—Esa niña. Emma.

—Tiene algo —reconoció Clary—. Quizá sea el modo en que defendió al hermano de Helen, Julian. Haría cualquier cosa por él. Quiere mucho a los Blackthorn, y ha perdido todo lo demás…

—Te ha recordado a ti a su edad.

—No creo —repuso Clary—. Creo que quizá me haya recordado a ti.

—¿Porque soy pequeño, rubio y me quedan bien las coletas?

Clary lo empujó con el hombro. Habían llegado al final de una calle llena de tiendas. En ese momento estaban cerradas, aunque se veía luz mágica a través de los escaparates. Clary tuvo la sensación de estar en un sueño o en un cuento de hadas, una sensación que siempre tenía en Alacante: el inmenso cielo en lo alto, los viejos edificios con escenas de leyendas talladas, y por encima de todo eso, las claras torres de los demonios que daban a Alacante su nombre común: la Ciudad de Cristal.

—Porque —contestó mientras pasaban ante una tienda con hogazas de pan apiladas en el mostrador— ha perdido a toda su familia. Pero tiene a los Blackthorn. No tiene a nadie más, ni tíos, ni tías, ni nadie que la acoja, pero los Blackthorn se ocuparán de ella. Así que tendrá que aprender lo mismo que tú: que la familia no la da la sangre. Es la gente que te quiere; la gente que te guarda la espalda. Como los Lightwood hicieron por ti.

Jace se había detenido. Clary se volvió para mirarlo. La multitud pasó caminando junto a ellos. Jace se hallaba ante la entrada de un estrecho callejón, frente a una tienda. El viento le alborotaba el rubio cabello y le agitaba la chaqueta sin abrochar; Clary le vio latir el pulso en el cuello.

—Ven aquí —dijo, y su voz era áspera.

Clary dio un paso hacia él, un poco inquieta. ¿Habría dicho algo que lo había molestado? Aunque Jace pocas veces se enfadaba con ella, cuando eso ocurría se lo decía directamente. Le cogió la mano con ternura y la llevó tras él mientras doblaba la esquina del edificio y se metía en las sombras de un estrecho pasaje que iba a dar a un canal.

No había nadie más en el pasaje, y su estrecha entrada los ocultaba de la vista. El rostro de Jace se mostraba anguloso bajo la escasa luz: pómulos marcados, boca suave, los ojos dorados de un león.

—Te amo —dijo él—. No te lo digo lo suficientemente a menudo. Te amo.

Ella se apoyó en la pared. La piedra estaba fría. En otras circunstancias habría sido incómoda, pero en ese momento no le importaba. Tiró de él

hacia sí con cuidado hasta que sus cuerpos estuvieron frente a frente, sin tocarse, pero tan cerca que podía notar el calor que él irradiaba. Claro que no tenía que abrocharse la chaqueta, con todo el fuego que le ardía en las venas… El olor a pimienta negra, jabón y aire frío lo envolvía cuando ella le puso el rostro sobre el hombro y aspiró.

—Clary. —La voz de Jace era un susurro y una advertencia. Percibió la aspereza del anhelo en ella, anhelo del consuelo físico de la cercanía, de cualquier contacto. Con cuidado, él estiró los brazos a su alrededor y colocó la palma de las manos contra la pared de piedra, enjaulándola en aquel estrecho espacio. Ella notó su aliento en el cabello, el ligerísimo roce de sus cuerpos, cada milímetro de su piel hipersensible: Donde él la rozaba, Clary sentía como si le clavaran minúsculas agujas de placer y de dolor al mismo tiempo.

—Por favor, no me digas que me has arrastrado a un callejón y me estás tocando y no piensas besarme, porque no sé si podré resistirlo —dijo ella en un susurro.

Jace cerró los ojos. Clary veía sus oscuras pestañas rozándole los pómulos, y recordó la sensación de dibujarle la forma del rostro con el dedo, el peso de su cuerpo sobre el de ella, la sensación de su piel contra la de ella.

—No —repuso él, y Clary percibió la tensión en su voz bajo la suavidad de su tono. Miel sobre agujas. Estaban lo suficientemente cerca como para que ella notara cómo a Jace se le expandía el pecho al respirar—. No podemos.

Le puso la mano sobre el pecho y notó que el corazón le latía como alas atrapadas.

—Entonces, llévame a casa —susurró Clary, y se inclinó para rozarle con los labios la comisura de la boca. O al menos pretendía que solo fuera un roce, una ligerísima presión de labios sobre labios, pero él se inclinó y su movimiento cambió el ángulo; ella lo besó con más fuerza de la que pretendía, y sus labios se deslizaron hacia el centro de los de Jace. Lo notó exhalar, sorprendido, contra su boca, y de repente estaban besándose, besándose de verdad, de forma exquisitamente lenta, ardiente e intensa.

«Llévame a casa». Pero eso era casa: los brazos de Jace rodeándola; el frío viento de Alacante en su ropa; los dedos hundidos en la nuca de él, en el lugar donde el cabello se le rizaba suavemente contra la piel. Él seguía con las manos en la piedra, pero apoyó el cuerpo en el suyo, y la apretó con suavidad contra el muro. Clary oyó la aspereza de su respiración. Él no la tocaría con las manos, pero ella podía tocarlo, y dejó que sus manos se movieran libremente sobre las curvas de los brazos, por el pecho, dibujando los bordes de los músculos. Deslizó las manos hacia fuera para rodearle los costados hasta que tuvo la camiseta de él arrugada entre los dedos. Le acarició la piel desnuda suavemente, y luego le metió las manos bajo la camisa. No lo había tocado así desde hacía tanto tiempo que casi había olvidado lo suave que era su piel allí donde no tenía cicatrices, cómo se le contraían los músculos de la espalda bajo sus caricias. Él ahogó un grito en su boca; sabía a té y chocolate y sal.

Clary había tomado el control del beso. Notó que él se tensaba y tomaba de nuevo la iniciativa; le mordisqueó el labio inferior hasta que ella se estremeció, le acarició con la lengua la comisura de la boca, la besó en el mentón y le chupó el cuello donde le latía una vena, tragándose el acelerado latido. La piel de Jace ardía bajo las manos de Clary, ardía.

Jace se apartó y se tambaleó hacia atrás como si estuviera borracho, hasta chocar con la pared del otro lado. Tenía los ojos muy abiertos, y por un momento, Clary creyó ver llamas en ellos, como dos fuegos gemelos en la oscuridad. Luego esa luz se apagó y Jace se quedó jadeando, como si hubiera estado corriendo, con las palmas apretadas contra el rostro.

—Jace.

Él dejó caer las manos.

—Mira la pared a tu espalda —dijo en un tono seco.

Clary se volvió y se quedó atónita. Tras ella, donde el muchacho había estado apoyándose, había dos marcas de quemaduras en la piedra, con la forma exacta de las manos de Jace.

La reina seelie yacía sobre la cama mirando el techo de piedra de su dormitorio. Estaba engalanado con emparrados colgantes de rosas, cada una de ellas perfecta y de color rojo sangre, las espinas aún intactas. Todas las noches se marchitaban y morían, y todas las mañanas salían nuevas, tan frescas como el día anterior.

Las hadas dormían poco, y raramente soñaban, pero a la reina le gustaba que su cama fuera cómoda. Era un amplio sofá de piedra con un colchón de plumas encima, cubierto con gruesos mantos de terciopelo y deslizante satén.

—¿Alguna vez —dijo el chico que estaba a su lado en la cama— se ha pinchado su majestad con una de las espinas?

La reina se volvió para mirar a Jonathan Morgenstern, tumbado sobre la colcha. Aunque él le había pedido que lo llamara Sebastian, y ella lo respetaba, ninguna hada permitiría a nadie llamarlos por su auténtico nombre. Él estaba tumbado boca abajo, la cabeza apoyada en los brazos cruzados, e incluso bajo la tenue luz, las viejas cicatrices de látigo eran visibles en su espalda.

La reina siempre se había sentido fascinada por los cazadores de sombras (eran en parte ángel, como los seres mágicos; sin duda debía de haber algún parentesco entre ellos), pero siempre había pensado que nunca encontraría a uno cuyo carácter pudiera soportar más de cinco minutos, hasta que encontró a Sebastian. Todos eran terriblemente mojigatos. No así Sebastian. Era de lo más poco común como humano, e incluso más como cazador de sombras.

—Creo que no tan a menudo como tú te cortas con tu sarcasmo, querido —contestó—. Ya sabes que no quiero que me llamen «majestad», sino solo «señora», o «mi señora», si insistes.

—No parece importarte cuando te llamo «hermosa» o «mi hermosa señora». —Su tono era falsamente contrito.

—Humm —murmuró ella mientras le pasaba los finos dedos por la cabellera plateada. Tenía un color muy hermoso para ser un mortal: cabello

como una espada, ojos de ónix. Recordó a la hermana de Sebastian, tan diferente, ni mucho menos tan elegante—. ¿Te ha recompuesto el sueño? ¿Estás cansado?

Él rodó para quedar sobre la espalda y le sonrió.

—No agotado del todo, me parece.

Ella se inclinó para besarlo, y él le hundió los dedos en el cabello rojo. Contempló un rizo, escarlata contra la piel de sus nudillos llenos de cicatrices, y se llevó el rizo a la mejilla. Antes de que ella pudiera decir nada más, llamaron a la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa? —preguntó la reina—. Si no es un asunto de suma importancia, lárgate, o te echaré al río para que se te coman los nixies.

Se abrió la puerta y entró una de las jóvenes damas de la corte: Kaelie Whitewillow. Una pixi. Hizo una reverencia.

—Mi señora, Meliorn está aquí, y querría hablar con vos.

Sebastian enarcó una pálida ceja.

—El trabajo de una reina no acaba nunca.

La reina suspiró y se levantó de la cama.

—Hazlo entrar —dijo—, y tráeme también una de mis batas; el aire es frío.

Kaelie asintió y salió del dormitorio. Un momento después, Meliorn entró e inclinó la cabeza en una reverencia. Si a Sebastian le pareció extraño que la reina recibiera a sus cortesanos totalmente desnuda en medio de su dormitorio, no lo demostró ni de gesto ni de palabra. Una mujer mortal se habría sentido avergonzada, habría tratado de cubrirse, pero la reina era la reina, eterna y orgullosa, y sabía que era tan magnífica sin ropa como con ella.

—Meliorn —dijo—. ¿Tienes noticias de los nefilim?

Meliorn se cuadró. Llevaba, como de costumbre, una armadura blanca hecha con escamas superpuestas. Tenía los ojos verdes y una melena muy larga y muy negra.

—Mi señora —comenzó, y miró detrás de ella a Sebastian, que estaba sentado en la cama, con la colcha enrollada en la cintura—. Tengo muchas

noticias. Nuestras nuevas fuerzas de Oscuros se han situado en la fortaleza de Edom. Esperan órdenes.

—¿Y los nefilim? —preguntó la reina mientras Kaelie entraba en la habitación con una bata tejida con pétalos de lirios. La sostuvo abierta y la reina se la puso, envolviéndose en la sedosa blancura.

—Los niños que escaparon del Instituto de Los Ángeles han dado la suficiente información para que se sepa que Sebastian está detrás de los ataques —explicó Meliorn con bastante acritud.

—De todas formas se lo habrían imaginado —dijo aquel—. Tienen la lamentable costumbre de culparme de todo.

—La pregunta es: ¿han identificado a nuestra gente? —inquirió la reina.

—No —contestó Meliorn con satisfacción—. Los niños han supuesto que todos los atacantes eran Oscurecidos.

—Eso es impresionante, teniendo en cuenta que el niño Blackthorn tiene sangre de hada en las venas —comentó Sebastian—. Siempre he pensado que los iguales se reconocerían. ¿Y qué planeáis hacer con él?

—Tiene sangre de hada; es nuestro —contestó Meliorn—. Gwyn lo ha reclamado para que se una a la Caza Salvaje. Lo enviaremos allí. —Se volvió hacia la reina—. Necesitamos más soldados. Los Institutos se están vaciando; los nefilim huyen hacia Idris.

—¿Y qué hay del Instituto de Nueva York? —preguntó Sebastian de forma abrupta—. ¿Qué hay de mi hermano y mi hermana?

—Clary Fray y Jace Lightwood han sido enviados a Idris —contestó Meliorn—. Aún no podemos intentar recuperarlos sin mostrar nuestro juego.

Sebastian tocó el brazalete que llevaba en la muñeca. Era una costumbre que le había hecho notar la reina, algo que hacía cuando estaba enfadado e intentaba no demostrarlo. El metal tenía grabadas unas palabras en un viejo idioma de los humanos: «Si no puedo convencer al Cielo, moveré a los Infiernos».

—Los quería —dijo Sebastian.

—Y los tendrás —repuso la reina—. No he olvidado que eso era parte de nuestro trato. Pero debes ser paciente.

Sebastian sonrió, aunque no puso el alma en ello.

—Los mortales podemos ser demasiado impacientes.

—Tú no eres un mortal corriente —replicó la reina, y se volvió hacia Meliorn—. Mi caballero —inquirió—, ¿qué aconsejas a tu reina?

—Necesitamos más soldados —repitió Meliorn—. Debemos tomar otro Instituto. Más armas serían un buen extra.

—¿Me ha parecido oír que decías que todos los cazadores de sombras estaban en Idris?

—No todos —respondió Meliorn—. Algunas ciudades han tardado más de lo esperado en evacuar a todos los nefilim: los cazadores de sombras de Londres, Río de Janeiro, El Cairo, Estambul y Taipéi siguen en sus Institutos. Debemos tomar al menos un Instituto más.

Sebastian sonrió. Era la clase de sonrisa que no transformaba su hermoso rostro en algo aún más hermoso, sino en una máscara cruel, todo dientes, como la sonrisa de la quimera.

—Entonces, me quedaré con el de Londres —dijo Sebastian—. Si eso no va contra tus deseos, mi reina.

Ella no pudo evitar sonreír. Habían pasado tantos siglos desde que un amante mortal la había hecho sonreír… Se inclinó para besarlo, y notó que él deslizaba las manos sobre los pétalos de la bata.

—Quédate Londres, amor, y báñalo en sangre —proclamó—. Es mi regalo.

—¿Estás bien? —le preguntó Jace en lo que a Clary le pareció la millonésima vez. Estaban ante los escalones de la fachada de la casa de Amatis, parcialmente iluminada por las luces que salían de las ventanas. Jace estaba más abajo que ella, con las manos metidas en los bolsillos, como si tuviera miedo de dejarlas libres.

Se había quedado un buen rato mirando las marcas chamuscadas que había dejado en la pared de la tienda antes de meterse la camisa en los pantalones y arrastrar a Clary a la concurrida calle, como si ella no debiera

estar a solas con él. El resto del camino hasta la casa, Jace había estado muy taciturno, la boca cerrada en una tensa línea.

—Estoy bien —le aseguró ella—. Mira, has quemado la pared, no a mí. —Dio una vuelta inesperada sobre sí misma, como si le estuviera enseñando un nuevo modelito—. ¿Lo ves?

Jace tenía unas pronunciadas ojeras.

—Si te llegara a hacer daño…

—No me lo has hecho —lo tranquilizó Clary—. No soy tan frágil.

—Creía que había aprendido a controlarlo mejor, que trabajar con Jordan me estaba ayudando. —La frustración envolvía sus palabras.

—Y así es. Mira, has sido capaz de concentrar el fuego en las manos; eso ya es un adelanto. Te he estado tocando, besándote, y no estoy herida. —Le puso la mano en la mejilla—. Estaremos juntos en esto, ¿recuerdas? Nada de dejarme a oscuras, nada de enfurruñamientos épicos.

—Estaba pensando en enfurruñarme por Idris en los próximos Juegos Olímpicos —repuso Jace, pero la voz ya se le estaba suavizando, el tonillo de profundo desprecio hacia sí mismo había desaparecido, la ironía y el buen humor ocupaban su lugar.

—Alec y tú podríais presentaros a enfurruñamiento por parejas —bromeó Clary sonriendo—. Ganaríais el oro.

Jace volvió la cabeza y le besó la palma de la mano. Su cabello rozó las puntas de los dedos de Clary. Todo alrededor parecía callado y tranquilo; casi podría pensarse que eran las únicas personas en Alacante.

—Sigo preguntándome —dijo él hablando contra la piel de la mano de Clary— qué pensará el dueño de esa tienda cuando vaya por la mañana y se encuentre dos quemaduras en la pared en forma de manos.

—Espero que tenga un seguro.

Jace rio.

—Y hablando de eso —continuó Clary—, la siguiente reunión del Consejo es mañana, ¿no?

—Un Consejo para preparar la guerra —asintió Jace—. Solo los miembros selectos de la Clave. —Levantó las manos en un gesto de irritación. Clary notó su fastidio; Jace era un excelente estratega y uno de

los mejores luchadores de la Clave, y le molestaba mucho quedar fuera de una reunión en la que se hablara de batallas. Sobre todo, pensó Clary, si se iba a discutir sobre usar el fuego celestial como arma.

—Entonces quizá me puedas ayudar en una cosa. Necesito una tienda de armas. Tengo que comprar una espada. Una buena de verdad.

Jace pareció sorprendido.

—¿Para qué?

—Oh, ya sabes. Matar. —Clary hizo un gesto con la mano con la esperanza de que expresara sus intenciones asesinas contra todo lo malo—. Quiero decir que ya hace tiempo que soy una cazadora de sombras. Debería tener un arma adecuada, ¿no?

Una lenta sonrisa se fue abriendo en el rostro de Jace.

—La mejor tienda de espadas es Diana's, en la calle Flintlock —contestó con los ojos brillantes—. Te recogeré mañana a primera hora de la tarde.

—Es una cita —asintió Clary—. Una cita de armas.

—Mucho mejor que la de cena y peli —repuso Jace, y desapareció entre las sombras.

5

CIERTA VENGANZA

Maia alzó la mirada cuando la puerta del apartamento de Jordan se abrió de golpe y este entró corriendo, casi patinando sobre el resbaladizo suelo de madera.

—¿Hay algo? —preguntó.

Maia negó con la cabeza. La expresión de Jordan se ensombreció. Después de matar al Oscurecido, Maia había llamado a la manada para que los ayudara. A diferencia de los demonios, los Oscurecidos no se evaporaban al matarlos. Había que deshacerse de ellos. Normalmente, habrían llamado a los cazadores de sombras y a los Hermanos Silenciosos, pero las puertas del Instituto y de la Ciudad de Hueso estaban cerradas. Por lo tanto, Bat y el resto de la manada se habían presentado con una bolsa para cadáveres, mientras Jordan, aún sangrando por la pelea con el Oscurecido, había ido en busca de Simon.

Había tardado horas en volver, y cuando lo hizo, la mirada de sus ojos le había contado a Maia toda la historia. Había encontrado el móvil de Simon, destrozado y abandonado al pie de la escalera de incendios, como un detalle burlón. Aparte de eso, no había ni rastro de él.

Después de eso, ninguno de ellos había dormido. Maia había vuelto a la guarida de la manada con Bat, quien había prometido, aunque un poco a regañadientes, que diría a los lobos que buscaran a Simon, e intentaría

(remarcando lo de intentar) contactar con los cazadores de sombras en Alacante. Había líneas abiertas con la capital de los cazadores de sombras, líneas que solo los jefes de manadas o de clanes podían usar.

Maia había regresado al apartamento de Jordan al amanecer, desanimada y agotada. Estaba en la cocina cuando él entró, con una toalla de papel mojada presionada contra la frente. Ella se la apartó mientras Jordan la miraba, y notó el agua caerle por el rostro como lágrimas.

—No —contestó—. No hay noticias.

Jordan se apoyó con gesto cansado en la pared. Solo llevaba una camiseta de manga corta y los versos de los Upanisad, tatuados con tinta negra, destacaban alrededor de los bíceps. Tenía el pelo húmedo de sudor y pegado a la frente, y se veía una marca roja en el cuello donde la correa de su bolsa de armas se le había clavado en la piel. Se lo veía abatido.

—No puedo creerlo —dijo, en lo que Maia supuso que sería la millonésima vez—. Lo he perdido. Era mi responsabilidad, y lo he perdido.

—No es culpa tuya. —Maia sabía que no conseguiría hacer que se sintiera mejor, pero no podía evitar decírselo—. Mira, no puedes hacer huir a todos los vampiros y los malos del área de los tres estados, y el *Praetor* no debería habértelo pedido. Cuando Simon perdió la Marca, pediste refuerzos, ¿no es cierto? Y no te enviaron a nadie. Has hecho todo lo que has podido.

Jordan se miró las manos y murmuró para sí:

—No ha sido suficiente.

Maia sabía que tenía que acercarse a él, abrazarlo, consolarlo, decirle que no era culpa suya.

Pero no podía. La culpa le pesaba en el pecho como una barra de hierro, las palabras seguían contenidas en la garganta. Ya llevaba así varias semanas.

«Jordan, tengo que decirte algo. Jordan, tengo que hacerlo. Jordan, yo. Jordan…».

El timbre de un teléfono truncó el silencio que había entre ellos. A toda prisa, Jordan metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil; lo abrió y se lo llevó a la oreja.

—¿Diga?

Maia lo observó, tan inclinada hacia adelante que la encimera se le clavó en las costillas. Pero solo oía murmullos, y para cuando Jordan cerró el teléfono y la miró, ya estaba a punto de gritar de impaciencia.

—Era Teal Waxelbaum, el segundo al mando del *Praetor* —explicó—. Quieren que vaya inmediatamente a la central. Creo que van a ayudarme a buscar a Simon. ¿Vienes conmigo? Si salimos ahora, deberíamos llegar allí a mediodía.

Había un ruego en su voz. No era estúpido, pensó Maia. Sabía que pasaba algo. Lo sabía…

Maia respiró hondo. Las palabras se le apiñaron de nuevo en la garganta: «Jordan, tengo que hablar contigo…», pero se las tragó. En ese momento la prioridad era Simon.

—Claro —contestó—. Claro que voy.

Lo primero que Simon vio fue el papel de la pared, que no era tan terrible. Un poco pasado de moda y levantado en algunos puntos. Un auténtico problema con el moho. Pero, en conjunto, no era lo peor que había visto al abrir los ojos. Parpadeó una o dos veces, fijándose en las gruesas rayas que cortaban el dibujo floreado. Tardó un segundo en darse cuenta de que esas rayas eran, en realidad, barrotes. Estaba en una jaula.

Rápidamente se puso sobre la espalda y luego en pie, sin comprobar lo alta que era la jaula. Su cráneo chocó con los barrotes de arriba, lo que le hizo inclinar la cabeza mientras soltaba una maldición.

Y entonces se vio.

Llevaba una vaporosa camisa blanca. Incluso era más inquietante el hecho de que también parecían haberle puesto unos pantalones de cuero muy ajustados.

Muy ajustados.

Muy de cuero.

Simon se miró fijándose en todo. La amplia caída de la camisa. La larga V por la que mostraba el pecho. Lo ajustado del cuero.

—¿Por qué será —dijo pasado un momento— que siempre que pienso que ya me ha pasado lo peor que puede pasarme, me equivoco?

Como si eso fuera el pie de entrada, la puerta se abrió y un pequeño cuerpecillo entró en la habitación. Una oscura silueta cerró la puerta al instante, con la velocidad del Servicio Secreto.

Se acercó de puntillas a la jaula y colocó el rostro entre dos barrotes.

—Siiimon —susurró.

Maureen.

Normalmente, Simon habría tratado de pedirle que lo sacara de allí, que buscara la llave, que lo ayudara. Pero algo en el aspecto de Maureen le dijo que eso no serviría de nada. En concreto, la corona de huesos que llevaba puesta. Huesos de dedos. Quizá de pies. Y la corona de huesos parecía llevar joyas, aunque quizá solo deslumbraba. Y luego estaba el raído vestido de fiesta de color rosa y gris ancho en las caderas, con un estilo que le recordó a Simon los disfraces de los dramas ambientados en el siglo XVIII. No era una indumentaria que inspirara confianza.

—Hola, Maureen —saludó cauteloso.

Maureen sonrió y apretó aún más el rostro entre los barrotes.

—¿Te gusta tu atuendo? —preguntó ella—. Tengo unos cuantos para ti. Te he conseguido una levita y un kilt, y todo tipo de cosas, pero quería que llevaras esto primero. También te he maquillado yo. He sido yo.

Simon no necesitó un espejo para saber que llevaba los ojos pintados. Lo supo al instante.

—Maureen…

—Te estoy haciendo un collar —continuó ella, interrumpiéndolo—. Quiero que lleves más joyas. Quiero que lleves más pulseras. Quiero que lleves cosas en las muñecas.

—Maureen, ¿dónde estoy?

—Conmigo.

—Vale. ¿Dónde estamos?

—El hotel, el hotel, el hotel…

El hotel Dumort. Al menos tenía algún tipo de sentido.

—De acuerdo —dijo Simon—. ¿Y por qué estoy en una jaula?

Maureen comenzó a canturrear una canción para sí y pasó la mano por los barrotes de la jaula, perdida en su propio mundo.

—Juntos, juntos, juntos… ahora estamos juntos. Tú y yo. Simon y Maureen. Por fin.

—Maureen…

—Esta será tu habitación —dijo ella sin dejarlo hablar—. Y cuando estés listo, podrás salir. Tengo cosas para ti. Tengo una cama. Y otras cosas. Unas sillas. Cosas que te gustarán. ¡Y la banda puede tocar!

Dio vueltas sobre sí misma, y casi perdió el equilibrio bajo el extraño peso del vestido.

Simon pensó que seguramente debería elegir sus próximas palabras con mucho cuidado. Sabía que tenía una voz relajante. Podía ser sensible. Tranquilizante.

—Maureen… sabes… que me gustas…

Maureen dejó de rodar y volvió a agarrar los barrotes.

—Solo necesitas tiempo —repuso ella con una amabilidad aterradora en la voz—. Solo tiempo. Aprenderás. Te enamorarás. Ahora estamos juntos. Y gobernaremos. Tú y yo. Gobernaremos mi reino. Ahora que soy reina.

—¿Reina?

—Reina. Reina Maureen. Reina Maureen de la noche. Reina Maureen de la oscuridad. Reina Maureen. Reina Maureen. Reina Maureen de los muertos.

Cogió una vela que ardía en un candelabro colgado en la pared y bruscamente la introdujo entre los barrotes en dirección a Simon. La inclinó levemente y sonrió mientras la cera blanca caía en forma de lágrimas sobre los podridos restos de la alfombra escarlata del suelo. Se mordió el labio inferior en un gesto de concentración mientras giraba la muñeca con cuidado para que las gotas cayeran juntas.

—¿Eres… reina? —preguntó Simon con un hilillo de voz.

Sabía que Maureen era la jefa del clan de vampiros de Nueva York. Ella había matado a Camille y ocupado su lugar. Pero a los jefes de clan no se los llama reyes ni reinas. Vestían normal, como lo hacía Raphael, no

disfrazados. Eran personajes importantes en la comunidad de los Hijos de la Noche.

Pero Maureen, claro, era diferente. Maureen era una niña, una niña no muerta. Simon recordaba sus calentadores de arco iris, su vocecita suave, sus grandes ojos. Era una niña con toda la inocencia de una niña cuando Simon la había mordido, cuando Camille y Lilith la habían cogido y la habían transformado, inyectándole una maldad en las venas que había acabado con toda su inocencia y la había corrompido hasta la locura.

Simon sabía que era culpa suya. Si Maureen no lo hubiera conocido, no lo hubiera seguido a todas partes, nada de eso le habría pasado.

Maureen asintió y sonrió, concentrada en el montoncito de cera, que ya parecía un pequeño volcán.

—Tengo que… hacer cosas —dijo de repente, y dejó caer la vela, aún ardiendo. Esta se apagó al chocar contra el suelo mientras Maureen corría hacia la puerta. La misma silueta oscura la abrió en cuanto ella se acercó. Y Simon volvió a quedarse solo, con el humeante resto de la vela, sus nuevos pantalones de cuero y el horrible peso de la culpa.

Maia había permanecido en silencio todo el camino hasta el *Praetor*, mientras el sol se alzaba en el cielo y el paisaje había cambiado los apiñados edificios de Manhattan por el denso tráfico de la Long Island Expressway hasta los pintorescos pueblecitos y granjas de North Fork. Ya estaban aproximándose al *Praetor*, y se veían las aguas azules del Sound a la izquierda, ondeando bajo el fresco viento de la mañana. Maia se imaginó lanzándose a ellas, y se estremeció al pensar en el frío.

—¿Estás bien? —Jordan tampoco había hablado mucho. Hacía frío en la camioneta y llevaba mitones de cuero para conducir, aunque no le cubrían los nudillos, blancos por la fuerza de aferrar el volante. Maia notaba la ansiedad que manaba de él como olas.

—Estoy bien —contestó ella. No era cierto. Estaba preocupada por Simon, y aún luchaba con las palabras que no podía decir y se le atascaban en la garganta. Ese no era un buen momento para ello, no mientras Simon

estuviera desaparecido, y sin embargo, cada instante que pasaba sin decirlas le parecía como una mentira.

Entraron en el largo camino que llevaba hacia el Sound. Jordan carraspeó.

—Sabes que te amo, ¿verdad?

—Lo sé —asintió Maia en voz baja, y contuvo el impulso de decirle «gracias». No tenías que dar las gracias cuando alguien decía que te amaba. Se suponía que debías decir lo que Jordan estaba esperando oír…

Maia miró por la ventana y se sorprendió, lo que la sacó de su ensueño.

—Jordan, ¿está nevando?

—No lo creo. —Sin embargo unos densos copos blancos pasaban ante las ventanillas de la camioneta y se apilaban en el parabrisas.

Jordan detuvo el vehículo y bajó una de las ventanillas. Abrió la mano para coger un copo. Volvió a meter la mano en el interior de la camioneta y su expresión se ensombreció.

—No es nieve —dijo—. Es ceniza.

A Maia le dio un vuelco el corazón mientras él arrancaba de nuevo y tomaba la curva del camino. Ante ellos, donde la central del *Praetor Lupus* debía alzarse, dorada contra el cielo gris del mediodía, se veía una mancha de humo negro. Jordan soltó un taco y giró el volante hacia la izquierda; la camioneta se metió en una zanja y se caló. Jordan abrió la puerta de una patada y saltó afuera; Maia lo siguió un segundo más tarde.

El cuartel general del *Praetor Lupus* se había asentado sobre un enorme prado que descendía hacia el Sound. El edificio central estaba construido en piedra dorada, una mansión de estilo romántico rodeada de pórticos en arco. O lo había estado. En ese momento era un amasijo de madera y piedra humeante, requemada como huesos en un crematorio. Polvo blanco de ceniza flotaba como una densa nube sobre los jardines, y Maia se cubrió el rostro con una mano para protegerse del espeso aire que la ahogaba.

El cabello castaño de Jordan estaba cubierto de ceniza. Miraba alrededor con una expresión de sorpresa y desconcierto.

—No sé…

Algo llamó la atención de Maia, un leve movimiento entre el humo. Agarró a Jordan por la manga.

—Mira… hay alguien allí…

Jordan salió corriendo, bordeando la humeante ruina que había sido el edificio del *Praetor*. Maia lo siguió, aunque no pudo evitar quedarse atrás, horrorizada, contemplando los calcinados restos de la estructura que se alzaba del suelo: paredes que sujetaban un techo ya inexistente, vidrios de ventanas que habían estallado o se habían derretido, aquí y allá pequeños montones blancos de lo que podrían haber sido ladrillos o huesos…

Jordan se detuvo hasta que Maia lo alcanzó. La ceniza se le pegaba a los zapatos, se le metía entre los cordones. Jordan y ella se hallaban en la que había sido la entrada principal de los edificios calcinados. Veía el agua no muy lejos. El fuego no se había propagado, aunque había hojas quemadas y ceniza en suspensión, y entre los setos recortados se veían cadáveres.

Licántropos de todas las edades, pero sobre todo jóvenes, yacían tirados por los bien cuidados senderos, y sus cuerpos se iban cubriendo lentamente de ceniza, como si se los estuviera tragando una tormenta de nieve.

Los licántropos tenían el instinto de rodearse de otros de su especie, de vivir en manadas, de sacar fuerzas los unos de los otros. Tantos licántropos muertos eran un dolor desgarrador, una sensación de pérdida irreparable. Maia recordó las palabras de Kipling escritas en las paredes del *Praetor*: «Porque la fuerza de la manada es el lobo, y la fuerza del lobo es la manada».

Jordan miraba a su alrededor; los labios se le movían mientras murmuraba los nombres de los muertos: Andrea, Teal, Amon, Kurosh, Mara. En la orilla, Maia vio algo que se movía: un cuerpo medio sumergido. Echó a correr con Jordan tras ella. Patinó sobre la ceniza, donde la hierba daba paso a la arena, y se dejó caer junto al cadáver.

Era el *Praetor* Scott; el cadáver flotaba boca abajo, el cabello gris empapado, el agua a su alrededor de color rosa. Maia se inclinó para darle la vuelta y casi vomitó. Tenía los ojos abiertos, mirando hacia el cielo, y un gran corte en el cuello.

—Maia. —Ella notó una mano en la espalda; la de Jordan—. No…

La frase se cortó con un grito ahogado, y Maia se volvió en redondo; la sensación de horror fue tan intensa que casi la cegó. Jordan estaba tras ella, con una mano estirada y una expresión de absoluta sorpresa en el rostro.

Del centro del pecho le salía la hoja de una espada, el metal estampado con estrellas negras. Era una visión totalmente grotesca, como si alguien le hubiera pegado la espada allí, o como si fuera algún tipo de accesorio teatral.

La sangre comenzó a extenderse en círculo alrededor de la hoja, manchando la pechera de la chaqueta. Jordan profirió otro borboteante quejido y se le doblaron las rodillas mientras la espada retrocedía y salía de su cuerpo. Cayó al suelo y dejó ver lo que había tras de sí.

Un chico con una enorme espada negra y plata miraba a Maia por encima del cuerpo arrodillado de Jordan. La empuñadura estaba manchada de sangre; lo cierto era que todo él estaba manchado de sangre, desde el cabello claro hasta las botas, con manchas que parecía haber recibido al estar ante un ventilador que diseminara pintura escarlata. Sonreía de oreja a oreja.

—Maia Roberts y Jordan Kyle —dijo el chico—. He oído mucho sobre vosotros.

Maia se puso de rodillas justo cuando Jordan se desplomaba de lado. Lo sujetó y se lo apoyó en el regazo. Se sentía como entumecida de horror, como si estuviera tumbada en el helado fondo del Sound. Jordan se estremecía en sus brazos, y ella lo abrazó; le salía sangre por la comisura de la boca.

Maia miró al chico que estaba ante ella. Durante un momento le pareció que había salido de una de sus pesadillas sobre su hermano Daniel. El chico era guapo, como Daniel, aunque no podían ser más diferentes. La piel de Daniel había sido del mismo tono marrón que la de ella, mientras que ese chico parecía tallado en hielo. Piel blanca, pómulos pálidos y marcados, cabello del color de la sal caído sobre la frente. Tenía los ojos negros, ojos de tiburón, inexpresivos y fríos.

—Sebastian —dijo Maia—. Eres el hijo de Valentine.

—Maia —susurró Jordan. Ella tenía las manos sobre su pecho y se le habían empapado de sangre, igual que la camisa y la arena bajo ellos, los granos apelmazados por un pegajoso fluido escarlata—. No te quedes… Huye…

—Shh. —Lo besó en la mejilla—. Te pondrás bien.

—No, no es cierto —dijo Sebastian con tono aburrido—. Va a morir.

Maia alzó la cabeza de golpe.

—Cierra la boca —siseó—. Cállate… cosa…

Él hizo un rápido gesto de muñeca y Maia, que nunca había visto a nadie moverse tan rápido, excepto quizá a Jace, notó la punta de la espada en el cuello.

—Silencio, subterránea —ordenó Sebastian—. Mira cuántos yacen muertos alrededor. ¿Crees que vacilaría en matar a uno más?

Maia tragó saliva, pero no se movió.

—¿Por qué? Pensaba que tu guerra era con los cazadores de sombras…

—Es una historia muy larga —contestó él—. Digamos que el Instituto de Londres está tan protegido que es una mierda, y el *Praetor* ha pagado el precio. Iba a matar a alguien hoy. Cuando me he levantado esta mañana no estaba seguro de a quién. Me encantan las mañanas. Tan cargadas de posibilidades.

—El *Praetor* no tiene nada que ver con el Instituto de Londres…

—Oh, en eso te equivocas. Es una buena historia. Pero carece de importancia. Tienes razón al decir que mi guerra es con los nefilim, lo que significa que también estoy en guerra con sus aliados. Esto —movió la mano libre para abarcar las ruinas que tenía a la espalda— es mi mensaje. Y tú lo entregarás por mí.

Maia comenzó a negar con la cabeza, pero notó que algo le agarraba la mano; eran los dedos de Jordan. Lo miró. Estaba pálido como un hueso, y le buscaba los ojos con la mirada. «Por favor —parecía decir—. Haz lo que te dice».

—¿Qué mensaje? —susurró Maia.

—Que deben recordar su Shakespeare —contestó él—. «Nunca más pararé, ni estaré quieto, hasta que la muerte me haya cerrado los ojos o la

fortuna me conceda cierta venganza». —Las pestañas le rozaron la ensangrentada mejilla al guiñarle un ojo—. Díselo a todos los subterráneos: voy en busca de venganza y la tendré. Trataré de este mismo modo a todos los que se alíen con los cazadores de sombras. No tengo ningún problema con los de tu especie, a no ser que sigáis a los nefilim en la batalla, en cuyo caso seréis alimento para mi espada y las espadas de mi ejército hasta que el último de vosotros sea arrancado de la faz de la Tierra. —Bajó la punta de la espada, como si fuera a hacerle un corte en el cuerpo. Aún seguía sonriendo cuando apartó la hoja—. ¿Crees que podrás recordarlo, chica lobo?

—Yo…

—Claro que puedes —afirmó Sebastian, y miró el cuerpo de Jordan, que se había quedado inmóvil en brazos de Maia—. Por cierto, tu novio ha muerto —añadió. Metió la espada en la vaina que le colgaba de la cintura y se alejó. Sus botas levantaban nubecillas de humo al caminar.

Magnus no había estado en el Hunter's Moon desde que este había sido un bar clandestino durante los años de la Prohibición, un lugar al que los mundanos acudían para beber hasta perder el sentido. En algún momento de los años cuarenta, los dueños habían pasado a ser subterráneos, y desde entonces se especializaban en esa clientela, sobre todo en licántropos. Había sido agobiante entonces y era agobiante ahora, con el suelo cubierto de una capa de pegajoso serrín. Había una barra de madera con el sobre marcado por décadas de anillos dejados por vasos húmedos y profundos arañazos de garras. Sneaky Pete, el camarero, estaba sirviéndole una Coca-Cola a Bat Velasquez, el jefe temporal de la manada de Luke en Manhattan. Magnus lo miró entrecerrando los ojos, pensativo.

—¿Le estás echando el ojo al nuevo jefe de la manada? —preguntó Catarina, que estaba apretujada en un sombrío compartimento con Magnus, sus largos dedos azules sujetando un té helado Long Island—. Pensaba que después de Woolsey Scott no querías más licántropos.

—No le estoy echando el ojo —replicó Magnus dándose importancia. Bat no era feo, si se iba por los de mentón cuadrado y anchos hombros, pero Magnus estaba perdido en sus pensamientos—. Tenía la cabeza en otras cosas.

—Sea lo que sea, ¡no lo hagas! —le advirtió Catarina—. Es una mala idea.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque es el único tipo de ideas que tienes —contestó ella—. Hace mucho que te conozco, y estoy totalmente segura de eso. Si estás pensando en volver a ser pirata, es una mala idea.

—No repito mis errores —replicó Magnus, ofendido.

—Tienes razón. Los cometes nuevos y peores —insistió Catarina—. No lo hagas, sea lo que sea. No dirijas una revuelta de los licántropos, no hagas nada que pudiera contribuir accidentalmente al apocalipsis y no inicies tu propia línea de cremas corporales y trates de vendérsela a Sephora.

—Esa última idea tiene mucho mérito —remarcó Magnus—. Pero no estoy pensando en cambiar de profesión. Estaba pensando en…

—¿Alec Lightwood? —Catarina sonrió irónica—. Nunca he visto que te colgaras de nadie como de ese chico.

—No me conoces desde siempre —masculló Magnus, aunque sin mucha convicción.

—Por favor. Hiciste que me ocupara yo del Portal en el Instituto para no tener que verlo, y luego te presentaste solo para decirle adiós. No lo niegues; te vi.

—No iba a negarlo. Me presenté para decirle adiós, y fue un error. No debería haberlo hecho. —Magnus se echó al coleto un trago.

—Oh, por el amor de los dioses —exclamó Catarina—. ¿De qué va esto realmente, Magnus? Nunca te he visto tan feliz como cuando estabas con Alec. Por lo general, cuando estás enamorado eres de lo más desgraciado. Mira a Camille. Yo la odiaba. Ragnor la odiaba…

Magnus apoyó la cabeza en la mesa.

—Todo el mundo la odiaba —continuó Catarina sin piedad—. Era mala y egoísta. Y así que tu pobre y dulce novio se dejó llevar por sus engaños.

Bueno, eso no es motivo para acabar con una relación que funciona bien, ¿no? Es como enfrentar un conejito a una pitón y luego cabrearse porque el conejito pierde.

—Alec no es ningún conejito. Es un cazador de sombras.

—Y tú nunca antes había salido con un cazador de sombras. ¿Es eso?

Magnus levantó la cabeza de la mesa, lo que fue un alivio, porque olía a cerveza.

—En cierto sentido —respondió—, el mundo está cambiando. ¿No lo notas, Catarina?

Ella lo miró por encima del borde de su vaso.

—No puedo decir que no.

—Los nefilim han aguantado durante mil años —prosiguió Magnus—. Pero algo está llegando, un gran cambio. Siempre los hemos aceptado como algo permanente en nuestra existencia, pero hay brujos tan viejos que recuerdan un tiempo en que los nefilim no habitaban la Tierra. Podrían desaparecer tan deprisa como aparecieron.

—Pero no creerás de verdad…

—Lo he soñado —repuso Magnus—. Y ya sabes que a veces tengo sueños que se convierten en realidad.

—Por tu padre. —Catarina dejó el vaso sobre la mesa. Su expresión era intensa, el humor había quedado a un lado—. Puede ser que solo esté tratando de asustarte.

Catarina era una de las pocas personas que sabía quién era realmente el padre de Magnus; Ragnor Fell había sido otra. No era algo que a Magnus le gustara contar. Una cosa era tener a un demonio por padre; otra muy diferente que tu padre poseyera una parte importante de los terrenos del Infierno.

—¿Con qué intención? —Magnus se encogió de hombros—. No soy el centro del tornado que se avecina, sea cual sea.

—Pero tienes miedo de que Alec sí —aventuró Catarina—. Y quieres alejarlo de ti antes de perderlo.

—Has dicho que no haga nada que pueda contribuir accidentalmente al apocalipsis —le recordó Magnus—. Ya sé que bromeabas, pero no es tan

divertido cuando no puedo quitarme de encima la sensación de que el apocalipsis se acerca de algún modo. Valentine Morgenstern casi acabó con los cazadores de sombras, y su hijo es el doble de listo y seis veces más malo. Y no vendrá solo. Tiene ayuda, de demonios más poderosos que mi padre, de otros…

—¿Cómo lo sabes? —La voz de Catarina sonó dura.

—Lo he investigado.

—Pensaba que ya no ibas a ayudar más a los cazadores de sombras —dijo, y luego alzó la mano antes de que él pudiera decir algo—. No importa. Te he oído decir cosas así las veces suficientes como para saber que nunca lo dices de corazón.

—Ahí está el problema —puntualizó Magnus—. Lo he investigado, pero no he encontrado nada. Sean quienes sean los aliados de Sebastian, no han dejado ninguna pista de su alianza. Sigo sintiendo como si estuviera a punto de descubrir algo, y luego me encuentro dando palos al aire. No creo que pueda ayudarlos, Catarina. No sé si alguien puede.

Magnus apartó la mirada para no ver la repentina expresión de pena de Catarina, y la dirigió hacia la barra. Bat estaba apoyado en ella, jugando con su móvil; la luz de la pantalla le proyectaba sombras en el rostro. Sombras que Magnus veía en todos los rostros mortales; todo humano, todo cazador de sombras, toda criatura condenada a morir.

—Los mortales mueren —dijo Catarina—. Siempre lo has sabido, y sin embargo, ya los has amado antes.

—No —replicó Magnus—, no de ese modo.

Catarina cogió aire, sorprendida.

—Oh —exclamó—. Oh… —Agarró el vaso—. Magnus —dijo con ternura—, eres de lo más estúpido.

Él la miró entrecerrando los párpados.

—¿Lo soy?

—Si eso es lo que sientes, deberías estar con él —le aconsejó ella—. Piensa en Tessa. ¿No aprendiste nada de ella? ¿Qué amores merecen el dolor de perderlos?

—Está en Alacante.

—¿Y? —replicó Catarina—. Se supone que eres el representante de los brujos en el Consejo, pero me has cargado a mí con esa responsabilidad. Yo te la devuelvo. Ve a Alacante. Además, me parece que tienes más que decir al Consejo de lo que yo podría decirles. —Metió la mano en el bolsillo de la bata de enfermera que llevaba; había ido al bar directamente desde su trabajo en el hospital—. Oh, y toma esto.

Magnus cogió el arrugado papel que le tendía.

—¿Una invitación a cenar? —preguntó sorprendido.

—Meliorn, de los seres mágicos, desea que todos los subterráneos del Consejo se reúnan para cenar la noche antes del Gran Consejo —explicó Catarina—. Una especie de gesto de paz y buena voluntad, o quizá quiere fastidiar a todos con adivinanzas. De una forma u otra será interesante.

—Comida de hadas —dijo Magnus con pesar—. Odio la comida de las hadas. Quiero decir, incluso la que no te hace quedarte bailando durante un siglo entero. Todas esas verduras y esos escarabajos crudos…

Se calló de golpe. Al otro lado de la sala, Bat hablaba por el móvil. Con la otra mano se aferraba a la barra.

—Pasa algo malo —anunció Magnus—. Algo relacionado con la manada.

Catarina dejó el vaso sobre la mesa. Conocía muy bien a Magnus y sabía cuándo era probable que tuviera razón. Miró también a Bat, que había cerrado el móvil de golpe. Se había quedado tan blanco que la cicatriz de la mejilla destacaba en su rostro. Se inclinó para decirle algo a Sneaky Pete al otro lado de la barra, luego se llevó dos dedos a la boca y silbó.

Sonó como el silbato de una locomotora de vapor, y se elevó por encima de los murmullos del bar. En un momento, todos los licántropos estaban en pie acercándose a Bat. Magnus también se levantó, aunque Catarina lo agarró de la manga…

—No…

—No me pasará nada. —Se soltó y se abrió paso entre la gente en dirección a Bat. El resto de la manada se hallaba formando un semicírculo ante él. Se tensaron, desconfiados, al ver a un brujo entre ellos tratando de

acercarse a su jefe. Una mujer loba rubia se puso delante de Magnus para cerrarle el paso, pero Bat alzó la mano.

—No pasa nada, Amabel —dijo. Su voz no era amistosa, pero sí correcta—. Magnus Bane, ¿me equivoco? ¿Brujo supremo de Brooklyn? Maia Roberts dice que puedo confiar en ti.

—Puedes.

—Bien, pero la manada tiene asuntos urgentes. ¿Qué quieres?

—Has recibido una llamada. —Magnus hizo un gesto hacia el móvil de Bat—. ¿Era Luke? ¿Ha pasado algo en Alacante?

Bat negó con la cabeza. Su expresión resultaba inescrutable.

—Entonces ¿otro ataque a un Instituto? —preguntó Magnus.

Estaba acostumbrado a ser el que tenía las respuestas, y odiaba no saber algo. Y aunque el Instituto de Nueva York estuviera vacío, no quería decir que otros Institutos estuvieran desprotegidos, que no pudiera haber habido una batalla, una en la que Alec podría haber decidido involucrarse…

—No en un Instituto —contestó Bat—. Me ha llamado Maia. El cuartel general del *Praetor Lupus* ha ardido hasta los cimientos. Al menos hay cien licántropos muertos, incluido *Praetor* Scott y Jordan Kyle. Sebastian Morgenstern nos ha metido en su lucha.

6

HERMANO PLOMO Y HERMANA ACERO

—No lo tires, por favor, por favor, no lo tires. Oh, Dios, lo ha tirado —dijo Julian con voz resignada mientras un trozo de patata volaba por la habitación y no le daba en la oreja por poco.

—No se ha roto nada —lo tranquilizó Emma. Se hallaba sentada con la espalda contra la cuna de Tavvy y miraba a Julian dar de comer a su hermanito. Tavvy había llegado a la edad en que sabía muy bien lo que quería comer, y cualquier cosa que no lo convenciera acababa en el suelo—. La lámpara tiene un poco de patata, pero nada más.

Por suerte, aunque el resto de la casa de los Penhallow era elegante, el ático, donde vivían los «huérfanos de guerra», el término colectivo que les habían dado a los niños Blackthorn y a Emma desde su llegada a Idris, era muy sencillo, funcional y resistente en su diseño. Ocupaba toda la parte superior de la casa: varias habitaciones conectadas, una pequeña cocina y un cuarto de baño, una descuidada colección de camas y objetos varios por todas partes. Helen dormía abajo con Aline, aunque subía todos los días; a Emma le habían dado su propia habitación y también a Julian, pero él casi nunca estaba en ella. Drusilla y Octavian aún se despertaban todas las noches gritando, y Julian prefería dormir en el suelo de su habitación, con una almohada y una manta junto a la cuna de Tavvy. No había ninguna trona, así que Julian se sentaba en el suelo ante el niño sobre una manta

cubierta de restos de comida, un plato en una mano y una mirada de desesperación en el rostro.

Emma se acercó, se sentó frente a él y se subió a Tavvy al regazo. El niño tenía el rostro arrugado en una mueca de infelicidad.

—Memma —dijo cuando ella lo cogió.

—Haz el tren chu-chu —le aconsejó Emma a Jules. Se preguntó si debía decirle que tenía salsa de espaguetis en el pelo. Al fin decidió que sería mejor que no.

Lo observó mover la cuchara de un lado a otro antes de ponérsela a Tavvy en la boca. El bebé reía. Emma intentó olvidar su sensación de pérdida: recordaba a su padre separando pacientemente la comida en el plato durante el tiempo en que a ella le dio por negarse a comer nada verde.

—No come lo suficiente —dijo Jules en voz baja mientras hacía el tren con un trozo de pan con mantequilla y Tavvy lo cogía con manos pegajosas.

—Está triste. Es un bebé, pero sabe que ha pasado algo malo —explicó Emma—. Echa en falta a Mark y a tu padre.

Jules se frotó los ojos, cansado, y se dejó una mancha de salsa de tomate en la mejilla.

—No puedo reemplazar a Mark o a papá. —Le puso un trozo de manzana a Tavvy en la boca. El pequeño la escupió con una expresión de triste placer. Julian suspiró—. Debería ir a ver qué hacen Dru y los mellizos —dijo—. Estaban jugando al Monopoly en la habitación, pero nunca se sabe cuándo las cosas se van a liar.

Era cierto. Tiberius, con su mente analítica, solía ganar la mayoría de los juegos. A Livvy no le importaba, pero a Dru, que era muy competitiva, sí, y a menudo podían acabar tirándose de los pelos.

—Ya voy yo. —Emma le pasó a Tavvy, y estaba a punto de ponerse en pie cuando Helen, con rostro serio, entró en la habitación. Cuando los vio a ambos, la seriedad se convirtió en recelo. Emma notó que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Helen —dijo Julian—. ¿Qué pasa?

—Las fuerzas de Sebastian han atacado el Instituto de Londres.

Emma vio tensarse a Julian. Casi lo sintió, como si los nervios de él fueran los de ella, el pánico de él el de ella. El rostro de Julian, ya muy delgado, pareció afilarse aún más, aunque siguió sujetando al bebé con la misma suavidad.

—¿El tío Arthur?

—Está bien —se apresuró a contestar Helen—. Lo han herido. Eso retrasará su llegada a Idris, pero está bien. De hecho, todos los del Instituto de Londres están bien. El ataque no tuvo éxito.

—¿Cómo? —La voz de Julian era un susurro.

—Aún no lo sabemos exactamente —respondió Helen—. Voy ahora al Gard con Aline, la Cónsul y el resto, a ver si averiguamos qué ha pasado. —Se arrodilló y le acarició los rizos a Tavvy—. Son buenas noticias —le aseguró a Julian, que parecía más anonadado que nadie—. Ya sé que asusta que Sebastian atacara de nuevo, pero no ha ganado.

Emma miró a Julian a los ojos. Pensó que debería estar encantada por la buena noticia, pero por dentro era como si algo la arañara: una envidia terrible. ¿Por qué los del Instituto de Londres iban a vivir cuando su familia había muerto? ¿Qué habían hecho para luchar mejor, para hacer más?

—No es justo —dijo Julian.

—Jules —lo reprendió Helen mientras se ponía en pie—. Es una derrota. Eso significa algo. Significa que podemos derrotar a Sebastian y a sus fuerzas. Acabar con ellos. Hacer que cambien las cosas. Eso hará que todos tengan menos miedo. Es importante.

—Espero que lo cojan vivo —dijo Emma, con los ojos clavados en los de Julian—. Espero que lo maten en la plaza del Ángel para que podamos verlo morir, y espero que lo hagan lentamente.

—¡Emma! —exclamó Helen, como si se escandalizara, pero los ojos azules de Julian reflejaban la misma ferocidad que los de Emma, sin asomo de desaprobación. Emma nunca lo había querido tanto como lo quería en aquel momento, por compartir con ella incluso sus sentimientos más oscuros y ocultos en lo profundo de su corazón.

La armería era hermosísima. Clary nunca antes había pensado en que se podía describir un lugar donde vendían armas como hermosísimo; quizá una puesta de sol, o la silueta de Nueva York en una noche clara, pero no una tienda llena de mazas, hachas y bastones con espadas en su interior.

Sin embargo, lo era. El cartel de metal que colgaba fuera tenía la forma de un carcaj, y el nombre de la tienda, La Flecha de Diana, estaba tallado en él en letras curvas. Dentro de la tienda se exhibían diferentes armas blancas formando letales abanicos de oro, acero y plata. Una enorme araña colgaba del techo pintado con un dibujo rococó de flechas doradas en vuelo. Flechas de verdad se exhibían en bases de madera tallada. Sables tibetanos, con las empuñaduras decoradas con turquesa, plata y coral, colgaban de las paredes junto a espadas *dha*, de Bruma, con espigas de cobre y bronce incrustadas.

—¿Y qué te ha despertado esto? —preguntó Jace con curiosidad mientras cogía una *naginata* grabada con caracteres japoneses. Cuando la dejó en el suelo, la espada se alzó sobre su cabeza, y él la agarró con sus largos dedos para sujetarla—. Este deseo de tener una espada, quiero decir.

—Cuando una niña de doce años te dice que el arma que tienes es una mierda, es el momento de cambiarla —contestó Clary.

La mujer que los atendía tras el mostrador se echó a reír. Clary la reconoció como la mujer con el tatuaje del pez que había hablado en la reunión del Consejo.

—Bueno, pues has venido al mejor sitio.

—¿Esta tienda es tuya? —preguntó Clary, mientras comprobaba la punta de una larga espada con empuñadura de hierro.

La mujer sonrió.

—Sí, soy Diana. Diana Wrayburn.

Clary fue a coger un estoque, pero Jace, que había apoyado la *naginata* en la pared, negó con la cabeza.

—Ese mandoble es más alto que tú; lo que no es difícil.

Clary le sacó la lengua y cogió una espada corta que colgaba de la pared. Tenía arañazos a lo largo de la hoja, arañazos que, al mirarlos bien,

vio que eran letras de un idioma que ella desconocía.

—Son runas, pero no runas de cazadores de sombras —explicó Diana—. Es una espada vikinga, muy antigua. Y muy pesada.

—¿Sabes lo que dice?

—«Solo los dignos» —contestó Diana—. Mi padre solía decir que podías saber que era una gran espada si tenía un nombre o una inscripción.

—Ayer vi una —recordó Clary—. Decía algo como: «Soy del mismo acero y temple que *Joyeuse* y *Durendal*».

—*¡Cortana!* —A Diana se le iluminaron los ojos—. La espada de Ogier. Eso sí que es impresionante. Es como tener a *Excálibur* o a *Kusanagi-no-Tsurugi*. Creo que *Cortana* pertenece a los Carstairs. ¿Es Emma Carstairs, la niña que estuvo ayer en la reunión del Consejo, quien la tiene ahora?

Clary asintió.

Diana apretó los labios.

—Pobre niña —dijo—. Y también los Blackthorn. Haber perdido a tantos de un solo golpe… Ojalá pudiera hacer algo por ellos.

—Lo mismo pienso yo —afirmó Clary.

Diana la miró de arriba abajo y se agachó detrás del mostrador. Un momento después se levantó con una espada que medía más o menos lo mismo que el antebrazo de Clary.

—¿Qué te parece esta?

Clary miró la espada. Sin duda era hermosa. La guarda, el mango y el pomo eran de oro con obsidiana encastada, y la hoja estaba hecha de una plata tan oscura que era casi negra. Clary repasó rápidamente los tipos de armas que había memorizado en las lecciones: bracamartes, sables, cimitarras, montantes…

—¿Es una *cinquedea*? —aventuró.

—Es una espada corta. Quizá quieras mirar el otro lado —le sugirió Diana, y le dio la vuelta a la espada. En la acanaladura de ese lado de la hoja había un dibujo de estrellas negras.

—Oh. —El corazón le golpeó dolorosamente dentro del pecho; dio un paso atrás y casi chocó con Jace, que estaba detrás de ella con el ceño

fruncido—. Es una espada Morgenstern.

—Sí, lo es. —Diana la miró con ojos sagaces—. Hace mucho tiempo los Morgenstern encargaron dos espadas a Wayland *el Herrero*, un par a juego. Una más grande y otra más pequeña, para un padre y su hijo. Como Morgenstern significa «estrella matutina», les dieron el nombre de diferentes aspectos de las estrellas. La pequeña, esta, se llama *Heosphoros*, que significa «portadora del alba», y la más larga, *Phaesphoros*, o «portadora de la luz». Sin duda ya has visto a *Phaesphoros*, porque la llevaba Valentine Morgenstern, y ahora la lleva su hijo.

—Sabes quiénes somos —dijo Jace. No era una pregunta—. Sabes quién es Clary.

—El mundo de los cazadores de sombras es pequeño —explicó Diana, y miró a uno y luego a la otra—. Estoy en el Consejo. Te he visto testificar, hija de Valentine.

Clary miró la espada, dudando.

—No lo entiendo —dijo finalmente—. Valentine nunca habría cedido una espada Morgenstern. ¿Cómo es que la tienes?

—Su esposa la vendió —contestó Diana—. A mi padre, que regentaba esta tienda en los días antes del Alzamiento. Era de ella. Ahora debería ser tuya.

Clary se estremeció.

—He visto a dos hombres llevar la versión larga de esa espada, y los he odiado a ambos. No hay Morgenstern en este mundo ahora que no se dedique a nada que no sea la maldad.

—Estás tú —señaló Jace.

Ella lo miró, pero la expresión de Jace era inescrutable.

—De todas formas, no la podría pagar —dijo Clary—. Eso es oro, y oro negro y *adamas*. No tengo dinero para un arma así.

—No importa; te la daré —repuso Diana—. Tienes razón en lo de que la gente odia a los Morgenstern; cuentan historias de cómo las espadas se crearon para contener una magia letal, para matar a miles de una vez. Pero solo son fábulas, claro, no hay verdad en ellas; aun así… no es la clase de

artículo que podría vender en otro lado. O que quisiera vender. Debe ir a parar a buenas manos.

—No la quiero —susurró Clary.

—Si te retraes ante ella, le estás dando poder sobre ti —explicó Diana—. Cógela, córtale el cuello a tu hermano con ella y recupera el honor de tu sangre.

Deslizó la espada sobre el mostrador hacia Clary. En silencio, Clary la empuñó, los dedos curvados alrededor del mango. Notó que se ajustaba exactamente a su mano, como si la hubieran forjado para ella. A pesar del acero y los metales preciosos con que estaba hecha, la notaba ligera como una pluma. La alzó. Las estrellas negras de la hoja parecieron guiñarle el ojo, la luz era como fuego corriendo, destellando sobre el acero.

Levantó los ojos y vio a Diana coger algo en el aire: un destello de luz que resultó ser un trozo de papel. Lo leyó y frunció el ceño, preocupada.

—Por el Ángel —exclamó—. Han atacado el Instituto de Londres.

Clary casi dejó caer la espada. Oyó a Jace resoplar a su lado.

—¡¿Qué?! —exclamó este.

Diana los miró.

—No ha pasado nada —dijo—. Al parecer había algún tipo de protección especial en el Instituto de Londres, algo que ni el Consejo sabía. Ha habido heridos, pero ningún muerto. Las fuerzas de Sebastian han sido rechazadas. Por desgracia, tampoco han podido capturar a ninguno de los Oscurecidos. —Mientras Diana hablaba, Clary se fijó en que la dueña de la tienda llevaba las ropas blancas de luto. ¿Habría perdido a alguien en la guerra contra Valentine? ¿En los ataques de Sebastian a los Institutos?

¿Cuánta sangre habían derramado las manos Morgenstern?

—Lo… lo siento mucho —siseó Clary. Podía ver a Sebastian, verlo claramente en su cabeza, en ropa de combate roja, cabello y espada plateados. Se echó hacia atrás.

De repente, notó una mano en su brazo, y se dio cuenta de que estaba respirando aire frío. De algún modo, había salido de la tienda y se hallaba en una calle llena de gente, con Jace a su lado.

—Clary —le decía él—. No pasa nada. Todo va bien. Los cazadores de sombras del Instituto de Londres han escapado todos.

—Diana ha dicho que ha habido heridos —replicó ella—. Más sangre derramada por culpa de los Morgenstern.

Él bajó la mirada hacia la espada, que ella seguía agarrando con la mano derecha, los dedos tan apretados alrededor de la empuñadura que se le habían puesto blancos.

—No tienes por qué aceptar la espada.

—No. Diana tiene razón. Tener miedo a todo lo que es Morgenstern le da… le da a Sebastian poder sobre mí. Que es exactamente lo que él quiere.

—Estoy de acuerdo —asintió Jace—. Por eso te he comprado esto.

Le pasó una vaina de cuero oscuro trabajada con dibujos de estrellas plateadas.

—No puedes ir por la calle con una espada desenfundada —añadió—. Bueno, sí que puedes, pero seguramente hará que nos miren mal.

Clary cogió la vaina, enfundó la espada y se la colgó del cinturón; luego se cerró el abrigo encima.

—¿Mejor?

Él le apartó un mechón de cabello rojo del rostro.

—Es tu primera arma de verdad, una que realmente te pertenece. El nombre Morgenstern no está maldito, Clary. Es un nombre de cazadores de sombras, antiguo y glorioso, que tiene cientos de años. La estrella matutina.

—La estrella matutina no es una estrella —replicó Clary de mal humor—. Es un planeta. Lo aprendí en clase de astronomía.

—La educación mundana es lamentablemente prosaica —declaró Jace—. Mira —dijo, y señaló hacia arriba. Clary miró, pero no al cielo. Lo miró a él, al sol en su rubio cabello, a la curva de su boca al sonreír—. Mucho antes de que nadie supiera nada de planetas, sabían que había brillantes agujeros en el tejido de la noche: las estrellas. Y sabían que una se alzaba por el este, al amanecer, y la llamaron la estrella matutina, la portadora de la luz, el heraldo del alba. ¿Acaso es tan malo traer la luz al mundo?

Impulsivamente, Clary se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Vale, de acuerdo —dijo—. Eso es más poético que la clase de astronomía.

Él bajó la mano y le sonrió.

—Bien —repuso—. Y ahora vamos a hacer más cosas poéticas. Ven. Quiero enseñarte algo.

Unos dedos fríos en la sien despertaron a Simon.

—Abre los ojos, diurno —dijo una voz impaciente—. No tenemos todo el día.

Simon se sentó con tal celeridad que la persona que tenía delante se echó hacia atrás con un siseo. Simon se quedó mirando. Seguía rodeado por los barrotes de la jaula de Maureen, aún en la asquerosa habitación del hotel Dumort. Ante él se hallaba Raphael. Llevaba una camisa blanca y vaqueros, y un destello de oro le rodeaba el cuello. Aun así… Simon siempre lo había visto pulcro y peinado, como si fuera a una reunión de negocios. Sin embargo, en ese momento tenía el cabello revuelto, la camisa rota y sucia de tierra.

—Buenos días, diurno —dijo Raphael.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó Simon. Se sentía sucio, con náuseas y enfadado. Y aún llevaba aquella camisa holgada—. ¿De verdad es por la mañana?

—Dormías y ahora estás despierto; es por la mañana. —Raphael parecía obscenamente alegre—. Y en cuanto a lo que estoy haciendo aquí: estoy aquí por ti, claro.

Simon se apoyó contra los barrotes de la jaula.

—¿Qué quieres decir? ¿Y cómo has entrado aquí?

Raphael lo miró como si le tuviera lástima.

—La jaula se abre desde fuera. Me ha resultado muy fácil entrar.

—Entonces ¿esto es soledad y el deseo de tener compañía fraternal o qué? —preguntó Simon—. La última vez que te vi me pediste que fuera tu guardaespaldas, y cuando te dije que no, me hiciste saber sin lugar a dudas que si alguna vez perdía la Marca de Caín me matarías.

Raphael le sonrió.

—¿Es esta la parte en la que me matas? —preguntó Simon—. Tengo que decir que no es nada sutil. Probablemente te pillarán.

—Sí —asintió con desgana Raphael—. Probablemente, a Maureen no le hará nada feliz tu defunción. Una vez toqué el tema de venderte a unos brujos sin escrúpulos, y no le gustó nada. Una pena. Con sus poderes curativos, la sangre de vampiro diurno alcanza un alto precio. —Suspiró—. Habría sido toda una oportunidad. Pero Maureen es demasiado tonta para ver las cosas desde mi punto de vista. Ella prefiere tenerte aquí vestido de muñeca. Pero, claro, está loca.

—¿Y se supone que tú puedes decir esas cosa sobre tu reina vampira?

—Hubo un tiempo en que te quise ver muerto, diurno —replicó Raphael en un tono anodino, como si le estuviera contando a Simon que una vez había pensado en comprarle una caja de bombones—. Pero tengo un enemigo mayor. Tú y yo estamos del mismo lado.

Los barrotes de la jaula se le clavaban a Simon en la espada. Se movió.

—¿Maureen? —aventuró—. Siempre has querido ser el jefe de los vampiros, y ahora ella te ha cogido el puesto.

Raphael curvó el labio en un gruñido.

—¿Crees que esto es solo un juego de poder? —preguntó—. No lo entiendes. Antes de que Maureen se convirtiera en vampira, la aterrorizaron y la torturaron hasta volverla loca. Cuando se alzó, salió de su ataúd a arañazos. No había nadie para enseñarle. Nadie que le diera su primera sangre. Como yo hice contigo.

Simon se lo quedó mirando. De repente recordó el cementerio, salir de debajo de la tierra hacia el aire frío; la suciedad y el hambre, el hambre desgarradora, y a Raphael tirándole una bolsa llena de sangre. Nunca lo había considerado un favor o un servicio, pero habría destrozado a cualquier criatura viviente que se hubiera cruzado en su camino de no haber tenido esa primera comida. Casi había destrozado a Clary. Había sido Raphael quien había impedido que eso ocurriera.

Había sido Raphael quien había llevado a Simon del Dumort al Instituto; lo había dejado, sangrando, en la puerta principal cuando no

pudieron ir más lejos, y había explicado a los amigos de Simon lo ocurrido. Simon suponía que Raphael podría haber intentado ocultarlo, podría haber mentido a los nefilim, pero había confesado y aceptado las consecuencias.

Raphael nunca había sido especialmente amable con Simon, pero a su manera tenía un extraño tipo de honor.

—Yo te hice —le recordó Raphael—. Mi sangre en tus venas te convirtió en vampiro.

—Siempre has dicho que yo era un vampiro terrible —le recordó a su vez Simon.

—No espero tu gratitud —replicó Raphael—. Tú nunca has querido ser lo que eres. Ni tampoco Maureen, es de imaginar. Ella se volvió loca en su transformación, y aún está loca. Mata sin pensar. No considera los peligros de exponernos al mundo de los humanos al matar sin ningún cuidado. No piensa que quizá, si los vampiros mataran sin necesidad ni consideración, un día no quedaría más comida.

—Humanos —lo corrigió Simon—. Un día no quedarían más humanos.

—Eres un vampiro terrible —dijo Raphael—. Pero en esto estamos igual. Tú deseas proteger a los humanos y yo deseo proteger a los vampiros. Nuestro objetivo es uno y el mismo.

—Pues mátala —sugirió Simon—. Mata a Maureen y hazte con el clan.

—No puedo. —Raphael se puso muy serio—. Los otros hijos del clan la adoran. No ven, a largo plazo, la oscuridad en el horizonte. Solo ven que tienen libertad para matar y consumir a voluntad. No tienen que someterse a los Acuerdos ni seguir una ley externa. Ella les ha dado toda la libertad del mundo, y ellos serán su propia perdición. —Su tono era de amargura.

—De verdad te importa lo que le ocurra al clan —reconoció Simon, sorprendido—. Serías un buen líder.

Raphael lo miró con cara de pocos amigos.

—Aunque no sé qué tal te quedaría una corona de huesos —añadió Simon—. Mira, comprendo lo que me dices, pero ¿cómo puedo ayudarte? Por si no lo has notado, estoy encerrado en una jaula. Si me liberas, te atraparán. Si me voy, Maureen me encontrará.

—No en Alacante, allí no —repuso Raphael.

—¿Alacante? —Simon se lo quedó mirando—. ¿Quieres decir Alacante, la capital de Idris?

—No eres muy listo —le soltó Raphael—. Sí, me refiero a ese Alacante. —Al ver la expresión anonadada de Simon, sonrió levemente—. Hay un representante de los vampiros en el Consejo. Anselm Nightshade. Un tipo reservado, el líder del clan de Los Ángeles, pero un hombre que conoce a ciertos… amigos míos. Brujos.

—¿Magnus? —preguntó Simon, sorprendido. Raphael y Magnus eran inmortales, ambos residían en Nueva York y ambos eran representantes de alto rango de sus respectivas clases de subterráneos. Y sin embargo, Simon nunca había considerado la posibilidad de que se conocieran, o hasta qué punto se conocieran.

Raphael no hizo caso de la pregunta de Simon.

—Nightshade ha aceptado enviarme a mí como el representante en su lugar, aunque Maureen no lo sabe. Así que iré a Alacante y me sentaré en el Consejo para su gran reunión, pero quiero que vengas conmigo.

—¿Por qué?

—Los cazadores de sombras no confían en mí —contestó Raphael sin ambages—. Pero confían en ti. Sobre todo los nefilim de Nueva York. Mírate. Llevas el colgante de Isabelle Lightwood. Saben que eres más como otro cazador de sombras que como un hijo de la noche. Y te creerán cuando les digas que Maureen ha roto los Acuerdos y debe ser detenida.

—Cierto —afirmó Simon—, confían en mí. —Raphael lo miró con ojos muy abiertos y sinceros—. Y esto no tiene nada que ver con que no quieras que el clan descubra que tú tienes intención de denunciar a Maureen, porque a ellos les gusta, y entonces se pueden volver contra ti como comadrejas.

—Conoces a los hijos del Inquisidor —insistió Raphael—. Puedes testificar directamente ante él.

—Seguro —repuso Simon—. Y a nadie del clan le importará que yo haya delatado a su reina y haya conseguido que la maten. Estoy seguro de que mi vida será fantástica cuando vuelva.

Raphael se encogió de hombros.

—Aquí tengo quien me apoya —explicó—. Alguien ha tenido que dejarme entrar en esta habitación. Una vez se haya resuelto lo de Maureen, es muy posible que podamos regresar a Nueva York con pocas consecuencias negativas.

—Pocas consecuencias negativas —resopló Simon—. Me tranquilizas.

—Aquí, de todas formas, estás en peligro —le recordó Raphael—. Si no tuvieras un licántropo que te protege, o a tus cazadores de sombras, hace tiempo que te habrías encontrado con la muerte eterna, más de una vez. Si no quieres venir conmigo a Alacante, estaré encantado de dejarte en esta jaula para que seas el juguete de Maureen. O puedes reunirte con tus amigos en la Ciudad de Cristal. Catarina Loss está abajo esperando para abrirnos un Portal. Tú eliges.

Raphael estaba inclinado hacia atrás, con una pierna doblada y la mano colgando sobre la rodilla como si estuviera relajándose en un parque. Tras él, a través de los barrotes de la jaula, Simon vio la silueta de otro vampiro junto a la puerta, una chica morena. La que había dejado entrar a Raphael, supuso Simon. Pensó en Jordan. «Tu licántropo protector». Pero eso, ese choque de clanes y lealtades, y sobre todo el deseo asesino de Maureen por la sangre y la muerte, era demasiado para dejárselo a Jordan.

—No tengo mucha elección, ¿verdad? —dijo Simon.

Raphael sonrió.

—No, diurno, no mucha.

La última vez que Clary había estado en la Sala de los Acuerdos, esta casi había resultado destruida: el techo de cristal destrozado, el suelo de mármol resquebrajado, la fuente del centro seca…

Tenía que admitir que, desde entonces, los cazadores de sombras habían hecho un trabajo impresionante para arreglarla. El techo estaba otra vez entero, el suelo de mármol limpio, liso y con venas de oro. Los arcos se alzaban en lo alto, la luz que penetraba a través del techo iluminaba las runas grabadas en ellos. La fuente central, con su sirena de piedra,

destellaba bajo el sol de primeras horas de la tarde, que volvía el agua de color bronce.

—Cuando tienes tu primera arma, la costumbre es venir aquí y bendecir la hoja con el agua de la fuente —explicó Jace—. Los cazadores de sombras llevan generaciones haciéndolo. —Avanzó, bajo la luz dorada, hasta el borde de la fuente. Clary recordó haber soñado que bailaba con él en ese mismo lugar. Jace miró hacia atrás y le hizo un gesto para que se reuniera con él—. Ven aquí.

Clary se puso a su lado. La estatua central de la fuente, la sirena, tenía escamas hechas de láminas sobrepuestas de bronce y cobre llenas de cardenillo. La sirena sujetaba una jarra de la que brotaba agua, y en su rostro se dibujaba una media sonrisa de guerrero.

—Pon la hoja en la fuente y repite conmigo —le indicó Jace—: «Que las aguas de esta fuente limpien esta hoja. Conságrala solo para mi uso. Permíteme usarla solo en ayuda de las causas justas. Permíteme que la blanda con rectitud. Que me guíe para ser un guerrero digno de Idris. Y que me proteja para poder regresar a esta fuente y bendecir de nuevo su metal. En el nombre de Raziel».

Clary metió la espada en el agua y repitió aquellas palabras. El agua ondeó y destelló alrededor de la hoja, y Clary recordó otra fuente, en otro lugar, y a Sebastian sentado tras ella, mirando la imagen distorsionada de su rostro. «Tienes un corazón oscuro dentro de ti, hija de Valentine».

—Bien —dijo Jace. Clary notó su mano en la muñeca; el agua de la fuente los salpicó, refrescándole la piel a Jace y humedeciéndosela allí donde estaba en contacto con la de ella. Tiró de su mano hacia atrás y con ella la espada, y la soltó para que ella pudiera alzarla. El sol ya estaba más bajo, pero brillaba lo suficiente para arrancar chispas de las estrellas de obsidiana de la acanaladura—. Ahora dale su nombre a la espada.

—*Heosphoros* —dijo Clary. La volvió a meter en la vaina y se la colgó del cinturón—. La portadora del alba.

Jace contuvo una carcajada y luego se inclinó para besarla muy suavemente en la comisura de los labios.

—Debería llevarte a tu casa… —apuntó mientras se incorporaba.

—Has estado pensando en él —dijo ella.

—Tendrás que ser un poco más específica —le pidió Jace, aunque Clary sospechaba que él sabía qué quería decir.

—Sebastian —precisó—. Quiero decir, más que de costumbre. Y algo te inquieta. ¿Qué es?

—¿Qué no es? —Comenzó a alejarse de ella, cruzando el suelo de mármol hacia la gran puerta doble de la sala, que estaba abierta. Ella lo siguió y salieron al amplio porche en lo alto de la escalera que llevaba a la plaza del Ángel. El cielo estaba volviéndose de color cobalto, el color del cristal de mar.

—No —protestó Clary—. No te cierres en banda.

—No pensaba hacerlo —replicó él con aspereza—. Es que no es nada nuevo. Sí, pienso en él. Pienso en él todo el rato. Ojalá no fuera así. No puedo explicarlo, solo a ti, porque tú estabas allí. Yo era como él, y ahora, cuando me dices cosas como que él dejó esa caja en casa de Amatis, sé exactamente por qué. Y odio saberlo.

—Jace…

—No me digas que no soy como él —replicó—. Lo soy. Nos crio el mismo padre; ambos tenemos los beneficios de la educación «especial» de Valentine. Hablamos los mismos idiomas. Aprendimos el mismo estilo de lucha. Nos enseñaron la misma moral. Tuvimos las mismas mascotas. Todo cambió, claro; todo cambió cuando cumplí los diez años, pero lo que aprendes en la infancia, permanece. A veces me pregunto si todo esto no es mi culpa.

Eso sorprendió a Clary.

—No puedes decirlo en serio. Nada de lo que hiciste cuando estabas con Sebastian fue tu decisión…

—Me gustaba —confesó él, y había algo duro en su voz, como si esa verdad le arrancara la piel como papel de lija—. Sebastian es brillante, pero había vacíos en sus ideas, lugares que él no sabe… Lo ayudé con eso. Nos sentábamos y hablábamos de cómo quemar el mundo, y era excitante. Yo lo quería. Acabar con todo, comenzar de nuevo, un holocausto de sangre y fuego, y después una reluciente ciudad en una colina.

—Él te hizo creer que querías todo eso —insistió Clary, pero le temblaba un poco la voz. «Tienes un corazón oscuro dentro de ti, hija de Valentine».—. Él te hizo darle lo que quería.

—Me gustaba dárselo —repuso Jace—. ¿Por qué crees que podía pensar con tanta facilidad en modos de romper y destrozar pero ahora no se me ocurre ninguna forma de arreglarlo? Quiero decir, ¿para qué me cualifica eso? ¿Para un empleo en el ejército del Infierno? Podría ser general, como Asmodeus o Sammael.

—Jace…

—Una vez fueron los sirvientes más brillantes de Dios —continuó Jace —. Eso es lo que pasa cuando caes. Todo lo que era brillante en ti se vuelve oscuro. Tan brillante como eras antes, así de malvado te vuelves. Es una larga caída.

—Tú no has caído.

—Aún no —admitió él, y luego el cielo estalló en lentejuelas de colores rojo y dorado. Por un momento, Clary recordó los fuegos artificiales que habían coloreado el cielo la noche que habían celebrado en la plaza del Ángel. En ese momento se echó hacia atrás, intentando tener mejor vista.

Pero no era ninguna celebración. Cuando los ojos se le adaptaron al brillo, vio que la luz provenía de las torres de los demonios. Cada una como una antorcha ardiendo roja y dorada contra el cielo.

Jace se había quedado blanco.

—Las luces de batalla —dijo—. Tenemos que ir al Gard. —Le cogió la mano y comenzó a tirar de ella escaleras abajo.

—Pero mi madre, Isabelle, Alec… —protestó Clary.

—Todos estarán yendo hacia el Gard. —Habían llegado al final de la escalera. La plaza del Ángel se estaba llenando de gente que abría la puerta de su casa y salía a la calle, todos corriendo hacia el sendero iluminado que subía por la ladera de la colina hasta el Gard, en lo alto—. Eso es lo que significa la señal roja y dorada: «Id al Gard». Eso es lo que esperan que hagamos… —Se apartó para dejar paso a un cazador de sombras que los avanzó corriendo mientras se ataba un protector en el brazo—. ¿Qué está pasando? —le gritó Jace—. ¿A qué viene la alarma?

—¡Ha habido otro ataque! —gritó en respuesta un hombre mayor en un gastado traje de combate.

—¿Otro Instituto? —preguntó Clary. Se hallaba de nuevo en la calle llena de tiendas que recordaba haber visitado antes con Luke; corrían colina arriba, pero no se sentía sin aliento. En silencio, agradeció el entrenamiento de los últimos meses.

El hombre con el protector de brazo se volvió y les respondió:

—Aún no lo sabemos. El ataque está ocurriendo ahora.

Se volvió de nuevo y redobló la velocidad mientras corría por la calle en curva hacia el principio del sendero del Gard. Clary se concentró en no chocar con nadie. Era una riada de gente moviéndose y amontonándose. Corrió cogiendo la mano a Jace, su nueva espada rebotándole en el muslo al avanzar, como para recordarle que estaba allí, y dispuesta a ser usada.

El sendero que daba al Gard era empinado y de tierra. Clary trató de correr con cuidado. Llevaba botas y vaqueros, con la chaqueta de combate cerrada encima, pero no era lo mismo que ir con todo el equipo. Se le había metido una piedrecita en la bota izquierda, y ya se le estaba clavando en el talón cuando llegaron a la verja principal del Gard y redujeron la velocidad.

Las verjas estaban abiertas. En el interior había un patio amplio, cubierto de hierba en verano pero desnudo en ese momento, que rodeaba los muros interiores del Gard. Sobre uno de esos muros se agitaba un enorme cuadrado vacío.

Un Portal. En su interior, Clary creyó captar imágenes de negro y verde, de blanco ardiente, incluso un trozo de cielo manchado de estrellas…

Robert Lightwood estaba ante ellos, cerrándoles el paso; Jace casi se estrelló contra él, y tuvo que soltar la mano de Clary para equilibrarse. El viento que llegaba del Portal era frío y fuerte; atravesaba la tela de la chaqueta de combate de Clary y le alborotaba el cabello.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jace, tenso—. ¿Es por el ataque de Londres? Pensaba que lo habían rechazado.

Robert negó con la cabeza, con expresión adusta.

—Parece que Sebastian, al no poder con Londres, ha vuelto su atención hacia otro lado.

—¿Dónde…?

—¡La Ciudadela Infracta está sitiada! —Era la voz de Jia Penhallow, que se alzaba por encima de los gritos de la multitud. Se había puesto delante del Portal; el torbellino de aire que brotaba de su interior hacía que su capa se abriera como las alas de un gran pájaro negro—. ¡Vayamos a socorrer a las Hermanas de Hierro! ¡Todos los cazadores de sombras armados y listos, por favor, presentaos a mí!

El patio estaba lleno de nefilim, pero no había tantos como Clary había pensado al principio. Le habían parecido una marea mientras subían por la colina hacia el Gard, pero en ese momento vio que era un grupo de cuarenta o cincuenta guerreros. Algunos llevaban el traje de combate; otros, ropa de calle. No todos iban armados. Los nefilim de servicio en el Gard iban de un lado para otro en la puerta de la armería, y añadían armas a una pila de espadas, cuchillos serafines, hachas y mazas que se amontonaban delante del Portal.

—Crucemos —dijo Jace a Robert. Con el traje de combate completo y envuelto en su capa gris de Inquisidor, Robert Lightwood le recordó a Clary la escabrosa pared vertical de un acantilado: escarpada e inamovible.

Robert negó con la cabeza.

—No hace falta —dijo—. Sebastian ha tratado de atacar por sorpresa. Solo tiene veinte o treinta guerreros Oscurecidos. Hay suficientes guerreros para ocuparse de él sin que tengamos que enviar a nuestros niños.

—No soy un niño —replicó Jace con furia. Clary se preguntó qué pensaba Robert cuando miraba al chico que había adoptado, si Robert vería el rostro del padre de Jace en el de este, o si todavía buscaba los rastros de Michael Wayland que no encontraría allí. Jace escrutó la expresión de Robert Lightwood, y la sospecha oscureció sus ojos dorados—. ¿Qué estás haciendo? Hay algo que no quieres que yo sepa.

El rostro de Robert se endureció. En ese momento, una mujer rubia en traje de combate pasó junto a Clary, hablando excitadamente a su compañero.

—… nos han dicho que intentemos capturar a los Oscurecidos, traerlos aquí para ver si se pueden curar. Lo que significa que quizá puedan salvar a

Jason.

Clary miró a Robert echando chispas por los ojos.

—No vas a hacerlo. No vas a permitir que la gente que tenga parientes transformados vaya al otro lado. No les estarás diciendo que los Oscurecidos pueden salvarse, ¿verdad?

Robert la miró muy serio.

—No sabemos que no se pueda hacer.

—Lo sabemos —replicó Clary enfadada—. ¡No los podemos salvar! ¡Ya no son quienes eran! No son humanos. Pero cuando esos soldados vean los rostros de personas que conocen, vacilarán, querrán que no sea cierto…

—Y acabarán masacrados —concluyó Jace, sombrío—. Robert. Tienes que detener esto.

Robert negaba con la cabeza.

—Es la voluntad de la Clave. Eso es lo que quieren que se haga.

—Entonces ¿para qué enviarlos siquiera? —quiso saber Jace—. ¿Por qué no quedarnos aquí y matar directamente a cincuenta de los nuestros? ¿Ahorrar tiempo?

—No te atrevas a bromear —le espetó Robert.

—No estoy bromeando…

—Y no me digas que cincuenta nefilim no pueden derrotar a veinte Oscurecidos. —Los cazadores de sombras estaban comenzando a cruzar el Portal, dirigidos por Jia. Clary notó un estremecimiento de pánico recorrerle la espada. Jia estaba dejando pasar solo a los que llevaban el traje de combate completo, pero muchos de ellos eran o muy jóvenes o muy viejos, y un gran número de ellos había llegado sin armas y simplemente las cogían antes de cruzar de la pila que habían sacado de la armería.

—Sebastian está esperando exactamente esta respuesta —aseguró Jace, desesperado—. Si ha atacado con veinte guerreros, entonces hay una razón, y tendrá refuerzos…

—¡No puede tener refuerzos! —Robert alzó la voz—. No puedes abrir un Portal a la Ciudadela Infracta a no ser que las Hermanas de Hierro lo permitan. Nos lo están permitiendo a nosotros, pero Sebastian tendrá que ir por tierra. Sebastian no supondrá que estaremos esperándolo en la

Ciudadela. Sabe que no lo podemos rastrear; sin duda pensó que solo vigilaríamos los Institutos. Eso es un regalo.

—¡Sebastian no hace regalos! —gritó Jace—. ¡Estáis ciegos!

—¡No estamos ciegos! —rugió Robert—. Quizá tú le tengas miedo, Jace, pero solo es un crío; ¡no es la mente militar más brillante que existe! Luchó contra vosotros en el Burren, y ¡perdió!

Robert se volvió y se dirigió a grandes zancadas hacia Jia. Jace estaba como si hubiera recibido una bofetada. Clary dudaba de que alguien lo hubiera acusado jamás de tener miedo.

Jace se volvió hacia ella. El movimiento de cazadores de sombras hacia el Portal casi había acabado. Jia despedía a la gente que se introducía en él. Jace tocó la espada que le colgaba a Clary de la cadera.

—Voy a cruzar —dijo.

—No te dejarán —le advirtió Clary.

—No hace falta que me dejen. —Bajo las luces rojas y doradas de las torres, el rostro de Jace parecía tallado en mármol. Detrás de él, Clary vio a más cazadores de sombras subiendo por la colina. Iban charlando entre ellos como si fuera una pelea corriente, una situación que podían controlar enviando a unos cincuenta nefilim al lugar del ataque. No habían estado en el Burren. No lo habían visto. No sabían. Clary miró a Jace a los ojos.

Vio las arrugas de tensión en su rostro, que le marcaban aún más los ángulos de los pómulos y la prominencia del mentón.

—La pregunta es —dijo él— si hay alguna posibilidad de que tú aceptes quedarte aquí.

—Ya sabes que no —contestó ella.

Jace inspiró nervioso.

—De acuerdo. Clary, esto puede ser peligroso, muy peligroso…

Clary oía gente murmurando alrededor, voces excitadas que se alzaban en la noche como volutas de aliento, gente comentando que la Cónsul y el Consejo habían estado reunidos para tratar sobre el ataque a Londres cuando Sebastian había aparecido de repente en el mapa rastreador, que solo llevaba allí un momento y con pocos refuerzos, que tenían una

auténtica oportunidad de detenerlo, que había fracasado en Londres y volvería a ocurrirle…

—Te amo —dijo ella—. Pero no intentes detenerme.

Jace le cogió la mano.

—Muy bien —dijo—. Entonces corramos juntos hacia el Portal.

—Corramos —asintió ella, y eso hicieron.

7

CHOQUE EN LA NOCHE

La llanura volcánica se extendía como un pálido paisaje lunar ante Jace; llegaba hasta una distante cordillera, negra contra el horizonte. El suelo estaba salpicado de nieve: gruesa en algunos puntos; crujiente y fina como el hielo en otros. Rocas de formas letales cortaban el hielo y la nieve, junto con las ramas desnudas de los setos y el musgo helado.

La luna se hallaba tras las nubes, un cielo de terciopelo moteado aquí y allí por las estrellas, cuyo brillo resultaba atenuado por las propias nubes. Sin embargo, la luz que emanaba de los cuchillos serafines ardía alrededor de ellos. Cuando se le adaptaron los ojos, Jace vio el resplandor de lo que parecía una hoguera en la distancia.

El Portal había dejado a Jace y a Clary a unos cuantos palmos el uno del otro, en medio de la nieve. Pero ya estaban hombro contra hombro, Clary muy callada, el cabello cobrizo salpicado de copos blancos. Alrededor se oían gritos y gemidos, el sonido de los cuchillos serafines al encenderse, el murmullo de los nombres de los ángeles.

—Quédate a mi lado —murmuró Jace mientras ambos se acercaban a lo alto de la cornisa. Él había cogido una espada larga de la pila que había junto al Portal antes de saltar a través de él, y el grito de consternación de Jia los había seguido en medio del rugir del viento. Jace había esperado a

medias que ella o Robert los siguieran, pero en vez de eso, el Portal se cerró inmediatamente tras ellos, como dando un portazo.

Jace notaba el desconocido peso de la espada en la mano. Prefería emplear el brazo izquierdo, pero la espada tenía empuñadura para diestros. Estaba mellada por ambos filos, como si hubiera visto bastantes batallas. Jace deseó tener alguna de sus propias armas a mano…

Apareció de repente ante ellos, como un pez rompiendo la superficie del agua con un destello súbito. Jace solo había visto la Ciudadela Infracta en fotos. Estaba tallada del mismo material que los cuchillos serafines, y brillaba como una estrella bajo el cielo nocturno; era lo que Jace había tomado, equivocadamente, por una hoguera. Un muro circular de *adamas* la rodeaba; la única abertura era una verja formada por dos enormes hojas incrustadas en el suelo formando ángulo, como unas tijeras abiertas.

Alrededor de la Ciudadela se extendía el terreno volcánico, blanco y negro como un tablero de ajedrez: mitad suelo volcánico, mitad nieve. Jace notó que se le erizaba el pelo de la nuca. Era como estar de nuevo en el Burren, aunque solo recordaba aquella noche del modo que se recuerda un sueño: los nefilim Oscuros de Sebastian vestidos de rojo, y los nefilim de la Clave, de negro, espada contra espada, las chispas de la batalla alzándose en la noche, y luego el fuego de *Gloriosa*, borrando todo lo que había sido antes.

La tierra del Burren era negra, pero en ese momento, Sebastian y sus guerreros resaltaban como gotas de sangre en el suelo blanco. Estaban esperando, rojos bajo la luz de las estrellas, con las negras espadas en la mano. Se encontraban entre los nefilim que habían llegado a través del Portal y las puertas de la Ciudadela Infracta. Aunque los Oscurecidos se hallaban a cierta distancia, y aunque Jace no podía verles el rostro con claridad, de algún modo sentía que estaban sonriendo.

Y también notaba la inquietud de los nefilim que lo rodeaban, los cazadores de sombras que habían cruzado el Portal con toda confianza, preparados para luchar. Miraban a los Oscurecidos, y Jace sintió que su valentía flaqueaba. Por fin, demasiado tarde, lo notaron: la rareza, la diferencia de los Oscurecidos. Estos no eran cazadores de sombras que se

habían desviado del camino temporalmente. Estos no eran cazadores de sombras en absoluto.

—¿Dónde está? —susurró Clary. Su aliento se transformaba en una nube blanca por el frío—. ¿Dónde está Sebastian?

Jace negó con la cabeza. Muchos de los cazadores vestidos de rojo tenían la capucha levantada y su rostro era invisible. Sebastian podía ser cualquiera de ellos.

—¿Y las Hermanas de Hierro? —Clary recorrió la planicie con la mirada. Lo único blanco era la nieve. No había ni rastro de las Hermanas con sus hábitos, que conocía por muchas ilustraciones en el Códice.

—Están dentro de la Ciudadela —contestó Jace—. Tienen que proteger lo que guarda su interior: el arsenal. Es de suponer que eso es lo que busca Sebastian aquí: las armas. Las Hermanas rodearán la armería con sus cuerpos. Si Sebastian consigue atravesar las puertas, o lo hacen sus Oscurecidos, las Hermanas destruirán la Ciudadela antes de permitir que la tome. —Su voz era torva.

—Pero si Sebastian sabe eso, si saben lo que la Hermanas harán… —comenzó Clary.

Un grito cortó la noche como un cuchillo. Jace miró hacia adelante antes de darse cuenta de que el grito provenía de detrás de ellos. Jace se volvió y vio a un hombre con un gastado traje de combate caer con la hoja de un cazador oscuro atravesándole el pecho. Era el hombre que se había dirigido a Clary en Alacante, antes de llegar al Gard.

El Oscurecido se volvió, sonriendo. Se oyó un grito entre los nefilim, y la mujer rubia a la que Clary había oído hablar en el Gard avanzó hacia él.

—¡Jason! —gritó, y Clary se dio cuenta de que estaba hablándole al guerrero Oscurecido, un hombre robusto con el mismo cabello rubio de ella—. Jason, por favor. —Le temblaba la voz mientras avanzaba con las manos tendidas hacia el Oscurecido. Este sacó otra espada del cinturón y la miró expectante.

—Por favor, no —dijo Clary—. No… no te acerques a él…

Pero la mujer rubia solo estaba a un paso del cazador oscuro.

—Jason —susurró—. Eres mi hermano. Eres uno de los nuestros, un nefilim. No tienes por qué hacer esto… Sebastian no puede obligarte. Por favor… —Miró alrededor, desesperada—. Ven con nosotros. Están trabajando en una cura; te pondrás bien…

Jason rio. La espada destelló al describir un tajo en redondo. La cabeza rubia de la cazadora de sombras cayó al suelo. La sangre saltó a chorros, negra contra la nieve blanca, mientras el cuerpo se desplomaba inerte. Alguien chillaba y chillaba histéricamente, y entonces otro guerrero gritó y gesticuló frenético señalando hacia atrás.

Jace miró y vio una línea de Oscurecidos avanzando por la retaguardia, desde la dirección del Portal cerrado. Sus espadas relucían bajo la luz de la luna. Los nefilim comenzaron a bajar apresuradamente de la cornisa, pero no era un avance ordenado; el pánico reinaba entre ellos. Jace lo notó como el sabor de la sangre en el viento.

—¡Yunque y martillo! —gritó, esperando que lo entendieran. Cogió a Clary con su mano libre y la hizo retroceder, apartándola del cuerpo sin cabeza del suelo—. ¡Es una trampa! —bramó por encima del ruido de la lucha—. ¡Ve a un muro, a donde sea que puedas abrir un Portal! ¡Sácanos de aquí!

Clary lo miró sorprendida, con sus verdes ojos muy abiertos. Jace tuvo ganas de cogerla, de besarla, de agarrarla, de protegerla, pero el guerrero que había en él sabía que era él quien la había metido en esa vida. La había animado. La había entrenado. Cuando vio en sus ojos que lo había entendido, asintió y la soltó.

Clary se apartó de él, pasó sigilosamente por la espalda de un guerrero Oscurecido que se enfrentaba a un Hermano Silencioso que blandía un cayado, el apergaminado hábito manchado de sangre. Las botas le patinaban sobre la nieve mientras corría hacia la Ciudadela. El gentío se la tragó justo cuando un guerrero Oscurecido sacó el arma y se lanzó hacia Jace.

Como todos los cazadores oscuros, sus movimientos eran cegadoramente rápidos, casi felinos. Al alzarse con la espada, pareció borrar la luna. Y a Jace también se le despertó la sangre, como fuego por las venas mientras se concentraba en él: no había nada más en el mundo, solo

ese momento, solo el arma en su mano. Saltó hacia el cazador oscuro con la espada por delante.

Clary se inclinó para recoger a *Heosphoros* de donde se le había caído sobre la nieve. La hoja estaba manchada de sangre, la sangre del cazador oscuro que en ese momento se alejaba de ella para lanzarse a la batalla que bullía en la planicie.

Ya había pasado media docena de veces. Clary atacaba, trataba de enfrentarse a un Oscurecido, y este tiraba el arma, retrocedía, se apartaba de ella como si fuera un fantasma, y salía corriendo. Las primeras veces se había preguntado si tendrían miedo de *Heosphoros*, confundidos por una espada que se parecía tanto a la de Sebastian. Pero ya había empezado a sospechar otra cosa. Sebastian debía de haberles ordenado que no la tocaran, y ellos obedecían.

Le entraron ganas de gritar. Sabía que debería perseguirlos cuando salían corriendo, acabar con ellos clavándoles la espada en la espalda o cortándoles el cuello, pero no se veía capaz de hacerlo. Aún tenían el aspecto de nefilim, demasiado humanos. Su sangre corría roja sobre la nieve. Le parecía una cobardía atacar a alguien que no podía atacarla a su vez.

El hielo crujió a su espalda, y ella se volvió en redondo, espada en mano. Todo pasó muy deprisa: darse cuenta de que había el doble de Oscurecidos de los que se habían esperado encontrar, que estaban asediados por ambos lados, el ruego de Jace de que abriera un Portal. En ese momento, se abría paso entre una multitud desesperada. Algunos cazadores de sombras había salido corriendo y otros se habían quedado en su puesto, decididos a luchar. Como grupo, los estaban presionando lentamente colina abajo, hacia la planicie, donde la batalla era más cruenta, con los brillantes cuchillos serafín contra los negros cuchillos de sus oponentes, una mezcla de negro, blanco y rojo.

Por primera vez, Clary agradeció ser pequeña. Podía meterse entre la gente mientras su mirada captaba desesperadas imágenes de lucha. Allí, un

nefilim un poco mayor que ella estaba luchando con todas sus fuerzas contra un Oscurecido que lo doblaba en tamaño, y que lo hizo caer sobre la nieve manchada de sangre; una espada descendió veloz, luego hubo un grito, y un cuchillo serafín se apagó para siempre. Un joven moreno con el traje de combate negro de los cazadores de sombras se hallaba sobre el cadáver de un guerrero de rojo. Sujetaba una espada ensangrentada en la mano y las lágrimas le corrían libres por las mejillas. Cerca de él, un Hermano Silencioso, una visión inesperada pero muy bienvenida, le aplastaba el cráneo a un cazador oscuro con un solo golpe de su cayado de madera; el Oscurecido se desplomó en silencio. Un hombre cayó de rodillas, rodeando con los brazos las piernas de una mujer de rojo; ella lo miró sin ningún interés y luego le clavó la espada entre los hombros. Ninguno de los guerreros trató de impedirlo.

Clary salió de entre la multitud y se encontró junto a la Ciudadela. Los muros brillaban con una intensa luz. A través del arco de la puerta en forma de tijera, creyó ver el resplandor de algo rojo dorado como el fuego. Sacó la estela del cinturón, apoyó la punta sobre el muro… y se quedó helada.

A solo unos pasos de ella, un cazador oscuro se había alejado de la batalla y se dirigía hacia las puertas de la Ciudadela. Llevaba una maza y un mangual bajo el brazo; echó una sonriente mirada a la batalla y se coló por las puertas de la fortaleza…

Y las tijeras se cerraron. No hubo gritos, pero el desagradable ruido de hueso y cartílago aplastados resultó audible incluso en medio del ruido de la batalla. Un chorro de sangre saltó desde la puerta cerrada, y Clary se dio cuenta de que no se trataba del primero. Había otras manchas por todo el muro de la Ciudadela y oscureciendo el suelo…

Se volvió con el estómago revuelto y apretó la estela con fuerza contra la piedra. Comenzó a obligar a su mente a pensar en Alacante, a visualizar el espacio de hierba ante el Gard y a apartar cualquier distracción.

—Tira la estela, hija de Valentine —dijo una voz fría y neutra a su espalda.

Clary se quedó inmóvil. A su espalda se hallaba Amatis, espada en mano, apuntando directamente a Clary. Había una salvaje sonrisa en su

rostro.

—Muy bien —dijo—. Tira la estela al suelo y ven conmigo. Sé de alguien que estará encantado de verte.

»Muévete, Clarissa. —Amatis pinchó a Clary en el costado con la punta de la espada; no con bastante fuerza para atravesarle la chaqueta, pero sí lo suficiente para inquietarla. Esta había dejado caer la estela, que permaneció a unos pasos sobre la sucia nieve, refulgiendo con un brillo tentador—. Deja de remolonear.

—No puedes hacerme nada —dijo Clary—. Sebastian ha dado órdenes.

—Órdenes de no matarte —admitió Amatis—. No ha dicho nada sobre herirte. Y puedo entregarte a él tan alegremente aunque te falten todos los dedos. No creas que no lo haré.

Clary la miró furiosa antes de darse la vuelta y permitir que Amatis la alejara de la batalla. Su mirada iba de un Oscurecido a otro, buscando una cabeza rubia en el mar escarlata. Tenía que saber con cuánto tiempo contaba antes de que Amatis la pusiera a los pies de Sebastian y acabara con sus posibilidades de huir. Amatis le había cogido a *Heosphoros*, naturalmente, y la espada Morgenstern colgaba ahora de la cadera de la otra mujer, las estrellas en la acanaladura parpadeando bajo la tenue luz.

—Apuesto a que ni siquiera sabes dónde está —la provocó Clary.

Amatis la pinchó de nuevo, y Clary avanzó, casi tropezando con el cadáver de un cazador oscuro. El suelo era un amasijo de nieve, tierra y sangre.

—Soy la primera teniente de Sebastian; siempre sé dónde está. Por eso soy en quien confía para llevarte con él.

—No confía en ti. Tú no le importas; nada le importa. Mira. —Habían llegado a lo alto de una pequeña cresta; Clary se paró e hizo un gesto con el brazo abarcando el campo de batalla—. Mira cuántos de los tuyos están cayendo; Sebastian solo quiere carne de cañón. Solo quiere usaros.

—¿Eso es lo que ves? Yo veo nefilim muertos. —Clary miraba a Amatis de reojo. El cabello canoso le flotaba empujado por el frío viento, y sus ojos eran duros—. ¿Acaso crees que la Clave no está superada? Mira. Mira allí. —Señaló con el dedo, y Clary miró sin querer hacerlo. Las dos partes del

ejército de Sebastian se habían juntado y habían rodeado totalmente a los nefilim. Muchos de estos luchaban con habilidad y rabia. A su manera, era bonito verlos luchar; el resplandor de sus cuchillos serafines trazaba dibujos contra el cielo oscuro. Aunque eso no cambiaba el hecho de que estuvieran condenados.

—Han hecho lo que siempre hacen cuando se produce un ataque fuera de Idris y no hay cerca ningún Cónclave. Envían por un Portal a los que llegan primero al Gard. Algunos de esos guerreros no habían luchado nunca en una auténtica batalla. Otros han luchado en demasiadas. Ninguno de ellos está preparado para matar a un enemigo que tiene el rostro de sus hijos, de sus amantes, de sus amigos, de sus *parabatai*. —Escupió esa última palabra—. La Clave no entiende a nuestro Sebastian ni a sus fuerzas, y estarán muertos antes de hacerlo.

—¿De dónde han llegado? —preguntó Clary—. Los Oscurecidos. La Clave dijo que solo había unos veinte, y que no había manera de que Sebastian pudiera ocultar su número. ¿Cómo…?

Amatis echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡Cómo si te lo fuera a decir! Sebastian tiene aliados en más lugares de los que te imaginas, pequeña.

—Amatis. —Clary trató de mantener la voz firme—. Eres una de nosotros. Nefilim. Eres la hermana de Luke.

—Él es un subterráneo, y no es mi hermano. Debería haberse matado, como le dijo Valentine.

—No lo dices en serio. Te alegraste de verlo cuando fue a tu casa. Lo sé.

Esta vez, el pinchazo con la punta de la espada entre los hombros fue más que desagradable: dolió.

—Entonces estaba atrapada —repuso Amatis—. Pensando que necesitaba la aprobación de la Clave y el Consejo. Los nefilim me lo quitaron todo. —Se volvió para mirar hacia la Ciudadela con enfado—. Las Hermanas de Hierro se llevaron a mi madre. Luego, una Hermana de Hierro presidió mi divorcio. Cortaron en dos mis Marcas de matrimonio, y lloré de dolor. No tienen corazón, solo *adamas*, y los Hermanos Silenciosos también. Crees que son amables, que los nefilim son amables porque son

buenos, pero la bondad no es la amabilidad, y no hay nada más cruel que la virtud.

—Pero podemos elegir —repuso Clary; aunque ¿cómo podía explicarle a alguien que no escuchaba que le habían robado la posibilidad de elegir, que existía algo llamado el libre albedrío?

—Oh, por el amor del Infierno, calla de una vez… —soltó Amatis, tensa.

Clary siguió su mirada. Por un momento no pudo ver lo que contemplaba la otra mujer. Vio el caos de la batalla, sangre en la nieve, el destello de la luz de la luna sobre las espadas y el duro brillo de la Ciudadela. Luego, se dio cuenta de que la batalla estaba formando una especie de dibujo: alguien estaba abriendo un camino en medio del gentío, como un barco cortando el agua, dejando el caos a su paso. Un delgado cazador de sombras vestido de negro y de cabello destellante se movía tan rápido que era como ver el fuego pasar de una copa de árbol a la siguiente en un bosque, propagando las llamas.

Sólo que en este caso el bosque era el ejército de Sebastian. Los Oscurecidos caían uno a uno. Caían tan deprisa que casi no tenían tiempo ni de coger las armas, mucho menos de alzarlas. Y mientras unos caían, los otros comenzaron a retroceder, confusos e inseguros, y Clary pudo ver el espacio que se estaba abriendo en el centro de la batalla y a quien se hallaba en el medio.

A pesar de todo, no pudo evitar sonreír.

—Jace.

Amatis inhaló con fuerza, sorprendida. Fue un momento de distracción, pero era todo lo que Clary necesitaba para ir hacia adelante y encajar la pierna entre los tobillos de Amatis como le había enseñado Jace, y luego derribarla. Al caer, Amatis soltó la espada, que resbaló por el suelo helado. Amatis estaba intentando ponerse en pie cuando Clary se lanzó sobre ella, no con elegancia, pero sí de un modo efectivo que la hizo caer de nuevo al suelo. Amatis la golpeó, y a Clary se le fue la cabeza hacia atrás, pero ya tenía la mano en el cinturón de Amatis y había recuperado a *Heosphoros*. Luego le puso la afilada punta a Amatis en el cuello.

Esta se quedó inmóvil.

—Muy bien —dijo Clary—. Ni se te ocurra moverte.

—¡Suéltame! —le gritó Isabelle a su padre—. ¡Suéltame!

Cuando las torres de los demonios se habían puesto rojo y dorado para llamar a todos al Gard, ella y Alec habían ido a coger sus trajes y armas para ponerse en camino hacia la colina. El corazón de Isabelle le palpitaba con fuerza, no por el esfuerzo sino de excitación. Alec estaba serio y era práctico, como siempre, pero el látigo de Isabelle estaba cantando. Quizá fuera en esa ocasión; quizá en esa batalla se enfrentaría a Sebastian abiertamente, y esta vez lo mataría.

Por su hermano. Por Max.

Alec e Isabelle no se habían esperado encontrar aquella aglomeración en el patio del Gard ni la velocidad con la que estaban enviando a los nefilim por el Portal. Isabelle había perdido a su hermano en medio del gentío, pero siguió hacia el Portal; vio a Jace y a Clary allí, a punto de cruzar, y redobló la velocidad. De repente, dos manos salieron de entre la gente y la sujetaron por los brazos.

Su padre. Isabelle lo golpeó y gritó llamando a Alec, pero Jace y Clary ya se habían ido; habían desaparecido en el torbellino del Portal. Gruñendo, Isabelle se debatió, pero su padre la superaba en altura, peso y años de entrenamiento.

La soltó justo cuando el Portal dio un último giro, se cerró y desapareció de la pared de la armería. Se hizo el silencio entre los nefilim que quedaban en el patio; esperaban instrucciones. Jia Penhallow anunció que ya habían enviado bastantes a la Ciudadela, que los otros debían esperar dentro del Gard por si se necesitaban refuerzos; no era necesario quedarse helándose en el patio. Comprendía lo mucho que todos querían luchar, pero ya se habían enviado muchos guerreros a la Ciudadela, y Alacante requería una fuerza para protegerse.

—¿Lo ves? —dijo Robert Lightwood, haciendo un gesto de exasperación en dirección a su hija cuando esta se volvió hacia él. A ella le

gustó ver que le sangraban los arañazos que le había hecho en la muñeca—. Se te necesita aquí, Isabelle…

—Cierra el pico —le siseó con los dientes apretados—. Cierra el pico, cabrón mentiroso.

El asombro lo dejó helado y sin capacidad de reacción. Isabelle sabía por Simon y Clary que en la cultura mundana se esperaba que hubiera recriminaciones y gritos de los hijos dirigidas hacia los propios padres, pero los cazadores de sombras creían en el respeto a los mayores y en el control de las propias emociones.

Sólo que Isabelle no tenía ningunas ganas de controlar sus propias emociones. No en ese momento.

—Isabelle… —Era Alec, que llegó por fin a su lado. La multitud se dispersaba, y ella era más o menos consciente de que muchos de los nefilim ya habían entrado en el Gard. Los que quedaban miraban hacia otro lado, incómodos. Las disputas familiares no eran asunto de los cazadores de sombras—. Isabelle, volvamos a casa.

Alec la cogió de la mano. Isabelle se soltó con un movimiento de irritación. Quería mucho a su hermano, pero nunca había tenido tantas ganas de darle un golpe en la cabeza.

—No —replicó—. Jace y Clary han cruzado; deberíamos ir con ellos.

Robert Lightwood parecía cansado.

—No tendrían que haberlo hecho —dijo—. Han contravenido órdenes estrictas. Eso no significa que debáis seguirlos.

—Sabían lo que hacían —replicó Isabelle—. Necesitas más cazadores de sombras enfrentándose a Sebastian, no menos.

—Isabelle, no tengo tiempo para esto —bufó Robert, y miró a Alec exasperado, como si esperase que su hijo se pusiera de su lado—. Sebastian solo tiene a veinte Oscurecidos. Hemos enviado a cincuenta guerreros.

—Veinte de ellos son como cien cazadores de sombras —indicó Alec en voz baja—. Los nuestros pueden ser masacrados.

—Si algo les pasa a Jace y a Clary, será culpa tuya —le advirtió Isabelle —. Igual que Max.

Robert Lightwood se echó atrás como si lo hubiera golpeado.

—Isabelle. —La voz de su madre cortó el silencio, repentino y terrible. Isabelle volvió la cabeza y vio que Maryse se acercaba por detrás. Ella, como Alec, parecía asombrada. Una pequeña parte de Isabelle se sentía culpable y mal, pero la parte que parecía tener las riendas en la mano bullía en su interior como un volcán y solo sentía un amargo triunfo. Estaba cansada de fingir que todo estaba bien.

—Alec tiene razón —continuó Maryse—. Volvamos a casa…

—No —insistió Isabelle—. ¿No has oído a la Cónsul? Se nos necesita aquí, en el Gard. Puede que hagan falta refuerzos.

—Querrán a adultos, no a niños —contestó Maryse—. Si no vas a volver, entonces pide perdón a tu padre. Max… Lo que le pasó a Max no fue culpa de tu padre, sino de Valentine.

—Y quizá si no hubierais estado del lado de Valentine no habría habido una Guerra Mortal —replicó Isabelle a su madre, furiosa. Luego se volvió hacia su padre—. Estoy cansada de fingir que no sé lo que sé. Sé que engañaste a mamá. —Isabelle ya no podía contener las palabras; no paraban de salir de su interior, como un torrente. Vio palidecer a Maryse y a Alec abrir la boca para protestar. Robert la miraba como si Isabelle le hubiera soltado un guantazo—. Antes de que naciera Max. Lo sé. Ella me lo contó. Con una mujer que murió en la Guerra Mortal. Y nos ibas a dejar, dejarnos a todos, solo te quedaste porque nació Max, y apuesto a que te alegras de que esté muerto, ¿no?, porque así no tienes que quedarte.

—Isabelle… —murmuró Alec, horrorizado.

Robert se volvió hacia Maryse.

—¿Tú se lo contaste? ¡Por el Ángel, Maryse! ¿Cuándo?

—¿Quieres decir que es cierto? —A Alec le temblaba la voz de repugnancia.

Robert se volvió hacia él.

—Alexander, por favor…

Pero Alec le había dado la espalda. El patio ya estaba casi vacío. Isabelle vio a Jia de pie en la distancia, cerca de la puerta de la armería, esperando a que entraran los últimos. Vio a Alec acercarse a ella y los oyó discutir.

Los padres de Isabelle la miraban como si sus mundos estuvieran a punto de derrumbarse. Nunca había pensado que pudiera destruir el mundo de sus padres. Había esperado que su padre le gritara, no que se quedara ahí, bajo su manto gris de Inquisidor, con aspecto desdichado. Finalmente, este carraspeó para aclararse la garganta.

—Isabelle —dijo con voz ronca—. Pienses lo que pienses, debes creer… No puedes pensar de verdad que cuando perdimos a Max… que yo…

—No me hables —le espetó Isabelle, y se alejó de los dos, con el corazón rompiéndosele a pedazos en el pecho—. No… no me hables.

Salió corriendo.

Jace dio un salto en el aire, chocó con un cazador oscuro, lo lanzó al suelo y acabó con él de un salvaje golpe en tijera. En algún momento había conseguido una segunda espada, no estaba seguro de dónde. Todo era sangre y fuego cantándole en la cabeza.

Jace había luchado antes, muchas veces. Conocía el helor de la batalla que se apoderaba de él, el mundo alrededor ralentizándose hasta convertirse en un susurro; cada movimiento que hacía era preciso y exacto. Parte de su mente era capaz de meter toda la sangre, el dolor y el hedor tras un muro de hielo puro.

Pero eso no era hielo; era fuego. El ardor que le corría por las venas lo empujaba, aceleraba sus movimientos y le hacía sentirse como si volara. De una patada puso el cadáver descabezado del cazador oscuro en el camino de otro enemigo de rojo que corría hacia él. La mujer se tambaleó y él la cortó en dos. La sangre saltó sobre la nieve. Él ya estaba empapado en ella; notaba su traje de combate, pesado y húmedo, contra el cuerpo; captaba el penetrante olor a sal y hierro, como si la sangre estuviera en el mismo aire que respiraba.

Saltó limpiamente sobre el cadáver del Oscurecido y fue hacia otro: un hombre de pelo castaño con la manga del traje rojo rasgada. Jace alzó la espada de la mano derecha y el hombre hizo una mueca de pavor. Jace se

sorprendió. Los Oscurecidos no parecían sentir mucho miedo, y morían sin gritar. Sin embargo, este tenía el rostro desencajado de espanto…

—La verdad, Andrew, no hace falta que te pongas así. No voy a hacerte nada —dijo una voz detrás de Jace, seca, clara y conocida. Y un poco exasperada—. A no ser que no te apartes de ahí.

El cazador oscuro se apartó rápidamente de Jace, que se volvió sabiendo con qué se iba a encontrar.

Sebastian estaba detrás de él. Parecía haber aparecido de la nada, aunque eso no sorprendió a Jace. Sabía que Sebastian tenía el anillo de Valentine, que le permitía aparecer y desaparecer a voluntad. Llevaba el traje de combate rojo con runas doradas bordadas por todas partes; runas de protección, de curación, de buena suerte. Runas del *Libro Gris*, de las que sus seguidores no podían llevar. El rojo hacía que su cabello claro pareciera aún más claro; su sonrisa era un blanco corte en el rostro mientras recorría a Jace de arriba abajo con la mirada.

—Mi Jace —dijo—. ¿Me has echado de menos?

Al instante, las dos espadas de Jace estaban en alto, las puntas justo sobre el corazón de Sebastian. Oyó un murmullo alrededor. Al parecer, tanto los cazadores oscuros como sus oponentes nefilim habían dejado de luchar para observar lo que ocurría.

—No puedes pensar de verdad que te iba a echar de menos.

Sebastian alzó los ojos lentamente y clavó su mirada burlona en Jace. Ojos negros como los de su padre. En sus profundidades sin luz, Jace se vio a sí mismo, vio el apartamento que había compartido con Sebastian, las comidas que habían hecho juntos, las bromas que habían intercambiado, las batallas que habían combatido. Él se había sometido a Sebastian, le había entregado totalmente su voluntad, y le resultó agradable y fácil, y en lo más profundo de su traicionero corazón, Jace sabía que una parte de sí deseaba recuperarlo.

Aquello lo hizo odiar aún más a Sebastian.

—Bueno, no puedo imaginarme por qué estás aquí, si no. Ya sabes que no me puede matar una espada —dijo Sebastian—. La chiquilla del Instituto de Los Ángeles os lo debe de haber dicho.

—Podría despedazarte —repuso Jace—. Ver si puedes sobrevivir en pequeños trocitos. O cortarte la cabeza. Quizá no te mate, pero sería divertido verte tratando de encontrarla.

Sebastian seguía sonriendo.

—Yo que tú no lo intentaría.

Jace soltó aire, su aliento se convirtió en una pluma blanca.

«No dejes que te detenga», gritaba su interior, pero la maldición era que conocía a Sebastian, lo conocía lo suficiente como para no estar seguro de si estaba tirándose un farol. Sebastian odiaba farolear. Le gustaba tener la ventaja y saberlo.

—¿Por qué no? —gruñó Jace con los dientes apretados.

—Mi hermana —contestó Sebastian—. ¿Enviaste a Clary a abrir un Portal? No ha sido muy inteligente por tu parte, separaros. La retiene una de mis tenientes a cierta distancia de aquí. Hazme algo, y le cortará el cuello.

Se oyó un murmullo de los nefilim que tenía a la espalda, pero Jace no le prestó atención. El nombre de Clary le hacía latir la sangre en las venas, y el punto donde la runa de Lilith lo había unido a Sebastian le ardía. Decían que era mejor conocer a tu enemigo, pero ¿de qué servía conocer la debilidad de tu enemigo si esa también era la tuya?

El murmullo entre la multitud creció hasta convertirse en un estruendo cuando Jace comenzó a bajar las espadas: Sebastian se movió tan deprisa que Jace solo vio un borrón cuando aquel le lanzó una patada a la muñeca. La espada de la derecha se le cayó de la mano, y él se echó hacia atrás, pero Sebastian fue más rápido; sacó la espada Morgenstern y lanzó un tazo a Jace que este solo pudo esquivar inclinando todo el cuerpo hacia un lado. La punta de la espada le hizo un corte en las costillas.

Ahora parte de la sangre que le empapaba el traje también era suya.

Se agachó cuando Sebastian le lanzó otro tajo, y la espada silbó sobre su cabeza. Oyó maldecir a Sebastian y se alzó blandiendo su espada. Los dos entrechocaron las hojas con un ruido de vibrante metal, y Sebastian sonrió.

—No puedes ganar —dijo—. Soy mejor que tú, siempre lo he sido. Seguramente soy el mejor de todos.

—Y también el más modesto —repuso Jace, y sus espadas se separaron con un sonido chirriante. Retrocedió lo suficiente para ponerse fuera de su alcance.

—Y no puedes hacerme daño, por Clary. —Sebastian siguió hablando, implacable—. Igual que ella no pudo hacerme daño por ti. Siempre el mismo baile. Ninguno de los dos dispuesto a hacer el sacrificio. —Le lanzó a Jace un tajo lateral; este lo paró, aunque la fuerza del golpe le sacudió todo el brazo—. Se creería que, con toda esa obsesión por la bondad, uno de vosotros estaría dispuesto a renunciar al otro por una causa mayor. Pero no. El amor es básicamente egoísta, y también lo sois vosotros dos.

—Tú no nos conoces, a ninguno —replicó Jace con esfuerzo. Estaba jadeando, y sabía que peleaba a la defensiva, parando a Sebastian en vez de atacarlo. La runa de fuerza del brazo ardía desprendiendo los restos de su poder. Eso era malo.

—Conozco a mi hermana —replicó Sebastian—. Y no ahora, pero pronto la conoceré de todos los modos en que se puede conocer a alguien. —Sonrió de nuevo, malévolo. Era la misma expresión que había mostrado hacía tiempo, una noche de verano en el Gard, cuando dijo: «O quizá solo estás enfadado porque he besado a tu hermana. Porque ella quería».

Jace sintió náuseas, náuseas y furia, y se lanzó contra Sebastian, olvidando por un momento las reglas de la espada, olvidando mantener el peso de su agarre distribuido por igual, olvidando el equilibrio, la precisión y todo lo demás excepto el odio; y la sonrisa de Sebastian se hizo más amplia mientras se apartaba para esquivar el ataque y le daba una patada en la pierna que lo derribó.

Jace cayó con fuerza, chocando de espalda contra el suelo helado, y se quedó sin respiración. Oyó el silbido de la hoja antes de verla, y rodó hacia un lado mientras la espada Morgenstern cortaba el suelo donde él estaba un segundo antes. Las estrellas se balanceaban como locas en lo alto, negro y plata, y Sebastian estaba otra vez sobre él, más negro y plata, y la espada bajó de nuevo, y él rodó hacia el lado, pero no lo suficientemente rápido, y ahora sí notó como la espada se hundía en su carne.

El dolor fue instantáneo, claro y limpio, cuando la hoja se le clavó en el hombro. Fue como ser electrocutado. Jace notó el dolor por todo el cuerpo, los músculos se le contrajeron, la espada se le arqueó alzándose del suelo. El calor lo atravesó, como si los huesos se le hubieran convertido en carbón. Las llamas se alzaron y le recorrieron las venas, a lo largo de la columna…

Vio a Sebastian abrir mucho los ojos, y en esa oscuridad se vio reflejado, tirado sobre el suelo rojo y negro. El hombro le ardía. Las llamas brotaban de la herida como la sangre. Chisporrotearon hacia arriba, y una única chispa subió por la espada Morgenstern hasta la empuñadura.

Sebastian soltó una maldición y sacudió la mano como si lo hubieran apuñalado. La espada cayó al suelo. Sebastian alzó la mano y se la miró. Y sumido en el dolor, Jace vio que tenía una marca negra, una quemadura en la palma de la mano con la forma de la empuñadura de la espada.

Jace trató de levantarse apoyándose en los codos, aunque el movimiento le causó un dolor tan intenso en el hombro que pensó que iba a desmayarse. Se le oscureció la visión. Cuando la recuperó, Sebastian estaba sobre él con una mueca desfigurándole el rostro, la espada Morgenstern de nuevo en la mano, y ambos rodeados por un anillo de personas. Mujeres con hábito como los de los oráculos griegos y llamas naranja que les salían de los ojos. Los rostros cubiertos con máscaras, tan delicadas y entrelazadas como las parras. Eran hermosas y terribles. Eran las Hermanas de Hierro.

Cada una sostenía una espada de *adamas* con la punta hacia abajo. Estaban en silencio, con la boca apretada en una fina línea. Entre dos de ellas se hallaba el Hermano Silencioso que Jace había visto antes luchando en la planicie, sosteniendo el cayado de madera en la mano.

—Durante seiscientos años no hemos abandonado nuestra Ciudadela —dijo una de las Hermanas, una mujer alta, con el cabello que le caía en negras trenzas hasta la cintura. Sus ojos lanzaban llamas; hornos gemelos en la oscuridad—. Pero el fuego celestial nos llama, y nosotras venimos. Apártate de Jace Lightwood, hijo de Valentine. Hazle daño y te destruiremos.

—Ni Jace Lightwood ni el fuego de sus venas os salvará, Cleophas —replicó Sebastian, con la espada aún en la mano. Su voz era firme—. Los

nefilim no tienen salvador.

—No sabías temer al fuego celestial. Ahora ya sabes —contestó Cleophas—. Es hora de retirarte, muchacho.

La punta de la espada Morgenstern bajó para encarar a Jace; y con un grito Sebastian se lanzó hacia adelante. La espada silbó por encima de Jace y se clavó en la tierra.

Esta pareció aullar como si la hubieran herido de muerte. Un temblor sacudió el suelo partiendo de la punta de la espada Morgenstern. Jace perdía y recuperaba la visión, la conciencia se le iba escapando como el fuego que le sangraba de la herida, pero cuando la oscuridad se cerraba sobre él, llegó a ver la expresión de triunfo en el rostro de Sebastian, y lo oyó reír mientras con un terrible crujido la tierra se separaba. Una gran grieta negra se abrió junto a ellos. Sebastian saltó dentro y desapareció.

—No es tan sencillo, Alec —explicó Jia, cansada—. La magia del Portal es complicada, y no hemos oído nada de las Hermanas de Hierro que indique que necesitan nuestra ayuda. Además, después de lo que ha pasado en Londres, tenemos que permanecer aquí, alerta…

—Te estoy diciendo que ya lo sé —replicó Alec. Estaba temblando, a pesar del traje de combate. Hacía frío en la colina del Gard, pero era más que eso. En parte era la impresión por lo que Isabelle había dicho, por la expresión en el rostro de su padre. Pero sobre todo era aprensión. Un frío premonitorio le goteaba por la espalda como el hielo—. No entendéis a los Oscurecidos; no entendéis cómo son…

Se dobló en dos. Algo caliente lo había atravesado, desde el hombro hasta lo más profundo, como una lanza de fuego. Cayó al suelo de rodillas con un grito.

—¡Alec… Alec! —La Cónsul le puso las manos sobre los hombros.

Era vagamente consciente de sus padres corriendo hacia él. El dolor le nubló la vista. Dolor, doble y sobrepuesto, porque no era su dolor en absoluto; las chispas en las costillas no ardían en su cuerpo, sino en el de otra persona.

—Jace —dijo entre dientes—. Algo le ha pasado… El fuego. Tenéis que abrir el Portal, deprisa.

Amatis, de espaldas sobre el suelo, se rio.

—No me matarás —dijo—. No tienes el suficiente valor.

Clary, jadeante, movió la punta de la espada bajo la barbilla de Amatis.

—No sabes de lo que soy capaz.

—Mírame. —Los ojos de Amatis destellaron—. Mírame y dime lo que ves.

Clary miró, sabiéndolo de antemano. Amatis no se parecía demasiado a su hermano, pero tenían el mismo mentón, los mismos ojos azules que inspiraban confianza, el mismo cabello castaño salpicado de gris.

—Piedad —dijo Amatis, alzando las manos como para parar el golpe de Clary—. ¿Me la concederás?

Piedad. Clary se quedó inmóvil mientras Amatis la miraba con evidente diversión. «La bondad no es amabilidad, y no hay nada más cruel que la virtud». Debería cortarle el cuello a Amatis, incluso quería hacerlo, pero ¿cómo decirle a Luke que había matado a su hermana? ¿Que había matado a su hermana tendida en el suelo y rogándole piedad?

Clary notó que le temblaba la mano, como si estuviera desconectada del resto del cuerpo. Alrededor, el fragor de la batalla había disminuido: oía gritos y murmullos, pero no se atrevía a volver la cabeza para ver qué estaba pasando. Estaba centrada en Amatis, en su propia mano agarrando la empuñadura de *Heosphoros*, en el hilillo de sangre que le caía a Amatis por la barbilla, donde la punta de la espada de Clary le había perforado la piel…

La tierra estalló. Clary resbaló en la nieve y cayó hacia un lado; rodó y consiguió por los pelos no cortarse con su propia espada. La caída la había dejado sin aliento, pero logró ponerse en pie, agarrando a *Heosphoros* mientras la tierra temblaba alrededor de ella. Un terremoto, pensó asustada. Se agarró a una roca con la mano libre mientras Amatis se ponía de rodillas y miraba alrededor con una sonrisa depredadora.

Había gritos por todos lados, y el horrible ruido de algo rasgándose. Mientras Clary miraba horrorizada, el suelo se partió por la mitad y se abrió una enorme grieta. Rocas, tierra y trozos de hielo quebrado cayeron como una lluvia al interior del agujero mientras Clary se apresuraba a alejarse de él. Se abría muy deprisa, y la quebrada grieta se fue convirtiendo en un abismo con lisas paredes que se perdían en la oscuridad.

El suelo estaba dejando de temblar. Clary oyó reír a Amatis. Alzó la mirada y vio a la otra mujer ponerse en pie. Sonrió a Clary como burlándose.

—Exprésale todo mi amor a mi hermano —le dijo, y saltó al abismo.

Clary se puso en pie al instante, con el corazón latiéndole con fuerza, y corrió al borde de la grieta. Miró hacia abajo. Solo pudo ver unos cuantos metros de tierra, y después oscuridad y sombras, sombras que se movían. Se volvió y vio que, por todas partes en el campo de batalla, los Oscurecidos corrían hacia el abismo y saltaban a su interior. Le recordaron a los saltadores olímpicos, seguros y decididos, confiados de lo que los esperaba abajo.

Los nefilim corrían a alejarse del abismo mientras sus enemigos de rojo pasaban a toda prisa junto a ellos, tirándose al agujero. Clary los recorrió con la mirada, ansiosa, buscando a alguien vestido de negro en particular, una cabeza de pelo brillante.

Se detuvo. Allí, justo a la derecha del abismo, a cierta distancia de ella, había un grupo de mujeres vestidas de blanco. Las Hermanas de Hierro. A través de los espacios que dejaban entre ellas, Clary vio a alguien en el suelo, y a otro, este con ropas de pergamino, inclinado sobre él…

Comenzó a correr. Sabía que no debía hacerlo con una espada desenvainada, pero no le importaba. Avanzó por encima de la nieve, apartándose del camino de los Oscurecidos que corrían esquivando a los nefilim. Allí la nieve estaba ensangrentada, medio deshecha y resbaladiza, sin embargo de todas formas siguió corriendo hasta que atravesó el círculo de las Hermanas de Hierro y llegó hasta donde estaba Jace.

Este estaba tirado en el suelo, y el corazón de Clary, que había estado a punto de estallarle dentro del pecho, redujo un poco su velocidad al verlo

con los ojos abiertos. Aunque estaba muy pálido y respiraba con tanta dificultad que ella podía oírlo. El Hermano Silencioso se hallaba arrodillado junto a él y le desataba el traje del hombro con largos dedos pálidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Clary, mirando frenética alrededor. Una docena de Hermanas de Hierro le devolvieron la mirada, impasibles y silenciosas. Había más Hermanas de Hierro al otro lado de la grieta, observando a los Oscurecidos que se arrojaban al vacío. Era estremecedor —. ¿Qué ha ocurrido?

—Sebastian —contestó Jace con los dientes apretados, y ella se dejó caer a su lado, frente al Hermano Silencioso, que le apartó el traje a Jace y dejó al descubierto la herida del hombro—. Sebastian es lo que ha pasado.

De la herida manaba fuego.

No sangre sino fuego, teñido de oro como el icor de los ángeles. Clary contuvo un gemido, y al alzar los ojos vio al hermano Zachariah mirándola. Ella captó un atisbo de su rostro, todo ángulos, palidez y cicatrices, antes de que él sacara la estela del interior del hábito. En vez de ponerla sobre la piel de Jace, como ella habría esperado, se la puso en la suya y se grabó una runa en la palma de la mano. Lo hizo deprisa, pero Clary notó con un estremecimiento el poder que emanaba de la runa.

«Quédate quieto. Esto acabará con el dolor», dijo el hermano Zachariah en su suave susurro omnidireccional, y colocó la mano sobre el ardiente tajo del hombro de Jace.

Este gritó. Su cuerpo se alzó del suelo, y el fuego que había manado como lentas lágrimas de su herida se avivó como si lo hubieran alimentado con gasolina y le quemó el brazo al hermano Zachariah. El fuego consumió la manga de pergamino de su hábito; el Hermano Silencioso se apartó de golpe, pero no antes de que Clary viera que la llama se alzaba, consumiéndolo. En lo profundo de la llama, mientras se agitaba y crepitaba, Clary vio una forma: la forma de una runa que parecía dos alas unidas por una sola barra. Una runa que había visto antes, desde lo alto de un tejado de Manhattan: la primera runa que ella había contemplado que no era del *Libro Gris*. La runa parpadeó y desapareció con tal rapidez que Clary se preguntó si se la habría imaginado. Era una runa que se le aparecía en momentos de

estrés o de pánico, pero ¿qué significaba? ¿Su objetivo era ayudar a Jace o al hermano Zachariah?

El Hermano Silencioso se desplomó sobre la nieve sin hacer ruido; cayó como un árbol quemado hasta la raíz.

Un murmullo recorrió las filas de las Hermanas de Hierro. Lo que fuera que le estaba ocurriendo al hermano Zachariah, no debería estar pasando. Algo había ido terriblemente mal.

Las Hermanas de Hierro se acercaron a su hermano caído. Le taparon a Clary la vista de Zachariah mientras ella se acercaba a Jace. Este daba sacudidas tendido en el suelo, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Clary miró a su alrededor, frenética. Entre las Hermanas de Hierro pudo ver al hermano Zachariah, también convulsionándose en el suelo. El cuerpo le brillaba, le hervía con el fuego. Un grito salió de su garganta, un grito humano, el grito de un hombre sufriendo, no el silencioso susurro mental de los Hermanos. La hermana Cleophas lo agarró, y Clary oyó alzarse las voces de las Hermanas:

—Zachariah, Zachariah…

Pero él no era el único herido. Algunos de los nefilim estaban alrededor de Jace, pero muchos otros se hallaban con sus camaradas heridos, administrándoles runas curativas, buscando vendajes en su equipo.

—Clary —susurró Jace. Estaba tratando de incorporarse apoyándose en los codos, pero no soportaban su peso—. El hermano Zachariah… ¿qué ha pasado? ¿Qué le he hecho…?

—Nada, Jace. Tú solo debes tumbarte y quedarte quieto. —Clary enfundó la espada y a continuación buscó la estela de Jace en su cinturón con dedos torpes. Iba a ponérsela en la piel, pero él se removió apartándose.

—No —susurró. Tenía los ojos enormes y parecían de oro ardiente—. No me toques. Te haré daño también.

—No me lo harás. —Desesperada, se echó sobre él, y el peso de su cuerpo lo empujó hacia atrás, sobre la nieve. Clary buscó su hombro mientras él se retorcía, su ropa y su piel resbaladizas por la sangre y ardientes por el fuego. Ella le puso una rodilla a cada lado de las caderas y apoyó todo su peso contra el pecho de Jace, inmovilizándolo—. Jace —dijo

—. Jace, por favor. —Pero él no podía centrar la mirada en Clary, y sus manos saltaban espasmodicamente sobre el suelo—. Jace —repitió ella, y le puso la estela en la piel, sobre la herida.

Y de repente estaba de nuevo en el barco con su padre, con Valentine, y sacó todo lo que tenía, toda su fuerza, hasta el último átomo de energía y voluntad, para crear una runa, una runa que arrasaría el mundo, que revertiría la muerte, que haría que los océanos se alzaran hacia el cielo. Solo que, en esta ocasión, se trataba de una de las runas más simples, la runa que todo cazador de sombras aprendía en su primer año de entrenamiento:

«Cúrame».

El *iratze* fue tomando forma en el hombro de Jace; el color que salía en espiral desde la punta era tan negro que la luz procedente de las estrellas y de la Ciudadela parecía desvanecerse en su interior. Clary notaba su propia energía desvaneciéndose también dentro de él mientras dibujaba. Nunca había sentido más intensamente que la estela era una extensión de sus propias venas, que estaba escribiendo con su propia sangre, como si toda la energía de su interior estuviera saliendo a través de la mano y de los dedos. Se le apagaba la vista a medida que luchaba por mantener la estela firme, por acabar la runa. Lo último que vio fue el gran tornado ardiente de un Portal que se abría a la imposible visión de la plaza del Ángel, y luego cayó en la nada.

8

FUERZA EN LO QUE QUEDA

Raphael, con las manos en los bolsillos, contemplaba las torres de los demonios, que relucían con un color rojo oscuro.

—Algo está ocurriendo —dijo—. Algo fuera de lo normal.

Simon quiso replicarle que lo único fuera de lo normal que sucedía era que acababa de raptarlo y llevarlo a Idris por segunda vez en su vida, pero se sentía demasiado mareado. Había olvidado el modo en que un Portal parecía despedazarte al pasar a través de él y luego recomponerte al otro lado con la pérdida de algunas piezas importantes.

Además, Raphael tenía razón. Algo estaba ocurriendo. Simon ya había estado en Alacante, y recordaba los caminos y los canales, la colina que se alzaba por encima de la ciudad con el Gard en lo alto. Recordaba que en las noches normales, las calles estaban tranquilas, iluminadas por el pálido fulgor de las torres. Pero esa noche había ruido, sobre todo procedente del Gard y de la colina, donde las luces bailaban como si se hubieran encendido una docena de hogueras. Las torres de los demonios resplandecían con un inquietante rojo dorado.

—Cambian el color de las torres para enviar mensajes —explicó Raphael—. Dorado para las bodas y las celebraciones. Azul para los Acuerdos.

—¿Qué significa el rojo? —preguntó Simon.

—Magia —contestó Raphael, mientras entrecerraba los ojos—. Peligro.

Se volvió en un lento círculo, mirando la silenciosa calle, las grandes casas junto al canal. Era casi una cabeza más bajo que Simon. Este se preguntó qué edad habría tenido cuando fue transformado. ¿Catorce? ¿Quince? Solo un poco mayor que Maureen. ¿Quién lo habría transformado? Magnus lo sabía, pero nunca lo había dicho.

—La casa del Inquisidor está aquí —indicó Raphael, y señaló una de las casas más grandes, con el tejado culminado en punta y balcones que daban al canal—. Pero está oscura.

Simon no podía negar ese hecho, aunque su inmóvil corazón dio un pequeño brinco al mirar la casa. Isabelle vivía ahí; una de esas ventanas era su ventana.

—Deben de estar todos arriba en el Gard —aventuró—. Los convocan allí para reuniones y cosas así. —No recordaba el Gard con cariño, después de haber estado preso allí por orden del anterior Inquisidor—. Supongo que podríamos subir. Ver qué está pasando.

—Sí, gracias. Ya sé lo de sus «reuniones y cosas así» —replicó Raphael, pero parecía inseguro de un modo que Simon no recordaba haberlo visto nunca—. Sea lo que sea que esté pasando, es asunto de los cazadores de sombras. Hay una casa, no lejos de aquí, que se cede al representante de los vampiros en el Consejo. Podemos ir allí.

—¿Juntos? —preguntó Simon.

—Es una casa muy grande —repuso Raphael—. Tú estarás en un extremo y yo en el otro.

Simon alzó una ceja. No estaba totalmente seguro de lo que había esperado que sucediera, pero pasar la noche en una casa con Raphael no se le había ocurrido. No era que pensara que Raphael iba a matarlo mientras dormía, pero la idea de compartir casa con alguien a quien parecía desagradar intensamente desde siempre le resultaba extraña.

La visión de Simon era clara y precisa; esa era una de las cosas que le gustaban de ser vampiro. Podía ver detalles incluso a distancia. La vio antes de que ella pudiera verlo. Caminaba con rapidez, la cabeza gacha, el cabello oscuro recogido en la larga trenza que solía utilizar para luchar. Llevaba

puesto el traje de combate, y sus botas repiqueteaban sobre los adoquines al andar.

«Eres una rompecorazones, Isabelle Lightwood».

Simon se volvió hacia Raphael.

—Vete —le dijo.

Raphael sonrió irónico.

—*La belle* Isabelle —dijo—. No tiene futuro, ya sabes, ella y tú.

—¿Por qué soy un vampiro y ella es una cazadora de sombras?

—No. Ella… ¿cómo lo decís?… ¿juega en otra liga?

Isabelle ya había recorrido media calle. Simon apretó los dientes.

—Fastídiame el juego y te atravesaré con una estaca. Lo digo en serio.

Raphael se encogió de hombros haciéndose el inocente, pero no se movió. Simon se apartó de su lado y salió de entre las sombras a la calle.

Isabelle se detuvo al instante, y la mano se le fue hacia el látigo que llevaba enrollado en el cinturón. Un momento después parpadeó sorprendida y dejó caer la mano.

—¿Simon? —preguntó insegura.

De repente, Simon se sintió incómodo. Quizá a ella no le gustara que hubiera aparecido en Alacante así; ese era su mundo, no el de él.

—Yo… —comenzó, pero no llegó más lejos, porque Isabelle se lanzó sobre él y le echó los brazos al cuello, casi tirándolo al suelo.

Simon cerró los ojos y hundió el rostro en el cuello de la joven. Notaba latir su corazón, pero apartó toda idea de sangre. Sentía a Isabelle suave y fuerte en sus brazos, el cabello de ella cosquilleándole el rostro, y al abrazarla se sintió normal, maravillosamente normal, como un muchacho adolescente enamorado de una chica.

Enamorado. Se apartó de golpe y se vio contemplando a Izzy solo a unos centímetros; le brillaban los grandes ojos oscuros.

—No puedo creer que estés aquí —dijo ella, casi sin aliento—. Deseaba que fuera así, y estaba pensando en cuánto tardaría en volver a verte, y… Oh, Dios, pero ¿qué llevas puesto?

Simon miró la camisa holgada y los pantalones de cuero. Era vagamente consciente de que Raphael, en algún lugar entre las sombras, se reía

silenciosamente.

—Es una larga historia —contestó—. ¿Crees que podríamos entrar?

Magnus le daba vueltas en la mano a la caja de plata con las iniciales grabadas; sus ojos de gato relucían bajo la tenue luz mágica del sótano de Amatis.

Jocelyn lo miraba con una curiosidad ansiosa. Luke no pudo evitar pensar en todas las veces que Jocelyn había llevado a Clary al *loft* de Magnus cuando esta era pequeña; todas las veces que los tres se habían sentado juntos, un extraño trío, mientras Clary comenzaba a recordar lo que se suponía que debía olvidar.

—¿Algo? —preguntó Jocelyn.

—Tienes que darme tiempo —respondió Magnus, mientras daba golpecitos a la caja con un dedo—. Las trampas mágicas, las maldiciones y las cosas así a veces están escondidas muy sutilmente.

—Tómate el tiempo que necesites —dijo Luke, mientras se apoyaba en una mesa olvidada en un rincón cubierto de telarañas. Hacía mucho tiempo, esa había sido la mesa de la cocina de su madre. Reconoció los dibujos de las descuidadas marcas del cuchillo sobre el tablero de madera, incluso la melladura en una de la patas que había hecho él al darle una patada de adolescente.

Durante años perteneció a Amatis. Pasó a ser de ella cuando se casó con Stephen, y a veces había sido el centro de las cenas en la casa Herondale. Y continuó siendo suya después del divorcio, después de que Stephen se marchara a la casa de campo con su nueva esposa. De hecho, todo el sótano estaba lleno de antiguos muebles, objetos que Luke reconocía por haber pertenecido a sus padres, cuadros y chucherías del tiempo en que Amatis había estado casada. Se preguntó por qué los habría escondido todos allí abajo. Quizá no soportaba verlos.

—No creo que tenga nada raro —dijo Magnus finalmente, y dejó la caja de nuevo sobre el estante donde Jocelyn la había guardado, incapaz de tenerla en la casa, pero incapaz también de tirarla. Magnus se estremeció y

se frotó las manos. Iba envuelto en un abrigo negro y gris que lo hacía parecer un curtido detective. Jocelyn no le había dado la oportunidad de quitárselo cuando llegó a la casa, simplemente lo había agarrado del brazo y lo había arrastrado al sótano—. Ni engaños, ni trampas, ni magia en absoluto.

Jocelyn parecía un poco incómoda.

—Gracias por comprobarlo —dijo—. A veces puedo ser un poco paranoica. Y después de lo que acaba de pasar en Londres…

—¿Qué ha pasado en Londres?

—No sabemos mucho —contestó Luke—. Hemos recibido un mensaje de fuego sobre eso esta tarde, desde el Gard, pero no contiene muchos detalles. Londres era uno de los pocos Institutos que no se habían evacuado. Al parecer, Sebastian y sus fuerzas han tratado de atacarlo. Han sido rechazados por algún tipo de hechizo de protección, algo que ni el Consejo conocía. Algo que advirtió a los cazadores de sombras de lo que se acercaba y les permitió ponerse a salvo.

—Una fantasma —dijo Magnus. Una sonrisa empezó dibujársele en la boca—. Un espíritu que juró proteger el Instituto. Lleva allí ciento treinta años.

—¿Una? —preguntó Jocelyn mientras se apoyaba en la polvorienta pared—. ¿Una fantasma? ¿De verdad? ¿Cómo se llamaba?

—Reconocerías su apellido si te lo dijera, pero eso no le gustaría. —Magnus tenía la mirada perdida—. Espero que eso signifique que ha encontrado la paz. —Volvió al presente—. Bueno, no tenía intención de llevar la conversación por esos derroteros. No es por eso que he venido.

—Ya lo suponía —asintió Luke—. Te agradecemos la visita, aunque admito que me ha sorprendido verte en la puerta. No es a donde pensé que irías.

«Pensaba que irías a casa de los Lightwood», dejó colgado en el aire, sin llegar a decirlo.

—Tenía una vida antes de Alec —replicó Magnus—. Soy el Brujo Supremo de Brooklyn. Estoy aquí para ocupar mi asiento en el Consejo como representante de los Hijos de Lilith.

—Pensaba que Catarina Loss era la representante de los brujos —repuso Luke, sorprendido.

—Lo era —admitió Magnus—. Me ha cedido su puesto para que pudiera venir aquí y ver a Alec. —Suspiró—. Lo cierto es que me hizo esa curiosa oferta cuando estábamos en el Hunter's Moon. Y de eso es de lo que quería hablaros.

Luke se sentó a la desvencijada mesa.

—¿Viste a Bat? —preguntó.

Bat solía despachar sus asuntos desde el Hunter's Moon por aquellos días, en vez de en el cuartel de la policía; no era oficial, pero todo el mundo sabía que lo encontraría allí.

—Sí. Acababa de recibir una llamada de Maia. —Magnus se pasó una mano por el negro cabello—. A Sebastian no le gusta que lo rechacen —dijo lentamente, y Luke notó que se estaba poniendo tenso. Era evidente que Magnus no quería dar malas noticias—. Parece que después de intentar atacar el Instituto de Londres y fracasar, volvió su atención hacia el *Praetor Lupus*. Al parecer no le sirven de mucho los licántropos, no los puede convertir en Oscurecidos, así que ha arrasado a sangre y fuego el lugar y los ha matado a todos. Ha matado a Jordan Kyle delante de Maia. A ella la dejó viva para que pudiera entregar un mensaje.

Jocelyn se rodeó el pecho con los brazos.

—Dios mío.

—¿Cuál era el mensaje? —preguntó Luke, recuperando la voz.

—Era un mensaje para los subterráneos —explicó Magnus—. He hablado con Maia por teléfono. Ha hecho que lo memorizara. Al parecer le dijo: «Díselo a todos a los subterráneos, estoy en busca de venganza, y la tendré. Trataré de este mismo modo a todos los que se alíen con los cazadores de sombras. No tengo ningún problema con los de tu especie, a no ser que sigáis a los nefilim en la batalla, en cuyo caso seréis alimento para mi espada y las espadas de mi ejército, hasta que el último de vosotros sea arrancado de la faz de la Tierra».

Jocelyn inspiró ruidosamente.

—Suena como su padre, ¿verdad?

Luke miró a Magnus.

—¿Vas a dar a conocer ese mensaje al Consejo?

Magnus se dio unos golpecitos en la mejilla con una brillante uña.

—No —contestó—. Y tampoco se lo voy a ocultar a los subterráneos. Mi lealtad es primero para ellos antes que para los cazadores de sombras.

«No como la tuya». Otras palabras que quedaron colgando entre ellos sin llegar a ser pronunciadas.

—Tengo esto —continuó Magnus, y sacó un papel del bolsillo. Luke lo reconoció, ya que él también tenía uno—. ¿Asistirás a la cena de mañana por la noche?

—Sí. Las hadas se toman las invitaciones muy en serio. Meliorn y la corte se sentirían insultados si no asistiera.

—Pienso decírselo allí —declaró Magnus.

—¿Y si les entra el pánico? —preguntó Luke—. ¿Y si abandonan el Consejo y a los nefilim?

—Tampoco es que se pueda ocultar lo que pasó en el *Praetor*.

—El mensaje de Sebastian sí se puede ocultar —intervino Jocelyn—. Está tratando de asustar a los subterráneos, Magnus. Está intentando que se queden quietos mientras él destruye a los nefilim.

—Estarían en su derecho —replicó Magnus.

—Si lo hacen, ¿crees que los nefilim podrán perdonarlos alguna vez? —preguntó Jocelyn—. La Clave no es indulgente. Son menos indulgentes que el propio Dios.

—Jocelyn —terció Luke—. No es culpa de Magnus.

Pero Jocelyn seguía mirando a Magnus.

—¿Qué te diría Tessa que hicieras?

—Por favor, Jocelyn —protestó Magnus—. Casi ni la conoces. Predicaría franqueza; es lo que suele hacer. Ocultar la verdad nunca funciona. Cuando vives lo suficiente, lo ves con toda claridad.

Jocelyn se miró las manos, sus manos de artista, que Luke siempre había amado, ágiles, elegantes y manchadas de tinta.

—Yo ya no soy una cazadora de sombras —afirmó—. Hui de ellos. Os lo he dicho a ambos. Pero un mundo sin cazadores de sombras… es algo

que me da miedo.

—Había un mundo antes de los nefilim —indicó Magnus—. Habrá uno después de ellos.

—¿Un mundo en el que podamos sobrevivir? Mi hijo… —comenzó a decir Jocelyn, pero se calló al oír un fuerte golpeteo que llegaba de arriba. Alguien estaba llamando a la puerta principal—. ¿Clary? —se preguntó en voz alta—. Puede que haya vuelto a olvidarse la llave.

—Ya voy yo —se ofreció Luke, y se puso en pie. Intercambió una breve mirada con Jocelyn mientras salía del sótano, dándole vueltas a la cabeza: Jordan estaba muerto, Maia sufriendo, y Sebastian tratando de lanzar a los subterráneos contra los cazadores de sombras.

Abrió la puerta principal y entró una ráfaga de frío aire nocturno. En el umbral había una joven con el cabello rizado y muy rubio, vestida de combate. Helen Blackthorn. Luke casi ni tuvo tiempo de darse cuenta de que las torres de los demonios en lo alto estaban brillando rojas.

—Traigo un mensaje del Gard —informó—. Es sobre Clary.

—Maia.

Una suave voz en medio del silencio. Maia se volvió de espaldas, sin querer abrir los ojos. Había algo terrible esperando fuera, en la oscuridad, algo de lo que podría escapar si dormía para siempre.

—Maia. —Él la miraba desde las sombras, con sus ojos claros y su piel oscura. Su hermano Daniel. Mientras lo observaba, él le arrancó las alas a una mariposa y dejó caer el cuerpo, aún moviéndose, al suelo.

»Maia, por favor. —Un leve contacto en el brazo.

Se incorporó al instante, echando atrás todo el cuerpo. Chocó de espaldas contra la pared y ahogó un grito. Abrió los ojos. Los tenía pegajosos, las pestañas llenas de sal. Había estado llorando mientras dormía.

Se hallaba en una sala tenuemente iluminada, con una única ventana que daba a una retorcida calle del centro. Podía ver ramas de árboles sin

hojas a través del sucio cristal y el borde de algo metálico; supuso que era una escalera de incendios.

Miró hacia abajo. Una estrecha cama con cabezal de hierro y una fina manta que ella había acabado por tirar al suelo. Su espalda contra un muro de ladrillo. Una única silla junto a la cama, vieja y astillada. Bat estaba sentado en ella, con los ojos muy abiertos, bajando lentamente la mano.

—Lo siento —se disculpó él.

—No —dijo entre dientes—. No me toques.

—Estabas gritando mientras dormía —le explicó él.

Ella se rodeó con los brazos. Llevaba vaqueros y un top corto. El jersey que había llevado en Long Island había desaparecido, y tenía los brazos en carne de gallina.

—¿Dónde está mi ropa? —preguntó—. Mi chaqueta, mi jersey…

Bat carraspeó.

—Están cubiertos de sangre, Maia.

—Es verdad —asintió ella, y el corazón le golpeó dentro del pecho.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —inquirió él.

Maia cerró los ojos. Lo recordaba todo: el viaje, la furgoneta, el edificio ardiendo, la playa cubierta de cadáveres. Jordan desplomándose sobre ella; su sangre derramándose alrededor como el agua, mezclándose con la arena.

«Tú novio ha muerto».

—Jordan —dijo, aunque ya lo sabía.

La expresión de Bat era grave; había un tono verdoso en el castaño de sus ojos que los hacía relucir a media luz. Era un rostro que conocía bien. Él era uno de los primero licántropos que Maia había conocido. Habían salido juntos hasta que ella le dijo que pensaba que era demasiado nueva en la ciudad, demasiado inquieta, que estaba demasiado colgada aún de Jordan para mantener una relación. Al día siguiente, él rompió con ella. Sorprendentemente, siguieron siendo amigos.

—Está muerto —dijo él—. Como casi todo los del *Praetor Lupus*. *Praetor* Scott, los alumnos… Unos pocos han sobrevivido. Maia, ¿por qué estabas tú allí? ¿Qué estabas haciendo en el *Praetor*?

Maia le explicó la desaparición de Simon, la llamada de Jordan al *Praetor*, su frenético viaje hasta Long Island, el descubrimiento del *Praetor* en ruinas.

Bat carraspeó.

—Tengo algunas cosas… de Jordan. Sus llaves, su colgante del *Praetor*…

Maia se sintió como si no pudiera respirar.

—No, no quiero… no quiero sus cosas —contestó Maia—. Él habría querido que el colgante lo tuviera Simon. Cuando encontremos a Simon, él debería quedárselo.

Bat no insistió.

—Tengo buenas noticias —dijo—. Nos han llegado de Idris: tu amigo Simon está bien. Está allí, con los cazadores de sombras.

—Oh. —Maia notó que el nudo que sentía en el corazón se le aflojaba de alivio.

—Debería habértelo dicho antes que nada —se disculpó Bat—. Es que… estaba preocupado por ti. Cuando te trajimos al cuartel no estabas en muy buena forma. Has estado durmiendo desde entonces.

«Quería dormir para siempre».

—Sé que ya se lo has contado a Magnus —añadió Bat con rostro tenso —. Pero vuelve a explicármelo. ¿Por qué Sebastian Morgenstern ha atacado a los licántropos?

—Dijo que era un mensaje. —Maia oyó su propia voz plana, como si le llegara de lejos—. Quería que supiéramos que ha sido porque los licántropos son aliados de los cazadores de sombras, y que eso era lo que pensaba hacer con todos los aliados de los nefilim.

«Nunca más pararé, ni estaré quieto, hasta que la muerte me haya cerrado los ojos o la fortuna me conceda cierta venganza».

—Nueva York está vacía de cazadores de sombras, y Luke está en Idris con ellos. Están poniendo salvaguardas extra. Pronto casi ni podremos enviar mensajes de un lado al otro. —Bat se removió en la silla. Maia se dio cuenta de que había algo que no le estaba diciendo.

—¿Qué es? —preguntó.

Él miró hacia otro lado.

—Bat…

—¿Conoces a Rufus Hastings?

Rufus. Maia lo recordaba de la primera vez que había estado en el *Praetor Lupus*, un rostro con cicatrices, un hombre saliendo del despacho de *Praetor* Scott hecho una furia.

—No mucho.

—Ha sobrevivido a la masacre. Está aquí, con nosotros. Nos ha estado explicando los detalles —dijo Bat—. Ha estado hablando con los otros sobre Luke. Va diciendo que es más un cazador de sombras que un licántropo, que no es leal a la manada, que la manada necesita un nuevo líder.

—Tú eres el líder —repuso Maia—. Eres el segundo al mando.

—Sí, y fue Luke quien me dio esta posición. Eso significa que tampoco se puede confiar en mí.

Maia se deslizó hasta el borde de la cama. Le dolía todo el cuerpo; lo notó al poner los pies descalzos sobre el frío suelo de piedra.

—Nadie lo está escuchando, ¿o sí?

Bat se encogió de hombros.

—Eso es ridículo. Después de lo que ha ocurrido necesitamos estar unidos, no tener a alguien tratando de dividirnos. Los cazadores de sombras son nuestros aliados…

—Que es por lo que Sebastian nos ha atacado.

—Nos habría atacado igualmente. No es amigo de los subterráneos. Es el hijo de Valentine Morgenstern. —Los ojos le ardían—. Puede que esté intentando que abandonemos a los nefilim temporalmente para poder ir tras ellos, pero si consigue borrarlos del mapa, después irá a por nosotros.

Bat cerraba y abría las manos. Luego pareció tomar una decisión.

—Sé que tienes razón —afirmó, y se acercó a una mesa que había en un rincón de la habitación. Regresó con una chaqueta, calcetines y botas. Se lo pasó todo a Maia—. Pero… hazme un favor y no digas nada así esta tarde. Los nervios ya están lo bastante alterados.

Ella se puso la chaqueta.

—¿Esta tarde? ¿Qué pasa esta tarde?

—El funeral.

—Voy a matar a Maureen —exclamó Isabelle. Tenía las dos puertas del armario de Alec abiertas y estaba lanzando la ropa al suelo en montones.

Simon estaba tumbado descalzo sobre una de las camas (¿de Jace o de Alec?) después de haberse sacado las alarmantes botas con hebilla. Aunque no le salían moretones, era extraordinario estar sobre una superficie suave después de pasar tantas horas tendido en el suelo duro y sucio del Dumort.

—Tendrás que abrirte paso entre todos los vampiros de Nueva York para lograrlo —repuso él—. Al parecer, la adoran.

—No tiene ningún gusto. —Isabelle alzó un jersey azul oscuro que Simon reconoció como uno de los de Alec, sobre todo por los agujeros en los puños—. ¿Así que Raphael te ha traído aquí para que puedas hablar con mi padre?

Simon se incorporó apoyándose en los codos para observarla.

—¿Crees que podrá ser?

—Claro, ¿por qué no? A mi padre le encanta hablar. —Su tono era amargo. Simon se inclinó hacia adelante, pero cuando ella alzó la cabeza, le estaba sonriendo, y él pensó que se lo habría imaginado—. Aunque, ¿quién sabe lo que pasará?, después del ataque a la Ciudadela esta noche… —Se pellizcó el labio inferior—. Podría ser que cancelaran la reunión, o la adelantaran. Sin duda, Sebastian es un problema más serio de lo que creían. No tendría que haber podido acercarse tanto a la Ciudadela.

—Bueno —repuso Simon—. Es un cazador de sombras.

—No, no lo es —negó Isabelle con furia, y sacó de un tirón un jersey verde de su colgador de madera—. Además, es un hombre.

—Perdona —dijo Simon—. Deber de ser de lo más enervante esperar a ver cómo acaba la batalla. ¿A cuánta gente han dejado ir?

—A cincuenta o sesenta —contestó Isabelle—. Yo quería ir, pero… no me han dejado. —Tenía ese tono en la voz que significaba que estaba tratando un asunto del que no quería hablar.

—Me habría preocupado por ti —le aseguró él.

Vio que la boca se le curvaba en una recalcitrante sonrisa.

—Pruébate este —dijo ella, y le lanzó el jersey gris, un poco menos gastado que el resto.

—¿Estás segura de que no pasa nada por que tome prestada esta ropa?

—No puedes ir por ahí vestido de ese modo —replicó ella—. Parecías escapado de una novela romántica. —Isabelle se puso una mano en la frente en un gesto teatral—. Oh, lord Montgomery, ¿qué pensáis hacerme en este dormitorio donde me tenéis completamente sola? ¿Una doncella inocente, sin protección? —Se bajó la cremallera de la chaqueta y la tiró al suelo, dejando al descubierto un top blanco muy corto. Le lanzó una mirada seductora.

—Esto, ah… ¿qué? —balbuceó Simon, privado temporalmente de vocabulario.

—Sé que sois un hombre peligroso —continuó Isabelle, mientras avanzaba contoneándose hacia la cama. Se desabrochó los pantalones y los tiró al suelo. Llevaba un bóxer negro debajo—. Algunos os llaman sinvergüenza. Todo el mundo sabe que sois un diablo con las damas con vuestra camisa de poético vuelo y esos irresistibles pantalones. —Se subió a la cama y avanzó hacia él a cuatro patas, mirándolo como una cobra que pensara convertir a una mangosta en su merienda—. Os ruego que consideréis mi inocencia —susurró—. Y mi pobre y vulnerable corazón.

Simon decidió que eso se parecía mucho al juego de rol de Dragones y Mazmorras, pero con mucha más diversión potencial.

—Lord Montgomery solo tiene en cuenta sus propios deseos —repuso con voz grave—. Y te diré algo más. Lord Montgomery es dueño de una gran propiedad… y también posee unos campos muy extensos.

Isabelle soltó una risita, y Simon notó que la cama temblaba bajo ellos.

—Vale, no esperaba que te metieras tanto en esto.

—Lord Montgomery siempre supera las expectativas —repuso Simon. Cogió a Isabelle por la cintura y la tumbó de espaldas bajo él, el negro cabello desparramado sobre la almohada—. Madres, encerrad a vuestras

hijas, luego encerrad a vuestras sirvientas y después encerraos vosotras. Lord Montgomery ha salido a cazar.

Isabelle le cogió el rostro entre las manos.

—Milord —dijo con ojos brillantes—. Me temo que no podré resistirme a vuestros encantos masculinos y vuestro talante viril. Por favor, haced conmigo lo que os plazca.

Simon no estaba muy seguro de lo que hubiera hecho lord Montgomery, pero sabía muy bien lo que él quería hacer. Se inclinó y la besó largamente en la boca. Ella abrió los labios bajo el ataque de los suyos, y de repente todo era un dulce calor oscuro y la boca de Isabelle sobre la suya, primero tentadora, luego apasionada. Isabelle olía, como siempre, a rosas y sangre, embriagadora. Simon puso los labios sobre la vena latiente de su cuello, sin morderla, e Izzy ahogó un grito y llevó las manos a la parte delantera de la camisa de él. Por un instante, Simon se preocupó por la falta de botones, pero Isabelle agarró la tela con sus fuertes manos y le rasgó la camisa por la mitad, quedándole colgada de los hombros.

—Vaya, esta tela se rompe como el papel —exclamó ella, mientras se apresuraba a quitarse el top. Estaba a medio hacerlo cuando la puerta se abrió y Alec entró en la habitación.

—Izzy, ¿estás…? —la llamó Alec. Abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás tan deprisa que se golpeó la cabeza con la pared—. ¿Qué está haciendo él aquí?

Isabelle volvió a bajarse el top y lanzó una mirada de enfado a su hermano.

—¿Ahora no llamas a la puerta?

—¡Es… es mi habitación! —tartamudeó Alec. Parecía estar intentando no mirar a Izzy y a Simon, que se hallaban en una situación bastante comprometida. Simon rodó apartándose de Isabelle, que se sentó y se sacudió como si se sacara una pelusa. Simon se sentó más despacio, sujetando juntos los dos trozos de su camisa—. ¿Por qué está toda mi ropa por el suelo? —preguntó.

—Estaba buscando algo para que se pusiera Simon —explicó Isabelle —. Maureen lo ha vestido con pantalones de cuero y camisa holgada porque

lo tenía como su esclavo de novela rosa.

—¿Lo tenía como qué?

—Su esclavo de novela rosa —repitió Isabelle, como si Alec fuera especialmente torpe de entendederas.

Alec sacudió la cabeza como si tuviera una pesadilla.

—¿Sabes qué? No me expliques nada. Solo… ponte la ropa; ponéosla los dos.

—No te vas a ir, ¿verdad? —preguntó Isabelle en un tono desabrido mientras bajaba de la cama. Cogió su chaqueta y se la puso, luego le tiró a Simon el jersey verde. Este lo cambió encantado por la camisa de poeta, que de todas formas ya estaba hecha trizas.

—No. Es mi habitación, y además tengo que hablar contigo, Isabelle. —La voz de Alec sonaba tensa. Simon cogió unos vaqueros y unos zapatos del suelo y fue a cambiarse al lavabo demorándose todo lo que pudo. Cuando volvió a salir, Isabelle estaba sentada en la arrugada cama. Tensa y cansada.

—¿Así que van a abrir el Portal para traerlos a todos? Bien.

—Está bien, pero lo que he sentido —sin darse cuenta, Alec se puso la mano sobre el brazo, cerca de su runa de *parabatai*— no era bueno. Jace no ha muerto —se apresuró a añadir al ver que Izzy palidecía—. Lo sabría si así fuera. Pero algo le ha pasado. Algo con el fuego celestial, creo.

—¿Sabes si ahora está bien? ¿Y Clary? —quiso saber Isabelle.

—Espera, retrocede —la interrumpió Simon—. ¿Qué pasa con Clary? ¿Y con Jace?

—Cruzaron el Portal —contestó Isabelle muy seria—. Para ir a la batalla de la Ciudadela.

Simon se dio cuenta de que, de forma inconsciente, se había llevado la mano al anillo que llevaba en la derecha y lo agarraba con fuerza.

—¿No son demasiado jóvenes?

—Tampoco es que les hayan dado permiso. —Alec se apoyó en la pared. Parecía cansado, con unas profundas ojeras azules—. La Cónsul trató de detenerlos, pero no le dio tiempo.

Simon se volvió hacia Isabelle.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

Isabelle no quería mirarlo a los ojos.

—Sabía que te daría algo.

Alec pasaba la mirada de Simon a Isabelle y viceversa.

—¿No se lo has contado? —preguntó—. ¿Lo que ha pasado en el Gard?

Isabelle cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró desafiante.

—No, me lo he encontrado en la calle y hemos subido aquí arriba y… y no es asunto tuyo.

—Lo es si lo hacéis en mi dormitorio —replicó Alec—. Si vas a utilizar a Simon para olvidar lo furiosa y alterada que estás, vale, pero hazlo en tu cuarto.

—No lo estaba utilizando…

Simon pensó en los ojos de Isabelle, brillantes cuando lo vio en la calle. Había creído que eran de alegría, pero ahora decidió que lo más seguro era que hubieran sido lágrimas contenidas. El modo en que había corrido hacia él, con la cabeza gacha, encorvada, como si hubiera estado conteniéndose.

—Pues sí —replicó él—. O me habrías contado lo que ha pasado. No has mencionado ni a Clary ni a Jace, ni que estuvieras preocupada, ni nada. —Notó que se le retorcía el estómago al darse cuenta de la habilidad con la que Isabelle había evitado sus preguntas y lo había distraído besándolo. Se sintió como un estúpido. Pensó que se había alegrado de verlo a él en concreto, pero quizá podría haber sido cualquier otro.

Isabelle se había puesto seria.

—Por favor —protestó—. Tampoco es que tú me hayas preguntado. —Había estado jugueteando con su cabello, se levantó y comenzó a hacerse un moño en la coronilla, con gestos casi salvajes—. Si os vais a quedar los dos ahí culpándome a mí, quizá será mejor que os marchéis…

—No te estoy culpando —le aseguró Simon, pero Isabelle ya estaba de pie. Le cogió el colgante de rubí, se lo sacó por la cabeza sin demasiado cuidado y luego se lo colgó en su propio cuello.

—No debería habértelo dado —le espetó con los ojos brillantes.

—Me ha salvado la vida —le explicó Simon.

Eso hizo que se detuviera un momento.

—Simon… —susurró.

Se interrumpió porque, de repente, Alec se cogió el hombro con un gemido ahogado y cayó al suelo. Isabelle corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—¿Alec? ¡Alec! —Alzó la voz, cargada de pánico.

Alec se abrió la chaqueta, se bajó el cuello de la camisa y giró la cabeza para verse la marca en el hombro. Simon reconoció la forma de la runa de *parabatai*. Alec apretó los dedos contra ella; al apartarlos estaban manchados de algo oscuro que parecía ceniza.

—Ya han vuelto por el Portal —explicó—. Y algo le pasa a Jace.

Era como regresar a un sueño, o a una pesadilla.

Después de la Guerra Mortal, la plaza del Ángel había estado llena de cadáveres; cuerpos de cazadores de sombras colocados en filas, cada uno con los ojos cubiertos por la seda blanca de la muerte.

Volvía a haber cadáveres en la plaza, pero esta vez también había caos. Las torres de los demonios lanzaban una brillante luz sobre el panorama que recibió a Simon cuando, después de seguir a Isabelle y a Alec por las tortuosas calles de Alacante, llegaron por fin a la Sala de los Acuerdos. La plaza estaba llena de gente. Nefilim en traje de combate yacían en el suelo, algunos retorciéndose de dolor y pidiendo ayuda; otros, alarmantemente inmóviles.

La Sala de los Acuerdos estaba oscura y cerrada. Uno de los edificios de piedra más grandes de la plaza estaba muy iluminado y tenía la puerta abierta de par en par. Un torrente de cazadores de sombras entraba y salía de allí.

Isabelle se había puesto de puntillas y estaba escrutando la multitud con rostro ansioso. Simon siguió su mirada. Reconoció a varias personas: la Cónsul, que se movía nerviosa entre su gente; Kadir, del Instituto de Nueva York; Hermanos Silenciosos en hábitos de pergamino que dirigían silenciosamente a la gente hacia el edificio iluminado.

—La Basilias está abierta —dijo Isabelle a un Alec agotado—. Puede que hayan llevado a Jace dentro, si es que está herido…

—Está herido —afirmó Alec con brusquedad.

—¿La Basilias? —preguntó Simon.

—El hospital —explicó Isabelle, y señaló el edificio iluminado. Simon notó que bullía con una energía nerviosa cercana al pánico—. Debería… deberíamos…

—Voy contigo —se ofreció Simon.

Ella negó con la cabeza.

—Solo cazadores de sombras.

—Isabelle. Vamos —la apremió Alec, que se sujetaba el hombro marcado con la runa de *parabatai*. Simon quiso decirle algo, decirle que su mejor amiga también había ido a la batalla y no la había localizado, que lo entendía. Pero tal vez solo se podía entender el lazo de *parabatai* si se era un cazador de sombras. Dudaba que Alec le agradeciera el decirle que lo entendía. Simon pocas veces había percibido con tanta claridad la diferencia entre los nefilim y los que no lo eran.

Isabelle asintió y siguió a su hermano sin decir nada más. Simon los observó cruzar la plaza y pasar la estatua del Ángel, que miraba el después de la batalla con tristes ojos de mármol. Subieron la escalera que llevaba a la Basilias y se perdieron incluso para su vista de vampiro.

—¿Crees —dijo una suave voz a su espalda— que les importará mucho si nos alimentamos con sus muertos?

Era Raphael. Los rizos de su cabello le formaban un halo irregular alrededor de la cabeza, y solo llevaba una camiseta y vaqueros. Parecía un niño.

—La sangre de los recién muertos no es mi *vintage* favorito —continuó—, pero es mejor que la embotellada, ¿no estás de acuerdo?

—Tienes un carácter increíblemente encantador —replicó Simon—. Espero que alguien te lo haya dicho.

Raphael soltó un bufido.

—Sarcasmo —dijo—. Aburrido.

Simon hizo un sonido incontrolable de exasperación.

—Entonces, adelante. Aliméntate de los nefilim muertos. Estoy seguro de que es lo que más les apetece ver. Te dejarán vivir unos cinco, puede que hasta diez segundos.

Raphael soltó una risita contenida.

—Parece peor de lo que es —afirmó—. No hay tantos muertos. Solo muchos heridos. Los han superado en número. Ahora ya no olvidarán lo que representa luchar contra los Oscurecidos.

Simon entrecerró los ojos.

—¿Qué sabes tú de los Oscurecidos, Raphael?

—Susurros y sombras —contestó este—. Pero me preocupo por saber cosas.

—Entonces, si sabes cosas, dime dónde están Jace y Clary —replicó Simon, sin demasiadas esperanzas. Raphael pocas veces ayudaba, a no ser que eso lo ayudara a él.

—Jace está en la Basilias —contestó Raphael, para sorpresa de Simon—. Al parecer, el fuego celestial que tenía en las venas ha sido demasiado para él. Casi lo ha matado, y a uno de los Hermanos Silenciosos también.

—¿Qué? —La ansiedad de Simon pasó de lo general a lo específico—. ¿Sobrevivirá? ¿Y dónde está Clary?

Raphael lo miró a través de sus largas pestañas y sonrió de medio lado.

—No es adecuado que los vampiros se preocupen demasiado por la vida de los mortales.

—Te lo juro por Dios, Raphael, si no empiezas a ayudarme un poco…

—De acuerdo. Ven conmigo. —Raphael se hundió más en las sombras, sin apartarse del borde interior de la plaza. Simon se apresuró a alcanzarlo. De repente vio una cabeza rubia y una morena inclinadas juntas, Aline y Helen, que atendían a uno de los heridos. Por un momento pensó que se trataban de Alec y Jace.

—Si te preguntas qué te pasaría si bebieras ahora la sangre de Jace, la respuesta es que te mataría —comentó Raphael—. Los vampiros y el fuego celestial no se mezclan bien. Sí, incluso a ti, diurno.

—No me preguntaba eso —replicó Simon, ceñudo—. Me preguntaba qué habrá pasado en la batalla.

—Sebastian ha atacado la Ciudadela Infracta —explicó Raphael mientras rodeaban a un nutrido grupo de cazadores de sombras—. Donde se forjan las armas de los cazadores de sombras. Donde viven las Hermanas de Hierro. Ha engañado a la Clave para hacerles creer que tenía solo a veinte hombre con él, cuando lo cierto era que tenía muchos más. Los habría matado a todos y seguramente se habría hecho con la Ciudadela de no ser por tu Jace…

—No es mi Jace.

—Y Clary —continuó Raphael, como si Simon no hubiera dicho nada —. Aunque no conozco los detalles. Solo lo que he oído por ahí, y parece que los propios nefilim no tienen muy claro lo que ha ocurrido.

—¿Y cómo consiguió Sebastian hacerles creer que tenía menos guerreros?

Raphael se encogió de hombros.

—A veces, los cazadores de sombras se olvidan de que no toda la magia es suya. La Ciudadela está construida sobre líneas de energía telúrica. Hay una magia antigua, magia salvaje, que existía antes de Jonathan Cazador de Sombras, y que volverá a existir…

Se quedó callado y Simon siguió su mirada. Por un instante solo vio una luz azul, luego esta se hizo menos intensa y por fin vislumbró a Clary tumbada en el suelo. Simon oyó un rugido en los oídos, como de sangre corriendo por su interior. Clary estaba pálida e inmóvil, con los dedos y la boca de un oscuro tono azul púrpura. El cabello le colgaba en mechones alrededor del rostro, y tenía unas profunda ojeras. Su traje de combate estaba roto y manchado de sangre, y en la mano sostenía la espada Morgenstern, con la hoja cubierta de estrellas.

Magnus estaba inclinado sobre ella, con una mano en su mejilla; las puntas de los dedos le brillaban azules. Jocelyn y Luke estaban arrodillados al otro lado de Clary. Jocelyn levantó la mirada y vio a Simon. Este la vio formar su nombre con los labios. El rugido en los oídos le impedía oír nada. ¿Estaba muerta Clary? Parecía estarlo, o casi.

Avanzó hacia ellos, pero Luke ya estaba en pie y lo cogió por el brazo, apartándolo de donde se hallaba Clary.

Simon tenía la fuerza sobrenatural de los vampiros, una fuerza que casi no había aprendido a emplear aún, pero Luke era igual de fuerte. Le clavó los dedos en el brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Simon, alzando la voz—. ¿Raphael…? —Se volvió para mirar al vampiro, pero este había desaparecido entre las sombras—. Por favor —le pidió Simon a Luke, desviando la mirada de él a Clary—. Déjame…

—Simon, no —ladró Magnus. Con la punta de los dedos recorría el rostro de la muchacha, soltando chispas azuladas. Ella no se movía ni reaccionaba—. Eso es muy delicado; su energía es mínima.

—¿No debería estar en la Basilias? —preguntó Simon, y miró hacia el edificio del hospital. La luz seguía saliendo de su interior, y se sorprendió al ver a Alec parado en la escalera. Estaba mirando fijamente a Magnus. Antes de que Simon pudiera moverse o hacerle algún gesto, Alec se volvió de golpe y regresó al interior del edificio.

—Magnus… —comenzó Simon.

—Simon, calla —le ordenó Magnus con los dientes apretados. Simon se soltó de Luke, pero tropezó y tuvo que apoyarse en el muro de piedra.

—Pero Clary…

Luke parecía agotado, pero su expresión era firme.

—Clary se ha agotado haciendo una runa curativa. Pero no está herida, su cuerpo está intacto, y Magnus puede ayudarla más que los Hermanos Silenciosos. Lo mejor que puedes hacer es quitarte de en medio.

—Jace —mencionó entonces Simon—. Por su unión de *parabatai*, Alec ha notado que algo le había pasado. Algo que tenía que ver con el fuego celestial. Y Raphael decía no sé qué sobre líneas telúricas…

—Mira, la batalla ha sido más sangrienta de lo que se esperaban los nefilim. Sebastian ha herido a Jace, pero, de algún modo, el fuego celestial también lo ha afectado a él. Y casi ha matado a Jace. Clary le ha salvado la vida, pero los Hermanos aún tienen que trabajar para sanarlo. —Luke miró a Simon con ojos cansados—. ¿Y por qué estás tú aquí con Isabelle y Alec? Pensaba que te ibas a quedar en Nueva York. ¿Has venido por lo de Jordan?

Oír ese nombre hizo que Simon se parara en seco.

—¿Jordan? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Por primera vez, Luke pareció sorprendido.

—¿No lo sabes?

—¿No sé qué?

Luke vaciló durante un momento.

—Tengo algo para ti —dijo finalmente—. Lo ha traído Magnus de Nueva York. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un medallón en una cadena. El medallón era de oro, con la huella de un lobo grabada junto a una inscripción en latín, *Beati Bellicosi*.

«Benditos sean los guerreros».

Simon lo reconoció al instante. El medallón de *Praetor Lupus* de Jordan. Estaba rayado y manchado de sangre. Sangre oscura como el óxido, pegada a la cadena y al medallón. Porque si alguien podía distinguir el óxido de la sangre, ese era un vampiro.

—No lo entiendo —dijo Simon. El rugido le había vuelto a los oídos—. ¿Por qué tienes esto? ¿Por qué me lo das?

—Porque Jordan quería que tú lo tuvieras —contestó Luke.

—¿Quería? —Simon alzó la voz—. ¿No dices «quiere»?

Luke respiró hondo.

—Lo siento mucho, Simon. Jordan ha muerto.

9

LAS ARMAS QUE PORTAS

Clary se despertó con la imagen de una runa desvaneciéndose ante sus cerrados párpados; una runa como alas conectadas con una única barra. Le dolía todo el cuerpo, y por un momento se quedó inmóvil, temiendo el dolor que le provocaría moverse. Los recuerdos le fueron llegando lentamente: la helada planicie de lava frente a la Ciudadela; Amatis riéndose mientras la desafiaba a que la hiriera; Jace sembrando el campo de Oscurecidos; Jace en el suelo, sangrando fuego; el hermano Zachariah retrocediendo ante las llamas…

Abrió los ojos. Se esperaba a medias despertar en algún lugar totalmente extraño, pero en vez de eso estaba tumbada en la camita de madera de la habitación de invitados de la casa de Amatis. Un pálido sol entraba por las cortinas de encaje y creaba dibujos en el techo.

Intentó sentarse. Cerca, alguien cantaba suavemente; su madre. Jocelyn calló al instante y saltó para inclinarse sobre ella. Parecía haber pasado la noche en vela. Llevaba una vieja camisa y vaqueros, y se había recogido el cabello en un moño atravesado por un lápiz. Una oleada de tranquilidad y alivio recorrió a Clary, a la que siguió rápidamente el pánico.

—Mamá —dijo mientras Jocelyn se inclinaba sobre ella y le ponía la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre—. Jace…

—Jace está bien —contestó Jocelyn mientras apartaba la mano. Al ver la mirada de recelo de Clary asintió con la cabeza—. De verdad que está bien. Ahora está en la Basilias, con el hermano Zachariah. Se está recuperando.

Clary miró a su madre con dureza.

—Clary, ya sé que en el pasado te he dado motivos para no confiar en mí, pero, por favor, créeme: Jace está perfectamente. Sé que nunca me perdonarías ni no te dijera la verdad sobre él.

—¿Cuándo podré verlo?

—Mañana. —Jocelyn se sentó en la silla junto a la cama y dejó ver a Luke, que estaba apoyado contra la pared del dormitorio. Este sonrió a Clary; una sonrisa triste, cariñosa y protectora.

—¡Luke! —exclamó Clary aliviada al verlo—. Dile a mamá que estoy bien. Puedo ir a la Basilias…

Luke negó con la cabeza.

—Lo siento, Clary. Por ahora Jace no puede tener visitas. Además, hoy tienes que descansar. Hemos oído lo que hiciste con ese *iratze* en la Ciudadela.

—O al menos lo que la gente dice que te vio hacer. No estoy segura de llegar a entenderlo nunca. —Las arrugas alrededor de la boca de Jocelyn se hicieron más profundas—. Casi te mataste para curar a Jace, Clary. Deberás tener cuidado. No tienes una reserva infinita de energía…

—Se estaba muriendo —la interrumpió Clary—. Estaba sangrando fuego. Tenía que salvarlo.

—¡No tendrías que haberte encontrado en esa situación! —Jocelyn se apartó un mechón de pelo rojo de los ojos—. ¿Qué estabas haciendo en esa batalla?

—No habían enviado a suficiente gente —contestó Clary a media voz—. Y todo el mundo hablaba de que cuando llegaran allí, iban a rescatar a los Oscurecidos, iban a traerlos de vuelta, a encontrar una cura… Pero yo estuve en el Burren. Tú también, mamá. Sabes que no se puede rescatar a los nefilim que Sebastian se ha llevado con la Copa Infernal.

—¿Viste a mi hermana? —preguntó Luke en tono amable.

Clary tragó saliva y asintió.

—Lo siento. Es… es la teniente de Sebastian. Ya no es ella, ni siquiera un poco.

—¿Te hizo daño? —quiso saber Luke. Su voz seguía tranquila, pero un músculo le tironeaba en la mejilla.

Clary negó con la cabeza. No conseguía hablar, mentir, pero tampoco le podía decir la verdad a Luke.

—Está bien —repuso él, interpretando erróneamente su angustia—. La Amatis que sirve a Sebastian no es mi hermana, igual que el Jace que sirvió a Sebastian no era el chico al que amas. No es mi hermana, como Sebastian tampoco es el hijo que tu madre debería haber tenido.

Jocelyn le cogió la mano a Luke y se la besó en el dorso. Clary apartó los ojos. Su madre volvió con ella un momento después.

—Por Dios, la Clave… si escucharan alguna vez… —Resopló con frustración—. Clary, entendemos por qué hiciste lo que hiciste anoche, pero pensábamos que estabas a salvo. Y luego apareció Helen en la puerta y nos dijo que habías resultado herida en la batalla de la Ciudadela. Casi tuve un ataque al corazón cuando te encontramos en la plaza. Tenías los labios y los dedos azules. Como si te hubieras ahogado. De no haber sido por Magnus…

—¿Magnus me ha curado? ¿Y qué está haciendo aquí, en Alacante?

—Esto no tiene nada que ver con Magnus —repuso Jocelyn con aspereza—. Esto tiene que ver contigo. Jia estaba de los nervios, pensando que os había dejado traspasar el Portal y que podríais haber muerto. Era una llamada para cazadores de sombras con experiencia, no para niños…

—Se trataba de Sebastian —replicó Clary—. Ellos no lo entendían.

—Sebastian no es tu responsabilidad. Y hablando de esto… —Jocelyn buscó bajo la cama. Cuando se incorporó, tenía a *Heosphoros* en la mano—. ¿Esto es tuyo? Estaba en tu cinturón cuando te trajeron a casa.

—¡Sí! —Clary aplaudió contenta—. Pensaba que la había perdido.

—Es una espada Morgenstern, Clary —dijo su madre, que la sujetaba como si fuera una hoja de lechuga marchita—. Yo la vendí hace años. ¿Dónde la has conseguido?

—En la tienda de armas a la que se la vendiste. La dueña de la tienda dijo que nadie más la compraría. —Clary le cogió a *Heosphoros* de la mano —. Mira, yo soy una Morgenstern. No podemos fingir que no tengo sangre de Valentine en las venas. Tengo que buscar la manera de ser parte Morgenstern y que eso sea bueno, no fingir que soy otra persona, alguien con un nombre inventado que no significa nada.

Jocelyn se echó un poco atrás.

—¿Te refieres a Fray?

—No es exactamente un nombre de cazador de sombras, ¿verdad que no?

—No —contestó su madre—, no exactamente, pero tampoco es cierto que no signifique nada.

—Pensaba que lo habías escogido al azar.

Jocelyn negó con la cabeza.

—Conoces la ceremonia que se realiza a los niños nefilim cuando nacen, ¿no? ¿La que confiere la protección que Jace perdió cuando volvió de entre los muertos, la que permitió a Lilith hacerse con él? Por lo general, esa ceremonia la realizan una Hermana de Hierro y un Hermano Silencioso, pero en tu caso, como estábamos ocultándonos, no pude hacerlo oficialmente. La llevó a cabo el hermano Zachariah, y una bruja en lugar de la Hermana de Hierro. Te puse el nombre… por ella.

—¿Fray? ¿Su apellido era Fray?

—El nombre fue un impulso —explicó Jocelyn, sin contestar realmente a la pregunta—. Me… me gustaba. Había sufrido mucho, había conocido la pérdida y el dolor, pero era fuerte, como yo quería que tú fueras. Eso es lo que siempre he querido. Que fueras fuerte y estuvieras a salvo, y que no tuvieras que sufrir lo que yo sufrí: el terror, el dolor y el peligro.

—El hermano Zachariah… —Clary se incorporó de golpe—. Estaba allí anoche. Intentó curar a Jace, pero el fuego celestial lo quemó. ¿Está bien? No ha muerto, ¿verdad?

—No lo sé. —Jocelyn pareció sorprenderse por la vehemencia de Clary —. Sé que se lo llevaron a la Basilias. Los Hermanos Silenciosos mantienen

muy en secreto su estado, y seguro que no van a decir nada a uno que no sea de los suyos.

—Dijo que los Hermanos estaban en deuda con los Herondale por antiguos lazos —explicó Clary—. Si muere, será…

—Culpa de nadie —concluyó Jocelyn—. Recuerdo cuando te puso el hechizo de protección. Le dije que quería que nunca tuvieras nada que ver con los cazadores de sombras. Él me contestó que evitarlo podría estar fuera de su alcance. Dijo que ser cazador de sombras es como la resaca del mar: tira con fuerza, y tenía razón. Creía que nos habíamos escapado, pero aquí estamos, de vuelta en Alacante, de vuelta en una guerra, y aquí está mi hija, con sangre en el rostro y una espada Morgenstern en la mano.

Había algo en su voz, sombrío y tenso, que puso los nervios de punta a Clary.

—Mamá —dijo—. ¿Ha pasado algo más? ¿Me estás ocultando alguna cosa?

Jocelyn intercambió una mirada con Luke. Este habló primero.

—Ya sabes que ayer por la mañana, antes de la batalla en la Ciudadela, Sebastian trató de atacar el Instituto de Londres.

—Pero no hubo ninguna baja. Robert dijo…

—Así que Sebastian centró su atención en otro lado —continuó Luke sin dejarla hablar—. Dejó Londres con sus hombres y atacó el *Praetor Lupus* en Long Island. Casi todos los *Praetor*, incluido su líder, fueron asesinados. Jordan Kyle… —Se le quebró la voz—. Jordan está muerto.

Clary no se había dado cuenta de estar moviéndose, pero de repente ya no se encontraba bajo las sábanas. Había sacado las piernas de la cama e iba a coger la vaina de *Heosphoros*, que estaba en la mesilla de noche.

—Clary —dijo su madre, y le colocó los largos dedos sobre la muñeca con intención de detenerla—. Clary, ya está. No puedes hacer nada.

Clary notó el sabor de las lágrimas, caliente y salado, requemándole la garganta, y bajo las lágrimas, el sabor aún más amargo y oscuro del pánico.

—¿Y Maia? —preguntó—. Si Jordan está muerto, ¿está bien Maia? ¿Y Simon? ¡Jordan era su guardián! ¿Está bien Simon?

—Estoy bien. No te preocupes, estoy bien —contestó la voz de Simon. La puerta del dormitorio acabó de abrirse y, ante la sorpresa de Clary, entró Simon, que se mostraba curiosamente tímido.

Clary dejó caer la vaina de *Heosphoros* sobre la cama y se puso de pie al instante; se lanzó sobre Simon con tal fuerza que se golpeó la cabeza contra su clavícula. No notó si le dolía o no. Estaba demasiado ocupada abrazando a Simon como si ambos acabaran de saltar de un helicóptero y estuvieran cayendo a toda velocidad. Le agarraba puñados de su arrugado jersey verde y aplastaba el rostro contra su hombro mientras trataba de no llorar.

Él la abrazó, calmándola con unas torpes palmaditas en la espalda y en los hombros. Cuando finalmente ella lo soltó y dio un paso atrás, vio que el jersey y los vaqueros que llevaba eran al menos una talla mayor que la suya. Una cadena de metal le colgaba del cuello.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber—. ¿De quién es la ropa que llevas?

—Es una larga historia, y la ropa es de Alec, la mayor parte —contestó Simon. Hablaba con normalidad, pero parecía cansado y tenso—. Deberías haber visto lo que llevaba puesto antes. Bonito pijama, por cierto.

Clary se miró. Llevaba un pijama de franela, demasiado corto de piernas y demasiado estrecho en el pecho, con un estampado de camiones de bomberos.

Luke alzó una ceja.

—Creo que era mío, de cuando era niño.

—No puedes decirme en serio que no había nada más para ponerme.

—Si insistes en intentar que te maten, yo insisto en ser quien elige lo que llevas mientras te recuperas —replicó Jocelyn con una leve sonrisita irónica.

—El pijama de la venganza —masculló Clary. Cogió unos vaqueros y una camisa que había en el suelo y miró a Simon—. Me voy a vestir. Y cuando vuelva, más vale que estés listo para decirme algo mejor de por qué estás aquí que «es una larga historia».

Simon murmuró algo sobre que parecía una mandona, pero Clary ya estaba en la puerta. Se duchó en un tiempo récord, disfrutando de la sensación del agua arrastrando la suciedad de la batalla. Seguía preocupada por Jace, a pesar de lo que le había dicho su madre, pero ver a Simon la había animado mucho. Quizá no tuviera mucho sentido, pero estaba mucho más feliz teniéndolo allí, donde ella pudiera echarle un ojo, que en Nueva York; sobre todo después de lo de Jordan.

Cuando volvió al dormitorio, con el pelo húmedo recogido en una coleta, Simon estaba apoyado en la mesilla y mantenía una seria conversación con Jocelyn y Luke, en la que les explicaba lo que le había pasado en Nueva York, cómo Maureen lo había raptado y Raphael lo rescató y lo llevó a Alacante.

—Entonces, espero que Raphael tenga intención de asistir a la cena que dan los representantes de la corte seelie esta noche —estaba diciendo Luke—. Anselm Nightshade habría sido el invitado, pero si Raphael está ocupando su lugar en el Consejo, entonces es él quien debería asistir. Sobre todo después de lo que ha pasado con el *Praetor*, la importancia de la solidaridad de los subterráneos con los cazadores de sombras es mayor que nunca.

—¿Sabéis algo de Maia? —preguntó Simon—. No me gusta nada pensar en que pueda estar sola, ahora que Jordan ha muerto. —Hizo una ligera mueca al hablar, como si las palabras «Jordan ha muerto» le dolieran profundamente.

—No está sola. Tiene a la manada cuidándola. Bat se ha puesto en contacto conmigo. Físicamente, Maia está bien. Emocionalmente, no lo sé. Fue a ella a quien Sebastian pasó su mensaje después de matar a Jordan. Eso no puede haber sido fácil.

—La manada se va a encontrar con que va a tener que ocuparse de Maureen —dijo Simon—. Está encantada de que se hayan ido los cazadores de sombras. Va a convertir Nueva York en su patio de juegos sangrientos, si se sale con la suya.

—Si está matando mundanos, la Clave tendrá que enviar a alguien para que se ocupe de ella —repuso Jocelyn—. Incluso si eso significa salir de

Idris. Si está violando los Acuerdos…

—¿Jia no debería enterarse de todo esto? —preguntó Clary—. Podríamos ir a hablar con ella. No es como el resto del Consejo; ella te escuchará, Simon.

Simon asintió.

—Le he prometido a Raphael que hablaría con el Inquisidor y la Cónsul en su nombre… —Se interrumpió de golpe e hizo una mueca.

Clary lo miró fijamente. Simon se hallaba sentado bajo una débil entrada de luz diurna, con la piel pálida como el marfil. Se le veían las venas bajo la piel, tan marcadas y negras como la tinta. Los pómulos se le habían agudizado, las sombras que proyectaban eran duras y angulosas.

—Simon, ¿cuánto hace que no has comido?

Simon se encogió de hombros; Clary sabía que no le gustaba nada que le recordara que necesitaba sangre.

—Tres días —contestó él en voz baja.

—Comida —exclamó Clary mientras miraba a su madre y a Luke—. Tenemos que conseguirle comida.

—Estoy bien —repuso Simon, nada convincente—. De verdad.

—El lugar más razonable donde encontrar sangre sería la casa del representante de los vampiros —sugirió Luke—. Tienen que proveerla para el uso del miembro del Consejo de los Hijos de la Noche. Iría yo mismo, pero seguro que no se la darán a un licántropo. Podríamos enviar un mensaje…

—Nada de mensajes. Demasiado lento. Vamos ahora. —Clary abrió el armario y cogió una chaqueta—. Simon, ¿podrás llegar hasta allí?

—No está muy lejos —contestó Simon, casi sin voz—. A unas cuantas puerta de la casa del Inquisidor.

—Raphael estará durmiendo —señaló Luke—. Es pleno día.

—Entonces, lo despertaremos. —Clary se puso la chaqueta y se subió la cremallera—. Su trabajo es representar a los vampiros; tendrá que ayudar a Simon.

Simon resopló burlón.

—Raphael no cree que tenga que hacer nada.

—No me importa. —Clary cogió a *Heosphoros* y la metió en la vaina.

—Clary, no estoy segura de que estés bien para salir tan pronto… —comenzó Jocelyn.

—Estoy bien. Nunca me he sentido mejor.

Jocelyn negó con la cabeza, y un rayo de sol le iluminó los tonos rojos del cabello.

—En otras palabras: no puedo hacer nada para detenerte.

—Nada —repuso Clary y se colgó a *Heosphoros* del cinturón—. Nada en absoluto.

—La cena de los miembros del Consejo es hoy —recordó Luke, mientras se apoyaba contra la pared—. Clary, tendremos que salir antes de que regreses. Pondremos un guardia en la casa para asegurarnos de que vuelvas antes de que oscurezca…

—Tienes que estar de broma.

—En absoluto. Te queremos aquí dentro y con la casa bien cerrada. Si no regresas antes del ocaso, lo notificará al Gard.

—Esto parece un estado policial —gruñó Clary—. Vámonos, Simon.

Maia estaba sentada en la playa de Rockaway, mirando el mar, y se estremeció.

Rockaway estaba lleno en verano, pero vacío y ventoso en ese momento, en diciembre. Las aguas del Atlántico se extendían, de un gris pesado, el color del hierro, bajo un cielo de un color similar.

Los cadáveres de los licántropos a los que Sebastian había matado, incluido el de Jordan, habían sido quemados en las ruinas del *Praetor Lupus*. Uno de los lobos de la manada se acercó a la orilla y lanzó las cenizas al agua.

Maia contempló cómo la superficie del mar se oscurecía con los restos de los muertos.

—Lo siento. —Era Bat. Se sentó junto a ella en la arena. Observaron a Rufus acercarse a la orilla y abrir otra caja con cenizas—. Jordan…

Maia se echó el pelo hacia atrás. Nubes grises crecían en el horizonte. Se preguntó si llovería.

—Iba a romper con él —dijo.

—¿Qué? —Bat parecía sorprendido.

—Iba a romper con él —repitió Maia—. El día que Sebastian lo mató.

—Creía que os iba de fábula. Pensaba que erais felices juntos.

—¿De verdad? —Maia hundió los dedos en la húmeda arena—. No te caía bien.

—Te hizo daño. Fue hace mucho tiempo y sé que trató de compensarte, pero… —Bat se encogió de hombros—. Quizá yo no sepa perdonar con tanta facilidad.

Maia respiró hondo.

—Quizá yo tampoco —admitió—. La ciudad en la que crecí…, todas esas niñas blancas, ricas, delgadas y mimadas, me hacían sentir como una mierda porque yo no era como ellas. Cuando tenía seis años, mi madre quiso hacerme una fiesta con la Barbie como tema. Hacen una Barbie negra, ya sabes, pero no fabrican los complementos que irían con ella, los artículos de fiesta, las velas y esas cosas. Así que tuve una fiesta con una muñeca rubia como tema, y todas esas niñas rubias vinieron, y todas se reían de mí disimuladamente. —Notaba el frío del aire del mar en los pulmones—. Y cuando conocí a Jordan y me dijo que era hermosa…, bueno, no hizo falta mucho más. Me enamoré de él en cinco minutos.

—Eres hermosa —dijo Bat. Un cangrejo ermitaño avanzaba por la arena, y él lo empujó con el dedo.

—Éramos felices —continuó Maia—. Pero luego pasó todo y él me transformó. Lo odié por eso. Vine a Nueva York y lo odiaba. Luego apareció de nuevo y solo quería que yo lo perdonara. Y lo supe, la gente hace cosas estúpidas cuando la muerdes. He oído hablar de gente que ha matado a su propia familia…

—Por eso tenemos el *Praetor* —repuso Bat—. Bueno, lo teníamos.

—Y pensé: a alguien que no puede controlarse ¿se lo puede considerar responsable de lo que hace? Pensé que debía perdonarlo; él lo deseaba

tanto… Habría hecho cualquier cosa para compensarme. Pensé que podía volver a la normalidad, ser como habíamos sido.

—A veces no se puede volver atrás —sentenció Bat. Se tocó la cicatriz que tenía en la mejilla, pensativo. Maia nunca le había preguntado cómo se la había hecho—. A veces, demasiadas cosas han cambiado.

—No pudimos volver atrás —asintió Maia—. Al menos, yo no pude. Él quería tanto que lo perdonara que creo que a veces me miraba y solo veía el perdón. La redención. No me veía a mí. —Negó con la cabeza—. No soy la absolución de nadie. Solo soy Maia.

—Pero lo querías —dijo Bat a media voz.

—Lo suficiente para retrasar una y otra vez la ruptura. Pensé que quizá acabaría sintiendo algo diferente. Y luego empezó a ocurrir todo: raptaron a Simon y fuimos tras él, y yo aún seguía pensando en decírselo a Jordan. Se lo iba a decir en cuanto llegáramos al *Praetor*, y entonces llegamos y era… —tragó saliva— un matadero.

—Dicen que cuando te encontraron lo estabas abrazando. Él ya estaba muerto y su sangre se la llevaba la marea, pero tú seguías abrazándolo.

—Todo el mundo debería morir con alguien abrazándolo —replicó Maia. Agarró un puñado de arena—. Es que… me siento tan culpable… Murió pensando que yo seguía amándolo, que íbamos a estar juntos y que todo estaba bien. Murió conmigo mintiéndole. —Dejó que los granos le resbalaran entre los dedos—. Debería haberle dicho la verdad.

—Deja de martirizarte. —Bat se puso en pie. Era alto y musculoso. Llevaba el anorak con la cremallera medio subida y el viento le agitaba levemente el corto cabello. Su silueta se recortaba contra las crecientes nubes grises. Maia vio al resto de la manada reunido alrededor de Rufus, que gesticulaba al hablar—. Si no se hubiera estado muriendo, entonces sí que deberías haberle dicho la verdad, pero murió pensando que lo amabas y lo perdonabas. Hay regalos mucho peores que puedes hacerle a alguien. Lo que te hizo fue terrible, y él lo sabía. Pero poca gente es solo buena o mala. Considéralo un regalo que le hiciste a lo bueno que había en él. A donde sea que Jordan se haya ido, y yo creo que todos vamos a alguna parte, considéralo como la luz que lo guiará a casa.

«Si te vas de la Basilias, que quede entendido que lo haces en contra del consejo de los Hermanos».

—De acuerdo —respondió Jace mientras se ponía el segundo guantelete y flexionaba los dedos—. Lo has dejado muy claro.

El hermano Enoch se alzaba ante él, mirándolo muy serio, mientras Jace se agachaba con lenta precisión para atarse los cordones de las botas. Estaba sentado en el borde de la cama de la enfermería, una de la larga fila que ocupaba toda la amplia sala, todas cubiertas con sábanas blancas. Muchas otras camas estaban ocupadas por guerreros cazadores de sombras que se recuperaban de la batalla de la Ciudadela. Los Hermanos Silenciosos se movían entre las camas como enfermeras fantasmales. El aire olía a hierbas y a extraños ungüentos.

«Como mínimo, deberías descansar otra noche. Tu cuerpo está agotado, y el fuego celestial aún arde en tu interior».

Una vez acabó con las botas, Jace alzó la mirada. El techo arqueado estaba pintado con un dibujo de runas curativas entrelazadas de colores plata y azul. Llevaba mirándolo lo que le parecían semanas, aunque sabía que solo había sido una noche. Los Hermanos Silenciosos mantenían lejos a todos los visitantes y habían estado atendiéndolo con runas curativas y ungüentos. También le habían hecho pruebas: le había tomado muestras de sangre, de pelo, e incluso de pestañas; le habían presionado diferentes espadas contra la piel: de oro, plata, acero y madera de serbal. Se encontraba bien. Tenía la sensación de que si lo mantenían en la Basilias era más para estudiar el fuego celestial que para curarlo.

—Quiero ver al hermano Zachariah —exigió.

«Está bien. No hace falta que te preocupes por él».

—Quiero verlo —insistió Jace—. Casi lo maté en la Ciudadela…

«No fuiste tú. Fue el fuego celestial. Y lo que le hizo no lo ha dañado».

Jace parpadeó ante las extrañas frases que el hermano había empleado.

—Dijo, cuando lo encontré, que cree que está en deuda con los Herondale. Soy un Herondale. Querrá verme.

«¿Y luego tienes la intención de marcharte de la Basilias?».

Jace se puso en pie.

—No me pasa nada. No necesito estar en la enfermería. Sin duda podríais estar empleando vuestros recursos con más éxito con los que de verdad están heridos. —Descolgó su chaqueta de un gancho junto a la cama—. Mira, o me lleváis con el hermano Zachariah o puedo ir por ahí llamándolo a gritos hasta que aparezca.

«No paras de dar problemas, Jace Herondale».

—Eso dicen —replicó Jace.

Había ventanas en arco entre las camas que proyectaban grandes líneas de luz sobre el suelo de mármol. El día estaba llegando a su fin; Jace se había despertado a primera hora de la tarde con un Hermano Silencioso junto a la cama. Se incorporó al instante y preguntó cómo estaba Clary, mientras los recuerdos de la noche anterior comenzaban a despertar en su mente: recordó el dolor cuando Sebastian lo hirió; recordó el fuego que ardía en la espada; recordó a Zachariah ardiendo, los brazos de Clary rodeándolo, su cabello entre los dos, el fin del dolor que le había llegado con la oscuridad. Y luego… nada.

Después de que los Hermanos le aseguraran que Clary estaba bien, a salvo en la casa de Amatis, había preguntado por Zachariah, si el fuego lo había dañado, pero solo recibió respuestas irritantemente vagas.

En ese momento, seguía a Enoch por el vestíbulo de la enfermería y luego por un estrecho corredor de paredes blancas en el que había varias puertas. Al pasar ante una de ellas, Jace captó un atisbo de un cuerpo que se retorcía atado a una cama, y oyó gritos y maldiciones. Un Hermano Silencioso se hallaba sobre el hombre, que llevaba los restos de un traje de combate rojo. La pared tras ellos estaba salpicada de sangre.

«Amalric Kriegsmesser —dijo el hermano Enoch sin volver la cabeza—. Uno de los Oscurecidos de Sebastian. Como sabes, hemos estado tratando de revertir el hechizo de la Copa Infernal».

Jace tragó saliva. No parecía haber nada que decir. Había visto el ritual de la Copa Infernal. En el fondo de su corazón, no creía que el hechizo pudiera deshacerse. Generaba un cambio demasiado fundamental. Pero,

claro, tampoco se había imaginado nunca que un Hermano Silencioso pudiera ser tan humano como siempre había parecido ser el hermano Zachariah. ¿Era por eso que estaba tan decidido a verlo? Recordó lo que Clary le había contado que el hermano Zachariah había respondido en una ocasión, después de que ella le preguntara si alguna vez había amado tanto a alguien como para morir por esa persona:

«Dos personas. Hay recuerdos que el tiempo no borra. Pregunta a tu amigo Magnus Bane, si no me crees. La eternidad no hace que se olvide lo que has perdido, solo que soportes la pérdida».

Había algo en esas palabras, algo que hablaba de tristeza y de la clase de recuerdos que Jace no asociaba con los Hermanos. Habían sido una presencia constante en su vida desde los diez años: estatuas pálidas y silenciosas que portaban la curación, que guardaban secretos, que no amaban, ni deseaban, ni crecían, ni morían, sino que solo eran. Pero el hermano Zachariah era diferente.

«Hemos llegado».

El hermano Enoch se había detenido delante de una puerta blanca que no se diferenciaba en nada de las demás. Alzó una mano fuerte y llamó. Se oyó ruido dentro, como de una silla rozando el suelo al moverse, y luego una voz masculina:

—Adelante.

El hermano Enoch abrió la puerta e hizo pasar a Jace. Las ventanas daban al oeste, y la habitación era muy luminosa; la luz del sol al entrar pintaba las paredes de un fuego pálido. Había alguien junto a la ventana: una silueta delgada sin el hábito de los Hermanos. Jace se volvió hacia el hermano Enoch, sorprendido, pero este ya se había retirado y cerrado la puerta.

—¿Dónde está el hermano Zachariah? —preguntó Jace.

—Estoy aquí —respondió una voz suave, tranquila, un poco desafinada, como un piano que no se hubiera tocado en años. La silueta se había apartado de la ventana. Jace se encontró mirando a un chico solo unos cuantos años mayor que él. Cabello oscuro, un rostro delicado, ojos que parecían viejos y jóvenes al mismo tiempo, las runas de los Hermanos

marcadas en los pómulos, y cuando el chico se volvió, Jace vio el pálido perfil de una desdibujada runa en el cuello.

Un *parabatai*. Como él. Y Jace también supo lo que significaba la runa desdibujada: un *parabatai* cuya otra mitad había muerto. Sintió que su compasión iba hacia el hermano Zachariah, mientras se imaginaba a sí mismo sin Alec. Con solo esa runa desdibujada para recordarle que en un tiempo había estado ligado a alguien que conocía lo mejor y lo peor de su alma.

—Jace Herondale —dijo el chico—. De nuevo un Herondale es quien me trae la salvación. Debería haberlo supuesto.

—Yo no… no es eso… —Jace estaba demasiado asombrado para pensar en nada coherente que decir—. No es posible. Una vez pasas a ser un Hermano Silencioso, no hay vuelta atrás. Tú… No lo entiendo.

El chico (Zachariah, supuso Jace, aunque ya no hermano) sonrió. Era una sonrisa desgarradoramente vulnerable, joven y amable.

—Tampoco yo estoy seguro de entenderlo del todo —dijo—. Pero nunca he sido un Hermano Silencioso normal. Se me ofreció esta vida porque había magia negra sobre mí. No tenía otro modo de salvarme. —Se miró las manos, las manos sin arrugas de un muchacho, suaves de un modo que muy pocas manos de cazadores de sombras lo eran. Los Hermanos podía luchar como guerreros, pero pocas veces lo hacían—. Dejé todo lo que conocía y todo lo que amaba. Quizá no lo abandonara del todo, pero alcé un muro de cristal entre la vida que había tenido antes y yo. Podía verla, pero no tocarla, no ser parte de ella. Comencé a olvidar cómo era ser un humano corriente.

—No somos humanos corrientes.

Zachariah alzó la mirada.

—Oh, eso nos decimos a nosotros mismos —replicó—. Pero durante el último siglo he estado haciendo un estudio de los cazadores de sombras, y déjame que te diga que somos más humanos que la mayoría de los seres humanos. Cuando se nos rompe el corazón, lo hace en añicos que no son fáciles de volver a unir. A veces envidio a los humanos su resistencia.

—¿Más de un siglo viviendo? Me pareces bastante… resistente.

—Pensaba que sería un Hermano Silencioso para siempre. No morimos… ellos no mueren, ¿sabes?; pasados muchos años se van desvaneciendo. Dejan de hablar, dejan de moverse. Finalmente, se los sepulta vivos. Pensaba que ese sería mi destino. Pero cuando te toqué con la mano marcada por la runa, cuando caíste herido, absorbí el fuego celestial de tus venas, y quemó toda la oscuridad que había en las mías. Volví a ser la persona que era antes de hacer los votos. Incluso antes que eso. Me convertí en lo que siempre había querido ser.

—¿Te dolió? —preguntó Jace con voz ronca.

Zachariah lo miró confuso.

—¿Perdona?

—Cuando Clary me hirió con *Gloriosa* fue… muy doloroso. Sentí como si se me estuvieran derritiendo los huesos por dentro, hasta convertirse en cenizas. No he parado de pensar en eso desde que me desperté; pensaba en el dolor, en si te habría dolido cuando me tocaste.

—¿Pensaste en mí? ¿Y en si estaba sufriendo? —preguntó Zachariah, sorprendido.

—Claro. —Jace veía su reflejo en la ventana a la espalda de Zachariah. Era tan alto como él, pero más delgado, y con el cabello oscuro y la piel pálida, como el negativo de una foto de Jace.

—Los Herondale. —La voz de Zachariah era un susurro, medio risa, medio dolor—. Casi lo había olvidado. Ninguna otra familia hace tanto por amor, o siente tanta culpa por ello. No cargues con todo el peso del mundo, Jace. Es demasiado pesado hasta para un Herondale.

—No soy ningún santo —replicó Jace—. Quizá deba cargarlo.

Zachariah negó con la cabeza.

—Creo que conoces la frase de la Biblia: «*Mene mene tekel upharsin*», ¿no?

—«Se te ha pesado en balanza y se te ha hallado falto». El mensaje de la pared.

—Los egipcios creían que ante la puerta de los muertos se les pesaba el corazón en una balanza, y si pesaba más que una pluma, su camino era el del Infierno. El fuego del Cielo nos mide, Jace Herondale, como la balanza

de los egipcios. Si en nosotros hay más de malo que de bueno, nos destruirá. Yo he vivido, y tú también. La diferencia entre nosotros es que a mí el fuego solo me rozó, mientras que a ti te entró en el corazón. Aún lo llevas en ti. Una gran carga y un gran regalo.

—Pero he estado tratando de librarme de él…

—No puedes librarte de esto. —La voz del hermano Zachariah se había vuelto seria—. No es una maldición de la que tengas que librarte; es un arma que se te ha confiado. Tú eres la espada del Cielo. Asegúrate de ser merecedor de ello.

—Me recuerdas a Alec —dijo Jace—. Él siempre habla de responsabilidades y merecimientos.

—Alec. Tu *parabatai*. ¿El chico Lightwood?

—Tú… —Jace señaló el lado del cuello de Zachariah—. Tú también tuviste un *parabatai*. Pero tu runa está desdibujada.

Zachariah bajó la mirada.

—Hace mucho que está muerto —explicó—. Yo era… Cuando murió, yo… —Negó con la cabeza, frustrado—. Durante años solo he hablado con la mente, aunque se pudieran oír mis pensamientos como palabras. El proceso de usar el lenguaje de la forma corriente, de encontrar las palabras, ya no me resulta fácil. —Alzó la cabeza para mirar a Jace—. Valora a tu *parabatai* —dijo—. Porque es un lazo muy valioso. Todo amor es valioso. Es por lo que hacemos lo que hacemos. ¿Por qué luchamos contra los demonios? ¿Por qué ellos no son los custodios adecuados de este mundo? ¿Qué nos hace mejores? Es porque ellos no construyen, solo destruyen. No aman, solo odian. Los cazadores de sombras somos humanos y falibles. Pero si no tuviéramos la capacidad de amar, no podríamos proteger a los humanos; debemos amarlos para protegerlos. Mi *parabatai* amaba como muy pocos pueden amar; con todo. Veo que tú también eres así. Brilla con más intensidad en ti que el fuego de los Cielos.

El hermano Zachariah miraba a Jace con tanta intensidad que parecía que iba a arrancarle la piel de los huesos.

—Lo siento —dijo Jace a media voz—. Siento que hayas perdido a tu *parabatai*. ¿Hay alguien… alguien con quien volver sea volver a casa?

La boca del chico se curvó un poco en las comisuras.

—Hay alguien. Ella siempre ha sido mi casa. Pero no tan pronto. Primero debo quedarme.

—¿Para luchar?

—Y amar y sufrir. Cuando era un Hermano Silencioso, mi amor y mi pérdida estaban algo apagados, como música que se oyera en la distancia, bien afinada pero sin fuerza. Ahora… ahora todo ha caído sobre mí a la vez. Su peso me oprime. Debo ser más fuerte para poder verla. —Su sonrisa era melancólica—. ¿Alguna vez has sentido como si tuvieras tanto dentro del corazón que estás seguro de que se te partirá?

Jace pensó en Alec herido sobre su regazo, en Max inmóvil y pálido en el suelo de la Sala de los Acuerdos; pensó en Valentine, abrazándolo mientras la sangre de Jace empapaba la arena bajo ellos. Y finalmente pensó en Clary: su intenso valor que lo mantenía a salvo, su agudo ingenio que lo mantenía cuerdo, la firmeza de su voz.

—Las espadas, cuando se rompen y se arreglan, pueden ser más fuertes en los puntos reparados —dijo Jace—. Quizá pase lo mismo con los corazones.

El hermano Zachariah, que era un chico como el propio Jace, le sonrió con tristeza.

—Espero que tengas razón.

—No puedo creer que Jordan esté muerto —dijo Clary—. Acabo de verlo. Estaba sentado en el muro del Instituto cuando atravesamos el Portal.

Caminaba junto a Simon por uno de los canales hacia el centro de la ciudad. Las torres de los demonios se alzaban alrededor; su brillo se reflejaba en las aguas del canal.

Simon miró a Clary de reojo. Pensaba en cómo la había visto la noche anterior, azul, agotada y apenas consciente, la ropa rota y ensangrentada. La miró de nuevo. Volvía a ser ella, con color en las mejillas, las manos en los bolsillos, la vaina de la espada colgando del cinturón.

—Yo tampoco —compartió él.

Clary tenía los ojos brillantes y la mirada distante, y Simon se preguntó qué estaría recordando. ¿A Jordan enseñando a Jace a controlar sus emociones en Central Park? ¿A Jordan en el apartamento de Magnus hablándole a un pentagrama? ¿A Jordan la primera vez que lo habían visto, pasando por debajo de la puerta del garaje para hacer una audición del grupo de Simon? ¿A Jordan sentado en el sofá del apartamento que compartía con Simon, jugando a la Xbox con Jace? ¿A Jordan diciéndole a Simon que había jurado protegerlo?

Simon sintió un vacío en su interior. Lo habían despertado pesadillas en las que aparecía Jordan y se lo quedaba mirando en silencio; con los ojos le pedía a Simon que lo ayudara, que lo salvara, mientras la tinta en sus brazos corría como la sangre.

—Pobre Maia —dijo Clary—. Ojalá estuviera aquí; ojalá pudiéramos hablar con ella. Lo ha pasado tan mal… y ahora, esto…

—Lo sé —repuso Simon, casi atragantándose. Pensar en Jordan ya era duro. Si pensaba también en Maia, no lo resistiría.

Clary respondió a la brusquedad de su tono cogiéndole la mano.

—Simon, ¿estás bien?

Él dejó que le cogiera la mano, entrelazando los dedos con los suyos sin apretarlos. La vio mirándole la mano, el anillo de oro de las hadas que llevaba siempre.

—Creo que no —contestó él.

—No, claro que no. ¿Cómo ibas a estarlo? Jordan era tu… —¿Amigo? ¿Compañero de piso? ¿Guardaespaldas?

—Responsabilidad —completó Simon.

Clary se sorprendió.

—No… Simon, tú eras su responsabilidad. Él era tu guardián.

—Vamos, Clary —exclamó Simon—. ¿Qué crees que estaba haciendo en el cuartel general del *Praetor Lupus*? Nunca iba allí. Si estaba allí, era por mí, porque me estaba buscando. Si no me hubiese ido y me hubiera dejado raptar…

—¿Dejarte raptar? —soltó Clary—. ¿Cómo, te ofreciste voluntario para que Maureen te raptara?

—Maureen no me raptó —replicó él en voz baja.

Clary lo miró, confundida.

—Creía que te tenía en una jaula en el Dumort. Creía que habías dicho…

—Es cierto —dijo Simon—. Pero la única razón por la que yo estaba fuera, donde ella pudo atraparme, fue porque me atacó uno de los Oscurecidos. No he querido decírselo a Luke y a tu madre —añadió—. He pensado que se asustarían.

—Porque si Sebastian envió a un cazador oscuro a por ti, fue por mí —concluyó Clary, tensa—. ¿Quería secuestrarte o matarte?

—La verdad es que no tuve la oportunidad de preguntárselo. —Simon se metió las manos en los bolsillos—. Jordan me dijo que corriera, así que lo hice… y me fui directo contra unos miembros del clan de Maureen. Esta había hecho que vigilaran el apartamento, evidentemente. Supongo que eso es lo que me pasó por salir corriendo y dejarlo allí. De no haberlo hecho, si no se me hubieran llevado, él nunca habría ido al *Praetor* y no lo habrían matado.

—Basta —le ordenó Clary. Simon la miró sorprendido. Parecía realmente enfadada—. Deja de culparte a ti mismo. Jordan no hizo que te asignaran a él por casualidad. Quería ese trabajo para estar cerca de Maia. Sabía el riesgo que corría al vigilarte, y lo asumió voluntariamente. Lo eligió él. Buscaba la redención. Por lo que había pasado entre Maia y él. Por lo que había hecho. Para él, eso era el *Praetor*. Lo salvó. Cuidar de ti, de gente como tú, lo salvó. Se había convertido en un monstruo. Había hecho daño a Maia. La había convertido también en un monstruo. Lo que le hizo no era perdonable. Si no hubiera tenido al *Praetor*, si no te hubiera tenido a ti para cuidarte, la culpa lo habría corroído por dentro hasta impulsarlo al suicidio.

—Clary… —Simon se sorprendió de la oscuridad de sus palabras.

Clary se estremeció, como si hubiera rozado unas telarañas. Habían entrado en una larga calle junto al canal en la que se alineaban antiguas mansiones. A Simon le recordó los barrios ricos de Ámsterdam que había visto en fotos.

—Esa de allí es la casa de los Lightwood. Los principales miembros del Consejo tienen sus casas en esta calle. La Cónsul, el Inquisidor, los representantes de los subterráneos. Solo tenemos que averiguar cuál es la de Raphael…

—Ahí —dijo Simon, y señaló una estrecha casa con la puerta negra y una estrella pintada con plata en el centro de la misma—. Una estrella por los Hijos de la Noche. Porque no vemos la luz del día. —Le sonrió, o trató de hacerlo. El hambre le ardía en las venas; las sentía como cables ardientes bajo la piel.

Subió la escalera. La pesada aldaba tenía la forma de una runa. El sonido que hizo al golpear resonó en toda la casa.

Simon oyó a Clary subir la escalera tras él justo cuando la puerta se abría. Raphael estaba dentro, cuidadosamente apartado de la luz que entraba por la puerta. Entre las sombras, Simon solo pudo distinguir unos rasgos generales: el cabello rizado, el destello blanco de los dientes al saludarlo.

—Diurno. Hija de Valentine.

Clary hizo un ruido de exasperación.

—¿Nunca llamas a nadie por su nombre?

—Solo a mis amigos —contestó Raphael.

—¿Tienes amigos? —preguntó Simon, irónico.

Raphael lo miró molesto.

—Supongo que estás aquí en busca de sangre, ¿no?

—Sí —contestó Clary. Simon no dijo nada. Al oír la palabra «sangre» comenzó a sentirse un poco mareado. Notó que se le contraía el estómago. Estaba comenzando a morirse de hambre.

Raphael le lanzó una mirada.

—Se te ve hambriento. Quizá deberías haber seguido mi sugerencia en la plaza anoche.

Clary alzó las cejas, pero Simon solo lo miró ceñudo.

—Si quieres que hable con el Inquisidor por ti, tendrás que darme sangre. De otro modo, me desmayaré a sus pies, o me lo comeré.

—Sospecho que eso no le gustaría mucho a su hija. Aunque anoche ya no parecía muy contenta contigo. —Raphael desapareció entre las sombras

de la casa. Clary miró a Simon.

—He de suponer que ayer viste a Isabelle.

—Supones bien.

—¿Y la cosa no fue bien?

Simon no tuvo que contestar porque Raphael reapareció en ese momento. Llevaba una botella de cristal llena de un líquido rojo. Simon la cogió ansioso.

El olor de la sangre le llegaba a través del cristal, ondeante y dulce. Simón sacó el tapón y bebió. Los colmillos salieron de su escondrijo, aunque no los necesitaba. Los vampiros no estaban hechos para beber sangre de una botella. Los dientes le arañaron la piel cuando se pasó el dorso de la mano por la boca.

A Raphael le brillaron los ojos.

—He oído lo ocurrido a tu amigo licántropo. Lo lamento.

Simon se tensó. Clary le puso la mano en el brazo.

—No lo dices en serio —replicó Simon—. No te gustaba nada que tuviera un guardián.

Raphael soltó un murmullo pensativo.

—Ni guardián ni Marca de Caín. Te has quedado sin todas tus protecciones. Deber de ser raro, diurno, saber que puedes morir.

Simon lo miró con dureza.

—¿Por qué te esfuerzas tanto? —preguntó, y tomó otro trago de la botella. Esa vez le supo amarga, un poco ácida—. ¿Para que te odie? ¿O solo es que tú me odias?

Se hizo un largo silencio. Simon se fijó en que Raphael iba descalzo y se mantenía justo en el límite de la larga marca que la luz del sol proyectaba sobre el suelo de madera. Un paso más, y la luz le abrasaría la piel.

Simon tragó, notó el sabor de la sangre en la boca y se sintió un poco mareado.

—No me odias —decidió mientras miraba la cicatriz blanca en la base del cuello de Raphael, donde a veces descansaba un crucifijo—. Estás celoso.

Sin mediar palabra, Raphael cerró la puerta dejándolos fuera.

Clary dejó escapar el aire.

—Vaya. No ha ido mal, después de todo.

Simon no dijo nada; se volvió y bajó la escalera. Se detuvo al final para vaciar de un largo trago la botella de sangre, y luego, para sorpresa de Clary, la lanzó por los aires. La botella voló calle abajo y se estrelló contra una farola. Cayó hecha añicos, dejando una mancha de sangre en el hierro.

—¿Simon? —Clary se apresuró a bajar la escalera—. ¿Estás bien?

Él hizo un gesto vago.

—No lo sé. Jordan, Maia, Raphael, es… es demasiado. No sé lo que se supone que debo hacer.

—¿Te refieres a lo de hablar con el Inquisidor por él? —Clary corrió para alcanzarlo mientras Simon comenzaba a caminar, desanimado, a lo largo de la calle. El viento había arreciado y le alborotaba el cabello.

—Me refiero a todo. —Se tambaleó un poco mientras se alejaba de ella. Clary lo miró con suspicacia. De no haber sabido la verdad, se habría imaginado que estaba borracho—. Este no es mi sitio —dijo él. Se había detenido ante la residencia del Inquisidor. Echó la cabeza atrás para mirar las ventanas—. ¿Qué crees que estarán haciendo ahí dentro?

—¿Cenando? —aventuró Clary. Las lámparas de luz mágica habían comenzado a encenderse, iluminando la calle—. ¿Vivir su vida? Vamos, Simon. Seguramente conocen a gente que murió en la batalla de anoche. Si quieres ver a Isabelle, mañana es la reunión del Consejo y…

—Ella lo sabe —la interrumpió Simon—. Que sus padres seguramente se separarán. Que su padre tuvo una aventura.

—¿Que tuvo qué? —se sorprendió Clary, y miró a Simon—. ¿Cuándo?

—Hace mucho tiempo. —No había duda de que Simon arrastraba las palabras—. Antes de Max. Iba a dejarlos, pero… se enteró de que Max iba a nacer, así que se quedó. Maryse se lo contó a Isabelle hace años. No fue justo cargar todo ese peso en una niña. Izzy es muy fuerte, pero aun así… no se debería hacer eso. Sobre todo a tu propia hija. Uno debe… cargar con sus propias historias.

—Simon. —Clary pensó en la madre de Simon, que lo había echado de su propia casa. «No se debería hacer eso. Sobre todo a tu propia hija».—. ¿Cuánto hace que lo sabes? Lo de Robert y Maryse.

—Meses. —Se acercó de lado a la verja delantera de la casa—. Siempre he querido ayudarla, pero ella nunca me ha dejado que dijera nada, que hiciera nada… Por cierto, tu madre lo sabe. Le dijo a Izzy con quién había tenido Robert su aventura. No fue con nadie que Izzy haya conocido. No sé si eso lo hace mejor o peor.

—¿Qué? Simon, te vas de lado. ¡Simon…!

Simon chocó contra la verja que rodeaba la casa del Inquisidor con un fuerte ruido metálico.

—¡Isabelle! —llamó echando la cabeza hacia atrás—. ¡Isabelle!

—Por el… —Clary agarró a Simon por la manga—. Simon —siseó—, eres un vampiro en medio de Idris. Quizá no deberías estar llamando la atención a gritos.

Simon no le hizo caso.

—¡Isabelle! —gritó de nuevo—. ¡Deja caer tu negra melena!

—Oh, Dios mío —masculló Clary—. Había algo en la sangre que te ha dado Raphael, ¿verdad? Voy a matarlo.

—Ya está muerto —observó Simon.

—Es un no muerto. Es evidente que puede morir de nuevo. Lo remataré. Simon, vamos. Volvamos y podrás tumbarte y ponerte hielo en la cabeza…

—¡Isabelle! —gritó Simon una vez más.

Una de las ventanas del piso superior se abrió, e Isabelle se asomó a la calle. Su melena negra estaba suelta y le caía enmarcándole el rostro. Pero parecía furiosa.

—¡Simon, cállate! —le advirtió con un fuerte susurro.

—¡No quiero! —anunció Simon, rebelde—. Porque eres mi dama, y ganaré tus favores.

Isabelle ocultó el rostro entre las manos.

—¿Está borracho? —le preguntó a Clary.

—No lo sé. —Clary se debatía entre su lealtad hacia Simon y la urgente necesidad de llevárselo de allí—. Creo que ha tomado sangre en mal estado

o algo así.

—¡Te amo, Isabelle Lightwood! —gritó Simon, sobresaltándolas a ambas. Se encendieron luces en toda la casa y también en las vecinas. Se oyó ruido calle abajo y, un momento después, aparecieron Aline y Helen. Ambas parecía agotadas y Helen estaba a medio recogerse el cabello—. ¡Te amo, y no me marcharé hasta que me digas que tú también me amas!

—Dile que lo amas —le aconsejó Helen—. Está asustando a toda la calle. —Saludó a Clary—. Me alegro de verte.

—Yo también a ti —respondió Clary—. Lamento mucho lo que pasó en Los Ángeles, y si hay algo que pueda hacer…

Algo cayó lentamente desde el cielo. Dos cosas: unos pantalones de cuero y una vaporosa camisa de poeta, aterrizaron a los pies de Simon.

—¡Coge tu ropa y vete! —gritó Isabelle.

Por encima de ella, se abrió otra ventana y apareció Alec.

—¿Qué está pasando? —Su mirada se posó sobre Clary y los demás y frunció el ceño, confundido—. ¿Qué es esto? ¿Cantáis villancicos antes de tiempo?

—Yo no canto villancicos —replicó Simon—. Soy judío. Solo me sé la canción de la perinola de Janucá.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Aline a Clary, preocupada—. ¿Los vampiros enloquecen?

—No está loco —respondió Helen—. Está borracho. Debe de haber consumido la sangre de alguien que habría estado bebiendo alcohol. Eso puede dar a los vampiros un… subidón.

—Odio a Raphael —mascculló Clary.

—¡Isabelle! —gritó Simon—. ¡Deja de tirarme ropa encima! Que tú seas una cazadora de sombras y yo un vampiro no quiere decir que lo nuestro no pueda ser. Nuestro amor está prohibido como el de un tiburón y un… y un cazador de tiburones. Pero eso es lo que lo hace especial.

—Ah —replicó Isabelle—. ¿Y cuál de nosotros dos es el tiburón, Simon? ¿Quién es el tiburón?

La puerta principal se abrió de golpe. Era Robert Lightwood, y no parecía contento. Bajó por el camino de entrada, abrió la verja de una

patada y fue hasta Simon.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber. Miró a Clary—. ¿Por qué estás gritando delante de mi casa?

—No se encuentra bien —contestó Clary, y agarró a Simon por la muñeca—. Nos vamos.

—No —replicó Simon—. No, tengo… tengo que hablar con él. Con el Inquisidor.

Robert metió la mano en la chaqueta y sacó un crucifijo. Clary se lo quedó mirando mientras él lo alzaba ante Simon.

—Hablaré con el representante de los Hijos de la Noche en el Consejo o con el jefe del clan de Nueva York —declaró—. No con cualquier vampiro que llame a mi puerta, incluso si es amigo de mis hijos. Y tampoco deberías estar en Alacante sin permiso…

Simon le quitó la cruz de la mano a Robert.

—Religión equivocada —dijo.

Helen silbó por lo bajo.

—Y me envía el representante de los Hijos de la Noche en el Consejo. Raphael Santiago me ha traído aquí para que hable contigo…

—¡Simon! —Isabelle salió corriendo de la casa y se colocó entre Simon y su padre—. ¿Qué estás haciendo?

Miró enfadada a Clary, que volvió a agarrar a Simon por la muñeca.

—De verdad que tenemos que irnos —murmuró Clary.

La mirada de Robert pasó de Simon a Isabelle. Su expresión cambió.

—¿Hay algo entre vosotros dos? ¿A eso vienen todos estos gritos?

Clary miró sorprendida a Isabelle. Pensó en Simon, consolando a Isabelle después de la muerte de Max. Lo mucho que habían intimado Simon e Izzy durante los últimos meses. Y su padre no tenía ni idea.

—Es un amigo. Es amigo de todos nosotros —contestó Isabelle, cruzándose de brazos. Clary no habría podido decir si Izzy estaba más enfadada con su padre o con Simon—. Y yo respondo por él, si eso significa que puede quedarse en Alacante. —Miró enfadada a Simon—. Pero ahora va a volver a casa con Clary. ¿No es cierto, Simon?

—Noto que la cabeza me da vueltas —dijo Simon pesarosamente—. Muchas vueltas.

Robert bajó el brazo.

—¿Qué?

—Ha bebido sangre contaminada —explicó Clary—. No es culpa suya.

Robert clavó su mirada azul en Simon.

—Hablaré contigo mañana en la reunión del Consejo, si estás sobrio —dijo—. Si Raphael Santiago quiere que tú me hables de algo, puedes decírmelo delante de la Clave.

—Yo no… —comenzó Simon.

Clary lo cortó rápidamente.

—Muy bien. Mañana vendrá conmigo a la reunión del Consejo. Simon, tenemos que regresar antes de que oscurezca, ya lo sabes.

Simon la miró un poco atontado.

—¿Sí?

—Mañana, en el Consejo —repitió Robert secamente; se volvió y se dirigió a grandes pasos hacia su casa. Isabelle vaciló un instante. Llevaba una camisa oscura suelta y vaqueros, los pies descalzos sobre la piedra de la calle. Estaba temblando.

—¿De dónde ha sacado la sangre que ha bebido? —preguntó, señalando a Simon con un gesto de la mano.

—Raphael —explicó Clary.

Isabelle puso los ojos en blanco.

—Mañana estará bien —aseguró—. Mételo en la cama. —Saludó con la mano a Helen y a Aline, que estaban apoyadas en el poste de la verja en actitud de descarada curiosidad—. Os veré mañana en la reunión.

—Isabelle… —comenzó Simon, mientras agitaba los brazos con vehemencia, pero antes de que pudiera hacer más daño, Clary lo agarró por la parte trasera de la chaqueta y lo arrastró hacia la calle.

A causa de que Simon siguió protestando a lo largo de varios callejones e insistió en entrar en una tienda de dulces cerrada, era casi oscuro cuando

llegaron a casa de Amatis. Clary miró alrededor buscando al vigilante que Jocelyn había dicho que apostaría allá, pero no vio a nadie. O bien estaba perfectamente escondido, o, lo más seguro, ya se había ido a informar a los padres de Clary de su tardanza.

Con rostro serio, Clary subió los escalones hasta la casa, abrió la puerta y metió a Simon dentro. Este había dejado de protestar y comenzado a bostezar en algún punto de la plaza de la Cisterna, y ya se le estaban cerrando los ojos.

—Odio a Raphael —dijo.

—Estaba pensando lo mismo —repuso Clary mientras le hacía dar la vuelta—. Venga. Vamos a meterte en la cama.

Lo arrastró hasta el sofá, donde Simon se dejó caer sobre los cojines. Una tenue luz de luna se filtraba por las cortinas de encaje que cubrían las grandes ventanas delanteras. Los ojos de Simon eran del color de cuarzo ahumado, e intentaba mantenerlos abiertos.

—Deberías dormir —le dijo Clary—. Seguramente mamá y Luke estarán de vuelta en unos minutos. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Clary. —Simon la agarró por la manga—. Ten cuidado.

Ella se soltó suavemente, fue hacia la escalera y cogió una piedra de luz mágica para iluminarse. Las ventanas del pasillo del piso superior estaban abiertas, y la fresca brisa que soplaba en el corredor, cargada del olor de la piedra de la ciudad y del agua del canal, le apartó el cabello del rostro. Clary llegó a su dormitorio, abrió la puerta… y se quedó helada.

La luz mágica latía en su mano y lanzaba brillantes rayos por la habitación. Había alguien sentado en su cama. Un alguien alto, con el cabello casi blanco, una espada sobre el regazo y un brazalete de plata que brillaba como fuego bajo la luz mágica.

«Si no puedo convencer al Cielo, moveré los Infiernos».

—Hola, hermana mía —la saludó Sebastian.

10

ESOS PLACERES VIOLENTOS

Clary oyó su propia respiración resonarle en los oídos.

Pensó en la primera vez que Luke la había llevado a nadar al lago de la granja, y en cómo se había hundido tan profundamente en el agua azul verdosa que el mundo exterior desapareció y solo quedó el sonido de su propio corazón, resonante y distorsionado. Se preguntó si había dejado el mundo atrás, si siempre estaría perdida, hasta que Luke la sacó, desorientada y escupiendo agua, de nuevo a la luz.

En ese momento se sentía igual, como si se hubiera topado con otro mundo, distorsionado, sofocante e irreal. La habitación era la misma, los mismos muebles gastados y paredes de madera, la coloreada alfombra, apagada y blanqueada por la luz de la luna, pero Sebastian había aparecido en medio de todo eso como una flor exótica y venenosa saliendo de un lecho de hierbas comunes.

En lo que le pareció a cámara lenta, Clary se volvió para salir corriendo por la puerta abierta, pero vio que se le cerraba en la cara. Una fuerza invisible la sujetó, la hizo volverse y la empujó con fuerza contra la pared del cuarto. Se golpeó la cabeza contra la madera. Parpadeó para alejar las lágrimas de dolor y trató de mover las piernas. No pudo. Estaba clavada a la pared, paralizada de cintura para abajo.

—Mis disculpas por el hechizo de sujeción —se excusó Sebastian en un tono ligero y burlón. Se apoyó en las almohadas y estiró los brazos hasta tocar el cabezal, arqueándose como un gato. La camiseta se le subió y le dejó al descubierto el estómago, blanco y plano, marcado con líneas de runas. Había algo que pretendía ser claramente seductor en esa postura, algo que hizo que una náusea le revolviera el estómago a Clary—. Me ha costado un poco prepararlo, pero ya sabes cómo son estas cosas. No se pueden correr riesgos.

—Sebastian. —Para su sorpresa, la voz no le tembló. Clary notaba cada centímetro de su piel. Se sentía expuesta y vulnerable, como si estuviera sin traje o sin protección ante una cascada de cristales rotos que cayeran de lo alto—. ¿Por qué estás aquí?

El anguloso rostro de Sebastian estaba pensativo, escrutante. Una serpiente tumbada al sol, despertándose, aún no peligrosa.

—Porque te he añorado, hermanita. ¿Tú me has añorado?

Clary pensó en gritar, pero Sebastian le pondría una daga en el cuello antes de que consiguiera emitir cualquier sonido. Trató de calmar los latidos de su corazón. Había sobrevivido a él antes, podía hacerlo de nuevo.

—La última vez que nos vimos, me apuntabas con una ballesta a la espalda —contestó ella—. Así que la respuesta es no.

Él trazó un lento dibujo en el aire con el dedo.

—Mentirosa.

—Tú también —replicó ella—. No has venido aquí porque me añorabas; has venido porque quieres algo. ¿Qué?

De repente, él se puso en pie con gran agilidad, demasiado rápido como para que ella captara el movimiento. El cabello casi blanco le caía sobre los ojos. Clary recordó estar en la orilla del Sena con él, mirando cómo la luz le iluminaba el pelo, tan fino y claro como el delicado estambre de un diente de león. Se preguntó si Valentine habría sido igual de joven.

—Quizá quiera negociar una tregua —respondió Sebastian.

—La Clave no va a negociar ninguna tregua contigo.

—¿De verdad? ¿Después de lo de anoche? —Dio un paso hacia ella. Clary volvió a darse cuenta de que no podía escapar corriendo. Contuvo un

grito—. Estamos en dos bandos diferentes. Tenemos ejércitos enfrentados. ¿No es eso lo que se hace? ¿Negociar una tregua? Es eso o luchar hasta que uno pierda tanta gente como para rendirse. Pero quizá no me interese una tregua con ellos. Quizá solo me interese una tregua contigo.

—¿Por qué? Tú no perdonas. Lo sé. Lo que hice, tú no lo perdonarías.

Sebastian se movió de nuevo, un seco destello, y de repente estaba encima de ella, con los dedos rodeándole la muñeca izquierda y sujetándosela por encima de la cabeza.

—¿Qué parte? ¿La destrucción de mi casa, de la casa de nuestro padre? ¿Traicionarme y mentirme? ¿Romper mi lazo con Jace?

Clary podía verle la rabia en los ojos, notar los latidos de su corazón.

Lo único que deseaba era darle una patada, pero las piernas no se le movían. Le tembló la voz.

—Cualquiera.

Lo tenía tan cerca que notó cuándo relajó el cuerpo. Era delgado como un galgo, musculoso, duro; sus afilados ángulos la aprisionaban.

—Creo que puedes haberme hecho un favor. Quizá incluso era lo que pretendías —continuó Sebastian. Y Clary pudo verse reflejada en sus inquietantes ojos; los iris tan oscuros que casi se le fundían con las pupilas—. Era demasiado dependiente del legado y la protección de nuestro padre. De Jace. Tenía que valerme por mí mismo. A veces debes perderlo todo para volver a ganarlo, y esta recuperación es aún más dulce después del dolor de la pérdida. Yo solo he unido a los Oscurecidos. Yo solo he forjado alianzas. Yo solo he tomado los Institutos de Buenos Aires, de Bangkok, de Los Ángeles…

—Tú solo has asesinado a gente y destruido familias —replicó ella—. Había un vigilante fuera de la casa. Estaba ahí para protegerme. ¿Qué has hecho con él?

—Recordarle que debía hacer mejor su trabajo —contestó Sebastian—. Proteger a mi hermana. —Alzó la mano con la que no le aprisionaba la muñeca contra la pared y le cogió un rizo del cabello y lo frotó entre los dedos—. Rojo —dijo con voz adormilada—, como el ocaso, la sangre y el fuego. Como el punto de entrada de una estrella fugaz, que arde al entrar en

contacto con la atmósfera. Somos Morgenstern —añadió, con un oscuro dolor en la voz—. Las brillantes estrellas matutinas. Los hijos de Lucifer, el más hermoso de todos los ángeles de Dios. Somos mucho más hermosos cuando caemos. —Calló un momento—. Mírame, Clary, mírame.

Ella lo miró sin ganas. Sebastian le clavaba los negros ojos con una aguda ansia; contrastaban con el cabello casi blanco, la pálida piel, el ligero rubor rosa en las mejillas. La artista que había en Clary sabía que era hermoso, del mismo modo que eran hermosas las panteras, o las botellas de veneno hirviente, o los pulidos esqueletos de los muertos. Luke le había dicho una vez que su talento era ver la belleza y el horror en las cosas corrientes. Y aunque Sebastian no tenía nada de corriente, en él, ella veía ambas cosas.

—Lucifer Morningstar era el ángel más hermoso del Cielo, la creación de la que más orgulloso se sentía Dios. Y entonces llegó el día en que Lucifer se negó a inclinarse ante la humanidad. Ante los humanos. Porque sabía que eran inferiores a él. Y por eso fue lanzado al abismo junto con los ángeles que se habían unido a él: Belial, y Azazel, y Asmodeus, y Leviathan. Y Lilith. Mi madre.

—Ella no es tu madre.

—Tienes razón. Es más que mi madre. Si fuera mi madre, yo sería un brujo. En vez de eso, me alimentaron con su sangre antes de nacer. Soy algo muy diferente de un brujo, algo mucho mejor. Porque hubo un tiempo en que Lilith fue un ángel.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los demonios son ángeles que tomaron malas decisiones en su vida?

—Los demonios mayores no son tan diferentes de los ángeles —respondió Sebastian—. Nosotros, tú y yo, no somos tan diferentes. Ya te lo he dicho antes.

—Lo recuerdo. «Tienes un corazón oscuro dentro de ti, hija de Valentine».

—¿Y no es así? —preguntó él. Fue bajando la mano, acariciándole los rizos, hasta el cuello, y luego se la deslizó por el pecho hasta dejársela sobre el corazón. Clary notó su latido golpeándole las venas. Quería empujarlo,

pero se obligó a dejar el brazo derecho colgando al costado. Tenía los dedos en el borde de la chaqueta, y bajo la chaqueta tenía a *Heosphoros*. Incluso si no podía matarlo, quizá podría emplear la espada para derribarlo el tiempo suficiente para que llegara ayuda. Quizá incluso pudiera atraparlo.

—Nuestra madre me engañó —continuó él—. Me negó y me odió. Yo era un niño y ella me odiaba. Como hizo nuestro padre.

—Valentine te crio…

—Pero todo su amor fue para Jace. El problemático, el rebelde, el maltrecho. Hice todo lo que nuestro padre me pidió, y él me odió por ello. Y también te odiaba a ti. —Le brillaban los ojos, plata sobre negro—. Resulta irónico, ¿verdad, Clarissa? Nosotros éramos de la sangre de Valentine, y él nos odiaba. A ti porque apartaste a nuestra madre de él. Y a mí porque era exactamente lo que me había criado para ser.

Clary recordó a Jace, ensangrentado y herido, con la espada Morgenstern en la mano, en la orilla del lago Lyn, gritando a Valentine: «¿Por qué me cogiste? No necesitabas un hijo. Ya tenías un hijo».

Y Valentine, con voz gruesa: «No era un hijo lo que necesitaba. Era un soldado. Había pensado que Jonathan podría ser ese soldado, pero había demasiado de demonio en él. Era demasiado salvaje, demasiado brusco, no lo suficientemente sutil. Incluso entonces, cuando solo era poco más que un bebé, ya temí que nunca tendría la paciencia o la compasión para seguirme, para guiar a la Clave tras mis pasos. Así que lo intenté de nuevo contigo. Y contigo tuve el problema opuesto. Eras demasiado bueno. Con demasiada empatía. Y entiéndelo, hijo mío: yo te amé por eso».

Clary oía la respiración de Sebastian, seca en el silencio.

—Sabes que lo que digo es la verdad —dijo él.

—Pero no sé por qué importa.

—¡Porque somos iguales! —Sebastian alzó la voz. Ella se encogió un poco, lo que le permitió mover los dedos otro milímetro hacia la empuñadura de *Heosphoros*—. Eres mía —añadió él, y su esfuerzo por controlar la voz resultó evidente—. Siempre has sido mía. Cuando naciste, fuiste mía, mi hermana, aunque no me conocieras. Hay lazos que nada puede romper. Y por eso te estoy dando una segunda oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? —Bajó la mano otro centímetro.

—Voy a ganar esto —afirmó él—. Lo sabes. Estuviste en el Burren y en la Ciudadela. Has visto el poder de los Oscurecidos. Sabes lo que puede hacer la Copa Infernal. Si le das la espalda a Alacante, vienes conmigo y me juras tu lealtad, te daré lo que no le he dado a nadie nunca, porque lo he reservado para ti.

Clary dejó caer la cabeza contra la pared. Se le retorcía el estómago. Los dedos casi le tocaban el pomo de la espada. Sebastian tenía los ojos fijos en ella.

—¿Qué me darás?

Entonces él sonrió, exhalando, como si la pregunta fuera, de algún modo, un alivio. Pareció brillar por un momento en su propia convicción; mirarlo era como ver arder una ciudad.

—Piedad —contestó.

La cena era sorprendentemente elegante. Magnus había cenado con las hadas solo unas pocas veces en toda su vida, y la decoración siempre había tendido a ser naturalista: mesa de troncos, cubertería hecha con ramas elaboradamente trabajadas, bandejas de frutos secos y bayas. Siempre se había quedado con la impresión de que habría disfrutado más de haber sido una ardilla.

Sin embargo, en Idris, en la casa que cedían a los seres mágicos, la mesa estaba puesta con manteles de lino blanco. Luke, Jocelyn, Raphael, Meliorn y Magnus comían en platos de caoba pulida; las botellas eran de cristal y la cubertería, por deferencia tanto a Luke como a las hadas presentes, no era de plata ni de hierro, sino de delicados tallos. Los caballeros hadas hacían guardia, silenciosos e inmóviles, en cada una de las salidas de la estancia. Largas picas blancas que despedían una tenue iluminación se hallaban a su lado, y proporcionaban un suave brillo por toda la sala.

La comida tampoco era mala. Magnus pinchó un trozo de un *coq au vin* realmente decente y masticó pensativo. Aunque la verdad era que no tenía mucho apetito. Estaba nervioso; un estado que le resultaba abominable. En

algún lugar fuera de allí, más allá de esos muros y de esa obligatoria cena, se hallaba Alec. No los separaba un gran espacio geográfico. Claro que en Nueva York tampoco habían estado muy lejos el uno del otro, pero el espacio que los separaba no eran kilómetros, sino las experiencias vitales de Magnus.

Era raro, pensó. Siempre se había considerado una persona valiente. Se necesitaba coraje para vivir una vida inmortal y no cerrar el corazón y la mente a experiencias o gente nueva. Porque lo que era nuevo casi siempre era temporal. Y lo que era temporal te rompía el corazón.

—¿Magnus? —lo llamó Luke, agitando un tenedor de madera casi bajo su nariz—. ¿Estás prestando atención?

—¿Qué? Claro que sí —respondió Magnus, y tomó un trago de vino—. Estoy de acuerdo. Al cien por cien.

—¿De verdad? —replicó Jocelyn con sequedad—. ¿Estás de acuerdo en que los subterráneos deberían desentenderse del problema de Sebastian y su ejército oscuro y dejárselo a los cazadores de sombras, como si fuera un asunto exclusivo de estos?

—Ya te he dicho que no estaba prestando atención —indicó Raphael, al que habían servido una *fondue* de sangre y parecía estar disfrutándola inmensamente.

—Bueno, es un asunto de los cazadores de sombras… —comenzó Magnus, y luego suspiró mientras dejaba la copa de vino sobre la mesa. El vino era bastante fuerte y comenzaba a sentirse achispado—. Vale, de acuerdo, no estaba escuchando. Y no, claro que no creo eso…

—El perrito faldero de los cazadores de sombras —soltó Meliorn. Tenía los verdes ojos entrecerrados. Los seres mágicos y los brujos siempre habían mantenido una relación algo difícil. A ninguno de ellos les gustaban demasiado los cazadores de sombras, lo que les proporcionaba un enemigo común, pero los seres mágicos despreciaban a los brujos por estar dispuestos a hacer magia a cambio de dinero. Por su parte, los brujos desdeñaban a los seres mágicos por su incapacidad de mentir, sus costumbres inalterables y su tendencia a molestar tontamente a los mundanos agriándoles la leche y robándoles las vacas—. ¿Hay alguna razón

por la que desees conservar tu cordialidad con los cazadores de sombras, aparte del hecho de que uno de ellos es tu querido?

Luke tosió violentamente sobre su vino. Jocelyn le palmeó la espalda. Raphael parecía divertido.

—Ponte al día, Meliorn —replicó Magnus—. Ya nadie dice «querido».

—Además —añadió Luke—. Han roto. —Se frotó los ojos con el dorso de la mano y suspiró—. Y la verdad, ¿es necesario estar cotilleando ahora? No veo cómo las relaciones personales de nadie tienen que ver con esto.

—Todo tiene que ver con las relaciones personales —sentenció Raphael, mientras hundía algo de mal aspecto en su *fondue*—. ¿Por qué tenéis este problema los cazadores de sombras? Porque Jonathan Morgenstern os ha jurado venganza. ¿Por qué ha jurado vengarse? Porque odia a su padre y a su madre. No deseo ofenderos —añadió, señalando a Jocelyn con un gesto de cabeza—. Pero todos sabemos que es la verdad.

—No es ninguna ofensa —contestó Jocelyn, aunque su tono era glacial —. De no ser por Valentine y por mí, Sebastian no existiría, en cualquier sentido de la palabra. Asumo total responsabilidad por eso.

Luke parecía a punto de estallar.

—Fue Valentine quien lo convirtió en un monstruo —indicó—. Y sí, Valentine era un cazador de sombras. Pero no es como si el Consejo lo hubiera respaldado o apoyado, ni a él ni a su hijo. Están abiertamente en guerra con Sebastian y quieren vuestra ayuda. Todas las razas, licántropos, vampiros, brujos, y sí, las hadas, tienen el potencial de hacer el bien o el mal. Parte del propósito de los Acuerdos es decir que todos los que hacemos el bien, o tratamos de hacerlo, estamos unidos contra los que hacen el mal. Sin tener en cuenta los lazos de sangre.

Magnus apuntó a Luke con el tenedor.

—Eso —dijo— ha sido un bonito discurso. —Calló un momento. Estaba arrastrando las palabras, sin duda. ¿Cómo se había emborrachado tanto con tan poco vino? Por lo general tenía mucho más cuidado. Frunció el ceño.

—¿Qué clase de vino es este? —preguntó.

Meliorn se echó atrás en su silla y cruzó los brazos.

—¿Acaso el *vintage* no te complace, brujo? —respondió con un destello en los ojos.

Jocelyn dejó su copa lentamente.

—Cuando las hadas responden a una pregunta con otra pregunta, es mala señal.

—Jocelyn… —Luke fue a ponerle la mano en la muñeca.

Falló.

Se miró tontamente la mano durante un instante, y luego la bajó lentamente hasta la mesa.

—¿Qué has hecho, Meliorn? —preguntó, pronunciando cada palabra con mucho cuidado.

El caballero hada se echó a reír. El sonido fue una mezcolanza musical a oídos de Magnus. El brujo fue a dejar su copa de vino, pero se dio cuenta de que ya la había derribado. El vino se había extendido por la mesa como la sangre. Alzó la mirada y miró a Raphael, pero este ya estaba boca abajo sobre la mesa, inmóvil. Magnus trató de formar su nombre con los dormidos labios, pero no le salió ningún sonido.

De algún modo, consiguió ponerse en pie. La sala le daba vueltas. Vio a Luke hundirse en la silla. Jocelyn se puso en pie, pero solo consiguió desplomarse sobre el suelo; la estela le cayó rodando de la mano. Magnus fue a trompicones hasta la puerta y la abrió…

En el otro lado se hallaban los Oscurecidos, cubiertos con sus trajes de combate rojos. Tenían el rostro inexpresivo, los brazos y el cuello decorados con runas, pero ninguna le resultó conocida a Magnus. Esas runas no eran las runas del Ángel. Hablaban de disonancia, de reinos demoníacos y oscuros, de poderes caídos.

Magnus trató de alejarse de ellos, y las piernas le cedieron. Cayó de rodillas. Algo blanco se alzó ante él. Era Meliorn, con su armadura nívea, que se apoyaba en una rodilla para mirar a Magnus a la cara.

—Hijo de demonio —dijo—. ¿De verdad creías que alguna vez nos aliaríamos con los de tu especie?

Magnus respiró hondo. El mundo se le estaba oscureciendo por los bordes, como una fotografía al quemarse, curvándose por los lados.

—Los seres mágicos no mienten —dijo balbuceante.

—Niño —replicó Meliorn, y casi había compasión en su voz—. ¿No sabes después de todos estos años que el engaño se puede ocultar a plena vista? Oh, después de todo, eres un inocente.

Magnus trató de alzar la voz para protestar y decir que era cualquier cosa menos inocente, pero las palabras no le llegaban a la boca. Sin embargo, la oscuridad si llegó, y se lo llevó.

A Clary se le retorcía el corazón en el pecho. Intentó de nuevo mover los pies y darle una patada a Sebastian, pero seguía teniendo las piernas inmovilizadas.

—¿Crees que no sé lo que quieres decir con piedad? —susurró—. Me harás beber de la Copa Mortal. Me convertirás en uno de tus Oscurecidos, como a Amatis…

—No —negó él con una extraña urgencia en la voz—. No te Cambiaré si tú no quieres. Te perdonaré, y también a Jace. Podréis estar juntos.

—Juntos contigo —replicó ella, y dejó que una sombra de ironía le tiñera la voz.

Pero él no pareció captarlo.

—Juntos conmigo. Si me juras lealtad, te prometo por el nombre del Ángel que te creeré. Cuando todo lo demás Cambie, solo a ti te salvaré.

Ella bajó la mano otro centímetro, y ya podía tocar la empuñadura de *Heosphoros*. Lo único que tenía que hacer era cerrar la mano a su alrededor…

—¿Y si no?

La expresión de Sebastian se oscureció.

—Si me rechazas ahora, transformaré a todos los que amas en Oscurecidos, y a ti te dejaré para el final, para que tengas que verlos Cambiar cuando aún te cause dolor.

Clary tragó saliva para humedecerse la reseca garganta.

—¿Esa es tu piedad?

—La piedad es a condición de que aceptes.

—No aceptaré.

Las pestañas bajas de Sebastian tamizaban la luz; su sonrisa prometía cosas terribles.

—¿Y cuál es la diferencia, Clarissa? Lucharás por mí hagas lo que hagas. O mantienes tu libertad y te unes a mí, o la pierdes y te unes a mí. ¿Por qué no estar conmigo?

—El ángel —dijo Clary—. ¿Cómo se llamaba?

Sorprendido, Sebastian vaciló un momento antes de responder.

—¿El ángel?

—Al que le cortaste las alas que enviaste al Instituto —le recordó ella—. El que mataste.

—No lo entiendo —repuso él—. ¿Qué diferencia hay?

—No —contestó ella lentamente—. Tú no lo entiendes. Has hecho cosas que son demasiado terribles para perdonar, y tú sabes que son terribles. Y es por eso que no. Por eso nunca, nunca te perdonaré. Nunca te amaré. Nunca.

Vio que cada una de esas palabras lo golpeaba como una bofetada. Y mientras él cogía aire para responder, Clary blandió la hoja de *Heosphoros* hacia él, contra su corazón.

Pero Sebastian fue más rápido, y tener las piernas inmovilizadas mágicamente limitaba el alcance de sus movimientos. Él se apartó. Clary trató de cogerlo y tirar de él hacia sí, pero Sebastian se liberó con facilidad. Clary oyó un repiqueteo y se dio cuenta vagamente de que le había sacado el brazalete de plata. Este resonó contra el suelo. Le lanzó otro tajo con la espada y él saltó hacia atrás, aunque no lo sufientemente rápido como para evitar que *Heosphoros* le hiciera un corte limpio en la pechera de la camisa. Clary lo vio hacer una mueca de dolor y rabia. Sebastian la cogió del brazo, le retorció la mano y se la golpeó contra la puerta. Clary perdió la fuerza hasta el hombro. Se le aflojaron los dedos y *Heosphoros* le cayó de la mano.

Sebastian miró la espada caída y luego volvió a mirarla a ella, jadeando. La sangre manchaba la tela de la camisa donde ella lo había cortado; pero no era una herida que fuera a detenerlo. Clary sintió que la decepción la invadía, más dolorosa que la molestia de la muñeca. Él la aprisionó con

todo su peso contra la puerta. Clary notó la tensión en todo el cuerpo de Sebastian.

—Esa espada es *Heosphoros*, la Portadora del Alba. ¿Dónde la has encontrado?

—En una tienda de armas —contestó ella casi sin aliento. Volvía a notar el intenso dolor en el hombro—. La dueña me la regaló. Dijo que nadie más querría… que nadie querría nunca una espada Morgenstern. Nuestra sangre está manchada.

—Pero es nuestra sangre. —Remarcó las palabras—. Y aceptaste la espada. La querías.

Clary notaba el calor que irradiaba Sebastian; parecía bullir a su alrededor, como la llama de una estrella moribunda. Sebastian inclinó la cabeza y sus labios rozaron el cuello de Clary. Le habló contra la piel, las palabras al ritmo de su pulso. Clary cerró los ojos estremeciéndose mientras él le pasaba las manos por el cuerpo.

—Mientes cuando dices que nunca me amarás —dijo—. Que somos diferentes. Mientes igual que yo…

—Para —exigió ella—. Quítame las manos de encima.

—Pero eres mía —replicó Sebastian—. Quiero que… Necesito que… —Inspiró entrecortadamente. Tenía las pupilas muy dilatadas, y eso la aterrorizó más que nada de lo que él había hecho antes. Sebastian controlándose era aterrador; Sebastian descontrolado era algo demasiado horrible para contemplar.

—Suéltala —dijo una voz, dura y clara, desde el otro lado de la habitación—. Suéltala y deja de tocarla, o te haré arder hasta reducirte a cenizas.

Jace.

Clary lo vio por encima del hombro de Sebastian, allí donde no había habido nadie hacía un momento. Estaba frente a la ventana; las cortinas ondeaban a su espalda empujadas por la brisa del canal y sus ojos eran tan duros como piedras de ágata. Llevaba puesto el traje de combate, la espada en la mano, aún con la sombra de los hematomas en el mentón y en el cuello, y su expresión, al mirar a Sebastian, era de absoluto aborrecimiento.

Clary notó que todo el cuerpo de Sebastian se tensaba contra el de ella; un instante después se apartó. Había puesto un pie sobre la espada de Clary y la mano voló hacia su cinturón. Su sonrisa era afilada como una cuchilla, pero había inquietud en sus ojos.

—Ven e inténtalo —lo desafió—. En la Ciudadela tuviste suerte. No esperaba que ardieras así cuando te corté. Ese fue mi error. No lo cometeré dos veces.

Jace lanzó una rápida mirada a Clary con una pregunta; ella asintió para indicarle que estaba bien.

—Así que lo admites —dijo Jace, mientras se acercaba desplazándose lateralmente. Sus pasos casi no se oían sobre el suelo de madera—. El fuego celestial te sorprendió. Te descolocó. Por eso huiste. Perdiste la batalla de la Ciudadela, y no te gusta perder.

La afilada sonrisa de Sebastian se hizo un poco más radiante, y algo más crispada.

—No conseguí lo que fui a buscar. Pero aprendí mucho.

—No derribaste los muros de la Ciudadela —dijo Jace—. No llegaste a la armería. No transformaste a las Hermanas.

—No fui a la Ciudadela por las armas o las armaduras —replicó Sebastian—. Eso puedo conseguirlo con facilidad. Fui por vosotros. Por los dos.

Clary miró de reojo a Jace. Este estaba inmóvil e inexpresivo, como si tuviera el rostro tallado en piedra.

—No podías saber que estaríamos allí —dijo—. Estás mintiendo.

—No miento. —Prácticamente relucía, como una antorcha ardiente—. Puedo verte, hermanita. Puedo ver todo lo que ocurre en Alacante. Durante el día y la noche, en la oscuridad y en la luz, puedo verte.

—Cállate —le espetó Jace—. Eso no es cierto.

—¿De verdad? —replicó Sebastian—. ¿Cómo he sabido que Clary estaría aquí? ¿Sola? ¿Esta noche?

Jace avanzó sigilosamente hacia ellos, como un gato de caza.

—¿Y cómo es que no sabías que yo también estaría aquí?

Sebastian hizo una mueca.

—Es difícil vigilar a dos personas al mismo tiempo. Demasiados hierros en el fuego…

—Y si querías a Clary, ¿por qué no te la has llevado sin más? —le preguntó—. ¿Por qué pasar todo este rato charlando? —Su voz estaba cargada de desprecio—. Quieres que ella desee irse contigo —se contestó a sí mismo—. Nadie en toda tu vida ha hecho nada que no sea despreciarte. Tu madre, tu padre. Y ahora tu hermana. Clary no nació con el odio en el corazón. Tú has hecho que te odie. Pero eso no era lo que querías. Te olvidas de que estuvimos unidos, tú y yo. Te olvidas de que he visto tus sueños. En algún lugar dentro de esa cabeza tuya hay un mundo de llamas, y tú lo miras desde lo alto sentado en la sala del trono, y en esa sala hay dos tronos. ¿Y quién ocupa el segundo trono? ¿Quién se sienta junto a ti en tus sueños?

Sebastian soltó una carcajada entrecortada. Tenía las mejillas enrojecidas, como si tuviera fiebre.

—Te estás equivocando al hablarme así, chico ángel.

—Incluso en tus sueños no estás sin compañía —continuó Jace, y en ese momento su voz volvió a ser la voz que había enamorado a Clary, la voz del chico que le había contado la historia de un niño y un halcón y las de las lecciones que había aprendido—. Pero ¿a quién encontrarás que quiera entenderte? No comprendes el amor; nuestro padre te enseñó demasiado bien. Pero entiendes la sangre. Clary es tu sangre. Si pudieras tenerla a ella junto a ti, contemplando el mundo arder, lograrías toda la aprobación que necesitas.

—Nunca he deseado la aprobación de nadie —replicó Sebastian con los dientes apretados—. Ni la tuya, ni la suya, ni la de nadie.

—¿De verdad? —Jace sonrió al oír a Sebastian alzar la voz—. Entonces ¿por qué nos has dado tantas segundas oportunidades? —Había dejado de avanzar y estaba frente a ellos, con los ojos de oro pálido brillando bajo la tenue luz—. Tú mismo lo has dicho. Me acuchillaste. Dirigiste tu hoja al hombro. Podrías haber ido a por el corazón. Te estabas conteniendo. ¿Para qué? ¿Por mí? ¿O porque en alguna pequeña parte de tu cerebro sabías que Clary nunca te perdonaría si acababas con mi vida?

—Clary, ¿quieres decir algo sobre este asunto? —preguntó Sebastian, aunque no apartó los ojos de la espada de Jace—. ¿O necesitas que él responda por ti?

Jace miró a Clary, y Sebastian también. Ella sintió el peso de ambas miradas durante un momento, negro y oro.

—Nunca he querido ir contigo, Sebastian —afirmó—. Jace tiene razón. Si la elección es pasar la vida contigo o morir, prefiero morir.

Los ojos de Sebastian se ensombrecieron.

—Cambiarás de opinión —le aseguró—. Subirás a ese trono conmigo por propia voluntad, cuando llegue la hora de la verdad. Te he dado la oportunidad de venir voluntariamente ahora. He pagado con sangre e inconvenientes para tenerte conmigo por propia voluntad. Pero no me importará llevarte sin tu consentimiento.

—¡No! —exclamó Clary, y justo en ese momento se oyó un golpe abajo. De repente, la casa se llenó de voces.

—Oh, vaya —exclamó Jace con la voz cargada de sarcasmo—. Quizá haya enviado un mensaje de fuego a la Clave cuando he visto al vigilante que has matado y escondido bajo ese puente. Que estupidez por tu parte no ocuparte de él con más cuidado, Sebastian.

La expresión de Sebastian se tensó, pero fue algo tan breve que Clary supuso que la mayoría de la gente no lo hubiera ni notado. Fue a coger a Clary mientras formaba palabras con los labios: un hechizo para liberarla de la fuerza que la mantenía pegada a la pared. Ella presionó y lo empujó en el momento que Jace saltaba hacia ellos lanzando un tajo con la espada…

Sebastian se dio la vuelta, pero la hoja lo alcanzó marcándole una línea de sangre en el brazo. Se tambaleó hacia atrás dando un grito… y se detuvo. Sonrió mientras Jace lo miraba, pálido.

—El fuego celestial —dijo Sebastian—. Aún no sabes cómo controlarlo. A veces funciona y a veces no, ¿eh, hermanito?

Los ojos de Jace ardieron dorados.

—Eso ya lo veremos —replicó, y se lanzó a por Sebastian. La espada cortó la oscuridad con un destello de luz.

Pero Sebastian era demasiado rápido de todas maneras. Avanzó y le arrebató a Jace la espada de la mano. Clary se debatió, pero la magia de Sebastian seguía pegándola a la pared. Antes de que Jace pudiera moverse, Sebastian dio la vuelta a su espada y la hundió en su propio pecho.

La punta se clavó, rompiendo la camisa y luego la piel. Manó sangre roja, humana, tan oscura como los rubís. Era evidente que sentía dolor: un rictus de angustia le dejó los dientes al descubierto y respiraba entrecortadamente, pero seguía clavándose la espada con mano firme. La parte trasera de la camisa se rasgó cuando la atravesó la punta de la espada, y la sangre salió despedida.

El tiempo pareció estirarse como una goma elástica. La empuñadura llegó al pecho de Sebastian, la hoja le salía por la espalda, chorreando escarlata. Jace se había quedado helado por la impresión, y Sebastian lo agarró con las manos ensangrentadas y lo acercó a él.

—Puedo sentir el fuego del Cielo en tus venas, chico ángel, ardiéndote bajo la piel —dijo Sebastian por encima del ruido de los pasos que corrían escaleras arriba—. La pura fuerza de la destrucción por la bondad. Aún oigo tus gritos en el aire cuando Clary hundió en ti la espada. ¿Ardiste y ardiste? —Su voz sin aliento estaba cargada de una venenosa intensidad—. Crees que tienes un arma que puedes emplear contra mí, ¿verdad? Y quizá en cincuenta años, o cien, cuando aprendas a dominar el fuego, podrías hacerlo, pero tiempo es justamente lo que no tienes. El fuego arde sin control en tu interior, y es mucho más probable que te destruya a ti que a mí.

Sebastian alzó la mano y cogió a Jace por la nuca, acercándolo tanto a su rostro que las frentes casi se tocaban.

—Clary y yo somos iguales —afirmó Sebastian—. Y tú… tú eres mi espejo. Un día, ella me elegirá a mí en vez de a ti, eso te lo prometo. Y tú estarás allí para verlo. —Con un rápido movimiento, besó a Jace en la mejilla con fuerza. Cuando se apartó, le había dejado una mancha de sangre —. *Ave*, *master* Herondale —dijo, y dio una vuelta al anillo de plata que llevaba en el dedo. Y Sebastian desapareció en un centelleo.

Jace se quedó mirando boquiabierto el lugar donde Sebastian había estado, luego fue hacia Clary. Liberada de repente al desaparecer Sebastian, las piernas le cedieron. Cayó al suelo de rodillas y se lanzó hacia adelante inmediatamente para empuñar a *Heosphoros*. Cerró las manos sobre ella, la acercó a sí y se encogió rodeándola con el cuerpo, como si fuera un niño que necesitara protección.

—Clary… Clary… —Jace estaba allí. Se dejó caer de rodillas a su lado y la abrazó; ella se acurrucó entre sus brazos, la frente contra el hombro del chico. Clary se dio cuenta de que la camisa de Jace, y también su propia piel, estaban húmedas por la sangre de su hermano. En ese momento, la puerta se abrió y los guardias de la Clave entraron en la habitación.

—Aquí tienes —dijo Leila Haryana, una de los miembros más nuevos de la manada mientras le entregaba a Maia una pila de ropa.

Maia la cogió agradecida.

—Gracias, no tienes ni idea de lo que significa tener ropa limpia —comentó mientras miraba el montón: un top, vaqueros, una chaqueta de lana. Leila y ella eran más o menos de la misma talla, y aunque la ropa no le quedara demasiado bien, era mejor que volver al apartamento de Jordan. Ya hacía tiempo que Maia no había vivido en el cuartel de la manada, y todas sus cosas estaban en casa de Jordan y Simon, pero no le gustaba pensar en el piso sin ninguno de los chicos allí. Al menos, en el cuartel estaba con otros licántropos, rodeada del murmullo constante de voces, del olor de la comida preparada china o malaya, del ruido de la gente en la cocina. Y Bat estaba allí, sin meterse en su espacio pero siempre cerca por si ella quería hablar o simplemente sentarse en silencio, contemplando el tráfico de Baxter Street.

Claro que también había el lado malo. Rufus Hastings, enorme, marcado y temible en su traje negro de motorista, parecía estar en todas partes al mismo tiempo. Su enervante voz resultaba audible desde la cocina mientras mascullaba durante la comida que Luke Garroway no era un líder en el que se pudiera confiar, que iba a casarse con una antigua cazadora de

sombras, que su lealtad era cuestionable, que necesitaban a alguien que supieran que iba a poner en primer lugar a los licántropos.

—De nada. —Leila jugueteó con el clip dorado que llevaba en el pelo, incómoda—. Maia —dijo—. Solo un consejo: quizá sea mejor que rebajes un poco eso de la lealtad a Luke.

Maia se quedó parada.

—Pensaba que éramos leales a Luke —dijo dubitativa—. Y a Bat.

—Si Luke estuviera aquí, quizá —contestó Leila—. Pero casi no hemos sabido nada de él desde que se fue a Idris. El *Praetor* no es una manada, pero Sebastian nos ha tirado el guante. Quiere que elijamos entre los cazadores de sombras e ir a la guerra con ellos o…

—Va a haber guerra de cualquier manera —replicó Maia con voz baja cargada de furia—. Mi lealtad hacia Luke no es ciega. Conozco a los cazadores de sombras, y también he conocido a Sebastian. Nos odia. Intentar apaciguarlo no va a servir de nada…

Leila alzó las manos.

—Vale, vale. Como he dicho, solo era un consejo. Espero que te vaya bien la ropa —añadió, y se fue hacia la sala.

Maia se metió en los vaqueros, que le iban justos, como había supuesto; se puso la camisa y luego la chaqueta de lana. Cogió su monedero de la mesa, introdujo los pies en las botas y se encaminó hacia el pasillo para llamar a la puerta de Bat.

Este le abrió descamisado, cosa que ella no se esperaba. Aparte de la cicatriz en la mejilla, tenía otra en el brazo derecho, donde le habían disparado una bala, no de plata. La cicatriz parecía un cráter de la luna, blanca contra su oscura piel. Bat alzó una ceja.

—¿Maia?

—Mira —dijo—. Voy a decirle algo a Rufus. Les está llenando a todos la cabeza de mierda, y ya estoy harta.

—Espera. —Bat alzó una mano—. Me parece que no es una buena idea.

—No va a parar hasta que alguien se lo diga —insistió Maia—. Recuerdo habérmelo encontrado en el *Praetor*, con Jordan. *Praetor* Scott nos dijo que Rufus había mordido la pierna a otro licántropo sin ningún

motivo. Alguna gente ve un vacío de poder y quiere llenarlo. No les importa a quién fastidien.

Maia se volvió en redondo y se dirigió hacia abajo. Oyó a Bat soltando apagadas maldiciones a su espalda. Un segundo después se le unió en la escalera, poniéndose la camisa a toda prisa.

—Maia, de verdad que no…

—Ahí está —dijo ella. Habían llegado al vestíbulo, donde Rufus estaba apoyado en lo que antes había sido el escritorio de un sargento. Un grupo de unos diez licántropos, incluida Leila, estaban alrededor de él.

—… mostrarles que somos más fuertes —estaba diciendo Rufus—. Y que nuestra lealtad es para con nosotros. La fuerza de la manada es el lobo, y la fuerza del lobo es la manada. —Su voz era tan rasposa como Maia la recordaba, como si tuviera alguna antigua herida en el cuello. Las profundas cicatrices de su rostro resaltaban lívidas en su pálida piel. Sonrió al ver a Maia—. Hola —la saludó—. Creo que ya nos hemos visto alguna vez. Lamento lo de tu novio.

«Lo dudo mucho».

—La fuerza está en la lealtad y la unidad, no en dividir a la gente con mentiras —soltó Maia.

—¿Acabamos de conocernos y ya me estás llamando mentiroso? —replicó Rufus. Su actitud era aún normal, pero había una chispa de tensión latente, como un gato a punto de saltar.

—Si estás diciendo a la gente que deben mantenerse al margen de la guerra de los cazadores de sombras, entonces sí, eres un mentiroso. Sebastian no va a parar con los nefilim. Si los destruye, después vendrá a por nosotros.

—A él no le importan los subterráneos.

—¡Acaba de masacrar a todo el *Praetor Lupus*! —gritó Maia—. Lo que le importa es la destrucción. Y nos matará a todos.

—¡No si no nos unimos a los cazadores de sombras!

—Eso es mentira —replicó Maia. Vio a Bat pasarse la mano sobre los ojos, y luego algo la golpeó en el hombro y la lanzó hacia atrás. La pilló lo

suficientemente desprevenida para hacerla tambalearse, pero recuperó el equilibrio agarrándose a la mesa.

—¡Rufus! —rugió Bat, y Maia se dio cuenta de que era Rufus quien la había golpeado en el hombro. Apretó los dientes para no darle la satisfacción de verla hacer una mueca de dolor.

Rufus estaba sonriendo burlón en medio de un grupo de licántropos, que se habían quedado repentinamente inmóviles. Se oyeron murmullos cuando Bat se acercó ellos. Rufus era enorme y se alzaba por encima de Bat, los brazos tan gruesos como troncos.

—Rufus —dijo Bat—. Yo soy el líder aquí, en ausencia de Garroway. Has sido un huésped entre nosotros, pero no eres de nuestra manada. Es hora de que te marches.

Rufus miró a Bat con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás echando? ¿Sabiendo que no tengo adónde ir?

—Estoy seguro de que encontrarás algo —contestó Bat, y se dio la vuelta para marcharse.

—Te desafío —dijo Rufus—. Bat Velasquez, te desafío por el liderazgo de la manada de Nueva York.

—¡No! —exclamó Maia, horrorizada, pero Bat ya estaba cuadrándose de hombros. Miró a Rufus a los ojos; la tensión entre los dos hombres lobo era palpable en el ambiente.

—Acepto tu reto —contestó Bat—. Mañana por la noche, en Prospect Park. Nos encontraremos allí.

Se volvió en redondo y salió de la comisaría. Después de un instante, en cuanto pudo moverse, Maia corrió tras él.

El aire frío la golpeó cuando llegó a la escalera de entrada. Un viento helado se arremolinaba por Baxter Street y le atravesaba la chaqueta. Corrió escaleras abajo con el hombro aún dolorido.

Bat ya había llegado a la esquina cuando Maia lo alcanzó, lo cogió del brazo y lo hizo volverse hacia ella.

Sabía que la gente de la calle los estaba mirando, y por un momento deseó las runas de *glamour* de los cazadores de sombras. Bat la miró. Tenía una línea de furia entre los ojos, y su cicatriz resaltaba, blanca, en la mejilla.

—¿Estás loco? —le recriminó—. ¿Cómo has podido aceptar el reto de Rufus? Es enorme.

—Ya conoces las reglas, Maia —contestó Bat—. El desafío se debe aceptar.

—¡Solo si te desafía alguien de tu propia manada! Podrías haberte negado.

—Y habría perdido el respeto de toda la manada —replicó Bat—. Nunca más habrían estado dispuestos a acatar mis órdenes.

—Te matará —le advirtió Maia, y se preguntó si él oiría lo que le estaba diciendo por debajo de las palabras: que ella acababa de ver morir a Jordan, y que no creía poder soportar otra muerte.

—Quizá no. —Sacó del bolsillo algo que tintineaba y se lo puso en la mano. Al cabo de un instante, Maia se dio cuenta de qué era. Las llaves de Jordan—. Su furgoneta está aparcada al volver la esquina —indicó Bat—. Cógela y vete. No vuelvas a la comisaría hasta que esto se haya resuelto. No me fío de lo que pueda hacer Rufus contigo.

—Ven conmigo —le rogó Maia—. Nunca te ha importado ser el jefe de la manada. Podríamos irnos hasta que vuelva Luke y arregle todo esto…

—Maia. —Bat le puso la mano en la muñeca y la cerró suavemente—. Esperar a que Luke vuelva es justo lo que Rufus quiere que hagamos. Si nos marchamos, estamos abandonando la manada para que la recoja él. Y sabes lo que él decidirá hacer, o no hacer. Dejará que Sebastian acabe con los cazadores de sombras sin levantar un dedo, y cuando Sebastian decida ir acabando con nosotros como con las últimas piezas en un tablero de ajedrez, será demasiado tarde para todos.

Maia miró los dedos de Bat, suaves sobre su piel.

—Lo sé —continuó él—. Recuerdo cuando me dijiste que necesitabas más espacio. Que no podías mantener una relación de verdad. Te hice caso y te di espacio. Incluso empecé a salir con aquella chica, la bruja… ¿cómo se llamaba…?

—Eve —lo ayudó Maia.

—Eso, Eve. —A Bat pareció sorprenderle que ella lo recordara—. Pero eso no funcionó, y de todas formas, quizá te dejé demasiado espacio. Quizá

debería haberte dicho lo que sentía. Quizá debería…

Ella lo miró, sobresaltada y confusa, y lo vio cambiar de expresión; las defensas se le alzaron en el fondo de los ojos, ocultando su breve momento de vulnerabilidad.

—No importa —dijo—. No es justo que te cargue con esto ahora. —La soltó y dio un paso atrás—. Coge la furgoneta —insistió. Se alejó de ella y se metió entre la gente, en dirección a Canal Street—. Sal de la ciudad. Y cuídate, Maia. Por mí.

Jace dejó la estela en el brazo del sofá y pasó el dedo por el *iratze* que le había dibujado a Clary en el brazo. Un aro de plata le relucía en la muñeca. En algún momento, Clary no recordaba cuándo, él había recogido el brazalete que se le había caído a Sebastian y se lo había puesto en la muñeca. No tuvo ganas de preguntarle por qué.

—¿Cómo va?

—Mejor. Gracias. —Clary llevaba los vaqueros enrollados por encima de las rodillas, y observaba cómo los morados que tenía en las piernas iban desapareciendo lentamente. Estaban en una habitación del Gard, una especie de salón de lectura, supuso Clary. Había varias mesas y un largo sofá de cuero colocado ante una chimenea en la que ardía un pequeño fuego. Los libros se alineaban en una de las paredes. La sala estaba iluminada únicamente por el fuego de la chimenea. A través de la ventana abierta se veía Alacante y las brillantes torres de los demonios.

—Hey. —Jace la miró con sus ojos dorados—. ¿Estás bien?

Quiso decir que sí, pero la respuesta se le atascó en la garganta. Físicamente estaba bien. Las runas le habían curado los hematomas. Ella estaba bien, Jace estaba bien; Simon, que se había quedado frito a causa de la sangre drogada, había dormido durante todo el episodio y en ese momento seguía durmiendo en otra habitación del Gard.

Habían enviado un mensaje a Luke y a Jocelyn. La cena a la que asistían estaba protegida con salvaguardas por seguridad, les había explicado Jia, pero lo recibirían al salir. Clary tenía muchas ganas de volver

a verlos. El mundo le parecía inestable. Sebastian se había ido, al menos de momento, pero Clary seguía sintiéndose destrozada, angustiada, furiosa, con ganas de venganza y triste.

Antes de salir de casa de Amatis, los guardias le habían dejado coger una bolsa con sus cosas: una muda de ropa, el traje de combate, la estela, una libreta de dibujo y armas. Por un lado deseaba cambiarse de ropa, librarse del contacto de Sebastian en la tela, pero por otro no quería salir de la habitación, no quería quedarse sola con sus recuerdos y pensamientos.

—Estoy bien. —Se bajó las perneras de los vaqueros, se puso en pie y se acercó a la chimenea. Sabía que Jace la observaba desde el sofá. Extendió las manos como para calentárselas en el fuego, aunque no tenía frío. Lo cierto era que cada vez que pensaba en su hermano sentía la furia como una oleada de fuego líquido corriéndole por el cuerpo. Le temblaban las manos, y las contempló con una extraña distancia, como si fueran las de un desconocido.

—Sebastian te tiene miedo —dijo—. Lo ha disimulado, sobre todo al final, pero lo he notado.

—Le da miedo el fuego celestial —la corrigió Jace—. No creo que sepa exactamente lo que hace, al menos no mejor de lo que lo sabemos nosotros. Pero una cosa es cierta: no le hace daño tocarme.

—No —admitió ella, sin volverse para mirar a Jace—. ¿Por qué te habrá besado? —No era lo que había pretendido decir, pero no paraba de verlo en su cabeza, una y otra vez. Sebastian con la mano ensangrentada en la nuca de Jace, y luego el beso en la mejilla, extraño y sorprendente.

Clary oyó crujir el sofá de cuero cuando Jace cambió de postura.

—Era una especie de cita —explicó Jace—. De la Biblia. Cuando Judas besó a Jesús en el huerto de Getsemaní. Era la señal de la traición. Lo besó y dijo: «Salud, maestro», y así fue como los romanos supieron a quién debían arrestar y crucificar.

—Por eso te dijo «*Ave, master*» —apuntó Clary al darse cuenta—. «Salud, maestro».

—Quería significar que ha planeado ser el instrumento de mi destrucción. Clary, yo… —Jace dejó la frase a medias y ella se volvió para

mirarlo. Jace estaba sentado en el borde del sofá y se pasaba la mano por el alborotado cabello rubio, los ojos fijos en el suelo—. Cuando entré en la habitación y te vi allí, y a él, quise matarlo. Debería haberlo atacado inmediatamente, pero tenía miedo de que fuera una trampa. Que si iba hacia ti, hacia cualquiera de los dos, él encontraría la manera de matarte o herirte. Siempre ha retorcido todo lo que he hecho. Es inteligente. Más inteligente que Valentine. Y nunca he estado…

Clary esperó; el único sonido en la habitación era el crepitar de la leña húmeda en la chimenea.

—Nunca he estado tan asustado de nadie —acabó Jace, mascando las palabras.

Clary sabía lo mucho que le había costado a Jace decir eso; la mayor parte de su vida había ocultado expertamente su miedo, su dolor y cualquier vulnerabilidad perceptible. Quiso decirle algo, algo sobre que no debía tener miedo, pero no pudo. Ella también estaba asustada, y sabía que tenían buenas razones para estarlo. Nadie en Idris tenía mejores razones que ellos para estar aterrados.

—Se ha arriesgado mucho viniendo aquí —continuó Jace—. Ha dejado saber a la Clave que puede atravesar las salvaguardas. Tratarán de alzarlas de nuevo. Puede que funcione, puede que no, pero sin duda habrá sido un inconveniente para él. Tenía mucha necesidad de verte. Tanto como para que el riesgo valiera la pena.

—Aún cree que puede convencerme.

—Clary. —Jace se puso en pie y fue hacia ella con las manos por delante—. ¿Estás…?

Ella se encogió, apartándose de él. Una luz de asombro destelló en los dorados ojos de del chico.

—¿Qué pasa? —Se miró las manos; el leve brillo del fuego era visible en sus venas—. ¿El fuego celestial?

—No es eso —contestó ella.

—Entonces…

—Sebastian. Debería habértelo dicho antes, pero es que… no pude.

Jace no se movió, solo la miró.

—Clary, ya sabes que puedes contármelo todo.

Ella respiró hondo y miró hacia el fuego; observó cómo las llamas, doradas, verdes y azul zafiro, se perseguían unas a otras.

—En noviembre —comenzó—, antes de la batalla del Burren, después de que te fueras del apartamento, él se dio cuenta de que yo lo había estado espiando. Me aplastó el anillo, y luego me… me golpeó, me lanzó a través de una mesa de vidrio. Me tiró al suelo. Casi lo maté, estuve a punto de clavarle un trozo de vidrio en el cuello, pero me di cuenta de que si lo hacía, te estaría matando a ti también, así que no pude hacerlo. Y él estaba encantado. Se rio y me empujó contra el suelo. Me estaba quitando la ropa y recitando trozos del *Cantar de los Cantares* mientras me decía que los hermanos solían casarse entre ellos para mantener puras las líneas de sangre, que yo le pertenecía. Como si yo fuera una maleta con el monograma de su nombre grabado en mi piel…

Jace parecía asombrado de un modo que ella pocas veces lo había visto asombrarse. Podía descifrar las diferentes capas de su expresión: dolor, miedo, aprensión.

—¿Te… él te…?

—¿Me violó? —dijo, y la palabra sonó terrible y fea en el silencio de la sala—. No. No lo hizo. Se… detuvo. —Su voz se convirtió en un susurro.

Jace estaba blanco como la cera. Abrió la boca para decirle algo, pero ella solo pudo oír un eco distorsionado, como si volviera a estar bajo el agua. Temblaba violentamente, aunque hacía calor en la sala.

—Esta noche —continuó finalmente—. No me podía mover, y él me apretó contra la pared, y yo no podía escapar, y solo…

—Lo mataré —la interrumpió Jace. Había recobrado algo de color en el rostro y se lo veía grisáceo—. Lo cortaré en pedazos. Le cortaré las manos por haberte tocado…

—Jace —exclamó Clary. De repente se sentía exhausta—. Tenemos millones de razones para desear que esté muerto. Además —añadió con una sonrisa triste—, Isabelle ya le cortó la mano y no sirvió de nada.

Jace apretó el puño, se lo puso sobre el estómago y se lo hundió en el plexo solar, como si quisiera cortarse la respiración.

—Todo ese tiempo yo estaba conectado a él, sabía lo que pensaba, lo que deseaba, lo que quería. Pero no me lo imaginaba, no lo sabía. Y tú no me lo dijiste.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Jace…

—Lo sé —repuso él—. Lo sé. —Pero cerraba con tanta fuerza el puño que lo tenía blanco, con las venas muy marcadas, dibujándole una clara topografía sobre el dorso—. Lo sé, y no te culpo por no contármelo. ¿Qué podría haber hecho? He estado a dos pasos de él, y tengo un fuego en las venas con el que debería ser posible matarlo, y lo intenté y no funcionó. No he sido capaz de hacer que funcione.

—Jace.

—Lo siento. Es que… ya me conoces. Solo tengo dos reacciones ante las malas noticias. Una rabia incontrolable, y luego un giro brusco hacia un hirviente odio hacia mí mismo.

Clary permaneció en silencio. Por encima de todo estaba cansada, muy cansada. Explicarle lo que Sebastian le había hecho le había quitado un gran peso de encima, y lo único que quería en ese momento era cerrar los ojos y desaparecer en la oscuridad. Llevaba tanto tiempo rabiosa… Tanto si estaba comprando regalos con Simon como sentada en el parque, o sola en casa intentando dibujar, la rabia estaba siempre con ella.

Jace estaba luchando contra sí mismo; al menos no estaba intentando esconderle nada a ella, y Clary vio el rápido paso de las emociones por sus ojos: rabia, frustración, impotencia, culpabilidad y, finalmente, tristeza. Era una tristeza sorprendentemente apagada para ser Jace, y cuando él habló por fin, su voz también fue sorprendentemente apagada.

—Quisiera —dijo, sin mirarla a ella sino al suelo— poder decir lo adecuado, hacer lo adecuado, para que fuera más fácil para ti. Sea lo que sea que quieras de mí, quiero hacerlo. Quiero estar aquí para ti de cualquier forma que sea la mejor para ti, Clary.

—Eso —respondió ella a media voz.

Jace alzó la mirada.

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir. Ha sido perfecto.

Jace parpadeó.

—Bueno, me alegro, porque no estoy seguro de poder repetirlo. ¿Qué parte ha sido perfecta?

Clary sintió que se le curvaba el labio hacia arriba en un amago de sonrisa. Había algo muy de Jace en su reacción, su extraña mezcla de arrogancia y vulnerabilidad, de resistencia, amargura y devoción.

—Solo quiero saber —dijo ella— que tu opinión de mí no ha cambiado. Que no me consideras peor.

—No. No —exclamó él, horrorizado—. Eres valiente y brillante y perfecta, y te amo. Te amo y siempre te he amado. Y las acciones de un loco no van a cambiar eso.

—Siéntate —le pidió ella, y él se sentó sobre el crujiente sofá de piel, con la cabeza hacia atrás, mirándola. El reflejo de la luz del fuego se arremolinaba como chispas en su cabello. Clary respiró hondo, fue hacia él y se sentó cuidadosamente sobre su regazo—. ¿Puedes abrazarme?

Él la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho. Ella notó los músculos de los brazos, la fuerza de la espalda mientras él la abrazaba con cariño, mucho cariño. Tenía las manos hechas para luchar, y sin embargo podía ser delicado con ella, como con su piano, con las cosas que le importaban.

Ella se apretó contra él, de lado sobre su regazo, los pies en el sofá y la cabeza apoyada en su hombro. Notó el rápido latir del corazón de Jace.

—Ahora —dijo ella—. Bésame.

Él vaciló.

—¿Estás segura?

Clary asintió con la cabeza.

—Sí. Sí —afirmó—. Dios sabe que no hemos podido hacerlo mucho últimamente, pero siempre que te beso, cada vez que me tocas, es una victoria, si quieres saberlo. Sebastian hizo lo que hizo porque… porque no entiende la diferencia entre amar y poseer. Entre darte o que te cojan. Y pensó que si podía obligarme a que me diera, entonces él me tendría, sería suya, y para él eso es amor, porque no conoce nada más. Pero cuando yo te toco, lo hago porque quiero, y esa es la gran diferencia. Y él no puede tener

eso ni quitármelo a mí. No puede —repitió ella, y se inclinó para besarlo, un ligero roce de labios sobre labios, mientras se sujetaba con la mano en el respaldo del sofá.

Lo notó inspirar con fuerza ante la pequeña chispa que saltó entre ellos. Jace le frotó la mejilla con la suya; los mechones de sus cabellos enredados entre sí, rojo y dorado.

Entonces ella se acurrucó contra Jace. Las llamas bailaban en la chimenea, y parte de su calor se le metió a Clary en los huesos. Estaba apoyada en el hombro marcado con la estrella blanca de los hombres de la familia Herondale, y pensó en todos los que había habido antes de Jace, cuya sangre, huesos y vida le habían hecho ser lo que era.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él. Le estaba pasando la mano por el cabello y dejaba que los rizos se le escaparan entre los dedos.

—En que me alegro de habértelo contado —contestó ella—. Y tú ¿qué estás pensando?

Jace guardó silencio durante un largo instante, mientras las llamas subían y bajaban en la chimenea.

—Estaba pensando en lo que has dicho sobre Sebastian sintiéndose solo —respondió finalmente—. Intentaba recordar cómo era estar en aquella casa con él. Me llevó con él por montones de razones, seguro, pero sobre todo fue para tener compañía. La compañía de alguien que pensó que podría entenderlo, porque nos habían educado igual. Trataba de recordar si alguna vez me agradó de verdad, si me gustó pasar tiempo con él.

—No lo creo. Tú nunca parecías sentirte cómodo, no exactamente. Tú eras tú, aunque al mismo tiempo no lo eras. Es difícil de explicar.

Jace miró el fuego.

—No tan difícil —repuso—. Creo que hay una parte de nosotros que permanece separada de nuestra voluntad o nuestra mente, y que esa fue la parte que él no pudo alcanzar. Nunca fui exactamente yo, y él lo sabía. Quiere gustar a la gente, o ser amado de verdad, por lo que es, sinceramente. Pero no piensa que tenga que cambiar para merecer ese amor; en vez de eso, quiere cambiar el mundo entero, cambiar a la humanidad,

convertirlo en algo que lo ame. —Hizo una pausa—. Perdón por la psicología de sofá. Literalmente. Aquí estamos en un sofá.

Pero Clary estaba perdida en sus pensamientos.

—Cuando registré sus cosas, en la casa, encontré una carta que había escrito. No estaba acabada, pero iba dirigida a «mi hermosa». Recuerdo haber pensado que era muy raro. ¿Por qué razón escribiría una carta de amor? Quiero decir, entiende el sexo, más o menos, y el deseo, pero ¿el amor romántico? No, por lo que he podido comprobar.

Jace la acercó más a sí y la acomodó mejor en la curva de su costado. Ella no estaba segura de quién estaba consolando a quién, solo de que el corazón de Jace latía firme contra su piel, y el olor a jabón, metal y sudor que despedía le resultaba familiar y reconfortante. Clary se acurrucó; el agotamiento la atrapó y la arrastró hacia abajo; los párpados le pesaban. Habían sido un día y una noche muy, muy largos, y hubo otro largo día antes de ese.

—Si mi madre y Luke llegan mientras duermo, despiértame —le pidió.

—Oh, te despertarás —repuso Jace, medio adormilado—. Tu madre creerá que estoy tratando de aprovecharme de ti y me perseguirá por toda la sala con el atizador en la mano.

Ella le acarició la mejilla.

—Yo te protegeré.

Jace no contestó. Ya se había dormido, respirando regularmente contra ella, el ritmo de los latidos de uno en armonía con el del otro. Ella permaneció despierta, contemplando las saltarinas llamas con el ceño fruncido; las palabras «mi hermosa» le resonaban en los oídos como el recuerdo de unas palabras oídas en un sueño.

11

LO MEJOR SE HA PERDIDO

—Clary. Jace. Despertad.

Clary alzó la cabeza y casi soltó un gritito cuando un tirón le recorrió el tenso cuello. Se había dormido apoyada en el hombro de Jace. Este también dormía, encajado en el rincón del sofá con la chaqueta bajo la cabeza como almohada. La empuñadura de su espada se le clavó a Clary en la cadera cuando él gruñó y se incorporó.

La Cónsul estaba junto a ellos, vestida con la túnica del Consejo y con rostro serio. Jace se puso en pie a toda prisa.

—Cónsul —la saludó con la voz más digna que pudo, con la ropa arrugada y el cabello de punta en todas direcciones.

—Casi olvidamos que estabais los dos aquí —dijo Jia—. La reunión del Consejo ha comenzado.

Clary se levantó más despacio, estirando la espalda y el cuello. Tenía la boca seca como la tiza, y el cuerpo le dolía por la tensión y el agotamiento.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó—. ¿Dónde está Luke?

—Os espero en el pasillo —respondió Jia, pero no se movió.

Jace estaba poniéndose la chaqueta.

—Iremos enseguida, Cónsul.

Había algo en la voz de la Cónsul que hizo que Clary la mirara de nuevo. Jia era bonita, como su hija Aline, pero en ese momento se le

marcaban arrugas de tensión en las comisuras de la boca y en los ojos. Clary había visto eso antes.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. Pasa algo, ¿verdad? ¿Dónde está mi madre? ¿Y Luke?

—No estamos seguros —contestó Jia—. No han respondido al mensaje que les enviamos anoche.

Tantas impresiones en tan corto espacio de tiempo habían dejado a Clary entumecida. No tuvo que ahogar ningún grito ni soltó ninguna exclamación, solo sintió el frío metiéndosele en las venas. Cogió a *Heosphoros* de la mesa donde la había dejado y se la colgó al cinto. Sin mediar más palabras, pasó ante la Cónsul y salió al pasillo.

Simon la esperaba allí. Parecía desaliñado y exhausto, pálido incluso para un vampiro. Ella le apretó la mano; los dedos le rozaron el anillo de oro en forma de hoja que él llevaba en el dedo.

—Simon viene a la reunión del Consejo —dijo Clary, desafiando a la Cónsul con la mirada a que pusiera algún impedimento.

Jia solo asintió. Parecía alguien que estaba demasiado cansado para seguir discutiendo.

—Puede ser el representante de los Hijos de la Noche.

—Pero Raphael iba a sustituir al representante —protestó Simon, alarmado—. No estoy preparado…

—Hemos sido incapaces de localizar a ninguno de los representantes de los subterráneos, incluido Raphael. —Jia comenzó a recorrer el pasillo. Las paredes eran de tablones ensamblados, con el pálido color y el penetrante olor de la madera cortada hacía poco. Esa debía de ser la parte del Gard que habían reconstruido después de la Guerra Mortal. La noche anterior, Clary estaba demasiado cansada para fijarse. Había runas de poder angelical grabadas en las paredes a intervalos. Cada una de ellas brillaba con una intensa luz e iluminaba el pasillo sin ventanas.

—¿Qué quieres decir con lo de que habéis sido incapaces de localizarlos? —preguntó Clary, corriendo tras la Cónsul. Simon y Jace las siguieron. El pasillo se curvaba y se internaba más profundamente en el

corazón del Gard. Clary oía un estruendo apagado, como el sonido del mar, justo ante ellos.

—Ni Luke ni tu madre han regresado de su cita en la casa de los seres mágicos. —La Cónsul se detuvo en una gran antecámara. Ahí había bastante luz natural, que penetraba a través de las ventanas hechas con emplomados de vidrio transparente y de colores. Frente a ellos había una puerta de doble hoja grabada con el tríptico de los Instrumentos Mortales del Ángel.

—No lo entiendo —dijo Clary con voz aguda—. ¿Así que siguen allí? ¿En casa de Meliorn?

Jia negó con la cabeza.

—La casa está vacía.

—Pero… ¿qué hay de Meliorn, y de Magnus?

—Nada es seguro todavía —repuso Jia—. No hay nadie en la casa, ni los representantes responden a los mensajes. Patrick está registrando la ciudad con un grupo de guardias.

—¿Había sangre en la casa? —preguntó Jace—. ¿Señales de lucha? ¿Algo?

Jia negó con la cabeza.

—No. La comida seguía en la mesa. Es como si… hubieran desaparecido de repente.

—Hay algo más, ¿verdad? —intuyó Clary—. Veo en tu expresión que hay algo más.

Jia no respondió, solo abrió la puerta de la Cámara del Consejo. El sonido de su interior salió a la antecámara. Era el ruido que Clary había estado oyendo, como el romper del mar. Se apresuró a pasar ante la Cónsul y se detuvo en el umbral, sin saber muy bien qué hacer.

La Cámara del Consejo, tan organizada solo unos días antes, estaba llena de cazadores de sombras hablando en voz alta. Todos estaban de pie, algunos en grupos, otros solos. La mayoría de los grupos discutían. Clary no logró entender lo que decían, pero veía los gestos de enfado. Recorrió la multitud con la mirada, buscando rostros conocidos: ni Luke ni Jocelyn,

pero vio a los Lightwood, Robert con su uniforme de Inquisidor junto a Maryse; vio a Aline y a Helen, y al grupo de niños Blackthorn.

Y allí, en el centro del anfiteatro, se hallaban las cuatro sillas de madera grabada de los subterráneos, colocadas en forma de medio círculo tras los atriles. Estaban vacías, y en el suelo frente a ellos, una única palabra, escrita con una letra inclinada en lo que parecía una pegajosa pintura de oro:

Veni.

Jace pasó por delante de Clary y entró en la sala. Se le tensaron los hombros al ver lo escrito.

—Eso es icor —afirmó—. Sangre de ángel.

Como en un destello, Clary vio la biblioteca del Instituto, el suelo manchado de sangre y plumas, los huesos huecos del ángel.

Erchomai.

«Voy de camino».

Y en ese momento, otra palabra: *Veni*.

«He llegado».

Un segundo mensaje. Bueno, Sebastian había estado ocupado.

«Estúpida», pensó. Estúpido por su parte pensar que había ido solo por ella, que no había sido parte de algo más grande, que Sebastian no había querido más, más destrucción, más terror, más trastorno. Pensó en su sonrisita cuando ella le mencionó la batalla de la Ciudadela. Claro que había sido más que un ataque; había sido una distracción. Había hecho que los nefilim miraran fuera de Alacante, que buscaran por el mundo a él y a sus Oscurecidos, que se asustaran por los heridos y los muertos. Y mientras tanto, Sebastian había hallado su camino hasta el corazón del Gard y había pintado el suelo con sangre.

Cerca del estrado había un grupo de Hermanos Silenciosos en sus hábitos de color hueso, los rostros ocultos bajo la capucha. Clary recordó algo y se volvió hacia Jace.

—El hermano Zachariah… No he llegado a preguntarte si sabías si estaba bien.

Jace estaba mirando la palabra pintada en el estrado con una expresión de asco.

—Lo vi en la Basilias. Está bien. Es… diferente.

—¿Diferente?

—Diferente humano —contestó Jace, y antes de que Clary pudiera preguntarle qué quería decir, oyó a alguien que la llamaba por su nombre.

En el centro de la sala vio una mano alzarse entre la gente y hacerle señas con frenesí. Isabelle. Estaba junto a Alec, a cierta distancia de sus padres. Clary oyó a Jia llamarla, pero ya se estaba abriendo paso entre la gente, con Jace y Simon pegados a sus talones. Notó miradas curiosas en su dirección. A fin de cuentas, todos sabían quién era. Sabían quiénes eran todos: la hija de Valentine, el hijo adoptivo de Valentine y el vampiro diurno.

—¡Clary! —la llamó Isabelle mientras ella, Jace y Simon se abrían paso entre los mirones y casi caían sobre los hermanos Lightwood, que habían conseguido abrir un pequeño espacio para ellos entre la multitud. Isabelle lanzó una irritada mirada a Simon antes de abrazar a Jace y a Clary. En cuanto soltó a Jace, Alec lo agarró con fuerza del brazo, los nudillos blancos sobre la tela. Jace pareció sorprendido, pero no dijo nada.

—¿Es cierto? —le preguntó Isabelle a Clary—. ¿Sebastian estuvo en tu casa anoche?

—En la de Amatis, sí. ¿Cómo lo sabes? —quiso saber Clary.

—Nuestro padre es el Inquisidor, claro que lo sabemos —respondió Alec—. Los rumores sobre que Sebastian estaba en la ciudad es de lo único que hablaban todos antes de abrir las puertas de la sala del Consejo, y luego vimos… eso.

—Es cierto —añadió Simon—. La Cónsul me ha preguntado por eso cuando ha ido a despertarme; como si yo fuera a saber algo. Estuve durmiendo todo el rato —añadió mientras Isabelle le lanzaba una mirada inquisitiva.

—¿Os ha dicho la Cónsul algo sobre esto? —preguntó Alec, abarcando con un movimiento del brazo el sombrío panorama que tenían ante ellos—. ¿O Sebastian?

—No —contestó Clary—. Sebastian no suele compartir sus planes.

—No debería haber podido llegar hasta los representantes de los subterráneos. No solo Alacante está guardada, sino también cada una de sus casas —explicó Alec. El pulso le latía en el cuello como un martillo; la mano con la que agarraba a Jace, le temblaba ligeramente—. Estaban cenando. Deberían haber estado a salvo. —Soltó a Jace y metió las manos en los bolsillos—. Y Magnus… Magnus ni siquiera debería haber estado aquí. Catarina iba a venir en su lugar. —Miró a Simon—. Te vi con él en la plaza del Ángel la noche de la batalla. ¿Te dijo por qué estaba en Alacante?

Simon negó con la cabeza.

—Solo me apartó de allí. Estaba curando a Clary.

—Quizá todo esto sea un farol —continuó Alec—. Tal vez Sebastian está intentando hacernos creer que les ha hecho algo a los representantes de los subterráneos y así desconcertarnos…

—No sabemos que les haya hecho nada. Pero… no están —dijo Jace, y Alec apartó la mirada, como si no soportara verle los ojos.

—*Veni* —susurró Isabelle, mirando al estrado—. ¿Por qué…?

—Nos está diciendo que tiene poder —explicó Clary—. Un poder que nosotros ni siquiera comenzamos a entender. —Pensó en el modo en que había aparecido en su cuarto y luego desaparecido. En la manera en que el suelo se había abierto bajo sus pies en la Ciudadela, como si la tierra lo recibiera y lo escondiera de la amenaza de la superficie.

Un ruido seco resonó en toda la sala, la campana que llamaba al Consejo. Jia se acercó al atril, con un guardia armado de la Clave encapuchado a cada lado.

—Cazadores de sombras —comenzó ella, y las palabras resonaron con tanta claridad por la sala como si hubiera empleado un micrófono—. Por favor, guardad silencio.

Gradualmente se fue haciendo el silencio en la sala, aunque por las miradas rebeldes en bastantes rostros, era un silencio poco cooperativo.

—¡Cónsul Penhallow! —gritó Kadir—. ¿Qué respuestas tienes para nosotros? ¿Cuál es el significado de esta… esta profanación?

—No estamos seguros —contestó Jia—. Ocurrió anoche, entre un turno de guardia y el siguiente.

—Eso es una venganza —dijo un cazador de sombras de cabello oscuro, a quien Clary reconoció como el director del Instituto de Budapest; Lazlo Balogh, de nombre, creyó recordar—. Venganza por nuestras victorias en Londres y en la Ciudadela.

—No vencimos en Londres ni en la Ciudadela, Lazlo —remarcó Jia—. El Instituto de Londres resultó estar protegido por una fuerza de la que ni siquiera nosotros teníamos conocimiento, una fuerza que no podemos replicar. Avisó a los cazadores de sombras y los condujo a un lugar seguro. Incluso así, unos cuantos resultaron heridos. Nadie de las fuerzas de Sebastian sufrió heridas. Lo mejor que podemos llamarlo es una retirada con éxito.

—Pero el ataque a la Ciudadela… —protestó Lazlo—. No entró en la Ciudadela. No llegó a la armería…

—Pero tampoco perdió. Enviamos a sesenta guerreros y mató a treinta e hirió a diez. Él tenía cuarenta guerreros y quizá perdió a quince. Si no hubiera sido por lo que ocurrió cuando hirió a Jace Lightwood, sus cuarenta habrían masacrado a nuestros sesenta.

—Somos cazadores de sombras —tomó la palabra Nasreen Choudhury —. Estamos acostumbrados a defender lo que debemos defender hasta nuestro último aliento, nuestra última gota de sangre.

—Una noble idea —replicó Josiane Pontmercy, del Cónclave de Marsella—, pero quizá no muy práctica.

—Fuimos muy conservadores en el número de guerreros que enviamos a la Ciudadela —reconoció Robert Lightwood. Su resonante voz llenó toda la sala—. Hemos estimado que, desde los ataques, Sebastian cuenta con cuatrocientos guerreros Oscurecidos. Dados estos números, una batalla cara a cara entre sus fuerzas y todos los cazadores de sombras, significaría que él perdería.

—Entonces lo que necesitamos es enfrentarnos a él lo más pronto posible, antes de que transforme a más cazadores de sombras —propuso Diana Wrayburn.

—No se puede luchar contra lo que no se puede encontrar —indicó la Cónsul—. Nuestros intentos de localizarlo siguen sin dar fruto. —Alzó la

voz—. El mejor plan de Sebastian Morgenstern en ese momento es atraernos en pequeños grupos. Necesita que enviemos grupos de exploradores para cazar demonios, o para cazarlo a él. Debemos permanecer juntos aquí, en Idris, donde no puede enfrentarse a nosotros. Si nos separamos, si dejamos nuestro hogar, entonces perderemos.

—Nos esperará fuera —dijo un cazador de sombras rubio del Cónclave de Copenhague.

—Estamos obligados a creer que no tiene tanta paciencia —repuso Jia—. Tenemos que suponer que atacará, y cuando lo haga, nuestra superioridad numérica lo derrotará.

—Hay más factores a considerar que la paciencia —apuntó Balogh—. Hemos dejado nuestros Institutos, hemos venido aquí con el convencimiento de que regresaríamos en cuanto nos hubiéramos reunido en Consejo con los representantes de los subterráneos. Sin nosotros en el mundo, ¿quién lo protegerá? Tenemos una obligación, una orden del Cielo, de proteger al mundo, de contener a los demonios. No podemos hacerlo desde Idris.

—Todas las salvaguardas están a su máxima potencia —explicó Robert—. La isla de Wrangel está trabajando a todas horas. Y dada nuestra nueva cooperación con los subterráneos, tendremos que confiar en ellos para mantener los Acuerdos. Eso era lo que íbamos a discutir en el Consejo de hoy…

—Bueno, pues buena suerte con eso —soltó Josiane Pontmercy—, teniendo en cuenta que los representantes de los subterráneos han desaparecido.

«Desaparecido». Esa palabra cayó en el silencio como un guijarro en el agua, levantando ondas por toda la sala. Clary notó que Alec se tensaba a su lado. No se había permitido pensarlo, no se había permitido creer que de verdad podían haber desaparecido. Era un truco que Sebastian les estaba jugando, se decía. Un truco cruel, pero nada más.

—¡Eso no lo sabemos! —protestó Jia—. Los guardias están buscándolos…

—¡Sebastian ha escrito en el suelo ante sus asientos! —gritó un hombre con un brazo vendado. Era el director del Instituto de Ciudad de México, y había participado en la batalla de la Ciudadela. Clary creía que se apellidaba Rosales—. *Veni*. «He llegado». Igual que nos envió un mensaje con la muerte del ángel en Nueva York, ahora nos ataca en el corazón del Gard…

—Pero no nos ha atacado a nosotros —lo interrumpió Diana—. Ha atacado a los representantes de los subterráneos.

—Atacar a nuestros aliados es atacarnos a nosotros —dijo Maryse—. Son miembros del Consejo, con todos los derechos que eso conlleva.

—¡Ni siquiera sabemos qué les ha ocurrido! —soltó alguien entre la gente—. Podrían estar perfectamente…

—Entonces ¡¿por qué no están aquí?! —gritó Alec, e incluso Jace se sorprendió al oírlo alzar la voz. Alec miraba ceñudo con sus ojos azul oscuro. Clary recordó de repente al muchacho enfadado que había conocido en el Instituto hacía lo que parecía una eternidad—. ¿Ha intentado alguien localizarlos?

—Sí —contestó Jia—. Y no ha funcionado. Ninguno de ellos ha podido ser localizado. No puedes localizar a un brujo o a un muerto… —Jia se interrumpió con un repentino grito ahogado. Sin previo aviso, el guardia de la Clave que tenía a su izquierda se le había acercado por detrás y la había agarrado por la túnica. Un grito se alzó en la asamblea cuando él tiró de la Cónsul hacia atrás y le colocó una larga daga de plata en el cuello.

—¡Nefilim! —gritó, y la capucha se le deslizó dejando al descubierto los ojos vacíos y las retorcidas Marcas desconocidas de los Oscurecidos. Un grito comenzó a alzarse entre la multitud, pero se silenció al instante cuando el guardia apretó un poco más la hoja en el cuello de Jia. La sangre manó de la herida, visible incluso desde la distancia.

—¡Nefilim! —gritó el hombre de nuevo. Clary se devanó los sesos tratando de situarlo; le resultaba muy conocido. Era alto, de cabello castaño y de unos cuarenta años. Tenía gruesos brazos musculosos, con venas que le sobresalían como cuerdas mientras sujetaba con fuerza a Jia—. ¡Permaneced donde estáis! ¡No os acerquéis o vuestra Cónsul morirá!

Aline gritó. Helen la agarró y la contuvo para que no saliera corriendo hacia él. A su espalda, los niños Blackthorn se acurrucaron alrededor de Julian, que cargaba en brazos al más pequeño; Drusilla ocultó el rostro contra el costado de Julian. Emma, con el cabello brillante incluso en la distancia, había desenvainado a *Cortana* para proteger a los otros.

—Es Matthias Gonzales —dijo Alec con voz ahogada—. Era el director del Instituto de Buenos Aires.

—¡Silencio! —rugió el hombre detrás de Jia, y se hizo un intranquilo silencio. La mayoría de los cazadores de sombras estaban en pie, como Jace y Alec, con las manos a medio camino de las armas. Isabelle agarraba el mango de su látigo—. ¡Oídme, cazadores de sombras! —gritó Matthias; los ojos le ardían con la luz del fanatismo—. Oídme, porque yo fui uno de vosotros. Seguía ciegamente la regla de la Clave, convencido de mi seguridad dentro de las salvaguardas de Idris, protegido por la luz del Ángel. Pero no hay seguridad aquí. —Con un movimiento de la cabeza indicó el escrito del suelo—. Nadie está seguro, ni siquiera los mensajeros del Cielo. Tal es el alcance del poder de la Copa Infernal y de aquel que la sostiene.

Un murmullo corrió entre la multitud. Robert Lightwood avanzó, mirando con rostro angustiado a Jia y al cuchillo que tenía al cuello.

—¿Qué quiere? —preguntó—. El hijo de Valentine, ¿qué quiere de nosotros?

—Oh, quiere muchas cosas —contestó el Oscurecido—. Pero por ahora se contentará con que le regaléis a su hermana y a su hermano adoptivo. Entregadle a Clarissa Morgenstern y a Jace Lightwood y evitaréis el desastre.

Clary oyó a Jace inspirar profundamente. Lo miró con pánico en los ojos. Notaba a toda la sala mirándola, y se notó disolverse, como sal en el agua.

—Somos nefilim —replicó Robert con frialdad—. No comerciamos con los nuestros. Él lo sabe.

—Nosotros, los de la Copa Infernal, tenemos en nuestra posesión a cinco de vuestros aliados —fue la respuesta—. Meliorn, de los seres

mágicos; Raphael Santiago, de los Hijos de la Noche; Luke Garroway, de los Hijos de la Luna, Jocelyn Morgenstern, de los nefilim, y Magnus Bane, de los Hijos de Lilith. Si no nos dais a Clarissa y a Jonathan, sufrirán la muerte de hierro y plata, de fuego y serbal. Y cuando vuestros aliados subterráneos sepan que habéis sacrificado a sus representantes por no haber querido entregar a los vuestros, se volverán en vuestra contra. Se unirán a nosotros, y os encontraréis luchando no solo contra aquel que sostiene la Copa Infernal sino contra todos los subterráneos.

Clary sintió un mareo, tan intenso que casi fue una náusea. Sabía (claro que lo sabía, con una creciente seguridad, que no era certeza pero que no había podido ignorar) que su madre, Luke y Magnus corrían peligro, pero oírlo era totalmente diferente. Comenzó a temblar y a repetir en su interior la palabras de una plegaria incoherente: «Mamá, Luke, estad bien, por favor, que no os pase nada. Que Magnus esté bien, por Alec. Por favor».

También oía en su cabeza la voz de Isabelle diciendo que Sebastian no podía luchar contra ellos y todos los subterráneos. Pero había encontrado una manera de darle la vuelta a la tortilla: si los representantes de los subterráneos sufrían algún mal, parecería culpa de los cazadores de sombras.

La expresión de Jace se había tornado sombría, pero la miró a los ojos con la misma decisión que se le había instalado como una aguja en el corazón. No podían dejar que eso ocurriera. Irían con Sebastian. Era la única opción.

Dio un paso adelante con la intención de hablar, pero se encontró que tiraban de ella hacia atrás por la muñeca con fuerza. Se volvió, esperando ver a Simon, pero, para su sorpresa, era Isabelle.

—No lo hagas —le dijo.

—Eres un estúpido —soltó Kadir, mirando a Matthias con ojos furiosos—. Ningún subterráneo nos considerará responsables por no sacrificar a nuestros niños ante la pira de cadáveres de Jonathan Morgenstern.

—Oh, pero no los matará —repuso Matthias con una cruel alegría—. Tenéis su palabra por el Ángel de que no hará ningún daño ni a la chica

Morgenstern ni al chico Lightwood. Son su familia, y desea tenerlos a su lado. Así que no habrá tal sacrificio.

Clary notó que algo le rozaba la mejilla; era Jace. La había besado con rapidez, y ella recordó el beso de Judas de Sebastian la noche anterior. Se volvió para agarrarlo, pero él ya se había marchado, alejándose de ellos, descendiendo por los escalones entre los bancos que llevaban hasta el estrado.

—¡Yo iré! —gritó, y su voz resonó en la sala—. Iré voluntariamente. —Tenía la espada en la mano. La tiró y oyó su repicar metálico contra los escalones—. Yo iré con Sebastian —proclamó en el silencio que siguió—. Pero deja a Clary fuera de esto. Permite que se quede. Llévame a mí solo.

—Jace, no —exclamó Alec, pero su voz quedó apagada por el clamor que se extendió por la sala; voces que se alzaban como el humo y se curvaban hacia el techo, y Jace se plantó frente al Oscurecido con las manos en alto, mostrando que no portaba armas, el cabello brillándole bajo la luz de las runas. Un ángel ante el sacrificio.

Matthias Gonzales soltó una risotada.

—No habrá trato sin Clarissa —dijo—. Sebastian exige tenerlos a los dos, y yo informo de lo que mi amo exige.

—Piensas que somos estúpidos —replicó Jace—. Disculpa, me equivoco. No piensas en absoluto. Solo eres el portavoz de un demonio, eso es todo. Ya no te importa nada. Ni la familia, ni la sangre, ni el honor. Ya no eres humano.

Matthias sonrió con desdén.

—¿Y por qué querría alguien ser humano?

—Porque tu trato no tiene ningún valor —contestó Jace—. Supongamos que nos entregamos y Sebastian libera a los rehenes. Y entonces ¿qué? Te has esforzado mucho para decirnos que es mucho mejor que los nefilim, que es mucho más fuerte, que es mucho más listo. Que puede atacarnos aquí, en Alacante, y que todas nuestras salvaguardas y todos nuestros vigilantes no pueden evitar que entre. Que nos destruirá a todos. Si quieres negociar con alguien, tienes que ofrecerle la posibilidad de ganar. Si fueras humano lo sabrías.

En el silencio que siguió, Clary pensó que se podría oír una gota de sangre caer al suelo. Matthias estaba inmóvil, con la daga aún contra el cuello de Jia. Formaba palabras con los labios como si susurrara algo, o recitara algo que había oído…

O escuchado, pensó Clary, escuchado las palabras que le susurraban al oído.

—No podéis ganar —dijo Matthias finalmente, y Jace se echó a reír, con esa risa seca y áspera de la que Clary se había enamorado al principio. No era un ángel ante el sacrificio, pensó, sino un ángel vengador, todo oro, sangre y fuego, seguro incluso al enfrentarse a la derrota.

—Ves lo que quiero decir —repuso Jace—. Entonces ¿qué importa si morimos ahora o más tarde?

—No podéis ganar —repitió Matthias—, pero podéis sobrevivir. Los que lo elijan pueden ser transformados por la Copa Mortal; os convertiréis en soldados de la Estrella Matutina y gobernaréis el mundo con Jonathan Morgenstern como líder. Los que elijan seguir siendo los hijos de Raziel, pueden hacerlo, mientras permanezcan en Idris. Las fronteras de Idris serán selladas, cerradas al resto del mundo, que nos pertenecerá a nosotros. Esta tierra que os entregó el Ángel podéis quedárosla, y si os mantenéis dentro de sus límites, estaréis a salvo, Eso se os puede prometer.

Jace lo miró fijamente.

—Las promesas de Sebastian no significan nada.

—Sus promesas son todo lo que tenéis —replicó Matthias—. Mantened vuestra alianza con los subterráneos, quedaos dentro de las fronteras de Idris, y sobreviviréis. Pero esta oferta solo se mantendrá si os entregáis voluntariamente a nuestro señor. Clarissa y tú, los dos. No hay negociación.

Clary miró lentamente por toda la sala. Algunos de los nefilim parecían ansiosos, otros asustados, otros furiosos. Y otros estaban calculando. Recordó el día en que había estado en la Sala de los Acuerdos ante esa misma gente y les había mostrado la runa de Unión que podía hacerles ganar la guerra. Entonces le habían estado agradecidos. Pero ese era el mismo Consejo que había votado por dejar de buscar a Jace cuando

Sebastian se lo había llevado, porque la vida de un chico no valía el gasto de sus recursos.

Sobre todo si ese chico había sido el hijo adoptivo de Valentine.

Hubo un tiempo en que pensaba que había gente buena y gente mala, que había un lado de luz y otro de oscuridad, pero ya no creía eso. Había visto la maldad en su hermano y en su padre, la maldad de las buenas intenciones equivocadas y la maldad del puro deseo de poder. Pero en la bondad tampoco había seguridad: la virtud podía cortar como un cuchillo, y el fuego del Cielo era cegador.

Se apartó de Alec y de Isabelle, y notó que Simon la cogía del brazo. Se volvió y lo miró. Negó con la cabeza.

«Tienes que dejarme hacer esto».

Los oscuros ojos de Simon parecían rogarle.

—No —le susurró.

—Ha dicho los dos —le susurró a su vez ella como respuesta—. Si Jace va con Sebastian sin mí, lo matará.

—Os matará a los dos de todas maneras. —Isabelle casi lloraba de frustración—. No puedes ir, y Jace tampoco… ¡Jace!

Este se volvió para mirarlos. Clary vio su cambio de expresión al darse cuenta de que ella estaba tratando de ir con él. Negó con la cabeza y formó la palabra «no» con los labios.

—Danos tiempo —dijo Robert Lightwood—. Al menos danos tiempo para votar.

Matthias apartó el cuchillo del cuello de Jia y lo mantuvo en alto. La rodeó con el otro brazo y le agarró el frontal de la túnica. Alzó el cuchillo hacia el techo, y de este saltaron chispas.

—Tiempo —replicó desdeñoso—. ¿Y por qué iba Sebastian a daros tiempo?

Un seco sonido cantarín cortó el aire. Clary vio algo brillante pasar sobre ella, y oyó el ruido del metal golpeando el metal cuando una flecha se estrelló contra el cuchillo que Matthias sostenía sobre la cabeza de Jia y se lo arrancó de la mano. Clary volvió la cabeza y vio a Alec, con el arco en alto, la cuerda todavía vibrando. Matthias lanzó un rugido y se tambaleó

hacia atrás con la mano sangrando. Jia se alejó rápidamente mientras él se lanzaba a por su cuchillo caído. Clary oyó a Jace gritar «¡Nakir!». Había sacado un cuchillo serafín del cinturón y su luz iluminaba el pasillo.

—¡Salid de en medio! —gritó mientras comenzaba a abrirse paso hacia el estrado.

—¡No! —Alec soltó el arco, saltó por encima del respaldo de una fila de bancos y se lanzó sobre Jace; lo tiró al suelo justo cuando el estrado se alzaba en llamas como una hoguera regada con gasolina. Jia gritó y saltó del estrado. Kadir la cogió al vuelo y la dejó en el suelo con cuidado mientras todos los cazadores de sombras se volvían para mirar las crecientes llamas.

—¿Qué demonios…? —susurró Simon, que seguía sujetando a Clary por el brazo.

Esta estaba mirando a Matthias, una sombra negra entre las llamas. Era evidente que no le hacían ningún daño; parecía estar riendo, y agitaba los brazos de aquí para allí, como si fuera el director de una orquesta de llamas. La sala se llenó de chillidos y del olor de la madera ardiendo. Aline, llorando, había corrido a ayudar a su madre, que sangraba. Helen observaba impotente mientras, junto con Julian, trataba de proteger a los Blackthorn más pequeños de lo que estaba sucediendo más abajo.

Pero nadie protegía a Emma. Esta se hallaba separada del grupo, con la carita blanca de la impresión, mientras por encima de los sonidos ya horribles que llenaban la sala se oyó la voz de Matthias superando el estruendo.

—¡Dos días, nefilim! ¡Tenéis dos días para decidir vuestro destino! ¡Y luego todos arderéis! ¡Arderéis en los fuegos del Infierno, y las cenizas de Edom cubrirán vuestros huesos!

Su voz se alzó en un chillido que no era de este mundo y que cesó de repente, mientras las llamas se consumían y él desaparecía con ellas. Los últimos rescoldos cayeron al suelo, las brillantes chispas rozando el mensaje escrito con icor sobre el estrado.

Veni.

HE LLEGADO.

Maia había tenido que estar dos minutos respirando hondo frente a la puerta del apartamento antes de sentirse capaz de poner la llave en la cerradura.

Todo en el pasillo parecía normal, inquietantemente normal. Los abrigos de Jordan y de Simon colgaban en ganchos en el estrecho vestíbulo. Las paredes estaban decoradas con señales callejeras compradas en mercadillos.

Se dirigió a la sala, que parecía congelada en el tiempo: la tele estaba encendida, y la pantalla mostraba las oscuras rayas de la estática, los dos mandos de videojuegos aún continuaban en el sofá. Habían olvidado apagar la cafetera. Fue y le dio al interruptor, mientras trataba con todas sus fuerzas de no mirar las fotos de Jordan y ella colgadas en la nevera: ellos en el puente de Brooklyn; tomando un café en el restaurante de Waverly Place; Jordan riendo y enseñando las uñas, que Maia le había pintado de azul, verde y rojo. No se había fijado nunca en las muchas fotografías que él había hecho de los dos, como si tratara de inmortalizar cada segundo de su relación, para evitar que se le escurrieran de la memoria como agua.

Tuvo que hacerse fuerte antes de entrar en el dormitorio. La cama estaba revuelta y deshecha, había ropa por todas partes; Jordan nunca había sido especialmente pulcro. Maia fue al armario donde tenía sus cosas y se quitó la ropa de Leila.

Aliviada, se puso sus propios vaqueros y camiseta. Estaba a punto de coger un abrigo cuando sonó el timbre de la puerta.

Jordan había guardado las armas de las que lo proveía el *Praetor* en un baúl al pie de la cama. Ella lo abrió y cogió una pesada botella de hierro con una cruz grabada en el frente.

Se puso el abrigo y fue a la sala con la botella en el bolsillo, la mano sujetándola con fuerza. Llegó a la puerta y la abrió de golpe.

La niña que estaba al otro lado tenía una lacia melena oscura hasta los hombros. En contraste, su piel era blanca como la muerte en la que destacaban los labios rojo oscuro. Llevaba un severo traje sastre. Era una moderna Blancanieves de sangre, hollín y hielo.

—Me has llamado —dijo la niña—. La novia de Jordan Kyle, ¿me equivoco?

«Lily, es la más lista del clan de los vampiros. Lo sabe todo. Raphael y ella siempre han sido como uña y carne».

—No hagas como si no lo supieras, Lily —soltó Maia—. Ya has estado aquí antes. Estoy segura de que tú raptaste a Simon de este apartamento para Maureen.

—¿Y? —Lily se cruzó de brazos y el caro traje crujió—. ¿Me vas a invitar a entrar o no?

—No —contestó Maia—. Vamos a hablar aquí, en el pasillo.

—Qué rollo. —Lily se apoyó en la pared con la pintura desconchada e hizo una mueca—. ¿Por qué me has convocado aquí, licántropo?

—Maureen está loca —dijo Maia—. Raphael y Simon no están. Sebastian Morgenstern está asesinando subterráneos para crearles conflictos a los nefilim. Y quizá sea hora de que los vampiros y los licántropos hablemos. Incluso de que nos aliemos.

—Bueno, pero qué monada eres —soltó Lily y se irguió—. Mira. Maureen está loca, pero sigue siendo la jefa del clan. Y te puedo decir algo: no va a parlamentar con una miembro de la manada toda presumida a la que se le ha ido la olla porque han matado a su novio.

Maia apretó con más fuerza la botella que tenía en la mano. Ansiaba lanzarle el contenido a Lily a la cara, lo ansiaba con tal intensidad que hasta la asustaba.

—Llámame cuando seas la jefa de la manada. —Había una luz oscura en los ojos de la chica, como si estuviera tratando de decirle algo a Maia sin ponerlo en palabras—. Y entonces hablaremos.

Lily se volvió y se marchó con los tacones resonando por el pasillo. Lentamente, Maia fue relajando la mano que sujetaba la botella de agua bendita en el bolsillo.

—Buen tiro —elogió Jace.

—No hace falta que te burles de mí. —Alec y Jace se hallaban en una de las salas de reuniones del mareante conjunto del Gard; no era la misma en la que Jace había estado antes con Clary, sino otra más austera en una parte más antigua del Gard. Los muros eran de piedra, y un largo banco iba de un lado al otro de la pared este. Jace estaba arrodillado sobre él, con la chaqueta caída a un lado y la manga derecha arremangada.

—No me burlo —protestó Jace cuando Alec le ponía la punta de la estela en el brazo desnudo. Mientras las oscuras líneas comenzaban a salir en espiral del *adamas*, Jace no pudo evitar recordar otro día, en Alacante, con Alec vendándole la mano y diciéndole enfadado: «Puedes curarte lenta y feamente, como un mundano». Aquel día, Jace había atravesado una ventana con el puño. Se merecía todo lo que Alec le había dicho.

Este dejó escapar aire lentamente; siempre era muy cuidadoso con sus runas, sobre todo con los *iratzes*. Parecía sentir la más ligera quemazón, el pinchazo en la piel que Jace sentía, aunque a este nunca le había importado el dolor; el mapa de cicatrices que le cubría el bíceps y le llegaba hasta el antebrazo era testigo de eso. Había una fuerza especial en una runa dibujada por el *parabatai*. Por eso los habían enviado lejos a los dos, mientras que el resto de la familia Lightwood se reunía en las oficinas de la Cónsul; así Alec podría curar a Jace lo más rápida y eficientemente posible. Este se había quedado bastante sorprendido: había esperado, más o menos, que lo harían sentar durante toda la reunión con la muñeca morada e hinchándosele.

—No me burlo —repitió Jace, mientras Alec acababa y se apartaba para ver su obra. Jace ya comenzaba a notar la insensibilidad producida por el *iratze*; se le iba extendiendo por las venas, calmando el dolor del brazo, cerrándole el labio partido—. Diste en el cuchillo de Matthias desde la mitad del anfiteatro. Un tiro limpio que ni rozó a Jia. Y eso que Matthias se estaba moviendo.

—Estaba motivado —repuso Alec, y se guardó la estela en el cinturón. El cabello oscuro le caía alborotado sobre los ojos; no se lo había cortado bien desde que Magnus y él habían roto.

Magnus. Jace cerró los ojos.

—Alec —dijo—. Iré. Sabes que iré.

—Lo dices como si eso tuviera que tranquilizarme —replicó Alec—. ¿Crees que quiero que te entregues a Sebastian? ¿Estás loco?

—Creo que tal vez sea la única forma de salvar a Magnus. —Jace habló a la oscuridad de sus párpados cerrados.

—¿Y también estás dispuesto a intercambiar la vida de Clary? —El tono de Alec era ácido. Jace abrió los ojos; Alec lo estaba mirando fijamente, pero sin expresión alguna.

—No —contestó Jace, y oyó la derrota en su propia voz—. No podría hacer eso.

—Y yo no te lo pediría —afirmó Alec—. Esto… esto es lo que Sebastian trata de hacer. Poner cuñas entre nosotros, emplear a la gente que amamos como ganchos para separarnos. No deberíamos permitírselo.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? —se burló Jace.

Alec se rio, una risa breve y seca.

—El día que yo sea sabio será el día que tú tengas cuidado.

—Quizá siempre hayas sido sabio —insistió Jace—. Recuerdo cuando te pregunté si querías ser mi *parabatai*, y me dijiste que necesitabas pensártelo un día o dos. Y luego volviste y me dijiste que sí, y cuando te pregunté por qué habías aceptado, me dijiste que era porque yo necesitaba a alguien que me cuidara. Y tenías razón. Nunca había vuelto a pensarlo, porque nunca tuve que hacerlo. Te tenía, y tú siempre me has cuidado. Siempre.

La expresión de Alec de repente se tornó seria. Jace casi podía ver la tensión palpitar en las venas de su *parabatai*.

—No digas eso —replicó Alex—. No hables así.

—¿Por qué no?

—Porque —contestó Alec— así es como habla la gente cuando cree que va a morir.

—Si entregamos a Clary y a Jace a Sebastian, los entregamos a su muerte —dijo Maryse.

Se hallaban en el despacho de la Cónsul, seguramente la habitación más elegantemente decorada de todo el Gard. Una gruesa alfombra cubría el suelo, de las paredes de piedra colgaban tapices, y un enorme escritorio cruzaba la sala en diagonal. En un lado estaba Jia Penhallow, cuyo corte del cuello se le estaba cerrando al ir actuando los *iratzes*. Detrás de ella se encontraba su esposo, Patrick, que le ponía la mano en un hombro.

Frente a ellos estaban Maryse y Robert Lightwood. Para sorpresa de Clary, habían permitido que Isabelle, Simon y ella permanecieran en la sala. Era la suerte de Jace y la de ella lo que se estaba discutiendo, supuso. Sin embargo, la Clave nunca antes parecía haber tenido demasiado problema en decidir el destino de la gente sin la intervención de los interesados.

—Sebastian dice que no les hará daño —dijo Jia.

—Su palabra no vale nada —soltó Isabelle—. Miente. Y no significa nada que lo jure por el Ángel, porque a él no le importa el Ángel. Sirve a Lilith, si es que sirve a alguien.

Se oyó un suave clic y la puerta se abrió. Entraron Alec y Jace. Antes, los dos habían caído rodando por un buen tramo de escalera, y Jace se había llevado la peor parte, con un labio partido y una muñeca que o se le había roto o se le había luxado, aunque ya parecía estar bien. Trató de sonreír a Clary al entrar, pero tenía la mirada angustiada.

—Tienes que entender cómo lo verá la Clave —continuó Jia—. Tú has luchado contra Sebastian en el Burren. Se les explicó la diferencia entre un guerrero Oscurecido y un cazador de sombras, pero no lo vieron, no hasta la Ciudadela. Nunca había habido una raza de guerreros más poderosos que los nefilim. Ahora la hay.

—Atacó la Ciudadela para recabar información —afirmó Jace—. Quería saber de qué eran capaces los nefilim: no solo el grupo que pudimos reunir en el Burren, sino guerreros enviados por la Clave a luchar. Quería ver cómo se comportaban ante sus fuerzas.

—Nos estaba tomando la medida —confirmó Clary—. Nos estaba pesando en una balanza.

Jia la miró.

—*Mene mene tekel upharsin* —dijo suavemente.

—Tenías razón cuando dijiste que Sebastian no quiere una gran batalla —apuntó Jace—. Lo que le interesa es luchar un montón de pequeñas batallas donde pueda transformar a un montón de nefilim. Añadirlos a sus fuerzas. Y podría haber funcionado, lo de quedarnos en Idris, el hacerle traer la lucha aquí, romper la marea de su ejército contra las rocas de Alacante. Excepto que ahora que ha atrapado a los representantes de los subterráneos, quedarnos aquí no funcionará. Sin nosotros para observar, con los subterráneos volviéndose contra nosotros, los Acuerdos no se sostendrán. El mundo… está cayendo en pedazos.

Jia miró a Simon.

—¿Qué dices tú, subterráneo? ¿Acaso Matthias tenía razón? Si nos negamos a pagar a Sebastian el rescate de los rehenes, ¿significará la guerra con los subterráneos?

Simon parecía sorprendido de que se dirigieran a él de un modo oficial. Consciente o inconscientemente, se había llevado la mano al medallón de Jordan que colgaba de su cuello. Lo sujetó mientras hablaba.

—Creo que aunque hay algunos subterráneos que serían razonables, no ocurriría así con los vampiros. Ya que piensan que los nefilim consideran que sus vidas valen poco. Los brujos… —Negó con la cabeza—. No entiendo a los brujos. Ni a las hadas; la reina seelie parece ir a la suya. Ayudó a Sebastian con estos. —Alzó la mano donde brillaba el anillo.

—Parece posible que eso fuera menos para ayudar a Sebastian que por su insaciable deseo de saberlo todo —apuntó Robert—. Es cierto que os espió, pero entonces no se sabía que Sebastian era nuestro enemigo. Y más aún, Meliorn ha jurado y rejurado que la lealtad de las hadas es hacia nosotros y que Sebastian es su enemigo, y las hadas no pueden mentir.

Simon se encogió de hombros.

—De todas formas, lo que quiero decir es que no entiendo cómo piensan. Pero los licántropos quieren a Luke. Querrán recuperarlo desesperadamente.

—Antes era un cazador de sombras… —comentó Robert.

—Eso lo hace aún peor —lo interrumpió Simon, y no era Simon, el mejor amigo de Clary, el que hablaba, sino alguien que conocía la política

de los subterráneos—. Ven el modo en que los nefilim tratan a los subterráneos que han sido nefilim como prueba de que los cazadores de sombras consideran que la sangre de los subterráneos es impura. Magnus me habló una vez de una cena a la que lo invitaron en un Instituto; era para subterráneos y cazadores de sombras, pero después los cazadores de sombras tiraron todos los platos. Porque los subterráneos los habían tocado.

—No todos los nefilim son así —replicó Maryse.

Simon se encogió otra vez de hombros.

—La primera vez que estuve en el Gard fue porque me trajo Alec —explicó—. Yo confié en que el Cónsul solo quería hablar conmigo. En vez de eso, me metieron en una celda y casi me dejaron morir de hambre. El propio *parabatai* de Luke le aconsejó que se suicidara cuando Luke se transformó. El *Praetor Lupus* ha sido quemado hasta los cimientos por alguien que, incluso siendo enemigo de Idris, es un cazador de sombras.

—Entonces ¿estás diciendo que sí, que habrá guerra? —preguntó Jia.

—Ya hay guerra, ¿no? —repuso Simon—. ¿No acaban de herirte en una batalla? Lo único que digo es que Sebastian está empleando las grietas en vuestras alianzas para quebraros, y lo está haciendo bien. Quizá él no entienda a los humanos, y no digo que no lo haga, pero entiende la maldad, la traición y el egoísmo, y eso es algo que afecta a todo lo que tiene una mente y un corazón. —Cerró la boca de golpe, como si temiera haber hablado demasiado.

—¿Así que crees que deberíamos hacer lo que pide Sebastian, entregarle a Jace y a Clary? —preguntó Patrick.

—No —respondió Simon—. Lo que creo es que Sebastian siempre miente, y que entregarlos no servirá de nada. Incluso si lo jura, miente, como ha dicho Isabelle. —Miró a Jace y luego a Clary—. Vosotros lo sabéis —dijo—. Lo sabéis mejor que nadie; vosotros sabéis lo que significa su palabra. Decídselo.

Clary negó con la cabeza, y fue Isabelle la que respondió por ella.

—No pueden —explicó—. Parecería que están rogando por su vida, y ninguno de ellos va a hacerlo.

—Yo ya me he ofrecido voluntariamente —les recordó Jace—. He dicho que iría. Sabéis por qué me quiere a mí. —Abrió los brazos. Clary no se sorprendió al ver que el fuego celestial era visible bajo la piel de los antebrazos, como alambres dorados—. El fuego celestial lo hirió en el Burren. Le tiene miedo, así que me tiene miedo a mí. Lo vi en su rostro, en la habitación de Clary.

Se hizo un largo silencio. Jia se dejó car en la silla.

—Tienes razón —admitió—. Estoy de acuerdo con todos vosotros. Pero no puedo controlar a la Clave, y hay los que escogerán lo que ven como una seguridad, y otros que siempre han odiado la idea de aliarnos con los subterráneos y que agradecerán la oportunidad de negarse. Si Sebastian deseaba dividir la Clave en facciones, y estoy segura de que así era, ha escogido la manera perfecta de hacerlo. —Miró a los Lightwood, a Jace y a Clary, y su mirada reposó en cada uno de ellos por turnos—. Me encantaría oír sugerencias —añadió, con cierta sequedad.

—Podríamos escondernos —propuso Isabelle inmediatamente—. Desaparecer en algún lugar donde Sebastian no pueda encontrarnos nunca; podrías decirle que Jace y Clary han escapado a pesar de tus esfuerzos por retenerlos. No podrá culparte de eso.

—Una persona razonable no culparía a la Clave —intervino Jace—. Pero Sebastian no es razonable.

—Y no hay ningún lugar donde podamos ocultarnos de él —añadió Clary—. Me encontró en casa de Amatis y podrá encontrarme donde sea. Quizá Magnus podría habernos ayudado, pero…

—Hay otros brujos —sugirió Patrick, y Clary se atrevió a echar una rápida mirada a Alec. Su rostro parecía tallado en piedra.

—No puedes contar con que nos ayuden por mucho que les pagues, no en estos momentos —afirmó Alec—. Ese es el sentido del rapto. No ayudarán a la Clave a no ser que nosotros los ayudemos primero.

Llamaron a la puerta y entraron dos Hermanos Silenciosos, con los hábitos brillando como el pergamino bajo la luz mágica.

—Hermano Enoch —dijo Patrick como saludo—, y…

—Hermano Zachariah —lo interrumpió el segundo mientras se bajaba la capucha.

A pesar de lo que Jace había insinuado en la sala del Consejo, ver a un Zachariah humano fue toda una impresión. Era casi irreconocible, solo las oscuras runas sobre los pómulos recordaban lo que había sido. Era esbelto, casi delgado, alto y de cabello negro, con una elegancia delicada y muy humana en la forma del rostro. Parecía tener unos veinte años.

—¿Es… —preguntó Isabelle en voz baja y tono de asombro—… el hermano Zachariah? ¿Cuándo se ha puesto tan bueno?

—¡Isabelle! —le susurró Clary, pero el hermano Zachariah o no la había oído o tenía mucha capacidad de contenerse. Miraba a Jia, y luego, para sorpresa de Clary, dijo algo en un idioma que ella desconocía.

A Jia le temblaron los labios un momento. Luego los tensó formando una fina línea. Se volvió hacia los otros.

—Amalric Kriegsmesser ha muerto —informó.

Clary, después de las docenas de sustos que había tenido en las últimas horas, tardó varios segundos en recordar quién era: el Oscurecido al que habían capturado en Berlín y que habían llevado a la Basilias, donde los Hermanos buscaban una cura.

—Nada de lo que hemos probado con él ha servido —les informó el hermano Zachariah. Su voz sonaba musical. Parecía británico, pensó Clary. Antes solo le había oído la voz dentro de la cabeza, y la comunicación telepática parecía borrar cualquier tipo de acento—. Ni uno solo de los hechizos, ni una sola de las pociones. Finalmente, lo hicimos beber de la Copa Mortal.

«Eso acabó con él —añadió Enoch—. La muerte fue instantánea».

—El cadáver de Amalric debe enviarse por un Portal a los brujos del Laberinto Espiral para que lo estudien —dijo Jia—. Quizá si actuamos con suficiente rapidez podrá… podrán aprender algo de su muerte. Alguna pista para una cura.

—Su pobre familia… —comentó Maryse—. Nunca lo verán incinerado y enterrado en la Ciudad Silenciosa.

—Ya no es un nefilim —repuso Patrick—. Si fueran a enterrarlo, debería ser en el cruce de caminos a las afueras del bosque de Brocelind.

—Como a mi madre —dijo Jace—. Porque se suicidó. Los criminales, los suicidas y los monstruos están enterrados donde se cruzan los caminos, ¿no?

Su voz sonaba falsamente animada, el tono que Clary sabía que empleaba para disimular la furia o el dolor. Quiso acercarse a él, pero había demasiada gente en la sala.

—No siempre —contestó el hermano Zachariah en su elegante acento —. Uno de los jóvenes Longford estuvo en la batalla de la Ciudadela. Se vio obligado a matar a su propio *parabatai*, que había sido transformado por Sebastian. Después volvió su propia espada contra sí y se cortó las venas. Hoy será incinerado junto al resto de los muertos, con todos los honores.

Clary recordó al joven que había visto en la Ciudadela inclinado sobre el cadáver de un cazador en traje rojo, llorando mientras la batalla rugía alrededor. Se preguntó si debería haberse parado, haber hablado con él, si eso lo habría ayudado, si habría habido algo que ella hubiera podido hacer.

Jace parecía estar a punto de vomitar.

—Por eso tenéis que dejarme ir con Sebastian —dijo—. Esto no puede seguir sucediendo. Estas batallas, luchando contra los Oscurecidos… Y encontrará cosas peores para hacer. Sebastian siempre lo hace. Que te transforme es peor que morir.

—Jace —exclamó Clary, cortante, pero Jace le lanzó una mirada, medio desesperada medio suplicante. Una mirada que le rogaba que no dudara de él. Se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre la mesa de la Cónsul.

—Enviadme con él —insistió Jace—. E intentaré matarlo. Tengo el fuego celestial. Es nuestra mejor oportunidad.

—No se trata de enviarte a ninguna parte —repuso Maryse—. No podemos enviarte con él; no sabemos dónde está Sebastian. La cuestión es dejarlo que se te lleve.

—Entonces, dejadlo que se me lleve…

—Definitivamente no. —El hermano Zachariah estaba muy serio, y Clary recordó lo que le había dicho una vez: «Si se me presenta la oportunidad de salvar al último del linaje Herondale, considero eso de mayor importancia que la lealtad que le debo a la Clave»—. Jace Herondale —dijo—. La Clave puede elegir entre obedecer a Sebastian o desafiarlo, pero de ninguna manera puedes ser entregado a él del modo que él espera. Debemos sorprenderlo. Si no, solo estaremos entregándole la única arma a la que sabemos que teme.

—¿Tienes alguna sugerencia? —preguntó Jia—. ¿Lo hacemos salir? ¿Usamos a Jace y a Clary para capturarlo?

—No puedes usarlos como carnaza —protestó Isabelle.

—Quizá pudiéramos separarlos de sus hombres —sugirió Maryse.

—No puedes engañar a Sebastian —contestó Clary, agotada—. No le importan las razones ni las excusas. Solo existe él y lo que él quiere, y si te metes entre esas dos cosas, acaba contigo.

Jia se inclinó sobre la mesa.

—Quizá podamos convencerlo de que quiere otra cosa. ¿Hay algo con lo que podamos negociar, algo que ofrecerle?

—No —susurró Clary—. No hay nada. Sebastian es…

Pero ¿cómo podía describir a su hermano? ¿Cómo se podía explicar la sensación de mirar al oscuro corazón de un agujero negro? «Imagínate que fueras el último cazador de sombras sobre la tierra, imagínate que toda tu familia y tus amigos estuvieran muertos, imagínate que no quedara nadie que creyera en lo que eres. Imagínate que estuvieras sobre la tierra un billón de años, después de que el sol haya abrasado toda la vida, y que anhelaras desesperadamente desde lo más hondo de ti una sola criatura que aún respirara a tu lado, pero no hubiera nada, solo ríos de fuego y ceniza. Imagínate estar así de solo, y luego imagínate que solo se te ocurriera un modo de solucionarlo. Entonces imagínate lo que harías para que eso sucediera».

—No. No cambiará de opinión. Nunca —afirmó Clary.

Se oyó un murmullo de voces. Jia dio una palmada para pedir silencio.

—Ya basta —dijo—. Estamos dando vueltas y vueltas. Es hora de que la Clave y el Consejo discutan la situación.

—Si se me permite una sugerencia. —El hermano Zachariah recorrió la sala con la mirada, los ojos pensativos bajo las oscuras pestañas, antes de posarla sobre Jia—. Los ritos funerarios por los muertos en la Ciudadela están a punto de comenzar. Esperan tu asistencia, Cónsul, igual que la tuya, Inquisidor. Sugeriría que Clary y Jace se quedaran en la casa del Inquisidor, teniendo en cuenta la protección con la que cuenta, y que el Consejo se reúna después de la ceremonia.

—Tenemos derecho a estar en esa reunión —replicó Clary—. Esta decisión nos concierne. Es sobre nosotros.

—Se os llamará —dijo Jia, sin mirar ni a uno ni al otro. Su mirada pasó directamente a Robert y a Maryse, al hermano Enoch y al hermano Zachariah—. Hasta ese momento, descansad; necesitaréis toda vuestra energía. Podría ser una noche muy larga.

12

LA PESADILLA FORMAL

Los cadáveres se quemaban en ordenadas filas de piras que se habían levantado a lo largo del camino del bosque de Brocelind. El sol estaba comenzando a ponerse en un nublado cielo blanco, y al encenderse cada pira, lanzaba al aire chispas naranja. El efecto era extrañamente hermoso, aunque Jia Penhallow dudaba de que alguno de los asistentes reunidos en la llanura lo pensara.

Por alguna razón, el verso que había aprendido de niña se le repetía una y otra vez en la cabeza.

Negro para cazar en la noche
El blanco para el luto y la muerte
Oro para la novia en su vestido
Y rojo para deshacer el hechizo.
Seda blanca para cuando nuestro cuerpo arda,
Pendón azul para cuando regresan los idos,
Llamas para el nacimiento de un nefilim
Y llamas para lavar los pecados.
Gris para el conocimiento mejor reservado.
Hueso para los que no envejecen.
Azafrán para iluminar la marcha de la victoria,

Verde para reparar el corazón roto.
Plata para las torres de los demonios
Y bronce para convocar los poderes del mal.

«Hueso para los que no envejecen». El hermano Enoch, en su hábito de color hueso, iba de arriba abajo por la fila de piras. Los cazadores de sombras estaban de pie, o arrodillados, o lanzaban a las llamas naranja puñados de pálidas flores de Alacante, que crecían incluso en invierno.

—Cónsul. —La voz a su espalda era suave. Se volvió y vio al hermano Zachariah, al chico que había sido el hermano Zachariah, junto a ella—. El hermano Enoch me ha dicho que deseas hablar conmigo.

—Hermano Zachariah… —comenzó Jia, pero se calló—. ¿Hay algún otro nombre por el que prefieres que te llamemos? ¿El nombre que tuviste antes de pasar a ser un Hermano Silencioso?

—Por ahora, Zachariah está bien —contestó él—. Aún no estoy preparado para reclamar mi antiguo nombre.

—He oído —continuó Jia, y volvió a hacer una pausa, porque lo siguiente era un tema incómodo— que una de las brujas del Laberinto Espiral, Theresa Gray, es alguien a quien conociste y a quien quisiste durante tu vida mortal. Y para alguien que ha sido un Hermano Silencioso durante tanto tiempo, eso debe de ser algo muy raro.

—Ella es todo lo que me queda de aquel tiempo —contestó Zachariah —. Ella y Magnus. Me habría gustado hablar con Magnus, de haber podido, antes de que él…

—¿Te gustaría ir al Laberinto Espiral? —lo interrumpió Jia.

Zachariah la miró con ojos de asombro. Jia pensó que parecía tener la misma edad que su hija, con sus pestañas increíblemente largas, los ojos al mismo tiempo jóvenes y viejos.

—¿Me estás relevando de Alacante? ¿No se necesitan todos los guerreros?

—Has servido a la Clave durante más de ciento treinta años. No podemos pedirte más.

Él miró a las piras, al humo negro que oscurecía el aire.

—¿Cuánto saben en el Laberinto Espiral de los ataques a los Institutos, de la Ciudadela, de los representantes?

—Son estudiosos del saber —contestó Jia—. No guerreros o políticos. Saben lo que sucedió en el Burren. Y han hablado de la magia de Sebastian, de las posibles curas para los Oscurecidos, de las maneras de fortalecer las salvaguardas. No preguntan más que eso…

—Y vosotros no les explicáis nada más —replicó Zachariah—. ¿Así que no saben lo de la Ciudadela ni lo de los representantes?

Jia apretó los dientes.

—Supongo que dirás que debería decírselo.

—No —repuso él. Tenía las manos en los bolsillos; su aliento se hacía visible en el frío aire—. No diré eso.

Se quedaron uno junto al otro en la nieve, en silencio, hasta que él habló de nuevo, sorprendiéndola.

—No iré al Laberinto Espiral. Me quedaré en Idris.

—Pero ¿no quieres verla?

—Quiero ver a Tessa más que nada en este mundo —contestó Zachariah —. Pero si ella supiera más sobre lo que está ocurriendo aquí, querría venir y luchar con nosotros, y resulta que yo no quiero eso. —Su oscuro cabello le cayó hacia adelante cuando negó con la cabeza—. Encuentro que, como he sido un Hermano Silencioso, soy capaz de no querer eso. Quizá sea egoísmo. No estoy seguro. Pero sí estoy seguro de que los brujos del Laberinto Espiral están a salvo. Tessa está a salvo. Si voy con ella, yo también estaré a salvo, pero me estaré escondiendo. No soy un brujo; no puedo ayudar en el Laberinto. Puedo ayudar aquí.

—Podrías ir al Laberinto y volver. Sería complicado, pero puedo pedir…

—No —contestó él a media voz—. No puedo ver a Tessa cara a cara y no contarle la verdad de lo que está ocurriendo aquí. Y más que eso, no puedo ir con Tessa y presentarme como un mortal, como un cazador de sombras, y no explicarle lo que sentía por ella cuando era… —Se interrumpió—. Que mis sentimientos no han cambiado. No puedo ofrecerle

eso y luego regresar a un lugar donde pueden matarme. Mejor que siga creyendo que nunca tuvimos ninguna oportunidad.

—Mejor que tú también lo creas —repuso Jia, mirándolo a la cara, a la esperanza y al deseo que estaba allí, a la vista de todos. Miró a Robert y a Maryse Lightwood, que se hallaban a cierta distancia uno de otro sobre la nieve. No muy lejos, estaba su propia hija, Aline, con la cabeza apoyada en la de Helen Blackthorn, con sus rizos rubios—. Nosotros, los cazadores de sombras, nos ponemos en peligro a todas horas, todos los días. Creo que a veces somos temerarios con nuestro corazón del mismo modo que lo somos con nuestra vida. Lo entregamos, lo damos por completo. Y si no conseguimos lo que necesitamos tan desesperadamente, ¿cómo vivimos?

—Crees que quizá ella ya no me ame —dijo Zachariah—. Después de todo este tiempo.

Jia no respondió. Al fin y al cabo, eso era exactamente lo que pensaba.

—Es una pregunta razonable —continuó él—. Y quizá ya no me ame. Mientras siga viva, bien y feliz en este mundo, yo encontraré el modo de ser también feliz, incluso si no es con ella. —Miró hacia las piras, a las alargadas sombras de los muertos—. ¿Cuál es la del joven Longford? ¿El que mató a su *parabatai*?

—Aquella. —Jia la señaló con el dedo—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Es lo peor que puedo imaginarme tener que hacer. Yo no habría tenido el valor suficiente. Como hay alguien que sí lo tuvo, quisiera presentarle mis respetos —explicó Zachariah, y cruzó el espacio nevado hacia las hogueras.

—El funeral ha acabado —dijo Isabelle…—. O al menos, ha dejado de alzarse el humo.

Estaba sentada en el asiento de la ventana de su habitación en la casa de Inquisidor. El cuarto era pequeño, pintado de blanco y con cortinas floreadas. No muy del estilo de Isabelle, pensó Clary, pero habría resultado difícil replicar su habitación de Nueva York, llena de potingues y brillos, en tan poco tiempo.

—El otro día estaba leyendo mi *Códice*. —Acabó de abotonarse el jersey de lana azul que se había puesto. No soportaba llevar ni un segundo más el jersey que había llevado todo el día anterior, con el que había dormido y que Sebastian había tocado—. Y estaba pensando… Los mundanos se matan los unos a los otros todo el rato. Tenemos… tienen guerras, todo tipo de guerras, y se masacran, pero esta es la primera vez que los nefilim han tenido que matar a otros cazadores de sombras. Cuando Jace y yo tratamos de convencer a Robert de que nos dejara ir a la Ciudadela, no pude entender por qué se obstinaba tanto. Pero creo que ahora lo entiendo, más o menos. Creo que no podía creer que los cazadores de sombras pudieran ser realmente una amenaza para otros cazadores de sombras. Por mucho que le explicáramos lo sucedido en el Burren.

Isabelle soltó una carcajada.

—Eso es muy caritativo por tu parte. —Dobló las piernas pegándoselas al pecho y rodeándolas con los brazos—. ¿Sabes?, tu madre me llevó con ella a la Ciudadela Infracta. Dijeron que yo habría sido una buena Hermana de Hierro.

—Las vi durante la batalla —dijo Clary—. A las Hermanas. Son hermosas. Y aterradoras. Como mirar al fuego.

—Pero no pueden casarse. No pueden vivir con nadie. Viven eternamente, pero no… no tienen vida. —Isabelle apoyó la barbilla en las rodillas.

—Hay muchas formas diferentes de vivir —repuso Clary—. Y mira al hermano Zachariah…

Isabelle alzó la mirada.

—Hoy he oído a mis padres hablando de él de camino a la reunión del Consejo —explicó—. Decían que lo que le ha pasado es un milagro. Nunca he oído de alguien que dejara de ser un Hermano Silencioso. Quiero decir que pueden morir, pero invertir los hechizos no debería ser posible.

—Un montón de cosas no deberían ser posibles —replicó Clary, mientras se pasaba los dedos por el cabello. Quería ducharse, pero no soportaba la idea de estar sola bajo el agua, pensando en su madre, pensando en Luke. La idea de perder a cualquiera de ellos, por no hablar de

los dos, era tan aterradora como la idea de ser abandonada en el mar: una pequeña mota de humanidad rodeada de millas de agua y el cielo vacío por encima. Nada que la anclara a la tierra.

Mecánicamente comenzó a dividir el cabello para hacerse dos trenzas. Un segundo después, Isabelle había aparecido tras ella en el espejo.

—Déjame hacerlo a mí —dijo bruscamente; le cogió los mechones y comenzó a trenzarlos expertamente.

Clary cerró los ojos y se dejó perder unos instantes en la sensación de que alguien la cuidara. Cuando era una niña, su madre le trenzaba el pelo todas las mañanas antes de que Simon pasara a recogerla para ir a la escuela. Recordaba la costumbre que tenía él de desatarle las cintas mientras ella dibujaba y escondérselas en diferentes lugares: en los bolsillos, en la mochila, esperando que ella se diera cuenta y le tirara el lápiz.

A veces le resultaba imposible creer que su vida había sido tan corriente.

—Eh —llamó su atención Isabelle, empujándola ligeramente—. ¿Estás bien?

—Sí —contestó Clary—. Estoy bien. Todo está bien.

—Clary. —Notó la mano de Isabelle sobre la suya, abriéndole lentamente los dedos. Tenía la mano húmeda. Se dio cuenta de que había estado apretando con tanta fuerza una de las horquillas de Isabelle que se había clavado los extremos y le corría la sangre por la muñeca.

—No… no recuerdo haber cogido esto —dijo como atontada.

—Déjalo, no te preocupes. —Isabelle se lo quitó de la mano—. No estás bien.

—Tengo que estar bien —replicó Clary—. Tengo que estarlo. Tengo que controlarme y no derrumbarme. Por mi madre y por Luke.

Isabelle hizo un ruidito amable y de solidaridad. Clary notó que la estela de Isabelle le recorría el dorso de la mano y que la sangre comenzaba a parar. Aún seguía sin sentir dolor. Solo había oscuridad en los bordes de su visión, la oscuridad que amenazaba con cerrarse siempre que pensaba en

sus padres. Notó como si se estuviera ahogando, como si pataleara en los límites de la conciencia para mantenerse alerta y flotando.

De repente, Isabelle lanzó un grito ahogado y saltó hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó Clary.

—He visto un rostro, un rostro en la ventana…

Clary cogió a *Heosphoros* de su cinturón y comenzó a cruzar la habitación. Isabelle estaba justo tras ella, con el látigo de plata y oro desenrollándose en su mano. Lo restalló, y la punta se enrolló en el pomo de la ventana y la abrió. Se oyó un gañido, y una forma pequeña y entre sombras cayó sobre la alfombra y aterrizó de cuatro patas.

El látigo de Isabelle volvió a su mano mientras lanzaba una curiosa mirada de asombro. La sombra en el suelo se estiró y se convirtió en un ser vestido de negro, con el pálido rostro manchado y una melena larga, alborotada y rubia que una trenza hecha con descuido había sido incapaz de contener.

—¿Emma? —exclamó Clary.

La parte suroeste de Long Meadow, en Prospect Park, estaba desierta por la noche. La luna, en cuarto creciente, brillaba sobre el lejano perfil de los edificios marrones de Brooklyn más allá del parque, la silueta de los árboles desnudos y el espacio que la manada había dejado vacío sobre la seca hierba invernal.

Era un círculo de unos seis metros de diámetro bordeado por licántropos de pie. Toda la manada del centro de Nueva York se hallaba presente: treinta o cuarenta lobos de todas las edades.

Leila, con el cabello negro recogido en una cola de caballo, fue hasta el centro del círculo y dio una palmada para llamar la atención.

—Miembros de la manada —dijo—. Ha habido un desafío. Rufus Hastings ha retado a Bartholomew Velasquez por la jefatura de la manada de Nueva York. —Se oyó un murmullo entre la multitud y Leila alzó la voz—. Es un tema de liderazgo temporal, en ausencia de Luke Garroway. Esto

no se trata de nada que tenga que ver con reemplazar a Luke como jefe. —Puso las manos a la espalda—. Bartholomew, Rufus, acercaos.

Bat entró en el círculo, y un momento después Rufus lo siguió. Ambos vestían como si fuera verano, con vaqueros, camiseta y botas, los brazos desnudos a pesar del frío.

—Las reglas del desafío son las siguientes —continuó Leila—: El lobo debe luchar contra el lobo sin armas, excepto las de los dientes y las garras. Dado que este es un reto por el liderazgo, la lucha será a muerte, no a sangre. Quien sobreviva será el líder, y todos los otros lobos le jurarán lealtad esta noche. ¿Ha quedado claro?

Bat asintió. Parecía tenso, con los dientes apretados. Rufus sonreía de oreja a oreja mientras balanceaba los brazos a los costados. Hizo un gesto quitando importancia a las palabras de Leila.

—Ya sabemos cómo va, nena.

Leila apretó los labios en una fina línea.

—Entonces, podéis comenzar —dijo ella, pero mientras regresaba al círculo con los otros masculló: «Buena suerte, Bat», en voz baja pero suficiente para que todos la oyeran.

A Rufus no pareció importarle. Seguía sonriendo, y en cuanto Leila llegó al círculo, se lanzó sobre Bat.

Este lo esquivó. Rufus era grande y pesado; Bat era más ligero y un poco más rápido. Rodó de lado, evitando por poco las garras de Rufus, y le respondió con un directo que envió hacia atrás la cabeza de este. Aprovechó esa ventaja rápidamente y le encajó una lluvia de golpes que hizo que el otro lobo retrocediera tambaleándose; los pies de Rufus se arrastraban por el suelo mientras un rugido grave comenzó a alzarse desde lo más profundo de su garganta.

Dejó las manos colgadas al lado, los puños apretados. Bat golpeó de nuevo, y alcanzó a Rufus en el hombro, justo en el momento en que este se volvía y le lanzaba un zarpazo con la mano izquierda. Tenía las garras totalmente sacadas, enormes y brillantes bajo la luz de la luna. Era evidente que, de algún modo, se las había afilado. Cada una de ellas era como una

cuchilla. Le cruzaron el pecho a Bat, cortándole la camisa y la piel de debajo. Las costillas de Bat se tiñeron de escarlata.

—Primera sangre —cantó Leila, y los lobos comenzaron a patear el suelo lentamente; alzaban el pie izquierdo y lo dejaba caer a un ritmo regular, y el suelo parecía retumbar como un tambor.

Rufus sonrió de nuevo y avanzó hacia Bat. Este le lanzó un puñetazo, que aterrizó en el mentón y le llenó la boca de sangre a Rufus, que volvió la cabeza a un lado y lanzó un escupitajo rojo sobre la hierba… y siguió avanzando. Bat retrocedió; las garras extendidas, los ojos secos y amarillos. Rugió y lanzó una patada; Rufus le agarró la pierna y se la retorció hasta tirarlo al suelo. Se lanzó sobre Bat, pero el otro licántropo ya se había apartado rodando, y Rufus aterrizó a cuatro patas.

Bat se puso en pie, pero era evidente que estaba perdiendo sangre. La sangre que le caía por el pecho le estaba empapando la cinturilla del pantalón y le cubría las manos. Lanzó un zarpazo; Rufus se volvió y recibió el golpe en el hombro: cuatro cortes poco profundos. Con un gruñido, agarró a Bat por la muñeca y se la retorció. El ruido del hueso al quebrarse se oyó claramente. Bat ahogó un grito y se apartó.

Rufus saltó sobre él. Su peso envió al suelo a Bat, que se quedó inmóvil al golpearse la cabeza con fuerza contra una raíz.

Los otros lobos seguían pateando el suelo. Algunos de ellos lloraban abiertamente, pero ninguno hizo nada cuando Rufus se sentó sobre Bat, lo sujetó con una mano contra la hierba y alzó la otra, con las garras como cuchillas brillando a la luz de la luna. Fue a por el golpe definitivo…

—Detente. —La voz de Maia resonó en todo el parque. Los otros lobos la miraron atónitos. Rufus sonrió de medio lado.

—Eh, muchachita —protestó.

Maia no se movió. Estaba en medio del círculo. De algún modo había atravesado la línea de lobos sin que ellos lo notaran. Vestía pantalones de pana y una chaqueta vaquera, y llevaba el cabello recogido hacia atrás. Su rostro era severo, casi inexpresivo.

—Quiero lanzar un reto —dijo.

—Maia —intervino Leila—. ¡Conoces la ley! «Cuando luchas con un lobo de la manada, debes luchar solo contra él y lejos, para que otros no intervengan en la disputa y la manada no disminuya». No puedes interrumpir una pelea.

—Rufus está a punto de darle el golpe de gracia —repuso Maia sin mostrar emoción—. ¿De verdad crees que tengo que esperar cinco minutos para lanzar mi reto? Lo haré, si Rufus tiene demasiado miedo para luchar contra mí mientras Bat aún respira…

Rufus se alejó del cuerpo de Bat de un salto, rugiendo, y fue hacia Maia. Leila alzó la voz, asustada.

—¡Maia, sal de ahí! Cuando se vierte la primera sangre no podemos detener la pelea…

Rufus atacó a Maia. Sus garras le rasgaron el borde de la chaqueta; Maia se dejó caer de rodillas, rodó y se alzó de rodillas de nuevo, con las garras extendidas. El corazón le golpeaba las costillas y le enviaba oleadas de sangre ardiente y helada por las venas. Notó el escozor del corte en el hombro. Primera sangre.

Los licántropos comenzaron a patear la tierra de nuevo, aunque en esta ocasión no lo hacían en silencio. Había murmullos y gritos ahogados entre ellos. Maia hizo todo lo que pudo para no oírlos. Vio a Rufus acercarse a ella. Era una sombra recortada por la luz de la luna, y en ese momento no lo vio solo a él, sino también a Sebastian, alzado sobre ella en la playa, un frío príncipe tallado en hielo y sangre.

«Tu novio ha muerto».

Apretó los puños contra el suelo. Mientras Rufus se lanzaba sobre ella, con las afiladas garras extendidas, se levantó y le lanzó un puñado de tierra y hierba a la cara.

Rufus se tambaleó hacia atrás, tosiendo y cegado. Maia avanzó y lo pisó con todas sus fuerzas. Notó cómo se quebraban los pequeños huesos, y lo oyó gritar. En ese momento, con su contrincante distraído, ella le clavó las garras en los ojos.

Un grito surgió de la garganta de Rufus, y enseguida paró. Cayó hacia atrás, sobre la hierba, con un fuerte estruendo que hizo pensar a Maia en un

árbol al caer. La chica se miró la mano. La tenía cubierta de sangre y restos de líquidos: materia gris y humor vítreo.

Se dejó caer de rodillas y vomitó sobre la hierba. Recogió las garras y se limpió las manos en el suelo, una y otra vez, mientras el estómago le daba vueltas. Notó una mano en la espalda, y al alzar la mirada vio a Leila sobre ella.

—Maia —dijo esta, pero su voz quedó apagada por la de la manada que repetía el nombre de su nueva líder: «Maia, Maia, Maia».

Leila tenía los ojos oscuros con un velo de preocupación. Maia se puso en pie, se limpió la boca en la manga de la chaqueta y corrió hacia Bat. Se inclinó sobre él y le puso la mano en la mejilla.

—¿Bat? —llamó.

Él abrió los ojos con un esfuerzo. Tenía sangre en la boca, pero respiraba con regularidad. Maia supuso que ya estaba recuperándose de los golpes de Rufus.

—No sabía que pelearas sucio —dijo él con una media sonrisa.

Maia pensó en Sebastian, en su reluciente sonrisa y en los cadáveres de la playa. Pensó en lo que Lily le había dicho. Pensó en los cazadores de sombras detrás de sus salvaguardas, y de la fragilidad de los Acuerdos y del Consejo.

«Va a ser una guerra sucia», pensó, pero no fue eso lo que expresó en voz alta.

—No sabía que te llamabas Bartholomew. —Le cogió la mano con la suya ensangrentada. A su alrededor la manada seguía repitiendo su nombre.

—Maia, Maia, Maia.

Bat cerró los ojos.

—Todos tenemos secretos.

—Casi no parece que haya diferencia —dijo Jace, acurrucado en el asiento de la ventana en la habitación del desván que compartía con Alec—. Parece como estar en prisión.

—¿Crees que es un efecto secundario de tener guardias armados rodeando la casa? —sugirió Simon—. Bueno, es solo una idea.

Jace le lanzó una mirada irritada.

—¿Qué pasa con los mundanos y su imperiosa necesidad de soltar obviedades? —preguntó. Se inclinó hacia adelante y miró a través de los vidrios de la ventana. Simon quizá hubiera exagerado un poco, pero solo un poco. Las oscuras siluetas que se hallaban en los cuatro puntos cardinales rodeando la casa del Inquisidor podrían ser invisibles para el ojo normal, pero no para Jace.

—No soy un mundano —replicó Simon, en un tono algo cortante—. ¿Y qué pasa con los cazadores de sombras y su imperiosa necesidad de conseguir que los maten a ellos y a todos a los que quieren?

—Dejad de discutir. —Alec había estado sentado contra la pared en actitud pensativa, con la barbilla apoyada en la mano—. Los guardias están aquí para protegernos, no para mantenernos encerrados. No perdáis la perspectiva.

—Alec, hace siete años que me conoces —repuso Jace—. ¿Cuándo he tenido perspectiva?

Alec lo miró echando chispas.

—¿Sigues furioso conmigo porque te rompí el móvil? —preguntó Jace —. Porque tú me rompiste la muñeca, así que diría que estamos en paz.

—Te la torcí —replicó Alec—. No rota. Torcida.

—¿Y ahora quién está discutiendo? —soltó Simon.

—Tú no hables. —Alec le hizo un gesto acompañado de una expresión de vago desagrado—. Siempre que te miro, recuerdo entrar aquí y encontrarte liado con mi hermana.

Jace se incorporó.

—¡No sabía nada de eso! —exclamó.

—Oh, vamos… —protestó Simon.

—Simon, te estás sonrojando —observó Jace—. Y eres un vampiro, y casi nunca te sonrojas, así que eso debe de ser de lo más picante. Y raro. ¿Había bicicletas involucradas de algún modo morboso? ¿Aspiradoras? ¿Sombrillas?

—¿Sombrillas grandes o de esas que te ponen en las bebidas? —preguntó Alec.

—¿Acaso importa…? —continuó Jace, pero se calló cuando Clary entró en la habitación con Isabelle, que llevaba a una niña de la mano. Después de un momento de sorprendido silencio, Jace la reconoció: Emma, la niña a la que Clary había salido corriendo a consolar durante la reunión del Consejo. La que lo había mirado como a un héroe con una adoración mal disimulada. No era que le importara que lo adoraran como a un héroe, pero le resultaba un poco raro tener de repente a una niña en medio de lo que había comenzado como una conversación un tanto incómoda.

—Clary —dijo—. ¿Has raptado a Emma Carstairs?

Clary le lanzó una mirada de exasperación.

—No. Ha venido sola.

—He llegado a través de una de las ventanas —informó Emma—. Como en *Peter Pan*.

Alec iba a protestar, pero Clary alzó la mano libre para hacerlo callar; la otra mano la tenía en el hombro de Emma.

—Callad todos un segundo, ¿vale? —les pidió—. Emma no debería estar aquí, es cierto, pero ha venido por una buena razón. Tiene información.

—Es verdad —asintió Emma con una vocecita decidida. En realidad solo era una cabeza más baja que Clary, pero es que Clary era minúscula. Emma seguramente sería alta. Jace intentó recordar a su padre, John Carstairs; estaba convencido de haberlo visto en reuniones del Consejo y creía recordar a un hombre alto y rubio. ¿O era moreno? A los Blackthorn los recordaba, claro, pero los Carstairs se le habían ido de la memoria.

Clary le devolvió la aguda mirada con otra que decía: «Sé amable». Jace cerró la boca. Nunca se había parado a pensar si le gustaban los niños o no, aunque siempre había disfrutado jugando con Max. Para ser tan pequeño, Max había sido un hábil estratega, y siempre había disfrutado planteándole acertijos a Jace. Y que Max lo hubiera venerado tampoco estuvo mal.

Jace recordó el soldadito de madera que le había regalado a Max, y cerró los ojos al sentir un inesperado dolor. Cuando los abrió de nuevo,

Emma lo estaba mirando. No de la forma en que lo había mirado cuando la encontró con Clary en el Gard, con una especie de mirada medio impresionada, medio asustada, que decía: «Eres Jace Lightwood», sino con algo de preocupación. De hecho, toda la pose de la niña era una mezcla de seguridad, que él estaba seguro que fingía, y de miedo evidente. Sus padres estaban muertos, pensó, habían muerto hacía unos días. Y recordó una vez, siete años atrás, cuando se había presentado solo ante los Lightwood sabiendo en su corazón que su padre acababa de morir y con el amargo sabor de la palabra «huérfano» en los oídos.

—Emma —dijo Jace con tanta amabilidad como pudo—. ¿Cómo es que has entrado por una ventana?

—He subido por el tejado —contestó ella, y señaló la ventana—. No ha sido tan difícil. Las claraboyas casi siempre están en las habitaciones, así que he bajado por la primera y… era la de Clary. —Se encogió de hombros, como si lo que había hecho no fuera ni arriesgado ni impresionante.

—En realidad era la mía —repuso Isabelle, que miraba a Emma como si fuera un espécimen fascinante. Isabelle se sentó en el baúl a los pies de la cama de Alec y estiró las largas piernas—. Clary vive en casa de Luke.

Emma la miró confusa.

—No sé dónde está eso. Y todo el mundo hablaba de que estabais todos aquí. Por eso he venido.

Alec miró a Emma con la expresión medio cariñosa medio preocupada de un hermano mucho mayor.

—No tengas miedo… —comenzó.

—No tengo miedo —replicó ella—. He venido aquí porque necesitáis ayuda.

Jace notó que se le curvaba involuntariamente la boca en las comisuras en un amago de sonrisa.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Hoy he reconocido a ese hombre; el que ha amenazado al Cónsul. Vino con Sebastian para atacar el Instituto. —Tragó saliva—. Ese lugar en el que ha dicho que arderíamos, Edom…

—Es otra palabra para Infierno —le explicó Alec—. No un lugar real, no tendrías que haberte preocupado.

—No está preocupada, Alec —intervino Clary—. Solo escúchala.

—Es un lugar real —afirmó Emma—. Cuando atacaron el Instituto, los oí. Oí a una de ellos decir que llevarían a Mark a Edom y lo sacrificarían allí. Y cuando escapamos por el Portal, la oí gritándonos que arderíamos en Edom, que no había escapatoria. —Le tembló la voz—. Por la forma en la que hablaban de Edom, sé que es un lugar real, o al menos un lugar real para ellos.

—Edom —dijo Clary, recordando—. Valentine llamó a Lilith de un modo parecido; la llamó «mi señora de Edom».

Las miradas de Jace y Alec se encontraron. Alec asintió y salió de la habitación. Jace notó que se le relajaban un poco los hombros. En medio de todo el fárrago, era agradable tener un *parabatai* que sabía lo que estabas pensando sin tener que decir ni una palabra.

—¿Le has contado esto a alguien más?

Emma dudó un instante, y luego negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó Simon, que había estado callado hasta ese momento. Emma lo miró parpadeando. Solo tenía doce años, pensó Jace, y seguramente muy pocas veces se habría encontrado con subterráneos tan de cerca—. ¿Por qué no se lo has dicho a la Clave?

—Porque no confío en la Clave —contestó Emma con un hilillo de voz —. Pero confío en vosotros.

Clary tragó saliva visiblemente.

—Emma…

—Cuando llegamos aquí, la Clave nos interrogó a todos, sobre todo a Jules, y emplearon la Espada Mortal para asegurarse de que no estábamos mintiendo. Hace daño, pero no les importó. La emplearon con Ty y Livvy. La emplearon con Dru. —Emma parecía indignada—. Y la habrían usado con Tavvy si pudiera hablar. Y hace daño. La Espada Mortal hace daño.

—Lo sé —repuso Clary.

—Estoy en casa de los Penhallow —explicó Emma—. Por Aline y Helen, y porque la Clave quiere tenernos vigilados. Por lo que vimos.

Estaba abajo cuando volvieron del funeral, y los oí hablar, así que me escondí. Todo un grupo, no solo Patrick y Jia, sino también un montón de directores de los Institutos. Hablaban sobre qué debían hacer, qué debía hacer la Clave, si debían entregar a Jace y a Clary a Sebastian, como si pudieran decidir ellos. Como si fuera su decisión. Pero yo creo que debe ser vuestra decisión. Algunos de ellos decían que no importaba si queríais ir o no…

Simon ya estaba en pie.

—Pero Jace y Clary se ofrecieron a ir, prácticamente se lo rogaron…

—Les habríamos dicho la verdad. —Emma se apartó el revuelto cabello de la cara. Tenía unos ojos enormes, castaños con puntitos dorados y ámbar—. No tenían que emplear la Espada Mortal con nosotros; les habríamos dicho la verdad, pero de todas formas la emplearon. La emplearon con Jules hasta que las manos… las manos se le quemaron. —Le tembló la voz—. Así que he pensado que debíais saber lo que decían. No quieren que sepáis que no es vuestra decisión, porque saben que Clary puede abrir Portales. Saben que puede salir de aquí, y si escapa, piensan que no tendrán manera de negociar con Sebastian.

La puerta se abrió y Alec entró en la habitación con un libro encuadernado en cuero marrón en las manos. Lo sujetaba de tal manera que no se veía el título, pero miró a Jace a los ojos, y este le hizo una leve señal. Luego miró a Emma. El corazón de Jace se aceleró; Alec había encontrado algo. Algo que no le gustaba, a juzgar por su sombría expresión, pero algo de todas formas.

—Los miembros de la Clave a los que has oído hablar, ¿dijeron algo de cuándo iban a decidir qué hacer? —preguntó Jace a Emma, en parte para distraerla mientras Alec se sentaba en la cama y ponía el libro a su espalda.

Emma negó con la cabeza.

—Seguían discutiendo cuando me marché. Me escapé por la ventana del último piso. Jules me dijo que no lo hiciera, porque me mataría, pero yo sabía que no. Se me da bien escalar —añadió con orgullo—. Y él se preocupa demasiado.

—Es bueno tener a gente que se preocupe por ti —dijo Alec—. Eso significa que les importas. De ese modo sabes que son tus amigos.

Emma pasó la mirada de Alec a Jace, curiosa.

—¿Tú te preocupas por él? —le preguntó a Alec, y a este se le escapó una carcajada.

—Constantemente —contestó—. Jace podría matarse poniéndose los pantalones por la mañana. Ser su *parabatai* es un trabajo a tiempo completo.

—Ojalá yo tuviera un *parabatai* —repuso Emma—. Es como alguien que es tu familia, pero porque quiere serlo, no porque tiene que serlo. —Se sonrojó, como si hubiera sufrido un repentino ataque de timidez—. Bueno, pues no creo que nadie tenga que ser castigado por salvar a gente.

—¿Es por eso que confías en nosotros? —preguntó Clary, conmovida —. ¿Crees que salvamos a gente?

Emma clavó la punta de la bota en la alfombra. Luego alzó la mirada.

—Te conocía —dijo a Jace, sonrojándose otra vez—. Quiero decir, todo el mundo te conoce. Que eras el hijo de Valentine, pero luego no lo eras, y eras Jonathan Herondale. Y no creo que eso significara nada para la mayoría de la gente, todo el mundo te llama Jace Lightwood, pero sí para mi papá. Le oí decir a mi madre que pensaba que todos los Herondale había desaparecido, que la familia había muerto, pero tú eras el último de ellos, y él votó en la reunión del Consejo para que la Clave te siguiera buscando, porque dijo: «Los Carstairs tienen una deuda con los Herondale».

—¿Por qué? —preguntó Alec—. ¿Por qué están en deuda con ellos?

—No lo sé —contestó Emma—. Pero he venido porque mi padre habría querido que lo hiciera, incluso si era peligroso.

Jace contuvo una suave risa.

—Algo me dice que no te importa que las cosas sean peligrosas. —Se agachó y miró a Emma a los ojos—. ¿Nos quieres contar algo más? ¿Han dicho alguna otra cosa?

Emma negó con la cabeza.

—No saben dónde está Sebastian. No saben lo de Edom; lo mencioné cuando sujetaba la Espada Mortal, pero creo que pensaron que era la otra

palabra para «Infierno». No me preguntaron si yo creía que era un lugar real, así que no lo dije.

—Gracias por decírnoslo a nosotros. Es de gran ayuda. Mucha. Ahora deberías marcharte —añadió Jace, con tanta amabilidad como pudo—, antes de que noten que no estás. Pero de ahora en adelante, los Herondale están en deuda con los Carstairs, ¿de acuerdo? Recuérdalo.

Jace se incorporó mientras Emma se volvía hacia Clary, que asintió y la acompañó a la ventana donde Jace había estado sentado antes. Clary se agachó y le dio un abrazo a la niña antes de abrirla. Emma se encaramó con la habilidad de un mono. Fue ascendiendo hasta que solo las botas fueron visibles, y un momento después estas también habían desaparecido. Jace oyó un ligero sonido de pasos por el techo cuando Emma corrió con levedad por encima de las tejas, y luego se hizo el silencio.

—Me gusta —dijo Isabelle finalmente—. Me recuerda a Jace cuando era pequeño y terco, y se comportaba como si fuera inmortal.

—Dos de esas cosas todavía son así —comentó Clary mientras cerraba la ventana. Se sentó en el poyete—. Supongo que la pregunta es: ¿le contamos a Jia o a alguien del Consejo lo que nos ha dicho Emma?

—Eso depende —contestó Jace—. Jia tiene que aceptar lo que quiere la Clave en conjunto; ella misma lo ha dicho. Si deciden que quieren meternos en una jaula hasta que Sebastian venga a buscarnos… bueno, eso fastidiaría cualquier ventaja que esta información pueda darnos.

—Así que depende de si la información nos es útil o no —apuntó Simon.

—Justo —admitió Jace—. Alec, ¿qué has encontrado?

Alec cogió el libro que tenía a la espalda. Era una enciclopedia demoníaca, la clase de libro que debía haber en la biblioteca de todo cazador de sombras.

—He pensado que Edom podría ser el nombre de uno de los reinos demoníacos…

—Bueno, todos han estado especulando sobre si Sebastian podría estar en una dimensión diferente, ya que no se lo puede rastrear —explicó

Isabelle—. Pero las dimensiones de los demonios… las hay a millones, y nadie puede ir allí sin más.

—Algunas son mejores que otras —dijo Alec—. La Biblia y los textos Enochianos mencionan unas cuantas, disfrazadas e incluidas, claro, en cuentos y mitos. Edom se menciona como un páramo baldío… —Leyó en voz alta y mesurada—: «Y los torrentes de Edom se convertirán en brea, y su suelo en sulfuro; su tierra se convertirá en una sima ardiente. Noche y día permanecerá encendida, y su humo se alzará durante toda la eternidad. De generación en generación, seguirá desolada; nadie pasará por ella nunca jamás». —Suspiró—. Y naturalmente hay leyendas sobre Lilith y Edom; que la desterraron a ese lugar y que gobierna allí junto al demonio Asmodeus. Seguramente es por eso que los Oscurecidos hablaban de sacrificar allí a Mark Blackthorn en su honor.

—Lilith protege a Sebastian —afirmó Clary—. Si fuera a ir a algún reino demoníaco, iría al suyo.

—Lo de «nadie pasará por ella nunca jamás» no anima mucho —comentó Jace—. Además, no hay forma de llegar a los reinos demoníacos. Viajar de un lugar a otro de este mundo es una cosa…

—Bueno, creo que hay un modo —lo interrumpió Alec—. Un camino que los nefilim no pueden cerrar, porque está más allá de la jurisdicción de nuestras leyes. Es antiguo, más antiguo que los cazadores de sombras, antiguo, salvaje y mágico. —Suspiró—. Se halla en la corte seelie, y lo vigilan los seres mágicos. Ningún humano ha puesto pie en ese camino en más de cien años.

13

SEMBRADO DE BUENAS INTENCIONES

Jace se movía por la habitación como un gato. Los otros lo observaban. Simon con una ceja alzada.

—¿No hay ninguna otra forma de llegar? —preguntó Jace—. ¿No podemos usar un Portal?

—No somos demonios. El Portal solo nos transporta en una dimensión —contestó Alec.

—Ya lo sé, pero si Clary experimentara con las runas el Portal…

—No pienso hacerlo —lo interrumpió Clary, y colocó una mano protectora sobre el bolsillo donde llevaba la estela—. No os voy a poner a todos en peligro. Usé un Portal para transportarnos a Luke y a mí a Idris sin saber cómo era y casi conseguí que nos matáramos. No pienso arriesgarme.

Jace seguía yendo de un lado a otro. Era lo que hacía cuando pensaba; Clary lo sabía, pero igualmente lo miraba preocupada. Él abría y cerraba las manos mientras murmuraba para sí. Finalmente, se detuvo.

—Clary —dijo—. Puedes abrir un Portal hasta la corte seelie, ¿verdad?

—Sí —contestó ella—. Eso sí puedo hacerlo; he estado allí y la recuerdo. Pero ¿estaríamos a salvo? No nos han invitado, y a los seres mágicos no les gustan las incursiones en su territorio…

—Nada de plural —repuso Jace—. Ninguno de vosotros va a venir, voy a hacerlo solo.

Alec se puso en pie.

—Lo sabía, joder si lo sabía, y definitivamente no. Ni en broma.

Jace alzó una ceja mirándolo. Parecía tranquilo, pero Clary le veía la tensión en la postura de los hombros y en la forma en que se balanceaba ligeramente sobre los pies.

—¿Y desde cuándo dices tú «joder»?

—Desde que la situación lo requiere, joder. —Alec cruzó los brazos sobre el pecho—. Y pensaba que íbamos a discutir si se lo decíamos o no a la Clave.

—No podemos hacerlo —repuso Jace—. No si vamos a meternos en los reinos de los demonios desde la corte seelie. La Clave no puede ir y meter a la mitad de su gente en la corte; sería como un acto de guerra hacia los seres mágicos.

—¿Mientras que si somos solo los cinco podemos convencerlos con nuestros encantos de que nos dejen pasar? —Isabelle alzó irónicamente una ceja.

—Hemos parlamentado con la reina antes —les recordó Jace—. Fuiste a ver a la reina cuando… cuando Sebastian me tenía.

—Y ella nos engañó para que cogiéramos esos anillos walkie-talkie y poder oír todo lo que decíamos —replicó Simon—. No confiaría en ella más de lo que confiaría en un elefante de mediano tamaño.

—No he dicho nada de confiar en ella. La reina hará lo que le interese en el momento. Por tanto, tenemos que lograr que le interese dejarnos acceder al camino a Edom.

—Seguimos siendo cazadores de sombras —dijo Alec—, aún representamos a la Clave. Hagamos lo que hagamos en el territorio de las hadas, la Clave tendrá que responder de ello.

—Entonces tendremos que emplear mucho tacto e inteligencia —insistió Jace—. Mira, me encantaría conseguir que fuera la Clave la que se ocupara de la reina y su corte por nosotros, pero no tenemos tiempo. Luke, Jocelyn, Magnus y Raphael no tienen tiempo. Sebastian se está animando; está acelerando sus planes, su sed de sangre. Tú no sabes cómo es cuando se pone así, pero yo sí. —Respiró hondo. Tenía los pómulos brillantes de

sudor—. Por eso debo hacerlo solo. El hermano Zachariah me dijo que yo soy el fuego celestial. No es como si pudiéramos conseguir otra *Gloriosa*. No podemos invocar a otro ángel; esa carta ya la hemos jugado.

—Muy bien —repuso Clary—, pero aunque tú seas la única fuente de fuego celestial, eso no significa que tengas que ir solo.

—Tiene razón —la secundó Alec—. Sabemos que el fuego celestial puede herir a Sebastian. Pero no sabes si es lo único que puede hacerle daño.

—Y sin duda no significa que seas el único que puede matar a todos los Oscurecidos que Sebastian tiene alrededor —remarcó Clary—. O que puedas pasar por la corte seelie a salvo tú solo, y después de eso, por algún reino demoníaco olvidado donde tienes que encontrar a Sebastian…

—No podemos localizarlo porque no estamos en la misma dimensión —repuso Jace. Alzó la muñeca donde brillaba el brazalete plateado de Sebastian—. Cuando esté en su mundo, podré localizarlo. Lo he hecho antes…

—Podremos localizarlo —remarcó Clary—. Jace, esto es más que simplemente encontrarlo; esto es enorme, más grande que nada de lo que hemos hecho. No es solo matar a Sebastian; también están los prisioneros. Es una misión de rescate. Es poner su vida en la cuerda floja además de las nuestras. —Se le quebró la voz.

Jace detuvo su paseo y miró a sus amigos uno tras otro, casi implorándoles.

—Es que no quiero que os pase nada.

—Sí, bueno, y nosotros no queremos que te pase nada a ti —dijo Simon—. Pero piénsalo bien, ¿qué ocurrirá si tú vas y nosotros nos quedamos? Sebastian quiere a Clary, incluso más de lo que te quiere a ti, y puede encontrarla aquí, en Alacante. Nada le impide volver excepto la promesa de que esperará dos días, y ¿cuánto valen sus promesas? Podría venir a por cualquiera de nosotros en cualquier momento; lo ha demostrado con los representantes de los subterráneos. Aquí somos un blanco fácil. Mejor que vayamos a donde él no nos espera o no nos está buscando.

—No me voy a quedar aquí parado mientras Magnus corre peligro —declaró Alec, con una voz sorprendentemente fría y adulta—. Ve sin mí y violarás todos nuestros juramentos de *parabatai*, me ofenderás como cazador de sombras y no respetarás el hecho de que esta también es mi guerra.

Jace lo miró asombrado.

—Alec, nunca violaría nuestros juramentos. Eres uno de los mejores cazadores de sombras que conozco…

—Y por eso iremos contigo —lo interrumpió Isabelle—. Nos necesitas. Nos necesitas a Alec y a mí para cubrirte la espalda, como siempre hemos hecho. Necesitas el poder de Clary con las runas y la fuerza de vampiro de Simon. Esta guerra no es solo tuya. Si nos respetas como cazadores de sombras y como amigos, entonces iremos contigo. Es así de sencillo.

—Lo sé —repuso Jace en voz baja—. Sé que os necesito. —Miró a Clary.

Esta oyó de nuevo la voz de Isabelle diciendo «necesitas el poder de Clary con las runas» y recordó la primera vez que había visto a Jace, flanqueado por Alec e Isabelle, y había pensado que parecía peligroso.

Nunca se le había ocurrido pensar que ella era como él, y que también era peligrosa.

—Gracias —dijo Jace y se aclaró la garganta—. De acuerdo. Poneos el traje de combate y coged mochilas. Suministros para viajar por tierra: agua, la comida que podáis, estelas de repuesto, mantas… Y tú —añadió dirigiéndose a Simon— quizá no necesites comida, pero si tienes sangre embotellada, cógela. Puede que no haya nada que puedas… comer, allí adonde vamos.

—Siempre estaréis vosotros cuatro —bromeó Simon con una sonrisa, y Clary sabía que era porque Jace lo había incluido en el grupo sin vacilar ni un momento. Por fin, Jace había aceptado que a donde ellos fueran, Simon iba también, cazador de sombras o no.

—Muy bien —dijo Alec—. Nos reunimos aquí en diez minutos. Clary, prepárate para crear el Portal. Y, Jace…

—¿Sí?

—Será mejor que tengas un plan para cuando lleguemos a la corte seelie, porque vamos a necesitarlo.

El torbellino en el interior del Portal fue casi un alivio. Clary fue la última en atravesar la brillante puerta, después de los otros cuatro, y permitió que la fría oscuridad la arrastrara como el agua, dejándola sin aliento y haciendo que lo olvidara todo excepto el estruendo y la caída.

Acabó demasiado rápido. El Portal la soltó y la dejó caer torpemente, con la mochila retorcida bajo ella, sobre el suelo de tierra prensada de un túnel. Clary respiró hondo y se cogió a una larga raíz colgante para ponerse en pie. Alec, Isabelle, Jace y Simon también estaban levantándose y sacudiéndose la ropa. Se dio cuenta de que no habían caído sobre tierra, sino sobre una alfombra de musgo. El musgo se extendía por las lisas paredes del túnel, pero brillaba con una luz fosforescente. Pequeñas flores radiantes, como margaritas eléctricas, crecían entre el musgo y salpicaban el verde de blanco; Clary se preguntó qué estaría creciendo exactamente en la superficie. Varios túneles más pequeños partían del principal, algunos demasiado estrechos para permitir el paso a un humano.

Isabelle se sacó un trocito de musgo del pelo y frunció el ceño.

—¿Dónde estamos exactamente?

—Mi intención era llegar justo al otro lado de la sala del trono —explicó Clary—. Hemos estado aquí. Pero siempre parece diferente.

Jace ya había comenzado a recorrer el túnel principal. Incluso sin la runa de silencio, sobre el musgo blando era tan sigiloso como un gato. Los otros lo siguieron, Clary con una mano sobre la empuñadura de la espada. Le sorprendía un poco lo rápido que se había acostumbrado a llevar un arma colgada al costado, y pensó que si fuera a coger a *Heosphoros* y no la encontrara, le entraría el pánico.

—Por aquí —indicó Jace en voz baja, mientras les hacía un gesto de silencio. Estaban junto a un arco; una cortina los separaba de la sala que había más allá. La última vez que Clary había estado allí, la cortina estaba

hecha de mariposas vivas, y su intento de escapar había producido un continuo susurro.

Ese día era de espinos, como los espinos que rodeaban el castillo de la Bella Durmiente, espinos entretejidos para formar una oscilante cortina. Clary solo captaba breves atisbos de la sala al otro lado; un brillo de blanco y plata, pero todos oían risas y voces procedentes de los corredores que los rodeaban.

Las runas de *glamour* no funcionaban con los seres mágicos; no había manera de ocultarse. Jace estaba alerta, con todo el cuerpo tenso. Con mucho cuidado, alzó una daga y apartó la cortina de espino tan sigilosamente como pudo. Todos se echaron hacia adelante, mirando embobados.

La sala al otro lado era un paisaje invernal de hadas, de los que Clary había visto pocas veces, excepto en sus visitas a la granja de Luke. Los muros eran cortinas de blanco cristal, y la reina se hallaba reclinada sobre su diván, que era de cristal blanco a juego, con venas de plata atravesando la roca. El suelo estaba cubierto de nieve, y largos témpanos de hielo colgaban del techo, cada uno rodeado de cuerda de espinos dorada y plateada. Había ramos de rosas blancas amontonados por el suelo, esparcidos a los pies del diván de la reina, trenzados como una corona en su rojo cabello. Su vestido también era blanco y plata, y se le transparentaba en varias partes del cuerpo, aunque no de forma descarada. Hielo, rosas y la reina. El efecto era cegador.

Con el rostro alzado, la reina hablaba con un caballero hada en armadura completa. La armadura era marrón oscuro, del color de un tronco de árbol, y el caballero tenía un ojo negro y el otro azul claro, casi blanco. Por un momento, Clary pensó que llevaba una cabeza de ciervo bajo el brazo, pero al fijarse bien, se dio cuenta de que era un yelmo decorado con astas.

—¿Y cómo va la Cacería Salvaje, Gwyn? —le estaba preguntando la reina—. ¿Los Recolectores de los Muertos? Supongo que hubo mucho que recoger en la Ciudadela Infracta la otra noche. He oído decir que los aullidos de los nefilim al morir cortaban el cielo.

Clary notó que los cazadores de sombras se tensaban. Recordó estar junto a Jace en un bote en Venecia y contemplar el paso de la Cacería Salvaje en lo alto; un torbellino de aullidos y gritos de guerra, caballos con brillantes cascos de color escarlata, trapaleando sobre el firmamento.

—Eso he oído, mi señora —contestó Gwyn en una voz tan ronca que era casi ininteligible. Sonaba como el roce de una espada contra una áspera corteza de árbol—. La Cacería Salvaje aparece cuando los cuervos de la batalla gritan pidiendo sangre. Reunimos a nuestros jinetes de entre los muertos. Pero no estuvimos en la Ciudadela Infracta. Los juegos de guerra entre los nefilim y los Oscuros son demasiado intensos para nuestra sangre. Los seres mágicos se mezclan mal con los demonios y los ángeles.

—Me decepcionas, Gwyn —repuso la reina haciendo un mohín—. Este es un momento de poder para los seres mágicos: ganamos, nos alzamos, logramos el mundo. Debemos estar en el tablero de ajedrez del poder tanto como los nefilim. Había confiado en tu consejo.

—Perdóname, mi señora —se disculpó Gwyn—. El ajedrez es un juego demasiado delicado para nosotros. No puedo aconsejarte.

—Pero te he hecho un gran regalo. —La reina se enfurruñó—. El chico Blackthorn. Sangre de hada y de cazador de sombras juntas no es nada corriente. Él galopará contigo y los demonios te temerán. Un regalo mío y de Sebastian.

Sebastian. Lo dijo tranquilamente, con familiaridad. Había cierto cariño en su voz, si se podía hablar de cariño tratándose de la Reina de la Hadas. Clary oyó la respiración de Jace a su lado: seca y rápida; los otros también estaban tensos, el pánico y la comprensión se les turnaban en el rostro al ir asimilando las palabras de la reina.

Clary dejó que *Heosphoros* se le enfriara en la mano.

«Un camino a los reinos de los demonios accesible a través del reino de las hadas. La tierra abriéndose bajo los pies de Sebastian. Este alardeando de tener aliados».

La reina y Sebastian regalando un chico nefilim capturado. Juntos.

—Los demonios ya me temen, mi hermosa —replicó Gwyn, y sonrió.

«Mi hermosa». La sangre en las venas de Clary era un río de hielo cantándole en el corazón. Bajó la mirada, y vio a Simon cubrir la mano de Isabelle con la suya, un fugaz gesto de apoyo. Isabelle se había quedado blanca y parecía asqueada, igual que Alec y Jace. Simon tragó saliva; el anillo de oro que llevaba en el dedo destelló, y Clary oyó la voz de Sebastian en su cabeza.

«¿De verdad creías que la reina te iba a dejar poner las manos sobre algo que te permitiera comunicarte con tus amiguitos sin poder escuchar ella? Desde que te lo cogí, he hablado con ella y ella ha hablado conmigo; has sido una tonta confiando en ella, hermanita. A la reina seelie le gusta estar del lado del vencedor. Y ese lado será el nuestro, Clary. El nuestro».

—Me debes un favor, Gwyn, a cambio del chico —dijo la reina—. Sé que la Cacería Salvaje solo cumple sus propias leyes, pero requeriré tu presencia en la próxima batalla.

Gwyn frunció el ceño.

—No estoy seguro de que un muchacho valga una promesa tan importante. Como he dicho, la Cacería no desea involucrarse en los asuntos de los nefilim.

—No hace falta que luches —contestó la reina con voz de seda—. Solo te pediré tu ayuda con los cadáveres. Y habrá cadáveres. Los nefilim pagarán por sus crímenes, Gwyn. Todos deben pagar.

Antes de que Gwyn pudiera contestar, alguien más entró en la sala desde un oscuro túnel que se perdía en una curva tras el trono de la reina. Era Meliorn en su blanca armadura, el cabello negro trenzado a la espalda. En las botas se le había pegado lo que parecía alquitrán. Frunció el ceño al ver a Gwyn.

—Un Cazador nunca porta buenas noticias —dijo.

—Calma, Meliorn —repuso la reina—. Gwyn y yo solo estábamos charlando de un intercambio de favores.

Meliorn inclinó la cabeza.

—Traigo nuevas, mi señora, pero solo podré comunicarlas en privado.

La reina se volvió hacia Gwyn.

—¿Estamos de acuerdo?

Gwyn vaciló, luego asintió con sequedad, y después de lanzar una mirada de desprecio en dirección a Meliorn, desapareció por el oscuro túnel por el que había llegado el caballero hada.

La reina se recostó en el diván, sus pálidos dedos como mármol reposando sobre su vestido.

—Muy bien, Meliorn. ¿De qué deseas hablar? ¿Hay nuevas de los subterráneos prisioneros?

«Los subterráneos prisioneros».

Clary oyó a Alec inspirar con fuerza a su espalda, e inmediatamente, Meliorn volvió la cabeza. Clary lo vio entrecerrar los ojos.

—Si no me equivoco, mi señora —dijo mientras desenvainaba la espada —, tenemos visita…

Jace ya se estaba pasando la mano por el costado, y susurró: «*Gabriel*». El cuchillo serafín se iluminó. Isabelle se puso en pie de un salto y restalló el látigo hacia adelante cortando la cortina de espinos, que cayó al suelo con un fuerte repiqueteo.

Rápidamente, Jace saltó por encima de ellos y entró en la sala del trono, con *Gabriel* resplandeciendo en la mano. Clary desenfundó la espada.

Entraron en la sala y se colocaron formando un semicírculo a la espalda de Jace: Alec con el arco ya tenso, Isabelle con el látigo extendido y brillante, Clary con la espada en la mano y Simon… Simon no tenía mejor arma que sí mismo, pero se plantó allí y sonrió a Meliorn mostrándole los brillantes colmillos.

La reina se incorporó con un siseo que detuvo al instante; era la primera vez que Clary la había visto alterada.

—¿Cómo osáis entrar en la corte sin haber sido llamados? —exigió saber—. Es el mayor de los crímenes, una violación de la Ley del Convenio…

—¡¿Cómo te atreves a hablar de violar la Ley del Convenio?! —gritó Jace, y el cuchillo serafín ardió en su mano. Clary pensó que Jonathan Cazador de Sombras debía de haber sido así muchos siglos atrás, cuando hizo retroceder a los demonios y salvó de la destrucción a un mundo ignorante del peligro—. Tú, que has asesinado, mentido y hecho prisioneros

a los subterráneos del Consejo. Te has aliado con fuerzas malignas y pagarás por ello.

—La reina de la corte seelie no paga —replicó ella.

—Todo el mundo paga —le aseguró Jace, y de repente ya estaba en el diván, sobre la reina, con la punta de la daga contra su cuello. Esta se encogió retrocediendo, pero Jace la tenía inmovilizada, con los pies apoyados firmemente en el diván—. ¿Cómo lo has hecho? —preguntó—. Meliorn juró que estabas con los nefilim. Las hadas no pueden mentir. Por eso el Consejo confió en ti…

—Meliorn es medio hada. Puede mentir —confesó la reina, y le lanzó una mirada divertida a Isabelle, que parecía anonadada. Solo la reina podía parecer divertirse con una daga al cuello, pensó Clary—. A veces, la respuesta más sencilla es la correcta, cazador de sombras.

—Por eso lo querías a él en el Consejo —exclamó Clary, y recordó el favor que la reina le había pedido hacía lo que parecía una eternidad—. Porque puede mentir.

—Una traición planeada con tiempo. —Jace respiraba pesadamente—. Debería cortarte el cuello en este mismo instante.

—No te atreverás —repuso la reina, sin moverse, la punta del cuchillo aún en el cuello—. Si tocas a la Reina de la Hadas, los seres mágicos se alzarán contra ti por toda la eternidad.

El rostro de Jace estaba inundado de una luz abrasadora.

—¿Acaso no lo estáis ahora? —preguntó furioso—. Te hemos oído. Hablas de Sebastian como de un aliado. La Ciudadela Infracta yace sobre líneas de fuerza telúrica. Las líneas telúricas son competencia de las hadas. Tú lo llevaste allí, tú le abriste el camino, tú le permitiste emboscarnos. ¿Y no estáis ya alzados contra nosotros?

Una fea expresión cruzó el rostro de Meliorn.

—Puede que nos hayas oído hablar, pequeño nefilim —dijo—. Pero si te matamos antes de que vuelvas a la Clave para contar tus cuentos, ninguno de los otros lo sabrá…

El caballero avanzó hacia él. Alec dejó volar una flecha, y esta se le clavó a Meliorn en la pierna. El caballero se desplomó hacia atrás con un

grito.

Alec se acercó, ya con otra flecha en el arco. Meliorn estaba en el suelo, gimiendo; la nieve que lo rodeaba se iba tiñendo de rojo. Alec se puso sobre él, con el arco preparado.

—Dinos cómo liberar a Magnus… como liberar a los prisioneros —exigió—. Hazlo o te convierto en un alfiletero.

Meliorn escupió. Su armadura blanca parecía fundirse con la nieve que lo rodeaba.

—No te diré nada —respondió incorporándose—. Tortúrame, mátame, pero no traicionaré a mi reina.

—De todos modos, no importa lo que diga —intervino Isabelle—. Puede mentir, ¿recuerdas?

El rostro de Alec se oscureció.

—Cierto. Entonces, muere, mentiroso. —Y soltó la flecha.

Esta se le clavó a Meliorn en el pecho, y el caballero hada cayó hacia atrás. La fuerza de la flecha envió su cuerpo resbalando por la nieve. La cabeza se le estrelló contra la pared de la cueva con un húmedo crujido.

La reina gritó. El sonido se le clavó a Clary en los oídos y la hizo reaccionar. Oía a las hadas gritar, pies corriendo por los túneles.

—¡Simon! —gritó, y él se volvió hacia ella—. ¡Ven aquí!

Envainó de nuevo a *Heosphoros*, cogió la estela y corrió hacia la puerta principal, libre ya de su cortina de espinos. Simon fue tras ella.

—Levántame —le pidió jadeando, y sin decir nada, él la cogió por la cintura y la alzó; su fuerza de vampiro casi la lanzó hasta el techo.

Clary se agarró con fuerza al arco con la mano libre y miró hacia abajo. Simon la observaba, claramente confuso, pero la sujetaba con fuerza.

—Aguántame —dijo ella, y comenzó a dibujar. Era la runa opuesta a la que había dibujado en la barca de Valentine: era una runa para cerrar, para dejar fuera todas las cosas, para ocultarse con seguridad.

Las líneas negras salían de la punta de la estela mientras dibujaba.

—Date prisa. Están llegando —oyó decir a Simon justo cuando acababa.

El suelo bajo ellos se sacudió. Cayeron juntos, Clary sobre Simon, que no era un colchón cómodo, con todos sus ángulos, rodillas y codos. Rodaron hacia un lado mientras una pared de tierra comenzó a desplazarse para tapar el arco, como un telón de teatro. Había sombras corriendo hacia la puerta, sombras que comenzaban a adoptar la forma de seres mágicos a la carrera. Simon puso en pie a Clary justo cuando la abertura que daba al pasillo desaparecía con un retumbo final y dejaba a todas las hadas al otro lado.

—Por el Ángel —exclamó Isabelle, anonadada.

Clary se volvió, aún con la estela en la mano. Jace estaba en pie y apuntaba con la daga al corazón de la reina seelie, que estaba ante él. Alec se hallaba junto al cadáver de Meliorn. Miró a Clary con rostro inexpresivo y luego a su *parabatai*. Tras él se abría el pasaje por el que Meliorn había llegado y Gwyn se había marchado.

—¿Vas a cerrar el túnel trasero? —preguntó Simon a Clary.

Esta negó con la cabeza.

—Meliorn tiene brea en los zapatos —dijo—. «Y los torrentes de Edom se convertirán en brea», ¿recuerdas? Creo que venía de los reinos demoníacos. Creo que se va por ahí.

—Jace —dijo Alec—. Dile a la reina lo que queremos, y que si nos lo da, la dejaremos vivir.

La reina rio con un sonido agudo.

—Pequeño niño arquero —dijo luego—. Te he subestimado. Agudas son las flechas de un corazón roto.

El rostro de Alec se tensó.

—Nos has subestimado a todos. Tú y tu arrogancia. Los seres mágicos son un pueblo antiguo, un pueblo bueno. Tú no eres digna de regirlos. Bajo tu mando acabarán todos así —dijo señalando con la barbilla el cadáver de Meliorn.

—Tú eres el que lo ha matado —repuso la reina—, no yo.

—Todo el mundo paga —replicó Alec, y la miró con ojos azules y firmes.

—Deseamos el regreso, sanos y salvos, de los rehenes que Sebastian Morgenstern ha tomado —dijo Jace.

La reina extendió las manos en un ademán de impotencia.

—No están en este mundo, ni aquí en el de las hadas ni tampoco en ninguna tierra sobre la que yo tenga jurisdicción. No puedo hacer nada para ayudarte a rescatarlos, nada en absoluto.

—Muy bien —repuso Jace, y Clary tuvo la sensación de que esa era la respuesta que había esperado recibir—. Hay algo que sí puedes hacer, algo que nos puedes mostrar y que hará que te deje con vida.

La reina se quedó inmóvil.

—¿Y qué es, cazador de sombras?

—El camino al reino demoníaco de Edom —contestó Jace—. Queremos paso franco por él. Lo recorreremos para entrar, y lo recorreremos para volver a tu reino.

Clary se sorprendió al ver que la reina parecía relajarse. La tensión desapareció de su rostro y una leve sonrisa le torció la boca; una sonrisa que a Clary no le gustó nada.

—Muy bien. Os conduciré al camino hacia el reino demoníaco. —La reina se cogió el diáfano vestido y se lo alzó para bajar los escalones que rodeaban su diván. Iba descalza y sus pies eran tan blancos como la nieve. Comenzó a dirigirse hacia el oscuro pasaje que se abría detrás de su trono.

Alec se puso al lado de Jace, e Isabelle tras él; Clary y Simon formaron la retaguardia.

—La verdad es que odio tener que decir esto —comentó Simon en voz baja mientras salían de la sala del trono y se adentraban en las sombras del pasaje subterráneo—, pero me ha parecido demasiado fácil.

—No ha sido fácil —le susurró Clary.

—Lo sé, pero la reina… la reina es muy lista. De haber querido de verdad, podría haber encontrado la manera de no hacerlo. No tiene por qué dejarnos ir a los reinos demoníacos.

—Pero sí que quiere —repuso Clary—. Cree que allí moriremos.

Simon la miró de reojo.

—¿Y moriremos?

—No lo sé —contestó Clary, y avivó el paso para alcanzar a los otros.

El pasillo no resultó ser tan largo como Clary había pensado. La oscuridad hacía imposible medir la distancia, pero solo llevaban una media hora andando cuando salieron de las sombras a un espacio más grande e iluminado.

Habían estado caminando en silencio en medio de la oscuridad, con Clary perdida en sus pensamientos: recuerdos de la casa que había compartido con Sebastian y Jace; del estruendo de la Cacería Salvaje cruzando el cielo; de un papelito con las palabras: «Mi hermosa», escritas en él. Eso no había sido romántico, había sido respeto. La reina seelie, la hermosa. «A la reina seelie le gusta estar del lado del vencedor. Y ese lado será el nuestro, Clary. El nuestro», le había dicho Sebastian en una ocasión. Y aunque también había informado de eso a la Clave, se lo había tomado como parte de los alardes de Sebastian. Igual que el Consejo había creído que bastaba con que los seres mágicos afirmaran su lealtad; que la reina esperaría, al menos, a ver de qué lado soplaba el viento antes de romper cualquier alianza. Pensó en la sorpresa en la propia voz de Jace al decir: «Una traición largo tiempo planeada». Quizá nadie había considerado esa posibilidad porque habían sido incapaces de considerarla: que la reina estuviera tan segura de la victoria final de Sebastian que fuera capaz de esconderlo en el mundo de las hadas, donde no se lo podía rastrear; que lo ayudara en la batalla. Clary recordó la tierra abriéndose en la Ciudadela Infracta y tragándose voluntariamente a Sebastian y a los Oscurecidos. Después de todo, las cortes se hallaban bajo tierra. ¿Por qué si no se habían llevado a Mark Blackthorn los Oscurecidos que atacaron el Instituto de Los Ángeles? Todos habían supuesto que Sebastian temía la venganza de los seres mágicos, pero no era así. Estaba aliado con ellos. Se había llevado a Mark porque tenía sangre de hada, y debido a esa sangre, pensaban que Mark les pertenecía.

Nunca en toda su vida Clary había pensado tanto como en los últimos seis meses sobre la sangre y en lo que esta significaba. La sangre de los

nefilim era dominante; ella era una cazadora de sombras. Sangre de ángel: eso la hacía ser lo que era; eso le concedía el poder de las runas. Eso hacía a Jace lo que era, lo hacía fuerte, rápido y brillante. La sangre Morgenstern: la suya y la de Sebastian, y ¿era por eso por lo que para él ella era importante? ¿Era la sangre de Sebastian, sangre Morgenstern mezclada con demonio, lo que lo convertía en un monstruo, o podrían haberlo cambiado, arreglado, mejorado, enseñado de otra manera, como los Lightwood habían enseñado a Jace?

—Hemos llegado —dijo la reina seelie, y había diversión en su voz—. ¿Puedes adivinar el camino correcto?

Se hallaban en una enorme cueva, el techo perdido entre las sombras. Los muros despedían un brillo fosforescente, y cuatro caminos partían de allí: uno a su espalda y otros tres. El del centro era limpio, ancho y liso, y comenzaba directamente ante ellos. El de la izquierda estaba cargado de hojas verdes y flores brillantes, y Clary creyó ver el destello del cielo azul en la distancia. Su corazón ansió ir por ese camino. Y el último, el más oscuro, era un estrecho túnel, con la entrada rodeada de metal punzante y espinos a los lados. Clary creyó ver oscuridad y estrellas al fondo.

Alec soltó una carcajada.

—Somos cazadores de sombras —dijo—. Conocemos las viejas historias. Estos son los Tres Caminos. —Al ver la expresión de confusión de Clary, precisó—: A las hadas no les gusta que se conozcan sus secretos, pero de vez en cuando, músicos humanos han podido disimular secretos de hadas en antiguas baladas. Hay una llamada *Thomas* el Rimador, sobre un hombre al que rapta la Reina de las Hadas…

—Eso no fue un rapto —protestó la reina—. Vino voluntariamente.

—Y ella se lo lleva a un lugar de donde partían tres caminos, y le explica que uno va al Cielo; el otro, al País de las Hadas, y el tercero, al Infierno. «¿Y ves tú ese estrecho sendero, cubierto de espesos espinos y zarzas? Es el camino de la virtud, mas por él pocos preguntan». —Alec señaló el estrecho túnel.

—Va hacia el mundo de los mundanos —dijo la reina con voz dulce—. Tu gente lo encuentra lo suficientemente celestial.

—Así fue como Sebastian llegó a la Ciudadela Infracta con más guerreros de los que la Clave pudo ver —repuso Jace, con desagrado—. Empleó este túnel. Debía de tener guerreros esperando aquí, en el País de las Hadas, donde no se los podía localizar. Subieron al exterior cuando los necesitó. —Lanzó una torva mirada a la reina—. Muchos nefilim han muerto por tu culpa.

—Mortales —replicó la reina—. Mueren.

Alec no le prestó atención.

—Ahí —dijo, y señaló el túnel recubierto de hojas—. Este se adentra más en el País de las Hadas. Y ese otro —señaló hacia adelante— es el camino al Infierno. Ese es el que tenemos que coger.

—Siempre he oído que está sembrado de buenas intenciones —comentó Simon.

—Pon los pies encima y lo descubrirás, diurno —replicó la reina.

Jace le retorció la punta de la daga en la espalda.

—¿Qué te impedirá informar a Sebastian de que vamos a por él en cuanto te dejemos aquí?

La reina no hizo ningún sonido de dolor; solo apretó los labios. En ese momento pareció vieja, a pesar de la juventud y la belleza de su rostro.

—Has hecho una buena pregunta. E incluso si me matas, hay en mi corte quien le hablará a él de vosotros, y él adivinará vuestras intenciones, porque es listo. No puedes evitar que lo sepa, a no ser que mates a todos los seres mágicos de mi corte.

Jace pensó un momento. Sujetaba el cuchillo serafín en la mano, la punta contra la espalda de la reina seelie. La luz del arma le iluminaba el rostro y tallaba su belleza en picos y valles, los marcados pómulos y el ángulo del mentón. Le rozaba la punta del cabello como si fuera fuego, como si portara una corona de espinas ardientes.

Clary lo observó, y los otros también lo hicieron, en silencio, confiando en él. Fuera cual fuese la decisión que tomara, ellos lo respaldarían.

—Vamos —le espetó la reina—. No tienes estómago para esta muerte. Siempre has sido el hijo bueno de Valentine. —Por un momento, la reina

clavó la mirada en Clary, alegremente. «Tienes un corazón oscuro dentro de ti, hija de Valentine».

—Júralo —le ordenó Jace—. Sé lo que las promesas significan para tu gente. Sé que no podéis mentir. Jura que no le dirás a Sebastian nada sobre nosotros, ni permitirás que nadie de tu corte lo haga.

—Lo juro —dijo la reina—. Juro que nadie en mi corte, por palabra o acto, lo informará de que habéis venido aquí.

Jace se apartó de la reina y bajó el cuchillo.

—Sé que crees que nos estás enviando a la muerte —repuso—. Pero no moriremos con tanta facilidad. No perderemos esta guerra. Y cuando salgamos victoriosos, haremos que tu gente y tú sangréis por lo que habéis hecho.

La sonrisa se borró del rostro de la reina. Se alejaron de ella y tomaron el camino de Edom en silencio. Clary miró hacia atrás una vez, y solo vio la silueta de la reina, inmóvil, observándolos marchar con los ojos en llamas.

El túnel, que parecía haber sido excavado en la roca a fuego, se curvaba en la distancia. Mientras los cinco avanzaban en silencio total, los muros de piedra clara fueron oscureciéndose, y aquí y allí se veían borrones negros como el carbón, como si la propia roca hubiera ardido. El suelo liso comenzó a dar paso a uno más rocoso, y la gravilla crujía bajo los tacones de sus botas. La fosforescencia de las paredes comenzó a desvanecerse, y Alec tuvo que sacar la luz mágica del bolsillo y alzarla.

Cuando los rayos de luz salieron de entre sus dedos, Clary notó a Simon tensarse a su lado.

—¿Qué pasa? —le susurró.

—Algo se mueve. —Señaló con el dedo en dirección a las sombras que tenían por delante—. Por ahí.

Clary entrecerró los ojos, pero no vio nada; la vista de vampiro de Simon era mucho mejor que la de los cazadores de sombras. Tan silenciosamente como pudo, Clary desenfundó a *Heosphoros* y dio unos

pasos hacia adelante bajo las sombras de los lados del túnel. Jace y Alec estaban conversando. Clary tocó a Izzy en el hombro.

—Hay alguien ahí delante —le susurró—. O algo.

Isabelle no contestó, pero se volvió hacia su hermano y le hizo un gesto, un complicado movimiento de los dedos. Los ojos de Alec mostraron que lo había entendido, y se volvió inmediatamente hacia Jace. Clary recordó la primera vez que los había visto a los tres en el club Pandemonium. Años de práctica los hacían fundirse en una unidad que pensaba al unísono, se movía al unísono, respiraba al unísono y luchaba al unísono. No pudo evitar pensar que, pasara lo que pasase, por mucho que se entregara a ser una cazadora de sombras, siempre estaría en los límites…

Alec bajó la mano de repente y cubrió la luz. Un destello y una chispa, e Isabelle ya no estaba junto a Clary. Esta se volvió en redondo, con *Heosphoros* en la mano, y oyó ruido de refriega: un golpe, y luego un apagado grito de dolor muy humano.

—¡Quietos! —gritó Simon, y la luz estalló alrededor.

Fue como si se disparara el flash de una cámara. Los ojos de Clary tardaron unos segundos en adaptarse a esa nueva luminosidad. Fue captando la escena lentamente: Jace sujetando su luz mágica, con el resplandor rodeándolo como la luz de un pequeño sol. Alec, con el arco en alto y preparado. Isabelle, con el mango del látigo en una mano y el extremo enrollado en los tobillos de un pequeño ser encogido contra el muro del túnel: un chico con el cabello rubio platino que se le curvaba sobre las orejas ligeramente puntiagudas…

—¡Oh, Dios mío! —susurró Clary. Envainó la espada y avanzó—. Isabelle… para. No pasa nada —dijo, y fue hacia el chico.

Este tenía la ropa rota y sucia, los pies descalzos y mugrientos. Llevaba también los brazos al aire, y en ellos había marcas de runas. Runas de cazadores de sombras.

—Por el Ángel. —El látigo de Izzy volvió a su mano. El arco de Alec bajó a su lado. El chico alzó la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Eres un cazador de sombras? —le preguntó Jace con tono de incredulidad.

El chico lo miró aún más ceñudo. Había furia en su mirada, pero más que eso, dolor y miedo. No había duda de su identidad. Tenía los mismos rasgos que su hermana, la misma barbilla angulosa y el cabello como trigo blanqueado, rizado en las puntas. Tendría unos dieciséis años, recordó Clary aunque parecía más pequeño.

—Es Mark Blackthorn —dijo—. El hermano de Helen. Mírale la cara. Mírale la mano.

Por un momento, Mark pareció confuso. Clary se tocó su propio dedo anular, y los ojos del muchacho se iluminaron al comprender. Tendió su delgada mano derecha. En el cuarto dedo, el anillo de la familia Blackthorn, con su dibujo de espinos entrelazados, destelló.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Jace—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarnos?

—Estaba bajo tierra con los Cazadores —explicó Mark en voz baja—. He oído a Gwyn hablando con otro sobre cómo habéis aparecido en la cámara de la reina. Me he escapado de los Cazadores; no me estaban prestando ninguna atención. Os estaba buscando y he acabado aquí. —Indicó el túnel con un gesto—. Tenía que hablar con vosotros. Tenía que informarme sobre mi familia. —Su rostro estaba en la sombra, pero Clary notó que se le crispaba—. Las hadas me dijeron que todos estaban muertos. ¿Es cierto?

Se hizo un silencio incómodo, y Clary vio el pánico en la expresión de Mark mientras su mirada iba de los ojos tristes de Isabelle al rostro inexpresivo de Jace y a la tensa postura de Alec.

—Es cierto —dijo Mark entonces—, ¿verdad? Mi familia…

—A tu padre lo transformaron. Pero todos tus hermanos están vivos —le explicó Clary—. Están en Idris. Consiguieron escapar. Están bien.

Si esperaba que Mark pareciera aliviado, se llevó un chasco. Mark palideció.

—¿Qué? —exclamó.

—Julian, Helen y los otros están vivos. —Clary le puso la mano en el hombro; él se apartó encogiéndose—. Están vivos y preocupados por ti.

—Clary —dijo Jace en tono de advertencia.

Clary volvió la cabeza para mirarlo; sin duda decirle a Mark que sus hermanos estaban vivos era lo más importante en ese momento, ¿no?

—¿Has comido o bebido algo desde que te cogieron los seres mágicos? —le preguntó Jace mientras se acercaba para mirarlo a la cara. Mark se apartó, pero no antes de que Clary oyera a Jace inspirar profundamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabelle.

—Sus ojos —contestó Jace. Alzó la luz mágica e iluminó el rostro de Mark. Este volvió a fruncir el ceño, pero dejó que Jace lo examinara.

Tenía los ojos grandes y con largas pestañas, como los de Helen, pero a diferencia de los de ella, los suyos eran de colores diferentes. Uno era del azul de los Blackthorn, el color del agua. El otro era dorado atravesado por sombras, una versión más oscura de los de Jace.

Jace tragó audiblemente.

—La Cacería Salvaje —dijo—. Ahora eres uno de ellos.

Jace estaba observándole los ojos, como si Mark fuera un libro en el que pudiera leer.

—Extiende las manos —ordenó Jace con firmeza, y Mark le obedeció. Jace se las cogió y les dio la vuelta para verle las muñecas. Clary notó que se le hacía un nudo en la garganta. Mark iba vestido solo con una camiseta y tenía marcas de látigo ensangrentadas en los desnudos antebrazos. Clary pensó en cómo se había encogido cuando le había puesto la mano en el hombro. Dios sabría qué otras heridas tendría bajo la ropa—. ¿Cuándo ha ocurrido esto?

Mark apartó las manos. Le temblaban.

—Meliorn me lo hizo —contestó—. Cuando me cogió. Dijo que pararía si comía y bebía sus alimentos, así que lo hice. Si mi familia estaba muerta, pensé que no importaba. Y creía que las hadas no podían mentir.

—Meliorn puede mentir —dijo Alec torvamente—. O al menos, podía.

—¿Cuándo pasó todo esto? —preguntó Isabelle—. Las hadas te cogieron hace menos de una semana…

Mark negó con la cabeza.

—He estado con las hadas mucho tiempo —replicó—. No sé cuánto.

—El tiempo funciona diferente en el País de las Hadas —le explicó Alec—. A veces más rápido, a veces más despacio.

—Gwyn me dijo que pertenecía a la Cacería —les contó Mark—, y que no podría irme a menos que ellos me dejaran. ¿Es cierto?

—Es cierto —afirmó Jace.

Mark se dejó caer contra el muro de la caverna. Volvió la cabeza hacia Clary.

—Tú los has visto. Has visto a mis hermanos. ¿Y Emma?

—Todos están bien, todos; Emma también —contestó Clary.

Se preguntó si eso lo ayudaría. Mark había jurado quedarse con las hadas porque creía que su familia había muerto, y la promesa debía mantenerse, aunque se hubiera obtenido mediante una mentira. ¿Sería mejor creer que lo había perdido todo y comenzar de nuevo? ¿O era más fácil saber que la gente que amaba seguía viva, aunque no pudiera volver a verla?

Pensó en su madre, en alguna parte del mundo que estaba más allá del final de ese túnel. Mejor saber que estaban vivos, pensó. Mejor que su madre y Luke estuvieran vivos y bien, aunque ella no volviera a verlos, a que estuvieran muertos.

—Helen no puede cuidarlos. Sola no —dijo Mark un poco desesperado—. Y Jules es demasiado joven. No puede cuidar de Ty; no sabe lo que necesita. No sabe cómo hablarle… —Dejó escapar un tembloroso suspiro—. Deberíais dejarme ir con vosotros.

—Sabes que no puedes —contestó Jace, aunque lo dijo sin mirar a Mark a la cara; miraba al suelo—. Si has jurado lealtad a la Cacería Salvaje, eres uno de ellos.

—Llevadme con vosotros —repitió Mark. Tenía el aspecto anonadado y sorprendido de alguien a quien han herido mortalmente pero aún no se ha dado cuenta de la gravedad de la herida—. No quiero ser uno de ellos. Quiero estar con mi familia…

—Nosotros vamos al Infierno —dijo Clary—. No podríamos llevarte aunque pudieras salir del País de las Hadas…

—Y no puedes —intervino Alec—. Si intentas marcharte, morirás.

—Prefiero morir —afirmó Mark, y Jace alzó la cabeza de golpe. Sus ojos eran de un dorado brillante, casi demasiado brillante, como si el fuego de su interior se estuviera derramando en ellos.

—Te cogieron porque tienes sangre de hada, pero también porque tienes sangre de cazador de sombras —dijo Jace, mirándolo con intensidad—. Muéstrales de qué está hecho un cazador de sombras; enséñales que no tienes miedo. No puedes vivir así.

En la vacilante iluminación de la luz mágica, Mark miró a Jace. Las lágrimas le habían dejado marcas en la suciedad del rostro, pero ya tenía los ojos secos.

—No sé qué hacer —dijo—. ¿Qué hago?

—Busca un modo de avisar a los nefilim —contestó Jace—. Vamos al Infierno, como te ha dicho Clary. Quizá no volvamos. Alguien tiene que decirles a los cazadores de sombras que los seres mágicos no son sus aliados.

—Los Cazadores me atraparán si trato de enviar un mensaje. —Los ojos del chico destellaron—. Me matarán.

—No si eres rápido y listo —repuso Jace—. Puedes hacerlo, sé que puedes.

—Jace —dijo Alec, con el arco reposando al costado—. Jace, tenemos que dejarlo ir antes de que la Cacería lo eche en falta.

—Cierto —repuso Jace, y vaciló. Clary lo vio cogerle la mano a Mark y ponerle la luz mágica en la palma; esta parpadeó y luego volvió a brillar con firmeza—. Llévate esto, porque puede estar muy oscuro en la tierra bajo la colina, y los años pueden ser muy largos.

Mark se quedó parado un momento, con la piedra en la mano. Se lo veía tan pequeño en la danzante luz que el corazón de Clary latió con incredulidad: seguro que podían hacer algo para ayudarlo; eran nefilim, no abandonaban a los suyos. Pero entonces Mark se volvió y salió corriendo, alejándose de ellos, sobre silenciosos pies descalzos.

—Mark… —susurró Clary, pero el chico se había ido. Las sombras se lo habían tragado, y solo el destello de la piedra runa, como un fuego fatuo, era visible, hasta que este también se fundió con la negrura. Miró a Jace—.

¿Qué has querido decir con «la tierra bajo la colina»? —preguntó—. ¿Por qué le has dicho eso?

Jace no le contestó; parecía anonadado. Clary se preguntó si Mark, amargado, huérfano y solo, le habría recordado a sí mismo.

—La tierra bajo la colina es el País de las Hadas —explicó Alec—. Es un nombre muy, muy antiguo. No le pasará nada —le dijo a Jace—. Le irá bien.

—Le has dado tu luz mágica —comentó Isabelle—. Siempre has tenido esa luz mágica…

—¡Que le den a la luz mágica! —exclamó Jace con violencia, y golpeó el muro de la caverna con la mano. Hubo un breve destello de luz y él retiró el brazo. La marca de su mano era una quemadura negra en la roca del túnel, y la palma aún le refulgía, como si la sangre de sus dedos fuera fosforescente. Soltó una carcajada, rara y sarcástica—. De todas formas, no es que la necesite.

—Jace —comenzó Clary, y le puso la mano en el brazo. Él no se apartó, pero tampoco se acercó. Clary bajó la voz—. No puedes salvarlos a todos.

—Quizá no —replicó Jace mientras la luz de su mano se iba atenuando —. Pero estaría bien salvar a alguien para variar.

—Chicos —dijo Simon. Durante todo el encuentro con Mark había permanecido extrañamente callado, y Clary se sobresaltó al oírlo hablar—. No sé si podéis verlo, pero hay algo… algo al final del túnel.

—¿Una luz? —preguntó Jace, con la voz todavía cargada de sarcasmo. Le brillaban los ojos.

—Lo contrario. —Simon dio unos pasos adelante, y después de un instante de vacilación Clary quitó la mano del hombro de Jace y lo siguió. El túnel seguía recto y ellos avanzaron a un ligero trote. Al llegar a la curva vio lo que debía de haber visto Simon, y se detuvo de golpe.

Oscuridad. El túnel acababa en un torbellino de oscuridad. Algo se movía en su interior, dando forma a la oscuridad igual que el viento daba forma a las nubes. Y también lo oyó, el ronroneo y el rumor de la oscuridad, como el ruido de motores a reacción.

Los otros los alcanzaron. Juntos permanecieron en fila, observando la oscuridad. La vieron moverse. Una cortina de sombras, y más allá, lo desconocido.

Alec fue el primero en hablar mientras miraba boquiabierto las sombras en movimiento. El aire que había en el corredor era sofocante, como pimienta al ser lanzada al fuego.

—Esto —dijo— es la mayor locura que hemos hecho.

—¿Y si no podemos regresar jamás? —preguntó Isabelle. El rubí que le rodeaba el cuello palpitaba, brillante como un faro, y le iluminaba el rostro.

—Entonces, al menos estaremos juntos —respondió Clary, y miró a sus compañeros. Les cogió la mano a Jace y a Simon, y se las apretó con fuerza —. Cruzamos juntos, y en el otro lado seguimos juntos. ¿De acuerdo?

Nadie contestó, pero Isabelle le cogió la otra mano a Simon y Alec hizo lo mismo con Jace. Durante un instante se quedaron inmóviles, mirando. Clary notó que Jace le apretaba la mano, una presión casi imperceptible.

Avanzaron, y las sombras se los tragaron.

—Espejito, espejito —dijo la reina mientras colocaba la mano sobre el espejo—. Muéstrame a mi Estrella Matutina.

El espejo colgaba de la pared del dormitorio de la reina. Estaba rodeado de coronas de flores: rosas a las que nadie había cortado las espinas.

La niebla en el interior del espejo tomó forma, y apareció el rostro anguloso de Sebastian.

—Hermosa mía —dijo él. Su voz era tranquila, aunque tenía sangre en la cara y en la ropa. Empuñaba su espada, y las estrellas de la hoja estaban cubiertas de escarlata—. Estoy… algo ocupado en este momento.

—He pensado que te gustaría saber que tu hermana y tu hermano adoptivo acaban de marcharse de aquí —dijo la reina—. Han encontrado el camino a Edom. Van hacia ti.

El rostro de Sebastian mostró una mueca depredadora.

—¿Y no te han hecho prometer que no dirías que habían ido a tu corte?

—Lo han hecho —contestó la reina—. Pero no han dicho nada sobre decirte que se habían marchado.

Sebastian se echó a reír.

—Han matado a uno de mis caballeros —continuó la reina—. Han derramado sangre ante mi trono. Ahora están más allá de mi alcance. Ya sabes que mi gente no puede sobrevivir en las tierras envenenadas. Tendrás que vengarte por mí.

La luz cambió en los ojos de Sebastian. La Reina de las Hadas siempre había considerado lo que Sebastian sentía por su hermana, y también por Jace, como un misterio, pero, claro, el propio Sebastian era un misterio aún mayor. Antes de que acudiera a ella con su oferta, la reina nunca habría pensado en establecer una auténtica alianza con los cazadores de sombras. Su particular sentido del honor los hacía poco fiables. Lo que la hacía confiar en Sebastian era que este carecía de cualquier tipo de honor. El delicado arte de la traición era algo intrínseco a los seres mágicos, y Sebastian era un artista de las mentiras.

—Serviré a tus intereses en todos los sentidos, mi reina —le aseguró Sebastian—. En muy poco tiempo, tu gente y la mía tendrán las riendas del mundo, y cuando así sea, podrás vengarte de cualquiera que te haya ofendido.

Ella le sonrió. La sangre manchaba la nieve de la sala del trono, y aún notaba el pinchazo de la hoja de Jace Lightwood en el cuello. No era una auténtica sonrisa, pero sabía muy bien cómo hacer que su belleza trabajara por ella.

—Te adoro —dijo.

—Sí —repuso Sebastian, y los ojos le brillaron con el color de las nubes oscuras. La reina se preguntó si él pensaría en ellos del mismo modo que ella: amantes que, incluso al abrazarse, apuntaban con un cuchillo a la espalda del otro, dispuestos a clavarlo y a traicionarse—. Y a mí me gusta que me adoren. —Sebastian sonrió de medio lado—. Me alegro de que vengan. Déjalos venir.

SEGUNDA PARTE

ESE MUNDO INVERTIDO

Y toda esa tierra es ya azufre, sal y calcinación,
sin sembrar, nada germina
y el pasto no crece en ella.

DEUTERONOMIO 29:22

14

EL SUEÑO DE LA RAZÓN

Clary se hallaba en un umbrío prado que descendía por una empinada colina. El cielo en lo alto era perfectamente azul, salpicado aquí y allí de nubes blancas. A sus pies, una calzada de piedra se extendía hasta la parte delantera de una gran mansión, construida en piedra de color dorado pálido.

Echó la cabeza hacia atrás para mirar a lo alto. La casa era muy bonita. Las piedras eran del color de la mantequilla bajo el sol de primavera, cubierta de emparrados de flores trepadoras de colores rojo, dorado y naranja. Balcones de hierro forjado se curvaban en la fachada, y había una gran puerta arqueada de doble hoja hecha en madera de color bronce cuya superficie había sido tallada con delicados dibujos de alas. «Alas para los Fairchild —le decía una suave voz, arrulladora, en su cabeza—. Es la mansión Fairchild. Ha permanecido en pie durante cien años y se mantendrá otros cien».

—¡Clary! —Su madre apareció en uno de los balcones, enfundada en un elegante vestido de color champán; llevaba suelto el cabello rojo y se la veía joven y bella. Tenía los brazos al descubierto, llenos de runas negras—. ¿Qué te parece? ¿No es fenomenal?

Clary siguió la mirada de su madre hacia donde el prado abandonaba la pendiente. Un arco de rosas se levantaba al final de un pasillo, y a ambos lados había filas de bancos de madera. Flores blancas salpicaban el pasillo:

las flores blancas que solo crecían en Idris. El aire estaba cargado de su aroma a miel.

Clary volvió a mirar a su madre, que ya no estaba sola en el balcón. Luke se hallaba tras ella y le rodeaba la cintura con un brazo. Él iba con la camisa arremangada y pantalones de vestir, como si estuviera a medio prepararse para una fiesta. En sus brazos también había runas: runas de buena suerte, runas de percepción, de fuerza, de amor.

—¿Estás lista? —le preguntó él a Clary.

—¿Lista para qué? —inquirió ella, pero ellos no parecieron oírla. Sonriendo, ambos desaparecieron en el interior de la casa. Clary dio unos cuantos pasos por el camino.

—¡Clary!

Se volvió en redondo. Él iba hacia ella por la hierba; esbelto, con el cabello casi blanco que brillaba bajo el sol, vestido con el traje negro de ocasiones especiales con runas doradas en el cuello y los puños. Sonreía, con una mancha de tierra en la mejilla y la mano en alto para protegerse del brillo del sol.

Sebastian.

Era totalmente el mismo y completamente diferente. Era él. Sin embargo, toda su forma y rasgos parecían haber cambiado, sus huesos eran menos angulosos, la piel tostada en vez de pálida, y los ojos…

Los ojos le brillaban, tan verdes como la hierba de primavera.

«Siempre ha tenido los ojos verdes —decía la voz en su cabeza—. La gente a menudo se maravilla de lo mucho que os parecéis, él, tu madre y tú. Su nombre es Jonathan y es tu hermano. Siempre te ha protegido».

—Clary —repitió él—, no te lo vas a creer…

—¡Jonathan! —trinó una vocecita, y Clary volvió sus ojos inquisidores hasta ver a una niña que corría por la hierba. Tenía el pelo rojo, del mismo tono que Clary, y le volaba ondulante a la espalda como una bandera. Iba descalza y llevaba un vestido verde de encaje que estaba tan hecho jirones en los puños y el bajo que parecía una lechuga mal cortada. La niña tendría unos cuatro o cinco años, con la cara sucia y adorable, y al llegar junto a Jonathan se le colgó del brazo, y él se agachó para levantarla en el aire.

La niña chilló encantada mientras Jonathan la sostenía por encima de su cabeza.

—Au, au… Para, diablillo —protestó él cuando la niña le tiró del cabello—. Val, para ya, o te pondré cabeza abajo. Lo digo en serio.

—¿Val? —repitió Clary.

«Claro, su nombre es Valentina —dijo la voz susurrante en su cabeza—. Valentine Morgenstern fue un gran héroe de guerra; murió batallando contra Hodge Starkweather, pero no antes de salvar la Copa Mortal, y a la Clave con ello. Cuando Luke se casó con tu madre, honraron su memoria poniendo su nombre a su hija».

—¡Clary, dile que me suelte, dile que… auuuu! —chilló Val mientras Jonathan la ponía boca abajo y le daba vueltas en el aire. Val se deshizo en risas cuando él la dejó sobre la hierba, y luego volvió un par de ojos de un azul exacto al de Luke hacia Clary—. Tu vestido es muy bonito —afirmó.

—Gracias —respondió Clary, aún aturdida, y miró a Jonathan, que sonreía a su hermanita—. ¿Qué es esa mancha que tienes en la cara?

Jonathan se tocó la mejilla.

—Chocolate —contestó—. ¿A que no adivinas qué estaba haciendo Val cuando la he encontrado? Tenía ambos puños en el pastel de boda. Voy a tener que arreglarlo. —Miró de reojo a Clary—. De acuerdo, quizá no tendría que haberlo mencionado. Pareces a punto de desmayarte.

—Estoy bien —replicó Clary, que se tiraba nerviosamente de un rizo.

Jonathan alzó las manos como para mantenerla alejada.

—Mira, le voy a hacer un poco de cirugía. Nadie podrá decir que alguien se ha comido la mitad de las rosas. —Se quedó pensativo—. Podría comerme la otra mitad de las rosas, para igualarlo.

—¡Sí! —exclamó Val desde donde estaba en la hierba, a sus pies, ocupada en arrancar dientes de león y hacer volar sus semillas.

—También… —añadió Jonathan—. Odio sacar esto, pero quizá quieras ponerte zapatos antes de que empiece la boda.

Clary se miró. Tenía razón, iba descalza. Descalza y con un vestido dorado pálido. El bajo le rodeaba los tobillos como una nube coloreada por el ocaso.

—Esto… ¿Qué boda?

Los ojos verdes de su hermano se agrandaron como platos.

—Tu boda. Ya sabes, con Jace Herondale. Como así de alto, rubio y todas las chicas lo amaaaaan… —Se interrumpió—. ¿Te está entrando miedo? ¿Es eso lo que pasa? —Se le acercó con aire conspirador—. Porque si lo es, te pasaré a escondidas por la frontera con Francia. No le diré a nadie adónde has ido. Ni siquiera si me meten palitos de bambú bajo las uñas.

—Yo no… —Clary se lo quedó mirando—. ¿Palitos de bambú?

Él se encogió de hombros de un modo muy elocuente.

—Por mi única hermana, sin contar la criatura que tengo sentada a los pies —Val soltó un gañido—, lo haría. Incluso si eso significa que no veré a Isabelle Lightwood con un vestido sin tirantes.

—¿Isabelle? ¿Te gusta Isabelle? —Clary se sintió como si estuviera corriendo una maratón y le comenzara a faltar el aliento.

Él la miró de reojo.

—¿Es un problema? ¿Acaso es una criminal buscada o algo así? —Pareció pensárselo—. Lo cierto es que eso sería bastante sexy.

—De acuerdo, no me hace falta saber lo que tú consideras sexy —replicó Clary automáticamente—. Puaf.

Jonathan sonrió. Era una sonrisa despreocupada y feliz; la sonrisa de alguien que nunca ha tenido que preocuparse de nada más que de las chicas guapas y de si una de sus hermanitas se ha comido el pastel de bodas de la otra. En algún punto de su interior, Clary vio ojos negros y marcas de látigo, pero no supo por qué.

«Es tu hermano. Es tu hermano y siempre te ha cuidado».

—¡Vaya! —exclamó él—. Como si no hubiera tenido que aguantar años de «Ooh, Jace es tan mono. ¿Crees que le gusto?».

—Yo… —replicó Clary, y se interrumpió, porque se sentía un poco mareada—. No recuerdo que él me pidiera que nos casáramos.

Jonathan se arrodilló y le tiró a Val del pelo. Esta canturreaba para sí, recogiendo margaritas en un ramillete. Clary parpadeó; habría jurado que eran dientes de león.

—Oh, no sé si alguna vez lo ha hecho —dijo él desenfadadamente—. Todos sabíamos que ibais a acabar juntos. Eso era inevitable.

—Pero yo tendría que haber podido elegir —repuso ella, casi en un susurro—. Debería haber podido decir sí.

—Bueno, lo habrías dicho, ¿no? —insistió él mientras contemplaba las margaritas volar por la hierba—. Y hablando de eso, ¿crees que Isabelle saldría conmigo si se lo pidiera?

Clary se quedó sin aliento.

—Pero ¿qué hay de Simon?

Él la miró. El sol le brillaba en los ojos.

—¿Quién es Simon?

Clary notó que el suelo se hundía bajo sus pies. Extendió la mano, como para agarrarse a su hermano, y la mano lo atravesó. Era tan insustancial como el aire. El prado verde, la mansión dorada, el chico y la niña de la hierba se alejaron volando de ella, y Clary se tambaleó y cayó al suelo pesadamente. Se golpeó los codos y el dolor le recorrió los brazos.

Rodó hacia un lado, tosiendo. Estaba tumbada en un trozo de tierra oscura. Adoquines quebrados salían en punta de la tierra, y los restos quemados de unas casas se cernían sobre ella. El cielo era de color acero, y nubes negras lo atravesaban como venas de vampiro. Era un mundo muerto, un mundo que había perdido todo el color y toda la vida. Clary se hizo un ovillo en el suelo, y frente a ella no vio los restos de una ciudad destruida, sino los ojos de un hermano y una hermana que nunca tendría.

Simon miraba por la ventana y absorbía el panorama de la ciudad de Manhattan.

Era un panorama impresionante. Desde el ático de la Carolina se podía ver todo Central Park, hasta el museo Metropolitan, hasta los rascacielos del centro. Caía la noche y las luces de la ciudad comenzaban a brillar una a una, un parterre de flores eléctricas.

«Flores eléctricas». Miró alrededor y frunció el ceño, pensativo. Era una curiosa expresión; quizá debería anotarla. Últimamente no parecía tener

nunca el tiempo de trabajar en las letras de las canciones; el tiempo lo consumían otras cosas: la promoción, las giras, firmas… A veces resultaba difícil recordar que su principal trabajo era hacer música.

Sin embargo, era un buen problema. El cielo oscurecido convirtió la ventana en un espejo. Simon sonrió a su reflejo sobre el vidrio. Cabello alborotado, vaqueros, una camiseta *vintage*. Veía la habitación a su espalda, acres de suelos de madera pulida, brillante acero y muebles de cuero, y un único cuadro, elegante y con marco dorado, en la pared. Un Chagall, el favorito de Clary; rosas, azules y verdes, incongruentes con la modernidad del apartamento.

Había un jarrón con hortensias en la isla de la cocina, un regalo de su madre para felicitarlo por haber hecho un bolo con Stepong Razor la semana anterior. «Te quiero —decía la nota—. Estoy orgullosa de ti».

Parpadeó mirándolas. Hortensias. Qué raro. Si tenía alguna flor favorita, eran las rosas, y su madre lo sabía. Se apartó de la ventana y observó el jarrón con más detenimiento. Eran rosas. Sacudió la cabeza para aclarársela. Rosas blancas. Siempre lo habían sido. Bien.

Oyó el tintineo de unas llaves y la puerta se abrió. Entró una chica menuda con una melena roja y una sonrisa brillante.

—Oh, Dios mío —exclamó Clary, medio riendo y medio jadeante. Cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella—. El vestíbulo es un zoo. La prensa, los fotógrafos… Esta noche va ser una locura salir.

Cruzó la sala y dejó de paso las llaves sobre la mesa. Llevaba un vestido largo de seda amarilla con coloridas mariposas, y un clip con forma también de mariposa en el cabello. Se la veía tierna, abierta, cariñosa, y al acercarse a él le abrió los brazos, y él fue a besarla.

Como hacía todos los días al llegar a casa.

Olía a Clary, perfume y tiza, y los dedos manchados de color. Ella le hundió los dedos en el cabello mientras se besaban, tirando de él hacia abajo, y riendo contra su boca cuando casi le hizo perder el equilibrio.

—Tendrás que empezar a ponerte tacones, Fray —dijo él, con los labios pegados a la mejilla de la chica.

—Odio los tacones. Tendrás que aguantarte o comprarme una escalera portátil —replicó ella mientras lo soltaba—. A no ser que me quieras dejar por una *groupie* bien alta.

—Nunca —contestó, y le acomodó un rizo tras la oreja—. ¿Acaso una *groupie* sabría cuál es mi comida favorita? ¿Recordaría cuándo tenía una cama que era como un coche de carreras? ¿Sabría cómo ganarme sin piedad al *scrabble*? ¿Aguantaría a Matt, a Kirk y a Eric?

—Una *groupie* aguantaría mejor a Matt, a Kirk y a Eric.

—Sé buena —dijo él, y le sonrió—. No te vas a librar de mí.

—Sobreviviré —repuso la chica; se sacó las gafas y las dejó sobre la mesa. Los ojos que volvió hacia él eran oscuros y grandes. Esta vez el beso fue más apasionado. Él la abrazó y la apretó contra su pecho mientras ella susurraba—: Te amo; siempre te he amado.

—Yo también te amo —dijo él—. Dios, te amo, Isabelle.

Notó que ella se tensaba en sus brazos, y luego en el mundo que lo rodeaba comenzaron a salir líneas negras como vidrio quebrado. Oyó un gemido muy agudo y se tambaleó hacia atrás; tropezó, cayó y no tocó el suelo, sino que fue dando vueltas eternamente en la oscuridad.

—No mires, no mires…

Isabelle rio.

—No estoy mirando.

Tenía unas manos sobre los ojos: las manos de Simon, delgadas y flexibles. La rodeaba con los brazos y avanzaban juntos, arrastrando los pies, riendo. La había cogido en cuanto ella cruzó la puerta, abrazándola mientras Isabelle dejaba caer las bolsas de las compras de las manos.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo Simon sonriendo—. Cierra los ojos. Nada de mirar. No, de verdad. No estoy bromeando.

—Odio las sorpresas —protestó Isabelle—. Ya lo sabes.

Por debajo de las manos de Simon podía ver el borde de la alfombra. La había elegido ella misma, era de un rosa brillante, gruesa y mullida. Su apartamento era pequeño y acogedor, una mezcla de Isabelle y Simon:

guitarras y katanas, pósters antiguos y colchas rosa chillón. Cuando se fueron a vivir juntos, Simon había llevado su gato, *Yossarian*; Isabelle protestó, pero secretamente le gustaba: echaba de menos a *Iglesia* desde que había dejado el Instituto.

La alfombra rosa desapareció, y los tacones de Isabelle repiquetearon sobre el suelo de la cocina.

—Muy bien —dijo Simon, y apartó las manos—: ¡Sorpresa!

—¡Sorpresa! —La cocina estaba llena de gente: sus padres, Jace, Alec y Max; Clary, Jordan y Maia; Kirk, Matt y Eric. Magnus le guiñó el ojo sujetando una bengala, que agitaba de un lado al otro mientras saltaban chispas que aterrizaron en las encimeras de piedra y en la camiseta de Jace, lo que le hizo soltar un gritito. Clary sujetaba un cartel pintado con torpeza: FELIZ CUMPLEAÑOS, ISABELLE. Lo alzó y lo agitó.

Isabelle se volvió hacia Simon con una mirada acusadora.

—¡Lo has organizado tú!

—Claro que sí —repuso él, y la abrazó. La besó en la oreja, murmurándole muy bajito—: Deberías tenerlo todo, Izzy. —Luego la soltó. Su familia se les acercó.

Hubo un torbellino de abrazos, regalos y pastel, preparado por Eric, que curiosamente tenía un don para la creación repostera, y decorado por Magnus, con un glaseado luminoso que sabía mejor de lo que parecía. Robert rodeaba a Maryse con los brazos, y esta se apoyaba en él, orgullosa y satisfecha, mientras que Magnus le alborotaba el cabello a Alec con una mano e intentaba convencer a Max de que se pusiera un gorrito de fiesta. Max, con toda la seriedad de un niño de nueve años, no se dejaba convencer. Hizo un gesto a Magnus para que lo dejara tranquilo.

—Izzy —dijo—. El cartel lo he hecho yo. ¿Has visto el cartel?

Izzy echó una mirada al cartel hecho a mano, que ya estaba regado de glaseado sobre la mesa. Clary le guiñó un ojo.

—Es increíble, Max; muchas gracias.

—Iba a poner cuántos años cumplías —explicó este—, pero Jace me dijo que después de los veinte ya eres viejo, así que realmente no importa.

Jace detuvo el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Yo he dicho eso?

—¡Vaya manera de hacernos sentir ancianos! —bromeó Simon, y se echó el cabello hacia atrás para sonreír a Isabelle. Ella notó una punzada de dolor en el pecho; lo amaba tanto, por haber hecho esto por ella, por pensar siempre en ella. No podía recordar un tiempo en que no lo hubiera amado, o no hubiera confiado en él, y él tampoco le había dado nunca motivo para no hacerlo.

Isabelle bajó del taburete en el que había estado sentada y se arrodilló frente a su hermanito. Podría ver el reflejo de ambos en el acero del frigorífico: su propio cabello oscuro, cortado hasta los hombros (recordaba vagamente que años antes le llegaba hasta la cintura) y los rizos castaños y las gafas de Max.

—¿Sabes cuántos años tengo? —le preguntó.

—Veintidós —contestó Max en un tono de voz que indicaba que no estaba seguro de por qué ella le hacía una pregunta tan estúpida.

«Veintidós», pensó ella. Siempre había sido siete años mayor que Max; Max, la sorpresa; Max, el hermanito que no se había esperado.

Max, que debería tener ya quince años.

Tragó saliva y de repente sintió frío en todo el cuerpo. Todo el mundo seguía charlando y riendo alrededor, pero las risas le sonaban distantes y huecas, como si llegaran de muy lejos. Podía ver a Simon, apoyado en la encimera, con los brazos cruzados sobre el pecho, sus oscuros ojos mirándola inescrutables.

—¿Y cuántos años tienes tú? —preguntó Isabelle.

—Nueve —contestó Max—. Siempre tendré nueve.

Isabelle miró alrededor. La cocina se estaba desvaneciendo. Podía ver a través de ella como si mirara una tela pintada: todo se había vuelto transparente, tan cambiante como el agua.

—Mi bebé —susurró—. Mi Max, mi hermanito, por favor, quédate.

—Siempre tendré nueve —repitió él, y le tocó el rostro. Los dedos pasaron a través de ella, como si estuviera hecha de humo—. ¿Isabelle? —la llamó él en una voz que se iba apagando, y desapareció.

Isabelle notó que le fallaban las piernas. Cayó al suelo. Ya no había risas alrededor, ni una bonita cocina alicatada, solo polvo de ceniza gris y rocas ennegrecidas. Alzó las manos para contener las lágrimas.

La Sala de los Acuerdos estaba decorada con banderas azules, todas grabadas con el blasón dorado de la llama de la familia Lightwood. Se habían colocado cuatro mesas largas unas frente a otras. En el centro había un atril elevado para el orador, decorado con espadas y flores.

Alec se hallaba sentado a la mesa más larga, en la silla más alta. A su izquierda estaba Magnus, a su derecha se alineaba su familia: Isabelle y Max, Robert y Maryse, y Jace. Y junto a Jace, Clary. También había primos Lightwood, algunos de los cuales no había visto desde que era un niño; todos resplandecían de orgullo, pero ningún rostro resplandecía tanto como el de su padre.

—Mi hijo —no paraba de repetir a cualquiera que lo escuchase. En ese momento había atrapado a la Cónsul, que pasaba junto a su mesa con una copa de vino en la mano—. Mi hijo ha ganado la guerra; ese de ahí es mi hijo. La sangre Lightwood se ve en él. En nuestra familia siempre hemos sido guerreros.

La Cónsul rio.

—Reserva eso para el discurso, Robert —replicó, y le guiñó el ojo a Alec por encima del borde de la copa.

—Oh, Dios, el discurso —exclamó Alec, horrorizado, y escondió el rostro entre las manos.

Magnus le frotó la espalda suavemente con los nudillos, como si estuviera acariciando a un gato. Jace los miró y alzó las cejas.

—Como si no hubiéramos estado ya en una sala llena de gente diciéndonos lo maravillosos que somos —comentó, y cuando Alec lo miró de reojo, le sonrió—. Ah, entonces, solo me lo decían a mí.

—Deja a mi novio en paz —bromeó Magnus—. Conozco hechizos que te pondrían las orejas del revés.

Jace se tocó las orejas preocupado mientras Robert se ponía en pie con un chirrido de la silla y daba unos golpecitos con el tenedor en su copa. El tintineo resonó en toda la sala, y los cazadores de sombras fueron callando y miraron hacia la mesa de los Lightwood, expectantes.

—Nos hemos reunido hoy aquí —comenzó Robert, abriendo los brazos para abarcar la sala entera— para honrar a mi hijo, Alexander Gideon Lightwood, que ha destruido él solo las fuerzas de los Oscurecidos y ha derrotado al hijo de Valentine Morgenstern. Alec ha salvado la vida de nuestro tercer hijo, Max. Junto con su *parabatai*, Jace Herondale, me siento orgulloso de decir que mi hijo es uno de los mejores guerreros que he conocido. —Se volvió y sonrió a Alec y a Magnus—. Hace falta más que un brazo fuerte para ser un gran guerrero —continuó—. Hace falta una gran mente y un gran corazón. Mi hijo tiene las dos cosas. Es fuerte en valor y fuerte en amor. Y por eso también quiero compartir nuestra otra buena noticia con vosotros. Desde ayer, mi hijo está prometido en matrimonio a su compañero, Magnus Bane…

Se levantó un coro de vítores. Magnus los aceptó con un modesto movimiento del tenedor. Alec se hundió en el asiento, con las mejillas ardiéndole. Jace lo miró meditabundo.

—Felicidades —dijo—. Me siento como si hubiera desperdiciado una oportunidad.

—¿Q… qué? —tartamudeó Alec.

Jace se encogió de hombros.

—Siempre he sabido que estabas colgado de mí, y yo también lo estaba de ti, más o menos. He pensado que debías saberlo.

—¿Qué? —repitió Alec.

Clary se irguió en el asiento.

—Bueno —dijo—, ¿crees que habría alguna posibilidad de que vosotros dos pudierais…? —Hizo un gesto señalando a Jace y a Alec—. Sería como muy guay.

—No —replicó Magnus—. Soy un brujo muy celoso.

—Somos *parabatai* —repuso Alec, que había recuperado la voz—. La Clave haría… quiero decir… es ilegal.

—Oh, vamos —soltó Jace—. La Clave te dejaría hacer todo lo que quisieras. Mira, todos te adoran. —Hizo un gesto abarcando la sala llena de cazadores de sombras. Todos vitoreaban mientras Robert hablaba y algunos se secaban las lágrimas. Una chica en una de las mesas pequeñas sostenía una pancarta que decía: TE QUEREMOS, ALEC LIGHTWOOD.

—Creo que deberíais casaros en invierno —dijo Isabelle, mirando con añoranza el centro de mesa floral—. Nada demasiado ostentoso. Quinientas o seiscientas personas.

—Isabelle —la riñó Alec.

Ella se encogió de hombros.

—Tienes muchos admiradores.

—Oh, por el amor de Dios —exclamó Magnus, y chasqueó los dedos ante el rostro de Alec. Tenía el cabello peinado en puntas, y los ojos verde dorado le brillaban de enfado—. ESTO NO ESTÁ SUCEDIENDO.

—¿El qué? —Alec se lo quedó mirando.

—Es una alucinación —explicó Magnus—, causada por la entrada en los reinos de los demonios. Seguramente un demonio que ronda cerca de la entrada del mundo y se alimenta de los sueños de los que pasan. Los deseos tienen mucho poder —añadió, mientras examinaba su reflejo en la cuchara—. Sobre todo los deseos más profundos de nuestro corazón.

Alec pasó la mirada por la sala.

—¿Este es el deseo más profundo de mi corazón?

—Claro —afirmó Magnus—. Tu padre, orgulloso de ti. Tú, el héroe del momento. Yo, amándote. Todos adorándote.

Alec miró hacia Jace.

—Vale, pero ¿y lo de Jace?

Magnus se encogió de hombros.

—No lo sé. Esa parte es rara.

—Así que tengo que despertarme. —Alec apoyó las palmas de las manos sobre la mesa; el anillo Lightwood le brilló en el dedo. Todo parecía real, lo sentía como real, pero no podía recordar de qué estaba hablando su padre. No recordaba haber vencido a Sebastian, o haber ganado una guerra. No recordaba haber salvado a Max.

—Max —susurró.

Los ojos de Magnus se ensombrecieron.

—Lo siento —dijo—. Los deseos de nuestro corazón son armas que se pueden emplear contra nosotros. Lucha, Alec. —Le acarició el rostro—. Esto es lo que quieres, este sueño. Los demonios no comprenden bien el corazón humano. Lo ven como a través de un vidrio distorsionado y te muestran lo que deseas, pero retorcido y errado. Emplea ese error para escapar del sueño. La vida es pérdida, Alexander, pero es mejor que esto.

—Dios —exclamó Alec, y cerró los ojos. Sintió que el mundo se resquebrajaba a su alrededor, como si estuviera rompiendo una cáscara para salir. Las voces se desvanecieron, junto con la sensación de estar sentado en una silla, el olor a comida, el clamor del aplauso y, finalmente, la caricia de la mano de Magnus en su rostro.

Chocó con las rodillas contra el suelo. Ahogó un grito y abrió los ojos de golpe. Estaba en medio de un paisaje gris. El hedor a basura le alcanzó la nariz, e instintivamente se echó hacia atrás cuando algo se alzó ante él: una masa de humo a medio formar, un racimo de brillantes ojos amarillos colgando en la oscuridad lo miraron rabiosos mientras él agarraba su arco a toda prisa y lo tensaba.

La cosa rugió, y avanzó hacia él como una ola al romper. Alec soltó la flecha. Esta cortó el aire y se hundió profundamente en el demonio. Resonó un agudo grito, el demonio palpitó alrededor de la flecha hundida en su interior, hilillos de humo ondearon hacia fuera, arañando el cielo…

Y el demonio desapareció. Alec se puso en pie rápidamente, colocó otra flecha en el arco y fue dando la vuelta para observar el paisaje. Parecía como las fotos que había visto de la superficie de la luna, agujereada y cenicienta, y por encima un cielo abrasador, gris, amarillo y sin nubes. El sol colgaba bajo y naranja, un ascua muerta. No había ni rastro de los otros.

Luchando contra el pánico, subió corriendo la pendiente de la colina más cercana y bajó por el otro lado. El alivio lo recorrió como una ola. Había una depresión entre dos lomas de ceniza y roca, y agachada en ella estaba Isabelle, que trataba de ponerse en pie. Alec bajó a trompicones por la colina y la abrazó con un solo brazo.

—Iz —dijo.

Ella hizo un ruido sospechosamente parecido a un quejido y se apartó de él.

—Estoy bien —dijo. Tenía marcas de lágrimas en las mejillas, y Alec se preguntó qué habría visto ella. «Los deseos de nuestro corazón son armas que se pueden emplear contra nosotros».

—¿Max? —preguntó él.

Ella asintió, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas y furia. Claro que Isabelle estaba furiosa: odiaba llorar.

—Yo también —dijo él, y se volvió al oír ruido de pasos, al mismo tiempo que medio protegía a Isabelle.

Era Clary, y junto a ella, Simon. Ambos parecían hallarse en estado de *shock*. Isabelle salió de detrás de Alec.

—¿Vosotros…?

—Bien —respondió Simon—. Hemos… visto cosas. Cosas raras. —No podía mirar a Isabelle a los ojos, y Alec se preguntó qué se habría imaginado. ¿Cuáles eran los sueños y los deseos de Simon? Alec nunca se había parado a pensar en eso.

—Ha sido un demonio —explicó Alec—. De los que se alimentan de los sueños y los deseos. Lo he matado. —Desvió la mirada de ellos a Isabelle—. ¿Dónde está Jace?

Clary palideció bajo la suciedad que le cubría el rostro.

—Pensábamos que estaría con vosotros.

Alec negó con la cabeza.

—Está bien —les aseguró—. Yo lo sabría si no…

Pero Clary ya se había dado la vuelta y estaba medio corriendo por donde había llegado; pasado un instante, Alec la siguió, y los demás también. Clary corrió cuesta arriba, y luego otra cuesta más. Alec se dio cuenta de que se dirigía al terreno más elevado posible, donde la vista sería mejor. La oyó toser. También sentía sus propios pulmones como si estuvieran cubiertos de ceniza.

«Muerto —pensó—. Todo en este mundo está muerto y calcinado hasta convertirse en polvo. ¿Qué pasaría aquí?».

En lo alto de la colina había un túmulo de piedras, un círculo de rocas lisas, como un pozo seco. Sentado en el borde del túmulo se encontraba Jace, mirando al suelo.

—¡Jace! —Clary patinó sobre el suelo hasta parar frente a él, se dejó caer de rodillas y lo cogió por los hombros. Él la miró sin expresión—. Jace —repitió ella ansiosamente—. Jace, despierta. No es real. Es un demonio. Nos está haciendo ver lo que queremos. Alec lo ha matado. ¿Vale? No es real.

—Lo sé. —Alzó la mirada y Alec sintió como si lo hubieran golpeado. Jace parecía no tener ni gota de sangre en las venas, aunque era evidente que no estaba herido.

—¿Qué has visto? —preguntó Alec—. ¿A Max?

Jace negó con la cabeza.

—No he visto nada.

—No pasa nada, vieras lo que vieses. No pasa nada —le aseguró Clary. Se inclinó y le acarició el rostro. A Alec le recordó la caricia de Magnus en el sueño. Magnus diciendo que lo amaba. Magnus, que quizá ya no estuviera vivo—. Yo he visto a Sebastian —explicó Clary—. Yo estaba en Idris. La mansión de los Fairchild aún estaba en pie. Mi madre estaba con Luke. Yo… me iba a casar. —Tragó saliva—. También tenía una hermanita. Le habían puesto el nombre por Valentine. Porque Valentine era un héroe. Sebastian estaba allí, pero estaba bien, era normal. Me quería como un hermano de verdad.

—Menudo lío —masculló Simon. Se acercó a Isabelle y se quedaron hombro con hombro. Jace extendió la mano y le pasó un dedo a Clary por uno de los rizos; lo dejó que se enroscara alrededor de su mano. Alec recordó la primera vez que se había dado cuenta de que Jace estaba enamorado de ella: había estado observando a su *parabatai*, lo había visto seguir con los ojos todos los movimientos de Clary. Recordó haber pensado: «Ella es todo lo que ve».

—Todos tenemos sueños —continuó Clary—. No significan nada. ¿Recordáis lo que he dicho antes? Seguiremos juntos.

Jace la besó en la frente y se puso en pie ofreciéndole la mano. Al cabo de un instante, Clary se la cogió y se puso de pie junto a él.

—Yo no he visto nada —repitió suavemente—. ¿De acuerdo?

—No me gusta tener que mencionarlo —intervino Isabelle—, pero ¿alguien ha visto el camino de vuelta?

Alec pensó en su carrera por las colinas desérticas, buscando a los otros, escrutando el horizonte con la mirada. Vio palidecer a sus compañeros mientras miraban alrededor.

—Creo —dijo él finalmente— que no hay camino de vuelta. No desde aquí, no por el túnel. Creo que se cerró detrás de nosotros.

—Así que este es un viaje solo de ida —repuso Clary, con un leve temblor en la voz.

—No necesariamente —remarcó Simon—. Tenemos que encontrar a Sebastian; eso ya lo sabíamos. Y cuando lo encontremos, Jace puede intentar hacer esa cosa con el fuego celestial, lo que sea… Sin ofender…

—No me ofendes —replicó Jace, y alzó los ojos hacia el cielo.

—Y cuando hayamos liberado a los prisioneros —apuntó Alec—, Magnus puede ayudarnos a volver. O podemos averiguar cómo va y viene Sebastian. Este no puede ser el único camino.

—Eso es optimismo —soltó Isabelle—. ¿Y si no podemos rescatar a los prisioneros o matar a Sebastian?

—Entonces será él quien nos matará —contestó Jace—. Y ya no importará que no sepamos cómo regresar.

Clary irguió los pequeños hombros.

—Entonces, será mejor que vayamos a buscarlo, ¿no?

Jace sacó la estela del bolsillo y se quitó el brazalete de Sebastian de la muñeca. Cerró los dedos alrededor y empleó la estela para dibujarse una runa de localización en el dorso de la mano. Pasó un momento, y luego otro. Una expresión de intensa concentración cruzó el rostro de Jace como una nube. Alzó la cabeza.

—No está muy lejos —informó—. Un día, quizá dos, de camino. —Se puso el brazalete en la muñeca. Alec lo miró fijamente, y luego a Jace. «Si no puedo convencer al Cielo, moveré a los Infiernos».

—Lo llevo puesto para evitar que se pierda —explicó Jace, y cuando Alec no dijo nada, Jace se encogió de hombros y comenzó a bajar la colina —. Tenemos que irnos —dijo volviendo la cabeza para mirarlos—. Nos queda un largo camino.

15

AZUFRE Y SAL

—Por favor, no me arranques la mano —dijo Magnus—. Me gusta esa mano. Necesito esa mano.

—Mmm —bufó Raphael, que estaba arrodillado a su lado, agarrando la cadena que iba entre el grillete que sujetaba la mano derecha de Magnus y el aro de *adamas* hundido en el suelo—. Solo trato de ayudar. —Tiró con fuerza de la cadena, y Magnus soltó un gruñido de dolor y lo miró furioso. Raphael tenía manos de adolescente, pero eso engañaba: su fuerza era la de un vampiro, y en ese momento estaba empleando todo su poder para liberar la cadena de Magnus de su anclaje.

La celda en la que se hallaban era circular. El suelo estaba hecho de losas de granito sobrepuestas. Unos bancos de piedra estaban adosados a la parte interior de las paredes. No había ninguna puerta visible, aunque sí unas ventanas estrechas, tan estrechas como troneras. No tenían vidrio, y por su profundidad se podía ver que los muros tenían treinta centímetros de grosor como mínimo.

Magnus se había despertado en ese lugar, con un círculo de cazadores oscuros vestidos de rojo rodeándolo para fijar las cadenas en el suelo. Antes de que la puerta se cerrara tras ellos, había visto a Sebastian en el pasillo, sonriéndole como una calavera.

En ese momento, Luke se hallaba en una de las ventanas, mirando al norte. A ninguno de ellos le habían dado una muda de ropa, y aún llevaba el traje y la camisa que vestía en la cena en Alacante. La pechera de la camisa estaba salpicada de manchas de óxido. Magnus tenía que recordarse constantemente que era vino. Luke parecía agotado, con el cabello alborotado y uno de los cristales de las gafas rajado.

—¿Ves algo? —le preguntó Magnus, mientras Raphael iba al otro lado para ver si la cadena de la mano izquierda era más fácil de arrancar. Magnus era el único encadenado. Cuando se despertó, Luke y Raphael ya estaban despiertos; Raphael estaba tumbado en uno de los bancos mientras Luke llamaba a Jocelyn hasta quedarse afónico.

—No —contestó Luke con sequedad. Raphael alzó una ceja mirando a Magnus. Se lo veía despeinado y joven, clavándose los dientes en el labio inferior mientras los nudillos se le quedaban blancos alrededor de los eslabones de la cadena. Estas eran lo suficientemente largas para permitir que Magnus se sentara, pero no que se pusiera en pie—. Solo niebla. Niebla gris amarillenta. Quizá montañas en la distancia. Es difícil de decir.

—¿Crees que seguimos en Idris? —preguntó Raphael.

—No —contestó Magnus—. No estamos en Idris. Lo noto en la sangre.

Luke lo miró.

—¿Dónde estamos?

Magnus notaba el ardor en la sangre, el inicio de la fiebre. Le cosquilleaban los nervios, la boca se le secaba y hacía que le doliera la garganta.

—Estamos en Edom —contestó—. Una dimensión demoníaca.

Raphael dejó caer la cadena y soltó un taco en español.

—No puedo soltarte —dijo, claramente frustrado—. ¿Por qué los siervos de Sebastian te han encadenado a ti y no a nosotros?

—Porque Magnus necesita las manos para hacer magia —contestó Luke.

Raphael miró a Magnus, sorprendido. Magnus enarcó las cejas.

—¿No lo sabías, vampiro? —preguntó irónico—. Suponía que ya se te habría ocurrido; llevas viviendo el tiempo suficiente.

—Quizá. —Raphael se acuclilló—. Pero nunca he tenido mucha relación con brujos.

Magnus le lanzó una mirada acusadora, una mirada que decía: «Ambos sabemos que eso no es cierto». Raphael miró hacia otro lado.

—Es una pena —dijo Magnus—. Si Sebastian hubiera hecho los deberes, sabría que no puedo hacer magia en este reino. Esto no hace ninguna falta. —Hizo tintinear las cadenas como el fantasma de Marley.

—Así que es aquí donde Sebastian se ha estado ocultando todo este tiempo —repuso Luke—. Por eso no podíamos localizarlo. Esta es su base de operaciones.

—O este es un lugar perdido donde nos han abandonado para que nos pudramos —replicó Raphael.

—No se tomaría esa molestia —indicó Luke—. Si nos quisiera muertos, ya lo estaríamos, los tres. Tiene algún plan más importante. Siempre lo hace. Aunque no sé qué… —Se calló. Se miraba las manos, y Magnus de repente lo recordó mucho más joven, con el cabello al aire, aspecto preocupado y corazón sensible.

—No le hará daño —dijo Magnus—. Me refiero a Jocelyn.

—Podría —aventuró Raphael—. Está muy loco.

—¿Por qué no le hará daño? —Luke parecía como si estuviera conteniendo un miedo que amenazaba con estallar—. ¿Porque es su madre? Eso no funciona así. Sebastian no funciona así.

—No es porque sea su madre —repuso Magnus—. Sino porque es la madre de Clary. Ella le proporciona una ventaja. Y Sebastian no renunciará a eso fácilmente.

Ya llevaban andando lo que parecían horas, y Clary estaba agotada.

El terreno irregular hacía que fuera más difícil caminar. Ninguna de las colinas era muy alta, pero no tenían senderos y estaban cubiertas de pizarra y rocas quebradas. A veces había que cruzar planicies de pegajoso alquitrán, y se les hundían los pies hasta el tobillo.

Se detuvieron para dibujarse runas de seguridad al andar y de fuerza, y para beber agua. Era un lugar seco, todo humo y ceniza; de vez en cuando se encontraban con un brillante río de roca derretida que avanzaba lentamente por la tierra quemada. Tenían el rostro y los trajes cubiertos de polvo y ceniza.

—Racionad el agua —les advirtió Alec, mientras ponía el tapón a la botella de plástico. Se habían detenido bajo la sombra de una pequeña montaña. Su dentada cumbre se dividía en picos y almenas que la hacían parecer una corona—. No sabemos cuánto tiempo estaremos de camino.

Jace tocó el brazalete que llevaba en la muñeca y luego su runa de localización. Frunció el ceño mientras se trazaba el dibujo en el dorso de la mano.

—La runas que acabamos de dibujarnos —dijo—. Que alguien me enseñe una.

Isabelle hizo un ruidito de impaciencia y luego mostró la muñeca donde Alec le había dibujado una runa de velocidad hacía un rato. Parpadeó al mirarla.

—Se está borrando —anunció a continuación, y había una súbita duda en su voz.

—Mi runa de localización también, así como las otras —repuso Jace mientras se miraba la piel—. Creo que las runas se borran más rápidamente aquí. Tendremos que usarlas con cuidado. Comprobadlas para asegurarnos de cuándo las tenemos que dibujar de nuevo.

—Las runas de velocidad también se están borrando —añadió Isabelle, frustrada—. Eso puede ser la diferencia entre dos días caminando o tres. Sebastian puede estar haciendo lo que sea con los prisioneros.

Alec hizo una mueca de dolor.

—No hará nada —les aseguró Jace—. Son su seguro de que la Clave nos entregue a él. No les hará nada a no ser que esté convencido de que eso no va a pasar.

—Podríamos andar toda la noche —sugirió Isabelle—. Podríamos usar una runa de vigilia. Aplicarlas una y otra vez.

Jace miró alrededor. El polvo se le había pegado bajo los ojos, por las mejillas y en la frente, allí donde se había pasado la palma de la mano. El cielo había cambiado de amarillo a naranja, manchado con gruesas nubes negras. Clary supuso que eso significaba que se acercaba la noche. Se preguntó si los días y las noches eran igual en ese lugar, o si las horas eran diferentes, si la rotación de ese planeta estaba levemente desalineada.

—Cuando las runas de vigilia se borran, caes en picado —dijo Jace—. Entonces nos enfrentaríamos a Sebastian como si tuviéramos resaca. No es una buena idea.

Alex siguió la mirada de Jace por el letal paisaje.

—Tendremos que buscar un lugar donde descansar. Dormir. ¿No?

Clary no oyó lo que Jace dijo después. Ya se había apartado de la conversación y subía por la ladera de un saliente rocoso. El esfuerzo la hizo toser; el aire era nocivo, cargado de humo y ceniza, pero no tenía ganas de quedarse a discutir. Estaba agotada, le palpitaba la cabeza, y no paraba de ver a su madre, una y otra vez, en su cabeza. A su madre y a Luke, juntos en el balcón, cogidos de la mano, mirándola con cariño.

Se obligó a subir hasta la cima y se detuvo allí. Al otro lado, la bajada era muy pronunciada y acababa en una meseta de roca gris que se extendía hasta el horizonte, salpicada aquí y allí por montones de escoria y esquisto. El sol había bajado en el cielo, aunque aún era del mismo color naranja quemado.

—¿Qué estás mirando? —dijo una voz a su espalda. Clary se sobresaltó y se volvió. Simon estaba allí, no tan sucio como el resto, porque la suciedad nunca parecía pegarse a los vampiros, pero sí con el cabello lleno de polvo.

Clary señaló los agujeros como de bala que punteaban la ladera de una colina cercana.

—Creo que eso son entradas de cavernas —aventuró.

—Parece como algo sacado de *World of Warcraft*, ¿verdad? —comentó él, con un gesto que abarcaba todo el agujereado paisaje y el cielo cargado de ceniza—. Solo que no puedes apagarlo para salir.

—Hace mucho tiempo que no he podido apagarlo. —Clary observaba a Jace y a los Lightwood a cierta distancia, aún discutiendo.

—¿Estás bien? —preguntó Simon—. No he tenido la oportunidad de hablar contigo desde que pasó lo de tu madre y Luke…

—No —contestó Clary—. No estoy bien. Pero tengo que seguir adelante. Si sigo, no puedo pensar en eso.

—Lo siento. —Simon metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza. El cabello castaño le cayó sobre la frente, sobre el lugar donde había estado la Marca de Caín.

—¿Estás de broma? Soy yo quien lo siente. Todo esto. El que te hayan convertido en vampiro, la Marca de Caín…

—Eso me protegía —protestó Simon—. Eso fue un milagro. Algo que solo tú podías hacer.

—Eso es lo que me da miedo —susurró Clary.

—¿Qué?

—Que ya no me queden más milagros —contestó ella, y apretó los labios mientras los otros los alcanzaban. Jace miró con curiosidad a Simon y Clary, como si se preguntara de qué habrían estado hablando.

Isabelle contempló la llanura, las hectáreas de desolación que se extendían por delante, el panorama cargado de polvo.

—¿Has visto algo?

—¿Qué hay de esas cuevas? —preguntó Simon, e hizo un gesto hacia las oscuras entradas que horadaban la ladera de la montaña—. Son un refugio…

—Buena idea —dijo Jace con sarcasmo—. Estamos en una dimensión demoníaca; Dios sabe quién vivirá aquí, y tú quieres meterte en un agujero oscuro y estrecho…

—Vala, vale… —lo interrumpió Simon—. Solo era una sugerencia. No hace falta que te cabrees…

Jace, con evidente mal humor, le lanzó una fría mirada.

—Eso no era estar cabreado, vampiro…

Un trozo de nube negra se soltó del cielo y se lanzó repentinamente hacia abajo, más deprisa de lo que podían seguirla. Clary captó un horrible

atisbo de alas, dientes y docenas de ojos rojos, y al cabo de un momento Jace se alzaba en el aire, capturado por las garras de un demonio volador.

Isabelle gritó. Clary se llevó la mano al cinto, pero el demonio ya había vuelto al cielo en un torbellino de alas correosas y lanzaba un agudo chillido de victoria. Jace no hizo ningún ruido. Clary vio colgar sus botas, inmóviles. ¿Estaría muerto?

Lo vio todo blanco. Clary se volvió hacia Alec, que ya apuntaba con el arco.

—¡Dispara! —gritó.

Se movió como un bailarín, recorriendo el cielo con la mirada.

—No tengo un tiro limpio, podría darle a Jace…

El látigo de Isabelle se desenrolló en su mano, un cable luminoso alzándose hasta una altura imposible. Su reluciente luz iluminó el cielo sin nubes, y Clary oyó chillar de nuevo al demonio, esta vez con un agudo grito de dolor. La criatura daba vueltas en el aire una y otra vez sin soltar a Jace. Le había hundido las garras en la espalda, ¿o se estaba aferrando a él?

Clary creyó ver el destello de un cuchillo serafín, o tal vez solo había sido el resplandor del látigo de Izzy.

Alec soltó una maldición y dejó volar la flecha. Esta fue hacia arriba, atravesando la oscuridad. Un segundo después una palpitante masa cayó en picado a tierra, golpeó el suelo con fuerza y levantó una nube de polvorienta ceniza.

Todos se lo quedaron mirando. Con las alas abiertas, el demonio era grande, casi del tamaño de un caballo, con un cuerpo de tortuga de color negro oscuro y verde, alas correosas, seis apéndices con garras y un largo y estrecho cuello que acababa en un círculo de ojos y dientes aserrados e irregulares. El ástil de la flecha de Alec le sobresalía por el costado.

Jace estaba arrodillado a su espalda con su cuchillo serafín en la mano. Se lo clavó en el cuello con saña, una y otra vez. Se alzaron pequeños chorros de icor negro que le mancharon la ropa y el rostro. El demonio soltó un grito borboteante y se quedó sin fuerzas, y los múltiples ojos rojos perdieron la vida y la luz.

Jace bajó jadeando de la espalda del demonio. El cuchillo serafín había comenzado a retorcerse a causa del icor. Jace lo tiró a un lado y miró a su grupito de amigos, que también lo miraban con expresión atónita.

—Eso —dijo— era yo cabreado.

Alec dijo algo entre un gruñido y un taco, y bajó el arco. El sudor le pegaba el negro cabello a la frente.

—No hace falta que estéis tan preocupados —soltó Jace—. Me las estaba arreglando perfectamente.

Clary, casi mareada de alivio, ahogó un grito.

—¿Perfectamente? Si tu definición de «perfectamente» de repente incluye ser la merienda de una tortuga voladora, tendremos que tener unas palabras, Jace Lightwood…

—No ha desaparecido —la interrumpió Simon, que estaba tan anonadado como el resto—. El demonio. No ha desaparecido cuando lo has matado.

—Es cierto —confirmó Isabelle—. Lo que significa que esta es su dimensión de origen. —Echó la cabeza hacia atrás y escrutó el cielo—. Y al parecer, esos demonios pueden salir de día. Seguramente porque el sol de aquí casi está apagado. Tenemos que largarnos de esta zona.

Simon tosió ruidosamente.

—¿Qué decías de que refugiarse en las cuevas era una mala idea?

—Lo cierto es que ha sido Jace —repuso Alec—. A mí me parece una buena idea.

Jace los miró a los dos y se pasó una mano por la cara, con lo que solo consiguió esparcirse el negro icor por la mejilla.

—Examinemos las cuevas. Busquemos una pequeña y explorémosla bien antes de descansar. Me pido la primera guardia.

Alec asintió y comenzó a andar hacia la cueva más cercana. El resto lo siguió; Clary junto a Jace. Él caminaba en silencio, perdido en sus pensamientos. Bajo el manto de las pesadas nubes, el cabello le brillaba con un color dorado apagado, y Clary vio grandes arañazos en la espalda de su traje de combate, donde las garras del demonio lo habían sujetado. De repente, él esbozó un amago de sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Clary—. ¿Qué te hace gracia?

—¿Una letal tortuga voladora? —repuso él—. Solo tú podías.

—¿Solo yo? ¿Eso es bueno o malo? —preguntó mientras llegaban a la entrada de la caverna, que se alzó ante ellos como una boca oscura y hambrienta.

Incluso en las sombras, la sonrisa de Jace era caprichosa.

—Es perfecto.

Sólo pudieron avanzar unos metros por el túnel antes de encontrar que el camino estaba cerrado por una verja de metal. Alec soltó una maldición y miró hacia atrás. La entrada de la cueva estaba justo a su espalda, y al otro lado Clary podía ver el cielo naranja y siluetas oscuras que daban vueltas.

—No… Esto es bueno —dijo Jace mientras se acercaba a la verja—. Mirad. Runas.

Había runas talladas en las curvas del metal; algunas eran comunes, otras le resultaron desconocidas a Clary. Sin embargo, le hablaban de protección, del rechazo de las fuerzas demoníacas, como un susurro en su interior.

—Son runas de protección —dijo—. Protección contra los demonios.

—Bien —repuso Simon, y lanzó otra mirada inquieta hacia atrás—. Porque los demonios se están acercando… deprisa.

Jace echó una mirada, luego cogió la verja y le dio un tirón. El cierre saltó junto con escamas de óxido. Tiró con más fuerza, y la verja se abrió. Las manos de Jace brillaban con luz contenida, y el metal quedó ennegrecido donde él lo había tocado.

Se internó en la oscuridad del otro lado, y los demás lo fueron siguiendo. Isabelle sacó su luz mágica. Simon fue tras ella, y Alec, el último, cerró la verja de un portazo. Clary se tomó un momento para añadir una runa de cerrado con el fin de asegurarse.

La luz mágica de Izzy se encendió e iluminó un túnel que serpenteaba perdiéndose en la oscuridad. Las paredes eran lisas, de gneis veteado, grabado por todas partes con runas de protección, santidad y defensa. El

suelo era de piedra caliza, fácil de caminar. El aire se fue aclarando a medida que se iban adentrando en la montaña, el punzante olor de la niebla y de los demonios fue disminuyendo lentamente hasta que Clary se encontró respirando con más facilidad de lo que lo había hecho desde su llegada a ese reino.

Finalmente salieron a un gran espacio circular, sin duda tallado por manos humanas. Parecía el interior de la cúpula de una catedral: redondo y con un enorme techo arqueándose en lo alto. Había un hueco para el fuego en el medio, frío desde hacía mucho tiempo. El techo estaba salpicado de gemas blancas. Brillaban suavemente y llenaban el espacio de una tenue iluminación. Isabelle bajó la luz mágica y la dejó apagarse en su mano.

—Creo que era un lugar para esconderse —dijo Alec con voz apagada —. Algún tipo de última barricada donde quien fuera que viviera aquí podía estar a salvo de los demonios.

—Quien fuera que viviera aquí conocía la magia de las runas —repuso Clary—. No las reconozco todas, pero puedo sentir lo que significan. Son runas santas, como las de Raziel.

Jace se sacó la mochila de la espalda y la dejó en el suelo.

—Esta noche dormiremos aquí.

Alec parecía dudoso.

—¿Estás seguro de que estaremos a salvo?

—Recorreremos los túneles —contestó Jace—. Clary, ven conmigo. Isabelle y Simon, tomad el corredor del este. —Frunció el ceño—. Bueno, vamos a llamarlo el corredor del este. Eso suponiendo que los puntos cardinales sigan siendo los mismos en los reinos demoníacos. —Dio unos toquecitos con el dedo en la runa de brújula que tenía en el antebrazo, que era una de las primeras Marcas que todos los cazadores de sombras recibían.

Isabelle dejó la mochila, sacó dos cuchillos serafines y los metió en las vainas que llevaba a la espalda.

—Bien.

—Iré con vosotros —dijo Alec, mirando a Isabelle y a Simon con cierta suspicacia.

—Si tienes que hacerlo… —replicó Isabelle con exagerada indiferencia—. Pero te advierto de que nos vamos a enrollar en la oscuridad. Un rollo largo y chapucero.

Simon la miró sorprendido.

—Vamos a… —comenzó, pero Isabelle le dio un pisotón y él se calló.

Alec pareció encontrarse mal.

—Supongo que me podría quedar aquí.

Jace sonrió y le pasó una estela.

—Haz fuego —le dijo—. Cocina alguna cosa. Eso de cazar demonios abre el apetito.

Alec clavó la estela en la arena del hoyo y comenzó a dibujar la runa del fuego. Pareció mascullar algo sobre que a Jace no le gustaría nada despertarse por la mañana con todo el pelo afeitado.

Jace sonrió a Clary. Bajo el icor y la sangre, resultó solo una sombra de su vieja sonrisa descarada, pero lo suficientemente buena. Clary desenvainó a *Heosphoros*. Simon e Isabelle ya habían desaparecido por el túnel que daba al este; ella y Jace fueron hacia el otro lado, que descendía ligeramente. Mientras caminaba, Clary oyó a Alec gritar desde atrás.

—¡Y las cejas también!

Jace soltó una seca risita.

Maia no estaba segura de cómo había pensado que sería ser el jefe de la manada, pero seguro que no era esto.

Se hallaba sentada al gran escritorio del vestíbulo del edificio de la comisaría, con Bat en la silla giratoria que tenía detrás, desde donde le explicaba pacientemente los diferentes aspectos de la administración de la manada: cómo se comunicaban con los miembros que quedaban del *Praetor Lupus* en Inglaterra, cómo enviaban y recibían los mensajes de Idris, incluso cómo hacían los pedidos al restaurante El Lobo de Jade. Ambos alzaron la mirada cuando la puerta se abrió y una bruja de piel azul con uniforme de enfermera entró en el vestíbulo, seguida de un hombre alto enfundado en un elegante abrigo negro.

—Catarina Loss —exclamó Bat, como presentación—. Nuestra nueva jefe de la manada, Maia Roberts…

Catarina lo despidió con un gesto de la mano. Era muy azul, casi de color zafiro, y llevaba el cabello blanco y brillante recogido en un moño. Su uniforme tenía un estampado de camiones.

—Este es Malcolm Fade —dijo ella, señalando con un gesto al hombre alto que tenía al lado—. Brujo supremo de Los Ángeles.

Malcolm Fade inclinó la cabeza. Tenía rasgos angulosos, el cabello del color del papel y los ojos púrpura. Púrpura de verdad, de un color que los ojos humanos jamás tenían. Era atractivo, pensó Maia, si te gustaban esas cosas.

—¡Magnus Bane ha desaparecido! —anunció Fade, como si fuera el título de un cómic.

—Y también Luke —añadió Catarina muy seria.

—¿Desaparecidos? —repitió Maia—. ¿Qué quieres decir con desaparecidos?

—Bueno, no exactamente desaparecidos. Raptados —matizó Malcolm, y Maia dejó caer el lápiz que tenía en la mano—. ¡Quién sabe dónde estarán! —Sonaba como si todo eso fuera muy excitante y lamentara no tener mayor protagonismo.

—¿El responsable es Sebastian Morgenstern? —le preguntó Maia a Catarina.

—Sebastian ha capturado a todos los representantes de los subterráneos. Meliorn, Magnus, Raphael y Luke. Y a Jocelyn también. Los retiene, dice, hasta que la Clave acceda a entregarle a Clary y a Jace.

—¿Y si no accede? —preguntó Leila. La espectacular aparición de Catarina había llamado la atención de la manada, y estaban entrando en el vestíbulo, se colocaban en el hueco de la escalera o se acercaban al escritorio en la curiosa manera de moverse de los licántropos.

—Entonces, matará a los representantes —contestó Maia—. ¿No?

—La Clave debe saber que si le permiten hacer eso, los subterráneos se rebelarán —dijo Bat—. Será como decir que la vida de cuatro subterráneos vale menos que la seguridad de dos cazadores de sombras.

«No de dos cazadores de sombras cualesquiera», pensó Maia. Jace era difícil y quisquilloso, y Clary había sido muy reservada al principio, pero habían luchado por ella y con ella; le habían salvado la vida y ella la de ellos.

—Entregarle a Jace y a Clary sería como asesinarlos —dijo Maia—. Y sin ninguna garantía real de recuperar a Luke. Sebastian miente.

Los ojos de Catarina destellaron.

—Si la Clave no hace al menos un gesto para tratar de recuperar a Magnus y a los otros, no solo perderán a los subterráneos de su Consejo, perderán también los Acuerdos.

Maia calló durante un instante. Era consciente de que todas las miradas recaían sobre ella. Los otros lobos estaban observando su reacción. La reacción de su jefe.

Maia irguió los hombros.

—¿Qué dicen los brujos? ¿Qué están haciendo? ¿Y qué hay de los seres mágicos y los Hijos de la Noche?

—La mayoría de los subterráneos no lo sabe —contestó Malcolm—. Yo tengo un informador. He compartido la noticia con Catarina porque se trata de Magnus. He creído que debía saberlo. Quiero decir, esta clase de cosas no pasan todos los días. ¡Raptos! ¡Rescates! ¡Amor desgarrado por la tragedia!

—Cállate, Malcolm —le espetó Catarina—. Es por esto que nadie te toma nunca en serio. —Se volvió hacia Maia—. La mayoría de los subterráneos sabe que los cazadores de sombras se han largado a Idris, claro, pero no saben por qué. Están esperando noticias de sus representantes, y, naturalmente, esas noticias no llegan.

—Pero esta situación no puede durar —repuso Maia—. Los subterráneos se enterarán.

—Oh, claro que se enterarán —repitió Malcolm, que parecía tratar de ser serio—. Pero ya conoces a los cazadores de sombras; sus cosas se las guardan para ellos. Todo el mundo ha oído hablar de Sebastian Morgenstern y de los nefilim oscuros, pero los ataques a los Institutos se han mantenido bastante en secreto.

—Tienen a brujos en el Laberinto Espiral trabajando en una cura contra los efectos de la Copa Infernal, pero estos no saben lo urgente que es la situación, o lo que ha estado ocurriendo en Idris —explicó Catarina—. Me temo que los cazadores de sombras se van a barrer del mapa a sí mismos por todo ese secretismo. —Se la veía incluso más azul que antes. Su color parecía cambiar al ritmo de su humor.

—¿Y por qué habéis venido aquí, a mí? —preguntó Maia.

—Porque Sebastian ya te había enviado un mensaje con el ataque al *Praetor* —contestó Catarina—. Y sabemos que eres amiga de los cazadores de sombras, por ejemplo, de los hijos del Inquisidor y de la propia hermana de Sebastian. Sabes tanto como nosotros, o incluso más, sobre lo que está ocurriendo.

—No sé tanto —admitió Maia—. Las salvaguardas que rodean Idris están dificultando el paso de mensajes.

—Nosotros os podemos ayudar con eso —afirmó Catarina—. ¿Verdad, Malcolm?

—¿Mmm? —Malcolm estaba paseándose por la comisaría, y se detenía a mirar cosas que a Maia le parecían de lo más comunes: la barra de una barandilla, un azulejo rajado en una pared, el vidrio de una ventana; las contemplaba como si le revelaran alguna verdad. La manada lo observaba perpleja.

Catarina suspiró.

—No le hagas caso —dijo a Maia en voz baja—. Es muy poderoso, pero algo le pasó a comienzos del siglo pasado, y desde entonces no ha estado muy bien. Es inofensivo.

—¿Ayudar? Claro que podemos ayudar —contestó finalmente Malcolm volviéndose hacia ellos—. ¿Tenéis que pasar un mensaje? Siempre tenemos los gatitos mensajeros.

—Te refieres a las palomas —replicó Bat—. Las palomas mensajeras.

Malcolm negó con la cabeza.

—Gatitos mensajeros. Son tan monos que nadie les hace nada. Y además te resuelven el problema de los ratones.

—No tenemos un problema de ratones —replicó Maia—. Tenemos un problema de megalomanía. —Miró a Catarina—. Sebastian tiene toda la intención de reabrir las grietas entre los subterráneos y los cazadores de sombras. El rapto de los representantes, el ataque al *Praetor*… No se detendrá ahí. Todos los subterráneos sabrán muy pronto lo que está ocurriendo. La pregunta es: ¿con quién estarán?

—¡Estaremos valientemente contigo! —anunció Malcolm. Catarina le lanzó una torva mirada y él se estremeció—. Bueno, estaremos valientemente cerca de ti. O al menos donde te podamos oír.

Maia lo miró muy seria.

—Así que, básicamente, ninguna garantía, ¿no?

Malcolm se encogió de hombros.

—Los brujos son independientes. Y difíciles de retener. Como los gatos pero con menos colas. Bueno, hay algunas colas. Yo no tengo, pero…

—Malcolm… —lo reprendió Catarina.

—La cuestión es que o ganan los cazadores de sombras o gana Sebastian —afirmó Maia—, y si gana él, luego vendrá a por nosotros, a por todos los subterráneos. Lo único que quiere es convertir este mundo en un páramo de cenizas y huesos. Ninguno de nosotros sobrevivirá.

Malcolm pareció un poco alarmado, aunque ni de lejos tan alarmado como debería estar, pensó Maia. Su aspecto general era el de una alegría inocente e infantil; no tenía nada de la astucia traviesa de Magnus. Se preguntó qué edad tendría.

—No creo que podamos entrar en Idris para luchar junto a ellos, como hicimos antes —continuó Maia—. Pero podemos intentar avisar. Hablar con otros subterráneos antes de que lo haga Sebastian. Tratará de reclutarlos. Tenemos que hacerles entender lo que significaría unirse a él.

—La destrucción de este mundo —concluyó Bat.

—Hay brujos supremos en varias ciudades; seguramente considerarán la cuestión. Pero somos seres solitarios, como ha dicho Malcolm —replicó Catarina—. Los seres mágicos no creo que hablen con nosotros, nunca lo hacen…

—¿Y a quién le importa lo que hagan los vampiros? —soltó Leila—. Ellos traicionan a los suyos.

—No —replicó Maia al cabo de un instante—. No, también pueden ser leales. Tenemos que reunirnos con ellos. Ya es hora de que los líderes de la manada de Nueva York y el clan de los vampiros formen una alianza.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala. Los licántropos y los vampiros no parlamentaban a no ser que los uniera una fuerza externa más poderosa, como la Clave.

Maia tendió la mano hacia Bat.

—Papel y pluma —dijo, y él pasó una libreta. Redactó una rápida nota, arrancó la hoja y se la pasó a uno de los lobeznos más jóvenes—. Lleva esto a Lily en el Dumort —le ordenó—. Dile que quiero reunirme con Maureen Brown. Puede elegir un lugar neutral. Nosotros tendremos que aprobarlo antes de la reunión. Dile que debe ser lo más pronto posible. La vida de nuestro representante y del suyo puede depender de ello.

—Quiero estar furiosa contigo —dijo Clary mientras avanzaban por el tortuoso túnel. Jace sujetaba su luz mágica y sus rayos los guiaban. Clary recordó la primera vez que él le había puesto una de esas piedras talladas en la mano. «Todo cazador de sombras debe tener su propia piedra runa de luz mágica».

—¿Y eso? —repuso Jace mientras la miraba de reojo. El suelo bajo sus pies era liso y pulido, y las paredes del corredor se curvaban hacia dentro con elegancia. Cada pocos pasos había una nueva runa grabada en la roca —. ¿Por qué?

—Por arriesgar tu vida —contestó ella—. Claro que, en realidad, no lo has hecho. Solo estabas de pie y el demonio te ha agarrado. Lo que sí es cierto es que te estabas pasando con Simon.

—Si un demonio me agarrara cada vez que me he pasado con Simon, habría muerto el día que me conociste.

—Es que… —Clary negó con la cabeza. La vista se le nublaba de cansancio, y le dolía el pecho del ansia de ver a su madre, a Luke, su casa

—. No sé cómo he llegado aquí.

—Posiblemente podría reconstruir tus pasos —bromeó Jace—. Recto por el corredor de las hadas, a la izquierda en el poblado arrasado, derecha en la llanura de los condenados, un giro de ciento ochenta grados en la pila del demonio muerto…

—Ya sabes a qué me refiero. No sé cómo he llegado aquí. Mi vida era corriente. Yo era corriente…

—Tú nunca has sido corriente —replicó Jace en voz muy baja. Clary se preguntó si alguna vez dejarían de sorprenderla esos súbitos saltos del humor a la seriedad y vuelta atrás.

—Quería serlo. Quería tener una vida normal. —Se miró a sí misma, las botas polvorientas y el manchado traje de combate, las armas que destellaban en el cinturón—. Ir a la escuela de arte.

—¿Casarte con Simon? ¿Tener seis hijos? —En la voz de Jace había algo cortante. El túnel daba un brusco giro hacia la derecha, y el muchacho desapareció tras él. Clary aceleró el paso para alcanzarlo…

Y lanzó un grito ahogado. Habían salido del túnel a una enorme caverna, ocupada casi hasta la mitad por un lago subterráneo. La caverna se perdía entre las sombras. Era hermosa, la primera cosa hermosa que había visto desde que entraron en el reino de los demonios. El techo de la caverna era de piedra caliza, formado por años de goteo del agua, y relucía con el intenso brillo azul del moho luminiscente. El agua del lago era también azul, y reinaba una media luz profunda y brillante, con pilares de cuarzo que se alzaban aquí y allí como barras de cristal.

El camino daba a una estrecha playa de arena muy fina, casi tan suave como la ceniza, que llevaba al agua. Jace bajó por la playa, se acuclilló ante el agua y metió las manos. Clary se acercó por detrás, con las botas alzando nubes de arena, y se arrodilló mientras Jace se echaba agua por la cara y el cuello y se lavaba las manchas del negro icor.

—Ten cuidado… —Clary le cogió el brazo—. El agua puede ser venenosa.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo es. Mira bajo la superficie.

El lago era claro, cristalino. El fondo era de piedra lisa, y por todas partes había runas grabadas que emitían un tenue fulgor. Eran runas que hablaban de pureza, sanación y protección.

—Lo siento —dijo Jace, y Clary despertó de su ensoñación. Jace tenía el pelo húmedo, pegado a los afilados ángulos de los pómulos y las sienes—. No debería haber dicho aquello de Simon.

Clary metió las manos en el agua. Pequeñas ondas se extendieron por el movimiento de los dedos.

—Tienes que saber que no habría deseado una vida diferente —le aseguró ella—. Esta vida me trajo a ti. —Hizo cuenco con las manos y se llevó el agua a la boca. Estaba fría y buena, y revivió su decaída energía.

Jace esbozó una de sus auténticas sonrisas, no solo un gesto seco de la boca.

—Espero que no solo a mí.

Clary buscó las palabras.

—Esta vida es real —explicó—. La otra era una mentira. Un sueño. Pero es que…

—No has dibujado —la interrumpió él— desde que comenzaste a entrenarte. No en serio.

—Tienes razón —admitió ella en voz baja.

—A veces me pregunto… —continuó Jace—. A mi padre…, me refiero a Valentine, le encantaba la música. Me enseñó a tocar. Bach, Chopin, Ravel. Y recuerdo una vez que le pregunté por qué todos los compositores eran mundanos. No había ningún cazador de sombras que hubiera compuesto música. Y él me contestó que, en el alma, los mundanos tienen una chispa creativa, pero que en la nuestra hay una chispa de guerreros, y que ambas chispas no pueden existir en el mismo lugar, igual que una llama no puede dividirse a sí misma.

—Así que crees que la cazadora de sombras que soy… ¿está eliminando a la artista que hay en mí? —preguntó Clary—. Pero mi madre pintaba… quiero decir, pinta. —Se tragó el dolor de haber pensado en Jocelyn en tiempo pasado, aunque fuera solo un instante.

—Valentine dijo que eso era lo que el Cielo había otorgado a los mundanos: la capacidad para el arte y el don de la creación —explicó Jace—. Eso era lo que hacía que valiera la pena protegerlos —añadió—. Pero si la gente tiene una chispa en su interior, entonces las tuyas brillan con más fuerza aún. Puedes luchar y dibujar. Y lo harás.

Impulsivamente, Clary se inclinó para besarlo. Jace tenía los labios fríos. Sabía como el agua dulce y como Jace, y ella habría prolongado el beso, pero una aguda descarga, como de electricidad estática, pasó del uno al otro. Ella se echó atrás; le quemaban los labios.

—Au. —Lanzó un gritito de dolor. Jace parecía abatido. Ella le acarició el húmedo cabello—. Antes, en la puerta, vi que te salían chispas de la mano. El fuego celestial…

—Aquí no lo controlo, no como lo hacía en casa —explicó Jace—. Hay algo diferente en este mundo. Es como si estuviera empujando el fuego más cerca de la superficie. —Se miró las manos, en las que el brillo iba apagándose—. Creo que debemos tener cuidado, los dos. Este lugar nos va a afectar más de lo que afecta a los otros. Una mayor concentración de sangre de ángel.

—Pues tendremos cuidado. Lo puedes controlar. Recuerda los ejercicios que hacías con Jordan…

—Jordan está muerto. —La voz de Jace sonó tensa mientras se levantaba y se sacudía la arena de la ropa. Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie—. Vamos —dijo—. Volvamos con Alec antes de que decida que Isabelle y Simon se están enrollando en las cuevas y comience a ponerse de los nervios.

—Sabes que todos piensan que nos hemos apartado para enrollarnos —dijo Simon—. Seguramente se están poniendo de los nervios.

—¡Ja! —exclamó Isabelle—. Como si fuéramos a enrollarnos en una cueva rodeada de hordas de demonios. Esta es la realidad, Simon, no tu imaginación enfermiza.

—Te hago saber que hubo un tiempo en mi vida en que la idea de llegar a enrollarme con alguien parecía mucho más probable que la de estar rodeado de hordas de demonios —repuso él, y encontró el paso alrededor de una pila de rocas caídas. Todo ese lugar le recordaba un viaje a la cuevas Luray, en Virginia, que había hecho con su madre y Rebecca cuando iba al instituto. Con su vista de vampiro, captaba el brillo de la mica en las rocas. No necesitaba la luz mágica de Isabelle para hallar el camino, pero suponía que ella sí, por lo que no dijo nada al respecto.

Isabelle masculló algo. Simon no estaba muy seguro de qué, pero tuvo la sensación de que no era un cumplido.

—Izzy —dijo—. ¿Hay alguna razón por la que estés tan enfadada conmigo?

Ella respondió con un rápido suspiro que sonó como «túnotendríasqueestaraquí». Ni siquiera con su sentido del oído amplificado Simon pudo entenderlo.

—¿Qué?

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Tú no tendrías que estar aquí! —gritó, y su voz resonó en las paredes del túnel—. Cuando te dejamos en Nueva York fue para que estuvieras a salvo…

—No quiero estar a salvo —replicó él—. Quiero estar contigo.

—Quieres estar con Clary.

Simon se quedó parado. Estaban uno frente al otro en el túnel, ambos inmóviles, Isabelle con los puños apretados.

—¿Es de eso de lo que va esto? ¿Clary?

Isabelle no dijo nada.

—No quiero a Clary de ese modo —repuso él—. Fue mi primer amor, mi primer cuelgue. Pero lo que siento por ti es totalmente diferente… —Le tendió la mano y ella comenzó a negar con la cabeza—. Escúchame, Isabelle, si me pides que elija entre tú y mi mejor amiga, entonces, sí, no pienso escogerte. Porque nadie que me quiera me obligaría a hacer una elección tan estúpida; sería como si yo te pidiera escoger entre Alec o yo. ¿Me molesta ver a Jace y a Clary juntos? No, en absoluto. A su modo,

increíblemente extraño, están hechos el uno para el otro. Son lo que tiene que ser. Yo no soy lo mismo con Clary, no así. Yo soy para ti.

—¿Lo dices en serio? —Isabelle tenía las mejillas subidas de color.

Él asintió.

—Ven aquí —le dijo ella, y Simon dejó que tirara de él hasta que estuvo pegado a ella, y la rigidez de la pared del túnel a su espalda obligó a Isabelle a curvar el cuerpo contra el suyo. Simon notó que ella le metía la mano por debajo de la camiseta, que le pasaba los dedos por las vértebras. Su respiración le agitaba el pelo, y él también sintió que su cuerpo se despertaba, solo por estar tan cerca de ella.

—Isabelle, te…

Ella le dio una palmada en el brazo, pero no fue una palmada de enfado.

—Ahora no.

Simon le hundió el rostro en el cuello, en el dulce olor de su piel y su sangre.

—Entonces ¿cuándo?

Súbitamente, ella se echó hacia atrás, y lo dejó con la desagradable sensación de haberse arrancado una tirita sin ninguna ceremonia.

—¿Has oído eso?

Simon estaba a punto de negar con la cabeza cuando sí lo oyó: sonaba como un roce y un grito, y procedía de la parte del túnel que aún no habían explorado. Isabelle salió corriendo, su luz mágica rebotaba descontroladamente en la pared, y Simon, maldiciendo que los cazadores de sombras fueran por encima de todo cazadores de sombras, la siguió.

El túnel solo se curvaba una vez más antes de acabar ante los restos de una destrozada verja de metal. Al otro lado de lo que quedaba de la verja, una meseta de piedra descendía hacia una inhóspita tierra. La meseta era áspera, salpicada de rocas y montones de piedras desgastadas. Donde se encontraba con la arena de más abajo, volvía a iniciarse el desierto, moteado aquí y allí de árboles negros y retorcidos. Parte de las nubes se habían borrado del cielo, e Isabelle, al mirar hacia arriba, lanzó un pequeño grito ahogado.

—Mira la luna —dijo.

Simon miró y se quedó atónito. No era una luna sino varias. Como si la propia luna se hubiera partido en tres trozos. Flotaban en el cielo con sus formas irregulares, como dientes de tiburón salpicando el firmamento. Cada una emitía un brillo apagado, y bajo la luz de la luna rota, la visión de vampiro de Simon captó los movimientos acechantes de unas criaturas. Algunas se parecían a la cosa voladora que había atrapado a Jace; otras tenían una aspecto claramente más de insecto. Todas eran terroríficas. Simon tragó saliva.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Isabelle, sabiendo que incluso una runa de vista aguda no le permitiría ver lo que Simon veía, sobre todo allí, donde las runas se borraban tan deprisa.

—Hay demonios ahí fuera. Un montón. La mayoría volando.

—Así que pueden salir durante el día —concluyó Isabelle en un tono muy sombrío—, pero son más activos por la noche.

—Sí. —Simon forzó la vista—. Hay más. Hay una meseta de piedra que se extiende hasta casi el horizonte, y luego se corta de golpe, y hay algo detrás, algo que reluce.

—¿Quizá un lago?

—Quizá —contestó Simon—. Casi parece…

—¿Qué parece?

—Parece una ciudad —contestó él, reticente—. Como una ciudad de demonios.

—Oh. —Simon se dio cuenta de que Isabelle captaba lo que aquello implicaba y la vio palidecer durante un momento. Luego, como se trataba de Izzy, se irguió y asintió. Se volvió y dio la espalda a las ruinas destrozadas de un mundo—. Será mejor que volvamos a decírselo a los otros.

Estrellas talladas de granito colgaban del techo en cadenas de plata. Jocelyn yacía en la tarima de piedra que le servía de cama, contemplándolas.

Ya había gritado hasta quedarse sin voz. Había arañado la puerta, que era gruesa, hecha de roble con bisagras y cierres de acero, hasta que le

sangraron las manos. Había rebuscado una estela entre sus cosas y había golpeado la pared con el puño con tanta fuerza que tenía morados hasta en el antebrazo.

Nada había ocurrido. Aunque tampoco esperaba que ocurriera algo. Si Sebastian se parecía a su padre, y ella creía que se parecía mucho, entonces sería de lo más meticuloso.

Meticuloso y creativo. Había encontrado los trozos de su estela amontonados en uno de los rincones. Seguía llevando la misma ropa que en la falsa cena de Meliorn, pero le habían quitado los zapatos. Le habían cortado el cabello por encima de los hombros, y tenía las puntas quebradas, como si lo hubieran hecho con una cuchilla sin afilar.

Crueldades pequeñas y rebuscadas que demostraban un carácter terrible y paciente. Como Valentine, Sebastian podía esperar para conseguir lo que quería, pero haría que la espera fuera dolorosa.

La puerta rechinó y se abrió. Jocelyn se puso en pie de un salto, pero Sebastian ya estaba dentro, y la puerta se cerró a su espalda con un clic. Le sonrió de medio lado.

—¿Por fin te has despertado, madre?

—Ya hace rato —contestó ella. Colocó un pie cuidadosamente detrás del otro, para estar bien equilibrada.

Él soltó un bufido.

—No te molestes —dijo—. No tengo intención de atacarte.

Ella no dijo nada, solo lo observó mientras se le acercaba. La luz que entraba por la estrecha ventana era lo suficientemente intensa como para reflejarse en el pálido cabello de Sebastian, para iluminar los ángulos de su rostro. Jocelyn veía poco de ella en su hijo. Era todo Valentine. El rostro de Valentine, sus ojos negros, los gestos de un bailarín o de un asesino. Solo su silueta, alta y esbelta, era de ella.

—Tú hombre lobo está a salvo —dijo él—. Por ahora.

Jocelyn decidió no prestar atención al brinco de su corazón.

«No muestres ninguna emoción en el rostro».

La emoción era una debilidad. Esa había sido la lección de Valentine.

—Y Clary —continuó él—. Clary también está a salvo. Si es que eso te importa, claro. —La rodeó caminando en un círculo lento y pensativo—. Nunca he estado muy seguro. Después de todo, una madre con tan poco corazón como para abandonar a uno de sus hijos…

—Tú no eras mi hijo —soltó ella, y luego cerró la boca de golpe.

«No le sigas el juego —pensó—. No muestres ninguna debilidad. No le des lo que quiere».

—Y sin embargo, has guardado la caja —afirmó él—. Ya sabes a qué caja me refiero. La dejé en la cocina de la casa de Amatis para ti. Un pequeño regalo, algo para que me recordaras. ¿Cómo te sentiste al encontrarla? —Sonrió, y en su sonrisa no había nada de Valentine. Valentine había sido humano, había sido un monstruo humano. Sebastian era otra cosa—. Sé que la sacabas todos los años y llorabas —continuó—. ¿Por qué lo hacías?

Ella no contestó, y él llevó la mano hacia atrás por encima del hombro para tocar la empuñadura de la espada Morgenstern, que llevaba a la espalda.

—Te sugiero que me contestes —la amenazó—. No tendría ningún reparo en cortarte los dedos, uno a uno, y emplearlos como flecos de una alfombrilla.

Jocelyn tragó saliva.

—Lloraba sobre la caja porque me habían robado a mi hijo.

—Un hijo al que nunca quisiste.

—Eso no es cierto —replicó ella—. Antes de que nacieras, te amaba, amaba la idea de tenerte. Te amé cuando noté los latidos de tu corazón dentro de mí. Luego naciste y eras…

—¿Un monstruo?

—Tu alma estaba muerta —dijo ella—. Lo vi en tus ojos al mirarte. —Se cruzó de brazos para reprimir el impuso de estremecerse—. ¿Por qué estoy aquí?

A Sebastian le brillaron los ojos.

—Dímelo tú, madre, ya que me conoces tan bien.

—Meliorn nos drogó —repuso ella—. Supongo, por sus acciones, que los seres mágicos son tus aliados. Y que lo son hace bastante tiempo. Que creen que ganarás la guerra contra los cazadores de sombras y que quieren estar del lado del vencedor; además, ellos se han sentido molestos con los cazadores de sombras desde hace más tiempo y con más intensidad que los otros subterráneos. Te han ayudado a atacar los Institutos, han nutrido tus huestes mientras reclutabas a nuevos cazadores de sombras con la Copa Infernal. Al final, cuando seas lo suficientemente poderoso, los traicionarás y los destruirás, porque los desprecias profundamente. —Hizo una larga pausa mientras lo miraba a los ojos—. ¿Me equivoco?

Vio su pulso latirle en el cuello mientras él soltaba el aire contenido, y supo que no se equivocaba.

—¿Cuándo has supuesto todo eso? —preguntó Sebastian apretando los dientes.

—No lo he supuesto. Lo sé. Conocía a tu padre, y tú eres igual que él, si no en tu naturaleza, sí en tu carácter.

Él la miraba fijamente con ojos infinitos y negros.

—Si no hubieras creído que estaba muerto, si hubieses sabido que vivía, ¿me habrías buscado? ¿Me habrías tenido contigo?

—Sí —contestó ella—. Habría intentado criarte, enseñarte lo correcto, cambiarte. Me culpo por lo que eres. Siempre lo he hecho.

—¿Me habrías criado? —Sebastian parpadeó, casi como si tuviera sueño—. ¿Me habrías criado, odiándome como me odiabas?

Ella asintió.

—Entonces ¿crees que yo habría sido diferente? ¿Más como ella?

Jocelyn tardó un momento en darse cuenta.

—Clary —dijo—. Te refieres a Clary.

El nombre de su hija le dolía al pronunciarlo: la echaba muchísimo de menos, y al mismo tiempo estaba aterrorizada por ella. Sebastian la amaba, pensó. Si era capaz de amar a alguien, era a su hermana, y si había alguien que sabía lo letal que era ser amado por alguien como Sebastian, esa era Jocelyn.

—Ya nunca lo sabremos —respondió finalmente—. Valentine nos arrebató también eso.

—Deberías haberme querido —replicó él, y sonaba petulante—. Soy tu hijo. Deberías quererme ahora, sin importar cómo soy, tanto si soy como ella como si no…

—¿De verdad? —Jocelyn lo interrumpió a media frase—. ¿Tú me quieres a mí? ¿Solo porque soy tu madre?

—Tú no eres mi madre —contestó él, torciendo el gesto—. Ven. Mira esto. Déjame que te enseñe lo que mi auténtica madre me ha dado el poder de hacer.

Sacó una estela del cinturón. Ese gesto sorprendió a Jocelyn; a veces se olvidaba de que él era un cazador de sombras y podía emplear las herramientas de los cazadores de sombras. Con la estela, Sebastian dibujó algo en el muro de piedra de la celda. Runas, un dibujo que ella reconoció. Algo que todos los cazadores de sombras sabían hacer. La piedra comenzó a tornarse transparente, y Jocelyn se preparó mentalmente para ver lo que había más allá de los muros.

Pero lo que vio fue el despacho de la Cónsul en el Gard, en Alacante. Jia estaba sentada tras su enorme escritorio cubierto con pilas de dossiers. Parecía exhausta, con el cabello oscuro salpicado generosamente de mechones blancos. Tenía un dossier abierto ante sí. Jocelyn vio fotografías granulosas de una playa: arena, cielo azul grisáceo.

—Jia Penhallow —dijo Sebastian.

Jia alzó la cabeza bruscamente. Se puso en pie y el dossier se le cayó al suelo en un montón de papeles revueltos.

—¿Quién es? ¿Quién hay ahí?

—¿No me reconoces? —preguntó Sebastian, con voz burlona.

Jia miró desesperadamente ante ella. Era evidente que, viera lo que viese, la imagen no era clara.

—Sebastian —susurró—. Pero aún no han pasado dos días…

Jocelyn se puso ante él.

—Jia —dijo—. Jia, no escuches nada de lo que te diga. Es un mentiroso…

—Es demasiado pronto —continuó Jia, como si Jocelyn no hubiera intervenido, y esta se dio cuenta, horrorizada, de que Jia no podía verla ni oírla. Era como si no estuviera allí—. Puede que aún no tenga una respuesta, Sebastian.

—Oh, creo que la tienes —replicó Sebastian—. ¿No es cierto?

Jia irguió los hombros.

—Si insistes —respondió con voz glacial—. La Clave ha considerado tu petición. No te entregaremos ni a Jace Lightwood ni a Clarissa Fairchild…

—Clarissa Morgenstern —replicó Sebastian, y un músculo le tironeó en la mejilla—. Es mi hermana.

—La llamo por el nombre que ella prefiere, como hago contigo —repuso Jia—. No haremos ningún trato de nuestra sangre contigo. No porque creamos que valga más que la sangre de un subterráneo. No porque no queramos recuperar a los prisioneros, sino porque no podemos aceptar tus tácticas de extorsión.

—Como si yo buscara vuestra aceptación —bufó Sebastian—. ¿Entiendes lo que eso significa? Puedo enviarte la cabeza de Luke Garroway en una pica.

Jocelyn se sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Podrías —admitió Jia—. Pero si dañas a cualquiera de los prisioneros, será una guerra a muerte. Y creemos que tienes tanto que temer de una guerra contra nosotros como nosotros de una guerra contra ti.

—Pues creéis mal —replicó Sebastian—. Y piénsalo, si lo miras bien, verás lo poco que importa si habéis decidido no entregarme a Jace y a Clary bien envueltos, como un regalo de Navidad prematuro.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Jia fue más seca.

—Bueno, habría sido conveniente que hubierais decidido entregármelos —explicó Sebastian—. Menos líos para mí. Menos líos para vosotros. Pero ya es demasiado tarde, ¿sabes? Ya se han ido.

Agitó la estela, y la ventana que había abierto hacia Alacante se cerró sobre el atónito rostro de Jia. De nuevo, el muro era un fino lienzo de piedra en blanco.

—Bueno —dijo él, mientras se colgaba la estela de su cinturón de armas —. Esto ha sido divertido, ¿no crees?

Jocelyn tragó saliva. Tenía la garganta seca.

—Si Jace y Clary ya no están en Alacante, ¿dónde están? ¿Dónde están, Sebastian?

Él la miró fijamente un momento, y luego se echó a reír; una risa tan pura y fría como el agua helada. Y aún seguía riendo cuando se dirigió a la puerta, salió y dejó que se cerrara tras de sí.

16

LOS TERRORES DE LA TIERRA

La noche había caído sobre Alacante, y las estrellas brillaban como resplandecientes centinelas, haciendo que las torres de los demonios y el agua de los canales, medio helada, relucieran.

Emma siempre había pensado que su primera visita a Alacante sería con sus padres, que su madre le enseñaría los lugares que había frecuentado de pequeña: la Academia, ya cerrada, donde su madre había ido a la escuela, y la casa de sus abuelos. Que su padre le mostraría el monumento a la familia Carstairs del que siempre hablaba con tanto orgullo. Nunca se había imaginado que vería por primera vez las torres de los demonios de Alacante con el corazón tan lleno de dolor que a veces pensaba que se iba a ahogar.

La luz de la luna entraba por las ventanas del desván e iluminaba a los mellizos. Tiberius había pasado el día con una rabieta, pateando las barras de la cuna del bebé cuando le dijeron que no podía salir de la casa, llamando a gritos a Mark cuando Julian intentó calmarlo, y finalmente atravesando con el puño un joyero de cristal. Era demasiado joven para aplicarle runas curativas, así que Livvy lo había rodeado con los brazos para mantenerlo quieto mientras Julian le sacaba con unas pinzas los trozos de vidrio de la mano ensangrentada y luego se la vendaba con cuidado.

Finalmente, Ty se había echado en la cama, aunque no se durmió hasta que Livvy, tan tranquila como siempre, se tumbó junto a él y le puso la

mano sobre la herida vendada. En ese momento estaba dormido, con la cabeza sobre la almohada, vuelto hacia su hermana. Solo cuando Ty dormía se podía notar lo extraordinariamente bello que era, con su melena de oscuros rizos a lo Boticcelli y sus delicadas facciones, la rabia y la desesperación suavizadas por el agotamiento.

«Desesperación», pensó Emma. Esa era la palabra correcta, para la soledad que había en los gritos de Tavvy, para el vacío en el centro de la furia de Ty y la extraña calma de Livvy. Nadie con solo diez años debería sentir desesperación, pero suponía que no había otra manera de describir las palabras que palpitaban en su sangre cuando pensaban en sus padres, cuando cada latido se convertía en una letanía de tristeza: muertos, muertos, muertos.

—Hey. —Emma alzó la mirada al oír una silenciosa voz en la puerta, y vio a Julian en la entrada de la habitación. Sus oscuros rizos, varios tonos más claros que los muy negros de Ty, estaban alborotados, y su rostro se veía pálido y cansado bajo la luz de la luna. Estaba muy delgado. Unas escuálidas muñecas le sobresalían de los puños del jersey. Tenía algo peludo en la mano—. ¿Están…?

Emma asintió.

—Dormidos. Sí.

Julian miró hacia la cama de los mellizos. De cerca, Emma podía ver las manchas de la sangre de Ty en la camisa de Jules, que no había tenido tiempo de cambiarse de ropa. Sujetaba una gran abeja de peluche que Helen había recuperado en el Instituto cuando la Clave había vuelto allí para registrar el lugar. La abeja había sido de Tiberius desde que Emma podía recordar. Ty había estado pidiéndola a gritos antes de quedarse dormido. Julian cruzó la habitación y se inclinó para ponerla junto a su hermanito; luego se detuvo para desenredar uno de los rizos de Ty antes de apartarse.

Emma le cogió la mano y él no la apartó. Tenía la piel fría, como si hubiera estado apoyado en una ventana en el aire de la noche. Emma le volvió la mano y con el dedo le dibujó algo en la piel del antebrazo. Era algo que hacían desde que eran pequeños y no querían que los pillaran hablando durante las clases. Con los años, lo habían aprendido a hacer tan

bien que podían mandarse detallados mensajes escritos sobre las manos, los brazos e incluso en los hombros bajo las camisetas.

¿H-A-S-C-O-M-I-D-O?, le deletreó ella.

Julian negó con la cabeza, sin dejar de mirar a Livvy y a Ty. Tenía los rizos alborotados, como si se hubiera estado pasando las manos por el pelo. Emma notó sus dedos en el brazo.

N-O-T-E-N-G-O-H-A-M-B-R-E.

—Una pena. —Emma bajó del alféizar—. Ven.

Lo hizo salir del cuarto y fueron hasta el descansillo del pasillo. Era un espacio pequeño, con una empinada escalera que bajaba a la casa. Los Penhallow habían dejado claro que los niños podía coger comida cuando quisieran, pero que no había horas de comer, y evidentemente tampoco comidas en familia. Todo se comía de forma apresurada en mesas en el desván, con Tavvy e incluso Dru poniéndose perdidos de comida, y solo Jules como responsable de limpiar, de lavarles la ropa y de asegurarse de que se lo comían todo.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Julian se dejó caer contra una pared, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El delgado pecho le subía y le bajaba rápidamente bajo la camiseta. Emma vaciló, sin saber qué hacer.

—¿Jules? —preguntó.

Él la miró. Los ojos se le veían muy oscuros bajo la tenue luz, enmarcados por gruesas pestañas. Emma vio que estaba tratando de no llorar.

Julian era parte de los primeros recuerdos de Emma. Ya de bebés, sus padres los habían puesto juntos en la cuna. Al parecer, ella se escapó gateando y se mordió el labio al caer al suelo. No había llorado, pero Julian se puso a gritar al verla sangrando, hasta que sus padres llegaron a toda prisa. Habían dado los primeros pasos juntos: Emma primero, como siempre; Julian después, colgado decidido de la mano de ella. Comenzaron a entrenarse al mismo tiempo, recibieron juntos sus primera runas: la de la visión en la mano derecha él y en la izquierda ella. Julian no quería mentir, pero si Emma estaba en algún lío, Julian mentía por ella.

Y ahora habían perdido juntos a sus padres. La madre de Julian había muerto dos años atrás, y ver a los Blackthorn sufrir esa pérdida había sido terrible, pero lo que les acababa de ocurrir era una experiencia totalmente diferente. Era devastador, y Emma notaba el destrozo, los notaba separándose en trozos y pegándose de nuevo de una forma totalmente diferente. Julian y ella se estaban convirtiendo en algo diferente, en algo que era más que mejores amigos pero tampoco era familia.

—Jules —dijo ella de nuevo, y le cogió la mano. Durante un momento, la tuvo, inmóvil y fría, entre las suyas; luego él la cogió por la muñeca con fuerza.

—No sé qué hacer —le confesó Julian—. No puedo cuidarlos. Tavvy solo es un bebé, y Ty me odia.

—Es tu hermano, y solo tiene diez años. No te odia.

Julian suspiró con un estremecimiento.

—Quizá.

—Ya se les ocurrirá algo —dijo Emma—. Tu tío sobrevivió al ataque a Londres. Cuando todo esto acabe, te irás a vivir con él, y él os cuidará a ti y a los otros. No serán tu responsabilidad.

Julian se encogió de hombros.

—Casi ni me acuerdo del tío Arthur. Nos envía libros en latín y a veces viene de Londres por Navidad. El único de nosotros que sabe leer en latín es Ty, y solo lo ha aprendido para fastidiarnos a todos.

—Bueno, pues quizá no sabe hacer regalos. Aunque se acordó de ti por Navidad. Pero os quiere lo suficiente como para hacerse cargo de vosotros. No os tendrán que enviar a un Instituto cualquiera, o a Idris…

Julian se volvió para mirarla a la cara.

—Eso no es lo que crees que te va a pasar a ti, ¿verdad? —preguntó—. Porque no va a ser así. Te quedarás con nosotros.

—No necesariamente —repuso Emma. Se sentía como si le estuvieran estrujando el corazón. La idea de dejar a Jules, a Livvy, a Dru, a Tavvy, e incluso a Ty, la hacían sentirse mareada y perdida, como si se la estuviera llevando el océano—. Depende de tu tío, ¿no? De si me quiere en el Instituto, de si está dispuesto a acogerme.

La voz de Julian sonó feroz. Julian pocas veces se ponía furioso, pero cuando le pasaba, los ojos se le ponían casi negros y temblaba todo él, como si se estuviera helando.

—No lo decide él. Te vas a quedar con nosotros.

—Jules —comenzó Emma, y se calló al oír voces que subían del piso inferior. Jia y Patrick Penhallow estaban pasando por el pasillo de abajo. Emma no sabía muy bien por qué estaba nerviosa. Tampoco era como si no les dejaran hacer lo que quisieran en la casa, pero la idea de que la pillara la Cónsul vagando tan tarde por la noche la hacía sentirse incómoda.

—… ese cabrón sonriente tenía razón, claro —estaba diciendo Jia. La voz le sonaba crispada—. No solo Jace y Clary se han ido, también Isabelle y Alec se han marchado con ellos. Los Lightwood están absolutamente frenéticos.

La profunda voz de Patrick respondió.

—Bueno, Alec es adulto, técnicamente. Esperemos que esté cuidando del resto.

Jia hizo un ruidito de impaciencia. Emma se inclinó hacia adelante, tratando de oírla.

—… al menos, podrían haber dejado una nota —decía—. Era evidente que estaban furiosos cuando se marcharon.

—Seguramente creyeron que los íbamos a entregar a Sebastian.

Jia suspiró.

—Irónico, considerando lo duro que hemos peleado contra eso. Suponemos que Clary abrió un Portal para sacarlos de aquí, pero no tenemos ni idea de lo que han hecho para impedir que los rastreemos. No están en ningún punto del mapa. Es como si hubieran desaparecido de la faz de la Tierra.

—Igual que Sebastian —observó Patrick—. ¿No deberíamos suponer que están donde esté él? ¿Que ese lugar los mantiene ilocalizables, no con runas ni con otro tipo de magia?

Emma se inclinó aún más, pero el resto de las palabras se perdieron en la distancia. Pensó haber oído una mención del Laberinto Espiral, pero no estaba segura. Cuando se incorporó, vio que Julian la miraba.

—Sabes dónde están —dijo él—, ¿no?

Emma se llevó un dedo a los labios y negó con la cabeza. «No me preguntes».

Julian soltó una carcajada apagada.

—Solo tú. ¿Cómo has…? No, no me lo digas, no quiero saberlo. —La miró escrutándola, del modo que lo hacía a veces cuando trataba de decidir si ella le estaba mintiendo o no—. ¿Sabes? —continuó—, hay un modo de que no te aparten de nuestro Instituto. Tendrán que dejar que te quedes.

Emma alzó una ceja.

—Cuéntame, genio.

—Podríamos… —comenzó Jules. Se detuvo, tragó saliva y comenzó de nuevo—: Podríamos hacernos *parabatai*.

Lo dijo con timidez, mientras apartaba un poco el rostro de ella, para que las sombras le ocultaran la expresión.

—Entonces no nos podrían separar —añadió—. Nunca.

Emma sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Jules, ser *parabatai* es algo muy serio —contestó—. Es… es para siempre.

Él la miró con un rostro franco y carente de picardía. No había trucos en Jules, no había oscuridad.

—¿Y tú y yo no somos para siempre?

Emma se lo pensó. No podía imaginarse la vida sin Julian. Era como una especie de agujero negro de terrible soledad: sin que nadie la entendiera como lo hacía él, le pillara las bromas como lo hacía él, la protegiera del modo que lo hacía él, sin protegerla físicamente, sino protegiendo sus sentimientos, su corazón. Sin nadie con quien alegrarse o enfadarse o comentar ridículas ideas. Nadie que le acabara las frases o le sacara el pepino de la ensalada porque ella no lo soportaba, o se comiera la corteza de sus tostadas, o le encontrara las llaves cuando las perdía.

—Yo… —comenzó a responder Emma, y entonces se oyó un súbito estruendo procedente del dormitorio. Emma intercambió una mirada de pánico con Julian y corrieron juntos a la habitación de Ty y Livvy. Encontraron a Livvy sentada en la cama, medio dormida y confusa. Ty se

hallaba junto a la ventana, con el atizador en la mano. La ventana tenía un agujero en el centro y había trozos de vidrio por todo el suelo.

—¡Ty! —exclamó Julian, aterrado al ver las esquirlas alrededor de los pies descalzos de su hermanito—. No te muevas. Voy a buscar una escoba para recoger los vidrios…

Ty lo miró furioso por debajo de su alborotado flequillo. Tenía algo en la mano derecha. Emma entornó los ojos hacia la luz de la luna… ¿Era una bellota?

—Es un mensaje —dijo Ty, y dejó caer el atizador—. Las hadas a menudo eligen objetos de la naturaleza para enviar mensajes: bellotas, hojas, flores.

—¿Estás diciendo que es un mensaje de las hadas? —preguntó Julian sin acabar de creérselo.

—No seas estúpido —replicó Tiberius—. Claro que no es un mensaje de las hadas. Es un mensaje de Mark. Y está dirigido a la Cónsul.

«Debe de ser de día aquí», pensó Luke, porque Raphael estaba acurrucado en un rincón de la celda de piedra, el cuerpo tenso incluso durmiendo, los oscuros rizos sobre el brazo que utilizaba como almohada. Era difícil de decir, ya que poco se veía por la ventana excepto una espesa niebla.

—Necesita alimentarse —dijo Magnus. Miraba a Raphael con una tensa amabilidad que sorprendió a Luke. Este no creía que hubiera demasiado cariño entre el brujo y el vampiro. Desde que los conocía habían mantenido distancias, educados, ocupando sus diferentes esferas de poder entre los subterráneos de la ciudad de Nueva York.

—Os conocéis —dijo Luke al darse cuenta. Aún estaba apoyado contra la pared junto a la estrecha ventana de piedra, como si la vista de fuera, nubes y veneno amarillento, le pudiera decir algo.

Magnus alzó una ceja, como solía hacer cuando alguien le formulaba una pregunta claramente estúpida.

—Quiero decir —clarificó Luke— que os conocíais. De antes.

—¿De antes de qué? ¿De antes de que tú nacieras? Déjame que te aclare una cosa, licántropo, casi todo en mi vida ocurrió antes de que tú nacieras. —Magnus posó la mirada en el durmiente Raphael. A pesar de la aspereza de su tono, su expresión era casi tierna—. Hace cincuenta años —explicó—, en Nueva York, una mujer me visitó y me pidió que salvara a su hijo de un vampiro.

—¿Y el vampiro era Raphael?

—No —respondió Magnus—. Su hijo era Raphael. No pude salvarlo. Era demasiado tarde. Ya estaba convertido. —Suspiró, y en sus ojos, Luke vio de repente su avanzadísima edad, la sabiduría y la tristeza de siglos—. El vampiro había matado a todos sus amigos. No sé por qué a Raphael lo convirtió. Vio algo en él. Voluntad, fuerza, belleza. No lo sé. Era un niño cuando lo encontré, un ángel de Caravaggio pintado en sangre.

—Aún parece un niño —repuso Luke. Raphael siempre le había recordado a un niño de coro que se había vuelto malvado, con su dulce carita y sus ojos negros, más viejos que la luna.

—Para mí no —suspiró Magnus—. Espero que sobreviva a esto. Los vampiros de Nueva York necesitan a alguien con sentido común para dirigir su clan, y Maureen no lo tiene en absoluto.

—¿Esperas que Raphael sobreviva a esto? —exclamó Luke—. Vamos… ¿A cuánta gente habrá matado?

Magnus lo miró con ojos fríos.

—¿Quién entre nosotros no tiene sangre en las manos? ¿Qué hiciste, Lucian Graymark, para ganarte una manada, dos manadas, de licántropos?

—Eso fue diferente. Era necesario.

—¿Y qué hiciste cuando estaban en el Círculo? —le preguntó Magnus.

Luke permaneció en silencio. Odiaba pensar en aquellos días. Días de sangre y plata. Días con Valentine a su lado, diciéndole que todo estaba bien, acallando su conciencia.

—Ahora me preocupa mi familia —dijo—. Me preocupan Clary y Jocelyn y Amatis. No puedo preocuparme también por Raphael. Y tú… pensaba que estarías preocupado por Alec.

Magnus tragó aire con los dientes apretados.

—No quiero hablar de Alec.

—Muy bien. —Luke no dijo nada más. Se quedó apoyado en la fría pared de piedra y contempló a Magnus manosear sus cadenas.

Un momento después, Magnus volvió a hablar.

—Cazadores de sombras —dijo—. Se te meten en la sangre, en el alma. He estado con vampiros, licántropos, hadas, brujos como yo y humanos, muchos frágiles humanos. Pero siempre me había dicho que no le daría mi corazón a un cazador de sombras. He estado tan a punto de amarlos, de ser atrapado en su encanto… a veces generaciones enteras: Edmund y Will y James y Lucie… los que he salvado y los que no pude salvar. —Su voz se ahogó un instante, y Luke, mirándolo asombrado, se dio cuenta de que eso era lo más que había visto de las auténticas emociones de Magnus Bane—. Y Clary también. La quise, porque la he visto crecer. Pero nunca me había enamorado de un cazador de sombras, no hasta Alec. Porque tiene sangre de ángeles en su interior, y el amor de los ángeles es algo supremo y santo.

—¿Y eso es malo? —preguntó Luke.

Magnus se encogió de hombros.

—A vece se reduce a una elección —respondió—. Entre salvar a una persona o salvar al mundo entero. Lo he visto, y soy lo suficientemente egoísta como para querer que la persona que me ama me escoja a mí. Pero los nefilim siempre elegirán salvar al mundo. Miro a Alec y me siento como Lucifer en *El paraíso perdido*. «Avergonzado se halló el Diablo. Y sintió cuán sobrecogedora es la bondad». Lo decía en el sentido clásico. «Sobrecoger»: que inspira temor por su grandeza. Y ese temor está bien, pero en el amor es un veneno. El amor tiene que darse entre iguales.

—Solo es un niño —dijo Luke—. Alec… no es perfecto. Y tú no has caído.

—Todos hemos caído —replicó Magnus. Se envolvió en sus cadenas y guardó silencio.

—Tienes que estar de broma —dijo Maia—. ¿Aquí? ¿En serio?

Bat se pasó los dedos por la nuca y se alborotó aún más el corto cabello.

—¿Eso es una noria?

Maia se fue moviendo lentamente en círculo. Se hallaban a oscuras en el interior del enorme Toys'R'Us de la calle Cuarenta y dos. El brillo del neón de Times Square iluminaba la noche de azul, rojo y verde. La tienda seguía hacia arriba, piso tras piso de juguetes: brillantes superhéroes de plástico, blandos ositos de peluche, Barbies rosa y destellantes. La noria se alzaba sobre ellos, cada montante de metal con un coche de plástico colgando decorado con calcomanías. Maia recordaba vagamente que su madre los había llevado a ella y a su hermano a montarse en la noria cuando tenían diez años. Daniel había intentado tirar a Maia por el borde y la había hecho llorar.

—Esto es… una locura —susurró.

—Maia. —Era una de los lobeznos, delgada y nerviosa, con rastas en el pelo. Maia había intentado sacarles a todos la costumbre de llamarla «señora» o lo que fuera excepto Maia, incluso siendo la jefa de la manada temporalmente—. Lo hemos registrado todo. Si había guardias de seguridad, alguien ya se ha encargado de ellos.

—Muy bien. Gracias. —Maia miró a Bat, que se encogió de hombros. Había unos quince lobos más de la manada con ellos; resultaban de lo más incongruente entre las muñecas princesas de Disney y los renos de peluche —. ¿Podrías…?

De repente, la noria comenzó a moverse con un chirrido. Maia pegó un bote hacia atrás y casi tiró a Bat, que la agarró por los hombros. Ambos se quedaron mirando cómo la noria comenzaba a girar y la música a sonar. Se trataba de *It's a Small World*, Maia estaba bastante segura, aunque no era cantada, solo era instrumental.

—¡Lobos! ¡Uuuu! ¡Lobos! —cantó una voz, y Maureen, como una princesa de Disney, con un vestido rosa y una tiara de arco iris, avanzó descalza frente a un mostrador donde se amontonaban los bastones de caramelo. La seguía un grupo de unos veinte vampiros, tan pálidos como muñecas o maniquís bajo la luz enfermiza. Lily iba justo detrás de ella, la negra melena recogida perfectamente hacia atrás y los tacones resonando en el suelo. Miró a Maia de arriba abajo como si nunca la hubiera visto.

—¡Hola, hola! —farfulló Maureen—. Me alegro mucho de conocerte.

—Yo también me alegro —repuso Maia, tensa. Extendió la mano para que Maureen se la estrechara, pero esta simplemente soltó una risita y cogió una brillante varita de una caja cercana. La agitó en el aire.

—Lamento mucho lo que he oído sobre Sebastian matando a todos tus amigos lupinos —dijo Maureen—. Es un niño muy malo.

Maia se encogió al recordar el rostro de Jordan, el recuerdo de su inerte peso entre sus brazos.

Se hizo fuerte.

—De eso quería hablarte —replicó—. De Sebastian. Intenta amenazar a los subterráneos… —Se calló cuando Maureen, tarareando, comenzó a subir a lo alto de la pila de cajas de Barbie Navidad, cada una vestida con un faldita mini de Santa Claus, roja y blanca—. Intenta que nos volvamos contra los cazadores de sombras —prosiguió Maia, un poco desconcertada. ¿Le estaba prestando atención Maureen?—. Si nos unimos…

—Oh, sí —la interrumpió Maureen mientras se sentaba en la caja más alta—. Deberíamos unirnos contra los cazadores de sombras. Sin duda.

—No, he dicho…

—He oído lo que has dicho. —Los ojos de Maureen destellaron—. Era una tontería. Pero los licántropos siempre tenéis ideas tontas. Sebastian no es muy agradable, pero los cazadores de sombras son peores. Crean estúpidas reglas y nos hacen seguirlas. Nos roban.

—¿Roban? —Maia echó la cabeza hacia atrás para mirar a Maureen en lo alto de la pila.

—Me han robado a Simon. Lo tenía, y ahora se ha ido. Sé quién se lo llevó: los cazadores se sombras.

Maia miró a Bat. Este observaba desconcertado. Se dio cuenta de que había olvidado explicarle que Maureen estaba colgada de Simon. Tendría que ponerlo al corriente después, si es que había un después. Los vampiros detrás de Maureen parecían tener bastante hambre.

—Te he pedido que vinieras para poder formar una alianza —prosiguió Maia, con tanta amabilidad en la voz como si estuviera tratando de no espantar a un animal.

—Me encantan las alianzas —replicó Maureen, y saltó desde lo alto de las cajas. En alguna parte se había hecho con una enorme piruleta, de las que tenían remolinos de colores. Comenzó a sacarle el envoltorio—. Si formamos una alianza, podremos participar en la invasión.

—¿La invasión? —Maia enarcó las cejas.

—Sebastian va a invadir Idris —explicó Maureen, y tiró el envoltorio de plástico—. Va a luchar contra ellos y vencerá, y luego nos dividiremos el mundo, todos nosotros, y nos dará toda la gente que queramos para comer… —Mordió la piruleta e hizo una mueca de asco—. Puag. Qué mala. —Escupió el caramelo, pero ya le había dejado los labios pintados de rojo y azul.

—Ya veo —repuso Maia—. En ese caso… pues claro, aliémonos contra los cazadores de sombras.

Notó que Bat se tensaba a su lado.

—Maia…

Maia no le prestó atención y dio un paso adelante. Le ofreció la muñeca.

—La sangre forja alianzas —afirmó—. Eso dicen las viejas leyes. Bebe mi sangre para sellar nuestra unión.

—Maia, no —exclamó Bat, y ella le lanzó una mirada para acallarlo.

—Así es como debe hacerse —repuso.

Maureen sonreía burlona. Tiró el caramelo, que se hizo añicos contra el suelo.

—Oh, qué divertido —exclamó—. Como hermanas de sangre.

—Exactamente igual —repuso Maia, y se preparó mientras la niña le cogía el brazo. Maureen entrelazó sus pequeños dedos con los de Maia. Los tenía fríos y pegajosos del azúcar. Se oyó un clic cuando sacó los colmillos —. Justo como…

Maureen hundió los dientes en la muñeca de Maia. No hacía ningún esfuerzo para ser cuidadosa. Maia notó que el dolor le subía por el brazo, y ahogó un grito. Los lobos que la acompañaban se removieron inquietos. Podía oír a Bat. Respiraba agitadamente por el esfuerzo de no abalanzarse sobre Maureen y lanzarla por los aires.

Maureen tragó, sonriente, con los dientes apoyados con firmeza en el brazo de Maia. Las venas le palpitaban de dolor. Maia encontró los ojos de Lily por encima de la cabeza de Maureen. Le sonrió fríamente.

Maureen se atragantó de repente y se apartó. Se llevó una mano a la boca, como alguien que hubiera tenido una reacción alérgica a la picadura de una abeja.

—Duele —dijo, y enseguida se le abrieron fisuras desde la boca a lo largo y ancho del rostro. Su cuerpo se sacudió—. Mamá —susurró con un hilillo de voz, y comenzó a deshacerse. El cabello se le convirtió en ceniza, y luego la piel, que se desprendía y mostraba los huesos de debajo. Maia dio un paso atrás, con la muñeca palpitante, mientras el vestido de Maureen caía sobre el suelo, rosa, reluciente y… vacío.

—¡Santa…! ¿Qué ha pasado? —preguntó Bat, y cogió a Maia, que se tambaleaba. La muñeca estaba comenzando a curársele, pero se sentía un poco mareada. La manada murmuraba a su alrededor. Y algo más inquietante: los vampiros se habían reunido, susurrando, sus pálidos rostros letales cargados de odio.

—¿Qué has hecho? —preguntó uno de ellos, un chico rubio con voz chillona—. ¿Qué le has hecho a nuestra jefa?

Maia miró a Lily. La expresión de la otra chica era fría e impasible. Por primera vez, Maia sintió un hilo de auténtico pánico desenrollarse bajo su caja torácica. Lily…

—Agua bendita —contestó Lily—. En las venas. Se la ha inyectado antes con una jeringuilla para que Maureen se envenenara con ella.

El vampiro rubio mostró los colmillos.

—La traición tiene consecuencias —dijo—. Licántropos…

—Calla —ordenó Lily—. Lo ha hecho porque yo se lo pedí.

Maia dejó escapar el aire, casi sorprendida del alivio que sentía. Lily miraba a los otros vampiros, que la contemplaban confusos.

—Sebastian Morgenstern es nuestro enemigo, igual que es el enemigo de todos los subterráneos —afirmó Lily—. Si acaba con los cazadores de sombras, su siguiente paso será fijarse en nosotros. Su ejército de guerreros

Oscurecidos matará a Raphael y luego aniquilará a los Hijos de la Noche. Maureen nunca lo habría visto. Nos habría conducido a nuestra destrucción.

Maia levantó la muñeca y se volvió hacia la manada.

—Lily y yo estamos de acuerdo —explicó—. Esta era la única manera. La alianza entre nosotros, eso sí es sincero. Ahora es nuestra oportunidad, cuando los ejércitos de Sebastian son aún pequeños y los cazadores de sombras todavía tienen poder; ahora es el momento en que podemos marcar la diferencia. Ahora es el momento en que podemos vengar a todos los que murieron en el *Praetor*.

—¿Quién nos va a dirigir? —gruñó el vampiro rubio—. Quien mata al antiguo líder toma el mando, pero no puede mandarnos una licántropo. —Miró a Maia—. Sin ánimo de ofender.

—No hay problema —masculló esta.

—Yo soy quien ha matado a Maureen —afirmó Lily—. Maia ha sido el arma que he empleado, pero era mi plan, mi mano estaba detrás. Yo dirigiré. A no ser que alguien tenga alguna objeción.

Los vampiros se fueron mirando entre ellos, confusos. Bat hizo crujir los nudillos en alto en medio del silencio, para sorpresa y diversión de Maia.

Los rojos labios de Lily se curvaron en una sonrisa.

—Eso pensaba. —Dio un paso hacia Maia, evitando cuidadosamente el vestido de tul y el montón de cenizas que era todo lo que quedaba de Maureen—. Bien —dijo—. ¿Por qué no hablamos de esa alianza?

—No he hecho una tarta —anunció Alec cuando Jace y Clary regresaron a la gran cámara central de la cueva. Estaba tumbado de espaldas, sobre una manta desenrollada, y tenía la cabeza apoyada en una chaqueta doblada. Un fuego humeaba en el agujero, y las llamas proyectaban largas sombras sobre los muros.

Había colocado las provisiones: pan y chocolate, frutos secos y barritas de muesli, agua y manzanas con algunos golpes a causa del viaje. Clary notó que se le tensaba el estómago, y solo entonces se dio cuenta de la

mucha hambre que tenía. Había tres botellas de plástico junto a la comida: dos de agua y una más oscura con vino.

—No he hecho una tarta —repitió Alec, gesticulando expresivamente con una mano—, por tres razones: una, porque no tengo ningún ingrediente para hacer una tarta. Dos, porque no sé cómo hacer una tarta.

Calló un momento, esperando.

Jace se quitó la espada y la apoyó contra la pared de la caverna.

—¿Y tres? —preguntó.

—Porque no soy tu esclava —respondió Alec, claramente complacido consigo mismo.

Clary no pudo evitar una sonrisa. Se desabrochó el cinturón de armas y lo dejó con cuidado junto a la pared. Jace, mientras se quitaba el suyo, puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que se supone que el vino es para utilizarlo como antiséptico —dijo Jace mientras se sentaba elegantemente en el suelo junto a Alec. Clary lo hizo a su lado. Todos los músculos de su cuerpo protestaron; ni siquiera todos esos meses de entrenamiento la habían preparado para la agotadora marcha de aquel día sobre la ardiente arena.

—No hay suficiente alcohol en el vino para usarlo como antiséptico —afirmó Alec—. Además, no estoy borracho. Solo contemplativo.

—Muy bien. —Jace cogió una manzana, la partió en dos y le ofreció la mitad a Clary. Ella mordió la fruta. Recordó que su primer beso había sabido a manzana.

—¿Y qué estás contemplando? —le preguntó ella.

—Lo que está ocurriendo en casa —contestó Alec—. Ahora que seguramente ya se han dado cuenta de que nos hemos ido y todo eso. Lo lamento por Aline y Helen. Me habría gustado avisarlas.

—¿No lo lamentas por tus padres? —preguntó Clary.

—No —respondió Alec después de un silencio—. Ellos ya han tenido su oportunidad de hacer lo que debían. —Se volvió de lado y los miró. Bajo la luz de la hoguera, sus ojos se veían muy azules—. Siempre he pensado que ser un cazador de sombras significaba que tenía que estar de acuerdo con lo que hacía la Clave. Pensaba que de otro modo no era leal. Buscaba

excusas para justificarlos. Siempre lo he hecho. Pero tengo la sensación de que siempre que tenemos que luchar, debemos hacerlo en dos frentes: luchamos contra el enemigo y luchamos también contra la Clave. No… ya no sé cómo me siento.

Jace le sonrió con cariño desde el otro lado del fuego.

—Rebelde —bromeó.

Alec hizo una mueca y apoyó otra vez los hombros en el suelo.

—No te burles de mí —soltó con suficiente énfasis como para sorprender a Jace. La expresión de este era inescrutable para la mayoría de la gente, pero Clary lo conocía lo suficiente para reconocer el rápido destello de dolor en su rostro, y la ansiedad con la que se inclinó hacia adelante para replicar a Alec… Y justo en ese momento Isabelle y Simon entraron en la caverna. Isabelle estaba roja, pero de la manera de alguien que ha estado corriendo más que en la de alguien que ha sucumbido a la pasión. Pobre Simon, pensó Clary, divertida; una diversión que desapareció al instante cuando se fijó en la expresión de sus rostros.

—El corredor este acaba en un puerta —los informó Isabelle sin ningún preámbulo—. Una verja igual a la que cruzamos para entrar, pero está rota. Hay demonios, de los que vuelan. No vienen hacia aquí, pero no andan lejos. Seguramente alguien debería montar guardia, solo para estar seguros.

—Yo lo haré —se ofreció Alec mientras se ponía en pie—. De todas formas no voy a poder dormir.

—Yo tampoco. —Jace también se puso en pie—. Además, alguien debería hacerte compañía. —Miró a Clary, que le ofreció una sonrisa de ánimo. Clary sabía que Jace odiaba que Alec se enfadara con él. No estaba segura de si él podía notar el desacuerdo a través del lazo de *parabatai* o si solo era empatía corriente, o un poco de ambos.

—Hay tres lunas —explicó Isabelle. Se sentó junto a la comida y cogió una barra de muesli—. Y a Simon le ha parecido ver una ciudad. Una ciudad de demonios.

—No estoy seguro —se apresuró a añadir Simon.

—En los libros decía que en Edom había una capital, llamada Idumea —explicó Alec—. Puede que haya algo. Tendremos que estar atentos. —Se

inclinó para coger el arco y se dirigió hacia el corredor este. Jace recuperó el cuchillo serafín, besó rápidamente a Clary y fue tras él. Clary se quedó sentada, mirando el fuego, y dejó que el suave murmullo de la conversación entre Isabelle y Simon la acunara hasta dormirse.

Jace notó que los tendones de la espalda y el cuello le crujían por el agotamiento cuando se agachó entre las rocas y se fue dejando caer hasta quedar sentado con la espalda contra una de las más grandes, mientras trataba de no respirar demasiado profundamente el desagradable aire. Oyó a Alec colocarse a su lado, el áspero material de su traje de combate rascando el suelo. La luz de las lunas relució en el arco cuando se lo puso en el regazo y miró hacia fuera.

Las tres lunas estaban bajas en el cielo; cada fragmento parecía hinchado y enorme, del color del vino, y teñían el paisaje de un brillo sangriento.

—¿Vas a hablar? —preguntó Jace—. ¿O es una de esas veces en las que estás cabreado conmigo y no dices nada?

—No estoy cabreado contigo —contestó Alec. Pasó un guantelete de cuero por encima del arco, y tamborileó los dedos contra la madera.

—He pensado que igual lo estabas —repuso Jace—. Si hubiera aceptado buscar refugio, no nos habrían atacado. Os he puesto a todos en peligro…

Alec inspiró hondo y dejó salir el aire lentamente. Las lunas habían subido un poco más en el cielo y proyectaban su oscuro brillo sobre su rostro. Parecía joven, con el cabello sucio y enredado, la camisa rota.

—Conocíamos los riesgos que íbamos a correr al venir aquí contigo. Nos hemos apuntado para morir. Quiero decir que, evidentemente, prefiero sobrevivir. Pero todos lo elegimos.

—La primera vez que me viste —comentó Jace, mirándose las manos, con las que se rodeaba las rodillas—. Apuesto a que no pensaste: «Algún día va a hacer que me maten».

—La primera vez que te vi, deseé que volvieras a Idris —replicó Alec. Jace lo miró incrédulo y Alec se encogió de hombros—. Ya sabes que no me gustan los cambios.

—Te fuiste acostumbrando a mí —afirmó Jace con confianza.

—Finalmente —aceptó Alec—. Como a la lepra.

—Me quieres. —Jace apoyó la cabeza en la roca y miró el muerto paisaje con ojos cansados—. ¿Crees que deberíamos haber dejado una nota para Maryse y Robert?

Alec rio secamente.

—Creo que al final se imaginarán adónde hemos ido. —Alec echó la cabeza atrás y suspiró—. Oh, Dios, soy un cliché —soltó desesperado—. ¿Por qué me molesto? Si papá decide que me odia porque no soy hetero, no vale la pena, ¿verdad?

—No me mires a mí —repuso Jace—. Mi padre adoptivo era un asesino múltiple. E incluso así me preocupaba lo que pensara de mí. Es lo que estamos programados para hacer. En comparación, tu padre siempre me ha parecido estupendo.

—Claro, le caes bien —dijo Alec—. Eres heterosexual y esperas muy poco de las figuras paternas.

—Creo que seguramente pondrán eso en mi lápida: «Era heterosexual y esperaba muy poco…».

Alec sonrió. Un breve y forzado destello de sonrisa. Jace lo miró fijamente.

—¿Estás seguro de que no estás cabreado? Pareces estarlo.

Alec miró al cielo. No se veían estrellas a través de la cubierta de nubes, solo una mancha de un negro amarillento.

—No eres el centro del mundo.

—Si algo no te va bien, deberías decírmelo —repuso Jace—. Estamos todos bajo mucha presión, pero tenemos que soportarlo lo mejor que…

Alec se volvió hacia él como un rayo. Sus ojos mostraban incredulidad.

—¿Irme bien? ¿Y cómo te iría a ti? —preguntó—. ¿Cómo te iría si fuera a Clary a quien Sebastian hubiera raptado? ¿Si fuera a ella a quien vamos a rescatar, sin saber si está viva o muerta? ¿Cómo te iría?

Jace se sintió como si Alec lo hubiera abofeteado. También se sintió como si se lo mereciera. Tuvo que hacer varias intentonas antes de poder hablar de nuevo.

—Es… estaría hecho polvo.

Alec se puso en pie. Se recortó contra el cielo color hematoma, el brillo de las lunas rojas se reflejaba en el suelo. Jace pudo ver todos los aspectos de su expresión, todo lo que su amigo había estado conteniendo. Pensó en Alec matando al caballero hada en la corte seelie, frío, rápido y despiadado. Nada de eso era Alec. Y sin embargo, Jace no se había parado a pensarlo, pensar de dónde procedía esa frialdad: del dolor, la rabia, el miedo.

—Eso —dijo Alec, haciendo un gesto hacia sí—. Así estoy yo, hecho polvo.

—Alec…

—No soy como tú —repuso Alec—. No… no soy capaz de mostrar una fachada perfecta todo el tiempo. Puedo hacer chistes, puedo intentarlo, pero hay límites. No puedo…

Jace se puso en pie.

—Pero no tienes que crear una fachada —dijo perplejo—. No tienes que fingir. Puedes…

—¿Puedo hundirme? Ambos sabemos que eso no es cierto. Necesitamos aguantar, y todos esos años te he estado observando, te he observado aguantar, te observé cuando pensabas que Clary era tu hermana, te observé, y así es como tú sobreviviste, por eso, si yo tengo que sobrevivir, tendré que hacer lo mismo.

—Pero tú no eres como yo —replicó Jace. Se sentía como si el suelo se estuviera abriendo bajo sus pies. Cuando tenía diez años, se había creado una vida con los Lightwood como cimientos, sobre todo Alec. Siempre había pensado que, como *parabatai*, se ayudarían el uno al otro, que estaría ahí para Alec con su corazón roto tanto como Alec había estado ahí cuando era él quien lo tenía roto, pero en ese momento se daba cuenta, horrorizado, de que había pensado muy poco en Alec desde que se habían llevado a los prisioneros, que no había pensado cómo debía de ser para él cada hora, cada minuto, sin saber si Magnus estaba vivo o muerto—. Eres mejor.

Alec se lo quedó mirando. El pecho le subía y bajaba acelerado.

—¿Qué te imaginaste —preguntó de repente— cuando llegamos a este mundo? Vi tu expresión cuando te encontramos. No te imaginaste «nada». «Nada» no te habría hecho poner esa cara.

Jace negó con la cabeza.

—¿Y qué viste tú?

—Vi la Sala de los Acuerdos. Había un gran banquete de la victoria, y todo el mundo estaba allí. Max… estaba allí. Y tú, y Magnus, y todos, y papá estaba dando un discurso diciendo que yo era el mejor guerrero que había conocido… —Su voz se fue apagando—. Nunca había pensado que quería ser el mejor guerrero. Siempre había creído que ya era feliz siendo la estrella negra de tu supernova. Quiero decir, tú tienes el don del ángel. Yo podría entrenar y entrenar… y nunca sería como tú.

—Nunca querrías serlo —repuso Jace—. Tú no eres así.

Alec respiraba más lentamente.

—Lo sé —contestó—. No soy celoso. Siempre he sabido, desde el principio, que todo el mundo pensaba que eras mejor que yo. Mi padre lo pensaba. La Clave lo pensaba. Izzy y Max te admiraban como el gran guerrero al que querrían emular. Pero el día que me pediste que fuera tu *parabatai*, supe que confiabas lo suficiente en mí como para pedirme ayuda. Me estabas diciendo que no eras el guerrero solitario y autosuficiente que podía hacerlo todo solo. Me necesitabas. Así que me di cuenta de que había una persona que no consideraba que eras mejor que yo. Tú.

—Hay muchas maneras de ser mejor —dijo Jace—. Eso lo sabía incluso entonces. Puede que yo sea más fuerte físicamente, pero tú tienes el corazón más franco que he conocido, y mucha más fe en la gente, y en ese sentido eres mucho mejor de lo que yo puedo esperar llegar a ser.

Alec lo miró con ojos sorprendidos.

—Lo mejor que Valentine hizo por mí fue enviarme contigo —añadió Jace—. También con tus padres, pero sobre todo contigo. Tú, Izzy y Max. De no haber sido por vosotros yo habría sido… como Sebastian. Anhelando esto. —Hizo un gesto hacia el páramo baldío que se extendía ante ellos—. Anhelaría ser rey de un mundo sin nada más que cráneos y cadáveres. —

Jace se interrumpió y miró a lo lejos entrecerrando los ojos—. ¿Has visto eso?

Alec negó con la cabeza.

—No veo nada.

—Luces, reluciendo sobre algo. —Jace buscó entre las sombras del desierto. Sacó el cuchillo serafín del cinturón. Bajo la luz de las lunas, incluso sin estar activado, el claro *adamas* brillaba como un rubí—. Espérame aquí —dijo—. Vigila la entrada. Voy a echar un vistazo.

—Jace… —comenzó Alec, pero aquel ya corría por la pendiente, saltando de roca en roca. Al acercarse al final de la pendiente, el color de las rocas se fue haciendo más pálido y empezaron a deshacerse bajo sus pies cuando caía sobre ellas. Finalmente, dieron paso a una arena muy fina salpicada de enormes peñas arqueadas. Había unas cuantas cosas que crecían en ese paisaje: árboles que parecían haberse quedado fosilizados por alguna súbita explosión, una tormenta solar.

Tras él, se hallaban Alec y la entrada a los túneles. Por delante, la desolación. Jace comenzó a vigilar dónde ponía los pies entre las rocas y los árboles muertos. Al avanzar, lo volvió a ver, una veloz chispa, algo vivo en medio de la muerte. Se volvió hacia allí y avanzó colocando los pies con mucho cuidado, uno delante del otro.

—¿Quién anda ahí? —gritó, y luego frunció el ceño—. Claro —añadió, dirigiéndose a la oscuridad que lo rodeaba—, incluso yo, como cazador de sombras, he visto suficientes películas para saber que a cualquiera que grita: «¿Quién anda ahí?» lo matan al instante.

Un ruido resonó en el aire: una respiración entrecortada y superficial. Jace se tensó y avanzó con rapidez. Ahí estaba: una sombra que fue convirtiéndose en una figura humana. Una mujer, agazapada y de rodillas, con un hábito claro manchado de sangre y polvo. Parecía estar llorando.

Jace agarró con fuerza el cuchillo que llevaba en la mano. A lo largo de su vida se había acercado a demasiados demonios que fingían estar indefensos, o que de una u otra manera habían disfrazado su auténtica naturaleza, como para sentir menos compasión que suspicacia.

—Dumah —susurró, y el cuchillo se encendió. Ya podía ver claramente a la mujer. Tenía un cabello largo que le rozaba el suelo y se mezclaba con la tierra requemada, y también un círculo de hierro sobre las cejas. En las sombras, su cabello parecía ser rojizo, del color de la sangre. Y por un momento, antes de que se levantara y se volviera hacia él, Jace pensó en la reina seelie…

Pero no era ella. La mujer era una cazadora de sombras. Más que eso: llevaba la túnica blanca de una Hermana de Hierro atada bajo el pecho, y sus ojos eran del color naranja de las llamas. Unas runas le desfiguraban las mejillas y la frente. Tenía las manos cogidas sobre el pecho. Las separó y las dejó caer a los costados, y Jace sintió que el aire de los pulmones se le enfriaba al ver la enorme herida de la mujer, la sangre que le manchaba la tela blanca de la túnica.

—Me conoces, ¿no es cierto, cazador de sombras? —dijo—. Soy la hermana Magdalena de las Hermanas de Hierro, a la que tú asesinaste.

Jace tragó saliva. De repente sentía la garganta seca.

—No eres ella. Eres un demonio.

La mujer negó con la cabeza.

—Se me maldijo por mi traición a la Clave. Cuando me mataste, vine aquí. Este es mi Infierno, y vago por él. Sin sanar nunca, siempre sangrando. —Señaló hacia atrás, y él vio las huellas de los pasos que la habían llevado a ese lugar, las marcas de pies desnudos dibujadas en sangre —. Esto es lo que me hiciste.

—No era yo —replicó él con voz ronca.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿No? ¿No lo recuerdas?

Y él lo recordó, el pequeño estudio de artista en París, la Copa de *adamas*, Magdalena que no se esperaba el ataque cuando él desenfundó su cuchillo y se lo clavó; la mirada en su rostro cuando se desplomó sobre el banco de trabajo…

Sangre en el cuchillo, en las manos, en la ropa. No sangre o icor demoníaco. No la sangre de un enemigo. La sangre de una cazadora de sombras.

—Lo recuerdas —dijo Magdalena, e inclinó la cabeza hacia el otro lado con una pequeña sonrisa—. ¿Cómo iba a saber un demonio lo que yo sé, Jace Herondale?

—No… mi nombre —susurró Jace. Notó la sangre caliente en las venas, cerrándole la garganta, atragantándole las palabras. Pensó en la caja de plata con pájaros, elegantes garzas en vuelo, la historia de una de las grandes familias de cazadores de sombras escrita en libros, en cartas, en herencias, y cómo había sentido que no se merecía tocar su contenido.

Ella hizo una mueca, como si no acabara de entender lo que Jace había dicho, pero continuó, mientras avanzaba hacia él por el abrupto terreno.

—Entonces ¿qué eres tú? No tienes un verdadero derecho al nombre de Lightwood. ¿Acaso eres un Morgenstern? ¿Igual que Jonathan?

Jace inspiró un aire que le requemó la garganta como fuego. Tenía el cuerpo cubierto de sudor, las manos le temblaban. Todo en él gritaba que debía lanzarse hacia adelante, que debía atravesar a esa criatura, Magdalena, con su cuchillo serafín, pero siguió viéndola caer, morir, en París, y él sobre ella, al darse cuenta de lo que había hecho, que era un asesino y cómo se podía asesinar dos veces a la misma persona…

—Te gustó, ¿verdad? —susurró ella—. Estar ligado a Jonathan, ser uno con él. Yo te liberé. Ahora puedes decir que todo lo que hiciste fue porque estabas obligado, que no eras tú el que actuaba, que no hundiste aquella hoja en mí, pero los dos sabemos la verdad. El vínculo de Lilith solo fue una excusa para que hicieras lo que deseabas hacer de todas formas.

«Clary», pensó Jace, angustiado. Si ella estuviera allí, él habría tenido su inexplicable convicción para aferrarse a ella, su creencia de que él era intrínsecamente bueno, una creencia que le había servido como una fortaleza que ninguna duda podía atravesar. Pero ella no estaba allí, y él se hallaba solo en una tierra quemada y muerta, la misma tierra muerta…

—La viste, ¿verdad? —siseó Magdalena, y ya casi estaba sobre él, con los ojos ardientes, destellando naranja y rojo—. Esta tierra quemada, toda la destrucción, y tú reinando sobre ella. ¿Fue esta tu visión? ¿El deseo de tu corazón? —Le cogió la muñeca y su voz se alzó, exultante, ya no del todo

humana—. Crees que tu oscuro secreto es que quieres ser como Jonathan, pero te diré el verdadero secreto, tu secreto más oculto: ya lo eres.

—¡No! —gritó Jace, y alzó el cuchillo, un arco de fuego cortando el cielo. Ella se fue hacia atrás, y por un momento Jace pensó que el fuego del cuchillo había encendido el borde de su túnica, porque solo vio llamas. Notó el ardor, y el movimiento de las venas y los músculos del brazo, y oyó el grito de Magdalena volverse gutural e inhumano. Retrocedió tambaleándose…

Y se dio cuenta de que el fuego manaba de él, que le había salido por las manos y la yema de los dedos en olas que atravesaban el desierto, haciendo estallar todo lo que había ante su paso. Vio a Magdalena retorcerse y transformarse en algo horrible, repulsivo y con tentáculos, antes de convertirse en cenizas con un grito. Vio la tierra ennegrecerse y bullir mientras él caía de rodillas y el cuchillo serafín se derretía en las llamas que se alzaban para rodearlo. «Voy a morir abrasado», pensó mientras el fuego rugía por la llanura, tapando el cielo.

Jace no tenía miedo.

17

OFRENDAS QUEMADAS

Clary soñó con fuego, un pilar de fuego barriendo el desierto paisaje, abrasando todo lo que tocaba: árboles, matojos, gente gritando. Los cuerpos se volvían negros antes de deshacerse ante la fuerza de las llamas, y sobre todos ellos colgaba una runa, flotando como un ángel, una forma como dos alas unidas por una única barra…

Un grito atravesó el humo y las sombras y arrancó a Clary de su pesadilla. Abrió los ojos y vio el fuego ante ella, brillante y ardiente, y se arrastró buscando a *Heosphoros*.

Con la espada en la mano, el corazón se le fue ralentizando. El fuego no ardía descontrolado. Estaba contenido, y el humo ascendía hacia el enorme techo de la caverna. Iluminaba todo el espacio alrededor. Clary pudo ver a Simon y a Isabelle. Izzy, que se alzaba del regazo de Simon y parpadeaba, confusa.

—¿Qué…?

Clary ya estaba en pie.

—Alguien ha gritado —contestó—. Quedaos aquí, iré a ver qué ha pasado.

—No… no. —Isabelle se levantó justo cuando Alec entraba en la cámara, jadeando con fuerza.

—Jace —dijo—. Ha pasado algo… Clary, coge la estela y ven. —Se volvió y salió corriendo de vuelta al túnel. Clary se colgó a *Heosphoros* del cinturón y corrió tras él. Se lanzó por el pasillo, las botas resbalando sobre las irregulares rocas, y salió a la noche, con la estela en la mano.

La noche ardía. La meseta de rocas grises se inclinaba hacia el desierto, donde las rocas se juntaban con la arena. Había fuego… fuego que se alzaba en el aire, teñía de oro el cielo, abrasaba el suelo. Clary miró a Alec.

—¿Dónde está Jace? —gritó por encima del crepitar de las llamas.

Él apartó la vista de Clary y la dirigió al centro del fuego.

—Ahí —contestó—. Dentro. Lo vi salir de él y tragárselo.

Clary sintió que se le detenía el corazón. Se tambaleó hacia atrás, apartándose de Alec como si este le hubiera pegado, y él fue a sujetarla.

—Clary —decía—. No está muerto. Si lo estuviera, yo lo sabría. Lo sabría…

Isabelle y Simon salieron por la abertura de la cueva a su espalda. Clary los vio reaccionar ante el fuego celestial, Isabelle con los ojos muy abiertos y Simon retrocediendo con un rictus de horror, porque el fuego y los vampiros no hacían buena mezcla, incluso siendo un vampiro diurno. Isabelle lo cogió del brazo como para protegerlo. Clary la oía gritar, pero sus palabras se perdían en el rugido de las llamas. Clary notó que el brazo le quemaba y le picaba. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que había comenzado a dibujarse en la piel del brazo: el reflejo dominando la mente consciente. Observó mientras una runa *pyr*, para protegerse del fuego, le aparecía en la muñeca, gruesa y negra contra su piel. Era una runa potente, podía notar su fuerza radiando hacia el exterior.

Comenzó a descender la pendiente, y se volvió cuando notó que Alec la seguía.

—¡Quédate aquí! —le gritó, y alzó la muñeca para mostrarle la runa—. No sé si funcionará —dijo—. Quédate aquí. Protege a Simon y a Izzy. El fuego celestial debería mantener alejados a los demonios, pero nunca se sabe. —Y luego se volvió, corriendo con ligereza sobre las rocas, y fue acortando la distancia que la separaba del fuego, mientras Alec se quedaba en el camino, apretando los puños a los costados.

De cerca, el fuego era una pared de oro, moviéndose y cambiando los colores parpadeantes en su corazón: rojo ardiente, lenguas de color naranja y verde. Clary solo podía ver llamas. El calor que irradiaba la hoguera hizo que le picara la piel y le lagrimearan los ojos. Respiró hondo, con el aire quemándole la garganta, y penetró en el fuego.

La envolvió como un abrazo. El mundo se volvió rojo, dorado, naranja, y se tambaleó ante sus ojos. El cabello se le levantó, empujado por el viento caliente, y no pudo distinguir sus rojos mechones de lo que era fuego. Avanzó con cuidado, tambaleándose como si caminara en medio de un gran vendaval. Notaba la runa ignífuga palpitándole en la muñeca a cada paso mientras las llamas bailoteaban alrededor y por encima de ella.

Cogió aire ardiente de nuevo y siguió adelante, con los hombros encorvados como si estuviera cargando con un gran peso. Alrededor solo había fuego. Podría morir allí, pensó, arder como una pluma, sin dejar tan siquiera una huella en la tierra de ese mundo ajeno para señalar que alguna vez había estado allí.

«Jace», pensó, y dio un último paso. Las llamas se separaron como una cortina y Clary ahogó un grito. Cayó hacia adelante de rodillas, con fuerza. La runa ignífuga se le estaba borrando del brazo, se volvía blanca y se llevaba su energía junto con su poder. Levantó la cabeza y miró.

El fuego se alzaba en un círculo a su alrededor, las llamas buscando el quemado cielo demoníaco. En el centro del círculo de llamas estaba Jace, de rodillas, con la dorada cabeza hacia atrás y los ojos medio cerrados. El fuego no lo había tocado. Tenía las manos apoyadas sobre el suelo, y de las palmas surgía un río de lo que parecía oro derretido. Se deslizaba por la tierra como pequeños torrentes de lava. Estaba cristalizando la tierra, la convertía en un material duro y dorado que brillaba como…

Como *adamas*. Clary se arrastró hacia Jace mientras el suelo bajo ella se transformaba de tierra irregular en una sustancia resbaladiza y vidriosa, como *adamas*, pero de color dorado en vez de blanco. Jace no se movió: como el ángel Raziel al emerger del lago Lyn chorreando agua, permaneció quieto mientras el fuego salía de él, y a su alrededor el suelo se endureció y se volvió de oro.

Adamas. Su poder atravesó a Clary e hizo que se estremeciera hasta los huesos. Las imágenes florecieron en su mente: runas alzándose y luego desvaneciéndose como fuegos artificiales, y ella lloró su pérdida. Tantas runas de las que nunca sabría el significado, el uso. Pero ya estaba a unos centímetros de Jace, y la primera runa que había imaginado, la runa con la que había estado soñando los últimos días, se mostró en su mente.

«Alas conectadas por una única barra. No, no alas… la empuñadura de una espada… Siempre ha sido la empuñadura de una espada…».

—¡Jace! —gritó, y él abrió los ojos. Eran más dorados incluso que el fuego. La miró con total incredulidad, y ella se dio cuenta al instante de lo que él creía estar haciendo: esperar arrodillado que le llegara la muerte, esperar a ser consumido por el fuego como un santo medieval.

Clary quiso abofetearlo.

—Clary, ¿cómo…?

Fue a cogerle la muñeca, pero Jace era más rápido que ella y esquivó su mano.

—¡No! No me toques. Es peligroso…

—Jace, basta. —Le mostró el brazo, con la runa *pyr* en él, brillando dorada con un fulgor sobrenatural—. He caminado a través del fuego para venir a buscarte —dijo por encima del rugido de las llamas—. Estamos aquí. Estamos los dos aquí, ¿lo entiendes?

Los ojos de Jace parecían enloquecidos, desesperados.

—Clary, sal…

—¡No! —Lo agarró por los hombros, y esta vez él no se apartó. Lo sujetó por el traje—. ¡Sé cómo arreglar esto! —gritó, y apretó los labios contra los de él.

La boca de Jace estaba caliente y seca, la piel le ardía cuando ella le pasó las manos por el cuello y fue a cogerle el rostro. Notó sabor a fuego, a quemado y a sangre en su boca, y se preguntó si él notaría el mismo sabor en ella.

—Confía en mí —le susurró contra los labios, y aunque las palabras se perdieron en el caos que los rodeaba, Clary notó que Jace se relajaba un poco y asentía. Se apretó contra su cuerpo y dejó que el fuego pasara entre

ellos mientras respiraban el aliento del otro, saboreaban las chispas de los labios del otro.

—Confía en mí —susurró ella de nuevo, y cogió su espada.

Isabelle rodeaba a Simon con los brazos, reteniéndolo. Sabía que si lo soltaba, él bajaría corriendo la pendiente hacia el fuego, donde Clary había desaparecido, y se lanzaría dentro de cabeza.

Y prendería como yesca, como yesca empapada en gasolina. Era un vampiro. Isabelle lo sujetaba con las manos entrelazadas sobre su pecho, y le pareció que podía notar el vacío bajo las costillas, el lugar donde el corazón de Simon no latía. El suyo estaba disparado. El viento cálido que levantaba el fuego al pie de la meseta le empujaba el cabello hacia atrás. Alec estaba a medio camino de la pendiente, esperando. Era una silueta negra contra las llamas.

Y las llamas… las llamas se alzaban hacia el cielo y borraban las lunas rotas. Se agitaban y cambiaban: una muralla de oro, hermosa y letal. Mientras las llamas oscilaban, Isabelle pudo distinguir dos sombras en su interior: la sombra de alguien arrodillado y otra más pequeña, inclinada y avanzando. «Clary», pensó, gateando hacia Jace en medio del calor del incendio. Sabía que Clary se había dibujado una runa *pyr* en el brazo, pero Isabelle nunca había oído hablar de una runa ignífuga que resistiera un fuego de esa intensidad.

—Iz —susurró Simon—. No voy…

—Shhh. —Lo agarró con más fuerza, lo agarró como si de ese modo fuera a impedirle deshacerse en pedazos. Jace estaba allí, en el corazón del fuego, y no podría soportar perder a otro hermano, no podría…—. Están bien —dijo—. Si Jace estuviera herido, Alec lo sabría. Y si él está bien, Clary también lo está.

—Arderán hasta consumirse —repuso Simon con voz desesperada.

Isabelle gritó cuando, de repente, las llamas subieron aún más alto. Alec dio un vacilante paso adelante y cayó de rodillas con las manos en el suelo.

La curva de su espalda era un arco de dolor. El cielo se cubrió de espirales de fuego, girando mareantes.

Isabelle soltó a Simon y corrió por la pendiente hacia su hermano. Se inclinó sobre él, le puso las manos en la espalda y lo hizo levantar.

—Alec, Alec…

Este se puso en pie como pudo. Su rostro estaba blanco excepto donde el hollín lo había tiznado. Se volvió para darle la espalda a Isabelle y se desabrochó la chaqueta.

—Mi runa de *parabatai*… ¿Puedes verla?

A Isabelle se le cayó el estómago a los pies, y por un momento pensó que iba a desmayarse. Agarró el cuello de la chaqueta, lo bajó y soltó un profundo suspiro de alivio.

—Sigue ahí.

Alec volvió a cerrarse la chaqueta.

—He notado que algo cambiaba; era como si algo en mí se retorciera… —Alzó la voz—. Voy a bajar.

—¡No! —Isabelle lo cogió del brazo.

—Mirad —dijo Simon a su lado.

Señalaba hacia el fuego. Isabelle lo miró durante un momento sin comprender qué quería decirles. Las llamas comenzaban a apagarse. Sacudió la cabeza como para aclarársela, la mano aún sujetando a Alec. Pero no era una ilusión. El fuego se estaba apagando. La llamas dejaron de ser enormes pilares naranja, pasaron al amarillo y se curvaron hacia dentro como dedos. Isabelle soltó a Alec, y los tres permanecieron uno junto a otro, hombro contra hombro, mientras el fuego iba muriendo y dejaba ver un círculo de tierra un poco más oscurecida allí donde las llamas habían ardido, y en el centro de ese círculo, dos siluetas: Clary y Jace.

Resultaba difícil verlos a través del humo y del brillo rojo de las ascuas aún encendidas, pero era evidente que estaban vivos e ilesos. Clary estaba de pie, y Jace arrodillado ante ella, con las manos entrelazadas, casi como si lo estuviera nombrando caballero. Había algo ritual en su posición, algo que hablaba de magia, vieja y extraña. Mientras el humo se aclaraba, Isabelle

vio el brillante destello del cabello de Jace cuando este se puso en pie. Ambos comenzaron a subir la pendiente.

Isabelle, Simon y Alec rompieron su formación y corrieron hacia ellos. Isabelle se tiró a los brazos de Jace, que la cogió y la abrazó, mientras chocaba la mano con Alec. Isabelle notó la piel de Jace fresca contra la suya, casi fría. Su traje de combate no tenía ni una quemadura ni ninguna marca, igual que la tierra del desierto a sus espaldas no mostraba ningún rastro de que, hacía unos momentos, una enorme deflagración había tenido lugar allí.

Isabelle apoyó la cabeza en el pecho de Jace y vio a Simon abrazando a Clary. La agarraba con fuerza, negando con la cabeza, y cuando Clary lo miró con una sonrisa radiante, Isabelle se dio cuenta de que no sentía ni una chispa de celos. No había nada diferente en la forma en que Simon estaba abrazando a Clary de la forma en que ella abrazaba a Jace. Había amor, claro y meridiano, pero era un amor fraternal.

Se apartó de Jace y sonrió a Clary, que le devolvió una tímida sonrisa. Alec abrazó a Clary, y Simon y Jace se miraron con recelo. De repente, Simon sonrió, esa repentina e inesperada sonrisa que destellaba incluso en las peores circunstancias y que a Isabelle tanto le gustaba, y le tendió los brazos a Jace.

Jace negó con la cabeza.

—No me importa si acabo de arder —dijo—. No voy a abrazarte.

Simon suspiró y dejó caer los brazos.

—Tú te lo pierdes —replicó—. Si te hubieras acercado, te habría dejado, pero la verdad, solo habría sido un abrazo por pena.

Jace se volvió hacia Clary, que ya no abrazaba a Alec, sino que los miraba a todos muy divertida, con la mano en la empuñadura de *Heosphoros*. Esta parecía brillar, como si hubiera absorbido la luz del fuego.

—¿Lo has oído? —exclamó Jace—. ¿Un abrazo por pena?

Alec alzó la mano. Sorprendentemente, Jace se calló.

—Reconozco que estamos todos disfrutando de la tonta alegría de la supervivencia, lo cual explica vuestro estúpido comportamiento del

momento —comentó Alec—. Pero primero —alzó un dedo—, creo que nosotros tres nos merecemos una explicación. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo has perdido el control del fuego? ¿Te han atacado?

—Ha sido un demonio —contestó Jace al cabo de un momento—. Ha tomado la forma de una mujer que yo… De alguien a quien hice daño cuando Sebastian me poseía. Me ha ido provocando hasta que he perdido el control del fuego celestial. Clary me ha ayudado a controlarlo de nuevo.

—¿Y eso es todo? ¿Estáis bien los dos? —preguntó Isabelle, sin acabar de creérselo—. He pensado…, al ver lo que estaba sucediendo, que era Sebastian. Que de algún modo había venido a por nosotros. Que habías intentado quemarlo y que en vez de eso te habías quemado a ti…

—Eso no va a pasar. —Jace le acarició el rostro a Izzy—. Ahora tengo el fuego bajo control. Sé cómo usarlo, y cómo no usarlo. Cómo dirigirlo.

—¿Cómo? —preguntó Alex, sorprendido.

Jace vaciló un instante. Los ojos se le fueron hacia Clary y parecieron oscurecerse, como si los cubriera una cortina.

—Tendrás que fiarte de mí en eso.

—¿Eso es todo? —exclamó Simon sin creérselo—. ¿Solo que confiemos en ti?

—¿Acaso no confías en mí? —preguntó Jace.

—Yo… —Simon miró a Isabelle, que miraba a su hermano.

Pasado un momento, Alec asintió.

—Hemos confiado en ti lo suficiente para venir hasta aquí —dijo—. Confiaremos en ti hasta el final.

—Aunque sería realmente espléndido si nos explicaras tu plan, ¿sabes?, con un poco de anticipación —dijo Isabelle—. Antes del final, quiero decir.

Alec la miró alzando una ceja. Ella se encogió de hombros.

—Solo un poco antes —añadió ella—. Me gustaría estar preparada.

Los ojos de su hermano se clavaron en los suyos, y entonces, un poco ronco, como si casi hubiera olvidado como hacerlo, se echó a reír.

Para la Cónsul:

Los seres mágicos no son vuestros aliados. Son vuestros enemigos. Odian a los nefilim y planean traicionarlos y derrocarlos. Han cooperado con Sebastian Morgenstern en el asalto y destrucción de los Institutos. No confíes en Meliorn ni en ningún otro consejero de ninguna corte. La reina seelie es vuestra enemiga. No intentes responder a este mensaje. Cabalgo con la Cacería Salvaje, y me matarían si pensaran que te he explicado algo.

MARK BLACKTHORN

Jia Penhallow miró por encima de sus gafas de lectura a Emma y a Julian, que se hallaban frente al escritorio de la biblioteca de la gran casa. Un gran ventanal se abría detrás de la Cónsul, y Emma pudo ver el panorama de Alacante extendiéndose más allá: casas que bajaban por las colinas, canales que corrían hacia la Sala de los Acuerdos, la colina del Gard recortada contra el cielo.

Jia miró el papel que le habían llevado. Lo habían doblado casi con inteligencia diabólica para colocarlo dentro de la bellota, y había sido necesario mucho rato y los hábiles dedos de Ty para sacarlo.

—¿Tu hermano ha escrito algo más aparte de esto? ¿Un mensaje privado para vosotros?

—No —contestó Julian, y debía de haber algo en la tristeza de su voz que hizo que Jia lo creyera, porque no siguió insistiendo.

—¿Os dais cuenta de lo que esto significa? —preguntó—. El Consejo no querrá creerlo. Dirán que es un truco.

—Es la letra de Mark —afirmó Julian—. Y la forma como está firmada… —Indicó la marca al final de la página: un dibujo de espinos hecho con lo que parecía tinta marrón—. Ha mojado el anillo de la familia en sangre y lo ha usado para hacer esto —explicó Julian con el rostro enrojecido—. Una vez me enseñó a hacerlo. Nadie más tendría el anillo de la familia Blackthorn, ni sabría cómo hacer eso con él.

Jia pasó la mirada de los puños apretados de Julian al rostro inmóvil de Emma y asintió.

—¿Estáis bien? —preguntó con amabilidad—. ¿Sabéis qué es la Cacería Salvaje?

Ty les había dado una extensa lección sobre el tema, pero en ese momento, con la compasiva mirada de la Cónsul sobre ella, Emma no encontraba las palabras. Respondió Jules.

—Hadas que son cazadores —dijo—. Cabalgan por el cielo. La gente cree que si los sigues, te llevan a la tierra de los muertos o de las hadas.

—Gwyn ap Nudd los dirige —explicó Jia—. No debe lealtad a nadie; es parte de una magia más salvaje. Lo llaman el Recolector de los Muertos. Aunque es hada, él y sus cazadores no están ligados por los Acuerdos. No tienen ningún acuerdo con los cazadores de sombras y no reconocen nuestra jurisdicción, y no se rigen por leyes, por ninguna ley. ¿Lo entendéis?

La miraron sin comprender. Jia suspiró.

—Si Gwyn ha cogido a vuestro hermano para ser uno de los cazadores, podría ser imposible…

—Estás diciendo que no podrás hacer que vuelva —concluyó Emma, y vio algo romperse en los ojos de Julian. Eso hizo que le entraran ganas de saltar sobre el escritorio y darle a la Cónsul con la pila de dossiers pulcramente etiquetados, cada uno con un nombre diferente.

Uno le saltó a los ojos como un anuncio de neón. CARSTAIRS: FALLECIDOS. Intentó no mostrar en el rostro que había reconocido el nombre de su familia.

—Lo que estoy diciendo es que no lo sé. —La Cónsul apoyó las manos sobre la superficie del escritorio—. Hay mucho que aún no sabemos —dijo, y su voz sonaba sin fuerza y casi quebrada—. Perder como aliados a los seres mágicos es un golpe muy fuerte. De todos los subterráneos, son los enemigos más sutiles y los más peligrosos. —Se puso en pie—. Esperad aquí un momento.

Dejó la sala a través de una puerta disimulada en la pared, y después de unos momentos de silencio, Emma oyó el ruido de pasos y el murmullo de la voz de Patrick. Captó palabras sueltas… «juicio», «mortal» y «traición».

Notó a Julian tan tenso como una ballesta cargada. Ella fue a tocarle la espalda con la mano y le dibujó con el dedo entre los omoplatos:

¿E-S-T-Á-S-B-I-E-N?

Él negó con la cabeza, sin mirarla. Emma echó una mirada hacia la pila de dossiers, luego hacia la puerta, después a Julian, callado y sin expresión, y decidió. Se lanzó hacia el escritorio, metió la mano en la pila de dossiers y sacó el que estaba etiquetado como CARSTAIRS.

Era un dossier encuadernado, poco pesado, y Emma le levantó la camisa a Julian de un tirón. Acalló su grito de sorpresa poniéndole la mano sobre la boca, y con la otra le metió el dossier en la parte trasera de los vaqueros. Le bajó la camisa justo cuando la puerta se abría y Jia entraba de nuevo.

—¿Estáis dispuestos a testificar ante el Consejo una última vez? —preguntó ella, mirando a Emma, quien supuso que probablemente estaba sonrojada, y luego a Julian, que parecía como si hubiera sido electrocutado. Se le endureció la mirada y Emma se maravilló. Julian era tan amable que a veces se olvidaba de que esos ojos color de mar se podían volver tan fríos como las olas en la costa en invierno—. Nada de la Espada Mortal —los tranquilizó la Cónsul—. Solo quiero que les digáis lo que sabéis.

—Si me prometes que intentarás traer a Mark de vuelta —dijo Julian—. Y que no solo lo dirás, sino que lo harás de verdad.

Jia lo miró solemnemente.

—Prometo que los nefilim no abandonarán a Mark Blackthorn, no mientras él viva.

Julian relajó ligeramente los hombros.

—Entonces, de acuerdo.

Se abrió como una flor contra el cielo cargado de nubes negras: una explosión repentina y silenciosa de llamas. Luke, ante la ventana, se echó para atrás, sorprendido, antes de apretarse contra la estrecha abertura para tratar de identificar el origen de ese resplandor.

—¿Qué pasa? —Raphael alzó la mirada de donde estaba arrodillado junto a Magnus. Este parecía estar dormido, con los ojos como oscuras lunas crecientes sobre la piel. Se había acurrucado alrededor de las cadenas que lo sujetaban, y parecía enfermo, o al menos, agotado.

—No estoy seguro —contestó Luke, y se quedó inmóvil cuando el chico vampiro se reunió con él en la ventana. Nunca se había sentido del todo cómodo cerca de Raphael. Este le recordaba a Loki o a algún otro dios embaucador, a veces trabajando para el bien y a veces para el mal, pero siempre por su propio interés.

Raphael masculló algo en español y apartó a Luke para mirar. Las llamas se reflejaban rojo dorado en las pupilas de sus oscuros ojos.

—¿Crees que es obra de Sebastian? —preguntó Luke.

—No. —La mirada de Raphael se perdía a lo lejos, y Luke recordó que el chico que tenía ante él, aunque parecía tener unos angélicos catorce años, era mucho más viejo que él, más viejo de lo que habrían sido los padres de Luke si hubieran vivido (o en el caso de su madre, si hubiera seguido siendo mortal)—. Hay algo bendito en ese fuego. Las obras de Sebastian son obras del demonio. Esto es como la forma en que Dios se aparecía a los que vagaban por el desierto. «Durante el día, el Señor iba ante ellos en forma de una columna de humo para guiarlos en su camino, y por la noche como una columna de fuego para darles luz, para que pudieran viajar de día y de noche».

Luke alzó una ceja mirándolo.

Raphael se encogió de hombros.

—Me criaron como católico. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Creo que a nuestro amigo Sebastian no le gustará mucho esto, sea lo que sea.

—¿Puedes ver algo más? —preguntó Luke. La visión de los vampiros era mucho mejor que la de un hombre lobo.

—Algo… Ruinas, quizá, como una ciudad muerta… —Raphael negó con la cabeza, frustrado—. Mira cuando se extinga el fuego. Ya está muriendo.

Se oyó un suave murmullo en el suelo, y Luke miró hacia allí. Magnus se había dado la vuelta. Las cadenas eran largas, y le daban la suficiente libertad de movimientos para juntar las manos sobre el estómago, como si le doliera. Tenía los ojos abiertos.

—Hablando de morir…

Raphael regresó junto a Magnus.

—Tienes que decirnos, brujo, si podemos hacer algo por ti. Nunca te había visto tan enfermo.

—Raphael… —Magnus se pasó una mano por el sudado cabello. Las cadenas tintinearon—. Es mi padre —dijo de repente—. Este es su reino. Bueno, uno de ellos.

—¿Tu padre?

—Es un demonio —respondió Magnus secamente—. Lo que no debería ser una gran sorpresa. No esperéis más información que esta.

—Muy bien, pero ¿por qué estar en el reino de tu padre hace que te pongas enfermo?

—Está tratando de que lo llame —contestó Magnus, mientras se apoyaba en los codos—. Aquí puede acceder a mí con facilidad. En este reino no puedo hacer magia, así que no puedo protegerme. Puede hacerme enfermar o sanarme. Me está haciendo enfermar porque cree que si estoy muy desesperado lo llamaré pidiéndole ayuda.

—¿Y lo harás? —preguntó Luke.

Magnus negó con la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—No. El precio no valdría la pena. Con mi padre siempre hay un precio.

Luke se notó tenso. Magnus y él no eran íntimos, pero el brujo siempre le había caído bien, y lo respetaba. Respetaba a Magnus y a brujos como Catarina Loss y Ragnor Fell y los demás, que habían trabajado junto a los cazadores de sombras durante generaciones. No le gustaba el tono de desesperación en la voz de Magnus o aquella mirada en sus ojos.

—¿No lo pagarías? ¿Si es tu vida lo que está en juego?

Magnus miró a Luke con gesto cansado, y se dejó caer de nuevo sobre el suelo de piedra.

—Podría no ser yo quien tuviera que pagarlo —dijo, y cerró los ojos.

—Pero… —iba a intervenir Luke, pero Raphael lo miró negando con la cabeza, como regañándolo. Se había acuclillado a la altura del hombro de Magnus, con las manos sobre las rodillas. Se le veían oscuras venas en las sienes y el cuello, señales de que hacía demasiado tiempo que no se había alimentado. Luke se imaginó el extraño cuadro que formaban: el vampiro

hambriento, el brujo agonizante y el licántropo vigilante, pegado a la ventana.

—No sabes nada de su padre —dijo Raphael en voz baja. Magnus estaba inmóvil, de nuevo dormido, respirando trabajosamente.

—¿Y se supone que debo saber quién es el padre de Magnus?

—Yo pagué un montón de dinero para averiguarlo.

—¿Por qué? ¿De qué te servía saberlo?

—Me gusta saber cosas —contestó Raphael—. Pueden ser útiles. Él conoció a mi madre. Me parecía justo que yo conociera a su padre. Magnus me salvó la vida una vez —añadió Raphael con una voz exenta de emoción—. Cuando me convertí en vampiro, quería morir. Pensaba que era algo maldito. Él me impidió que me pusiera bajo la luz del sol, me enseñó a caminar por tierra sagrada, cómo decir el nombre de Dios, cómo llevar una cruz. No me dio magia, solo paciencia, pero de todas formas, me salvó la vida.

—Así que estás en deuda con él —repuso Luke.

Raphael se sacó la chaqueta y en un único ágil movimiento se la puso a Magnus bajo la cabeza. Magnus se movió pero sin despertar.

—Piensa lo que quieras —dijo Raphael—. No voy a revelar sus secretos.

—Respóndeme a una cosa —insistió Luke, con el muro de fría piedra a la espalda—. ¿El padre de Magnus es alguien que podría ayudarnos?

Raphael se rio; una carcajada seca y aguda carente de ningún tipo de diversión.

—Eres muy gracioso, licántropo —respondió—. Vuelve a mirar por la ventana, y si eres de los que rezan, entonces deberías rezar para que el padre de Magnus no decida ayudarnos. Aunque no confíes en mí, hazlo aunque solo sea en esto.

—¿Te acabas de comer tres pizzas? —Lily miraba a Bat con una mezcla de desagrado y sorpresa.

—Cuatro —contestó Bat, mientras dejaba una caja vacía de pizza sobre la pila y sonreía, sereno. Maia notó una oleada de cariño hacia él. No lo había hecho partícipe de su plan para el encuentro con Maureen, y él no se había quejado, solo la había felicitado por su magnífica actuación. Había aceptado sentarse con ella y con Lily para discutir los términos de su alianza, aunque Maia sabía que no le gustaban mucho los vampiros.

Y Bat le había reservado la pizza solo con queso, ya que sabía que a Maia no le gustaban los tropezones. Ella ya iba por su cuarto trozo. Lily, apoyada delicadamente sobre el borde de la mesa en el vestíbulo de la comisaría de policía, fumaba un largo cigarrillo (Maia supuso que el cáncer de pulmón no era un gran problema entre los que ya estaban muertos) y miraba la pizza con suspicacia. A Maia no le importaba cuánto comiera Bat (algo tenía que dar energía a todos esos músculos) mientras estuviera dispuesto a acompañarla durante la reunión. Lily había cumplido su acuerdo en lo referente a Maureen, pero a Maia seguía dándole escalofríos.

—¿Sabes? —dijo Lily mientras balanceaba un pie—, debo decir que me esperaba algo más… excitante. No tan como una centralita de venta por correo. —Arrugó la nariz.

Maia suspiró y miró alrededor. El vestíbulo de la comisaría de policía estaba lleno de licántropos y vampiros, seguramente por primera vez desde su construcción. Había pilas de listados en papel con la información de contacto de subterráneos importantes, que habían conseguido rogando, tomando prestada, robando y averiguando (resultó que los vampiros tenían unos registros bastante impresionantes sobre quién estaba a cargo de qué y dónde), y todos estaban pegados a móviles u ordenadores, llamando, enviando mensajes de texto y correos electrónicos a los jefes de los diferentes clanes y manadas, y a todo brujo al que pudieran localizar.

—Por suerte las hadas están centralizadas —comentó Bat—. Una corte seelie, una corte noseelie.

Lily sonrió burlona.

—La tierra bajo la colina se extiende a lo largo y a lo ancho —dijo—. Las cortes es todo lo que podemos alcanzar en este mundo.

—Bueno, en este momento lo que nos concierne es este mundo —replicó Maia mientras se estiraba y se frotaba la nuca. Llevaba todo el día llamando y escribiendo textos y correos, y estaba agotada. Los vampiros se habían unido a ellos al caer la noche, e iban a trabajar hasta la mañana mientras los licántropos dormían.

—Sabes lo que nos hará Sebastian Morgenstern si gana —apuntó Lily, mientras pasaba una pensativa mirada por la sala—. Dudo que tenga mucha clemencia con nadie que trabaje en contra de él.

—Quizá nos mate antes —repuso Maia—. Pero nos mataría de todos modos. Sé que a vosotros los vampiros os encantan la razón y la lógica, y las alianzas inteligentes y cuidadosas, pero él no funciona así. Quiere quemar el mundo hasta arrasarlo. Eso es lo único que quiere.

Lily soltó una bocanada de humo.

—Bueno —repuso—. Eso sería un inconveniente, teniendo en cuenta lo poco que nos gusta el fuego.

—No te lo estarás repensando, ¿verdad? —preguntó Maia, e intentó que no se le notara la preocupación en la voz.

—Estamos sobre una cuerda floja muy peligrosa —respondió Lily—. ¿Alguna vez has oído la expresión: «Cuando el gato no está, los ratones bailan»?

—Claro —contestó Maia y miró a Bat, que masculló algo turbio en español.

—Durante cientos de años los nefilim han seguido sus reglas y se han asegurado de que nosotros también la siguiéramos —explicó Lily—. Por eso, muchos están resentidos. Ahora, se han tenido que refugiar en Idris, y no podemos fingir que los subterráneos no gozan de ciertas… ventajas mientras ellos no están.

—¿Poder comerse a la gente? —preguntó Bat, mientras doblaba en dos un trozo de pizza.

—No son solo los vampiros —replicó Lily con frialdad—. A las hadas les encanta burlarse de los humanos y torturarlos; solo los cazadores de sombras se lo impiden. Comenzarán de nuevo a robar bebés humanos. Los brujos venderán su magia al mejor postor, como…

—¿Prostitutas mágicas? —Todos alzaron la vista sorprendidos. Malcolm Fade había aparecido en la puerta y se sacudía blancos copos de nieve de su cabello ya blanco—. Eso era lo que ibas a decir, ¿no?

—No, eso no —contestó Lily, claramente pillada por sorpresa.

—Oh, di lo que quieras. No me importa —dijo Malcolm muy animado—. No tengo nada contra la prostitución. Hace que la civilización siga adelante. —Se sacudió la nieve de encima. Llevaba un sencillo traje negro y una gastada gabardina. No se parecía en nada al rutilante eclecticismo de Magnus—. ¿Cómo soportáis la nieve, chicos? —preguntó.

—¿Chicos? —Bat se puso nervioso—. ¿Te refieres a los licántropos?

—Me refiero a los de la costa Este —respondió Malcolm—. ¿Quién querría tener este clima si lo pudiera evitar? Nieve, granizo, lluvia… Me trasladaría a Los Ángeles en un santiamén. Aunque «santiamén» no es realmente una unidad de tiempo. No se puede hacer nada en un santiamén.

—¿Sabes? —comentó Maia—. Catarina dijo que eras deliciosamente inocente…

Malcolm pareció complacido.

—¿Catarina dijo eso?

—¿Podemos no desviarnos de la cuestión? —preguntó Maia—. Lily, si lo que te preocupa es que los cazadores de sombras vayan a cebarse sobre todos los subterráneos porque algunos de nosotros nos hayamos desmandado mientras ellos están en Idris, bueno, pues por eso estamos haciendo lo que estamos haciendo. Asegurar a los subterráneos que los Acuerdos siguen en pie, que los cazadores de sombras están tratando de liberar a nuestros representantes, que Sebastian es nuestro auténtico enemigo, minimizará las posibilidades de que el caos fuera de Idris afecte a lo que ocurra en caso de una batalla, o cuando todo esto acabe…

—¡Catarina! —exclamó Malcolm de repente, como si recordara algo agradable—. Casi me olvido de por qué he pasado por aquí. Catarina me ha pedido que hable con vosotros. Está en la morgue del hospital Beth Israel, y quiere que vayáis lo antes posible. Oh, y dice que llevéis una jaula.

Uno de los ladrillos de la pared cerca de la ventana estaba suelto. Jocelyn había pasado el rato usando el clip de metal de su brazalete para soltarlo. No era tan tonta como para pensar que podría abrir un agujero por el que escapar, pero esperaba que tener un ladrillo sería como tener un arma. Algo con lo que poder golpear a Sebastian en la cabeza.

Si conseguía tener el corazón para hacerlo. Si conseguía no vacilar.

Había vacilado cuando él era un bebé. Lo cogió en brazos y supo que algo no era normal en él, que había algo irreparablemente dañado, pero no fue capaz de actuar en consecuencia. En algún rincón de su corazón pensó que aún podía ser salvado.

La puerta rechinó, y ella se volvió en redondo mientras ocultaba de nuevo el pasador en el cabello. Era el pasador de Clary, algo que había cogido de la mesa de su hija cuando necesitó recogerse el cabello para no manchárselo de pintura. No se lo había devuelto porque le recordaba a ella, pero le parecía mal incluso pensar en Clary allí, delante de su otro hijo, aunque la echara de menos, la echara tanto de menos que casi le dolía.

La puerta se abrió y entró Sebastian.

Llevaba una camisa blanca, y de nuevo le recordó a su padre. A Valentine le gustaba ir de blanco. Lo había hecho parecer más pálido, con el cabello más blanco, justo ese poquito más inhumano, y lo mismo hacía Sebastian. Sus ojos parecían dos manchas de pintura negra sobre un lienzo blanco. Él le sonrió.

—Madre —dijo.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí, Jonathan?

Él negó con la cabeza, aún con la misma sonrisa en el rostro, y sacó una daga del cinturón. Era estrecha, con un hoja tan fina como un punzón.

—Si vuelves a llamarme así —la amenazó él—, te sacaré los ojos con esto.

Jocelyn tragó saliva. «Oh, mi bebé». Recordaba cogerlo, frío y quieto en sus brazos, no como un niño normal en absoluto. No había llorado. Ni una

sola vez.

—¿Es eso lo que has venido a decirme?

Sebastian se encogió de hombros.

—He venido a hacerte una pregunta. —Miró alrededor con expresión aburrida—. Y a enseñarte algo. Ven. Acompáñame.

Sebastian salió de la habitación y ella fue tras él, con una mezcla de reticencia y alivio. Odiaba su celda, y sin duda sería bueno conocer mejor el lugar donde la tenían encerrada, ¿no? Su tamaño, las salidas…

El pasillo fuera de la celda era de piedra, grandes bloques de piedra caliza unidos con hormigón. El suelo era liso, gastado por el uso. Sin embargo, había algo polvoriento en el lugar, como si no hubiera habido nadie durante décadas, siglos incluso.

De vez en cuando se veía alguna puerta. Jocelyn notó que el corazón se le aceleraba. Luke podría estar detrás de cualquiera de esas puertas. Quiso correr hacia ellas, abrirlas de golpe, pero la daga seguía en la mano de Sebastian, y Jocelyn no dudaba de que él era consciente de eso incluso mejor que ella.

El pasillo comenzó a curvarse.

—¿Qué pasaría si te dijera que te quiero? —preguntó Sebastian.

Jocelyn se cogió las manos por delante.

—Supongo —contestó con precaución— que diría que no me puedes querer más de lo que yo te puedo querer a ti.

Llegaron ante una puerta de doble hoja, y se pararon delante.

—Al menos, ¿no deberías fingir?

—¿Y tú podrías? —contestó Jocelyn—. Parte de ti soy yo, lo sabes. La sangre de demonio te cambió, pero ¿de verdad crees que todo lo demás que hay en ti viene de Valentine?

Sin responder, Sebastian empujó la puerta con el hombro, la abrió y entró. Al cabo de un instante, Jocelyn lo siguió… y se quedó clavada en el suelo.

La sala era enorme y semicircular. El suelo de mármol se extendía hasta una plataforma hecha de piedra y madera que se alzaba contra el muro del oeste. En el centro de la plataforma había dos tronos. No había otra palabra

para describirlos: enormes sillas de marfil encastadas en oro; cada una con un respaldo redondeado y seis escalones para acceder a ella. Había una enorme ventana detrás de cada trono, en cuyos vidrios no había nada excepto oscuridad. Algo en la sala le resultaba extrañamente familiar, pero Jocelyn no podría haber dicho el qué.

Sebastian saltó sobre la plataforma y le hizo un gesto para que lo siguiera. Jocelyn subió lentamente los escalones para unirse a su hijo, que se había detenido delante de los dos tronos con una expresión de presuntuoso triunfo en el rostro. Jocelyn había visto la misma mirada en Valentine al contemplar la Copa Mortal.

—«Su hijo será fabuloso —recitó Sebastian—, y será llamado el Hijo del Altísimo, y el Demonio le dará el trono de su padre. Y reinará por siempre en el Infierno, y de su reino allí no habrá final».

—No lo entiendo —dijo Jocelyn, y la voz le salió triste y muerta incluso a sus propios oídos—. ¿Quieres gobernar este mundo? ¿Un mundo muerto de demonios y destrucción? ¿Quieres dar órdenes a cadáveres?

Sebastian rio. Tenía la risa de Valentine: seca y musical.

—Oh, no —contestó—. Me has malinterpretado completamente. —Hizo un rápido gesto con los dedos, algo que ella había visto hacer a Valentine cuando aprendió magia, y de repente, las dos ventanas tras los tronos ya no eran negras.

Una mostraba un paisaje arrasado: árboles marchitos y tierra requemada, odiosas criaturas aladas volando en círculos ante una luna rota. Una meseta baldía de roca se extendía ante la ventana. Estaba poblada de oscuras formas, cada una muy cerca de la siguiente. Jocelyn se dio cuenta de que eran los Oscurecidos, vigilantes.

La otra ventana mostraba Alacante, durmiendo tranquilamente bajo la luz de la luna. Una uña de luna, un cielo lleno de estrellas, el suave resplandor del agua de los canales. Jocelyn ya había contemplado esa vista antes, y entonces se sobresaltó al darse cuenta de por qué esa sala le había resultado tan familiar.

Era la Cámara del Consejo del Gard, transformada de anfiteatro en sala del trono, pero con el mismo techo arqueado, el mismo tamaño, la misma

vista sobre la Ciudad de Cristal desde lo que habían sido dos grandes ventanales. Solo que una de las ventanas daba a un mundo que ella conocía, el Idris del que provenía. Y la otra daba al mundo en el que se hallaba.

—Esta fortaleza mía tiene puertas a ambos mundos —explicó Sebastian en tono petulante—. Este mundo está seco, sí. Un cadáver desangrado. Oh, pero tu mundo está maduro para ser gobernado. Sueño con ello durante los días además de las noches. ¿Hago arder el mundo lentamente, con plagas y hambrunas, o debo masacrarlo rápida e indoloramente? Toda esa vida extinguida tan deprisa. ¡Imagina cómo ardería! —Tenía los ojos enfebrecidos—. ¡Imagina las alturas a las que podría elevarme, por encima de los gritos de millones de personas, alzándose con el humo de millones de corazones ardiendo! —Se volvió hacia ella—. Ahora, dime que eso lo he heredado de ti. Dime que algo de esto proviene de ti.

A Jocelyn le zumbaban los oídos.

—Hay dos tronos —dijo.

Una pequeña arruga apareció en la frente de Sebastian.

—¿Qué?

—Dos tronos —repitió Jocelyn—. Y no soy tonta; sé a quién pretendes sentar a tu lado. La necesitas aquí, quieres que esté aquí. Tu triunfo no significa nada si ella no está aquí para contemplarlo. Y eso, esa necesidad de que alguien te ame, eso sí viene de mí.

Él la miró fijamente. Se estaba mordiendo el labio con tal fuerza que Jocelyn pensó que se iba a hacer sangre.

—Debilidad —exclamó Sebastian, medio para sí—. Esto es una debilidad.

—Es humano —repuso ella—. Pero ¿de verdad crees que Clary se sentaría junto a ti aquí voluntaria o alegremente?

Por un momento, Jocelyn pensó que veía brillar algo en los ojos de Sebastian, pero al instante siguiente volvían a ser de hielo negro.

—Preferiría tenerla aquí voluntaria y alegremente, pero me conformo con el aquí —replicó él—. No me importa demasiado lo de voluntariamente.

Algo pareció estallar en el cerebro de Jocelyn. Se lanzó hacia adelante, tratando de arrebatarle la daga que tenía en la mano. Él dio un paso atrás y la esquivó, luego giró con un movimiento rápido y grácil y la golpeó en las piernas. Jocelyn se fue al suelo, rodó y se quedó acuclillada, pero antes de poder alzarse, una mano la agarró por la chaqueta y la hizo ponerse en pie.

—Estúpida zorra —le gruñó Sebastian a centímetros de la cara mientras le clavaba los dedos de la mano izquierda bajo la clavícula—. ¿Crees que podrías dañarme? Los hechizos de mi auténtica madre me protegen.

Jocelyn se debatió.

—¡Suéltame!

La ventana izquierda estalló de luz. Sebastian se fue hacia atrás, con la sorpresa floreciendo en el rostro mientras lo contemplaba. El paisaje destrozado del mundo muerto se había iluminado de repente con fuego, un intenso fuego dorado, que se alzaba en una columna hacia el cielo resquebrajado. Los cazadores oscuros corrían de un lado para otro como hormigas. Las estrellas chispeaban reflejando el fuego, rojo y dorado, azul y naranja. Era hermoso y terrible como un ángel.

Jocelyn sintió que esbozaba una leve sonrisa. Su corazón cobró nuevos ánimos con la primera esperanza que había sentido desde el momento en que despertó en ese mundo.

—Fuego celestial —susurró.

—Sin duda. —Una sonrisa jugueteó en los labios de Sebastian. Jocelyn lo miró desanimada. Había esperado verlo horrorizado, pero en vez de eso parecía exaltado—. Como el Buen Libro dice: «Esta es la ley del holocausto. Es holocausto porque se quema sobre el altar toda la noche hasta la mañana, y el fuego del altar arderá en él» —recitó, y alzó los brazos, como si pretendiera abrazar el fuego que ardía alto y brillante tras la ventana—. ¡Desperdicia tu fuego en el aire del desierto, hermano mío! —exclamó—. Déjalo caer sobre la arena como sangre o agua, y no dejes de venir, no dejes de venir hasta que nos hallemos cara a cara.

18

POR LAS AGUAS DE BABILONIA

Las runas de energía estaban muy bien, pensó Clary, agotada, mientras alcanzaba la cima de otra duna más, pero ni se podían comparar a una buena taza de café. Estaba segura de que podría enfrentarse a otro día de ardua marcha, con los pies a veces hundiéndosele hasta los tobillos en montones de cenizas, si solo pudiera tener un poco de la dulce cafeína circulándole por las venas.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Simon, mientras se ponía a su lado. Se lo veía demacrado y cansado, con los pulgares enganchados a las correas de la mochila. Todos estaban bastante desmejorados. Alec e Isabelle había hecho guardias después del incidente del fuego celestial, y no habían visto ni demonios ni cazadores oscuros cerca de su escondite. Aun así, todos estaba inquietos, y ninguno había dormido más de unas pocas horas. Jace parecía mantenerse a base de nervios y adrenalina, mientras seguía el rastro del hechizo localizador con el brazalete que llevaba en la muñeca, a veces olvidándose de detenerse y esperar a los otros en su enloquecida carrera hacia Sebastian, hasta que ellos le gritaban o corrían para alcanzarlo.

—¿A que un enorme café con leche de Mud Truck haría que todo pareciera mejor en este momento?

—Hay un lugar de vampiros no lejos de Union Square donde mezclan justo la cantidad exacta de sangre en el café —comentó Simon—. No demasiado dulce, no demasiado salado.

Clary se detuvo. Una rama muerta, que salía en curva desde el suelo, se le había enredado en los cordones de las botas.

—¿Recuerdas cuando hablamos de no contarnos según qué cosas?

—Isabelle me escucha cuando hablo de cosas de vampiros.

Clary desenfundó a *Heosphoros*. La espada, con la nueva runa tallada en la hoja, parecía relucir en su mano. Con la punta se libró de la rama dura y espinosa.

—Isabelle es tu novia —repuso Clary—. Tiene que escucharte.

—¿Lo es? —Simon parecía sorprendido.

Clary alzó las manos y comenzó a bajar la colina. El terreno descendía, marcado aquí y allí por hoyos resquebrajados, todo cubierto con el infinito color apagado del polvo. El aire seguía siendo amargo, el cielo de un verde plano. Clary vio a Alec y a Isabelle junto a Jace al pie de la colina; este se tocaba el brazalete de la muñeca y fruncía el ceño mirando a lo lejos.

Algo destelló en el borde del campo de visión de Clary, y esta se detuvo de golpe. Entornó los párpados para ver qué había sido. El brillo de algo plateado en la distancia, más allá de las piedras y los montones de escombros del desierto. Sacó la estela y se dibujó una rápida runa de agudeza visual en el brazo; el escozor de la punta roma de la estela atravesó la niebla del agotamiento de su mente y le aguzó la visión.

—¡Simon! —dijo cuando lo alcanzó—. ¿Ves aquello?

Él le siguió la mirada.

—Anoche me pareció verlo también. ¿Recuerdas cuando Isabelle dijo que yo había creído ver una ciudad?

—¡Clary! —Era Jace, mirándolos, su rostro un pálido vacío en el viento cargado de ceniza. Ella hizo un gesto para llamarlo—. ¿Qué pasa?

Ella señaló de nuevo hacia lo que ya podía distinguir con seguridad como un resplandor, un conjunto de formas en la distancia.

—Hay algo allí —dijo—. Simon cree que es una ciudad…

Se calló, porque Jace ya había comenzado a correr en la dirección que ella había señalado. Isabelle y Alec se miraron sorprendidos antes de salir tras él. Clary dejó escapar un suspiro exasperado y, con Simon detrás, los siguió.

Comenzaron a bajar la pendiente cubierta de derrubios, medio corriendo, medio resbalando, y dejaron que las piedras sueltas los llevaran. No por primera vez, Clary agradeció llevar el traje de combate: la gravilla habría destrozado cualquier zapato y pantalón normales.

Llegó al final de la cuesta a toda velocidad. Jace estaba algo por delante, con Alec e Isabelle detrás de él, avanzando deprisa, subiendo sobre pilas de rocas, saltando pequeños riachuelos de hollín fundido. Mientras Clary se acercaba a ellos, vio que se dirigían hacia un lugar del desierto que parecía caer en picado… ¿El extremo de la meseta? ¿Un barranco?

Clary aceleró, pasó por encima de los últimos montones de rocas y casi se cayó en el último. Aterrizó de pie. Simon, mucho más grácil, lo hizo justo delante de ella. Vio que Jace estaba en el borde de un enorme despeñadero que caía ante él como una de las paredes del Gran Cañón. Alec e Isabelle se habían puesto uno a cada lado. Los tres mantenían un tétrico silencio mientras miraban hacia adelante bajo la tenue luz marchita.

Por la postura de Jace, por la manera de estar parado, Clary supo que algo no iba bien. Luego vio la expresión de su rostro y corrigió mentalmente «no iba bien» por «iba realmente muy mal».

Jace miraba hacia el valle que se abría abajo como si contemplara la tumba de algún ser querido. En el valle se veían las ruinas de una ciudad. Una ciudad muy, muy vieja que había sido construida, en otro tiempo, alrededor de la falda de una colina. La cima de la colina estaba rodeada de nubes grises y niebla. Montones de piedras eran todo lo que quedaba de las casas, y la ceniza se había posado sobre las calles y las ruinas de los edificios. Caídas entre las ruinas, como cerillas gastadas, había columnas rotas hechas de una brillante piedra pálida, incongruentemente hermosas en medio de esa tierra arrasada.

—Torres de demonios —susurró Clary.

Jace asintió torvamente.

—No sé cómo —dijo—, pero de algún modo… esto es Alacante.

—Es una terrible carga imponer tal responsabilidad a alguien tan joven —dijo Zachariah mientras la puerta de la Cámara del Consejo se cerraba tras Emma Carstairs y Julian Blackthorn. Aline y Helen se habían ido con ellos, para escoltarlos de vuelta a la casa donde estaban residiendo. Ambos niños casi se habían caído de agotamiento después del interrogatorio del Consejo, y se les habían ido formando pesadas sombras negras bajo los ojos.

Sólo quedaban unos cuantos miembros del Consejo en la sala: Jia y Patrick, Maryse y Robert Lightwood, Kadir Safar, Diana Wrayburn, Tomas Rosales y un grupo de Hermanos Silenciosos y directores de Instituto. La mayoría charlaban entre ellos, pero Zachariah se colocó ante el atril de Jia y la miró con una gran pena en los ojos.

—Han soportado grandes pérdidas —repuso Jia—. Pero somos cazadores de sombras; muchos de nosotros soportamos grandes pérdida a una edad temprana.

—Tienen a Helen, y a su tío —añadió Patrick, que no se hallaba lejos de Maryse y Robert, ambos con un aspecto tenso y demacrado—. Ellos cuidarán de los chicos, y también de Emma Carstairs, que es evidente que considera a los Blackthorn como su familia.

—A menudo los que nos cuidan, nuestros guardianes, no son de nuestra sangre —repuso Zachariah. Jia pensó que le había visto una gentileza especial cuando había mirado a Emma, casi un pesar. Pero quizá se lo hubiera imaginado—. Los que nos aman y aquellos a los que amamos. Así me ocurrió a mí. Mientras no la aparten de los Blackthorn, o del chico, Julian. Eso es lo más importante.

Jia oyó vagamente a su esposo tranquilizar al antiguo Hermano Silencioso, pero ella pensaba en Helen. En lo más profundo de su corazón, Jia estaba preocupada por su hija, que había entregado su corazón tan completamente a una chica que tenía parte de hada, una raza conocida por ser poco de fiar. Sabía que a Patrick no le acababa de gustar que Aline hubiera escogido a una chica en vez de a un chico; que se lamentaba, de un

modo egoísta, según Jia, por lo que él veía como el final de su rama de los Penhallow. Pero a ella le preocupaba más que Helen Blackthorn le rompiera el corazón a su hija.

—¿Cuánta verdad le otorgas a esa supuesta traición de las hadas? —preguntó Kadir.

—Toda —contestó Jia—. Explica muchas cosas. Que las hadas pudieran entrar en Alacante y raptar a los prisioneros de la casa que se le había cedido al representante de los seres mágicos; cómo Sebastian pudo ocultarnos sus tropas en la Ciudadela; por qué no le hizo nada a Mark Blackthorn por respeto a su alianza. Mañana hablaré con la Reina de las Hadas y…

—Con el debido respeto —intervino Zachariah con su suave voz—. No creo que debas hacer eso.

—¿Por qué no? —preguntó Patrick.

«Porque ahora posees información que la Reina de las Hadas no sabe que posees —explicó el hermano Enoch—. Es raro que esto ocurra. En la guerra, hay ventajas de poder, pero también ventajas de información. No malgastes esta».

Jia vaciló.

—Las cosas pueden estar peor de lo que crees —repuso, y sacó algo del bolsillo de la chaqueta. Era un mensaje de fuego, dirigido a ella y procedente del Laberinto Espiral. Se lo entregó a Zachariah.

Este pareció quedarse helado. Por un momento solo pudo mirarlo; luego pasó un dedo sobre el papel, y Jia se dio cuenta de que no lo estaba leyendo, sino recorriendo la firma de quien había escrito la carta, una firma que, para él, había sido como una flecha en el corazón.

Theresa Gray.

—Tessa dice… —explicó finalmente, y carraspeó para aclararse la garganta, porque la voz le había salido quebrada y temblorosa—. Dice que los brujos del Laberinto Espiral han examinado el cuerpo de Amalric Kriegsmesser. Que tenía el corazón marchito y los órganos secos. Dice que lo lamenta, pero que no se puede hacer nada para curar a los Oscurecidos.

La necromancia podría conseguir que sus cuerpos volvieran a moverse, pero sus almas se han perdido para siempre.

—Solo el poder de la Copa Infernal los mantiene vivos —repuso Jia, con voz temblorosa de pesar—. Están muertos por dentro.

—Si se pudiera destruir la propia Copa Infernal… —caviló Diana.

—Entonces podrían morir todos, sí —repuso Jia—. Pero nosotros no tenemos la Copa Infernal, la tiene Sebastian.

—Matarlos a todos de golpe no parece lo correcto —replicó Tomas, que parecía horrorizado—. Son cazadores de sombras.

—No lo son —afirmó Zachariah, en un tono mucho menos amable del que Jia se había acostumbrado a oírle. Lo miró sorprendida—. Sebastian cuenta con que nosotros los veamos como cazadores de sombras. Cuenta con nuestra vacilación, con nuestra incapacidad para matar monstruos con rostro humano.

—Con nuestra clemencia —añadió Kadir.

—Si me transformara, preferiría que acabaran conmigo —afirmó Zachariah—. Eso es clemencia. Eso es lo que Edward Longford tuvo con su *parabatai* antes de volver su espada hacia sí mismo. Por eso fui a presentarle mis respetos. —Se tocó la difuminada runa del cuello.

—¿Pedimos al Laberinto Espiral que se rindan? —preguntó Diana—. ¿Que cejen en su búsqueda de una cura?

—Ya se han rendido. ¿No has oído lo que ha escrito Tessa? —preguntó Zachariah—. No siempre hay una cura. Al menos, no a tiempo. Sé, es decir, he aprendido, que no se puede depender de eso. No puede ser nuestra única esperanza. Debemos llorar a los Oscurecidos como a muertos, y confiar en lo que somos: cazadores de sombras, guerreros. Debemos hacer aquello para lo que fuimos creados: luchar.

—Pero ¿cómo podemos defendernos de Sebastian? Ya era malo cuando solo tenía a los Oscurecidos; ¡ahora también debemos luchar contra las hadas! —soltó Tomas—. Y tú eres solo un niño…

—Tengo ciento cuarenta y seis años —dijo Zachariah—. Y esta no es mi primera guerra imposible de ganar. Creo que podemos hacer que la traición de las hadas se convierta en una ventaja para nosotros.

Requeriremos la ayuda del Laberinto Espiral para hacerlo. Si estáis dispuestos a ayudarme, os explicaré cómo.

Clary, Simon, Jace, Alec e Isabelle fueron trazando su camino en silencio entre las inquietantes ruinas de Alacante. Porque Jace no se había equivocado: era Alacante, indudablemente. Habían pasado ante demasiados puntos que reconocían como para que pudiera ser otra cosa. Los muros que rodeaban la ciudad, desmoronados; las verjas, corroídas con las cicatrices de la lluvia ácida. La plaza de la Cisterna. Los canales vacíos, llenos de un musgo negro y esponjoso.

La colina estaba arrasada, un desnudo pico de piedra. Las marcas de donde antes habían estado las calles se veían claramente como cicatrices en la ladera. Clary sabía que el Gard debería estar en lo alto, pero si permanecía allí, era del todo invisible, oculto por una niebla gris.

Finalmente ascendieron por un alto montón de escombros y se hallaron en la plaza del Ángel. Clary exhaló, sorprendida Aunque la mayoría de los edificios que la rodeaban habían caído, la plaza estaba sorprendentemente intacta, con los adoquines recubriendo el suelo bajo la luz amarillenta. La Sala de los Acuerdos seguía en pie.

Pero ya no era de piedra blanca. En la dimensión humana, parecía un templo griego, pero en este mundo era de metal lacado. Un alto edificio cuadrado, si algo que parecía como oro derretido vertido desde el cielo podía describirse como un edificio. Enormes grabados recorrían la estructura, como una cinta atando una caja. Todo el conjunto relucía de un modo apagado bajo la luz naranja.

—La Sala de los Acuerdos. —Isabelle estaba parada con el látigo enrollado en la cintura, contemplándola—. Increíble.

Comenzaron a subir los escalones, que eran de oro manchado con el negro de la ceniza y la corrosión. En lo alto de la escalera se detuvieron para contemplar la enorme puerta doble. Ambas jambas estaban cubiertas de cuadrados de metal batido. Cada uno era un panel grabado que mostraba una imagen.

—Es una historia —dijo Jace. Se acercó más y tocó los grabados con un dedo enguantado. Un escrito en una lengua desconocida aparecía bajo cada grabado. Miró a Alec—. ¿Puedes leerlo?

—¿Soy la única persona que prestó atención en las clases de idiomas? —preguntó Alec en un tono de voz cansado, pero se acercó a observar más de cerca las letras—. Bueno, primero los paneles. Forman una historia. —Señaló el primero, que mostraba a un grupo de gente, descalza y con hábito, que se encogía mientras las nubes en lo alto se abrían y una mano con garras bajaba hacia ellos—. Aquí vivieron humanos, o algo parecido a los humanos —explicó Alec, señalando las figuras—. Vivían en paz, y entonces llegaron los demonios. Y luego… —Se quedó callado, con la mano sobre un panel cuya imagen le resultaba tan conocida a Clary como su propio rostro. El ángel Raziel emergiendo del lago Lyn con los Instrumentos Mortales en la mano—. ¡Por el Ángel!

—Literalmente —afirmó Isabelle—. ¿Cómo…? ¿Es ese nuestro Ángel? ¿Nuestro lago?

—No lo sé. Dice que los demonios vinieron, y que se crearon a los cazadores de sombras para luchar contra ellos —continuó Alec, que iba moviéndose a lo largo de la pared siguiendo la progresión de los paneles. Clavó el dedo en el escrito—. Esta palabra de aquí significa «nefilim». Pero los cazadores de sombras rechazaron la ayuda de los subterráneos. Los brujos y los seres mágicos se unieron a sus progenitores infernales. Se aliaron con los demonios. Los nefilim fueron derrotados y masacrados. En los últimos días crearon un arma con la que se suponía que podrían detener a los demonios. —Indicó un panel en el que se veía a una mujer sujetando una especie de barra de hierro con una piedra ardiente colocada en el centro—. No tenían cuchillos serafines, aún no los habían inventado. Tampoco parece que hubiera Hermanas de Hierro o Hermanos Silenciosos. Tenían herreros, y estos desarrollaron algún tipo de arma, algo que pensaron que podría ayudarlos. La palabra aquí es *skeptron*, pero no sé qué quiere decir. De todas formas, el *skeptron* no fue suficiente. —Pasó al siguiente panel, que mostraba destrucción: los nefilim muertos, la mujer con la barra de hierro caída en el suelo con la barra al lado—. Los demonios, aquí los

llaman *asmodei*, quemaron el sol y llenaron el cielo de ceniza y nubes. Arrancaron fuego de la tierra y arrasaron las ciudades. Mataron todo lo que se movía y respiraba aire. Secaron los mares hasta que todo en el agua también murió.

—*Asmodei* —repitió Clary—. He oído eso antes. Algo que dijo Lilith sobre Sebastian antes de que este naciera: «El niño nacido con esta sangre en sí excederá en poder a los Grandes Demonios de los abismos entre los mundos. Será más poderoso que los *asmodei*».

—Asmodeus es uno de los Grandes Demonios de los abismos entre los mundos —explicó Jace, mirando a Clary a los ojos. Ella sabía que Jace recordaba el discurso de Lilith tan bien como ella. Habían compartido la misma visión, que les había mostrado el ángel Ithuriel.

—¿Como Abbadon? —preguntó Simon—. Era un Gran Demonio.

—Mucho más poderoso que Abbadon. Asmodeus es un Príncipe del Infierno. Hay nueve príncipes: los *fati*. Los cazadores de sombras no pueden esperar derrotarlos. Pueden destruir a los ángeles en combate. Pueden rehacer mundos —explicó Jace.

—Los *asmodei* son los hijos de Asmodeus. Demonios muy poderosos. Secaron este mundo y lo dejaron para que otros demonios inferiores rebuscaran en él. —Alec parecía asqueado—. Esto ya no es la Sala de los Acuerdos. Es una tumba. La tumba de la vida de este mundo.

—Pero ¿es nuestro mundo? —Isabelle alzó la voz—. ¿Hemos ido adelante en el tiempo? Si la reina nos engañó…

—No lo hizo. Al menos, no acerca de dónde estamos —contestó Jace —. No hemos ido adelante en el tiempo, hemos ido como de lado. Esta es una dimensión paralela a nuestro mundo. Un lugar donde la historia se desarrolló de un modo ligeramente diferente. —Se colgó los pulgares del cinturón y miró alrededor—. Un mundo sin cazadores de sombras.

—Es como *El planeta de los simios* —comentó Simon—. Excepto que eso era el futuro.

—Sí, bueno, esto podría ser nuestro futuro si Sebastian se sale con la suya —repuso Jace. Tocó el panel con la mujer sujetando el ardiente *skeptron* y frunció el ceño; luego empujó con fuerza la puerta.

Esta se abrió con un chirrido de los goznes que cortó el aire como un cuchillo. Clary se encogió. Jace sacó la espada y miró cautelosamente por la rendija mientras hacía un gesto a los otros para que esperaran.

Isabelle, Alec, Clary y Simon intercambiaron miradas y, sin decir nada, fueron tras él. Alec primero, con el arco tenso; luego Isabelle con el látigo, Clary con su espada y Simon con los ojos brillándole como los de un gato en la penumbra.

El interior de la Sala de los Acuerdos les resultaba tanto conocido como desconocido. El suelo era de mármol, resquebrajado y roto. En muchos lugares había grandes manchas negras, los restos de antiguas manchas de sangre. El techo, que en su Alacante era de cristal, había desaparecido, y solo quedaban algunos restos, como cuchillos contra el cielo.

La sala estaba vacía, excepto por una estatua en el centro. Estaba iluminada por una desagradable luz amarilla grisácea. Jace, frente a la estatua, se volvió cuando los otros llegaron a su lado.

—Os he dicho que esperarais —riñó a Alec—. ¿Alguna vez hacéis lo que os digo?

—En realidad, no has dicho nada —remarcó Clary—. Has hecho un gesto.

—Los gestos cuentan —replicó Jace—. Hago unos gestos muy expresivos.

—No estás al mando —le recordó Alec mientras bajaba el arco. Algo de tensión había desaparecido en él. Era evidente que no había demonios ocultos entre las sombras. Nada tapaba la vista de las corroídas paredes; nada, excepto la estatua, seguía en pie en la sala—. No necesitas protegernos.

Isabelle puso los ojos en blanco mirándolos a los dos y se acercó a la estatua con la cabeza echada hacia atrás. Era la estatua de un hombre con armadura; los pies, calzados con botas de malla, descansaban sobre un pedestal dorado. Llevaba una intrincada cota de pequeños círculos de piedra decorada con un motivo de alas de ángel sobre el pecho. En la mano sostenía una réplica del *skeptron*, coronado por un ornamento circular de metal en el que se había encastado una piedra roja.

Quien hubiera tallado la estatua había sido muy hábil. El rostro era atractivo, de mentón cuadrado, con una mirada distante y clara. Pero había reflejado algo más que una buena apariencia física. Había cierta dureza en la forma de los ojos y el mentón, un rictus en la boca que hablaba de egoísmo y crueldad.

Había palabras escritas en el pedestal, y aunque no estaban en inglés, Clary pudo leerlas.

JONATHAN CAZADOR DE SOMBRAS, EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO DE LOS NEFILIM.

—El primero y el último —susurró Isabelle—. Este lugar es una tumba.

Alec se acuclilló. Había más palabras escritas en el pedestal bajo el nombre de Jonathan Cazador de Sombras. Las leyó en voz alta:

—«Y el que domina, y el que mantiene mis actos hasta el final, a él le daré autoridad sobre las naciones; gobernará con una vara de hierro y le daré la Estrella Matutina».

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Simon.

—Creo que a Jonathan Cazador de Sombras se le subieron los humos —contestó Alec—. Me parece que pensó que su *skeptron* no solo los salvaría, sino que le permitiría gobernar el mundo.

—«Y le daré la Estrella Matutina» —repitió Clary—. Eso es de la Biblia. Nuestra Biblia. Y Morgenstern significa «estrella matutina».

—La estrella matutina significa muchas cosas —repuso Alec—. Puede significar «la estrella más brillante del cielo» o puede querer decir «fuego celestial», o también, «el fuego que cae con los ángeles cuando son expulsados del Cielo». También es el nombre de Lucifer, el portador de la luz, el demonio del orgullo. —Se incorporó.

—De un modo u otro, significa que esa cosa que la estatua sujeta es un arma real —concluyó Jace—. Como en los grabados de la puerta. Dices que el *skeptron* es lo que desarrollaron aquí, en vez de los cuchillos serafines,

para rechazar a los demonios. Mira las marcas del mango. Ha estado en la batalla.

Isabelle se tocó el colgante que llevaba al cuello.

—Y la piedra roja. Parece estar hecha de lo mismo que mi collar.

Jace asintió.

—Creo que es la misma piedra. —Clary sabía lo que Jace iba a decir después—. Esa arma. La quiero.

—Bueno, pues no puedes tenerla —replicó Alec—. Está unida a la estatua.

—No lo está —lo rebatió Jace—. Mira, la estatua la coge, pero son dos piezas separadas. Tallaron la estatua y luego le pusieron el cetro en las manos. Se supone que puede extraerse.

—No estoy segura de que eso sea del todo cierto… —comenzó Clary, pero Jace ya estaba con un pie en el pedestal, preparado para subirse. Tenía el brillo en los ojos que ella tanto amaba como temía; el brillo que decía: «Hago lo que quiero y a la porra con las consecuencias».

—¡Espera! —Simon corrió a impedir que Jace siguiera subiendo—. Lo siento, pero ¿es que nadie ve lo que está pasando aquí?

—Nooo —respondió Jace arrastrando la palabra como con aburrimiento —. ¿Por qué no nos lo dices? Quiero decir, si algo tenemos es tiempo.

Simon cruzó los brazos sobre el pecho.

—He estado en un montón de campañas…

—¿Campañas? —repitió Isabelle, perpleja.

—Se refiere a partidas de Dragones y Mazmorras —explicó Clary.

—¿Partidas? —repitió Alec, incrédulo—. Por si no lo habías notado, esto no es un juego.

—Eso no importa —replicó Simon—. Lo que importa es que cuando estás jugando a D&M, y tu grupo se encuentra con un enorme tesoro, o una gran gema resplandeciente, o un cráneo dorado mágico, nunca lo coges. Siempre es una trampa. —Descruzó los brazos y los agitó con frenesí—. Esto es una trampa.

Jace guardó silencio. Miraba pensativo a Simon, como si nunca antes lo hubiera visto, o al menos nunca hubiera pensado tanto en él.

—Ven aquí —dijo.

Simon fue hacia él enarcando las cejas con desconfianza.

—¿Qué…? ¡Uff!

Jace había dejado caer su espada en las manos de Simon.

—Sujétame esto mientras subo —dijo, y saltó al pedestal. Las protestas de Simon quedaron apagadas por el sonido de las botas de Jace golpeando la piedra mientras se encaramaba a la estatua a fuerza de brazos. Llegó a la mitad, donde la cota tallada le ofrecía puntos de apoyo para los pies, y se aseguró antes de extender la mano sobre la piedra y cerrarla alrededor de la empuñadura del *skeptron*.

Debió de ser una ilusión, pero Clary creyó ver la sonrisa de la estatua retorcerse en un rictus todavía más cruel. De repente, la piedra roja se encendió. Jace se echó hacia atrás, pero la sala ya estaba llena de un sonido ensordecedor, la terrible combinación de una alarma con un grito humano, que seguía y seguía.

—¡Jace! —Clary corrió hacia la estatua. Jace ya había saltado al suelo y hacía una mueca de dolor ante el horrible sonido. La luz de la piedra roja aumentaba de intensidad e inundaba la sala con una iluminación sangrienta.

—¡Maldita sea! —gritó Jace por encima del ruido—. Odio cuando Simon tiene razón.

Con una mirada de enfado, Simon le lanzó la espada de vuelta; Jace la cogió mientras miraba a todos lados, inquieto. Alec había alzado el arco de nuevo e Isabelle tenía el látigo preparado. Clary sacó una daga del cinturón.

—¡Será mejor que salgamos de aquí! —gritó Alec—. Podría no ser nada, pero…

Isabelle soltó un chillido y se llevó la mano al pecho. El colgante había comenzado a destellar, lentos latidos, brillantes y constantes, como un corazón.

—¡Demonios! —gritó, justo cuando el cielo comenzó a llenarse de cosas voladoras. Tenían pesados cuerpos redondos, como enormes gusanos blanquecinos recubiertos de filas de ventosas. No tenían rostro: ambos extremos acababan en enormes bocas circulares de color rosa rodeadas de

dientes de tiburón. Una larga serie de alas cortas les cubrían el cuerpo, cada una acabada en una garra afilada como una daga. Y las había a montones.

Hasta Jace palideció.

—¡Por el Ángel… corred!

Corrieron, pero las criaturas, a pesar de su tamaño, eran más rápidas. Estaban posándose a su alrededor con un desagradable sonido húmedo. Clary pensó que sonaban como enormes escupitajos cayendo del cielo. La luz que manaba del *skeptron* se desvaneció en cuanto los bichos empezaron a aparecer, y la sala quedó otra vez bañada en el feo brillo amarillento del cielo.

—¡Clary! —gritó Jace cuando una de las criaturas fue a por ella, con la boca circular abierta y columnas de baba amarilla colgando.

Zum. Una flecha se hundió en el interior de la boca del demonio. La criatura se echó atrás escupiendo sangre negra. Clary vio a Alec coger otra flecha, colocarla y disparar. Otro demonio retrocedió, y luego Isabelle se puso en marcha, con el látigo restallando de un lado al otro, haciendo pedazos al demonio. Simon había agarrado a otro de aquellos seres y lo sujetaba, las manos hundiéndosele en el cuerpo gris y blando, para que Jace le clavara la espada. El demonio se desplomó y arrastró a Simon al suelo. Este aterrizó sobre la mochila. Clary creyó oír ruido de cristal al romperse, pero un momento después Simon volvía a estar en pie, y Jace lo estabilizaba poniéndole una mano en el hombro antes de volver ambos a la lucha.

Clary notó como si se cubriera de hielo: la silenciosa frialdad de la batalla. El demonio al que Alec había alcanzado se debatía en el suelo, intentando escupir la flecha que tenía en la boca. Clary se puso ante él y le hundió la daga en el cuerpo. De la herida manó un chorro de sangre negra que le empapó el traje de combate. La sala estaba llena del hedor a basura podrida de los demonios, mezclada con el penetrante olor ácido del icor. Clary sintió náuseas mientras el demonio se convulsionaba por última vez y se desplomaba.

Alec iba retrocediendo al tiempo que disparaba flecha tras flecha hiriendo a los demonios. Mientras se tambaleaban al resultar alcanzados,

Jace e Isabelle caían sobre ellos y los hacían pedazos con la espada y el látigo. Clary siguió su ejemplo: saltó sobre un demonio herido y apuñaló una y otra vez la viscosa cinta de carne bajo la boca del monstruo. La mano, cubierta con la aceitosa sangre de demonio, le resbalaba en la empuñadura de la daga. El demonio se hundió en sí mismo con un siseo y la hizo caer al suelo. La hoja se le resbaló de la mano, y ella se lanzó para cogerla, la empuñó y rodó hacia el lado justo cuando otro demonio saltaba empleando su poderoso cuerpo como resorte.

Chocó contra el punto del que Clary acababa de apartarse, y se enrolló sobre sí mismo, siseando, de forma que Clary se encontró ante dos grandes bocas. Preparó la daga para lanzarla, pero vio un destello de plata y oro, y el látigo de Isabelle restalló y cortó la cosa en dos.

De cada uno de los trozos se derramó un amasijo de humeantes órganos internos. Incluso en el helor de la batalla, Clary casi vomitó. Los demonios solían morir y desaparecer antes de que se pudiera ver mucho de su interior. Ese seguía agitándose. Incluso partido en dos se sacudía de adelante atrás. Isabelle hizo una mueca de asco y alzó el látigo de nuevo…, y el estertor del demonio se convirtió en un repentino y violento salto, y la mitad del monstruo se retorció y hundió los dientes en la pierna de Isabelle.

Izzy gritó mientras la golpeaba con el látigo, y la cosa la soltó. Isabelle cayó de espaldas al fallarle la pierna. Clary saltó hacia adelante y atravesó con la daga la otra parte del demonio, acuchillándola hasta que se deshizo bajo ella. Y Clary se encontró arrodillada en un charco de sangre de demonio, con la daga empapada en la mano, jadeando.

Se hizo el silencio. La alarma se había parado y los demonios estaban muertos. Los habían matado a todos, pero no había alegría en esa victoria. Isabelle estaba tendida en el suelo, el látigo enrollado en la muñeca, y la sangre manaba de un corte en forma de media luna en la pierna izquierda. Jadeaba y los párpados se le cerraban.

—¡Izzy! —Alec dejó caer el arco y corrió por el suelo cubierto de sangre hasta su hermana. Cayó de rodillas y la colocó sobre su regazo. Sacó la estela del cinturón—. Iz. Izzy, aguanta…

Jace, que había recogido del suelo el arco de Alec, parecía estar a punto de vomitar o de desplomarse. Clary vio con sorpresa que Simon rodeaba con la mano el brazo de Jace, clavándole los dedos como si estuviera sujetándolo.

Alec tiró del tejido roto del pantalón de Isabelle y lo rajó hasta la rodilla. Clary contuvo un grito. La piel le colgaba de la pierna a tiras: parecía como las fotos de mordiscos de tiburón que Clary había visto: sangre y tejido desgarrado rodeando unas profundas hendiduras.

Alec le aplicó la estela sobre la piel de la rodilla y dibujo un *iratze*, y luego otro unos centímetros más abajo. Le temblaban los hombros, pero su mano era firme. Clary rodeó la mano de Jace con la suya y se la apretó. La tenía fría como el hielo.

—Izzy —susurró Alec cuando los *iratzes* de desvanecieron y se le hundieron en la piel dejando unas marcas blancas. Clary se acordó de Hodge, de cómo le habían dibujado una runa de curación tras otra, pero sus heridas eran demasiado graves: las runas se desvanecieron y él se desangró hasta morir a pesar del poder de las runas.

Alec alzó la mirada. La forma de su rostro era extraña, retorcida, tenía sangre en la mejilla. La de Isabelle, pensó Clary.

—Clary —le pidió Alec—. Quizá si lo probaras tú…

Simon se tensó de repente.

—Tenemos que salir de aquí —dijo—. Oigo alas. Van a venir más.

Isabelle ya no jadeaba. La sangre manaba más lentamente, pero Clary vio, con el corazón en un puño, que las heridas seguían ahí, de un rojo hinchado y furioso.

Alec se levantó con el cuerpo de su hermana en brazos, la negra melena colgando como una bandera.

—¿Ir adónde? —preguntó con brusquedad—. Si corremos, caerán sobre nosotros…

Jace miró alrededor.

—Clary…

Tenía una súplica en los ojos que le partió el corazón. Jace, que nunca rogaba por nada, lo hacía por Isabelle, la más valiente de todos ellos.

Alec pasó la mirada de la estatua a Jace y después a su inconsciente hermana.

—Que alguien haga algo… —pidió con voz rota.

Clary se volvió en redondo y corrió a la pared. Casi se tiró contra ella, mientras se sacaba la estela de la bota y la aplicaba contra la piedra. El contacto de la punta del instrumento con el mármol le envió una onda por todo el brazo, pero siguió presionando, con los dedos vibrándole mientras dibujaba. Unas líneas negras fisuraron la piedra, que se resquebrajó formando una puerta. Los bordes de las líneas comenzaron a refulgir. A su espalda, Clary oía a los demonios: el berrido de sus voces, el aleteo de sus alas con garras, el siseo sobrecogedor elevándose cada vez más mientras la puerta se encendía.

Era un rectángulo plateado enmarcado por runas ardientes; tan carente de fondo como el agua, pero no era agua. Un Portal. Clary extendió la mano y tocó la superficie. Toda su mente se concentró para visualizar un único lugar.

—¡Venid! —gritó, con los ojos fijos en el Portal, sin moverse cuando Alec, cargando a su hermana, pasó ante ella y desapareció en su interior. Simon lo siguió, y luego Jace, que le agarró la mano libre al pasar. Clary solo tuvo un instante para mirar a su espalda: una gran ala negra le cubrió la visión de unas fauces terroríficas goteando veneno; luego, la tormenta del Portal se la llevó y la hizo rodar hacia el caos.

Clary se estrelló con fuerza contra el suelo y se golpeó la rodilla. El Portal la había separado de Jace. Se puso en pie rápidamente y miró alrededor, jadeante… ¿Y si el Portal no había funcionado? ¿Y si los había llevado al lugar equivocado?

Pero el techo cóncavo se alzaba en lo alto, familiar y majestuoso, marcado con runas. Ahí estaba el hueco de la hoguera, las marcas en el suelo donde habían dormido la noche anterior. Jace se estaba poniendo en pie. El arco de Alec se le cayó de las manos. Simon…

Y Alec, arrodillado junto a Isabelle. Cualquier satisfacción que Clary hubiera sentido por su éxito con el Portal se desinfló como un globo. Isabelle yacía inmóvil y demacrada, con la respiración entrecortada. Jace se

dejó caer junto a Alec y le pasó suavemente la mano por el cabello a Isabelle.

Clary notó que Simon la agarraba por la muñeca.

—Si puedes hacer algo… —le dijo con voz quebrada.

Clary se acercó a ellos como en un sueño y se arrodilló al otro lado de Isabelle, frente a Jace, con la estela que le resbalaba entre los dedos ensangrentados. Puso la punta en la muñeca de Izzy y recordó lo que había hecho fuera de la Ciudadela Infracta, cómo se había centrado totalmente en sanar a Jace.

«Sana, sana, sana», rogó, y finalmente la estela cobró vida y las líneas negras comenzaron a formar lentas espirales alrededor del antebrazo de Izzy. Esta gimió y se estremeció en los brazos de Alec, que tenía la cabeza gacha y el rostro oculto en la melena de su hermana.

—Izzy, por favor —susurraba—. No después de lo de Max. Izzy, por favor, quédate conmigo.

Isabelle inspiró entrecortadamente y las pestañas le aletearon. Se arqueó hacia arriba y luego se dejó caer mientras el *iratze* se le borraba de la piel. Un lento pálpito de sangre rezumaba lentamente de la herida de la pierna: la sangre parecía teñida de negro. Clary apretó con fuerza la estela, y notó que se doblaba en su mano.

—No puedo hacerlo —susurró—. No puedo hacer una lo suficientemente fuerte.

—No eres tú, es el veneno —repuso Jace—. El veneno del demonio. En su sangre. A veces las runas no pueden ayudarnos.

—Inténtalo de nuevo —le pidió Alec. Tenía los ojos secos, pero le brillaban intensamente—. Con el *iratze*. O con una runa nueva. Podrías crear una runa…

Clary tenía la boca seca. Nunca antes había deseado más crear una runa nueva, pero ya no notaba la estela como una extensión de su brazo; era como algo muerto en su mano. Nunca se había sentido más impotente.

La respiración de Isabelle era cada vez más entrecortada.

—¡Algo tiene que funcionar! —gritó Simon de repente, y el eco de su voz resonó en las paredes—. Sois cazadores de sombras, lucháis contra

demonios todo el tiempo. Debe de haber algo que podáis hacer…

—¡Y también morimos todo el tiempo! —le gritó Jace, y luego se derrumbó sobre el cuerpo de Isabelle, doblado en dos, como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago—. Isabelle. Dios mío, lo siento. Lo siento mucho…

—Aparta —le ordenó Simon, y de repente estaba arrodillado junto a Isabelle, todos agrupados a su alrededor. A Clary le recordó la horrible escena en la Sala de los Acuerdos, cuando los Lightwood se habían reunido alrededor del cadáver de Max, y eso no podía volver a ocurrir, no podía…

—Déjala en paz —gruñó Alec—. No eres de su familia, vampiro…

—No —replicó Simon—. No lo soy. —Los colmillos le aparecieron de golpe en la boca, blancos y afilados. Clary contuvo un gemido al ver a Simon llevarse su propia muñeca a la boca y mordérsela para abrirse las venas, y la sangre cayéndole en hilillos por el brazo.

Jace abrió mucho los ojos. Se puso en pie y se apartó. Apretaba los puños, pero no intentó detener a Simon, que puso la muñeca sobre la herida de la pierna de Isabelle y dejó que su sangre le cayera por los dedos hasta cubrirle la herida.

—¿Qué… estás… haciendo? —le espetó Alec con los dientes apretados, pero Jace alzó una mano sin apartar los ojos de Simon.

—Déjalo —dijo casi en un susurro—. Podría funcionar, he oído de ocasiones en que ha funcionado…

Isabelle, aún inconsciente, arqueó la espalda en los brazos de su hermano. Sufría convulsiones en la pierna. El talón de su bota se clavó en el suelo mientras la piel comenzaba a unirse de nuevo. La sangre de Simon caía en un torrente continuo, cubriendo la herida, pero incluso bajo la sangre, Clary pudo ver que piel nueva y rosada estaba reemplazando la desgarrada masa de carne.

Isabelle abrió los ojos. Grandes y oscuros. Hacía un instante tenía los labios casi blancos, pero estaban recuperando el color. Miró a Simon sin comprender, y luego se miró la pierna.

La piel que había sido desgarrada y arrancada estaba limpia y pálida, solo quedaba una leve media luna de cicatrices blancas regularmente

espaciadas para mostrar dónde habían penetrado los dientes del demonio. La sangre de Simon seguía goteándole lentamente por los dedos, aunque la herida de la muñeca estaba casi cerrada. Se lo veía pálido. Clary se dio cuenta, preocupada, de que estaba mucho más pálido de lo normal, y que las venas le sobresalían negras contra la piel. Simon se volvió a llevar la muñeca a la boca, con los colmillos preparados…

—¡Simon, no! —exclamó Isabelle, mientras trataba de sentarse apoyándose en Alec, que la miraba con ojos sorprendidos.

Clary cogió a Simon por la muñeca.

—Ya está bien —le dijo. Simon tenía la manga manchada de sangre, al igual que la camisa y las comisuras de la boca. Su piel era fría al tacto y su muñeca no tenía pulso—. Está bien… Isabelle está bien —insistió, y lo hizo ponerse en pie—. Démosles un segundo —dijo suavemente, y lo acompañó para que se apoyase en la pared. Jace y Alec estaban inclinados sobre Isabelle y murmuraban en voz baja. Clary sujetó a Simon por la muñeca mientras este se dejaba caer contra la piedra y se le cerraban los ojos de debilidad.

19

EN LA TIERRA SILENCIOSA

La mujer Oscurecida tenía la piel pálida y una larga melena cobriza, que debía de haber sido hermosa, pero que ahora estaba llena de suciedad y de briznas de paja. A ella no parecía importarle, solo colocó las bandejas de comida en el suelo y se alejó de los prisioneros. Había dejado unas gachas caldosas y grises para Magnus y Luke, y una botella de sangre para Raphael.

Ni Luke ni Magnus se acercaron a la comida. Magnus se encontraba demasiado enfermo para tener apetito. Además, tenía la vaga sospecha de que Sebastian había envenenado o drogado, o ambas cosas, las gachas. Pero Raphael cogió la botella y bebió con ganas; tragó sin detenerse hasta que la sangre le corrió por las comisuras de los labios.

—Va, va, Raphael —dijo una voz desde las sombras, y Sebastian Morgenstern apareció en el marco de la puerta. La mujer Oscurecida inclinó la cabeza y se apresuró a salir, cerrando la puerta a su espalda.

Sebastian tenía un parecido asombroso con su padre a esa edad, pensó Magnus. Esos extraños ojos negros, totalmente negros, sin la más leve traza de castaño o avellana, el tipo de rasgo que resultaba hermoso por ser poco común. La misma expresión fanática en la sonrisa. Jace nunca había tenido eso. Había sido temerario y había disfrutado de la alegría anárquica de la autoaniquilación imaginaria, pero no era ningún fanático. Y justamente por

eso, pensó Magnus, era por lo que Valentine se lo había sacado de encima. Para aplastar a la oposición se necesitaba un martillo, y Jace era un arma más delicada que todo eso.

—¿Dónde está Jocelyn? —preguntó Luke, con un leve rugido, los puños apretados a los costados. Magnus se preguntó cómo sería para Luke mirar a Sebastian, si el parecido con Valentine, que en un tiempo había sido su *parabatai*, le resultaría doloroso, o si esa pérdida había dejado de dolerle hacía tiempo—. ¿Dónde está?

Sebastian se rio, y en eso era algo diferente a él. Valentine nunca había sido un hombre que riera con facilidad. El humor sarcástico de Jace debía de haberle llegado por la sangre, una característica claramente Herondale.

—Está bien —respondió—, muy bien, con lo que quiero decir que sigue viva. Que es lo mejor que puedes esperar, la verdad.

—Quiero verla —exigió Luke.

—Hmmm —murmuró Sebastian, como si se lo estuviera pensando—. No, no veo qué ventaja me puede reportar.

—Es tu madre —dijo Luke—, podrías ser amable con ella.

—Eso no es de tu incumbencia, perro. —Por primera vez había una sombra de juventud en la voz de Sebastian, un tonillo de petulancia—. Tú, tocando a mi madre por todas partes, haciéndole creer a Clary que eres de su familia…

—Soy más familia de ella que tú —replicó Luke, y Magnus le lanzó una mirada de advertencia mientras Sebastian palidecía y los dedos casi se le iban hacia el cinturón, donde era visible la empuñadura de la espada Morgenstern.

—No —dijo Magnus en voz baja, y luego subió el tono—: Sabes que si tocas a Luke, Clary te odiará, y Jocelyn también.

Sebastian apartó la mano de la espada con un esfuerzo visible.

—Y he dicho que nunca he intentado hacerle daño.

—No, solo tenerla como rehén —repuso Magnus—. Quieres algo, algo de la Clave o algo de Clary y Jace. Supongo que esto último. La Clave nunca te ha interesado demasiado, pero sí que te importa lo que piensa tu hermana. Ella y yo estamos muy unidos, por cierto.

—No tan unidos. —El tono de Sebastian era fulminante—. No voy a perdonar la vida a todos los que la hayan conocido. No estoy tan loco.

—Pues pareces muy loco —soltó Raphael, que había guardado silencio hasta ese momento.

—Raphael —dijo Magnus en tono de advertencia, pero Sebastian no parecía haberse molestado. Miraba a Raphael como sopesándolo.

—Raphael Santiago —dijo—. Jefe del clan de Nueva York, ¿o no lo eres? No, era Camille la que ostentaba esa posición, y ahora es esa niña loca. Debe de ser muy frustrante para ti. Me parece que los cazadores de sombras de Manhattan deberían haber intervenido antes de ahora. Ni Camille ni la pobre Maureen Brown eran adecuadas como líderes. Rompieron los Acuerdos; no les importaba la Ley en absoluto. Pero a ti sí. Me parece que de todas las razas de subterráneos, los vampiros son los que peor trato han recibido de los cazadores de sombras. Solo hace falta ver tu situación.

—Raphael —repitió Magnus, y trató de inclinarse hacia adelante para mirar al vampiro a los ojos, pero las cadenas lo retenían con fuerza, tintineando. Hizo una mueca ante el dolor en las muñecas.

Raphael estaba acuclillado, con las mejillas sonrojadas producto de su última comida. Tenía el cabello alborotado y parecía tan joven como cuando Magnus lo había conocido.

—No sé por qué me estás diciendo todo esto —repuso.

—No puedes decir que yo te haya maltratado más que tus jefes vampiro —continuó Sebastian—. Te he alimentado. No te he puesto en una jaula. Sabes que ganaré; todos lo sabéis. Y cuando llegue ese día, me aseguraré con gusto de que tú, Raphael, gobiernes sobre todos los vampiros de Nueva York. De hecho, sobre todos los vampiros de Norteamérica. Te los cedo. Todo lo que necesito es que traigas a los otros Hijos de la Noche a mi lado. Los seres mágicos ya se han unido a mí. La corte siempre elige el bando del vencedor. ¿No deberías hacer lo mismo?

Raphael se puso en pie. Tenía sangre en las manos. Se las miró con el ceño fruncido. Raphael era de lo más escrupuloso.

—Eso parece razonable —afirmó—. Me uniré a ti.

Luke hundió el rostro entre las manos.

—Raphael —gruñó Magnus con los dientes apretados—, de verdad que has conseguido llegar a lo más bajo.

—Magnus, no importa —intervino Luke. Estaba siendo protector, y Magnus lo sabía. Raphael ya se había puesto junto a Sebastian—. Que se vaya. No será ninguna pérdida.

Raphael resopló.

—Ninguna pérdida, dices —replicó—. Estoy harto de vosotros, idiotas, tirados en esta celda, gimiendo por vuestros amigos y amantes. Sois débiles y siempre lo habéis sido…

—Debería haberte dejado salir a la luz del día —repuso Magnus, y su voz era de hielo.

Raphael hizo una mueca de dolor. Fue un breve instante, pero Magnus lo vio. Aunque tampoco le proporcionó una gran satisfacción.

Sebastian también lo vio, y la mirada de sus oscuros ojos se intensificó. Sacó un puñal del cinturón, fino, con una hoja muy estrecha. Una misericordia, el tipo de cuchillo hecho para meterse por las juntas de una armadura y propinar el golpe mortal.

Raphael, al ver el destello del metal, se echó rápidamente atrás, pero Sebastian sonrió y le dio la vuelta al puñal en la mano. Se lo ofreció a Raphael, con el mango por delante.

—Cógelo.

Raphael extendió la mano con una mirada de sospecha. Cogió el puñal y lo sujetó, dejándolo balancearse… A los vampiros no les gustaban demasiado las armas. Ellos eran sus propias armas.

—Muy bien —dijo Sebastian—. Ahora, sella nuestro acuerdo con sangre. Mata al brujo.

El puñal cayó de la mano de Raphael y golpeó el suelo. Con una mirada de irritación, Sebastian se agachó, lo recogió y volvió a ponérselo en la mano al vampiro.

—Nosotros no matamos con cuchillos —repuso Raphael, y pasó la mirada de la hoja a la fría expresión de Sebastian.

—Ahora sí —replicó Sebastian—. No voy a dejarte que le abras el cuello; demasiado sucio, demasiado fácil equivocarse. Haz lo que te digo. Ve al brujo y apuñálalo hasta matarlo. Córtale el cuello, agujeréale el corazón, lo que quieras.

Raphael se volvió hacia Magnus. Luke avanzó. Magnus alzó una mano en advertencia.

—Luke —dijo—. No.

—Raphael, si lo haces, no habrá paz entre la manada y los Hijos de la Noche, ni ahora ni nunca —lo amenazó Luke. Los ojos le brillaban con un frío tono azul.

Sebastian soltó una carcajada.

—No estarás pensando en que volverás a tener el mando de esa manada, ¿verdad, Lucian Graymark? Cuando gane esta guerra, y la ganaré, gobernaré con mi hermana a mi lado, y te meteré en una jaula para que ella te tire los huesos, si eso la divierte.

Raphael dio otro paso hacia Magnus. Sus ojos eran enormes. Tantas veces el crucifijo que llevaba en el cuello le había hecho daño que la cicatriz ya era permanente. El cuchillo relució en su mano.

—Si crees que Clary toleraría… —comenzó Luke, y luego se apartó. Fue hacia Raphael, pero Sebastian se puso frente a él, cortándole el paso con la espada Morgenstern.

Con un extraño desapego, Magnus observó a Raphael acercársele. El corazón le golpeaba dentro del pecho, de eso sí era consciente, pero no tenía miedo. Había estado muchas veces a las puertas de la muerte; tantas que la idea ya no lo asustaba. A veces pensaba que, en parte, la ansiaba, ansiaba ese país desconocido, ese lugar en el que nunca había estado, esa experiencia que aún no había vivido.

La punta del puñal le tocó el cuello. A Raphael le temblaba la mano. Magnus notó el pinchazo cuando la hoja le arañó el centro del cuello.

—Así —dijo Sebastian con una sonrisa salvaje—. Córtale el cuello. Deja que su sangre caiga al suelo. Ha vivido demasiados años.

Entonces, Magnus pensó en Alec, en sus ojos azules y su serena sonrisa. Pensó en cuando se alejó de Alec en los túneles de Nueva York. Pensó en

por qué lo había hecho. Sí, que Alec fuera a ver a Camille había hecho que se enfadara, pero había sido más que eso.

Recordó a Tessa llorando en sus brazos en París, y haber pensado que él nunca había experimentado una pérdida como la que ella sentía, porque él nunca había amado como ella, y que temía que algún día le pasara, y como Tessa, perdiera a su amor mortal. Y que era mejor ser el que moría que el que seguía viviendo.

Más tarde había guardado eso en un rincón de su memoria, como una fantasía mórbida, y no había vuelto a recordarlo hasta que ocurrió lo de Alec. Le había roto el corazón alejarse de él. Pero que un inmortal amara a un mortal… Esa había sido la destrucción de muchos dioses, y si había destruido a dioses, Magnus no podía esperar nada mejor. Miró a Raphael a través de las pestañas.

—Recuerda —dijo en voz baja, tan baja que dudaba de que Sebastian lo oyera—. Sabes que estás en deuda conmigo.

—Me salvaste la vida —repuso Raphael, pero su voz era hueca—. Una vida que nunca quise.

—Muéstrame que hablas en serio, Santiago —insistió Sebastian—. Mata al brujo.

La mano de Raphael se cerró con fuerza alrededor del mango del puñal. Los nudillos se le pusieron blancos.

—No tengo alma —le dijo a Magnus—. Pero te hice una promesa ante la puerta de mi madre, y ella era sagrada para mí.

—Santiago… —comenzó Sebastian.

—Entonces era un niño. Ahora no lo soy. —El puñal cayó al suelo. Raphael se volvió y miró a Sebastian con sus grandes ojos claros—. No puedo —dijo—. No lo haré. Tengo una deuda con él desde hace muchos años.

Sebastian estaba muy quieto.

—Me decepcionas, Raphael —dijo, y enfundó la espada Morgenstern. Dio un paso y recogió el puñal, que estaba a los pies de Raphael, y le dio la vuelta en la mano. Un rayo de luz destelló en la hoja, una lágrima de fuego —. Me decepcionas mucho —repitió, y entonces, con demasiada rapidez

como para que el ojo pudiera seguirlo, hundió la hoja en el corazón de Raphael.

Hacía mucho frío en la morgue del hospital. Maia no temblaba, pero lo notaba como puntas de aguja contra la piel.

Catarina estaba apoyada en el armario de compartimentos de acero donde se guardaban los cadáveres, que cubría toda una pared. La fosforescencia amarillenta de la luz la mostraba como desvaída, una mancha azul pálido en bata verde. Mascullaba para sí en un idioma extraño que a Maia le producía escalofríos.

—¿Dónde está? —preguntó Bat. Empuñaba un cuchillo de caza en una mano y en la otra llevaba una jaula para perros grandes. Dejó caer la jaula con un clanc metálico, y recorrió la sala con la mirada.

Había dos mesas de acero en el centro de la morgue. Mientras Maia miraba, una de ellas comenzó a avanzar lentamente. Las ruedas giraban sobre las losetas del suelo.

Catarina señaló.

—Ahí —dijo. Su mirada se posó sobre la jaula; hizo un gesto con los dedos, y esta pareció vibrar y chispear—. Bajo la mesa.

—No me digas —repuso Lily, arrastrando las palabras, y avanzó taconeando. Se inclinó para mirar bajo la mesa, y saltó hacia atrás soltando un grito. Voló por el aire y aterrizó en una de las encimeras, donde se colgó como un murciélago, con parte del cabello saliéndosele de la cola en que lo llevaba recogido—. Es horroroso —exclamó.

—Es un demonio —indicó Catarina. La mesa dejó de moverse—. Seguramente un dantalion o algún otro tipo de necrófago. Se alimentan de los muertos.

—¡Oh, por el amor de la luna! —exclamó Maia, y dio un paso adelante. Antes de que llegara a donde se escondía el demonio, Bat le dio una patada a la mesa con la bota. Esta se fue de lado con un fuerte estruendo y dejó ver a la criatura que había debajo.

Lily tenía razón: era horroroso. Del tamaño de un perro grande, pero parecía una bola de palpitantes intestinos grises tachonada de riñones malformados y nódulos de pus y sangre. Un único ojo amarillento y lloroso los miraba entre el revoltijo de órganos.

—¡Puaj! —exclamó Bat.

—Te lo he dicho —soltó Lily, justo cuando un largo tramo de intestino salió disparado del demonio y se le enrolló a Bat en el tobillo. Bat cayó al suelo con un gesto de dolor.

—¡Bat! —gritó Maia, pero antes de que pudiera moverse, él se retorció y dio un tajo con el cuchillo a la materia pulsante que lo aprisionaba. Se echó corriendo hacia atrás mientras el icor del demonio regaba el suelo.

—¡Qué asco! —exclamó Lily. Estaba sentada en la encimera, sujetando un objeto rectangular de metal, su móvil, como si pudiera alejar al demonio con él.

Bat se puso en pie mientras el demonio correteaba hacia Maia. Ella le pegó una patada, y la cosa rodó hacia atrás con un ruido de enfadado chapoteo. Bat miró su cuchillo. El metal se estaba deshaciendo a causa del icor. Lo soltó con un gruñido de asco.

—Armas —dijo, mirando alrededor—. Necesito un arma…

Maia agarró un escalpelo de una mesa y lo lanzó. Se clavó en la criatura con un sonido pringoso. El demonio chilló. Al cabo de un instante, el escalpelo salió disparado como lanzado por una tostadora especialmente potente. Resbaló por el suelo, derritiéndose y burbujeando.

—¡Las armas ordinarias no les hacen nada! —Catarina avanzó, alzando la mano derecha, rodeada de una llama azul—. Solo las hojas con runas…

—¡Entonces consigamos una de esas! —gritó Bat mientras retrocedía apartándose de la criatura pulsante que corría hacia él.

—¡Solo los cazadores de sombras las usan! —replicó Catarina, y un rayo de fuego azul le salió de la mano. Alcanzó de pleno a la criatura y la envió rodando. Bat agarró la jaula, la colocó frente al demonio y la cerró cuando este rodó a su interior.

Maia puso el seguro y encerró al demonio. Todos se echaron atrás, y miraron horrorizados cómo este siseaba y se lanzaba contra los barrotes de

su prisión reforzada por la magia. Todos excepto Lily, que seguía apuntándolo con el móvil.

—¿Estás filmando esto? —preguntó Maia.

—Quizá —contestó Lily.

Catarina se pasó la manga por la frente.

—Gracias por la ayuda —dijo—. Ni siquiera la magia de un brujo puede contener a los dantalions, son muy resistentes.

—¿Por qué lo estás filmando? —le preguntó Maia a Lily.

La chica vampiro se encogió de hombros.

—Cuando el gato no está, lo ratones bailan… Siempre está bien recordar a los ratones que, en ese caso, cuando el gato no está, a los ratones se los comerán los demonios. Voy a enviar este vídeo a todos nuestros contactos subterráneos por el mundo. Solo para recordarles que hay demonios que necesitamos que destruyan los cazadores de sombras. Que por eso existen.

—No existirán mucho tiempo más —siseó el demonio dantalion. Bat soltó un grito y saltó otro metro hacia atrás. Maia no lo culpó. La cosa había abierto la boca. Parecía como un escurridizo túnel negro lleno de dientes—. Mañana por la noche será el ataque. Mañana por la noche empezará la guerra.

—¿Qué guerra? —preguntó Catarina—. Dinos, criatura, o cuando te lleve a casa, te torturaré de todos los modos que se me ocurran…

—Sebastian Morgenstern —contestó el demonio—. Mañana por la noche atacará Alacante. Mañana por la noche, los cazadores de sombras dejarán de existir.

Un fuego ardía en medio de la cueva. El humo se arremolinaba hacia el alto techo abovedado, perdido entre las sombras. Simon notaba el calor de la hoguera, una tensión chispeante contra la piel más que la sensación real de calor. Supuso que hacía frío, ya que Alec se había puesto un grueso jersey y había envuelto cuidadosamente en una manta a Isabelle, que dormía

estirada en el suelo, con la cabeza en el regazo de su hermano. Pero Simon no lo podía notar.

Clary y Jace se habían ido a revisar los túneles y a asegurarse de que seguían libres de demonios y otros posibles visitantes desagradables. Alec no había querido separarse de Isabelle, y Simon se sentía excesivamente débil y mareado para pensar en moverse demasiado. Aunque no iba a dejar que los otros lo supieran. Técnicamente, estaba de vigilancia, escuchando por si algo se acercaba a ellos desde la oscuridad.

Alec miraba las llamas. La luz amarilla lo hacía parecer más cansado, más viejo.

—Gracias —dijo de repente.

Simon casi pegó un brinco. Alec no le había dicho ni una palabra desde: «¿Qué estás haciendo?».

—¿Por qué?

—Por salvar a mi hermana —contestó. Pasó la mano por la oscura melena de Isabelle—. Sé… —comenzó un poco a trompicones—, quiero decir, sabía, cuando vinimos aquí, que esta podía ser una misión suicida. Sabía que era peligroso. Sé que no puedo esperar que sobrevivamos todos. Pero pensé que sería yo, no Izzy…

—¿Por qué? —preguntó Simon. La cabeza le dolía, y tenía la boca seca.

—Porque preferiría ser yo —respondió Alec—. Ella es… Isabelle. Es lista y dura y una gran guerrera. Mejor que yo. Se merece estar bien, ser feliz. —Miró a Simon a través del fuego—. Tú también tienes una hermana, ¿verdad?

Simon se sorprendió ante esa pregunta. Nueva York parecía un mundo aparte, una vida distinta.

—Rebecca —contestó—. Así se llama.

—¿Y qué le harías a alguien que la hiciera infeliz?

Simon miró a Alec con recelo.

—Razonaría con él —contestó—. Lo convencería de que cambiara. Quizá un abrazo comprensivo.

Alec resopló y pareció a punto de replicarle; luego volvió la cabeza de golpe, como si hubiera oído algo. Simon alzó una ceja. No era corriente que

un humano oyera algo antes que un vampiro. Un momento después, reconoció el sonido y lo comprendió: era la voz de Jace. Se vio luz bailando al final del túnel más lejano, y Clary y Jace aparecieron. Ella sujetaba una luz mágica en la mano.

Incluso con botas, Clary apenas le llegaba a Jace al hombro. No se tocaban, pero avanzaron juntos hacia el fuego. Simon pensó que aunque se los veía como pareja desde la primera vez que regresaron de Idris, ahora parecían algo más. Parecían un equipo.

—¿Algo interesante? —preguntó Alec cuando Jace se sentó junto al fuego.

—Clary ha puesto unas runas de *glamour* en las entradas de la cueva. Nadie debería ser capaz de ver que hay un camino hacia aquí.

—¿Cuánto tiempo durarán?

—Esta noche, quizá hasta mañana —respondió Clary mirando a Izzy—. Como las runas se desvanecen antes en este lugar, tendré que ir a comprobarlas más tarde.

—Y yo tengo una mejor idea de dónde estamos situados con relación a Alacante. Estoy bastante seguro de que el páramo rocoso donde estuvimos anoche —Jace señaló el túnel situado más a la derecha— queda por encima de lo que solía ser el bosque de Brocelind.

Alec entrecerró los ojos.

—Es deprimente. Ese bosque era… hermoso.

—Ya no. —Jace negó con la cabeza—. Solo tierra muerta hasta donde alcanza la vista. —Se inclinó y le acarició el cabello a Isabelle, lo que hizo que Simon sintiera una llamita de estúpidos celos… que él pudiera tocarla así, mostrar su afecto sin pensar—. ¿Cómo está?

—Bien. Durmiendo.

—¿Crees que mañana estará lo suficientemente recuperada como para moverse? —La voz de Jace mostraba su ansiedad—. No podemos quedarnos aquí. Ya hemos enviado suficientes señales de que estamos presentes. Si no encontramos a Sebastian, él nos encontrará antes. Y nos estamos quedando sin comida.

Simon no oyó el murmullo de respuesta de Alec. Una repentina punzada de dolor lo atravesó y se dobló en dos. Sintió que se quedaba sin aliento, aunque él no respiraba. Aun así, le dolía el pecho, como si le hubieran arrancado algo de su interior.

—¡Simon, Simon! —exclamó Clary, mientras le ponía la mano en el hombro, y él la miró. Sus ojos derramaban lágrimas teñidas de sangre—. Simon, ¿qué te pasa? —preguntó ella, frenética.

Él se incorporó lentamente. El dolor estaba comenzando a disminuir.

—No lo sé. Ha sido como si alguien me atravesara el corazón con un puñal.

Al instante, Jace se arrodilló frente a él, con los dedos bajo la barbilla de Simon. Su mirada dorada le escrutó el rostro.

—Raphael —dijo Jace finalmente, con voz carente de expresión—. Es tu hacedor, fue su sangre la que te hizo vampiro.

Simon asintió.

—¿Y?

Jace negó con la cabeza.

—Nada —masculló—. ¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste?

—Estoy bien —respondió Simon, pero Clary ya le había cogido la mano derecha y se la alzaba: el anillo de oro de las hadas le destellaba en el dedo. Tenía la mano de un blanco cadavérico, las venas se veían negras por debajo de la piel, como una red de grietas en el mármol—. No estás bien. ¿No has comido todavía? ¡Has perdido toda esa sangre…!

—Clary…

—¿Dónde están las botellas que trajiste? —Miró alrededor, buscando la mochila de Simon, y la encontró apoyada contra la pared. Tiró de ella—. Simon, si no empiezas cuidarte mejor…

—No. —Simon le quitó la mochila de la mano; ella lo miró con cara de enfado—. Se rompieron —explicó—. Las botellas se rompieron cuando estábamos luchando contra los demonios en la Sala de los Acuerdos. No queda sangre.

Clary se puso en pie.

—Simon Lewis —soltó furiosa—. ¿Y por qué no has dicho nada?

—¿Decir algo sobre qué? —Jace se apartó de Isabelle.

—Simon está muriéndose de hambre —explicó Clary—. Ha perdido mucha sangre para curar a Izzy, y sus suministros se rompieron en la Sala…

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntó Jace, mientras se levantaba y se echaba hacia atrás un rizo de cabello rubio.

—Porque no es que haya muchos animales con los que pueda alimentarme —contestó Simon.

—Estamos nosotros —repuso Jace.

—No quiero alimentarme con la sangre de mis amigos.

—¿Por qué no? —Jace rodeó la hoguera y miró a Simon desde arriba; su expresión era de sincera curiosidad—. Ya hemos pasado por esto antes, ¿no? La última vez que estabas muriéndote de hambre te di mi sangre. Quizá fuera un poco homoerótico, pero no tengo ninguna duda sobre mi sexualidad.

Simon suspiró interiormente. Se daba cuenta de que bajo esa frivolidad, Jace le hacía una oferta totalmente sincera. Probablemente menos porque fuera algo sensual que porque Jace tenía un impulso suicida del tamaño de Brooklyn.

—No voy a morder a alguien con las venas llenas de fuego celestial —replicó Simon—. No tengo ningunas ganas de tostarme de dentro afuera.

Clary se echó a un lado el cabello para dejar el cuello despejado.

—Ven aquí, bebe mi sangre. Siempre te he dicho que cuando quisieras…

—No —saltó Jace al instante, y Simon lo vio recordando la bodega del barco de Valentine, el modo en que Simon le dijo: «Te habría matado» y Jace le contestó, sorprendentemente: «Te habría dejado».

—Oh, por el amor de Dios. Acabemos de una vez. —Alec se puso en pie y dejó a Izzy con cuidado sobre la manta. Le remetió el extremo y se incorporó.

Simon dejó caer la cabeza contra la pared de la cueva.

—Si ni siquiera te caigo bien —apuntó—. ¿Y ahora me estás ofreciendo tu sangre?

—Has salvado a mi hermana. Estoy en deuda contigo. —Alec se encogió de hombros. Su sombra se dibujó larga y oscura bajo la luz de las llamas.

—Bien. —Simon puso una expresión de incomodidad—. De acuerdo.

Clary bajó la mano. Un momento después, Simon se la cogió y lo dejó que la ayudara a ponerse en pie. No podía evitar mirar a Isabelle, dormida, medio envuelta en la manta azul de Alec. Respiraba, lenta y firmemente. Izzy aún respiraba, gracias a él.

Simon dio un paso hacia Alec y trastabilló. Alec lo agarró y lo ayudó a recuperar el equilibrio. Cogía el hombro de Simon con fuerza. Este notó la tensión de Alec, y de repente se dio cuenta de lo extravagante que resultaba esa situación: Jace y Clary mirándolos directamente, y Alec como si se estuviera preparando para que le echaran un cubo de agua helada por la cabeza.

Volvió la cabeza un poco hacia la izquierda para dejar el cuello al descubierto. Miraba fijamente la pared opuesta. Simon decidió que no parecía tanto alguien a punto de recibir un chorro de agua helada por la cabeza como alguien a punto de soportar un incómodo examen en la consulta del médico.

—No voy a hacerlo delante de todos —anunció Simon.

—No es el juego de la botella, Simon —dijo Clary—. Solo es comida. No quiero decir que tú seas comida, Alec —añadió cuando este le lanzó una mirada asesina. Clary alzó las manos—. Dejémoslo.

—Oh, por el Ángel… —comenzó Alec, y cerró la mano alrededor del brazo de Simon—. Vamos —dijo, y lo arrastró por el túnel que llevaba hacia la verja, justo lo suficiente para que los otros no los vieran.

Aunque Simon sí que oyó lo último que Jace comentó antes de dejar de oírlos.

—¿Qué? Necesitan intimidad. Es un momento muy privado.

—Creo que deberías dejarme morir —soltó Simon.

—Cierra el pico —replicó Alec, y lo empujó contra la pared de la caverna. Miró a Simon, pensativo—. ¿Tiene que ser en el cuello?

—No —respondió Simon, que se sentía como si estuviera en medio de un sueño disparatado—. La muñeca también va bien.

Alec comenzó a subirse la manga del jersey. Tenía el brazo despejado y pálido excepto por las Marcas, y Simon le veía las venas bajo la piel. A pesar de sí mismo, notó el pinchazo del hambre, que lo sacaría del agotamiento. Oía correr la sangre, suave y salada, sabrosa con el gusto de la luz del sol. Sangre de cazador de sombras, como la de Izzy. Se pasó la lengua por los dientes superiores, y se sorprendió levemente al notar que los caninos se le endurecían y se le alargaban.

—Quiero que sepas —dijo Alec mientras le tendía la muñeca—, que soy consciente de que para vosotros, los vampiros, esto de alimentaros tiene a veces una connotación sexual.

Simon lo miró con los ojos muy abiertos.

—Puede ser que mi hermana me haya explicado más de lo que yo quería saber —admitió Alec—. De todas formas, lo que digo es que no me atraes en absoluto.

—Bien —asintió Simon, y le cogió la mano. Intentó agarrársela de un modo fraternal, pero no le acabó de salir bien, teniendo en cuenta que debía doblar la mano de Alec hacia atrás para alcanzar la parte vulnerable de la muñeca—. Bueno, tampoco es que tú me hagas mucho tilín, así que supongo que estamos a la par. Aunque, podrías haberlo fingido durante cinco…

—No, no podría —replicó Alec—. Odio que los tíos hetero piensen que todos los tíos gays se sienten atraídos por ellos. No me atraen todos los tíos, del mismo modo que a ti no te atraen todas las chicas.

Simon respiró hondo. Siempre era una sensación extraña, eso de respirar cuando en realidad no lo necesitaba, pero resultaba calmante.

—Alec, relájate. No creo que estés enamorado de mí. Lo cierto es que la mayor parte del tiempo creo que me odias.

Alec se sorprendió al oír esto.

—No te odio. ¿Por qué iba a odiarte?

—¿Porque soy un subterráneo? ¿Porque soy un vampiro enamorado de tu hermana y tú estás convencido de que ella es demasiado buena para mí?

—¿Y no es cierto? —soltó Alec, pero lo dijo sin rencor. Sonrió un poco, esa sonrisa Lightwood que le iluminaba el rostro e hizo que Simon pensara en Izzy—. Es mi hermana pequeña. Creo que es demasiado buena para todos. Pero tú… tú eres una buena persona, Simon. Y no importa que seas un vampiro. Eres leal y listo, y haces… haces feliz a Isabelle. No sé por qué, pero así es. Sé que no me caíste bien cuando te conocí. Pero eso ha cambiado. ¿Y cómo voy a juzgar a mi hermana por salir con un subterráneo?

Simon permaneció muy quieto. Alec no tenía problemas con los brujos, pensó. Eso era más que evidente. Pero los brujos nacían así. Alec era el más conservador de los hijos Lightwood, no amaba el caos ni correr riesgos como Jace e Isabelle, y a Simon siempre le había dado la impresión de que él pensaba que un vampiro era un humano transformado en algo malo.

—Tú no aceptarías ser vampiro —repuso Simon—. Ni siquiera para estar con Magnus para siempre. ¿Me equivoco? No querías vivir para siempre, y quisiste quitarle su inmortalidad. Por eso rompió contigo.

Alec se encogió de hombros.

—No —contestó—. No, no querría ser vampiro.

—Entonces, crees que soy inferior a ti —concluyó Simon.

A Alec se le quebró la voz.

—Lo estoy intentando —aseguró, y Simon lo sintió, sintió lo mucho que Alec quería que eso fuera cierto, que quizá era hasta un poco cierto. Y después de todo, si Simon no hubiera sido un vampiro, aún seguiría siendo un mundano, todavía inferior. Notó el pulso de Alec acelerarse en la muñeca—. Adelante —dijo, sufriendo por la espera—. Hazlo de una vez.

—Prepárate —le advirtió Simon, y se llevó la muñeca de Alec a la boca. A pesar de la tirantez que había entre ambos, su cuerpo, hambriento y necesitado, respondió. Se le tensaron los músculos, y los colmillos emergieron ansiosos. Vio cómo se le oscurecían los ojos a Alec, por la sorpresa y el temor. A Simon, el hambre le recorrió el cuerpo como fuego, y habló desde las asfixiantes profundidades de ese fuego, tratando de decirle algo humano a Alec. Esperó ser lo suficientemente inteligible a pesar de los colmillos—. Siento lo de Magnus.

—Yo también. Ahora, muerde —insistió Alec, y Simon lo hizo. Los colmillos atravesaron la piel de Alec, rápida y limpiamente, y la sangre le llenó la boca. Oyó a Alec ahogar un grito, y sin darse cuenta, Simon lo cogió con más fuerza, como para impedir que Alec se apartara. Pero Alec ni siquiera lo intentó. Simon podía oír los latidos de su corazón resonándole en las venas como el repicar de una campana. Con la sangre de Alec, Simon notó el sabor metálico del miedo, la chispa de dolor y la intensa llama de algo más, algo que ya había saboreado la vez que bebió la sangre de Jace en el sucio suelo de metal del barco de Valentine. Quizá, a fin de cuentas, todos los cazadores de sombras tuvieran impulsos suicidas.

20

LAS SERPIENTES DEL POLVO

Cuando Alec y Simon regresaron a la caverna central, encontraron a Isabelle aún durmiendo, hecha un ovillo sobre un montón de mantas. Jace estaba sentado junto al fuego, apoyado hacia atrás en las manos; el juego de luz y sombras le bailoteaba en el rostro. Clary estaba tumbada con la cabeza en su regazo, aunque Simon pudo ver por el brillo de sus ojos, mientras los observaba acercarse, que no dormía.

Jace alzó las cejas.

—¿Os sonrojáis, chicos?

Alec lo miró enfadado. Se detuvo con la muñeca izquierda vuelta hacia dentro, para ocultar las marcas de dientes, aunque casi habían desaparecido gracias al *iratze* que se había dibujado en la muñeca. No apartó a Simon, lo dejó beber hasta que este se detuvo, y como resultado, estaba un poco pálido.

—No ha sido sexy —dijo.

—Un poco sexy, sí —repuso Simon. Se sentía mucho mejor después de alimentarse, y no pudo evitar tomarle el pelo a Alec.

—No lo ha sido —insistió Alec.

—Yo he sentido algo —siguió Simon.

—Pues sufre todo lo que quieras cuando estés solo —replicó Alec, y se agachó para coger la mochila—. Voy a hacer guardia.

Clary se sentó bostezando.

—¿Estás seguro? ¿Necesitas una runa que te produzca sangre?

—Ya me he puesto dos —contestó Alec—. Estaré bien. —Se incorporó y miró a su hermana dormida—. Solo cuidad de Isabelle, ¿vale? —Miró a Simon—. Sobre todo tú, vampiro.

Alec se fue por uno de los túneles, su luz mágica proyectaba una sombra larga y delgada contra la pared de la cueva. Jace y Clary intercambiaron una rápida mirada antes de que Jace se pusiera en pie y siguiera a Alec por el túnel. Simon podía oír sus voces, suaves murmullos resonando contra las rocas, pero no consiguió distinguir qué decían.

Lo que dijo Alec antes de marcharse se repitió en su cabeza: «Cuidad de Isabelle». Y pensó en lo que había dicho Alec en el túnel: «Eres leal y listo, y haces… haces feliz a Isabelle. No sé por qué, pero así es».

La idea de hacer feliz a Isabelle lo inundó con una sensación de calidez. Se sentó junto a ella. Isabelle era como un gato, aovillada en un revoltijo de mantas, con la cabeza apoyada en el brazo. Se tumbó con cuidado a su lado. Estaba viva gracias a él, y su hermano había hecho lo más parecido a darles su bendición.

Oyó a Clary, al otro lado del fuego, reír suavemente.

—Buenas noches, Simon —dijo.

Simon notaba el cabello de Isabelle, tan suave como seda tejida, bajo la mejilla.

—Buenas noches —dijo, y cerró los ojos, con las venas llenas de sangre Lightwood.

Jace alcanzó sin problema a Alec, que se había detenido donde el túnel se curvaba hacia la verja. Las paredes del túnel eran lisas, como gastadas por años de agua o viento, no por el trabajo de los cinceles, aunque Jace no tenía ninguna duda de que esos pasillos estaban hechos por el hombre.

Alec, apoyado en la pared de la cueva, esperando a Jace, alzó la luz mágica.

—¿Pasa algo?

Jace redujo el paso al acercarse a su *parabatai*.

—Solo quería asegurarme de que estás bien.

Alec encogió los hombros.

—Tanto como cabe esperar, supongo.

—Lo siento —dijo Jace—. Lo siento de nuevo. Corro riesgos estúpidos. No puedo evitarlo.

—Nosotros te dejamos hacerlo —repuso Alec—. A veces tus riesgos valen la pena. Te dejamos porque tenemos que dejarte. Porque si no te dejáramos hacerlo, nada se haría nunca. —Se frotó el rostro con la manga rota—. Isabelle diría lo mismo.

—No llegamos a acabar nuestra conversación de antes —le recordó Jace—. Solo quería decir que no tienes que estar bien siempre. Te pedí que fueras mi *parabatai* porque te necesitaba, pero tú puedes necesitarme también. Esto —señaló su runa de *parabatai*— significa que tú eres la otra mitad de mí, la mejor, y me importas más de lo que me importo yo mismo. Recuérdalo. Siento no haberme dado cuenta de lo que estabas sufriendo. No lo vi, pero ahora lo veo.

Alec se quedó muy quieto durante un momento, casi sin respirar. Luego, para sorpresa de Jace, extendió la mano y le alborotó el cabello, del modo que un hermano mayor se lo haría a su hermano pequeño. Su sonrisa era cauta, pero cargada de auténtico cariño.

—Gracias por verme —dijo, y siguió avanzando por el túnel.

—Clary…

Esta se despertó lentamente, arrancándose de dulces sueños de calor y fuego, del olor a heno y manzanas. En el sueño, estaba en la granja de Luke, colgando boca abajo de la rama de un árbol, riendo mientras Simon la saludaba desde abajo. Lentamente fue notando la dura piedra bajo las caderas y la espalda, la cabeza apoyada en las piernas de Jace.

—Clary —repitió él, aún susurrando. Simon e Isabelle estaban tumbados, juntos, a cierta distancia, un oscuro montón entre las sombras.

Los ojos de Jace brillaron cuando la miró, oro pálido bailando con el reflejo del fuego—. Quiero un baño.

—Sí, bueno, y yo quiero un millón de dólares —repuso ella, frotándose los ojos—. Todos queremos algo.

Él enarcó una ceja.

—Va, piénsalo —dijo—. Aquella caverna… La que tenía el lago… Podríamos…

Clary pensó en la caverna, en la cristalina agua azul, tan profunda como el ocaso, y de repente se notó como si tuviera una capa de suciedad incrustada encima: polvo, sangre, icor y sudor, y el cabello enredado en una grasienta masa.

A Jace le bailaba la emoción en los ojos, y Clary notó un impulso familiar en el pecho, ese impulso que sentía desde que lo conoció. No podría decir exactamente el momento en que se había enamorado de Jace, pero siempre había habido algo en él que le recordaba a un león, a un animal salvaje libre de toda atadura, la promesa de una vida de libertad. Nunca «no puedo», sino siempre al contrario: «puedo». Siempre el riesgo y la certeza, nunca el miedo y la duda.

Se puso en pie haciendo el menor ruido posible.

—Muy bien.

Él se levantó de un salto, la cogió de la mano y juntos fueron hacia el corredor del oeste que se apartaba de la cueva central. Andaban en silencio, con la luz mágica iluminando el camino, un silencio que Clary casi temía romper, como si fuera a destrozar la ilusión de calma de un sueño o un hechizo.

La enorme caverna se abrió ante ellos de repente, y ella guardó la piedra runa y apagó su luz. La luminiscencia de la caverna era suficiente: luz destellando de las paredes, de las brillantes estalactitas que colgaban del techo como témpanos electrificados. Cuchillos de luz que rasgaban las sombras. Jace soltó la mano de Clary y caminó los últimos pasos hasta el borde del agua, donde la pequeña playa brillaba por el polvo de mica. Se detuvo a unos pasos del agua.

—Gracias —le dijo a Clary.

Esta lo miró sorprendida.

—¿De qué?

—Anoche —contestó él—. Me salvaste. Creo que el fuego celestial me habría matado. Lo que hiciste…

—Aún no podemos decírselo a los demás —le advirtió ella.

—No lo hice anoche, ¿verdad? —preguntó. Era cierto, Jace y Clary habían mantenido la ficción de que Clary solo había ayudado a Jace a controlar y apagar el fuego, que nada más había cambiado.

—No podemos permitirnos que se les escape, aunque solo sea por una mirada o una expresión delatora —continuó ella—. Tú y yo ya tenemos práctica ocultando cosas a Sebastian, pero ellos no. No sería justo para ellos. Casi me gustaría que nosotros tampoco lo supiéramos…

Se calló, molesta por la falta de respuesta de Jace. Este miraba el agua, azul y profunda, de espaldas a ella. Clary dio un paso adelante y le tocó el hombro.

—Jace. Si quieres hacer otra cosa, si crees que deberíamos pensar en otro plan…

Él se volvió, y de repente Clary se halló dentro del círculo que formaban sus brazos. La sorpresa hizo que se estremeciera. Él le cubrió la espalda con las manos, los dedos acariciándola por encima de la camisa. Clary sintió un escalofrío, ideas que le volaban por la cabeza como plumas esparcidas por el viento.

—¿Cuándo te has vuelto tan cauta? —preguntó él.

—No soy cauta —replicó, mientras él le rozaba la sien con los labios. Su cálido aliento le agitó los rizos cercanos a la oreja—. Solo que no soy tú.

Notó que él se reía. Le bajó las manos por los costados y la agarró por la cintura.

—Eso, seguro que no. Sin duda eres mucho más guapa.

—Oh, ahora sí que creo que me amas —dijo ella, con la respiración acelerada mientras él le recorría el mentón con los labios, terriblemente despacio—. Porque nunca creí que admitirías que alguien es más guapo que tú. —Se sobresaltó cuando la boca de Jace encontró la suya, y notó cómo abría los labios para saborearla. Ella se dejó llevar por el beso, decidida a

recuperar parte del control. Le rodeó el cuello con los brazos, abrió la boca para él y le mordisqueó suavemente el labio inferior.

Eso tuvo más efecto del que se esperaba. Él le aferró las caderas con las manos y gimió sin apartar su boca de la de ella. Un momento después, se apartó, enrojecido, con los ojos brillándole.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Quieres esto?

Ella asintió, tragando saliva. Sentía todo el cuerpo vibrando como una cuerda de violín.

—Sí, lo quiero. Yo…

—Es que… durante tanto tiempo no he podido tocarte, y ahora puedo —dijo él—. Pero quizá este no sea el lugar…

—Bueno, estamos sucios —admitió ella.

—«Sucios» parece un poco moralista.

Clary le mostró las palmas de las manos. Tenía suciedad en la piel y bajo la uñas. Sonrió a Jace.

—Quiero decir literalmente —repuso ella, y señaló el agua con un movimiento de la cabeza—. ¿No íbamos a lavarnos? ¿En el agua?

La chispa en los ojos de Jace se oscureció cambiando a un tono ámbar.

—Cierto —dijo, y fue a bajarse la cremallera de la chaqueta.

Clary casi gritó: «¿Qué estás haciendo?», pero era evidente lo que estaba haciendo. Ella había dicho «en el agua», y no se iban a meter en el agua con el traje de combate puesto. Simplemente, Clary no había llegado tan lejos en su idea.

Jace dejó caer la chaqueta y se quitó la camiseta por encima de la cabeza; el cuello se le atascó un momento y Clary se lo quedó mirando, de repente hiperconsciente de que estaban solos, y del cuerpo de Jace: piel color de la miel recorrida por Marcas nuevas y viejas, una leve cicatriz bajo la curva del músculo pectoral. Un estómago plano y de músculos marcados que acababa en unas caderas estrechas. Había perdido peso, y el cinturón de las armas le colgaba un poco suelto. Piernas y brazos gráciles como los de un bailarín. Se acabó de quitar la camiseta y sacudió el brillante cabello, y Clary pensó, con un súbito vuelco en el estómago, que no era posible que él fuera de ella, que él no era el tipo de persona con la que la gente corriente

podía juntarse, y mucho menos tocarse, y entonces él la miró, con las manos en el cinturón, y esbozó su sonrisa de medio lado.

—¿Te vas a quedar con la ropa puesta? —preguntó—. Podría prometerte que no voy a mirar, pero mentiría.

Clary se bajó la cremallera de la chaqueta y se la tiró. Él la cogió y la dejó en un montón sobre su propia ropa. Sonreía como un niño travieso. Se desabrochó el cinturón y también lo dejó caer.

—Pervertido —dijo ella—. Aunque has ganado puntos por ser sincero.

—Tengo diecisiete años; todos somos unos pervertidos —replicó él, mientras se sacaba las botas con una sacudida y se quitaba los pantalones. Llevaba un bóxer negro, y Clary vio con alivio y algo de decepción que se los dejaba puestos mientras se metía en el agua hasta que le llegó a la rodilla—. O al menos, tendré diecisiete en unas semanas —dijo sin volver la cabeza—. He hecho los cálculos, con las cartas de mi padre y el día del Alzamiento. Nací en enero.

Algo en la completa normalidad de su tono tranquilizó a Clary. Se quitó las botas, se pasó la camiseta por la cabeza y luego se despojó de los pantalones. Se acercó hasta el borde del agua. La notó fresca pero no fría, cuando le salpicó los tobillos.

Jace la miró y sonrió. Luego su mirada fue bajando del rostro de Clary al resto del cuerpo, a las sencillas bragas de algodón y el sujetador. Clary deseó haberse puesto algo más bonito, pero la «lencería fina» no formaba parte de su lista a la hora de prepararse para ir a los reinos de los demonios. El sujetador era de algodón azul pálido, de la clase totalmente aburrida que se podía comprar en un supermercado, aunque Jace lo miraba como si fuera algo exótico y asombroso.

De repente, Jace sonrió y apartó la mirada. Se metió más en el agua, hasta que esta le llegó a los hombros. Se hundió y volvió a salir, menos sonrojado pero mucho más mojado, con el cabello dorado oscuro goteando.

—Es más fácil si entras deprisa —le aseguró.

Clary respiró hondo y se tiró de cabeza. El agua se cerró sobre ella. Era estupendo: azul oscuro cortado con hilos de plata por la luz proveniente de lo alto. La piedra pulverizada se había mezclado con el agua y le daba una

textura pesada y suave. Era fácil flotar. En cuanto se dejó ir, subió a la superficie como una boya, sacudiéndose el agua del cabello.

Suspiró aliviada. No tenían jabón, pero se frotó las manos una contra la otra y vio la mugre y la sangre deshacerse en el agua. Su cabello flotaba en la superficie, rojo mezclado con azul.

Un chorro de gotitas la hizo levantar la mirada. Jace estaba a unos pasos, sacudiéndose el cabello.

—Supongo que eso me hace un año mayor que tú —dijo—. Soy un robacunas.

—Seis meses —lo corrigió Clary—. Y eres capricornio, ¿no?: obstinado, temerario, no hace caso de las reglas… Parece que concuerda.

La cogió por las caderas y la acercó a él por el agua. Estaban a la profundidad suficiente para hacer pie, aunque ella no del todo; lo cogió de los hombros para mantenerse fuera mientras le rodeaba la cintura con las piernas. Sintió una oleada de calor en el estómago, y lo miró fijamente: las finas líneas húmedas del cuello, los hombros y el pecho; las gotas de agua atrapadas en sus pestañas como estrellas.

Jace levantó el rostro para besarla justo cuando ella se dejaba caer; sus labios chocaron con una fuerza que Clary sintió como una inundación de placer y dolor por todo el cuerpo. Fue subiéndole las manos por la piel mientras ella le rodeaba la nuca con las manos, los dedos hundidos en los rizos húmedos. Le separó los labios y le acarició el interior de la boca con la lengua. Ambos se estremecieron, y Clary jadeó, su aliento mezclado con el de Jace.

Él llevó una mano hacia atrás para situar la pared de la cueva y apoyarse en ella, pero el agua la hacía resbaladiza y casi perdió pie. Clary dejó de besarlo mientras él se equilibraba, todavía sujetándola fuertemente con el brazo izquierdo, apretándola contra sí. Tenía las pupilas muy dilatadas y el corazón le latía con fuerza.

—Eso ha sido… —empezó a decir en un jadeo entrecortado. Hundió el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro de Clary e inspiró como si quisiera arrebatarle su olor. Temblaba un poco, pero la cogía con firmeza—. Eso ha sido… intenso.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró ella mientras le acariciaba el cabello— desde que podíamos… ya sabes… dejarnos ir. Aunque solo fuera un poco.

—No puedo creerlo —exclamó Jace—, sigo sin creerme que puedo besarte, acariciarte, tocarte, sin miedo… —La besó en el cuello y ella pegó un bote. Le echó la cabeza un poco hacia atrás para contemplarla. El agua le corría por el rostro como lágrimas, y le marcaba los agudos ángulos de los pómulos, la curva del mentón…

»Temerario —continuó—. ¿Sabes?, cuando llegué al Instituto, Alec me llamó temerario tantas veces que fui a buscar la palabra en el diccionario. No era que no supiera qué significaba, pero… siempre había pensado que quería decir "valiente". En realidad significa «alguien a quien no le importan las consecuencias de sus actos».

Clary sintió pena por el pequeño Jace.

—Pero a ti sí te importan.

—Quizá no lo suficiente. No siempre. —Le tembló la voz—. Como el modo en que te amo. Te amé temerariamente desde el momento en que te conocí. Nunca me importaron las consecuencias. Me decía que sí, que tú también me querías, y por eso lo intenté, pero no lo conseguí. Te quería más a ti de lo que quería ser bueno. Te quería más de lo que nunca he querido nada. —Tenía los músculos rígidos bajo las manos de Clary, el cuerpo le vibraba de tensión. Ella se inclinó hasta rozarle los labios con los suyos, para relajarlo con un beso, pero él la apartó, mordiéndose el labio inferior con tanta fuerza como para dejarse blanca la piel.

—Clary —dijo bruscamente—. Espera, solo… espera.

Clary se sintió momentáneamente perpleja. A Jace le encantaba besar; podía besar durante horas, y lo hacía muy bien. Y no era que no estuviera interesado. Estaba muy interesado. Ella apretó las rodillas alrededor de sus caderas.

—¿Va todo bien? —preguntó insegura.

—Tengo que explicarte algo.

—Oh, no. —Clary dejó caer la cabeza sobre el hombro de Jace—. De acuerdo. ¿Qué es?

—¿Recuerdas cuando llegamos al reino de los demonios y todos habíais visto algo? —preguntó—. Y yo os dije que yo no.

—No hace falta que me cuentes lo que viste —repuso Clary suavemente —. Es asunto tuyo.

—Sí que hace falta —replicó él—. Debes saberlo. Vi una sala con dos tronos, tronos de oro y marfil, y a través de la ventana podía ver el mundo, y estaba reducido a cenizas. Como este mundo, pero la destrucción era de hacía poco tiempo. Los fuegos aún ardían, y el cielo estaba lleno de horribles cosas voladoras. Sebastian estaba sentado en uno de los tronos y yo en el otro. Tú estabas allí, y Alec, Izzy y Max… —Tragó saliva—. Pero todos estabais en una jaula. Una jaula muy grande con un candado enorme en la puerta. Y sabía que yo os había metido dentro y había cerrado con llave. Pero no lo lamentaba. Me sentía… triunfante. —Exhaló con fuerza—. Ahora te puedes apartar, asqueada. Lo entenderé.

Pero evidentemente no estaba bien; nada en su tono, plano, seco y carente de esperanza estaba bien. Clary se estremeció en sus brazos; no de horror sino de pena, y de la tensión de saber lo frágil que era la fe en sí mismo de Jace y lo cuidadosa que ella debía ser con su respuesta.

—El demonio nos mostró lo que él creía que queríamos —dijo finalmente—. No lo que realmente queremos. Se equivocó, por eso conseguimos liberarnos. Para cuando te encontramos, ya te habías liberado solo. Lo que te enseñó no es lo que tú quieres. Cuando Valentine te crio, él lo controlaba todo; nada estaba seguro nunca, y nada que tú amaras estaba seguro. Así que el demonio miró dentro de ti y vio eso, esa fantasía del niño de controlar completamente el mundo para que nada malo pudiera ocurrirle a la gente que ama, y trató de darte eso. Pero eso no es lo que tú quieres, no realmente. Así que te despertaste. —Le acarició la mejilla—. Alguna parte de ti sigue siendo ese niño que piensa que amar es destruir, pero estás aprendiendo. Estás aprendiendo día a día.

Por un momento, él la miró atónito, los labios ligeramente entreabiertos, y Clary notó que se sonrojaba. La estaba mirando como si fuera la primera estrella que hubiera lucido jamás en el firmamento, un milagro pintado en el rostro del mundo en el que él casi ni podía creer.

—Déjame que… —comenzó, pero se interrumpió—. ¿Puedo besarte?

En vez de asentir, ella le puso los labios sobre los suyos. Si su primer beso en el agua había sido una especie de explosión, este fue como una supernova. Un beso duro, ardiente, decidido, un pellizco en su labio inferior y el choque de lenguas, dientes, ambos presionando con fuerza como si pudieran acercarse más y más. Estaban pegados, piel y ropa, un mezcla intoxicante del frío del agua, el calor de sus cuerpos y el roce suave de la piel húmeda.

Él la envolvió totalmente con los brazos, y de repente la levantó mientras caminaba para salir del lago, el agua chorreando en grandes torrentes. Se arrodilló sobre la arena fina de la playa y tumbó a Clary con tanta delicadeza como pudo sobre la pila de ropa. Ella arañó la arena un momento en busca de apoyo y luego se dejó ir, se tumbó y lo arrastró sobre ella, besándolo ferozmente hasta arrancarle un gemido.

—Clary —susurró—, no puedo… tienes que decírmelo… no puedo pensar…

Ella hundió las manos en su cabello y lo levantó justo lo suficiente para verle el rostro. Estaba sonrojado; los ojos negros de deseo; el cabello, caído sobre los ojos, se le comenzaba a rizar al secársele. Ella le tiró suavemente de los mechones que tenía entre los dedos.

—Está bien —le susurró ella—. Está bien, no tenemos que parar. Lo quiero. —Lo besó, lenta e intensamente—. Lo quiero, si quieres tú.

—¿Si yo quiero? —Había algo un poco salvaje en su risita—. ¿No lo ves? —Y entonces la besó de nuevo, le chupó el labio inferior, le mordisqueó el cuello, le recorrió la clavícula con la boca mientras ella lo acariciaba por todas partes, sabiendo que podía tocarlo tanto como quisiera y de la forma en que le apeteciera. Se sintió como si lo estuviera dibujando, silueteando su cuerpo con las manos, la curva de la espalda, el estómago plano, los huecos sobre las caderas, los músculos de los brazos. Como si, al igual que un cuadro, él estuviera adquiriendo vida bajo sus manos.

Cuando Jace le metió las manos bajo el sujetador, ella ahogó un grito ante la sensación, luego asintió cuando él se detuvo con una mirada inquisitiva. «Sigue». Jace se iba deteniendo a cada paso, y se detuvo

después de que los dos se hubieran quitado la ropa mutuamente, preguntándole con la mirada si debía seguir, y cada vez ella asentía y le decía: «Sí, sigue, sí». Y cuando finalmente no hubo nada entre ellos excepto piel, ella dejó de acariciarlo, pensando que no había otro modo de estar más cerca de alguien que ese, que dar otro paso sería como abrirse el pecho y exponer su corazón.

Notó a Jace flexionar los músculos para extender la mano más allá de ella en busca de algo, y oyó el crujido del papel de aluminio. De repente, todo le pareció muy real. De repente, se sintió nerviosa: estaba ocurriendo de verdad.

Jace se quedó inmóvil. Con la mano libre le aguantaba la cabeza, los codos clavados en la arena a ambos lados de ella para no cargarla con su peso. Todo él estaba tenso y tembloroso, y tenía las pupilas dilatadas. Sus iris eran solo un anillo de oro.

—¿Pasa algo?

Al oír la inseguridad de Jace… pensó que tal vez se le estaba rompiendo el corazón, deshaciéndosele en pedazos.

—No —susurró, y lo hizo bajar de nuevo. Ambos sabían a sal—. Bésame —le pidió, y él lo hizo, besos ardientes y lentos que fueron acelerándose al ritmo de sus latidos, con el movimiento de sus cuerpos. Cada beso era diferente, cada uno más y más intenso mientras el fuego crecía: besos rápidos que decían que él la amaba; besos largos, lentos y reverentes, que decían que él confiaba en ella; besos juguetones, que decían que él aún tenía esperanza; besos de adoración, que decían que él tenía fe en ella como no la tenía en nadie. Clary se abandonó a esos besos, a su lenguaje, a la conversación sin palabras que había entre ambos. A Jace le temblaban las manos, pero se movían rápidas y hábiles, caricias leves que la fueron enloqueciendo hasta que ella tiró de él, urgiéndolo a seguir adelante con el callado recurso de dedos, labios y manos.

E incluso en el momento final, cuando ella hizo una mueca de dolor, lo instó a que siguiera, se enroscó en él, sin dejarlo que se apartara. Mantuvo los ojos abiertos mientras él se estremecía, con el rostro contra su cuello, repitiendo su nombre una y otra vez, y cuando finalmente ella cerró los

ojos, creyó ver la caverna relucir de oro y blanco, envolviéndolos en fuego celestial. Lo más hermoso que había visto jamás.

Simon fue vagamente consciente de que Clary y Jace se levantaban y salían de la caverna susurrando entre ellos.

«No sois tan cautos como creéis», pensó, medio divertido, pero no les podía reprochar que pasaran tiempo juntos, teniendo en cuenta a lo que tendrían que enfrentarse al día siguiente.

—Simon. —No llegaba ni a susurro, pero Simon se incorporó apoyándose en el codo y miró a Isabelle. Ella se tendió sobre la espalda y lo miró. Sus ojos eran enormes y oscuros, y tenía las mejillas sonrojadas. Simon notó una presión en el pecho provocada por la ansiedad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. ¿Tienes fiebre?

Ella negó con la cabeza y se movió para salir parcialmente de su envoltura de mantas.

—Solo tengo calor. ¿Quién me ha envuelto como a una momia?

—Alec —contestó Simon—. Esto… Quizá deberías quedarte dentro.

—Mejor que no —repuso Isabelle, y le rodeó los hombros con los brazos y lo acercó a ella.

—No puedo calentarte. No tengo calor corporal. —Su voz sonó un poco tímida.

Ella le fue hundiendo el rostro entre la clavícula y el hombro.

—Creo que ya hemos aclarado de varias maneras que yo tengo calor suficiente para los dos.

Sin poder evitarlo, Simon le pasó las manos por la espalda. Ella se había sacado el traje de combate y solo llevaba una camiseta térmica, la tela gruesa y suave bajo los dedos de Simon. Sentía a Isabelle sustancial y real, humana y viva, y, en silencio, agradeció al dios cuyo nombre ya podía mentar que ella estuviera bien.

—¿Dónde están los demás?

—Jace y Clary se han escabullido, y Alec hace la primera guardia —contestó Simon—. Estamos solos. Bueno, no solos… solos, como que yo

no… —Simon ahogó un grito cuando ella rodó para ponerse sobre él y lo inmovilizó contra el suelo. Le colocó delicadamente el brazo sobre el pecho —. Que yo no haría esto —concluyó él—. Aunque no es que debas parar.

—Me has salvado la vida —dijo ella.

—Yo no… —Se calló al verla entrecerrar los ojos—. ¿Soy un salvador valiente y heroico?

—Ajá. —Isabelle le rozó la barbilla con la propia.

—Nada de lord Montgomery —advirtió él—. Cualquiera podría venir.

—¿Y un beso normal?

—Eso me parece bien —contestó él, y al instante Isabelle estaba besándolo, sus labios casi insoportablemente suaves. Las manos de Simon encontraron el camino bajo la camiseta de Isabelle y le acarició la espalda, trazando el contorno de los omoplatos. Cuando ella se apartó, tenía los labios enrojecidos, y él podía verle la sangre palpitándole en el cuello… la sangre de Isabelle, dulce y salada, y aunque no tenía hambre, quiso…

—Puedes morderme —le susurró ella.

—No. —Simon se apartó un poco—. No… Has perdido demasiada sangre. No puedo. —Notó que el pecho le subía y bajaba con una respiración innecesaria—. Estabas durmiendo cuando hablamos de ello, pero no nos podemos quedar aquí. Clary ha puesto runas de *glamour* en las entradas, pero no aguantarán mucho tiempo. Y nos estamos quedando sin comida. El ambiente nos hace sentir a todos cada vez más enfermos y débiles. Y Sebastian nos encontrará. Tenemos que ir a buscarlo, mañana, en el Gard. —Le pasó los dedos por el suave cabello—. Y eso significa que necesitas todas tus fuerzas.

Ella apretó los labios mientras lo recorría con la mirada.

—Cuando pasamos a este mundo desde el de las hadas, ¿qué viste?

Él le acarició el rostro, sin querer mentir, pero la verdad… era dura e incómoda.

—Iz, no tenemos que…

—Yo vi a Max —dijo ella—. Pero te vi también a ti. Eras mi novio. Vivíamos juntos y toda mi familia te aceptaba. Me puedo decir a mí misma que no quiero que formes parte de mi vida, pero mi corazón dice otra cosa.

Te has ido colando en mi vida, Simon Lewis, y no sé cómo, ni por qué y ni siquiera cuándo sucedió, y me fastidia, pero no puedo cambiarlo, y aquí está.

Él hizo un ruidito ahogado.

—Isabelle…

—Ahora dime qué viste —le pidió ella, y los ojos le destellaron como cuarzo.

Simon apoyó las manos sobre el suelo de piedra de la cueva.

—Me vi siendo famoso, una estrella del rock —explicó lentamente—. Era rico, mi familia estaba reunida y yo estaba con Clary. Era mi novia. —Notó que Isabelle se tensaba sobre él. Sintió que comenzaba a apartarse y la cogió del brazo—. Isabelle, escúchame. Escúchame. Ella era mi novia, y cuando vino a decirme que me amaba, le dije: «Yo también te amo… Isabelle».

Ella se lo quedó mirando.

—«Isabelle» —repitió él—. Cuando dije tu nombre, me desperté de mi visión. Porque supe que la visión estaba equivocada. No era lo que realmente quería.

—¿Por qué dices que me amas solo cuando estás borracho o soñando? —preguntó ella.

—Tengo el don de la inoportunidad —repuso Simon—. Pero eso no quiere decir que no lo diga en serio. Hay cosas que queremos más allá de lo que sabemos, más allá de lo que sentimos. Hay cosas que nuestra alma quiere, y la mía te quiere a ti.

Notó que ella suspiraba lentamente.

—Dilo. Dilo estando sobrio.

—Te amo. Y no quiero que tú me lo digas a no ser que sea cierto, pero yo te amo.

Ella volvió a dejarse caer sobre él, y apretó las yemas de los dedos contra las de Simon.

—Es cierto.

Él se alzó sobre los codos justo cuando ella bajaba, y sus labios se encontraron. Se besaron, larga, suave, dulce y tiernamente, y luego Isabelle

se apartó un poco, con la respiración entrecortada.

—¿Ahora sí hemos DLR?

Isabelle se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de lo que eso quiere decir.

Simon ocultó que eso lo hacía sentirse de lo más complacido.

—¿Salimos juntos oficialmente? ¿Hay algún ritual de cazadores de sombras? ¿Debo cambiar mi estado en Facebook de «es complicado» a «tiene una relación»?

Isabelle arrugó la nariz de un modo adorable.

—¿Tienes un estado en dónde?

Simon se echó a reír, e Isabelle se inclinó y lo besó de nuevo. Esta vez, él la cogió y la acercó a su cuerpo tendido, y se enredaron el uno en el otro y con las mantas, besándose y susurrando. Simon se perdió en el placer del sabor de su boca, en la curva de sus caderas bajo sus manos, en la cálida piel de su espalda. Olvidó que se hallaban en un reino demoníaco, que al día siguiente tendrían que partir hacia la batalla, que quizá no volviera a ver su hogar. Todo desapareció y quedó Isabelle.

—¡¿POR QUÉ SIGUE PASANDO ESTO?! —Se oyó el ruido de vidrio al romperse. Ambos se incorporaron de golpe y se encontraron con Alec mirándolos enfadado. Había dejado caer la botella de vino vacía que llevaba, y había esquirlas de brillante vidrio por todo el suelo de la caverna—. ¡¿POR QUÉ NO PODÉIS IROS A ALGÚN OTRO SITIO PARA HACER ESAS COSAS HORRIBLES Y NO DELANTE DE MIS OJOS?!

—Estamos en un reino demoníaco, Alec —replicó Isabelle—. No hay ningún sitio adonde podamos ir.

—Y tú me dijiste que la vigilara… —comenzó Simon, y luego se dio cuenta de que ese no sería un tema de conversación muy productivo, así que se calló.

Alec se dejó caer al otro lado de la hoguera y los miró enfadado.

—¿Y adónde han ido Jace y Clary?

—Ah —repuso Simon con delicadeza—. ¿Quién sabe…?

—Heteros… —exclamó Alec—. ¿Por qué no pueden controlarse?

—Es un misterio —admitió Simon, y se tumbó a dormir.

Jia Penhallow se hallaba sentada sobre el escritorio de su despacho. Le parecía tan poco formal que no podía evitar preguntarse si la mirarían mal, la Cónsul sentada irreverentemente sobre el viejo escritorio, pero estaba sola en la sala, y cansada más allá de todo límite.

En la mano tenía una nota que le había llegado de Nueva York: el mensaje de fuego de una bruja, lo suficientemente poderoso para traspasar las salvaguardas que rodeaban la ciudad. Reconoció la escritura de Catarina Loss, pero las palabras no eran de ella.

> Cónsul Penhallow,
>
> Soy Maia Roberts, la jefa temporal de la manada de Nueva York. Comprendemos que está haciendo lo que puede para recuperar a Luke y a los otros prisioneros. Agradecemos su esfuerzo. Como señal de buena voluntad, quiero transmitirle un mensaje. Sebastian y sus fuerzas atacarán Alacante mañana por la noche. Por favor, hagan lo que puedan para estar preparados. Desearía que pudiéramos estar allí, luchando a su lado, pero sé que no es posible. A veces solo es posible avisar, esperar y confiar. Recuerde que la Clave y el Consejo, cazadores de sombras y subterráneos juntos, son la luz del mundo.
>
> Con esperanza,
> MAIA ROBERTS

«Con esperanza». Jia dobló la nota de nuevo y se la metió en el bolsillo. Pensó en la ciudad bajo el cielo nocturno, la plata blanca de las torres de los demonios pronto se tornaría del rojo de la guerra. Pensó en su esposo y su hija. Pensó en las cajas y cajas que habían llegado, enviadas por Theresa Gray, hacía solo un rato, alzándose a través de la tierra de la plaza del Ángel, cada una de ellas estampada con el símbolo en espiral del Laberinto. Notó que se le despertaba el corazón: algo de temor, pero también alivio, porque el momento estaba llegando, porque la espera acabaría por fin, porque finalmente tendrían su oportunidad. Sabía que los cazadores de

sombras de Alacante lucharían hasta el fin, con decisión, con valentía, con obstinación, con venganza, con gloria.

Con esperanza.

21

LAS LLAVES DE LA MUERTE Y EL INFIERNO

—¡Dios, mi cabeza! —exclamó Alec mientras él y Jace se arrodillaban junto a una cresta de roca que coronaba una colina gris cubierta de sedimentos. La roca los ocultaba, y más allá, empleando las runas de visión lejana, podían ver la fortaleza medio en ruinas, y alrededor de ella, cazadores oscuros apiñados como hormigas.

Era como un reflejo deformado de la colina del Gard en Alacante. La estructura en lo alto se parecía al Gard que conocían, pero con una enorme muralla alrededor, la fortaleza encerrada, como un jardín en un claustro.

—Quizá no deberías haber bebido tanto anoche —dijo Jace inclinándose hacia adelante con los ojos entrecerrados. Alrededor de toda la muralla, los Oscurecidos se hallaban colocados en círculos concéntricos, con un nutrido grupo ante las puertas que conducían al interior. Había grupos más pequeños distribuidos en puntos estratégicos en lo alto y al pie de la colina. Alec vio a Jace contando a los enemigos, considerando y descartando estrategias en su cabeza.

—Y tú quizá deberías intentar parecer menos ufano por lo que hiciste anoche —replicó Alec.

Jace casi se cayó de la cresta.

—No parezco ufano. Bueno —se corrigió—, no más que de costumbre.

—Por favor… —replicó Alec mientras sacaba la estela—. Puedo vértelo en la cara como si fuera un libro abierto y pornográfico. Ojalá no pudiera.

—¿Es esta tu manera de decirme que cambie de cara? —inquirió Jace.

—¿Recuerdas cuando te burlabas de mí por escabullirme con Magnus y me preguntabas si me había caído de cuello? —preguntó Alec mientras se colocaba la punta de la estela en el antebrazo y comenzaba a dibujarse un *iratze*—. Es el momento de la venganza.

Jace resopló y le cogió la estela de la mano.

—Dame eso —dijo, y acabó el *iratze* por él, con su acostumbrada complicada floritura. Alec notó el efecto calmante y comenzó a pasársele el dolor de cabeza. Jace prestó atención de nuevo a la colina.

—¿Sabes lo que es interesante? —dijo—. He visto unos cuantos demonios voladores, pero se mantienen muy alejados del Gard Oscuro…

Alec alzó una ceja.

—¿Gard Oscuro?

—¿Tienes un nombre mejor? —Jace se encogió de hombros—. Bueno, pues se mantienen lejos del Gard Oscuro y de la colina. Sirven a Sebastian, pero parecen respetar su espacio.

—Bueno, no pueden estar muy lejos —repuso Alec—. Llegaron enseguida a la Sala de los Acuerdos cuando disparaste la alarma.

—Podrían estar dentro de la fortaleza —comentó Jace, diciendo en voz alta lo que ambos pensaban.

—Ojalá hubieras conseguido coger el *skeptron* —se lamentó Alec en voz baja—. Tengo la sensación de que podría cargarse a un montón de demonios. Si es que sigue funcionando después de tantos años. —Jace puso una cara rara, y Alec se apresuró a añadir—: Aunque nadie podría haberlo cogido. Lo intentaste…

—No estoy tan seguro —repuso Jace, y su expresión era tanto calculadora como lejana—. Ven. Volvamos con los demás.

No hubo tiempo de replicar: Jace ya estaba retrocediendo. Alec lo siguió, andando hacia atrás agachado, ocultándose de la vista del Gard Oscuro. Cuando habían alcanzado suficiente distancia, se incorporaron y

bajaron medio deslizándose por la ladera sedimentaria hasta donde los esperaban los otros. Simon estaba junto a Izzy, y Clary había sacado su cuaderno de dibujo y un lápiz y estaba dibujando runas. Por el modo en que negaba con la cabeza, arrancaba las páginas, las arrugaba y las tiraba, se veía que no le estaba yendo tan bien como le habría gustado.

—¿Estás ensuciando a propósito? —preguntó Jace cuando él y Alec se detuvieron junto a los otros tres.

Clary le lanzó lo que seguramente pretendía ser una mirada asesina, pero que le salió bastante ñoña. Jace se la devolvió igual de ñoña. Alec se preguntó qué sucedería si hiciera un sacrificio a los dioses de los demonios oscuros de ese mundo a cambio de que no le recordaran constantemente que él estaba sin pareja. Y no solo sin pareja. No solamente añoraba a Magnus; estaba aterrado por él, con un constante y profundo terror que nunca le desaparecía del todo.

—Jace, este mundo ha sido convertido en cenizas, y toda criatura viviente está muerta —repuso Clary—. Estoy bastante segura de que no queda nadie para reciclar.

—¿Qué habéis visto? —preguntó Isabelle. No le había gustado nada que la dejaran atrás mientras Alec y Jace iban de reconocimiento, pero su hermano había insistido en que conservara las fuerzas. Últimamente lo escuchaba más, pensó Alec, del modo en que Izzy solo escuchaba a la gente cuya opinión respetaba. Era agradable.

—Mirad. —Jace cogió la estela del bolsillo y se arrodilló mientras se sacaba la chaqueta. Los músculos de la espalda se le movieron bajo la camiseta mientras con la punta de la estela dibujaba en la tierra amarillenta—. Aquí está el Gard Oscuro. Solo hay una entrada, y es a través de la verja de la muralla exterior. Está cerrada, pero una runa de apertura se encargaría de eso. La cuestión es cómo llegar a la verja. Las posiciones que mejor se pueden defender están aquí, aquí y aquí —su estela se movía con rapidez sobre la tierra—, así que iremos por detrás. Si la geografía de aquí es como la de nuestro Alacante, y eso parece, hay un sendero natural por la parte trasera de la colina. Cuando estemos más cerca, nos separaremos, aquí y aquí —la estela giraba al ritmo con que él dibujaba, y una marca de sudor le

oscurecía la espada entre los omoplatos—, y trataremos de enviar a cualquier demonio u Oscurecido hacia el centro. —Se sentó y se mordisqueó el labio—. Puedo acabar con todos ellos, pero necesito que los mantengáis agrupados mientras lo hago. ¿Entendéis el plan?

Todos se lo quedaron mirando en silencio durante unos momentos.

—¿Qué es esa cosa torcida? —preguntó Simon finalmente—. ¿Es un árbol?

—Eso es la verja —contestó Jace.

—Oh —exclamó Isabelle, complacida—. ¿Y qué son estas ondas? ¿Hay un foso?

—Son líneas de trayectoria… ¿Acaso soy el único que ha visto un mapa de estrategia? —preguntó Jace. Tiró la estela al suelo y se pasó las manos por el rubio cabello—. ¿Habéis entendido algo de lo que acabo de decir?

—No —respondió Clary—. Seguramente tu estrategia es fantástica, pero tu habilidad para el dibujo es terrible; todos los Oscurecidos parecen árboles y la fortaleza es como una rana. Tiene que haber una forma mejor de explicarlo.

Jace se acuclilló y cruzó los brazos.

—Bueno, pues me encantaría oírla.

—Tengo una idea —apuntó Simon—. ¿Recordáis cuando hablé de Dragones y Mazmorras?

—Con claridad —contestó Jace—. Fue un momento difícil.

Simon no le hizo caso.

—Todos los cazadores oscuros visten con traje rojo —continuó—. Y no son ni muy inteligentes ni autónomos. Su voluntad parece estar incluida, al menos en parte, en la de Sebastian. ¿Cierto?

—Cierto —contestó Isabelle, y lanzó a Jace una mirada de calma.

—En D&M, mi primer movimiento, cuando te enfrentas a un ejército como este, sería atraer a un grupo, digamos a cinco, y quitarle la ropa.

—¿Eso es para que tengan que regresar desnudos a la fortaleza y su vergüenza afecte negativamente a la moral? —preguntó Jace—. Porque eso me parece difícil.

—Estoy bastante segura de que lo que pretende decir es cogerles la ropa y usarla de disfraz —intervino Clary—. Para poder llegar hasta la verja sin que nos detecten. Si los otros Oscurecidos no son muy perceptivos, puede que no se den cuenta. —Jace la miró sorprendido. Ella se encogió de hombros—. Está en todas las películas, desde siempre.

—Nosotros no vemos películas —recordó Alec.

—Creo que la cuestión es si Sebastian ve películas —aportó Isabelle—. Y por cierto, ¿nuestra estrategia cuando por fin lo veamos sigue siendo «confía en mí»?

—Sigue siendo «confía en mí» —respondió Jace.

—Oh, bien —repuso Isabelle—. Por un momento pensé que íbamos a tener un plan de verdad, con pasos que pudiéramos seguir. Ya sabes, algo que dé seguridad.

—Hay un plan. —Jace se puso la estela en el cinturón y se levantó—. La idea de Simon de cómo meternos en la fortaleza de Sebastian. Vamos a hacerlo.

Simon se lo quedó mirando.

—¿De verdad?

Jace cogió su chaqueta.

—Es una buena idea.

—Pero es mi idea —repuso Simon.

—Y es buena, así que lo vamos a hacer. Felicidades. Subimos la colina como os he explicado, y luego seguiremos tu plan cuando lleguemos a lo alto. Y cuando entremos ahí… —Se volvió hacia Clary—. Esas cosas que hiciste en la corte seelie. Cuando saltaste y dibujaste la runa en la pared, ¿podrías volver a hacerlo?

—No veo por qué no —contestó Clary—. ¿Por qué?

Jace comenzó a sonreír.

Emma estaba sentada en la cama de su pequeña habitación del desván, rodeada de papeles.

Por fin se había decidido a sacarlos de la carpeta que había cogido del despacho de la Cónsul. Los tenía extendidos sobre la manta, iluminados por la luz del sol que entraba por la diminuta ventana, aunque le costaba decidirse a tocarlos.

Eran fotos granulosas, tomadas bajo el brillante cielo de Los Ángeles, de los cadáveres de sus padres. Comprendió por qué no habían podido llevar los cuerpos a Idris. Los habían desnudado, y tenían la piel gris como la ceniza excepto donde estaba cubierta por unos feos escritos en negro, no como las Marcas, sino horrorosos. La arena alrededor estaba mojada, como si hubiera llovido; estaban lejos del agua. Emma contuvo el impulso de vomitar mientras se obligaba a absorber la información: cuándo encontraron los cuerpos, cuándo los habían identificado, y cómo se habían deshecho a trozos cuando los cazadores de sombras habían tratado de levantarlos…

—Emma. —Era Helen, desde la puerta. La luz que entraba por la ventana le teñía las puntas del cabello del color de la plata, igual que había hecho con el de Mark. Se parecía más que nunca a Mark. En realidad, el estrés la había hecho adelgazar y hacía más evidentes los delicados arcos de los pómulos y las puntas de las orejas—. ¿De dónde has sacado eso?

Emma alzó la barbilla, desafiante.

—Las he cogido del despacho de la Cónsul.

Helen se sentó en el borde de la cama.

—Emma, tienes que devolverlas.

Emma clavó un dedo en los papeles.

—No van a investigar lo que les pasó a mis padres —dijo—. Dicen que fue solo un ataque al azar de los Oscurecidos, pero no es cierto. Sé que no lo es.

—Emma, los Oscurecidos y sus aliados no solo matan a los cazadores de sombras de los Institutos. Acabaron con todo el Cónclave de Los Ángeles. Es normal que fueran también a por tus padres.

—Bueno, mis padres no eran nada de eso.

—¿Preferirías que los hubieran transformado? —preguntó Helen en voz baja, y Emma supo que estaba pensando en su propio padre.

—No —contestó Emma—. Pero ¿de verdad estás diciendo que no importa quién los mató? ¿Que ni siquiera debería querer saber por qué razón?

—¿Por qué razón qué? —Tiberius estaba en la puerta, su mata de revueltos rizos negros sobre los ojos. Parecía menor de la edad que realmente tenía, una impresión reforzada por la abeja de peluche que le colgaba de la mano. Su delicado rostro estaba marcado por el cansancio—. ¿Dónde está Julian?

—Está en la cocina preparando la comida —contestó Helen—. ¿Tienes hambre?

—¿Está enfadado conmigo? —preguntó Ty, mirando a Emma.

—No, pero ya sabes cómo se pone cuando le gritas o te haces daño —contestó Emma con cuidado. Era difícil saber qué podía asustar a Ty o provocarle una rabieta. Por lo que sabía, era mejor decirle siempre la verdad sin tapujos. La clase de mentiras que la gente solía decir a los niños, del tipo «esta inyección no te va a hacer ningún daño», resultaban desastrosas con Ty.

El día anterior, Julian había pasado bastante rato sacando cristales de los pies ensangrentados de su hermano y le había explicado con bastante firmeza que si volvía a caminar sobre cristales, Julian se lo diría a los mayores y él tendría que soportar el castigo que le impusieran. Como respuesta, Ty le había dado una patada, y le había dejado una huella ensangrentada en la camisa.

—Jules quiere que estés bien —dijo Emma—. Eso es lo único que quiere.

Helen le tendió los brazos a Ty. Emma no la culpó. Ty se veía pequeño y encogido, y la forma en que se aferraba a su abeja le resultaba preocupante. Emma también habría querido abrazarlo. Pero a él no le gustaba que lo tocaran, nadie excepto Livvy. Se apartó de su medio hermana y se acercó a la ventana. Un momento después, Emma fue junto a él, con cuidado de dejarle espacio.

—Sebastian puede entrar y salir de la ciudad —dijo Ty.

—Sí, pero solo es una persona, y no está muy interesado en nosotros. Además, creo que la Clave tiene un plan para mantenernos a salvo.

—Lo mismo creo yo —masculló Ty, mientras miraba por la ventana. A continuación señaló hacia abajo diciendo—: Pero no sé si funcionará.

Emma tardó un momento en darse cuenta de qué estaba señalando Ty. Las calles estaban abarrotadas, y no de peatones. Nefilim con los uniformes del Gard, y algunos en traje de combate, iban de un lado al otro por las calles, cargando martillos y clavos, y cajas con objetos que hicieron que Emma se los quedara mirando: tijeras y herraduras, cuchillos y dagas, y armas de diferentes clases, incluso cajas con lo que parecía tierra. Un hombre cargaba con varios sacos de arpillera marcados como sal.

Cada caja y cada saco tenía un símbolo estampado: una espiral. Emma la había visto antes en el *Códice*: el sello del Laberinto Espiral de los brujos.

—Hierro frío —dijo Ty pensativo—. Forjado, no calentado y modelado. Sal y tierra de tumba.

Helen puso la expresión característica de los adultos cuando saben algo pero no quieren decirlo. Emma miró a Ty, tranquilo y compuesto, sus serios ojos grises recorriendo las calles. Junto a él estaba Helen, que se había levantado de la cama con expresión ansiosa.

—Han pedido munición mágica —dijo Ty—. Del Laberinto Espiral. O quizá fuera idea de los brujos. Es difícil de decir.

Emma miró a través del cristal y luego de nuevo a Ty, que le devolvió la mirada velada por sus largas pestañas.

—¿Qué significa? —preguntó ella.

Ty esbozó su sonrisa, tan poco frecuente y practicada.

—Significa que lo que dijo Mark en la nota es cierto —contestó Ty.

Clary no creía haber llevado nunca tanta runa, o haber visto a los Lightwood cubiertos de tantos sellos mágicos como en ese momento. Ella las había dibujado todas, poniendo en cada una de ellas todo lo que tenía:

todo su deseo de que estuvieran a salvo, todo su anhelo de encontrar a su madre y a Luke.

Los brazos de Jace parecían un mapa: las runas se le extendían por la clavícula, el pecho y el dorso de las manos. A Clary su propia piel le pareció algo ajeno cuando se miró. Recordó haber visto una vez a un chico que tenía la elaborada musculatura del cuerpo humano tatuada en la piel, y pensó que era como si se hubiera vuelto de cristal. En ese momento era algo parecido, se dijo, mirando a sus compañeros mientras subían la colina hacia el Gard Oscuro: el mapa de su valentía y esperanzas, sus sueños y deseos, marcados claramente en su cuerpo. Los cazadores de sombras no siempre eran muy abiertos con la gente, pero su piel era sincera.

Clary se había cubierto con runas de curación, pero no eran suficientes para evitar que los pulmones le dolieran por el polvo que impregnaba el aire. Recordó lo que Jace había dicho sobre los dos sufriendo más que los otros debido a su mayor concentración de sangre de ángel. Dejó de toser y se volvió. Escupió negro. Se pasó el dorso de la mano por la boca rápidamente, antes de que Jace pudiera volverse y verlo.

Quizá Jace dibujara mal, pero su estrategia era perfecta. Estaban ascendiendo en una especie de formación en zigzag, corriendo de una pila de piedras ennegrecidas a otra. Con aquella aridez, las piedras eran la única cobertura que proporcionaba la colina. La ladera estaba casi desprovista de árboles, solo quedaban unos cuantos tocones muertos aquí y allí. Se habían encontrado con un solo Oscurecido, del que no habían tardado en dar cuenta, su sangre empapando la tierra cenicienta. Clary recordaba el camino que subía al Gard en Alacante, verde y encantador, y miró con odio la tierra arrasada que la rodeaba.

El aire era pesado y caliente, como si el sol, de un color naranja quemado, los estuviera aplastando. Clary se unió a los otros detrás de un alto túmulo. Había rellenado sus botellas esa misma mañana en el lago de la caverna, y Alec estaba pasando una ronda de agua, con el rostro serio y manchado de polvo negro.

—Esto es lo último —dijo, y se la pasó a Isabelle. Esta tomó un pequeño sorbo y se la ofreció a Simon, que negó con la cabeza porque él no

necesitaba agua. Se la entregó a Clary.

Jace la miró. Ella se vio reflejada en sus ojos, pequeña, pálida y sucia. Se preguntó si él la vería diferente después de la noche anterior. Casi esperaba que Jace le hubiera parecido diferente a ella, cuando se había despertado esa mañana junto a los fríos restos de la hoguera, con las manos del muchacho en las suyas. Pero era el Jace de siempre, el Jace que ella había amado desde el principio. Y él la miraba como siempre lo había hecho, como si ella fuera un pequeño milagro, de los que se guardan junto al corazón.

Clary se llenó la boca de agua y le pasó la botella a Jace, que echó la cabeza hacia atrás y tragó. Clary contempló cómo se le movían los músculos del cuello con una breve fascinación y luego apartó la vista antes de sonrojarse… Bueno, quizá algunas cosas sí habían cambiado, pero ese no era el momento de pensar en ello.

—Se ha acabado —dijo Jace, y tiró la botella, ya vacía. La observaron rodar entre las rocas. No había más agua—. Una cosa menos que cargar —añadió, tratando de hablar como si nada, pero la voz le salió tan seca como el polvo que los rodeaba.

A pesar de los *iratzes*, tenía los labios rotos y sangrando. Alec mostraba unas grandes ojeras y un tic nervioso en la mano izquierda. Los ojos de Isabelle estaban enrojecidos por el polvo, y cuando creía que nadie la miraba, se los frotaba y parpadeaba. Todos tenían un aspecto bastante terrible, pensó Clary, con la posible excepción de Simon, que estaba como siempre, de pie junto al túmulo, con los dedos apoyados en el borde de la piedra.

—Esto son tumbas —dijo de repente.

Jace alzó la mirada.

—¿Qué?

—Estas pilas de rocas. Son tumbas. Muy antiguas. La gente caía en la batalla y los enterraban cubriendo sus cadáveres con piedras.

—Cazadores de sombras —dijo Alec—. ¿Quién más moriría defendiendo la colina del Gard?

Jace tocó las piedras con una mano enguantada, y frunció el ceño.

—Nosotros quemamos a los muertos.

—Tal vez no en este mundo —sugirió Isabelle—. Las cosas aquí son diferentes. Quizá no tuvieran tiempo. Quizá fuera su última batalla…

—Calla —dijo Simon. Se había quedado inmóvil, con una intensa expresión de concentración—. Viene alguien. Alguien humano.

—¿Cómo sabes que es humano? —preguntó Clary bajando la voz.

—Sangre —contestó sucinto—. La sangre de los demonios huele diferente. Son personas…, nefilim. Pero… no, no.

Jace hizo un gesto rápido con la mano para que se callaran y todos quedaron en silencio. Apretó la espalda contra el túmulo y miró al otro lado. Clary vio que se le tensaba el mentón.

—Oscurecidos —dijo en voz baja—. Cinco.

—El número perfecto —repuso Alec con una sorprendente sonrisa depredadora. Antes de que Clary pudiera ver el movimiento, él ya tenía el arco en la mano. Se fue hacia el lado, salió del refugio de las rocas y disparó una flecha.

Clary vio la cara de sorpresa de Jace. No se había esperado que Alec fuera el primero en actuar; luego se sujetó a una de las rocas del túmulo para impulsarse por encima. Isabelle saltó tras él como un gato, y Simon la siguió. Entonces se oyó un largo grito borboteante, que paró de golpe.

Fue a sacar a *Heosphoros*, pero se lo pensó mejor y cogió una daga de su cinturón de armas antes de lanzarse hacia el otro lado del túmulo. Había una pendiente tras él, con el Gard Oscuro alzándose negro y destrozado sobre ellos. Cuatro cazadores de sombras vestidos de rojo miraban alrededor, perplejos y sorprendidos. Uno de ellos, una mujer rubia, yacía tirada en el suelo, con el cuerpo colina arriba; una flecha le salía del pecho.

«Eso explica el ruido borboteante», pensó Clary un poco mareada, mientras Alec ponía otra flecha en el arco y la disparaba. Un segundo hombre, moreno y panzudo, se tambaleó hacia atrás con un chillido, la flecha clavada en la pierna; al instante, Isabelle estuvo sobre él, y con el látigo le cortó el cuello. Mientras el hombre se desplomaba, Jace saltó y se dejó llevar por la fuerza de la caída para lanzarse hacia adelante. Sus espadas destellaron moviéndose como tijeras, y le cortó la cabeza a un

hombre calvo cuyo traje rojo de combate estaba salpicado de parches de sangre seca. La sangre saltó a chorro y le cubrió el traje escarlata con otra capa de rojo mientras el cuerpo sin cabeza caía al suelo. Se oyó un chillido, y la mujer que estaba tras él alzó una espada curva para atacar a Jace. Clary lanzó la daga, que se hundió en la frente de la mujer. Esta se fue doblando mientras caía al suelo sin proferir ni un solo grito.

El último de los Oscurecidos comenzó a correr, tambaleándose colina abajo. Simon pasó como un rayo junto a Clary, en un movimiento demasiado rápido para captar, y saltó como un gato. El Oscurecido cayó al suelo con un grito ahogado de terror, y Clary vio a Simon alzarse sobre él y luego morderlo como una víbora. Se oyó un ruido como de papel al romperse.

Todos miraron hacia otro lado. Después de un largo momento, Simon se alzó del cuerpo inerte y subió hacia ellos. Tenía sangre en la camisa, en las manos y en el rostro. Volvió la cara hacia un lado, tosió y escupió; parecía a punto de vomitar.

—Amarga —dijo—. La sangre. Sabe como la de Sebastian.

Isabelle parecía tener náuseas, cosa que no parecía haber experimentado cuando le cortó el cuello al cazador oscuro.

—Lo odio —exclamó de repente—. A Sebastian. Lo que les ha hecho es peor que asesinarlos. Ya no son personas. Cuando mueren, no se los puede enterrar en la Ciudad Silenciosa. Y nadie irá a llorarlos. Ya los han llorado. Si quisiera a alguien y lo transformaran en eso, me alegraría de que muriera.

Respiraba trabajosamente, y nadie dijo nada. Finalmente, Jace miró al cielo, los ojos brillantes en su sucia cara.

—Será mejor que sigamos. El sol ha bajado y, además, alguien puede habernos oído. —Les quitaron los trajes a los cadáveres, rápidamente y en silencio. Había algo asqueroso en ese trabajo, algo que no les había parecido tan terrible cuando Simon había descrito la estrategia, pero que en ese momento era horrible. Clary había matado demonios y renegados, y habría matado a Sebastian si hubiera podido hacerlo sin matar también a Jace. Pero había algo turbio y como de carnicero en quitarles la ropa a los

cadáveres de los cazadores de sombras, incluso a esos marcados con runas de la muerte y del Infierno. Clary no conseguía dejar de mirar el rostro de uno de los cazadores muertos, un hombre de cabello castaño, y de preguntarse si no sería el padre de Julian.

Se puso la chaqueta y los pantalones de la mujer más menuda, pero aun así le iban grandes. Un rápido trabajito con el cuchillo acortó las mangas y los bajos, y el cinturón de armas le sujetaba los pantalones. Alec no podía hacer mucho: acabó con la chaqueta del más alto de los cazadores oscuros y le sobraba por todas partes. Las mangas de Simon le quedaban demasiado cortas y apretadas, y cortó las costuras de los hombros para poder moverse con facilidad. Jace e Isabelle consiguieron ropa casi de su talla, aunque la de Isabelle estaba salpicada de sangre seca. Jace hasta resultaba apuesto con el rojo oscuro, lo que no dejaba de ser molesto.

Ocultaron los cuerpos detrás del túmulo de rocas y siguieron colina arriba. Jace tenía razón: el sol se estaba poniendo, y cubría el reino de colores de fuego y sangre. Comenzaron a caminar en formación al irse acercándose más y más a la silueta del Gard Oscuro.

De repente, la cuesta dio paso a terreno llano, y rápidamente se encontraron allí, ante la meseta frente a la fortaleza. Era como mirar un negativo superpuesto a otro. Clary veía en su cabeza el Gard como era en su mundo: la colina cubierta de árboles y plantas, los jardines que rodeaban la torre, el brillo de la luz mágica que iluminaba todo el conjunto. El sol brillaba sobre él durante el día, y las estrellas por la noche.

En ese lugar, la cima de la colina era baldía y la barría un viento lo suficientemente frío como para atravesar la tela de la chaqueta robada de Clary. El horizonte era una línea roja como un cuello rajado. Todo estaba bañado en esa luz de sangre, desde el montón de Oscurecidos que rondaban por la meseta hasta el propio Gard Oscuro. Ya cerca, pudieron ver la muralla que lo rodeaba y las recias verjas.

—Será mejor que te subas la capucha —dijo Jace a su espalda, mientras cogía la capucha en cuestión y se la ponía sobre la cabeza—. Tu cabello es muy reconocible.

—¿Para los Oscurecidos? —soltó Simon, que a Clary le resultaba terriblemente raro en su traje de combate rojo. Nunca se había imaginado ver a Simon en traje de combate.

—Para Sebastian —respondió Jace secamente, y se subió su propia capucha. Habían sacado las armas: el látigo de Isabelle destellaba bajo la luz roja, y Alec tenía el arco en las manos. Jace miraba hacia el Gard Oscuro. Clary casi se esperaba que Jace dijera algo, que soltara un discurso de estímulo. No lo hizo. Le veía el pronunciado ángulo de los pómulos bajo la capucha del traje, la tensa postura del mentón. Estaba preparado. Todos lo estaban.

—Vamos hacia la puerta —dijo, y siguió avanzando.

Clary sintió frío, el frío de la batalla, que le mantenía recta la espalda y la respiración tranquila. La tierra allí era distinta, notó vagamente. A diferencia del resto de la arena de ese mundo desierto, había sido apisonada por mil pies. En ese momento, un guerrero vestido de rojo la sobrepasó, un hombre de piel oscura, alto y musculoso. No les prestó ninguna atención. Parecía estar haciendo la ronda, al igual que otros Oscurecidos, una especie de recorrido asignado que hacía y deshacía una y otra vez. Una mujer pálida con cabello canoso iba unos cuantos pasos tras él. Clary notó que se le tensaban los músculos: ¿Amatis? Pero cuando la mujer pasó más cerca vio que su rostro no le resultaba conocido. De todas formas, Clary pensó que notaba los ojos de la mujer puestos en ella, y sintió un gran alivio cuando dejó de verlos.

El Gard ya se alzaba ante ellos, las puertas enormes y hechas de hierro. Tenían grabado el dibujo de una mano sujetando un arma: un *skeptron* rematado con un orbe. Era evidente que las puertas habían estado sujetas a años de profanaciones. La superficie estaba arañada y picoteada, aquí y allí con salpicaduras de icor y lo que se parecía inquietantemente demasiado a sangre humana seca.

Clary se acercó para colocar la estela en las puertas, ya con la runa de apertura en la cabeza, pero las hojas giraron sobre sus goznes al tocarlas. Les lanzó una mirada sorprendida a los demás. Jace se mordisqueaba nerviosamente el labio. Clary alzó una inquisitiva ceja, pero él solo se

encogió de hombros, como diciendo: «Avancemos. ¿Qué más podemos hacer?».

Avanzaron. Al otro lado de las puertas había un puente sobre un estrecho barranco. La oscuridad se arremolinaba en el fondo del abismo, más espesa que la niebla o el humo. Isabelle cruzó la primera con su látigo, y Alec ocupó la retaguardia, mirando hacia atrás con el arco preparado. Mientras cruzaban el puente en fila india, Clary se atrevió a lanzar una mirada al precipicio, y casi dio un brinco hacia atrás: la oscuridad tenía miembros, patas largas y ganchudas como las de una araña, y lo que parecían brillantes ojos amarillos.

—No mires —le advirtió Jace en voz baja, y Clary volvió a clavar la mirada en el látigo de Isabelle, dorado y reluciente ante ellos. Iluminaba la oscuridad, y así, cuando llegaron a la puerta principal de la torre, Jace pudo encontrar con facilidad el cierre y abrirla.

Giró sobre sus goznes abriéndose hacia la oscuridad. Todos se miraron, una breve parálisis que ninguno de ellos conseguía superar. Clary se encontró observando a los demás, tratando de memorizarlos: los ojos castaños de Simon, la curva de la clavícula de Jace bajo la chaqueta roja, el arco de las cejas de Alec, el ceño preocupado de Isabelle.

«Basta —se dijo a sí misma—. Esto no es el final. Volverás a verlos».

Miró hacia atrás. Más allá del puente se hallaban las puertas, abiertas de par en par, y aún más allá los Oscurecidos, inmóviles. Clary tuvo la sensación de que estos también estaban mirando, todo parecía inmóvil en ese trepidante instante antes de la caída.

«Ahora».

Dio un paso hacia la oscuridad. Oyó a Jace pronunciar su nombre en voz muy baja, casi un susurro, y luego se halló al otro lado del umbral, y había luz a su alrededor, cegándola con su brusquedad. Oyó el murmullo de los otros mientras se colocaban a su lado, y luego una fría ráfaga de aire al cerrarse la puerta tras ellos.

Alzó los ojos. Se hallaban en un enorme vestíbulo, del tamaño del interior de la Sala de los Acuerdos. Una enorme escalera de piedra con doble espiral subía hacia las alturas, retorciéndose, dos juegos de peldaños

que se cruzaban pero nunca se encontraban. Cada uno con pasamanos de piedra a ambos lados, y Sebastian apoyado en uno de los más cercanos, sonriéndoles.

Era una sonrisa definitivamente salvaje: encantada y expectante. Llevaba un traje de combate escarlata e impoluto, y el cabello le brillaba como el hierro. Negó con la cabeza.

—Clary, Clary —dijo—. De verdad creía que eras más lista que todo esto.

Clary se aclaró la garganta. Se la notaba cerrada por el polvo y el miedo. La piel le vibraba como si hubiera tomado adrenalina.

—¿Más lista que qué? —replicó ella, y casi se estremeció ante el eco de su propia voz, que rebotó en las desnudas paredes de piedra. No había tapices, ni cuadros, ni nada que suavizara el impacto.

Aunque no sabía qué otra cosa se había esperado encontrar en un mundo de demonios. Evidentemente, no había arte.

—Estamos aquí —continuó Clary—. Dentro de tu fortaleza. Somos cinco, y tú, uno.

—Oh, vale —repuso él—. ¿Y se supone que debo parecer sorprendido? —Retorció el rostro en una mueca burlona de falsa sorpresa que le retorció las entrañas a Clary—. ¿Quién lo habría dicho? —le dijo burlón—. Quiero decir, dejemos aparte que, evidentemente, me enteré por la reina de que habíais venido aquí, pero desde que habéis llegado, habéis encendido un enorme fuego, habéis tratado de robar un artefacto protegido por los demonios… quiero decir que lo único que habéis hecho ha sido dibujar una enorme flecha que señalaba directamente vuestra localización. —Suspiró—. Siempre he sabido que la mayoría de vosotros erais terriblemente estúpidos. Incluso Jace, bueno, eres guapo pero no muy listo, ¿verdad? Quizá si Valentine hubiera pasado unos cuantos años más contigo… Pero no, seguramente ni así. Los Herondale siempre han sido una familia más valorada por su mentón que por su inteligencia. En cuanto a los Lightwood, cuanto menos se diga, mejor. Generaciones de idiotas. Pero Clary…

—Te has olvidado de mí —dijo Simon.

Sebastian arrastró la mirada hasta Simon, como si fuera algo desagradable.

—Tú sigues apareciendo como una moneda falsa —soltó—. Vampiro pesado. He matado al que te hizo, ¿lo sabías? Pensaba que los vampiros sentían todo tipo de cosas, pero tú pareces indiferente. ¡Qué desalmado!

Clary notó que Simon se tensaba levemente a su lado, y lo recordó en la cueva, cuando se había doblado sobre sí mismo como si lo hubiera atravesado alguna clase de dolor. Dijo que había sido como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el pecho.

—Raphael —susurró Simon. Junto a él, Alec había palidecido de golpe.

—¿Qué hay de los otros? —preguntó con voz profunda—. Magnus… Luke…

—Nuestra madre —acabó Clary—. Seguramente ni siquiera tú le harías daño.

La sonrisa burlona de Sebastian se volvió amarga.

—Ella no es mi madre —dijo, y luego se encogió de hombros con un exagerado gesto de exasperación—. Está viva —contestó—. Y en cuanto al brujo y al licántropo, no podría decirlo. No he ido a verlos desde hace tiempo. El brujo no estaba muy bien la última vez que lo vi —añadió—. Me parece que esta dimensión le sienta fatal. Podría estar ya muerto. Pero no podéis esperar que yo haya previsto nada parecido.

Alec alzó el arco en un fluido movimiento.

—Prevé esto —dijo, y disparó la flecha.

Fue directa hacia Sebastian, que se movió con la velocidad del rayo y agarró el proyectil en el aire, cerrando los dedos alrededor del ástil mientras la flecha le vibraba en la mano. Clary oyó a Isabelle tragar, y sintió la sangre y el temor en sus propias venas.

Sebastian volvió hacia Alec la punta de la flecha, como si fuera un maestro agitando una regla, y chasqueó la lengua en desaprobación.

—Niño malo —dijo—. ¿Intentas matarme aquí, en mi fortaleza, en el corazón de mi poder? Como he dicho, sois tontos. Todos sois tontos. —Hizo un gesto repentino, un giro de la muñeca, y la flecha se quebró con un ruido seco, como el de un disparo.

Las puertas dobles a ambos lados de la estancia se abrieron de golpe y comenzaron a entrar demonios.

Clary se lo había esperado, y había intentado prepararse para ello, pero aquella invasión superaba todas sus expectativas. Había visto demonios en grandes cantidades, y sin embargo, mientras la marea entraba por ambos lados, mezclando criaturas arácnidas de gruesos cuerpos ponzoñosos, monstruos humanoides carentes de piel que goteaban sangre, cosas con garras y dientes y enormes mantis religiosas con grandes bocas de mandíbulas perpetuamente abiertas, Clary sintió como si la piel se le quisiera escapar del cuerpo. Se obligó a permanecer inmóvil, con la mano en *Heosphoros*, y miró a su hermano.

Él le respondió con su propia mirada siniestra, y Clary recordó al chico de su visión, el de ojos verdes como los de ellos. Vio que las arrugas aparecían en la frente de Sebastian.

Este alzó la mano y chasqueó los dedos.

—Quietos —ordenó.

Los demonios se quedaron clavados en su sitio, rodeando a Clary y a los otros. Esta oyó la agitada respiración de Jace, y notó que cerraba los dedos alrededor de la mano que tenía ella a la espalda. Una silenciosa señal. Los otros permanecían rígidos, rodeándola.

—Mi hermana —dijo Sebastian—. No le hagáis daño. Traedla aquí. Matad a los otros. —Miró a Jace con los ojos entrecerrados—. Si podéis.

Los demonios avanzaron. El medallón de Isabelle palpitaba como una luz estroboscópica, lanzando ardientes lenguas de rojo y dorado. Bajo la fuerte luz, Clary vio a los otros tomar posiciones para defenderse de los demonios.

Era su oportunidad. Corrió hacia la pared, notando cómo la runa de agilidad le ardía en el brazo mientras saltaba, se agarraba a la áspera piedra con la mano izquierda y clavaba la punta de la estela en el granito como si fuera un hacha hundiéndose en el tronco de un árbol. Notó que la piedra se estremecía. Aparecieron pequeñas fisuras, pero ella siguió agarrada con terca determinación y arrastró la estela por la superficie de la pared, rajándola con rapidez. Notó la resistencia como algo distante. Todo parecía

haber retrocedido, incluso el estruendo de la lucha a su espalda, el hedor y los aullidos de los demonios. Solo notaba el poder de las runas resonando en su interior mientras dibujaba, y dibujaba, y dibujaba…

Algo la cogió por el tobillo y tiró de ella. Una punzada de dolor le recorrió la pierna. Miró hacia abajo y vio un correoso tentáculo enrollado en su bota, tirando de ella. Estaba unido a un demonio que parecía un enorme loro mudando las plumas y con tentáculos saliéndole de donde hubieran debido estar las alas. Clary se aferró con más fuerza a la pared, agitando la estela de un lado a otro, y la roca tembló mientras las líneas negras devoraban la piedra.

Aumentó la presión que notaba en el tobillo. Con un grito, Clary se soltó. La estela se le cayó mientras ella se estrellaba contra el suelo. Ahogó un grito y rodó hacia el lado justo cuando una flecha le pasó por encima de la cabeza y se hundió en la carne del demonio. Clary volvió la cabeza y vio a Alec, que cogía otra flecha. En ese momento, las runas de la pared a su espalda comenzaron a iluminarse como un mapa de fuego celestial. Jace estaba junto a Alec, con la espada en la mano y los ojos fijos en Clary.

Ella asintió lentamente con la cabeza.

«Hazlo».

El demonio que la sujetaba rugió, el tentáculo perdió fuerza y Clary se puso en pie como pudo. No había sido capaz de dibujar una puerta rectangular, así que la entrada dibujada en la pared ardía en un círculo irregular, como la abertura de un túnel. En el interior del resplandor vio el centelleo de un Portal que ondeaba como agua plateada.

Jace pasó ante ella y se lanzó de cabeza al interior. Clary captó un atisbo de lo que había al otro lado: la destrozada Sala de los Acuerdos con la estatua de Jonathan Cazador de Sombras. Sin perder un instante, se lanzó hacia la entrada y apretó la mano contra el Portal, con el fin de mantenerlo abierto y que Sebastian no pudiera cerrarlo. Jace solo necesitaba unos segundos…

Oyó a Sebastian a su espalda, gritando en un idioma que ella desconocía. El hedor de los demonios lo llenaba todo. Oyó un siseo y un cascabeleo, y al volverse vio a un rapiñador corriendo hacia ella, con su

cola de escorpión preparada para atacarla. Clary se echó hacia atrás, encogida, justo cuando el monstruo cayó en dos trozos, seccionado por la mitad por el látigo de Isabelle. Un icor apestoso cubrió el suelo. Simon agarró a Clary y la arrastró hacia dentro. En ese momento, el Portal se cubrió de una repentina y cegadora luz, y Jace lo atravesó.

Clary inspiró con fuerza. Nunca Jace se había parecido tanto a un ángel vengador, saltando entre nubes y fuego. Su brillante cabello parecía arder cuando aterrizó suavemente y alzó el arma que sujetaba en la mano. Era el *skeptron* de Jonathan Cazador de Sombras. El orbe en el centro brillaba. A través del Portal, justo antes de cerrarse, Clary vio las oscuras formas de los demonios voladores, oyó sus gritos de decepción y rabia al llegar y ver que el arma había desaparecido y que al ladrón no se lo veía por ninguna parte.

Cuando Jace alzó el *skeptron*, los demonios que los rodeaban comenzaron a retroceder atropelladamente. Sebastian estaba apoyado en la balaustrada, aferrándola con las manos, pálido como la muerte. Tenía la mirada clavada en Jace.

—Jonathan —dijo, y su voz les llegó resonante—. Jonathan, te prohíbo…

Jace alzó el *skeptron* y el orbe estalló en llamas. Era una llama brillante, contenida, fría, más luz que calor; un resplandor cegador que cubrió toda la sala redibujando los contornos con su brillo. Clary vio que los demonios se volvían ardientes siluetas antes de estremecerse y estallar convertidos en cenizas. Los que estaban más cerca de Jace se deshicieron primero, pero la luz los atravesó a todos como una grieta abriéndose en la tierra, y uno a uno fueron chillando y disolviéndose, dejando atrás una gruesa capa de ceniza gris y negra sobre el suelo.

La luz se intensificó, más y más brillante, hasta que Clary tuvo que cerrar los ojos, y a pesar de ello siguió viendo el último estallido de brillo a través de los párpados. Cuando volvió a abrirlos, el vestíbulo estaba casi vacío. Solo quedaban sus compañeros y ella. Los demonios habían desaparecido. Y Sebastian seguía allí, en la escalera, inmóvil, pálido y perplejo.

—No —masculló con los dientes apretados.

Jace seguía con el *skeptron* en la mano; el orbe se había vuelto negro y muerto, como una bombilla fundida. Miró a Sebastian; el pecho le subía y bajaba con rapidez.

—Creías que no sabíamos que nos estabas esperando —dijo—. Pero contábamos con eso. —Dio un paso adelante—. Te conozco —afirmó, aún jadeante, con el cabello alborotado y los dorados ojos encendidos—. Tú me poseíste, me controlaste, me obligaste a hacer tu voluntad, pero aprendí de ti. Estabas en mi cabeza y lo recuerdo. Recuerdo cómo piensas, cómo haces los planes. Sabía que nos subestimarías, pensabas que no supondríamos que era una trampa, pensabas que no habríamos planeado esa circunstancia. Te olvidas de que te conozco; conozco hasta el último rincón de tu arrogante cerebro…

—Calla —siseó Sebastian. Los señaló con una temblorosa mano—. Pagaréis con sangre por esto —los amenazó, y luego se volvió y corrió escaleras arriba. Desapareció tan deprisa que ni siquiera la flecha de Alec, volando tras él, pudo alcanzarlo. En vez de eso, golpeó la curva de la escalera, se quebró en el impacto contra la piedra y cayó al suelo en dos trozos.

—Jace —lo llamó Clary. Le tocó el brazo. Él parecía haberse quedado paralizado—. Jace, cuando dice que lo pagaremos con sangre, no se refiere a nuestra sangre. Se refiere a la de ellos. Luke, Magnus y mamá. Tenemos que encontrarlos.

—Es cierto. —Alec bajó el arco. La chaqueta roja del traje de combate se le había roto en la pelea, y el brazal que llevaba estaba manchado de sangre—. Cada escalera llega a un nivel diferente. Tendremos que separarnos. Jace, Clary, id por la escalera este; el resto tomaremos la otra.

Nadie protestó. Clary sabía que Jace nunca habría accedido a separarse de ella, y tampoco Alec habría dejado a su hermana, o Isabelle y Simon habrían tenido que separarse. Si tenían que dividirse, esa era la única manera.

—Jace —dijo Alec de nuevo, y esta vez la palabra pareció sacar a Jace de su parálisis.

Jace tiró el *skeptron* ya inservible a un lado, lo dejó que resonara en el suelo y luego los miró asintiendo.

—Muy bien —repuso, y la puerta tras ellos se abrió de golpe.

Cazadores oscuros vestidos de rojo comenzaron a entrar en tropel en la sala. Jace cogió a Clary por la muñeca y echaron a correr; Alec y los otros corrieron a su lado hasta llegar a la escalera, donde se separaron. Clary pensó que había oído a Simon llamarla mientras Jace y ella se lanzaban hacia la escalera este. Se volvió para buscarlo, pero ya no pudo verlo. La sala estaba llena de Oscurecidos, varios de ellos apuntándolos con ballestas e incluso hondas. Agachó la cabeza y siguió corriendo.

Jia Penhallow se hallaba en el balcón del Gard y miraba hacia la ciudad de Alacante.

El balcón se usaba muy pocas veces. Había habido un tiempo en que el Cónsul se había dirigido a la población desde ese punto por encima de ellos, pero esa costumbre había caído en desgracia en el siglo XIX, cuando la cónsul Fairchild decidió que ese comportamiento se parecía demasiado al de un papa o un rey.

Había caído la tarde, y las luces de Alacante comenzaban a encenderse: luz mágica en las ventanas de todas las casas y escaparates, luz mágica iluminando la estatua de la plaza del Ángel, luz mágica manando de la Basilias. Jia respiró hondo mientras sujetaba la nota de Maia Roberts que hablaba de esperanza en la mano izquierda y se preparaba.

Las torres de los demonios brillaban azules, y Jia comenzó a hablar. Su voz resonó de torre en torre, extendiéndose por la ciudad. Vio a la gente detenerse en las calles y echar la cabeza atrás para mirar a las torres de los demonios; la gente permanecía parada en las puertas de sus casas, escuchando sus palabras, que pasaban sobre ellos como una marea.

—Nefilim —decía—. Hijos del Ángel, guerreros, esta noche debemos prepararnos, porque esta noche Sebastian Morgenstern lanzará sus fuerzas contra nosotros. —El viento que llegaba de las colinas que rodeaban Alacante era helado, y Jia se estremeció—. Sebastian Morgenstern trata de

destruir lo que somos —continuó—. Lanzará contra nosotros guerreros que tienen nuestro propio rostro, pero que no son nefilim. No podemos vacilar. Cuando nos enfrentemos a ellos, cuando miremos a los Oscurecidos, no podemos ver a un hermano o una madre, hermana o esposa, sino a una criatura atormentada. Un humano al que se le ha arrancado toda la humanidad. Somos lo que somos porque nuestra voluntad es libre: somos libres de elegir. Elegimos quedarnos a luchar. Elegimos derrotar a las fuerzas de Sebastian. Ellos tienen la oscuridad; nosotros, la fuerza del Ángel. El fuego prueba el oro. En este fuego todos seremos probados, y reluciremos. Ya conocéis el protocolo. Ya sabéis qué hacer. Adelante, Hijos del Ángel.

»Adelante y encended las luces de la guerra.

22

LAS CENIZAS DE NUESTROS PADRES

El repentino alarido de una sirena surcó el aire, y Emma pegó un brinco en la cama, lanzando los papeles al suelo. El corazón le comenzó a latir desbocado.

A través de la ventana abierta de su dormitorio veía las torres de los demonios, destellando doradas y rojas. Los colores de la guerra.

Se puso en pie y fue a coger su traje de combate, que colgaba de un gancho junto a la cama. Acababa de ponérselo y estaba agachada para atarse las botas cuando se abrió en tromba la puerta de su habitación. Era Julian. Patinó hasta casi chocar con la cama antes de poder frenarse. Miró los papeles del suelo y luego a ella.

—Emma, ¿has oído el anuncio?

—Estaba dormida. —Masculló la respuesta mientras se colgaba el arnés que le sujetaba a *Cortana* a la espalda; luego metió la espada en la vaina.

—La ciudad está siendo atacada —explicó él—. Tenemos que ir a la Sala de los Acuerdos. Nos van a encerrar dentro a todos los niños; es el lugar más seguro de la ciudad.

—No voy a ir —dijo Emma.

Julian se la quedó mirando. Él llevaba vaqueros, la chaqueta del traje de combate y deportivas, así como una espada corta metida en el cinturón. Sus

rizos castaños estaban totalmente enredados, como si llevara tiempo sin peinarse.

—¿Qué quieres decir?

—No me voy a esconder en la Sala de los Acuerdos. Quiero luchar.

Jules se pasó las manos por el ensortijado cabello.

—Si tú luchas, yo lucho —repuso—. Y eso significa que nadie lleva a Tavvy a la Sala de los Acuerdos, y que nadie protege a Livvy, a Ty, o a Dru.

—¿Qué hay de Helen y Aline? —preguntó Emma—. Los Penhallow…

—Helen nos está esperando. Todos los Penhallow están en el Gard, Aline incluida. No hay nadie en casa excepto Helen y nosotros —explicó Julian, y le tendió la mano a Emma—. Helen no nos puede proteger a todos ella sola y también cargar con el bebé. —La miró, y Emma pudo ver el miedo en sus ojos, el miedo que, por lo general, tenía tanto cuidado de ocultar a sus hermanos pequeños.

»Emma —continuó Jules—. Eres la mejor, la que mejor lucha de todos nosotros. No solo eres mi amiga, y yo no soy solo su hermano mayor. Soy su padre, o lo que más se le parece, y me necesitan, y yo te necesito a ti. —La mano que le tendía temblaba. Sus ojos del color del mar destacaban, enormes, en su pálido rostro. No parecía el padre de nadie—. Por favor, Emma.

Lentamente, ella le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de él. Lo vio dejar escapar un levísimo suspiro de alivio, y notó una opresión en el pecho. A su espalda, a través de la puerta abierta, podía verlos: Tavvy y Dru, Livia y Tiberius. Su responsabilidad.

—Vamos —dijo Emma finalmente.

En lo alto de la escalera Jace soltó la mano de Clary. Esta se agarró a la balaustrada y trató de no toser, aunque se notaba los pulmones como si quisieran abrirse paso fuera del pecho. Jace la miró: «¿Qué te pasa?», le preguntó sin palabras, pero luego se tensó. Tras ellos se oían claramente pasos que corrían en su dirección. Tenían a los Oscurecidos pegados a los talones.

—Vamos —dijo Jace, y comenzó a correr de nuevo.

Clary se obligó a seguirlo. Jace parecía saber adónde iba, sin vacilar, y Clary supuso que estaba empleando el mapa del Gard de Alacante que tenía en la cabeza y se dirigían hacia el corazón de la torre.

Torcieron por un largo pasillo. A mitad del mismo, Jace se detuvo ante unas puertas de metal. Estaban marcadas con runas desconocidas. Clary esperaba encontrar runas de muerte, algo que hablara del Infierno y la oscuridad, pero esas eran runas de luto y pena por un mundo destruido. ¿Quién las habría trazado allí?, se preguntó. ¿Y en qué estado de dolor? Había visto antes runas de luto. Los cazadores de sombras las llevaban como insignias cuando se les moría algún ser querido, aunque no aliviaban el sufrimiento. Pero había una diferencia entre el dolor por la muerte de una persona y el dolor por un mundo destruido.

Jace agachó la cabeza y le plantó un fuerte y breve beso en la boca.

—¿Estás lista?

Ella asintió, y Jace abrió la puerta y entró. Clary lo siguió.

La sala al otro lado era tan grande como la Cámara del Consejo del Gard de Alacante, si no más. El techo se alzaba muy por encima de ellos, aunque en vez de filas de asientos, un amplio suelo de mármol llegaba hasta un estrado al fondo de la sala. Tras el estrado había dos enormes ventanales separados. La luz del ocaso entraba por los dos, aunque un ocaso era de color dorado y el otro del color de la sangre.

Bajo la luz dorada y escarlata, Sebastian se hallaba arrodillado en el centro de la sala. Estaba grabando runas en el suelo, un círculo de oscuros sellos conectados. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Clary comenzó a ir hacia él, y luego saltó hacia atrás gritando cuando una enorme forma gris se alzó ante ella.

Parecía un gusano enorme. La única abertura en su resbaladizo cuerpo de color gris era una boca llena de dientes serrados. Clary lo reconoció. Lo había visto antes en Alacante, haciendo rodar su resbaladizo cuerpo sobre una pila de sangre, cristal y azúcar glas. Un demonio behemoth.

Fue a sacar la daga, pero Jace ya estaba saltando, espada en ristre. Voló por los aires, aterrizó sobre el lomo del demonio, y le clavó la espada en su

cabeza sin ojos. Clary retrocedió mientras el behemoth se sacudía, salpicando icor hediondo, y un gemido ululante le salía de la garganta. Jace se aferró a su lomo, y soportó la ducha de icor mientras le clavaba la espada una y otra vez, hasta que el demonio, con un gemido gorgoteante, se desplomó. Jace se mantuvo a horcajadas sobre él, apretando las rodillas contra sus costados, hasta el último momento. Luego rodó hacia atrás y cayó de pie al suelo.

Durante un momento se hizo el silencio. Jace miró alrededor como si esperara que otro demonio se lanzara sobre ellos desde las sombras, pero solo estaba Sebastian, que se había puesto en pie en el centro de su círculo de runas, ya completo.

Comenzó a aplaudir lentamente.

—Bonito trabajo —dijo—. De verdad, un excelente exterminio del demonio. Apuesto a que papá te habría dado una estrella de oro. Ahora, ¿podemos dejarnos de cumplidos? Reconocéis dónde estamos, ¿verdad?

Jace recorrió la sala con la mirada, y Clary lo imitó. La luz del exterior de las ventanas se había atenuado un poco, y Clary pudo ver el estrado con mayor claridad. Sobre él había dos inmensos… bueno, él único término aplicable era «tronos». Eran de marfil y oro, con escalones dorados que subían hasta ellos. Los dos tenían el respaldo curvado con una llave repujada en el centro.

«Soy el que vivió y murió —citó Sebastian—, y contempladme, porque estoy vivo para siempre, y tengo las llaves del Infierno y la muerte». —Hizo un gesto abarcando ambos tronos, y Clary se dio cuenta, sorprendida, de que había alguien arrodillado junto al trono de la izquierda, un cazador oscuro en traje rojo. Una mujer de rodillas, con las manos unidas ante ella —. Esas son las llaves, reconstruidas en forma de tronos y entregadas a mí por los demonios que gobiernan este mundo, Lilith y Asmodeus.

Sus oscuros ojos se posaron en Clary, y esta notó su mirada como unos fríos dedos recorriéndole la espalda.

—No sé por qué me estás enseñando esto —dijo ella—. ¿Qué esperas? ¿Admiración? No la tendrás. Puedes amenazarme todo lo que quieras; sabes

que no me importa. No puedes amenazar a Jace; tiene el fuego del Cielo en las venas. No puedes hacerle daño.

—¿No puedo? —dijo Sebastian, petulante—. Quién sabe cuánto fuego del Cielo le queda en las venas, después del espectáculo de fuegos artificiales que se montó la otra noche. Ese demonio te puso de los nervios, ¿verdad, hermano? Sabía que no podrías soportar saberlo, saber que habías matado a uno de los tuyos.

—Me obligaste a cometer un asesinato —repuso Jace—. No fue mi mano la que sujetaba el cuchillo que mató a la hermana Magdalena; fue la tuya.

—Si así lo prefieres… —La sonrisa de Sebastian se tornó fría—. Sea como sea, hay otros a los que puedo amenazar. Amatis, levántate y trae aquí a Jocelyn.

Clary notó como pequeñas agujas de hielo correrle por las venas, pero trató de no mostrar ninguna expresión en el rostro mientras la mujer arrodillada se levantaba. Sí, era Amatis, con sus desconcertantes ojos azules como los de Luke. Sonrió.

—Será un placer —dijo, y salió de la sala, el extremo de su largo abrigo rojo barriendo el suelo tras ella.

Jace avanzó con un gruñido inarticulado, y se detuvo de golpe a varios pasos de Sebastian. Adelantó las manos, pero parecieron chocar contra algo transparente, una pared invisible.

Sebastian soltó un bufido.

—Como si fuera a dejarte que te acercaras… Tú, con el fuego ardiendo en tu interior. Una vez fue suficiente, gracias.

—Así que sabes que puedo matarte —repuso Jace, mirándolo directamente, y Clary no pudo evitar pensar en lo mucho que se parecían y lo diferentes que eran: como hielo y fuego; Sebastian blanco y negro, y Jace ardiendo de rojo y dorado—. No puedes ocultarte ahí eternamente. Te morirás de hambre.

Sebastian hizo un rápido gesto con los dedos, igual que Clary le había visto hacer a Magnus cuando lanzaba un hechizo, y Jace salió volando hacia

atrás y se golpeó contra la pared. Clary ahogó un grito mientras se volvía y lo veía caer al suelo con un corte sangrante en un lado de la cabeza.

Sebastian hizo un ruidito de satisfacción y bajó la mano.

—No te preocupes —dijo como si nada, y volvió a mirar a Clary—. Se pondrá bien. Si finalmente no cambio de idea sobre lo que quiero hacer con él. Estoy seguro de que lo entiendes, ahora que has visto lo que soy capaz de hacer.

Clary se mantuvo inmóvil. Sabía lo importante que era mantener el rostro inexpresivo, no mirar a Jace con pánico, no mostrarle a Sebastian rabia ni miedo. En lo más profundo de su corazón, sabía mejor que nadie lo que él quería; sabía cómo era él, y esa era su mejor arma.

Bueno, quizá la segunda mejor.

—Siempre he sabido que tenías poder —repuso ella, sin mirar deliberadamente a Jace, sin analizar su inmovilidad ni el grueso hilo de sangre que le descendía por el rostro. Eso iba a pasar siempre; siempre iba a ser ella enfrentándose a Sebastian sin nadie, ni siquiera Jace, a su lado.

—Poder —repitió él, como si fuera un insulto—. ¿Así es como lo llamas? Aquí tengo más que poder, Clary. Aquí puedo dar forma a la realidad. —Había comenzado a caminar por el interior del círculo que había dibujado, con las manos a la espalda, como un profesor impartiendo una clase—. Este mundo solo está conectado con los hilos más finos a aquel en el que nacimos. El camino a través del País de las Hadas es uno de esos hilos. Esas ventanas son otro. Atraviesa esa —señaló la ventana de la derecha, por la que Clary podía ver el cielo azul oscuro de un ocaso tapizado de estrellas— y regresarás a Idris. Pero no es tan sencillo. —Miró las estrellas a través de la ventana—. Vine a este mundo porque era un buen escondite. Y luego comencé a darme cuenta. Estoy seguro de que nuestro padre te citó esas palabras muchas veces. —Le hablaba a Jace, como si este pudiera oírlo—. «Es mejor gobernar en el Infierno que servir en el Cielo». Y aquí mando yo. Tengo mis Oscurecidos y mis demonios. Tengo mi torre y mi ciudadela. Y cuando los bordes de este mundo se sellen, todo lo que está aquí serán mis armas. Las rocas, los árboles muertos, el propio suelo vendrá a mi mano y empleará su poder para mí. Y los Grandes, los viejos

demonios, mirarán mi obra y me recompensarán. Me glorificarán, y gobernaré los abismos entre los mundos y los espacios entre todas las estrellas.

—«Y gobernará con una vara de hierro —citó Clary, recordando las palabras de Alec en la Sala de los Acuerdos—, y le daré la Estrella Matutina».

Sebastian se volvió hacia ella con los ojos brillantes.

—¡Sí! —exclamó—. Sí, muy bien, ahora lo estás entendiendo. Creía querer nuestro mundo, arrasarlo en sangre, pero quiero más que eso. Quiero el legado del nombre de Morgenstern.

—¿Quieres ser el diablo? —preguntó Clary, medio perpleja medio aterrada—. ¿Quieres gobernar el Infierno? —Extendió las manos—. Pues adelante. Ninguno de nosotros va a impedírtelo. Permite que nos vayamos a casa, te prometo que dejaremos tu mundo en paz, y podrás tener tu Infierno.

—Bien —repuso Sebastian—. Porque he descubierto algo que quizá me diferencia de Lucifer. No quiero gobernar solo. —Extendió el brazo, con un gesto elegante, y señaló los dos tronos del estrado—. Uno de esos tronos es para mí. Y el otro… el otro es para ti.

Las calles de Alacante torcían y volvían sobre sí mismas como las corrientes del mar. Si Emma no hubiera estado siguiendo a Helen, que llevaba una luz mágica en una mano y su ballesta en la otra, se habría perdido sin remedio.

El último sol estaba desapareciendo en el cielo, y las calles estaban oscuras. Julian cargaba con Tavvy, y el bebé le rodeaba el cuello con los brazos; Emma llevaba a Dru de la mano y los mellizos caminaban juntos en silencio.

Dru no iba deprisa y no paraba de tropezar, hasta el punto que se cayó varias veces, y Emma tuvo que ponerla en pie. Jules le decía a Emma que tuviera cuidado, y ella estaba tratando de tenerlo. No podía imaginarse cómo lo hacía Julian, cómo sujetaba a Tavvy con tanto cuidado, susurrándole tan tranquilizador que el niño ni siquiera lloraba. Dru

sollozaba en silencio. Emma le limpió las lágrimas cuando la ayudó a levantarse por cuarta vez, murmurando palabras tontas para tranquilizarla, del mismo modo que su madre había hecho una vez cuando ella se había caído de niña.

En ningún momento había añorado a sus padres más que en este; era como tener un cuchillo en las costillas.

—Dru —comenzó, y entonces el cielo se iluminó de rojo. Las torres de los demonios se habían encendido de color escarlata puro, todo el dorado de advertencia ya desaparecido.

—Las murallas de la ciudad han cedido —dijo Helen, mirando hacia el Gard. Emma supo que pensaba en Aline. El resplandor rojo de las torres le teñía el pálido cabello del color de la sangre—. Vamos… Deprisa.

Emma no estaba segura de que pudieran ir más deprisa. Agarró a Drusilla por la muñeca con más fuerza y tiró de la niña hasta casi levantarla del suelo mientras murmuraba unas disculpas. Los mellizos, cogidos de la mano, eran más rápidos, incluso mientras corrían por los gastados escalones hacia la plaza del Ángel, guiados por Helen.

Habían llegado casi al último escalón cuando Julian dio el aviso.

—¡Helen, detrás de nosotros!

Emma se volvió y vio a un caballero hada en blanca armadura acercándose al pie de la escalera. Llevaba un arco hecho de una rama curva y su cabello era largo y del color de la corteza de los árboles.

Por un momento, su mirada se encontró con la de Helen. La expresión de su rostro cambió, y Emma se preguntó si habría reconocido la sangre de hada en sus venas… Entonces Helen alzó el brazo derecho y disparó su ballesta hacia él.

El caballero se apartó de su trayectoria, y el dardo dio en la pared que tenía detrás. Sonrió desdeñoso y saltó al primer escalón, y luego al segundo… y lanzó un grito. Emma contempló sorprendida cómo al caballero se le doblaban las piernas; cayó y aulló cuando su piel entró en contacto con el borde del escalón. Por primera vez, Emma notó que habían clavado sacacorchos, clavos y otros trozos de hierro forjado en los bordes

de los escalones. El guerrero hada retrocedió, y Helen disparó de nuevo. El dardo le atravesó la armadura y se le hundió en el pecho. Se desplomó.

—Estamos a prueba de hadas —dijo Emma, y recordó haber mirado por la ventana de los Penhallow con Ty y Helen—. Todo ese metal, el hierro. —Señaló un edificio cercano, donde una larga tira de tijeras colgaba de cuerdas unidas al extremo del tejado—. Eso era lo que estaban haciendo los guardias…

De repente, Dru chilló. Otra figura corría por la calle en su dirección. Un segundo caballero hada, en este caso, una mujer con armadura verde claro y un escudo de hojas talladas superpuestas.

Emma sacó el cuchillo del cinturón y lo lanzó. Instintivamente, el hada alzó el escudo para detener el cuchillo, pero este voló por encima de su cabeza y cortó el cordón que sujetaba unas tijeras al techo. Las tijeras cayeron, con la punta por delante, y se le clavaron al hada entre los hombros. La mujer cayó al suelo con un grito, el cuerpo sacudiéndosele con espasmos.

—Buen trabajo, Emma —la felicitó Helen con voz rotunda—. Vamos, todos…

Se interrumpió con un grito cuando tres Oscurecidos surgieron de una calle lateral. Llevaban el traje de combate rojo que tan a menudo aparecía en las pesadillas de Emma. La luz de las torres de los demonios lo teñía aún más intensamente.

Los niños se quedaron callados como fantasmas. Helen alzó la ballesta y disparó un dardo. Le dio a uno de los Oscurecidos en el hombro, y este se tambaleó, pero no cayó. Helen empezó a recargar de nuevo la ballesta, y Julian trató de sujetar a Tavvy mientras intentaba desenfundar la espada que le colgaba al costado. Emma puso la mano sobre *Cortana*…

Un círculo de luz rodante atravesó el aire y se hundió en el cuello del primer Oscurecido, salpicando de sangre la pared que tenía detrás. Se llevó las manos a la garganta y se desplomó. Volaron dos círculos más, uno después de otro, y se hundieron en el pecho de los otros cazadores oscuros. Cayeron en silencio, su sangre formando un charco sobre los adoquines.

Emma se volvió y alzó la mirada. Había alguien en lo alto de la escalera: un joven cazador de sombras con cabello negro y un brillante *charkhram* aún en la mano derecha. Otros más le colgaban del cinturón de armas. Bajo la luz roja de las torres de los demonios parecía resplandecer: una silueta alta y delgada en traje de combate negro recortada contra la noche aún más negra, la Sala de los Acuerdos alzándose tras él como una pálida luna.

—¿Hermano Zachariah? —exclamó Helen, asombrada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Magnus con voz ronca. Ya no podía sentarse, y estaba tumbado, medio apoyado en los codos, sobre el suelo de la celda. Luke se encontraba con el rostro pegado al estrecho ventanuco. Tenía los hombros tensos, y casi ni se había movido desde que se oyeron los primeros gritos y ruidos.

—Luz —contestó Luke, finalmente—. Hay algún tipo de luz saliendo de la torre. Está levantando la niebla. Puedo ver la meseta abajo, y a varios Oscurecidos corriendo. Pero no sé lo que lo ha causado.

Magnus rio por lo bajo, y notó el sabor a metal en la boca.

—Vamos —dijo—. ¿Y tú qué crees?

Luke lo miró.

—¿La Clave?

—¿La Clave? —repitió Magnus—. Odio tener que decírtelo, pero a ellos no les importamos lo suficiente para venir aquí. —Echó la cabeza hacia atrás. Se sentía peor de lo que recordaba haberse sentido nunca… Bueno, nunca quizá no: hubo aquel incidente con las ratas y las arenas movedizas a finales de siglo—. Tu hija. A ella sí le importa.

Luke parecía horrorizado.

—Clary. No. No debería estar aquí.

—¿Acaso no está siempre donde no debería estar? —preguntó Magnus en un tono de voz racional. Al menos él pensaba que sonaba racional—. Y el resto. Sus inseparables compañeros. Mi…

Las puertas se abrieron de golpe. Magnus trató de sentarse, no pudo y cayó hacia atrás sobre los codos. Tuvo una vaga sensación de fastidio. Si Sebastian había ido a matarlos, prefería morir de pie que apoyado en los codos. Oyó voces: Luke gritando, y luego otros, y entonces un rostro se puso ante él, sus ojos eran como estrellas en un cielo claro.

Magnus exhaló con fuerza… Por un momento ya no se sintió enfermo, o temeroso de morir, ni siquiera enfadado o amargado. El alivio lo inundó, tan profundo como la pena, y alzó la mano para rozar, con el magullado dorso de la mano, la mejilla del chico que se inclinaba sobre él. Los ojos de Alec eran enormes, y azules, y estaban cargados de angustia.

—Oh, mi Alec —dijo Magnus—. Has estado tan triste… No lo sabía.

Mientras recorrían el camino hacia el centro de la ciudad, fueron encontrando más gente: más nefilim, más Oscurecidos, más guerreros hada, aunque las hadas se movían lenta y dolorosamente, muchos debilitados por el contacto con el hierro, el acero, la madera de serbal y la sal que se habían desplegado en abundancia por toda la ciudad como protección contra ellos. El poder de los soldados hada era legendario, pero Emma vio a muchos, que de otro modo podrían haber salido victoriosos, caer bajo las destellantes espadas de los nefilim, su sangre corriendo por las losas blancas de la plaza del Ángel.

Pero los Oscurecidos no estaban debilitados. Parecían no importarles los problemas de sus compañeros hadas, y se abrían paso a tajo limpio entre los nefilim que abarrotaban la plaza del Ángel. Julian tenía a Tavvy bajo la chaqueta abrochada. El niño estaba berreando, pero sus gritos se perdían en el fragor de la batalla.

—¡Tenemos que parar! —gritó Julian—. ¡Nos van a separar! ¡Helen!

Helen estaba pálida y con mal aspecto. Cuanto más se acercaban a la Sala de los Acuerdos, que ya se alzaba ante ellos, más nutridos eran los grupos de hechizos de protección contra las hadas; incluso Helen, con su herencia parcial, estaba comenzando a notarlos. Fue el hermano Zachariah (solo Zachariah, ahora, se recordó Emma, solo otro cazador de sombras

como ellos) quien al final los hizo colocarse en fila a todos, Blackthorn y Carstairs, cogidos de la mano. Emma se agarró al cinturón de Julian, ya que este tenía la otra mano ocupada con Tavvy. Incluso Ty se vio obligado a darle la mano a Drusilla, aunque frunció el ceño al hacerlo, lo que provocó que su hermana empezase a llorar de nuevo.

Juntos, fueron hacia la Sala, Zachariah delante de ellos. Se había quedado sin hojas que lanzar y había cogido una lanza de hoja larga. La agitaba entre la multitud mientras avanzaba, y con eficiencia y frialdad iba abriendo un camino entre los Oscurecidos.

Emma ardía de ganas de sacar a *Cortana* de la vaina, de correr hacia adelante, y atravesar y matar con ella a los enemigos que habían asesinado a sus padres, que habían torturado y transformado al padre de Julian, que se habían llevado a Mark. Pero eso significaba soltarse de Julian y Livvy, y no pensaba hacerlo. Les debía demasiado a los Blackthorn, a Jules sobre todo. Jules, que la había mantenido viva, que le había llevado a *Cortana* cuando ella había pensado que se moriría de dolor.

Finalmente, subieron los escalones de la Sala detrás de Helen y Zachariah, y llegaron a la enorme puerta doble de la entrada. Había un guardia a cada lado, sujetando una enorme barra de madera. Emma reconoció a uno de ellos, era la mujer con el tatuaje del *koi* que a veces hablaba en las reuniones: Diana Wrayburn.

—Estamos a punto de cerrar la puerta —dijo el que sujetaba la barra—. Vosotros dos tendréis que dejarlos aquí. Dentro solo se permiten niños…

—Helen —la llamó Dru con voz temblorosa. La fila se rompió y los niños Blackthorn rodearon a Helen. Julian se quedó un poco al lado, con el rostro ceniciento y pálido, acariciando los rizos de Tavvy con la mano libre.

—No pasa nada —les decía Helen con voz ahogada—. Este es el lugar más seguro de Alacante. Mirad, hay sal y tierra de tumba por todos los escalones para que no puedan subir las hadas.

—Y hierro forjado bajo las losas —añadió Diana—. Seguimos las instrucciones del Laberinto Espiral al pie de la letra.

Al oír mencionar el Laberinto Espiral, Zachariah respiró hondo y se arrodilló para mirar a Emma a los ojos.

—Emma Cordelia Carstairs —dijo. Parecía muy joven y muy viejo al mismo tiempo. Tenía sangre en el cuello, donde destacaba su runa desdibujada, pero no era de él. Parecía estarle buscando algo en el rostro, pero Emma no habría podido decir qué—. Quédate con tu *parabatai* —continuó finalmente, en voz tan baja que nadie más pudo oírlo—. A veces lo más valiente es no luchar. Protégelos, y guarda tu venganza para otro día.

Emma lo miró con los ojos muy abiertos.

—Pero yo no tengo un *parabatai*… y ¿cómo sabías…?

Uno de los guardias gritó y cayó con una flecha de plumas rojas clavada en el pecho.

—¡Entrad! —gritó Diana. Agarró a los niños y casi los lanzó dentro de la Sala. Emma notó que la cogían y la empujaban al interior. Se volvió para mirar por última vez a Zachariah y a Helen, pero era demasiado tarde. La puerta se había cerrado tras ella, y la enorme barra de madera encajó en su lugar con un sonido que sonaba a definitivo.

—No —dijo Clary, mientras iba pasando la mirada del terrorífico trono a Sebastian.

«Deja la mente en blanco —se dijo—. Céntrate en Sebastian, en lo que está pasando aquí, en lo que puedes hacer para detenerlo. Deja de pensar en Jace».

—Debes saber que no me quedaré aquí —prosiguió Clary—. Quizá tú prefieras gobernar en el Infierno a servir en el Cielo, pero yo no quiero ni lo uno ni lo otro; solo quiero irme a casa y vivir mi vida.

—Eso no es posible. Ya he sellado el camino que os trajo aquí. Nadie puede regresar por él. Todo lo que queda es esto. —Señaló la ventana—. Y dentro de poco también estará sellada. No habrá forma de regresar a casa, no para ti. Tú sitio está aquí, conmigo.

—¿Por qué? —susurró ella—. ¿Por qué yo?

—Porque te amo —respondió Sebastian. Parecía… incómodo. Tenso y cansado, como si quisiera alcanzar algo que no podía llegar a tocar—. No quiero que sufras ningún daño.

—¿No quieres…? Ya me has hecho sufrir. Trataste de…

—No importa si yo te hago daño —repuso él—. Porque tú me perteneces. Puedo hacer lo que quiera contigo. Pero no quiero que otra gente te toque, o te posea, o te haga daño. Quiero que estés aquí, para admirarme y ver lo que he hecho, lo que he conseguido. Eso es amor, ¿no?

—No —contestó Clary con una voz suave y triste—. No, no lo es. —Dio un paso hacia él, y su bota chocó contra el campo de fuerza invisible de su círculo de runas. No pudo avanzar más—. Si amas a alguien, lo que quieres es que también te ame.

Sebastian entrecerró los ojos.

—No seas condescendiente. Ya sé lo que tú crees que es el amor, Clarissa, y yo creo que te equivocas. Subirás al trono y reinarás a mi lado. Tienes un corazón oscuro en tu interior, y es una oscuridad que compartimos. Cuando yo sea todo lo que haya en tu mundo, cuando yo sea todo lo que te queda, entonces me amarás.

—No lo entiendo…

—No esperaba que lo hicieras. —Sebastian sonrió con superioridad—. No estás en posesión de toda la información, exactamente. Déjame adivinarlo: ¿sabes lo que ha pasado en Alacante desde tu partida?

Una sensación fría comenzó a crecerle en el estómago.

—Estamos en otra dimensión —respondió ella—. No hay manera de saberlo.

—Eso no es exacto —replicó Sebastian, y su voz estaba cargada de satisfacción, como si Clarissa hubiera caído precisamente en la trampa que él quería—. Mira a la ventana sobre el trono del este. Contempla Alacante ahora.

Clary miró. Cuando entró en la sala, a través de la ventana este solo había visto lo que parecía ser un cielo estrellado, pero en ese momento, mientras se concentraba, la superficie del vidrio pareció bullir y ondear. De repente pensó en el cuento de Blancanieves, el espejo mágico, con su superficie que bullía para mostrar el mundo exterior…

Estaba viendo el interior de la Sala de los Acuerdos. Estaba llena de niños. Niños cazadores de sombras sentados y de pie, y se mantenían

juntos. Vio a los Blackthorn, los niños muy juntos en un grupo; Julian sentado con el bebé en el regazo y el brazo libre extendido como si pudiera abrazar al resto de sus hermanos, como si pudiera acercárselos todos y protegerlos. Emma estaba sentada cerca de él con una expresión dura en el rostro, su espada dorada reluciendo tras los hombros…

La escena pasó a la plaza del Ángel. Alrededor de la Sala de los Acuerdos había una bullente masa de nefilim, y alineados contra ellos se hallaban los Oscurecidos, con sus trajes escarlata y cargados de armas… Y no solo los Oscurecidos, sino formas que Clary reconoció con desesperación como los guerreros hada. Un hada alto con el cabello a mechones azules y verdes estaba luchando con Aline Penhallow, que se hallaba ante su madre, con la espada desenvainada como dispuesta a luchar hasta la muerte. Al otro lado de la plaza, Helen estaba tratando de abrirse camino entre la multitud hacia Aline, pero había demasiado atasco. La lucha le impedía avanzar, pero también los cadáveres, los cuerpos de los guerreros nefilim, caídos y agonizantes, muchos más de negro que de rojo. Estaban perdiendo la batalla, perdiéndola…

Clary se volvió hacia Sebastian cuando la escena comenzó a desvanecerse.

—¿Qué está ocurriendo?

—Se ha acabado —contestó él—. Pedí que la Clave te entregara a mí, y no lo hicieron. Es cierto que fue porque te escapaste, pero de todas formas ya no me sirven para nada. Mis fuerzas han invadido la ciudad. Los niños nefilim están escondidos en la Sala de los Acuerdos, pero cuando todos los demás estén muertos, tomarán la Sala. Alacante será mío. Todo Idris será mío. Los cazadores de sombras han perdido la guerra, aunque tampoco ha sido gran cosa como guerra. La verdad es que pensaba que serían más duros de pelar.

—Esos no son ni con mucho todos los cazadores de sombras que existen —replicó Clary—. Esos solo son los que estaban en Alacante. Todavía hay nefilim repartidos por todo el mundo…

—Todos los cazadores de sombras que ves beberán de la Copa Infernal muy pronto. Entonces serán mis servidores, y los enviaré por el mundo para

encontrar a sus hermanos, y los que queden serán transformados o morirán. Mataré a las Hermanas de Hierro y a los Hermanos Silenciosos en sus ciudadelas de piedra y silencio. Dentro de un mes, la raza de Jonathan Cazador de Sombras habrá desaparecido de la Tierra. Y entonces… —Sonrió de un modo terrible, e hizo un gesto hacia la ventana del oeste, por la que se veía el mundo muerto y arrasado de Edom—. Ya has visto lo que le ocurre a un mundo sin protectores —se regodeó—. Tu mundo morirá. Muerte sobre muerte, y sangre en las calles.

Clary pensó en Magnus. «Vi una ciudad de sangre, con torres hechas de hueso, y la sangre corría por las calles como agua».

—No puedes pensar —repuso ella con voz lúgubre— que si haces eso, que si lo que me dices que va a suceder realmente sucede, habrá la más mínima posibilidad de que me siente en un trono junto a ti. Antes prefiero que me tortures hasta la muerte.

—Oh, no lo creo —replicó él alegremente—. Por eso he esperado. Para darte una opción. Todos esos seres mágicos que son mis aliados, todos los Oscurecidos que ves allí, esperan mis órdenes. Si doy la señal, se retirarán. Tu mundo estará a salvo. Nunca podrás volver allí, claro. Sellaré los pasos entre este mundo y aquel, y nunca más nadie, demonio o humano, viajará entre ellos. Pero estará a salvo.

—Una opción —repitió Clary—. ¿Has dicho que me estabas dando una opción?

—Claro —repuso él—. Gobierna junto a mí y dejaré con vida tu mundo. Niégate, y daré orden de aniquilarlo. Elígeme, y puedes salvar millones de vidas, hermana mía. Puedes salvar a todo un mundo condenando una sola alma, la tuya. Así que dime, ¿cuál es tu decisión?

—Magnus —dijo Alec con desesperación, mientras recorría con las manos las cadenas de *adamas*, clavadas profundamente en el suelo, que se unían a los grilletes de las muñecas del brujo—. ¿Estás bien? ¿Estás herido?

Isabelle y Simon estaban comprobando que Luke no tuviera ninguna herida. Isabelle no paraba de mirar hacia atrás a Alec, con el rostro ansioso.

Este no quería encontrarse con su mirada, no quería que ella viera el miedo en sus ojos. Le puso el dorso de la mano en el rostro a Magnus.

—No te muevas —le dijo Alec, y sacó un cuchillo serafín del cinturón. Abrió la boca para nombrarlo, y notó que lo tocaba en la muñeca. Magnus había cerrado sus finos dedos alrededor de la muñeca de Alec.

—Llámalo Raphael —dijo Magnus, y cuando Alec lo miró desconcertado, Magnus dirigió los ojos hacia el cuchillo en la mano de Alex. Tenía los ojos medio cerrados, y Alec recordó lo que le había dicho Sebastian en el vestíbulo a Simon: «He matado al que te hizo». La boca de Magnus se curvó en la comisura.

—Es un nombre de ángel —dijo.

Alec asintió.

—Raphael —dijo en voz baja, y cuando la hoja se encendió, golpeó con fuerza la cadena de *adamas*, que se astilló bajo su filo. Las cadenas cayeron, y Alec soltó el cuchillo y cogió a Magnus por los hombros para ayudarlo a ponerse en pie.

Magnus cogió a Alec, pero en vez de levantarse, lo hizo bajar a él, mientras le deslizaba la mano por la espalda y se la hundía en el cabello. Magnus tiró de Alec hacia sí y lo besó, con fuerza, torpeza y determinación, y Alec se quedó inmóvil durante un instante antes de abandonarse al beso, respondiéndole, algo que había pensado que jamás volvería a hacer. Le subió las manos por los hombros y se las puso a ambos lados del cuello, para sujetarlo mientras lo besaba hasta dejarlo sin aliento.

Finalmente, Magnus se apartó. Le brillaban los ojos. Dejó caer la cabeza sobre el hombro de Alec, lo rodeó con los brazos y apretó con fuerza.

—Alec… —comenzó a decir en voz baja.

—¿Sí? —preguntó Alec, ansioso por saber qué quería Magnus.

—¿Os están persiguiendo?

—Eh… algunos Oscurecidos nos están buscando —contestó Alec con cautela.

—Una pena —repuso Magnus, y cerró de nuevo los ojos—. Me gustaría mucho que pudieras estirarte aquí conmigo. Solo… un ratito.

—Bueno, pues no puede —intervino Isabelle, no sin cierta amabilidad—. Tenemos que salir de aquí. Los Oscurecidos aparecerán en cualquier momento, y ya tenemos lo que hemos venido…

—Jocelyn. —Luke se apartó del muro e irguió los hombros—. Estáis olvidando a Jocelyn.

Isabelle abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Tienes razón —dijo. Se llevó la mano al cinturón de armas y empuñó una espada. Se la tendió a Luke, y luego se agachó para recoger el cuchillo serafín de Alec, que aún ardía.

Luke tomó la espada y la sujetó con la descuidada habilidad de alguien que ha manejado armas blancas toda su vida. A veces, a Alec le costaba recordar que Luke había sido un cazador de sombras, pero en ese momento sí lo recordó.

—¿Puedes tenerte en pie? —le preguntó Alec a Magnus con ternura. Magnus asintió y dejó que Alec lo ayudara a levantarse.

Aguantó casi diez segundos antes de que le fallaran las piernas y se cayera, tosiendo, hacia adelante.

—¡Magnus! —exclamó Alec, y se puso al lado del brujo, pero este lo apartó con un gesto y trató de ponerse de rodillas.

—Deberíais iros sin mí —dijo con voz ronca—. Solo os haré ir más lentos.

—No lo entiendo. —Alec se sintió como si le estrujaran el corazón—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho Sebastian?

Magnus negó con la cabeza, y fue Luke quien respondió:

—Esta dimensión está matando a Magnus —dijo con voz neutra—. Hay algo en ella, algo que tiene que ver con su padre, que está acabando con él.

Alec miró fijamente a Magnus, pero este solo negó con la cabeza de nuevo. Alec contuvo un irracional arranque de furia («aún ocultando cosas, incluso ahora»), y respiró hondo.

—Id vosotros a buscar a Jocelyn —dijo—. Yo me quedaré con Magnus. Iremos hacia el centro de la torre. Cuando la encontréis, id a buscarnos allí.

Isabelle parecía hundida.

—Alec…

—Por favor, Izzy —repuso Alec, y vio a Simon ponerle la mano a Isabelle en la espalda y susurrarle algo al oído. Ella asintió, finalmente, y se volvió hacia la puerta; Luke y Simon la siguieron. Ambos se pararon para mirar a Alec antes de salir, pero la imagen que se le grabó a este en la cabeza fue la de Izzy, sujetando el cuchillo serafín ante ella, como una estrella.

—Vamos —le dijo a Magnus con amabilidad y se agachó para levantarlo. El brujo se puso en pie como pudo, y Alec consiguió colocarse uno de sus largos brazos sobre los hombros. Magnus estaba más delgado que nunca: la camisa le colgaba de las costillas y tenía la piel hundida bajo los pómulos, pero aún quedaba mucho brujo para cargar: un montón de escuálidos brazos y piernas y una larga y huesuda columna.

—Apóyate en mí —indicó Alec, y Magnus esbozó la clase de sonrisa que hizo que Alec se sintiera como si alguien le hubiera clavado un cuchillo en el corazón y estuviera tratando de arrancarle el centro del mismo.

—Siempre lo hago, Alexander —repuso el brujo—. Siempre lo hago.

El bebé se había quedado dormido en el regazo de Julian. Este sujetaba a Tavvy con fuerza y mucho cuidado, mientras unas grandes ojeras se le iban dibujando en el rostro. Livvy y Ty estaban arrebujados juntos a su lado y Dru se acurrucaba contra él en el otro.

Emma estaba sentada tras él, con la espalda apoyada contra la suya, para darle algo en que sustentarse para equilibrar el peso del bebé. No había columnas libres contra las que sentarse, y lo mismo ocurría con las paredes. Docenas, cientos de niños estaban encerrados en la Sala.

Emma apoyó la cabeza contra la de Jules. Este olía como siempre: jabón, sudor y el frescor del océano, como si lo llevara en las venas. Su familiaridad era reconfortante y al mismo tiempo no lo era.

—Oigo algo —susurró—. ¿Y tú?

La mirada de Julian fue inmediatamente a sus hermanos; Livvy estaba medio dormida, con la barbilla apoyada en la mano. Dru miraba por la sala; sus grandes ojos azul verde lo captaban todo. Ty tamborileaba con el dedo

sobre el suelo de mármol, contando obsesivamente de uno a cien y luego al revés. Había gritado y pataleado cuando Julian trató de mirarle el hematoma que se había hecho en el brazo al caer. Jules dejó que siguiera contando y meciéndose. Hacía que estuviera callado, y eso era lo que importaba.

—¿Qué oyes? —preguntó Jules, y Emma echó la cabeza hacia atrás cuando el sonido aumentó, el ruido de un viento muy fuerte o el chisporroteo de una enorme hoguera. Los niños comenzaron a moverse y a gritar, mirando al techo de vidrio de la Sala.

A través de él se veían nubes que se movían sobre la luna, y luego de entre las nubes emergió una salvaje mezcolanza de jinetes: jinetes sobre caballos negros, con los cascos en llamas; jinetes sobre enormes perros negros con ardientes ojos naranja. También se mezclaban otras formas incluso más modernas de transporte: carruajes negros tirados por corceles cadavéricos y motocicletas brillantes de cromo, hueso y ónice.

—La Cacería Salvaje —susurró Jules.

El viento era algo vivo y azotaba las nubes formando picos y valles que los jinetes subían y bajaban, sus gritos eran audibles sobre la galerna, y sus manos estaban erizadas de armas: espadas, mazas, lanzas y ballestas. La puerta delantera de la Sala comenzó a sacudirse y a temblar; la barra de madera que la trababa saltó hecha astillas. Los nefilim miraron hacia la puerta con ojos aterrados. Emma oyó la voz de uno de los guardias susurrar entre la gente:

—La Cacería Salvaje está persiguiendo a nuestros guerreros fuera de la Sala —decía—. Los Oscurecidos están limpiando el hierro y la tierra de tumba. ¡Romperán la puerta si los guardias no nos libran de ellos!

—La Hueste Rabiosa ha llegado —exclamó Ty, dejando de contar por un momento—. Los Recolectores de los Muertos.

—Pero el Consejo había protegido la ciudad contra las hadas —replicó Emma—. ¿Por qué…?

—No son hadas corrientes —dijo Ty—. La sal, la tierra de tumba y el hierro forjado no funcionan con la Cacería Salvaje.

Dru se volvió de golpe y alzó la mirada.

—¿La Cacería Salvaje? —preguntó—. ¿Eso quiere decir que Mark está aquí? ¿Ha venido a salvarnos?

—No seas tonta —replicó Ty con desdén—. Ahora, Mark está con los Cazadores, y la Cacería Salvaje quiere que haya batallas. Viene a recoger a los muertos cuando todo acaba, y los convierten en sus servidores.

Dru hizo una mueca de confusión. La puerta de la Sala se estremecía violentamente, y los goznes amenazaban con saltar de la pared.

—Pero si Mark no viene a salvarnos, ¿quién lo hará?

—Nadie —contestó Ty, y solo el nervioso tamborileo de sus dedos sobre el mármol mostraba que esa idea lo inquietaba—. Nadie va a venir a salvarnos. Vamos a morir.

Jocelyn se lanzó una vez más contra la puerta. Ya tenía el hombro magullado y sangrando y las uñas rotas de intentar forzar el candado. Llevaba un cuarto de hora oyendo ruido de pelea, el sonido inconfundible de pies corriendo, de demonios aullando…

El pomo de la puerta comenzó a girar. Se echó hacia atrás y cogió el ladrillo que había conseguido soltar de la pared. No podía matar a Sebastian, eso ya lo sabía, pero si pudiera herirlo, hacerlo más lento…

La puerta se abrió y el ladrillo salió volando de su mano. La persona que apareció en el marco de la puerta se agachó. El ladrillo chocó contra la pared y Luke se enderezó y la miró con curiosidad.

—Espero que cuando estemos casados no sea esa la manera en que me recibas todos los días al volver a casa —bromeó.

Jocelyn se lanzó sobre él. Luke estaba sucio, ensangrentado y polvoriento, con la camisa rota y una espada en la mano derecha, pero la rodeó con el brazo izquierdo y apretó con fuerza.

—Luke —dijo ella con la boca pegada a su cuello, y por un momento pensó que podía desmoronarse de alivio, felicidad, delirio y miedo, como se había desmoronado en sus brazos al descubrir que había sido mordido. Si lo hubiera sabido antes, si se hubiera dado cuenta de que el modo en que lo

amaba era el modo en que se amaba a alguien con quien se quería pasar la vida, todo habría sido diferente.

Pero entonces Clary no habría existido. Se apartó y lo miró al rosto, los ojos firmes sobre los de él.

—¿Nuestra hija? —preguntó.

—Está aquí —contestó él, y se apartó para que pudiera ver a Isabelle y a Simon, que esperaban en el pasillo. Ambos parecían muy incómodos, como si ver a dos adultos abrazarse fuera lo peor que se pudiera ver, incluso en el reino de los demonios—. Ven con nosotros. Vamos a buscarla.

—No es seguro —dijo Clary, desesperada—. Los cazadores de sombras podrían no perder. Podrían recuperarse.

Sebastian sonrió.

—Es un riesgo que tendrás que correr —repuso—. Pero escucha, ya han llegado a Alacante los que cabalgan los vientos entre los mundos. Los atraen los lugares de las masacres. ¿Lo ves?

Hizo un gesto hacia la ventana que daba a Alacante. A través de ella, Clary vio la Sala de los Acuerdos bajo la luz de la luna, las nubes que se movían de un lado al otro en el fondo; y luego las nubes cambiaron y se convirtieron en otra cosa. Algo que ella había visto en una ocasión anterior, con Jace, tumbados en el fondo de una barca en Venecia. La Cacería Salvaje cruzando el cielo: guerreros de negro y harapos, cargados de armas, aullando mientras sus corceles fantasmales trapaleaban en el cielo.

—La Cacería Salvaje —murmuró, perpleja, y recordó a Mark Blackthorn, con las marcas de látigo en el cuerpo, los ojos perdidos.

—Los Recolectores de los Muertos —dijo Sebastian—. Los cuervos carroñeros de la magia acuden a donde se da una gran masacre. Una masacre que solo tú puedes evitar.

Clary cerró los ojos. Se sintió como si estuviera a la deriva, flotando sobre agua negra, y viendo las luces de la orilla alejarse y alejarse en la distancia. No tardaría en estar sola en el océano, con el helado cielo sobre ella y diez kilómetros de oscuridad vacía por debajo.

—Ve y siéntate en el trono —dijo Sebastian—. Si lo haces, los podrás salvar a todos.

Clary lo miró.

—¿Y cómo sé que mantendrás tu palabra?

Él se encogió de hombros.

—Sería un tonto si no lo hiciera. Tú lo sabrías inmediatamente, si te mintiera, y entonces lucharías contra mí, que es lo que no quiero. Además, para tener todo el poder aquí, debo sellar las fronteras entre nuestro mundo y este. Cuando las fronteras estén selladas, los Oscurecidos que hay en tu mundo se debilitarán, separados de mí, su fuente. Los nefilim podrán derrotarlos. —Esbozó una sonrisa blanca y cegadora como el hielo—. Será un milagro. Un milagro que realizaremos nosotros para ellos. Yo. Irónico, ¿no te parece?, que yo deba ser su ángel salvador.

—¿Y qué pasará con todos los que están aquí? ¿Jace? ¿Mi madre? ¿Mis amigos?

—Pueden vivir. No me importa —contestó Sebastian—. No pueden hacerme ningún daño, ahora y mucho menos aún cuando las fronteras estén selladas.

—Y todo lo que tengo que hacer es subir al trono —dijo Clary.

—Y prometer que estarás conmigo mientras yo viva. Lo que, evidentemente, será un largo período de tiempo. Cuando este mundo esté sellado, no solo seré invulnerable, sino que viviré eternamente. «Y mirad, estoy vivo para siempre, y tengo las llaves del Infierno y la muerte».

—¿Y estás dispuesto a hacerlo? ¿Renunciar a toda la Tierra, a tus cazadores oscuros, a tu venganza?

—Estaba comenzando a aburrirme —contestó Sebastian—. Esto es más interesante. Para serte sincero, también tú me estás empezando a aburrir un poco. Decide de una vez si vas a subir al trono o no, ¿quieres? ¿O necesitas que te persuada?

Clary conocía los métodos de persuasión de Sebastian. Cuchillos bajo las uñas, una mano apretándote el cuello. Una parte de ella deseaba que él la matara, que tomara esa decisión por ella. Nadie podía ayudarla. En eso, estaba totalmente sola.

—No seré el único que viva eternamente —continuó Sebastian, y su voz, casi amable, sorprendió a Clary—. Desde que descubriste el Mundo de las Sombras, ¿no has deseado secretamente ser un héroe? ¿Ser la más especial entre una gente especial? A nuestro modo, todos deseamos ser el héroe de nuestra gente.

—Los héroes salvan mundos —replicó Clary—. No los destruyen.

—Y te estoy ofreciendo esa oportunidad —remarcó Sebastian—. Cuando asciendas al trono, salvarás al mundo. Salvarás a tus amigos. Tendrás poder ilimitado. Te estoy ofreciendo un gran regalo, porque te amo. Puedes abrazar tu propia oscuridad y sin embargo decirte para siempre que hiciste lo correcto. ¿No es eso conseguir todo lo que quieres?

Clary cerró los ojos durante un latido, y luego otro. Solo el tiempo suficiente para ver rostros destellando ante sus párpados cerrados: Jace, su madre, Luke, Simon, Isabelle, Alec. Y tantos más: Maia y Raphael, y los Blackthorn, la pequeña Emma Carstairs, las hadas de la corte seelie, los rostros de la Clave, incluso el fantasmal recuerdo de su padre.

Abrió los ojos y comenzó a caminar hacia el trono. Oyó a Sebastian, a su espalda, inspirar profundamente. Así que a pesar de toda la seguridad en su voz había dudado, ¿verdad? No estaba seguro de ella. Detrás de los tronos, las dos ventanas parpadeaban como pantallas de vídeo: una mostraba desolación, la otra Alacante siendo atacado. Captó varias imágenes del interior de la Sala de los Acuerdos mientras llegaba a los escalones y empezaba a subirlos. Se movía con determinación. Había tomado una decisión y no iba a vacilar. El trono era enorme, era como escalar hasta una plataforma. El oro del que estaba hecho era frío al tacto. Llegó al último escalón, se volvió y se sentó.

Le pareció estar mirando hacia abajo desde lo alto de la cima de una montaña. Vio la Cámara del Consejo ante ella. Jace, tendido inconsciente junto a la pared. Y a Sebastian, que la miraba con una sonrisa que se le iba extendiendo por todo el rostro.

—Bien hecho —dijo él—. Mi hermana, mi reina.

23

EL BESO DE JUDAS

Las puertas de la Sala reventaron hacia dentro con una explosión de astillas. Añicos de mármol y madera volaron como el hueso destrozado.

Emma se quedó mirando aturdida mientras los guerreros rojos comenzaban a derramarse por la Sala, seguidos de hadas en verde, blanco y plata. Después llegaron los nefilim: cazadores de sombras vestidos de negro desesperados por proteger a sus hijos.

Una ola de guardias se alzó para enfrentarse con los Oscurecidos en la puerta, y fueron segados. Emma los vio caer como a cámara lenta. Sabía que se había puesto en pie, como también había hecho Julian, después de dejar a Tavvy en brazos de Livia. Los dos se colocaron ante los Blackthorn más jóvenes, aunque Emma sabía que era un gesto inútil.

«Así acaba», pensó. Habían huido de los guerreros de Sebastian en Los Ángeles, habían huido a la casa de los Penhallow, y de casa de los Penhallow al Salón, pero ahora estaban atrapados como ratas, y morirían allí, y más les valdría no haber huido nunca.

Fue a empuñar a *Cortana*, pensando en su padre, en lo que le habría dicho si se rindiera. Los Carstairs no se rendían. Sufrían y sobrevivían, o morían de pie. Al menos, si moría, pensó, volvería a ver a sus padres. Al menos tenía eso.

Los Oscurecidos invadieron la sala; se abrieron paso entre los cazadores de sombras como una guadaña segando el trigo, y fueron hacia el centro de la Sala. Parecían una mancha asesina, pero de repente la visión de Emma se aguzó cuando uno de ellos se apartó del resto y fue directamente hacia los Blackthorn.

Era el padre de Julian.

Su tiempo como sirviente de Sebastian no le había sentado bien. Tenía la piel apagada y gris, el rostro lleno de cortes sangrantes, pero avanzaba con intención, los ojos clavados en sus hijos.

Emma se quedó inmóvil. Julian, a su lado, había visto a su padre. Parecía como hipnotizado por una serpiente. Emma se dio cuenta de que Julian vio cómo obligaban a su padre a beber de la Copa Infernal, pero no lo había visto después de eso, no lo había visto alzar una espada contra su propio hijo, o reírse de la idea de la muerte de su hijo, u obligar a Katerina a arrodillarse para ser torturada y transformada…

—Jules —dijo Emma—. Jules, eso no es tu padre…

Julian abrió mucho los ojos.

—Emma, cuidado…

Emma se volvió y gritó. Un guerrero hada se alzaba sobre ella, cubierto con una armadura plateada. Su cabello no era cabello en absoluto, sino un espeso entramado de ramas espinosas. Tenía la mitad de la cara quemada y con ampollas, donde debía de haber sido rociado con polvo de hierro o sal de roca. Un ojo le bailaba de un lado a otro, blanco y cegado, pero el otro lo tenía clavado en Emma con ansias asesinas. Emma vio a Diana Wrayburn, su oscura melena agitándose cuando se volvió hacia ellos, con la boca abierta en un grito de advertencia. Diana corrió hacia Emma y el hada, pero era imposible que llegara a tiempo: el hada había alzado su espada de bronce con un gruñido salvaje…

Emma se lanzó hacia adelante y le hundió a *Cortana* en el pecho.

Su sangre era como agua verde. Le roció toda la mano y Emma soltó la espada por la sorpresa. El hada cayó como un árbol, y golpeó el suelo de mármol de la Sala con un fuerte estrépito. Emma saltó hacia adelante para recuperar a *Cortana*, y oyó gritar a Julian:

—¡Ty!

Se volvió a toda prisa. En medio del caos de la Sala, vio el lugar donde se hallaban los niños Blackthorn. Andrew Blackthorn se había detenido ante sus hijos, con una extraña sonrisita en el rostro, y había tendido una mano.

Y Ty, justo Ty entre todos ellos, el menos confiado, el menos sentimental, avanzaba hacia él, con los ojos fijos en su padre, la mano extendida.

—¿Papá? —dijo.

—¡Ty! —Livia fue a agarrar a su mellizo, pero la mano se le cerró en el aire—. Ty, no…

—No le hagas caso —dijo Andrew Blackthorn, y si hubiera habido alguna duda de que aquel hombre ya no era el padre de Julian, se disipó cuando Emma oyó su voz. No había ningún cariño en ella, solo hielo, y un tonillo salvaje de cruel alegría—. Ven aquí, mi chico, mi Tiberius…

Ty dio otro paso hacia él, y Julian sacó la espada del cinturón y la lanzó. Esta cortó el aire, recta y certera, y Emma recordó, con una extravagante claridad, el último día en el Instituto, y a Katerina enseñándoles a lanzar un arma tan directa y elegante como una poesía. Cómo lanzar un arma para que nunca fallara.

La espada voló sobre Tiberius y se hundió en el pecho de Andrew Blackthorn. Los ojos de este se abrieron de sorpresa, la mano gris trató de agarrar la empuñadura que le sobresalía de la caja torácica, y luego quedó hecho un guiñapo en el suelo. Su sangre corrió por el mármol mientras Tiberius lanzaba un grito, se volvía contra su hermano y lo golpeaba con los puños en el pecho.

—No —jadeó Ty—. ¿Por qué lo has hecho, Jules? Te odio, te odio…

Julian no pareció notarlo. Tenía la mirada clavada en el lugar donde había caído su padre. Los otros Oscurecidos ya estaban avanzando hacia ellos, pisoteando el cuerpo de su camarada caído. Diana Wrayburn se hallaba a cierta distancia: había comenzado a correr hacia los niños y luego se había detenido, con los ojos cargados de pena.

Unas manos agarraron a Tiberius por la camisa y lo apartaron de Julian. Era Livvy, con el rostro muy serio.

—Ty. —Abrazó a su mellizo y le inmovilizó los puños a los costados—. Tiberius, para inmediatamente. —Ty se detuvo, y se derrumbó contra su hermana, y aunque esta era pequeña, soportó el peso de Tiberius—. Ty —repitió con suavidad—. Ha tenido que hacerlo. ¿No lo entiendes? Ha tenido que hacerlo.

Julian se apartó, con el rostro tan blanco como el papel. Retrocedió hasta que chocó contra unos de los pilares de piedra y se deslizó por él, dejándose caer. Los hombros se le estremecían por los silenciosos sollozos.

«Mi hermana. Mi reina».

Clary estaba sentada muy rígida en el trono de marfil y oro. Se sentía como un niño en una silla de adulto: esa cosa había sido construida para alguien enorme, y los pies le colgaban por encima del último escalón. Agarraba con las manos los brazos del trono, pero sus dedos no llegaban ni a acercarse a los tallados extremos pensados para colocar las manos; aunque, como ambos tenían forma de calavera, tampoco tenía ningunas ganas de tocarlos.

Sebastian se paseaba dentro del círculo de runas protectoras. De vez en cuando, se paraba para mirarla y esbozar la clase de sonrisa desinhibida y jubilosa que Clary asociaba con el Sebastian de su visión, con el chico de los inocentes ojos verdes. Sebastian sacó una larga y afilada daga del cinturón mientras ella lo observaba, y se pasó la hoja por la palma de la mano. Echó la cabeza hacia atrás con los ojos entrecerrados mientras tendía la mano. La sangre le corrió por los dedos y salpicó las runas.

Cada una de ellas comenzaba a brillar con un destello creciente cuando la sangre la mojaba. Clary apretó la espalda contra el sólido respaldo del trono. Las runas no pertenecían al *Libro Gris*; eran desconocidas y extrañas.

La puerta de la sala se abrió y Amatis entró seguida de dos filas de guerreros Oscurecidos. Con rostro inexpresivo se fueron colocando a lo largo de las paredes de la sala, pero Amatis parecía preocupada. Su mirada fue más allá de Jace, que seguía inmóvil en el suelo junto al cuerpo del demonio muerto, y se centró en su amo.

—Lord Sebastian —dijo—. Vuestra madre no está en su celda.

Sebastian frunció el ceño y cerró en un puño la mano ensangrentada. A su alrededor, las runas ya ardían con llamas de un frío color azul.

—Inquietante —dijo—. Los otros deben de haberla liberado.

Clary sintió un rayo de esperanza mezclado con terror. Se obligó a permanecer en silencio, pero notó que Amatis dirigía su mirada hacia ella. No parecía sorprendida de ver a Clary en el trono, más bien al contrario, y curvó los labios en una sonrisa irónica.

—¿Deseáis que envíe al resto del ejército a buscarlos? —preguntó a Sebastian.

—No es necesario. —Miró hacia Clary y sonrió. De repente se oyó un estallido de vidrios, y la ventana junto a ella, la que miraba hacia Alacante, se rajó como una telaraña de líneas laberínticas—. Las fronteras se están cerrando. Yo los traeré hasta mí.

—Los muros se están cerrando —dijo Magnus.

Alec trató de ponerlo más derecho. El brujo se apoyaba pesadamente en él, con la cabeza casi sobre su hombro. Alec no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían. Hacia una eternidad que se había perdido por los retorcidos corredores, pero no tenía ningunas ganas de decírselo a Magnus. Este ya parecía estar pasándolo lo suficientemente mal: respiraba entrecortadamente y el corazón le latía demasiado deprisa. Y además eso.

—Todo va bien —lo tranquilizó Alec, y le pasó el brazo por la cintura—. Solo tenemos que llegar a…

—Alec —insistió Magnus, con una voz sorprendentemente firme—. No estoy alucinando. Los muros se están moviendo.

Alec miró y sintió una oleada de pánico. El aire del pasillo estaba cargado de polvo; las paredes parecían ondear y temblar. El suelo se fue plegando mientras los muros comenzaban a moverse uno hacia el otro y el pasillo se iba estrechando como un compactador de basuras. Magnus resbaló y chocó contra una de las paredes. Lanzó un bufido de dolor. Asustado, Alec lo agarró del brazo y tiró de él hacia sí.

—Sebastian —jadeó Magnus mientras Alec comenzaba a arrastrarlo por el pasillo, alejándose de los muros que se juntaban—. Sebastian lo está haciendo.

Alec lo miró incrédulo.

—¿Cómo puede ser posible? ¡No lo controla todo!

—Podría…, si sellara las fronteras entre las dimensiones. —Magnus inspiró ruidosamente mientras se esforzaba en salir corriendo—. Podría controlar todo este mundo.

Isabelle gritó cuando el suelo se abrió tras ella. Saltó hacia adelante justo a tiempo de evitar caerse en la sima que estaba resquebrajando el pasillo.

—¡Isabelle! —gritó Simon, y la cogió por los hombros.

A veces olvidaba la fuerza que su sangre de vampiro le confería. Alzó a Isabelle con tanto ímpetu que ambos se fueron hacia atrás, e Izzy aterrizó sobre él. En otras circunstancias, Simon podría haber disfrutado de la situación, pero no cuando la torre de piedra estaba comenzando a temblar hasta resquebrajarse a su alrededor.

Isabelle se puso en pie de un salto y tiró de él. Habían perdido a Luke y a Jocelyn en uno de los corredores cuando una pared los había separado, desprendiéndose de la roca carente de mortero como si fueran escamas. Desde ese momento, todo había sido una loca carrera; habían esquivado madera que se astillaba y piedras que caían, a lo que se habían unido las profundas grietas que se abrían en el suelo. Simon estaba luchando contra la desesperación. No podía evitar pensar que eso era el fin, que la fortaleza se les caería encima y que ellos morirían y quedarían enterrados ahí.

—No —dijo Isabelle sin aliento. Tenía la negra melena llena de polvo, y en el rostro una herida, donde una piedra desprendida le había hecho un corte.

—¿No qué? —El suelo se estremeció, y Simon medio se agachó medio cayó hasta otro pasillo que había delante. No podía librarse de la sensación de que, de algún modo, la fortaleza los estaba haciendo ir por donde quería.

Su colapso parecía tener un objetivo, como si los estuviera dirigiendo de algún modo…

—No te rindas —jadeó ella, y se lanzó hacia una puerta mientras el corredor a su espalda comenzaba a desaparecer. La puerta se abrió, y Simon y ella entraron tambaleándose en la siguiente sala.

Isabelle lanzó un grito ahogado, que quedó interrumpido rápidamente cuando la puerta se cerró de golpe tras ellos amortiguando el ruido explosivo de la torre derrumbándose. Por un momento, Simon dio gracias de que el suelo bajo sus pies fuera firme y las paredes no se movieran.

Luego se dio cuenta de dónde estaban y su alivio se desvaneció. Se hallaban en una enorme sala semicircular, con un estrado en el extremo curvado cubierto de sombras. En las paredes se alineaban guerreros Oscurecidos en traje de combate rojo, como una fila de dientes escarlata.

La estancia apestaba a alquitrán y fuego, a azufre y al inconfundible olor a sangre de demonio. El cuerpo hinchado de uno de esos seres yacía caído junto a la pared, y cerca de él había otro cuerpo. Simon notó que se le secaba la boca. Jace.

En el interior de un brillante círculo de runas grabadas en el suelo se hallaba Sebastian. Sonrió irónico cuando Isabelle soltó un grito, corrió hacia Jace y se agachó a su lado. Le puso los dedos sobre el cuello, y Simon vio que se le relajaban los hombros de alivio.

—Está vivo —dijo Sebastian en un tono aburrido—. Órdenes de la reina.

Isabelle alzó la mirada. Tenía algunos mechones ensangrentados pegados al rostro. Se la veía feroz y hermosa.

—¿La reina seelie? ¿Desde cuándo le ha importado Jace?

Sebastian soltó una breve carcajada. Parecía estar de muy buen humor.

—No la reina seelie —contestó—. La reina de este reino. Quizá la conozcas.

Con una floritura señaló el estrado al fondo de la estancia, y Simon sintió que se le contraía su muerto corazón. Casi ni había mirado hacia el estrado al entrar en la sala. Pero en ese momento vio que había dos tronos, y en el de la derecha se hallaba sentada Clary.

Su cabello rojo destacaba vívidamente contra el blanco y el dorado, como una bandera de fuego. Tenía el rostro pálido e inmóvil, sin expresión.

Simon dio un involuntario paso adelante, e inmediatamente una docena de guerreros Oscurecidos se interpuso en su camino, con Amatis en el centro. Esta sujetaba una enorme lanza y tenía una aterradora expresión venenosa.

—Quédate donde estás, vampiro —dijo—. No te acercarás a la señora de este reino.

Simon se tambaleó hacia atrás. Vio a Isabelle mirar con incredulidad a Clary, luego a Sebastian y después a él.

—¡Clary! —gritó Simon. Ella no movió ni un músculo, pero el rostro de Sebastian se oscureció como una tormenta.

—No pronunciarás el nombre de mi hermana —siseó—. Creías que te pertenecía a ti; pues ahora me pertenece a mí, y no la compartiré.

—Estás loco —soltó Simon.

—Y tú estás muerto —replicó Sebastian—. ¿Acaso algo de eso importa ahora? —Miró a Simon de arriba abajo—. Querida hermana —comenzó, y alzó la voz lo suficiente como para que se lo oyera en toda la sala—. ¿Estás totalmente segura de que quieres conservar intacto a este?

Antes de que Clary pudiera contestar, la puerta se abrió y entraron Alec y Magnus, seguidos de cerca por Luke y Jocelyn. La puerta se cerró tras ellos, y Sebastian dio unas palmadas. Tenía una mano ensangrentada, y una gota de sangre le cayó a los pies. Crepitó al caer sobre las brillantes runas, como agua sobre una plancha caliente.

—Ahora ya estamos todos —afirmó complacido—. ¡Que empiece la fiesta!

En su vida, Clary había visto muchas cosas maravillosas y hermosas, y también muchas cosas terribles. Pero ninguna tan terrible como la expresión del rostro de su madre cuando Jocelyn miró a su hija, sentada en el trono junto al de Sebastian.

—Mamá —susurró Clary, tan bajo que nadie pudo oírla. Todos la miraban fijamente: Magnus y Alec, Luke y su madre, Simon e Isabelle, que se había sentado para acomodar a Jace en su regazo, su oscura melena cayendo sobre el rostro del muchacho. Era tan malo como Clary se lo había imaginado. Peor. Se había esperado sorpresa y horror; no dolor y traición. Su madre se tambaleó hacia atrás. Luke la rodeó con los brazos para sujetarla, pero su mirada también estaba clavada en Clary, y parecía estar viendo a una desconocida.

—Bienvenidos, ciudadanos de Edom —dijo Sebastian, y la boca se le curvó hacia arriba como un arco al tensarse—. Bienvenidos a vuestro nuevo mundo.

Y diciendo esto salió del círculo ardiente que lo protegía. Luke llevó la mano a su cinturón e Isabelle comenzó a levantarse, pero fue Alec el que se movió más deprisa: una mano en el arco y la otra en el carcaj que llevaba a la espalda, la flecha a punto y volando antes de que Clary pudiera articular un grito para detenerlo.

La flecha fue directa hacia Sebastian y se le hundió en el pecho. Este se tambaleó por el impacto, y Clary oyó un grito ahogado recorrer las filas de cazadores oscuros. Un momento después, Sebastian recuperó el equilibrio, y con una mirada de fastidio se arrancó la flecha del pecho. Estaba manchada de sangre.

—Estúpido —espetó—. No puedes matarme, nada bajo el cielo puede. —Tiró la flecha a los pies de Alec—. ¿Acaso pensabas ser una excepción?

Alec movió los ojos para mirar a Jace. Fue solo un instante, pero Sebastian captó la mirada y sonrió burlón.

—Ah, sí —dijo—. Vuestro héroe con el fuego celestial. Pero ya no tiene, ¿verdad? Lo gastó en el desierto contra un demonio que le envié. —Chasqueó los dedos y una chispa de color azul hielo saltó de ellos y se alzó en la neblina. Por un momento, a Clary le impidió ver a Jace y a Isabelle; un instante después, oyó una tos y un grito ahogado, y los brazos de Isabelle fueron apartándose de Jace mientras este se sentaba y luego se ponía en pie. A la espalda de Clary la ventana seguía rajándose lentamente con un chirrido del cristal. A través de este entraba una amalgama de luz y sombra.

—Bienvenido otra vez, hermano —lo saludó Sebastian con calma, mientras Jace miraba alrededor con un rostro que iba perdiendo rápidamente el color al asimilar la presencia de los guerreros, sus amigos horrorizados a su alrededor y, finalmente, a Clary en su trono—. ¿Te gustaría intentar matarme? Aquí hay muchas armas. Si te apetece tratar de matarme con el fuego celestial, esta es tu oportunidad. —Abrió los brazos —. No me defenderé.

Jace se quedó frente a Sebastian. Eran de la misma altura, casi de la misma constitución, aunque Sebastian era más delgado, más fibroso. Jace estaba sucio y manchado de sangre, el traje roto, el cabello enmarañado. Sebastian vestía de un elegante rojo; incluso su mano ensangrentada parecía intencionada. No llevaba nada en las muñecas. Alrededor de la muñeca izquierda de Jace un brazalete de oro destelló.

—Llevas mi brazalete —observó Sebastian—. «Si no puedo convencer al Cielo, levantaré al Infierno». Adecuado, ¿no crees?

—Jace —siseó Isabelle—. Jace, hazlo. Atraviésalo. Vamos…

Pero Jace negó con la cabeza. Se había llevado la mano al cinturón de armas, pero la bajó lentamente al costado. Isabelle lanzó un grito de desesperación. La expresión en el rostro de Alec era igual de sombría, aunque permaneció en silencio.

Sebastian bajó los brazos y tendió la mano.

—Creo que es el momento de que me devuelvas mi brazalete, hermano. Es el momento de dar al César lo que es del César. Devuélveme mis posesiones, incluida mi hermana. ¿Renuncias a ella para que pase a ser mía?

—¡No! —No fue Jace, sino Jocelyn. Se apartó de Luke y se lanzó hacia adelante, tratando de agarrar a Sebastian—. Me odias, así que mátame. Tortúrame. ¡Haz lo que quieras conmigo, pero deja a Clary en paz!

Sebastian puso los ojos en blanco.

—Ya te estoy torturando.

—Solo es una niña —insistió Jocelyn—. Mi niña, mi hija…

Sebastian tendió la mano de golpe, agarró a Jocelyn por el mentón y casi la levantó del suelo.

—Era tu niña —dijo—. Lilith me dio un reino; tú me diste tu maldición. No eres una madre y te mantendrás lejos de mi hermana. Estás viva gracias a su tolerancia. Todos vosotros lo estáis. ¿Lo entendéis? —Soltó a Jocelyn, que se tambaleó hacia atrás con la huella ensangrentada de la mano de Sebastian marcada en el rostro. Luke la cogió—. Estáis vivos porque Clarissa os quiere vivos. No hay ninguna otra razón.

—Le has dicho que no nos matarías si subía al trono —dijo Jace mientras se soltaba el brazalete de la muñeca. Su voz carecía de inflexión. Todavía no había mirado a Clary a los ojos—. ¿No es cierto?

—No exactamente —contestó Sebastian—. Le he ofrecido algo más… sustancioso que eso.

—El mundo —intervino Magnus. Parecía mantenerse derecho por pura fuerza de voluntad. Su voz parecía gravilla rasgándole el cuello—. Estás sellando las fronteras entre nuestro mundo y esto, ¿verdad? Para eso es ese círculo de runas, no solo por protección sino para poder lanzar el hechizo. Eso es lo que has estado haciendo. Si cierras las salidas, ya no dividirás tus poderes entre dos mundos. Toda tu fuerza se concentrará aquí. Con todo tu poder concentrado en esta dimensión, puede que seas casi invencible.

—Si sella las fronteras, ¿cómo volverá a nuestro mundo? —preguntó Isabelle. Se había puesto en pie. El látigo le brillaba en la muñeca, pero no hizo ningún movimiento para emplearlo.

—No volverá —contestó Magnus—. Ninguno de nosotros volverá. Las puertas entre los mundos se cerrarán para siempre, y nosotros quedaremos atrapados aquí.

—Atrapados —masculló Sebastian—. Qué palabra tan fea. Seréis… invitados. —Sonrió—. Invitados atrapados.

—Eso ha sido lo que le has ofrecido —dijo Magnus, y alzó los ojos hacia Clary—. Le has dicho que si aceptaba gobernar a tu lado aquí, cerrarías las fronteras y dejarías en paz a nuestro mundo. Gobierna en Edom, salva el mundo. ¿Cierto?

—Eres muy perceptivo —soltó Sebastian después de una breve pausa —. Es francamente molesto.

—¡Clary, no! —gritó Jocelyn. Luke tiró de ella hacia atrás, pero Jocelyn solo prestaba atención a su hija—. No hagas esto…

—Tengo que hacerlo —dijo Clary, que habló por primera vez. Su voz se amplificó, y sonó increíblemente fuerte en la sala de piedra. De repente, todos la miraban. Todos menos Jace. Este observaba fijamente el brazalete que tenía entre los dedos.

Clary se irguió.

—Tengo que hacerlo. ¿No lo entendéis? Si no lo hago, los matará a todos. Lo destruirá todo. Millones y millones de personas. Convertirá nuestro mundo en esto. —Hizo un gesto hacia la ventana que daba a las devastadas planicies de Edom—. Vale la pena. Tiene que valerla. Aprenderé a amarlo. No me hará ningún daño.

—Crees que podrás cambiarlo, templarlo, hacerlo mejor, porque eres lo único que le importa —exclamó Jocelyn—. Conozco a los hombres Morgenstern. No funcionará. Lamentarás…

—Nunca has tenido la vida de todo un mundo en tus manos, madre —la interrumpió Clary con infinita ternura y desconsolada tristeza—. No puedes aconsejarme. —Miró a Sebastian—. Elijo lo que él elige. El regalo que me ha dado, lo acepto.

Vio tragar saliva a Jace, que dejó el brazalete en la palma abierta de Sebastian.

—Clary es tuya —dijo, y dio un paso atrás.

Sebastian chasqueó los dedos.

—Ya la habéis oído —dijo—. Todos. Arrodillaos ante vuestra reina.

«¡No!», pensó Clary, pero se obligó a permanecer inmóvil y en silencio. Observó a los Oscurecidos arrodillarse, uno a uno, con la cabeza gacha. La última en hacerlo fue Amatis, que no inclinó la cabeza. Luke miraba a su hermana con cara de espanto. Clary se dio cuenta de que era la primera vez que la veía así, aunque ya se lo hubieran dicho.

Amatis miró hacia atrás a los cazadores de sombras. Su mirada se encontró con la de su hermano por un momento, y esbozó una mueca cruel.

—Obedeced —ordenó—. Arrodillaos u os mataré.

Magnus fue el primero en hacerlo. Clary nunca se lo habría imaginado. Magnus era muy orgulloso, pero también era cierto que su orgullo iba más allá de los gestos vacíos. Dudaba de que a Magnus lo avergonzara arrodillarse cuando para él no significaba nada. Se puso de rodillas con elegancia, y Alec lo imitó; luego Isabelle y Simon, y por último Luke, que tiró de la madre de Clary con él. Jace, con la rubia cabeza inclinada, dobló la rodilla, y Clary oyó estallar en pedazos la ventana que había tras ella. Sonó como su corazón partiéndose.

Los cristales cayeron al suelo. Detrás solo había piedra. Ninguna ventana daba ya a Alacante.

—Ya está. Los caminos entre los mundos están cerrados. —Sebastian no sonreía, pero parecía… incandescente. Como si estuviera ardiendo. El círculo de runas del suelo brillaba con un fuego azul. Sebastian corrió hasta la plataforma, subió los escalones de dos en dos y fue a cogerle las manos a Clary. Esta dejó que la bajara del trono hasta quedar frente a él. Sebastian seguía cogiéndola. Sus manos eran como brazaletes de fuego alrededor de las muñecas de Clary.

—¿Lo aceptas? —preguntó él—. ¿Aceptas tu elección?

—Lo acepto —contestó ella, y se obligó a mirarlo directamente—. Así es.

—Entonces, bésame —dijo él—. Bésame como si me amaras.

Clary notó que se le cerraba el estómago. Se había esperado algo así, pero era como esperarse un tortazo en la cara: nunca se está lo suficientemente preparado. Buscó en sus recuerdos algo que la ayudara; en algún otro mundo, en algún otro tiempo, algún otro hermano le sonreía sentado en la hierba, con los ojos tan verdes como la primavera. Trató de sonreír.

—¿Delante de todos? No creo que…

—Tenemos que demostrárselo —repuso él, y su rosto era tan inamovible como un ángel dictando sentencia—. Que estamos unidos. Demuéstraselo, Clarissa.

Ella se acercó a él. Sebastian se estremeció.

—Por favor —le pidió Clarissa—. Abrázame.

Entonces captó un destello de algo en los ojos de Sebastian, quizá vulnerabilidad, sorpresa ante su petición, antes de notar que la rodeaba con los brazos. La acercó a sí y ella le puso una mano en el hombro. La otra mano se la llevó a la cintura, donde *Heosphoros* se hallaba en su vaina, colgada del cinturón del traje de combate. Le pasó la mano del hombro a la nuca. Él tenía los ojos muy abiertos, y Clary podía notar cómo le latía el corazón, el pulso en el cuello.

—Ahora, Clary —dijo él, y ella echó la cabeza atrás y le rozó el rostro con los labios. Lo notó estremecerse contra su cuerpo mientras Clary le susurraba, moviendo los labios sobre su mejilla.

—Salud, señor —dijo, y vio que él abría aún más los ojos. En ese momento desenvainó a *Heosphoros* y la alzó en un brillante arco. Lo alcanzó con la hoja en la caja torácica, la punta en el lugar exacto para atravesarle el corazón.

Sebastian ahogó un grito y se sacudió en sus brazos. Se tambaleó hacia atrás, con la empuñadura de la espada sobresaliéndole del pecho. Por un momento, Clary vio en sus ojos la sorpresa de la traición, el asombro y el dolor, y eso le dolió; le dolió en algún lugar profundo que Clary creía haber enterrado hacía mucho tiempo, un lugar que lloraba por el hermano que podría haber tenido.

—Clary —exclamó Sebastian con aliento entrecortado mientras comenzaba a erguirse, y la mirada de sorpresa inicial comenzaba a ser reemplazada por el estallido de la furia. No había funcionado, pensó ella aterrorizada; no había funcionado, y aunque las fronteras entre los mundos estuvieran selladas, él la tomaría con ella, o con sus amigos, su familia, con Jace—. Pero si ya lo sabes —declaró él, y agarró la empuñadura de la espada—. No se me puede matar, no con ninguna espada hecha bajo el Cielo… —Ahogó un grito y se calló de golpe. Había cogido la empuñadura con la mano, justo por encima de la herida del pecho. No había sangre, pero sí un destello rojo, una chispa… fuego. La herida estaba comenzando a arder—. ¿Qué… es… esto? —preguntó con los dientes apretados.

—«Y le daré la Estrella Matutina» —citó Clary—. No es un arma hecha bajo el Cielo. Es el fuego del Cielo.

Con un grito, Sebastian se arrancó la espada. Echó una mirada incrédula a la empuñadura, con su dibujo de estrellas repujadas, antes de encenderse como un cuchillo serafín. Clary se tambaleó hacia atrás, tropezó en el borde de los escalones del trono y se cubrió parcialmente el rostro con el brazo. Sebastian estaba ardiendo, ardiendo como el pilar de fuego que había guiado a los israelitas. Clary aún podía ver a Sebastian en medio de las llamas, pero estas lo rodeaban, consumiéndolo con su luz blanca, y convirtiéndolo en una oscura silueta carbonizada en medio de un fuego tan brillante que le hería los ojos.

Clary apartó la mirada y escondió el rostro en el brazo. Recordó la noche en que había llegado hasta Jace entre las llamas, y lo había besado y le había dicho que confiara en ella. Y él lo había hecho, incluso cuando se arrodilló ante él y clavó la punta de *Heosphoros* en la tierra. A su alrededor había dibujado la misma runa una y otra vez con la estela: la runa que había visto una vez, en un momento que ya le parecía mucho tiempo atrás, en un tejado de Manhattan: la empuñadura alada de la espada de un ángel.

Supuso que era un regalo de Ithuriel, que tantos regalos le había hecho. La imagen había permanecido en su memoria hasta que la necesitó. La runa para modelar el fuego del Cielo. Aquella noche, en la llanura demoníaca, las llamas que los rodeaban desaparecieron, absorbidas por *Heosphoros*, hasta que el metal había ardido, brillado y cantado bajo su tacto con el sonido de coros angélicos. El fuego solo había dejado un amplio círculo de arena fundida, convertida en vidrio, una sustancia que relucía como la superficie del lago con el que tan a menudo soñaba, el helado lago donde Jace y Sebastian habían luchado a muerte en sus pesadillas.

«Esta arma podría matar a Sebastian», recordó haber dicho ella. Jace se mostró más dubitativo, cauteloso. Había tratado de arrebatársela, pero la luz huyó de la espada cuando él la tocó. Solo reaccionaba en la mano de Clary, la que la había creado. Clary estuvo de acuerdo con que debían ser cautos, por si no funcionaba. Parecía la más soberana soberbia imaginar que había atrapado el fuego sagrado en un arma, del mismo modo que ese fuego había estado atrapado en la hoja de *Gloriosa*…

«Pero el Ángel te concedió el don de crear —razonó entonces Jace—. ¿Y no tenemos su sangre en las venas?».

Con lo que fuera que la espada había cantado, ya había desaparecido dentro de su hermano. Clary oía gritar a Sebastian, y por encima de sus gritos, los de los Oscurecidos. Un viento ardiente sopló ante ella, cargado con el regusto de antiguos desiertos, de un lugar donde los milagros eran frecuentes y lo divino se manifestaba en el fuego.

El ruido se detuvo tan bruscamente como había comenzado. El estrado tembló bajo Clary cuando un peso cayó sobre él. Alzó la vista y vio que el fuego había desaparecido, aunque el suelo estaba quemado y ambos tronos ennegrecidos. El oro que los cubría ya no brillaba, sino que estaba requemado, oscurecido y derretido.

Sebastian yacía a unos pasos de ella, tendido sobre la espalda. Tenía un gran agujero renegrido en el pecho. Volvió la cabeza hacia ella, con el rostro tenso y blanco de dolor, y a Clary se le encogió el corazón.

Tenía los ojos verdes.

A Clary le fallaron las piernas. Cayó de rodillas sobre el estrado.

—Tú —susurró Sebastian, y ella lo miró con horrorizada fascinación, incapaz de apartar la mirada de lo que había hecho. El rostro de Sebastian había perdido todo color, como un papel tenso sobre el hueso. Clary no se atrevió a mirarle el pecho; podía ver el agujero negro sobre la camisa, como una mancha de ácido—. Tú pusiste… el fuego celestial… en la hoja de la espada —dijo entrecortadamente—. Has sido… muy inteligente.

—Solo fue una runa —repuso ella, arrodillada a su lado, buscándole los ojos con la mirada. Sebastian parecía diferente, no solo los ojos sino toda la forma de la cara: la línea del mentón más suave, la boca sin el gesto cruel —. Sebastian…

—No. No soy él. Soy… Jonathan —susurró—. Soy Jonathan.

—¡Id con Sebastian! —gritó Amatis, levantándose, con todos los Oscurecidos tras ella. Había dolor y furia en su rostro—. ¡Matad a la chica!

Jonathan se esforzó para incorporarse hasta quedar sentado.

—¡No! —gritó—. ¡Retroceded!

Los cazadores oscuros, que habían comenzado a avanzar, se detuvieron confusos. Luego, abriéndose paso entre ellos, apareció Jocelyn. Apartó a Amatis de un empujón sin ni siquiera mirarla y subió corriendo los escalones del estrado. Fue hacia Sebastian —Jonathan— y luego se quedó inmóvil sobre él, mirándolo con una expresión de asombro mezclada con un terrible horror.

—¿Madre? —la llamó Jonathan. La miraba como si no pudiera acabar de enfocar los ojos en ella. Comenzó a toser. La sangre le manó de la boca. Los pulmones le silbaban al respirar.

«A veces sueño con un chico de ojos verdes, un chico que nunca fue envenenado con sangre de demonio, un chico que podría reír y amar y ser humano, y ese es el chico por el que lloro, pero ese chico nunca ha existido».

El rostro de Jocelyn se endureció, como si se estuviera haciendo fuerte para algo. Se arrodilló junto a Jonathan y le colocó la cabeza sobre su regazo. Clary se la quedó mirando. Ella no creía haber sido capaz de hacerlo. No podría haber tenido el valor de tocarlo así. Pero su madre siempre se había culpado a sí misma por la existencia de Jonathan. Había algo en la expresión de determinación de su rostro que decía que ella lo había visto llegar al mundo y que ella lo vería abandonarlo.

En cuanto Jocelyn lo incorporó, Jonathan respiró mejor. Tenía espuma ensangrentada en los labios.

—Lo siento —dijo con un estertor—. Lo lamento… —Miró a Clary—. Sé que no hay nada que pueda hacer o decir que me permita morir con el más leve ápice de perdón —dijo—. Y no podría culparte si me cortaras el cuello. Pero estoy… Me arrepiento. Lo… lamento.

Clary se había quedado sin palabras. ¿Qué podía decir? ¿«Está bien»? Pero no estaba bien. Nada de lo que él había hecho estaba bien, no para el mundo, no para ella. Había cosas que no se podían perdonar.

Y sin embargo, él no las había hecho, no exactamente. Esa persona, el chico al que estaba sosteniendo su madre como si él fuera su penitencia, no era Sebastian, que había torturado, asesinado y extendido la destrucción. Recordó lo que Luke le había dicho lo que parecía hacía años: «La Amatis

que sirve a Sebastian no es mi hermana, igual que el Jace que sirvió a Sebastian no era el chico al que amas. No es mi hermana, como Sebastian tampoco es el hijo que tu madre debería haber tenido».

—No —dijo él, y entrecerró los ojos—. Veo que estás tratando de entenderlo, hermana. Si debo ser perdonado del modo que Luke perdonaría a su hermana si la Copa Infernal la liberara ahora de su influjo. Pero ella fue su hermana antes. Ella fue humana antes. Yo… —Tosió y otra bocanada de sangre se le derramó por los labios—. Yo nunca he existido. El fuego celestial quema lo que es malo. Jace sobrevivió a *Gloriosa* porque es bueno. Quedó lo suficiente de él para vivir. Pero yo nací para ser todo corrupción. No queda lo suficiente de mí para sobrevivir. Estás viendo el fantasma de alguien que podría haber sido, eso es todo.

Jocelyn lloraba, y las lágrimas le caían en silencio por las mejillas mientras permanecía inmóvil, con la espalda recta.

—Tengo que decir algo —susurró Jonathan—. Cuando yo muera… los Oscurecidos se lanzarán contra vosotros. Ya no podré contenerlos. —Miró a Clary—. ¿Dónde está Jace?

—Estoy aquí —contestó este. Y ahí estaba, ya en el estrado, con una expresión dura, confusa y triste. Clary lo miró a los ojos. Sabía lo duro que debía de haber sido para él seguirle la corriente, dejar pensar a Sebastian que la tenía, dejar que Clary se arriesgara hasta el final. Y sabía cómo debía de ser eso para él, para el Jace que anhelaba la venganza, ver a Jonathan y darse cuenta de que la parte de Sebastian que podría ser castigada, que debería ser castigada, había desaparecido. Ahí había otra persona, alguien totalmente diferente, alguien que nunca había tenido la oportunidad de vivir, y que ya nunca la tendría.

—Coge mi espada —dijo Jonathan entre estertores, y señaló a *Phaesphoros*, que había caído a unos metros—. Ábrelo en canal.

—¿Abrir qué? —preguntó Jocelyn, confusa, pero Jace ya estaba en movimiento. Se agachó para recoger a *Phaesphoros* y saltó del estrado con la espada en la mano. Cruzó la sala, más allá de los apiñados cazadores oscuros, más allá del círculo de runas, hasta donde yacía muerto el demonio behemoth sobre su icor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Clary, aunque cuando Jace alzó la espada y cortó limpiamente el cuerpo del demonio, se hizo evidente—. ¿Cómo sabía que…?

—Él… me conoce —jadeó Jonathan.

Una oleada de apestosas entrañas de demonio cayó al suelo. Jace torció el gesto de asco, y luego de sorpresa y después de comprensión. Se agachó, y con las manos desnudas cogió algo grueso, recubierto de icor; lo alzó, y Clary reconoció la Copa Infernal.

Miró a Jonathan. Los ojos se le ponían en blanco, y sufría terribles espasmos.

—Di… dile —tartamudeó—. Dile que la tire dentro del círculo de runas.

Clary alzó la cabeza.

—¡Tírala dentro del círculo! —gritó a Jace, y Amatis volvió la cabeza de golpe.

—¡No! —gritó—. ¡Si la Copa se pierde, también nos perderemos nosotros! —Corrió hacia el estrado—. ¡Lord Sebastian! ¡No dejéis que destruyan vuestro ejército! ¡Os somos leales!

Jace miró a Luke. Ese contemplaba a su hermana con una expresión de infinita tristeza, una tristeza tan profunda como la muerte. Luke había perdido a su hermana para siempre, y Clary solo acababa de recuperar a su hermano, el hermano del que había estado separada toda la vida, y había muerte por ambos lados.

Jonathan, medio apoyado en el hombro de Jocelyn, miró a Amatis; sus ojos verdes eran como faros.

—Lo siento —dijo—. Nunca debería haberte hecho esto.

Y apartó el rostro.

Luke asintió, una vez, a Jace, y este lazó la Copa con todas sus fuerzas al centro del círculo de runas. La Copa se estrelló contra el suelo y se hizo pedazos.

Amatis ahogó un grito y se llevó la mano al pecho. Por un instante, solo un instante, miró a Luke como si lo reconociera: una mirada de reconocimiento, incluso de cariño.

—Amatis —susurró Luke.

Y entonces se desplomó. Los otros Oscurecidos la siguieron, uno a uno, derrumbándose donde estaban hasta que la sala quedó llena de cadáveres.

Luke se volvió de espaldas, demasiado dolor en sus ojos como para que Clary fuera capaz de soportar mirarlo. Oyó un grito, distante y seco, y por un momento se preguntó si sería Luke, o incluso uno de los otros, horrorizado al ver caer tantos nefilim, pero el grito fue creciendo y creciendo, y se convirtió en un agudo alarido que sacudió el vidrio y arremolinó el polvo en el exterior de la ventana que daba a Edom. El cielo se volvió del color de la sangre, y el grito continuó, y se fue apagando hasta convertirse en una profunda exhalación de tristeza, como si el universo entero sollozara.

—Lilith —susurró Jonathan—. Llora por sus hijos muertos, los hijos de su sangre. Llora por ellos y por mí.

Emma arrancó a *Cortana* del cadáver del guerrero hada, sin prestar atención a la sangre que le resbalaba por las manos. Su única idea era llegar hasta Julian. Había visto la terrible expresión de su rostro mientras se dejaba caer al suelo, y si Julian estaba destrozado, entonces todo el mundo estaba destrozado y nada volvería a estar bien.

La gente se movía a su alrededor. Casi ni se fijó en ellos mientras se abría paso entre la multitud hacia los Blackthorn. Dru estaba acurrucada contra el pilar al lado de Jules, y se inclinaba para proteger a Tavvy con su cuerpo; Livia seguía cogiendo a Ty por la muñeca, pero en ese momento miraba más allá de él, boquiabierta. Y Jules… Jules seguía caído contra el pilar, pero había comenzado a levantar la cabeza, y cuando Emma se dio cuenta de que estaba observando algo, ella se volvió para ver qué era.

Por toda la sala, los Oscurecidos habían comenzado a desplomarse. Caían como piezas de ajedrez, en silencio y sin gritar. Caían a media lucha con los nefilim, y sus hermanos hadas se quedaron mirándolos mientras, uno a uno, los cuerpos de los guerreros Oscurecidos comenzaban a cubrir el suelo.

Un seco grito de victoria emergió de unas cuantas gargantas de cazadores de sombras, pero Emma casi ni lo oyó. Fue hasta Julian y se arrodilló junto a él. Este la miró con sus ojos verde azul cargados de amargura.

—Em —dijo con voz ronca—. Creía que esa hada iba a matarte. Creía…

—Estoy bien —susurró ella—. ¿Y tú?

Él negó con la cabeza.

—Lo he matado —repuso—. He matado a mi padre.

—Eso no era tu padre. —Tenía la garganta demasiado reseca para seguir hablando; en vez de eso, le cogió la mano y le dibujó en la palma. No una palabra, sino un signo: la runa del valor, y después, un corazón de medio lado.

Él negó con la cabeza como diciendo: «No, no, no me lo merezco», pero ella lo dibujó de nuevo. Y luego se inclinó hacia él, incluso cubierta de sangre como estaba, y le apoyó la cabeza en el hombro.

Las hadas estaban huyendo de la Sala, abandonando sus armas al salir. Más y más nefilim entraban en la Sala desde la plaza. Emma vio a Helen ir hacia ellos, Aline a su lado, y por primera vez desde que habían salido de la casa de los Penhallow, Emma se permitió creer que podrían sobrevivir.

—Están muertos —afirmó Clary, y, asombrada, recorrió con la mirada los restos del ejército de Sebastian—. Están todos muertos.

Jonathan soltó una medio carcajada ahogada.

—«Algún bien debo hacer, a pesar de mi propia naturaleza» —murmuró, y Clary reconoció la cita por sus clases de literatura. *El rey Lear*. La más trágica de las tragedias—. Eso es lo que has hecho. Los Oscurecidos han dejado de existir.

Clary se inclinó sobre él, con la voz cargada de urgencia.

—Jonathan, por favor, dinos cómo abrir las fronteras. Cómo volver a casa. Debe de haber algún camino.

—No… no hay ningún camino —susurró Jonathan—. Destrocé la puerta. El camino a la corte seelie está cerrado; todos los caminos lo están. Es… es imposible. —Hinchó el pecho con un silbido—. Lo siento.

Clary no dijo nada. Podía notar el sabor de su propia rabia en la boca. Se había arriesgado, había salvado el mundo, pero todo lo que amaba moriría. Por un momento, el corazón se le llenó de odio.

—Bien —dijo Jonathan, con los ojos clavados en el rostro de Clary—. Ódiame. Alégrate con mi muerte. Lo último que querría ahora sería causarte más dolor.

Clary miró a su madre. Jocelyn estaba quieta y tiesa, y las lágrimas le caían en silencio. Clary respiró hondo. Recordó una plaza en París, sentada frente a Sebastian ante una mesita, y él diciendo: «¿Crees que puedes perdonarme? Quiero decir, ¿crees que el perdón es posible para alguien como yo?».

—No te odio —repuso ella finalmente—. Odio a Sebastian. A ti no te conozco.

Jonathan cerró los ojos.

—Una vez soñé con un lugar verde —susurró—. Una mansión y una niña con cabello rojo, y las preparaciones para una boda. Si existen otros mundos, entonces quizá hay uno en el que soy un buen hermano y un buen hijo.

«Quizá», pensó Clary, y anheló dolorosamente ese mundo por un momento, por su madre y por sí misma. Sabía que Luke estaba en el estrado, contemplándolos, y sabía que Luke tenía lágrimas en el rostro. Jace, los Lightwood y Magnus estaban más atrás, y Alec le cogía la mano a Isabelle. Alrededor de ellos yacían los cadáveres de los guerreros Oscurecidos.

—No creía que pudieras soñar —repuso Clary, y respiró hondo—. Valentine te llenó las venas de veneno y luego te crio para odiar; no tuviste alternativa. Pero la espada ha quemado todo eso. Quizá eres así en realidad.

Él respiró entrecortadamente, una respiración imposible.

—Sería bonito creer esa mentira —dijo, e increíblemente, el fantasma de una sonrisa amarga y dulce le pasó por el rostro—. El fuego de *Gloriosa*

ha quemado la sangre de demonio. Toda mi vida me ha requemado las venas y me ha cortado el corazón como cuchillas, y me arrastraba hacia abajo como el plomo; toda mi vida, y nunca lo he sabido. Nunca supe que podía ser diferente. Nunca me he sentido tan… ligero —dijo suavemente, luego sonrió, cerró los ojos y murió.

Clary se incorporó lentamente. Miró hacia abajo. Su madre estaba arrodillada, sujetando el cuerpo de Jonathan tendido sobre su regazo.

—Mamá —susurró Clary, pero Jocelyn no alzó la mirada. Un momento después alguien rozó a Clary: era Luke. Le apretó suavemente el brazo y se arrodilló junto a Jocelyn y le puso la mano en el hombro.

Clary se volvió; no podía soportarlo más. La tristeza era como un peso que la aplastaba. Oyó la voz de Jonathan en su cabeza mientras descendía por la escalera: «Nunca me he sentido tan ligero».

Avanzó entre los cadáveres y el icor que cubría el suelo, anonadada y cargada con el conocimiento de que había fallado. Después de todo lo que había hecho, seguía sin haber un modo de salvarlos. La estaban esperando: Jace, Simon e Isabelle, Alec y Magnus. Este último parecía enfermo, pálido y muy, muy cansado.

—Sebastian ha muerto —informó Clary, y todos la miraron con rostros derrengados y sucios, como si estuvieran demasiado exhaustos para sentir nada, ni siquiera alivio. Jace se acercó y le cogió las manos, se las levantó y se las besó; Clary cerró los ojos, y sintió como si un poco de calor y luz hubiera vuelto a ella.

—Manos de guerrero —dijo Jace en voz baja antes de soltarla. Ella se miró los dedos, y trató de ver lo que él veía. Sus manos eran solo sus manos, pequeñas y callosas, manchadas de suciedad y de sangre.

—Jace nos estaba explicando lo que hiciste con la espada Morgenstern —dijo Simon—. Que estuviste engañando a Sebastian todo el rato.

—No al final —repuso ella—. No cuando volvió a ser Jonathan.

—Ojalá nos lo hubieras contado —dijo Isabelle—. Tu plan, quiero decir.

—Lo siento —susurró Clary—. Tenía miedo de que no funcionase. Que solo os decepcionara. Pensé que era mejor… no tener demasiadas esperanzas.

—La esperanza es lo que nos hace seguir adelante a veces, bomboncito —replicó Magnus, pero no parecía molesto.

—Necesitaba que él se lo creyera —insistió Clary—. Así que necesitaba que vosotros también os lo creyerais. Tenía que ver vuestra reacción y creer que había ganado.

—Jace lo sabía —apuntó Alec, mirándola. Tampoco parecía enfadado, solo perplejo.

—Y no la miré desde el momento en que se subió al trono hasta el momento en que le atravesó el corazón a ese cabrón —explicó Jace—. No podía. Lo entretuve mientras fingía sacarme el brazalete, yo… —Entonces se calló—. Lo siento. No debería haberlo llamado cabrón. Sebastian lo era, pero Jonathan no es… no era, la misma persona… y tu madre…

—Es como si hubiera perdido un hijo dos veces —repuso Magnus—. Se me ocurren muy pocas cosas peores.

—¿Y qué hay de estar atrapados en un reino demoníaco sin forma de salir? —preguntó Isabelle—. Clary, tenemos que regresar a Idris. Odio preguntarlo, pero ¿Seba… Jonathan te ha dicho algo sobre cómo abrir las fronteras?

Clary tragó saliva.

—Ha dicho que es imposible. Que están cerradas para siempre.

—Así que estamos atrapados aquí —concluyó Isabelle, con ojos asustados—. ¿Para siempre? Debe de haber algún hechizo… Magnus…

—No ha mentido —contestó Magnus—. No hay manera de que nosotros podamos reabrir los caminos de aquí a Idris.

Se hizo un silencio terriblemente oneroso.

—¿No hay manera de que «nosotros»? —preguntó a continuación Alec, que había estado mirando a Magnus.

—Eso es lo que he dicho —contestó Magnus—. No hay manera de reabrir las fronteras.

—No —puntualizó Alec, y había un tono peligroso en su voz—. Has dicho que no hay manera de que nosotros lo hagamos, lo que quiere decir que puede haber alguien que sí sea capaz.

Magnus se apartó de Alec y los miró a todos. Su expresión era sincera, carente de su habitual distanciamiento, y parecía al mismo tiempo muy joven y muy, muy viejo. Su rostro era el de un joven, pero sus ojos habían visto pasar siglos, y nunca Clary había sido tan consciente de ello.

—Hay cosas peores que la muerte —dijo Magnus.

—Quizá deberías dejarnos que nosotros lo juzgáramos —replicó Alec.

Magnus se pasó una mano por el rostro desolado antes de contestarle.

—Dios, Alexander, he pasado toda mi vida sin tener que recurrir a esto, excepto una vez, cuando aprendí la lección. Y no es una lección que quiero que aprendáis vosotros.

—Pero estás vivo —repuso Clary—. Sobreviviste a la lección.

Magnus esbozó una fea sonrisa.

—No habría sido una lección si no hubiera sobrevivido —replicó—. Pero se me había advertido. Jugar a los dados con mi propia vida es una cosa; jugar con la de todos vosotros…

—Moriremos aquí de todas formas —le recordó Jace—. El juego está trucado. Corramos el riesgo.

—Estoy de acuerdo —dijo Isabelle, y los otros también expresaron su conformidad.

Magnus miró hacia el estrado, donde Luke y Jocelyn seguían arrodillados, y suspiró.

—La mayoría gana —repuso—. ¿Sabéis que hay un viejo refrán entre los subterráneos sobre que los perros locos y los nefilim nunca hacen caso de las advertencias?

—Magnus… —comenzó Alec, pero este solo meneó la cabeza y se puso en pie lentamente. Aún conservaba los harapos de la ropa que se había puesto para aquella lejana cena en el refugio de los seres mágicos en Idris: los incongruentes jirones de una chaqueta y una corbata. Los anillos de los dedos le destellaron cuando juntó las manos, como para orar, y cerró los ojos.

—Padre mío —comenzó, y Clary oyó a Alec inspirar profundamente—. Padre mío, que estás en el Infierno, malaventurado sea tu nombre. Trae a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad tanto en Edom como en el Infierno. No me perdones mis pecados, porque en ese fuego de fuegos no habrá ni cariño, ni compasión, ni redención. Padre mío, que haces la guerra en lo alto y en lo bajo, ven a mí ahora; te llamo como tu hijo y asumo la responsabilidad por invocarte.

Magnus abrió los ojos. No tenía expresión. Cinco rostros perplejos lo miraban.

—Por el Ángel… —exclamó Alec.

—No —dijo una voz justo detrás de su apiñado grupo—. Definitivamente no por vuestro Ángel.

Clary miró fijamente. Al principio no vio nada, solo una mancha de sombra que se movía, y luego una forma fue surgiendo de la oscuridad. Un hombre alto, tan pálido como el hueso, vestido con un traje de un blanco puro. Unos gemelos de plata tallados con forma de mosca brillaban en los puños de su camisa. Su rostro era el de un humano: piel pálida tensa sobre los huesos, pómulos afilados como cuchillas. Más que pelo tenía una corona de brillante alambre de espino.

Sus ojos eran de un verde dorado, con las pupilas verticales como las de un gato.

—Padre —dijo Magnus, y la palabra sonó como un suspiro de tristeza —. Has venido.

El hombre sonrió. Sus incisivos eran afilados y puntiagudos como los de un felino.

—Hijo mío —repuso—. Ha pasado mucho tiempo desde que me llamaste. Estaba comenzando a pensar que nunca más lo harías.

—Tenía planeado no hacerlo —replicó Magnus secamente—. Te llamé una vez, para asegurarme de que eras mi padre. Aquella vez fue suficiente.

—Tus palabras me hieren —dijo el hombre, y volvió su afilada sonrisa hacia los otros—. Soy Asmodeus. Uno de los Nueve Príncipes del Infierno. Tal vez conozcáis mi nombre.

Alec hizo un ruido, que acalló enseguida.

—Hubo un tiempo en que fui seráfico, uno de los ángeles —continuó Asmodeus, muy satisfecho consigo mismo—. Parte de una compañía innumerable. Entonces llegó la guerra, y caímos como estrellas del Cielo. Seguí abajo al Portador de la Luz, la Estrella Matutina, porque yo era uno de sus principales consejeros, y cuando él cayó, yo caí con él. Él me elevó en el Infierno y me hizo uno de sus nueve gobernantes. Por si os lo estáis preguntando, sí que es preferible gobernar en el Infierno que servir en el Cielo; yo he hecho ambas cosas.

—¿Eres… el padre de Magnus? —preguntó Alec con voz estrangulada. Se volvió hacia el brujo—. Cuando alzaste la luz mágica en el túnel del metro, se encendió en colores… ¿fue por él? —Señaló a Asmodeus.

—Sí —contestó Magnus. Se lo veía muy cansado—. Te lo advertí, Alexander, que esto sería algo que no te gustaría.

—No sé a qué viene tanto lío. He sido el padre de muchos brujos —explicó Asmodeus—. Magnus me ha hecho sentirme orgulloso.

—¿Quiénes son los otros? —preguntó Isabelle. Sus oscuros ojos destellaron con suspicacia.

—Lo que no dice es que la mayoría de ellos están muertos —intervino Magnus. Miró a su padre a los ojos un instante y apartó la mirada, como si no pudiera soportar ese intercambio. Su boca, fina y sensible, formaba una línea dura—. Tampoco dice que todos los príncipes del Infierno tienen un reino que gobiernan. Este es el suyo.

—Ya que este lugar, Edom, es tu reino —dijo Jace—, entonces, ¿eres responsable de lo… de lo que pasó aquí?

—Es mi reino, pero pocas veces estoy aquí —contestó Asmodeus con un suspiro de decepción—. Solía ser un lugar excitante. Los nefilim de este reino dieron mucha guerra. Cuando inventaron el *skeptron*, llegué a pensar que hasta podrían ganar en el último momento, pero el Jonathan Cazador de Sombras de este mundo sabía más de separar que de unir, y al final se destruyeron a sí mismos. Todos lo hacen, ¿sabéis? Nosotros nos llevamos las culpas, pero solo abrimos la puerta. Es la humanidad la que la atraviesa.

—No pongas excusas —soltó Magnus—. Casi asesinaste a mi madre…

—Ella estaba de lo más dispuesta, te lo aseguro —replicó Asmodeus, y Magnus se puso rojo. Clary tuvo una vaga sensación de sorpresa al ver que era posible hacerle eso a Magnus, herirlo con pullas sobre su familia. Hacía tanto tiempo, y él era tan controlado…

Pero, claro, quizá los padres siempre tenían la posibilidad de herir, por muy viejo que se fuera.

—Vamos directos al grano —lo apremió Magnus—. Puedes abrir una puerta, ¿verdad? ¿Enviarnos de vuelta a Idris, de vuelta a nuestro mundo?

—¿Quieres una demostración? —preguntó Asmodeus, y chasqueó los dedos hacia el estrado, donde Luke estaba en pie, mirándolos. Jocelyn parecía a punto de levantarse también. Clary vio la expresión de preocupación en el rostro de ambos… justo antes de que desaparecieran. Hubo un destello en el aire y los dos dejaron de estar allí, llevándose el cadáver de Jonathan con ellos. Justo cuando desaparecían, Clary vio por un momento el interior de la Sala de los Acuerdos, la fuente de la sirena y el suelo de mármol, y luego dejó de verlo, como si una grieta en el universo se hubiera cerrado de nuevo.

Un grito le salió de la garganta.

—¡Mamá!

—Los he enviado a vuestro mundo —la tranquilizó Asmodeus—. Ya lo sabes. —Se miró las uñas.

Clary estaba jadeando, medio de pánico y medio de furia.

—¿Cómo te atreves a…?

—Bueno, eso es lo que queríais, ¿no? —replicó Asmodeus—. Mira, has conseguido los dos primeros gratis. El resto, bueno, tendréis que pagar. —Suspiró al ver la expresión de sus rostros—. Soy un demonio —les recordó—. La verdad, ¿qué enseñan a los nefilim últimamente?

—Sé lo que quieres —dijo Magnus con voz tensa—. Y puedes tenerlo. Pero debes jurar por la Estrella Matutina que enviarás a todos mis amigos de vuelta a Idris, a todos, y nunca volverás a molestarlos. No te deberán nada.

Alec dio un paso adelante.

—Calla —soltó—. No… Magnus, ¿qué quieres decir?, ¿qué es lo que quiere? ¿Por qué hablas como si tú no fueras a volver a Idris con nosotros?

—Hay un momento —comenzó Asmodeus— en el que todos debemos volver a vivir en la casa de nuestros padres. Ahora es el momento de Magnus.

—«En casa de mi padre hay muchas mansiones» —susurró Jace. Estaba pálido, como si estuviera a punto de vomitar—. Magnus. Asmodeus no puede querer decir… ¿No querrá llevarte de vuelta con él? ¿De vuelta a…?

—¿Al Infierno? No exactamente —contestó Asmodeus—. Como ha dicho Magnus, Edom es mi reino. Lo compartía con Lilith. Luego su crío lo cogió y lo asoló hasta arrasarlo. Destruyó mi torre… Solo quedan astillas. Y tú asesinaste a la mitad de la población con el *skeptron*. —Eso último iba dirigido a Jace—. Hace falta energía para alimentar un reino. Nosotros tiramos del poder de lo que hemos dejado atrás, la gran ciudad de Pandemónium, el fuego en el que caímos, pero hay un momento en que la vida debe alimentarnos. Y la vida inmortal es la mejor de todas.

La torpe pesadez que adormecía los miembros de Clary se desvaneció cuando se puso firme, y se colocó ante Magnus. Casi chocó con los otros. Todos se habían movido, como ella, para separar al brujo de su padre demonio, incluso Simon.

—¿Quieres coger su vida? —preguntó Clary—. Eso es cruel y estúpido, incluso para un demonio. ¿Por qué vas a querer matar a tu propio hijo…?

Asmodeus se rio.

—Encantador —dijo—. Míralos, Magnus, ¡estos niños te quieren y quieren protegerte! ¡Quién lo habría pensado! Cuando estés enterrado, me aseguraré de que escriban sobre tu tumba: «Magnus Bane, amado por los nefilim».

—No lo tocarás —replicó Alec, con una voz dura como el hierro—. Quizá hayas olvidado qué es lo que hacemos los nefilim, pero matamos demonios. Incluso príncipes del Infierno.

—Oh, sé muy bien lo que hacéis; a mi querido Abbadon lo matasteis; y a nuestra princesa Lilith la lanzasteis a los vientos del vacío, aunque volverá. Siempre tendrá un lugar en Edom. Y por eso permití que su hijo se

estableciera aquí, aunque admito que no había pensado en que haría tal estropicio. —Asmodeus puso los ojos en blanco y Clary contuvo un estremecimiento. Alrededor de las pupilas verdes y doradas, la esclerótica de sus ojos era tan negra como el petróleo—. No tengo intención de matar a Magnus. Eso sería sucio y tonto, y además, podría haber arreglado su muerte en cualquier momento. Quiero que me entregue su vida libremente, porque la vida de un inmortal tiene poder, mucho poder, y me ayudará a alimentar mi reino.

—Pero es tu hijo —protestó Isabelle.

—Y se quedará conmigo —repuso Asmodeus con una sonrisa—. En espíritu, podríamos decir.

Alec se volvió hacia Magnus, que estaba con las manos en los bolsillos, ceñudo.

—¿Quiere tomar tu inmortalidad?

—Exactamente —contestó Magnus.

—Pero… ¿sobrevivirás? ¿Solo que no seguirás siendo inmortal? —Alec parecía perdido, y Clary no pudo evitar sentirse preocupada por él. Después de ser la razón por la que Alec y Magnus habían roto, sin duda Alec no quería que le recordaran que él fue quien quiso quitarle la inmortalidad a Magnus.

—Mi inmortalidad desaparecerá —explicó Magnus—. Y todos los años de mi vida caerán sobre mí de golpe. Sería muy raro que sobreviviera. Casi cuatrocientos años son un montón demasiado grande para soportar, incluso si te pones loción hidratante regularmente.

—No puedes —replicó Alec, y había un ruego en su voz—. Ha dicho «entregue su vida libremente». Di que no.

Magnus levantó la cabeza y miró a Alec; fue una mirada que hizo sonrojarse a Clary y que mirara para otro lado. Había tanto amor en ella… mezclado con exasperación, orgullo y desesperación. Era una mirada sin disimulos, y parecía una intromisión fijarse en ella.

—No puedo decir que no, Alexander. Si lo hago, todos nos quedaremos aquí; moriremos de todos modos. Moriremos de hambre, y nuestras cenizas se convertirán en polvo para molestar a los demonios del reino.

—Muy bien —replicó Alec—. Ninguno de nosotros entregaría tu vida para salvarnos.

Magnus miró los rostros de sus compañeros, sucios y agotados, perdidos y desesperados, y Clary vio cambiar la expresión del rostro de Magnus al darse cuenta de que Alec tenía razón. Ninguno de ellos entregaría la vida de Magnus para salvarse, ni siquiera para salvarlos a todos.

—He vivido mucho tiempo —insistió Magnus—. Tantos años, y no, no parecen suficientes. No mentiré y diré que sí. Quiero seguir viviendo, y en parte por ti, Alec. Nunca he querido vivir tanto como lo he querido estos últimos meses contigo.

Alec parecía anonadado.

—Moriremos juntos —dijo—. Al menos, déjame quedarme, contigo.

—Tienes que volver. Tienes que volver al mundo.

—No quiero el mundo. Te quiero a ti —insistió Alec, y Magnus cerró los ojos, como si aquellas palabras casi le hubieran dolido. Asmodeus los observaba mientras hablaban, ávidamente, casi vorazmente, y Clary recordó que los demonios se alimentaban de las emociones humanas: el miedo, la alegría, el amor y el dolor. Sobre todo del dolor.

—No puedes quedarte conmigo —dijo Magnus después de un silencio —. No quedará nada de mí; el demonio me quitará la fuerza vital y mi cuerpo se deshará. Cuatrocientos años, recuerda.

—El demonio —repitió Asmodeus, resoplando—. Al menos podrías decir mi nombre mientras me aburres.

Clary decidió en ese momento que podría odiar a Asmodeus más que a cualquiera de los otros demonios con que se había encontrado.

—Acaba de una vez, hijo mío —añadió Asmodeus—. No tengo toda la eternidad para esperar, y vosotros tampoco.

—Tengo que salvarte, Alec —dijo Magnus—. A ti y a todos los que amas. Es un pequeño precio a pagar al final por todo eso, ¿no?

—No a todos los que amo —susurró Alec, y Clary notó que las lágrimas querían abrírsele paso en los ojos. Lo había intentado, con todas sus fuerzas, ser ella la que pagara el precio. Y no era justo que Magnus tuviera que

pagar; Magnus, que tenía la parte más pequeña en la historia de los nefilim, y los ángeles y los demonios, y la venganza, comparado con el resto de ellos; Magnus, que solo era parte de todo eso porque amaba a Alec.

—No —insistió este.

A través de las lágrimas, Clary los vio aferrándose el uno al otro; había ternura incluso en la curva de los dedos de Magnus sobre el hombro de Alec cuando se inclinó para besarlo. Fue un beso de desesperación y de aferrarse más que de pasión. Magnus lo cogió con tanta fuerza que le clavó los dedos en el brazo, pero al final se apartó y se volvió hacia su padre.

—Muy bien —dijo Magnus, y Clary pudo ver que se estaba preparando, reuniendo valor como si estuviera a punto de lanzarse a una pira—. Muy bien, tómame. Te doy mi vida. Estoy…

Simon… Simon, que había estado en silencio hasta ese momento; Simon, que Clary casi había olvidado que estaba allí, se adelantó.

—Estoy dispuesto.

Asmodeus enarcó las cejas.

—¿Qué es esto?

Isabelle pareció darse cuenta de la situación antes que nadie. Palideció.

—¡No, Simon, no!

Pero Simon siguió adelante, con la espalda recta y la barbilla alzada.

—Yo también tengo una vida inmortal —dijo—. Magnus no es el único. Coge la mía. Toma mi inmortalidad.

—Ahhh —exclamó Asmodeus, y los ojos le brillaron de repente—. Azazel me ha hablado de ti. Un vampiro no es interesante, pero ¡un diurno! Tienes el poder del sol en tus venas. Sol y vida eterna, eso sí es poder.

—Sí —afirmó Simon—. Si quieres tomar mi inmortalidad en vez de la de Magnus, te la doy. Estoy…

—¡Simon! —gritó Clary, pero era demasiado tarde.

—Estoy dispuesto —concluyó Simon, y miró al resto del grupo con una actitud y una mirada que decía: «Ya lo he dicho. Está hecho».

—Dios, Simon, no —protestó Magnus con una voz de terrible tristeza, y cerró los ojos.

—Solo tengo diecisiete años —repuso Simon—. Si se lleva mi inmortalidad, viviré mi vida; no moriré aquí. Nunca quise la inmortalidad, nunca quise ser un vampiro, nunca quise nada de esto.

—¡No vivirás tu vida! —Isabelle tenía los ojos arrasados de lágrimas—. Si Asmodeus te quita la inmortalidad, entonces serás un cadáver, Simon. Eres un no muerto.

Asmodeus hizo un ruido displicente.

—Eres una chica muy estúpida —replicó—. Soy un Príncipe del Infierno. Puedo romper los muros entre los mundos. Puedo crear mundos y destruirlos. ¿Crees que no puedo invertir la transformación que convierte a un humano en vampiro? ¿Crees que no puedo hacer que su corazón lata de nuevo? Es un juego de niños.

—Pero ¿por qué ibas a hacerlo? —preguntó Clary, anonadada—. ¿Por qué lo harías vivir? Eres un demonio. No te importa si…

—No me importa, pero quiero —la interrumpió Asmodeus—. Hay una cosa más que quiero de ti. Algo más para equilibrar el trato. —Sonrió, y los dientes le brillaron como afilados cristales.

—¿Qué? —A Magnus le tembló la voz—. ¿Qué es lo que quieres?

—Sus recuerdos —respondió Asmodeus.

—Azazel se llevó un recuerdo de cada uno de nosotros como pago por un favor —dijo Alec—. ¿Qué es lo que tenéis los demonios con los recuerdos?

—Los recuerdos humanos, cedidos voluntariamente, son como alimento para nosotros —explicó Asmodeus—. Los demonios viven de los gritos y la agonía de los condenados atormentados. Imagínate qué agradable cambio supone un festín de alegres recuerdos. Mezclados, son deliciosos, lo dulce y lo amargo. —Miró alrededor y sus ojos de gato brillaron—. Y puedo decir que habrá muchos recuerdos felices, vampirito, porque eres muy querido, ¿verdad?

Simon parecía tenso.

—Pero si te llevas mis recuerdos, ¿quién seré? No…

—Bueno —repuso Asmodeus—, podría cogerte todos los recuerdos que tienes y dejarte como un idiota babeante, supongo, pero, la verdad, ¿quién

quiere los recuerdos de un bebé? ¡Qué aburrido! La cuestión es: ¿qué sería más divertido? Los recuerdos son deliciosos, pero también lo es el dolor. ¿Qué causaría más dolor a tus amigos? ¿Qué les recordaría que deben temer el poder y el ingenio de los demonios? —Se llevó las manos a la espalda. Cada uno de los botones de su traje blanco estaba tallado en forma de mosca.

—He prometido mi inmortalidad —repuso Simon—. No mis recuerdos. Has dicho «cedidos voluntariamente»…

—¡Dios del Infierno, qué banalidad! —exclamó Asmodeus, y moviéndose tan rápido como un rayo agarró a Simon por el antebrazo. Isabelle se lanzó hacia adelante, como si fuera a coger a Simon, y luego se echó hacia atrás con un grito ahogado. Una marca roja le había aparecido en la mejilla. Se llevó la mano a ella, perpleja.

—Déjala en paz —protestó Simon, y se soltó del demonio.

—Subterráneo —susurró este, y le tocó la mejilla a Simon con sus largos dedos—. Debes de haber tenido un corazón que te latía con gran fuerza, ya que aún te late.

—Déjalo ir —intervino Jace, y sacó la espada—. Es nuestro, no tuyo. Los nefilim protegemos lo que nos pertenece…

—¡No! —exclamó Simon. Estaba temblando, pero se mantenía erguido —. Jace, no lo hagas. Es la única manera.

—Sin duda lo es —repuso Asmodeus—. Porque ninguno de vosotros podéis vencer a un Príncipe del Infierno en su lugar de poder; ni siquiera tú, Jace Herondale, hijo de ángeles, o tú, Clarissa Fairchild, con tus trucos y runas. —Movió un poco los dedos y la espada de Jace resonó contra el suelo. Este echó la mano hacia atrás con una mueca de dolor, como si se hubiera quemado. Asmodeus solo le lanzó una breve mirada antes de volver a alzar la mano.

—Hay una salida. Mirad. —Hizo un gesto hacia la pared, que brilló ondeante y se volvió transparente. A través de ella, Clary pudo ver los vagos contornos de la Sala de los Acuerdos. Ahí estaban los cadáveres de los Oscurecidos, amontonados en el suelo en pilas escarlata, y también

estaban los cazadores de sombras, corriendo, tropezando, abrazándose los unos a los otros: la victoria después de la batalla.

Y ahí estaban su madre y Luke, mirando alrededor totalmente perplejos. Seguían en la misma posición que había estado sobre el estrado: Luke de pie y Jocelyn arrodillada con el cuerpo de su hijo en los brazos. Otros cazadores de sombras comenzaban a mirarlos, sorprendidos, como si pensaran que Luke y Jocelyn habían aparecido de la nada; lo que era cierto.

—Ahí está todo lo que queréis —dijo Asmodeus, mientras la ventana parpadeaba y se oscurecía—. A cambio, tomaré la inmortalidad del diurno, y con ella sus recuerdos del Mundo de las Sombras: todos sus recuerdos de vosotros, todo lo que ha aprendido, todo lo que ha sido. Tal es mi deseo.

Simon abrió mucho los ojos, y Clary notó que el corazón se le caía a los pies. Magnus tenía el mismo aspecto que si lo hubieran apuñalado.

—Ahí está —susurró—. El truco en mitad del juego. Con los demonios siempre ocurre.

Isabelle parecía incapaz de creérselo.

—¿Estás diciendo que quieres que nos olvide?

—Todo sobre vosotros y que os ha conocido —respondió Asmodeus—. A cambio de eso, vivirá. Tendrá la vida de un mundano corriente. Volverá a tener a su familia; su madre y su hermana. Amigos, la escuela, todo lo que conlleva una vida humana normal.

Clary miró a Simon con desesperación. Este temblaba mientras apretaba los puños. No dijo nada.

—Definitivamente no —concluyó Jace.

—Muy bien. Entonces moriréis todos aquí. La verdad es que no tienes demasiado con lo que jugar, pequeño cazador de sombras. ¿Qué son los recuerdos cuando en el otro lado de la balanza hay tantas vidas en juego?

—Estás hablando sobre quién es Simon —intervino Clary—. Estás hablando de apartarlo para siempre de nosotros.

—Sí. ¿No es delicioso? —Asmodeus sonrió.

—Esto es ridículo —replicó Isabelle—. Digamos que te llevas sus recuerdos. ¿Qué nos impedirá buscarlo y hablarle del Mundo de las

Sombras? ¿Hacerle conocer la magia? Lo hemos hecho antes, y podemos volver a hacerlo.

—Antes os conocía, conocía a Clary y confiaba en ella —respondió Asmodeus—. Ahora no conocerá a ninguno de vosotros. Para él seréis desconocidos, y ¿por qué iba a escuchar a unos desconocidos chiflados? Además, conoces la Ley del Convenio tanto como yo. Estarías violándola, al hablarle sobre el Mundo de las Sombras sin ninguna razón, al poner en peligro su vida. Antes, las circunstancias eran especiales. Ahora no lo serán. La Clave os borraría las runas si lo intentarais.

—Hablando de la Clave —apuntó Jace—. No van a estar muy contentos si lanzas a un mundano de vuelta a una vida en la que todos saben que es un vampiro. ¡Todos los amigos de Simon lo saben! ¡Su familia lo sabe! Su hermana, su madre. Ellas se lo contarán, si no lo hacemos nosotros.

—Ya veo. —Asmodeus parecía fastidiado—. Eso complica las cosas. Quizá debería llevarme la inmortalidad de Magnus, después de todo…

—No —dijo Simon. Parecía impresionado y enfermo, pero su voz estaba cargada de determinación. Asmodeus lo miró con ojos codiciosos.

—Simon, cállate —le rogó Magnus, desesperado—. Llévame a mí, padre…

—Quiero al diurno —contestó Asmodeus—. Magnus, Magnus… Nunca has acabado de entender cómo es ser un demonio, ¿verdad? ¿Alimentarse del dolor? Pero ¿qué es el dolor? ¿El tormento físico?, pero eso es muy aburrido; un demonio cualquiera puede hacer eso. Ser un artista del dolor, crear agonía, ennegrecer el alma, convertir los motivos puros en sucios, y el amor en lujuria y luego en odio, convertir una fuente de alegría en una fuente de tormento, ¡para eso existo! —Su voz resonó en la sala—. Iré al mundo de los mundanos. Arrancaré los recuerdos de aquellos que son cercanos al diurno. Solo lo recordarán como mortal. No recordarán a Clary en absoluto.

—¡No! —gritó esta.

Asmodeus echó la cabeza atrás y rio, una risa deslumbrante que hizo recordar a Clary que hubo un tiempo en que había sido un ángel.

—No puedes robarnos nuestros recuerdos —replicó Isabelle, furiosa—. Somos nefilim. Eso sería lo mismo que un ataque. La Clave…

—Podéis quedaros con vuestros recuerdos —la interrumpió Asmodeus—. Que recordéis a Simon no me meterá en líos con la Clave, y además os atormentará, lo que no hará más que aumentar mi placer. —Sonrió de medio lado—. Haré un agujero en el corazón de vuestro mundo, y cuando lo notéis, pensaréis en mí y me recordaréis. ¡Recordad! —Asmodeus tiró de Simon y levantó la mano para apretarla contra su pecho, como si pudiera alcanzarle el corazón a través de las costillas—. Aquí comenzamos. ¿Estás listo, diurno?

—¡Detente! —Isabelle se adelantó, con el látigo en la mano y los ojos echando fuego—. Sabemos tu nombre, demonio. ¿Crees que me da miedo matar a un Príncipe del Infierno? Colgaría tu cabeza en mi pared como trofeo, y si te atreves a tocar a Simon, te cazaré. Pasaré toda mi vida cazándote…

Alec rodeó a su hermana con los brazos y la sujetó con fuerza.

—Isabelle —dijo en voz baja—. No.

—¿Qué quieres decir con no? —protestó Clary—. No podemos dejar que lo haga… Jace…

—Es la decisión de Simon. —Jace estaba muy quieto. Tenía un color ceniciento y permanecía inmóvil. Sus ojos estaban clavados en los de Simon—. Tenemos que respetarla.

Simon miró a Jace y asintió levemente con la cabeza. Su mirada pasaba lentamente de unos a otros, de Magnus a Alec, a Jace, a Isabelle, donde se detuvo, y esa mirada estaba tan cargada de posibilidades hechas añicos que Clary notó que se le partía el corazón.

Y entonces Simon la miró a ella, y Clary sintió que el resto de su ser se hacía pedazos. Había tanto en esa expresión, tantos años de tanto amor, tantos secretos susurrados, promesas y sueños compartidos. Lo vio bajar las manos, y luego algo brillante voló por el aire hacia ella. Instintivamente, Clary lo cogió. Era el anillo de oro que Clary le había dado. Lo apretó con fuerza en la mano, y notó que el metal se le clavaba en la palma, un dolor bienvenido.

—Ya basta —dijo Asmodeus—. Odio las despedidas. —Y cogió a Simon con más fuerza. Este ahogó un grito y abrió mucho los ojos. La mano se le fue al pecho.

—Mi corazón… —balbució, y Clary supo, por su expresión, que le volvía a latir. Parpadeó para contener las lágrimas cuando una niebla blanca estalló a su alrededor. Oyó a Simon gritar de dolor. Los pies se le movieron como si tuvieran voluntad propia y corrió hacia allí, pero cayó hacia atrás como si se hubiera golpeado contra una pared invisible. Alguien la agarró; «Jace», pensó. Tenía unos brazos rodeándola, mientras la niebla envolvía a Simon y al demonio como un pequeño tornado y los ocultaba a medias de la vista.

Empezaron a aparecer sombras en la niebla mientras esta se espesaba. Clary se vio de niña con Simon, cogidos de la mano, cruzando una calle en Brooklyn; ella llevaba pasadores en el pelo y Simon iba adorablemente desgreñado, con las gafas resbalándole por la nariz. Ahí estaban de nuevo, tirando bolas de nieve en Prospect Park, y en la granja de Luke, bronceados por el sol, colgando boca abajo de unas ramas de árbol. Los vio en Java Jones, escuchando la terrible poesía de Eric, y sobre una motocicleta voladora que se estrellaba en un aparcamiento, con Jace allí, mirándolos, los ojos entrecerrados por el sol. Y ahí estaba Simon con Isabelle, con el rostro de ella entre las manos, besándola, y pudo ver a Isabelle como Simon la veía: frágil y fuerte, y tan… tan hermosa… Y ahí estaba el barco de Valentine, Simon arrodillado con Jace, sangre en la boca y en la camisa, y sangre en el cuello de Jace, y ahí estaba la celda de Idris, y el rostro curtido de Hodge, y Simon y Clary de nuevo, esta dibujándole la Marca de Caín en la frente. Maureen y su sangre en el suelo, y su gorrito rosa, y el tejado de Manhattan donde Lilith había resucitado a Sebastian, y Clary pasándole el anillo de oro sobre la mesa, y un Ángel alzándose ante él, y él besando a Isabelle…

Todos los recuerdos de Simon, sus recuerdos de la magia, sus recuerdos de todos ellos, extraídos y convertidos en una madeja enrollada. Brillaba, tan blanca y dorada como la luz del día. Había un ruido alrededor, como si

se estuviera preparando una tormenta, pero Clary casi ni lo oía. Extendió las manos, suplicando, aunque no sabía a quién suplicaba.

—Por favor…

Notó que Jace apretaba los brazos a su alrededor, y luego el brazo de la tormenta la atrapó. Se vio alzada y rodando. Vio la sala de piedra alejarse a una terrible velocidad, y la tormenta se llevó sus gritos llamando a Simon y los convirtió en el sonido de un feroz vendaval. Las manos de Jace le fueron arrancadas de los hombros. Estaba sola en el caos, y por un momento pensó que Asmodeus les había mentido a pesar de todo, que no había ninguna salida, que flotarían en esa nada eternamente hasta morir.

Y entonces la tierra fue hacia ella, deprisa. Vio el suelo de la Sala de los Acuerdos, duro mármol con venas de oro, antes de estrellarse contra él. El choque fue duro, haciendo que se le estremecieran hasta los dientes. Automáticamente, rodó como le habían enseñado, y se detuvo junto a la fuente de la sirena en el centro de la Sala.

Se sentó y miró alrededor. La estancia estaba llena de rostros absolutamente silenciosos que la contemplaban con ojos desorbitados, pero esos no importaban. No buscaba desconocidos. Primero vio a Jace, que había aterrizado agazapado, dispuesto a luchar. Clary vio cómo se le relajaban los hombros al mirar alrededor y darse cuenta de dónde se hallaba, de que estaban en Idris y que la guerra había terminado. Y ahí estaba Alec, aún dándole la mano a Magnus. A quien se veía enfermo y agotado, pero vivo.

Y ahí estaba Isabelle. Era la que había caído más cerca de Clary, solo a un par de palmos. Ya estaba en pie y recorría la sala con la mirada, una vez, dos, una desesperada tercera vez. Ahí estaban todos, todos menos uno.

Miró a Clary. Los ojos le brillaban de lágrimas.

—Simon no está aquí —dijo—. Se ha ido de verdad.

El silencio que había sujetado en su puño a los cazadores de sombras reunidos allí pareció romper como una ola. De repente había nefilim corriendo hacia ellos. Clary vio a su madre y a Luke, a Robert y a Maryse, a Aline y a Helen, incluso a Emma Carstairs, que los rodeaban, los abrazaban, les curaban las heridas y los ayudaban. Clary sabía que tenían

buena intención, que corrían al rescate, pero no sintió ningún alivio. Apretó la mano alrededor del anillo de oro que tenía en la palma, se hizo un ovillo en el suelo, y por fin se permitió llorar.

24

LO LLAMAN PAZ

—¿Quién, entonces, se levantará para representar a la Corte de las Hadas? —preguntó Jia Penhallow.

La Sala de los Acuerdos estaba tapizada con las banderas azules de la victoria. Parecían trozos cortados del cielo. Cada una tenía estampada una runa dorada de triunfo. Era un claro día de invierno, y la luz que entraba a raudales por las ventanas iluminaba las largas hileras de sillas que se habían colocado de cara al estrado del centro de la estancia, donde la Cónsul y el Inquisidor estaban sentados ante una larga mesa. La propia mesa estaba decorada también con dorado y azul: grandes candelabros de oro que casi le tapaban a Emma la vista de los subterráneos que también se hallaban sentados tras la mesa: Luke, representando a los licántropos; una joven mujer llamada Lily representaba a los vampiros, y el famosísimo Magnus Bane, el representante de los brujos.

No se había colocado ningún asiento para el representante de las hadas. Lentamente, de entre la multitud que ocupaba las filas de asientos, se puso en pie una joven. Sus ojos eran totalmente azules, sin nada de blanco. Tenía unas orejas puntiagudas como las de Helen.

—Soy Kaelie Whitewillow —dijo—. Yo representaré a la corte seelie.

—¿Y también a la noseelie? —preguntó Jia, con la pluma planeando sobre un rollo de papel.

Kaelie negó con la cabeza. Tenía los labios apretados. Un murmullo se extendió por la sala. A pesar del brillo de las banderas, el ambiente era tenso, no alegre. En la fila de asientos delante de los Blackthorn se hallaban sentados los Lightwood: Maryse, con la espalda tiesa como un palo, y junto a ella, Isabelle y Alec, las melenas oscuras muy cerca una de otra mientras susurraban. Jocelyn Fairchild se hallaba sentada junto a Maryse, pero no había ni rastro de Clary Fray o de Jace Lightwood.

—La corte noseelie declina tener un representante —declaró Jia, y lo anotó en el acta. Miró a Kaelie por encima de la montura de sus gafas—. ¿Qué nos traes desde la corte seelie? ¿Aceptan nuestros términos?

Emma oyó a Helen, al final de su fila, inspirar con fuerza. A Dru, a Tavvy y a los mellizos se los consideraba demasiado pequeños para asistir a esa reunión. Técnicamente nadie menor de dieciocho años tenía permitida la entrada, pero se había tenido una consideración especial hacia los que, como Julian y ella, se habían visto directamente afectados por lo que ya se empezaba a llamar la Guerra Oscura.

Kaelie fue hasta el pasillo entre las filas de asientos y comenzó a caminar hacia el estrado. Robert Lightwood se puso en pie.

—Debes pedir permiso para acercarte a la Cónsul —dijo con su voz grave.

—Permiso denegado —repuso Jia con voz tensa—. Permanece donde estás, Kaelie Whitewillow. Puedo oírte perfectamente.

Emma sintió una repentina compasión por la chica hada; todo el mundo la miraba con ojos como cuchillos. Todos menos Aline y Helen, que estaban sentadas muy juntas y se cogían de la mano con tanta fuerza que tenían los nudillos blancos.

—La Corte de las Hadas pide clemencia —dijo Kaelie, y juntó las delgadas manos ante sí—. Los términos que habéis establecido son demasiado duros. Las hadas siempre han tenido sus propios soberanos, sus propias reinas y reyes. Siempre hemos tenido guerreros. Somos un pueblo muy antiguo. Lo que nos pides nos aplastará completamente.

Un murmullo recorrió la sala. No era un sonido amistoso. Jia cogió el papel que tenía en la mesa frente a ella.

—¿Lo revisamos? —preguntó—. Pedimos que la Corte de las Hadas acepte toda responsabilidad por la pérdida de vidas y por los daños causados a los cazadores de sombras y a los subterráneos durante la Guerra Oscura. Los seres mágicos serán responsables de los costes de reconstrucción de las salvaguardas destruidas, del restablecimiento del *Praetor Lupus* en Long Island y la reconstrucción de lo que ha sido destruido en Alacante. Pagarán con sus propias riquezas. En cuanto a los cazadores de sombras que nos han arrebatado…

—Si te refieres a Mark Blackthorn, fue la Cacería Salvaje —la interrumpió Kaelie—. No tenemos jurisdicción sobre ellos. Tendréis que negociar vosotros directamente, aunque no lo impediremos.

—Él no fue todo lo que se nos quitó —respondió Jia—. Hay todo aquello por lo que no puede haber compensación: la pérdida de vidas soportada por los cazadores de sombras y los licántropos en batalla, los que nos fueron arrancados por la Copa Infernal…

—Eso fue Sebastian Morgenstern, no la corte —protestó Kaelie—. Él era un cazador de sombras.

—Y por esa razón no os castigamos con una guerra que inevitablemente perderíais —replicó Jia con frialdad—. En vez de eso, insistimos en que disperséis vuestros ejércitos, que no haya más guerreros hada. No podéis seguir teniendo armas. Cualquier hada al que se encuentre con un arma sin una dispensa de la Clave será ejecutado al instante.

—Los términos son demasiado severos —protestó Kaelie—. ¡Los seres mágicos no pueden aceptarlos! Si no tenemos armas, ¡no podemos defendernos!

—Entonces, lo someteremos a votación —repuso Jia, y dejó el papel sobre la mesa—. Aquellos a favor de suavizar los términos a los seres mágicos, que hablen ahora.

Se hizo un largo silencio. Emma vio a Helen recorriendo la sala con la mirada, la boca tensa. Aline la cogía de las muñecas con fuerza. Finalmente, se oyó el ruido de una silla al arrastrarse por el suelo, resonando en el silencio, y una solitaria figura se puso en pie.

Magnus Bane. Seguía pálido por el sufrimiento que había padecido en Edom, pero los ojos verde dorados le brillaban con una intensidad que Emma podía distinguir desde la otra punta de la sala.

—Sé que la historia de los mundanos no es de gran interés para la mayoría de los cazadores de sombras —comenzó—. Pero hubo un tiempo antes de los nefilim. Un tiempo en el que Roma luchó contra la ciudad de Cartago, y durante muchos años fue victoriosa. Después de una de las guerras, Roma exigió a Cartago que le pagara tributo, que Cartago disolviera su ejército y que se sembrara sal en la tierra de Cartago. El historiador Tácito dijo de los romanos que «han creado un desierto y lo llaman paz». —Se volvió hacia Jia—. Los cartagineses jamás lo olvidaron. Al final, su odio por Roma provocó otra guerra, y esa guerra acabó en muerte y esclavitud. Eso no era la paz. Esto no es la paz.

En ese momento se oyeron abucheos entre los reunidos.

—¡Quizá no queramos la paz, brujo! —gritó alguien.

—¡Entonces, ¿cuál es tu solución?! —gritó otro.

—Indulgencia —contestó Magnus—. Los seres mágicos hace mucho que odian a los nefilim por su dureza. ¡Mostradles algo que no sea dureza, y a cambio recibiréis algo que no será odio!

Esta vez, el ruido fue aún más fuerte. Jia alzó una mano, y la multitud se fue acallando.

—¿Alguien más habla por los seres mágicos? —preguntó.

Magnus se sentó de nuevo y miró de reojo a sus compañeros subterráneos, pero Lily sonreía petulante y Luke estaba mirando fijamente la mesa. Todo el mundo sabía que su hermana había sido la primera Oscurecida por Sebastian Morgenstern, que muchos lobos del *Praetor* habían sido sus amigos, incluido Jordan Kyle… Sin embargo, había duda en su rostro…

—Luke —dijo Magnus en voz baja pero que, de algún modo, resonó en toda la sala—. Por favor.

La duda se desvaneció. Luke negó con la cabeza tristemente.

—No me pidas lo que no puedo dar —dijo—. Todo el *Praetor* fue masacrado, Magnus. Como representante de los licántropos, no puedo

hablar contra lo que ellos quieren. Si lo hiciera, se volverían contra la Clave, y no conseguiríamos nada con ello.

—Entonces, ya está —repuso Jia—. Habla, Kaelie Whitewillow. ¿Aceptaréis los términos, o habrá guerra entre nosotros?

La muchacha hada agachó la cabeza.

—Aceptamos los términos.

La asamblea estalló en aplausos. Solo unos pocos no aplaudieron: Magnus, la fila de los Blackthorn, la de los Lightwood y la propia Emma. Estaba demasiado ocupada observando a Kaelie sentarse de nuevo. Podría haber inclinado la cabeza, sumisa, pero su expresión era de una intensa ira.

—Así sea —concluyó Jia, claramente complacida—. Ahora pasemos al tema de los…

—Esperad. —Un delgado cazador de sombras con cabello negro se había puesto en pie. Emma no lo reconoció. Podría haber sido cualquiera. ¿Un Cartwright? ¿Un Pontmercy?—. Queda el asunto de Mark y Helen Blackthorn.

Helen cerró los ojos. Parecía alguien que había estado esperando tanto una sentencia de culpabilidad en un juicio como el indulto, y ese era el momento en que la sentencia se había dictado.

Jia se detuvo, con la pluma en la mano.

—¿Qué quieres decir, Balogh?

Balogh se irguió con petulancia.

—Ya se ha hablado de que las fuerzas de Morgenstern penetraron en el Instituto de Los Ángeles con mucha facilidad. Tanto Mark como Helen Blackthorn tienen sangre de hada. Sabemos que el chico ya se ha unido a la Cacería Salvaje, así que está más allá de nuestro alcance, pero la chica no debería estar entre los cazadores de sombras. No es decente.

Aline se puso en pie al instante.

—¡Eso es ridículo! —estalló—. Helen es una cazadora de sombras, ¡siempre lo ha sido! Tiene sangre del Ángel en las venas, ¡no puedes darle la espalda a eso!

—Y sangre de hadas —repuso Balogh—. Puede mentir. Ya hemos sido engañados por uno de los suyos, para nuestra desgracia. Yo digo que le

saquemos las Marcas…

Luke dejó caer la mano sobre la mesa con una fuerte palmada. Magnus estaba encorvado hacia adelante y se cubría el rostro con sus largos dedos.

—La chica no ha hecho nada —dijo Luke—. No podéis castigarla por un accidente de nacimiento.

—Accidentes de nacimiento son lo que nos hace ser lo que somos —replicó Balogh, obstinado—. No puedes negar que tiene sangre de hada. No puedes negar que puede mentir. Si vuelve a haber una guerra, ¿de qué lado estará su lealtad?

Helen se puso en pie.

—Donde ha estado todo este tiempo —replicó—. He luchado en el Burren, y en la Ciudadela, y en Alacante, para proteger a mi familia y proteger a los nefilim. Nunca he dado ningún motivo para dudar de mi lealtad.

—Esto es lo que pasa —dijo Magnus, levantando el rostro—. ¿No veis que así es como empieza de nuevo?

—Helen tiene razón —asintió Jia—. No ha hecho nada malo.

Otro cazador de sombras se puso en pie, una mujer con cabello negro recogido en lo alto de la cabeza.

—Disculpa, Cónsul, pero no eres objetiva —manifestó—. Todos conocemos la relación de tu hija con la chica hada. No deberías tomar parte en esta discusión.

—A Helen Blackthorn se la necesita, señora Sedgewick —dijo Diana Wrayburn, puesta en pie. Parecía indignada. Emma la recordó en la Sala de los Acuerdos, el modo en que había tratado de llegar hasta ella, de ayudarla—. Sus padres han sido asesinados, y tiene cinco hermanos pequeños a los que cuidar.

—No se la necesita —repicó Sedgewick—. Vamos a reabrir la Academia. Los niños pueden ir allí, o pueden dividirse entre varios Institutos…

—No —susurró Julian. Apretaba los puños sobre las rodillas.

—¡Absolutamente no! —gritó Helen—. Jia, debes…

Jia la miró a los ojos y asintió, lenta y con cierta renuencia.

—Arthur Blackthorn —llamó—. Por favor, ponte en pie.

Emma notó que Julian, junto a ella, se quedaba helado de la impresión cuando un hombre al otro lado de la sala, escondido entre la gente, se puso en pie. Era una versión más delgada, pálida y baja del padre de Julian, con cabello castaño y los ojos de los Blackthorn medio escondidos tras unas gafas. Se apoyaba pesadamente en un bastón de madera, con una incomodidad que hacía pensar que la herida que lo obligaba a usar el bastón era reciente.

—Quería esperar hasta después de esa reunión para que los niños pudieran conocer a su tío de una manera adecuada —explicó Jia—. Lo llamé inmediatamente al conocer la noticia del ataque al Instituto de Los Ángeles, claro, pero había sido herido en Londres. Ha llegado a Idris esta mañana. —Suspiró—. Arthur Blackthorn, puedes presentarte.

El hombre tenía un rostro ovalado y agradable, y parecía estar terriblemente incómodo bajo la mirada de tanta gente.

—Soy Arthur Blackthorn, el hermano de Andrew Blackthorn —dijo. Tenía acento británico. Emma siempre olvidaba que el padre de Julian era originario de Londres, aunque había perdido el acento muchos años atrás—. Me trasladaré al Instituto de Los Ángeles lo más pronto posible, y me llevaré a mis sobrinos y sobrinas conmigo. Los niños quedarán bajo mi protección.

—¿Ese es tu tío de verdad? —susurró Emma, mirándolo fijamente.

—Sí, es él —contestó Julian con otro susurro, claramente nervioso—. Es que… esperaba… quiero decir que estaba comenzando a pensar que no vendría. Yo… yo preferiría que nos cuidara Helen.

—Bueno, estoy seguro de que todos estamos inmensamente aliviados de que vayas a ocuparte de los niños Blackthorn —dijo Luke—. Helen es una de ellos. ¿Estás diciendo, al asumir la responsabilidad del cuidado de los más jóvenes, que estás de acuerdo con que se le borren las Marcas?

Arthur Blackthorn lo miró horrorizado.

—En absoluto —contestó—. Mi hermano quizá no fuera muy inteligente con sus… aventuras…, pero todos los informes muestran que los

hijos de los cazadores de sombras son cazadores de sombras. Como dicen: *Ut incepit fidelis sic permanet*.

Julian se deslizó en su asiento.

—Más latín —masculló—. Igual que papá.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Emma.

—«Comienza leal y acaba leal», o algo así. —Julian pasó la mirada por la sala. Todos murmuraban y se miraban unos a otros. Jia estaba conferenciando en voz baja con Robert y los representantes de los subterráneos. Helen seguía en pie, pero parecía como si Aline fuera todo lo que la sostenía.

El grupo del estrado se separó, y Robert Lightwood avanzó. Su rostro era tormentoso.

—Para que no haya discusión sobre la posibilidad de que la amistad personal de Jia con Helen Blackthorn pueda influir en su decisión, la Cónsul se ha recusado a sí misma. El resto hemos decidido que, como Helen ya tiene dieciocho años, la edad en la que muchos jóvenes cazadores de sombras son destinados a otros Institutos para aprender, a ella la destinaremos a la isla de Wrangel, para que estudie las salvaguardas.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Balogh inmediatamente.

—Por tiempo indefinido —contestó Robert, y Helen se hundió en su asiento, con Aline a su lado. Su rostro era una máscara de dolor y asombro. La isla de Wrangel era el centro de todas las salvaguardas que protegían el mundo, un puesto de prestigio en muchos sentidos, pero también era una minúscula isla en el helado Ártico, más al norte de Rusia, a miles de kilómetros de Los Ángeles.

—¿Es esto suficiente para vosotros? —preguntó Jia con voz helada—. ¿Señor Balogh? ¿Señora Sedgewick? ¿Debemos someterlo a votación? Todos aquellos a favor de asignar a Helen Blackthorn a un puesto en la isla de Wrangel hasta que se decida su lealtad, decid «sí».

Un coro de «sí» y un otro menor de «no», corrió por la sala. Emma no dijo nada, ni tampoco Jules; ambos eran demasiado jóvenes para votar. Emma le cogió la mano a Julian y se la apretó con fuerza. Tenía los dedos helados. Mostraba el aspecto de alguien que había recibido tantos golpes

que ya no quería levantarse. Helen sollozaba suavemente en brazos de Aline.

—Queda la cuestión de Mark Blackthorn —dijo Balogh.

—¿Qué cuestión? —preguntó Robert Lightwood, claramente exasperado—. ¡Al chico lo ha cogido la Cacería Salvaje! Aun suponiendo que fuéramos capaces de negociar su liberación, cosa en absoluto fácil, ¿no sería este un problema del que deberíamos ocuparnos entonces?

—Exactamente —contestó Balogh—. Mientras no negociemos su liberación, el problema se resuelve solo. De todas formas, es muy posible que el chico esté mejor con los de su especie.

El rostro redondo de Arthur Blackthorn palideció.

—No —dijo—. Mi hermano no habría querido eso. Habría querido que el chico estuviera en casa con su familia. —Hizo un gesto hacia Emma, Julian y el resto—. Ya les han arrebatado mucho. ¿Cómo podemos arrebatarles más?

—Estamos protegiéndolos —soltó Sedgewick—. De un hermano y una hermana que acabarán traicionándolos cuando pase el tiempo y se den cuenta de que su auténtica lealtad es hacia la corte. Todos los que estén a favor de abandonar permanentemente la búsqueda de Mark Blackthorn que digan «sí».

Emma cogió a Julian cuando este se encogió en su silla, Y se aproximó torpemente a su lado. Julian tenía todos los músculos rígidos y duros como el hierro, como si estuviera preparándose para una caída o un golpe. Helen se inclinó hacia él, susurrándole, con el rostro anegado de lágrimas. Cuando Aline pasó la mano por detrás de Helen para acariciar a Jules en la cabeza, Emma vio el anillo Blackthorn destellándole en el dedo. Mientras el coro de «sí» recorría la sala como una terrible sinfonía, el brillo hizo pensar a Emma en el resplandor de una señal de socorro en medio del mar, donde nadie podía verla, donde a nadie le importaba.

Si eso era la paz y la victoria, pensó Emma, quizá, a fin de cuentas, la guerra fuera mucho mejor.

Jace se dejó caer del lomo del caballo y alzó la mano para ayudar a bajar a Clary.

—Ya hemos llegado —dijo, y se volvió de cara al lago.

Se hallaban en una estrecha playa de rocas en el borde oriental del lago Lyn. No era la misma playa en la que Valentine había invocado al ángel Raziel, ni la misma en la que Jace había perdido la vida y la había vuelto a recuperar, pero Clary no había estado en un lago desde aquella vez, y verlo le provocó un intenso estremecimiento.

Era un lugar hermoso, de eso no había duda. El lago se perdía en la distancia, teñido con el color del cielo invernal, dibujado en plata, la superficie pulida y ondeada de modo que parecía un trozo de papel de metal ondulándose bajo el viento. Las blancas nubes estaban altas, y las colinas de alrededor parecían desnudas.

Clary avanzó hasta el borde del agua. Había pensado que su madre iba a ir con ella, pero en el último momento Jocelyn le dijo que no, aduciendo que hacía mucho tiempo que se había despedido de su hijo y que era el momento de que lo hiciera Clary. La Clave había quemado el cuerpo a petición de Clary. La incineración de un cadáver era un honor, y a los que morían en desgracia se los enterraba en un cruce de caminos, enteros y sin quemar, como había sido el caso de la madre de Jace. La incineración había sido más que un favor, pensaba Clary, había sido una manera infalible de que la Clave no dudara de que estaba muerto. Pero las cenizas de Jonathan jamás descansarían en la morada de los Hermanos Silenciosos. Nunca formarían parte de la Ciudad de Hueso, nunca sería un alma entre las almas de los nefilim.

No descansaría entre aquellos a los que había hecho asesinar, y eso, pensaba Clary, era justo. Los Oscurecidos habían sido incinerados y sus cenizas enterradas en un cruce de caminos cerca de Brocelind. Allí se elevaría un monumento, una necrópolis para recordar a aquellos que en un tiempo fueron cazadores de sombras, pero no habría ningún monumento

para recordar a Jonathan Morgenstern, a quien nadie quería recordar. Incluso Clary deseaba poder olvidar, pero nada era tan fácil.

El agua del lago era clara, con un ligero resplandor irisado, como una mancha de aceite. Lamió la punta de las botas de Clary cuando esta abrió la caja de plata que llevaba entre las manos. Dentro estaban las cenizas, un polvo gris salpicado de trocitos de hueso carbonizado. Entre las cenizas reposaba el anillo Morgenstern, brillante y plateado. Se lo habían colgado a Jonathan de una cadena al cuello al incinerarlo, y permanecía intacto, no afectado por el fuego.

—Nunca he tenido un hermano —dijo Clary—. No de verdad.

Notó que Jace le ponía la mano en la espalda, entre los omoplatos.

—Sí lo has tenido —repuso—. Tenías a Simon. Él era tu hermano en todos los sentidos que importan. Creció contigo, te defendió, luchó contigo y por ti, se ocupó de ti toda tu vida. Era el hermano que elegiste. Incluso si ahora se ha… ido, nada ni nadie te puede arrebatar eso.

Clary respiró hondo y tiró la caja tan lejos como pudo. Voló a bastante distancia sobre el agua irisada, con las oscuras cenizas dejando una estela tras ella como el chorro de un avión a reacción, y el anillo cayó con ellas, dando vueltas y vueltas, y enviando destellos plateados mientras caía y caía y desaparecía bajo las aguas.

—*Ave atque vale* —dijo Clary, y recitó todo el verso del antiguo poema—: *Ave atque vale in perpetuum, frater*. «Salve y adiós para siempre, hermano mío».

El viento del lago era frío. Lo notó en las mejillas heladas, y solo entonces se dio cuenta de que había estado llorando, y que el frío en la cara era por las lágrimas. Se había preguntado, desde que descubrió que Jonathan estaba vivo, por qué su madre había llorado cada uno de sus cumpleaños. ¿Por qué llorar, si lo odiaba? Pero ahora lo entendía. Su madre había llorado por el hijo que nunca tendría, por todos los sueños construidos al ir a tener un hijo, por sus fantasías de cómo sería ese chico. Y había llorado por el amargo destino que destruyó a ese niño antes incluso de haber nacido. E igual que Jocelyn había hecho durante todos esos años, Clary se quedó ante el Espejo Mortal y lloró por el hermano que jamás tendría, por

el chico que nunca había tenido una oportunidad de vivir. Y lloró también por los otros perdidos en la Guerra Oscura, y lloró por su madre y por la pérdida que había sufrido, y lloró por Emma y los Blackthorn, recordando cómo contuvieron las lágrimas cuando les explicó que había visto a Mark en los túneles de las hadas, y cómo ahora pertenecía a la Cacería, y lloró por Simon y por el agujero que le había dejado su ausencia en el corazón y porque iba a echarlo de menos todos los días hasta su muerte, y lloró por sí misma y por el destino que le había tocado, porque, a veces, incluso un cambio para mejor era como una pequeña muerte.

Jace permaneció a su lado mientras ella lloraba, y le cogió la mano en silencio, hasta que las cenizas de Jonathan se hundieron bajo el agua sin dejar ni rastro.

—No escuches —dijo Julian.

Emma lo miró mal. Vale, sí que oía las fuertes voces a través de la gruesa madera de la puerta de la oficina de la Cónsul, que solo estaba abierta una rendija. Y quizá sí que se había inclinado hacia la puerta atraída por esas voces, que casi podía entender pero no del todo. ¿Y? ¿No era mejor saber las cosas que no saberlas?

«¿Y qué?», articuló sin sonido a Julian, que la miró con una ceja alzada. A Julian no le gustaban demasiado las reglas, pero las obedecía. Emma pensaba que las reglas estaban para romperlas, o al menos para doblarlas un poco.

Además, estaba aburrida. Uno de los miembros del Consejo los había llevado hasta la puerta y los había dejado allí, al final del largo pasillo que casi ocupaba toda la longitud del Gard. Había tapices colgando en la entrada del despacho, deshilachados por el paso del tiempo. La mayoría de ellos mostraban pasajes de la historia de los cazadores de sombras: el Ángel alzándose del lago con los Instrumentos Mortales, el Ángel entregando el *Libro Gris* a Jonathan Cazador de Sombras, los Primeros Acuerdos, la batalla de Shanghai, el Consejo de Buenos Aires. Había también otro tapiz, pero este parecía nuevo y recién colgado. Mostraba al Ángel alzándose en

el lago, esta vez sin los Instrumentos Mortales. Un hombre rubio estaba de pie a la orilla del lago, y cerca de él, casi invisible, una chica menuda con cabello rojo sujetaba una estela…

—Algún día habrá un tapiz sobre ti —dijo Jules.

Emma lo miró.

—Tienes que hacer algo muy importante para que hagan un tapiz sobre ti. Como ganar una guerra.

—Tú podrías ganar una guerra —afirmó él con toda seguridad. Emma notó un tironcito en el corazón. Cuando Julian la miraba de esa manera, como si fuera brillante e increíble, el dolor en el corazón por la ausencia de sus padres disminuía un poco. Tener a alguien que se preocupara por ti de ese modo tenía algo que te hacía sentir que nunca estabas totalmente sola.

A no ser que decidieran apartarla de Jules, claro. Dejarla en Idris, o en uno de los Institutos en los que tenía parientes lejanos, en Inglaterra, o en China, o en Irán. De repente le entró el pánico, sacó la estela y se dibujó una runa de audio en el brazo antes de apoyar la oreja contra la puerta de madera, sin hacer caso de la mirada enfadada de Julian.

Pudo entender las voces. Primero reconoció la de Jia, y luego, al cabo de un instante, la segunda: la Cónsul estaba hablando con Luke Garroway.

—¿… Zachariah? Ya no es un cazador de sombras en activo —estaba diciendo Jia—. Se ha marchado hoy después de la reunión, diciendo que tenía que atar algunos cabos sueltos, y luego tenía una reunión urgente en Londres a principios de enero, algo a lo que no podía faltar.

Luke murmuró una respuesta que Emma no llegó a oír. No sabía que Zachariah se iba a marchar, y deseó haberle podido agradecer la ayuda que les había prestado la noche de la batalla. Y preguntarle cómo sabía que su segundo nombre era Cordelia.

Se apoyó más en la puerta y oyó a Luke a media frase.

—… debía comunicártelo a ti primero —estaba diciendo—. Tengo pensado renunciar a mi puesto de representante. Maia Roberts ocupará mi lugar.

Jia hizo una exclamación de sorpresa.

—¿No es un poco demasiado joven?

—Es muy capaz —contestó Luke—. Ni siquiera necesita mi respaldo…

—Es verdad —reconoció Jia—. Sin su aviso antes del ataque de Sebastian, habríamos perdido a muchos más cazadores de sombras de los que perdimos.

—Y como de ahora en adelante liderará la manada de Nueva York, tiene más sentido que sea ella la representante y no yo. —Suspiró—. Además, Jia, he perdido a mi hermana. Jocelyn ha perdido a su hijo… otra vez. Y Clary sigue destrozada por lo que ha pasado con Simon. Me gustaría poderle dedicar más tiempo a mi hija.

La voz de Jia sonó disgustada.

—Quizá no debería haberla dejado que intentara llamarlo.

—Tenía que saberlo —repuso Luke—. Es una gran pérdida. Aún tiene que asimilarlo. Tiene que llorarlo. Me gustaría estar ahí para ayudarla. Me gustaría casarme. Me gustaría estar con mi familia. Necesito retirarme.

—Bueno, tienes mi bendición, naturalmente —contestó Jia—. Aunque me habría ido bien tu ayuda para reabrir la Academia. Hemos perdido a muchos. Ha pasado mucho tiempo desde que la muerte se llevó a tantos nefilim. Debemos buscar entre los mundanos, encontrar a los que puedan Ascender, enseñarlos y entrenarlos. Habrá mucho que hacer.

—Y muchos que te ayuden a hacerlo. —El tono de Luke era inflexible.

Jia suspiró.

—Daré la bienvenida a Maia, no temas. Pobre Magnus, rodeado de mujeres.

—Dudo que le importe o se dé cuenta —contestó Luke—. Aunque debería decir que sabes que Magnus tiene razón, Jia. Abandonar la búsqueda de Mark Blackthorn, enviar a Helen Blackthorn a la isla Wrangel… ha sido de una crueldad desmedida.

Hubo un silencio.

—Lo sé —respondió luego Jia en voz baja—. ¿Crees que no sé lo que le he hecho a mi propia hija? Pero dejar que Helen se quedara… Vi el odio en mis cazadores de sombras y tuve miedo por Helen. Miedo por Mark, si llegábamos a encontrarlo.

—Bueno, yo vi la desesperación en los ojos de los niños Blackthorn —replicó Luke.

—Los niños son resistentes.

—Han perdido a su hermano y a su padre, y ahora los dejas para que los críe un tío al que solo han visto unas pocas veces…

—Llegarán a conocerlo; es un buen hombre. Diana Wrayburn ha pedido ser su tutora, también, y estoy tentada a darle el puesto. Se quedó muy impresionada por su valor…

—Pero no es su madre. Mi madre me dejó cuando yo era un niño —explicó Luke—. Se convirtió en una Hermana de Hierro. Cleophas. Nunca la he vuelto a ver. Amatis me crio. No sé lo que habría hecho sin ella. Era… todo lo que tenía.

Emma lanzó una rápida mirada a Julian para ver si lo había oído. Le pareció que no. Jules no estaba mirándola sino que tenía la mirada perdida en el vacío, sus ojos verde azul tan lejanos como el océano al que se parecían. Emma se preguntó si estaba recordando el pasado o temiendo el futuro. Deseó poder hacer retroceder el tiempo, recuperar a sus padres, devolverle a Jules a su padre y a Helen y a Mark, deshacer el daño sufrido.

—Siento lo de Amatis —dijo Jia—. Y me preocupan los niños Blackthorn, créeme. Pero siempre hemos tenido huérfanos; somos nefilim. Lo sabes tan bien como yo. En cuanto a la chica Carstairs, se quedará en Idris. Me preocupa que pueda ser un poco obstinada…

Emma abrió la puerta de un empujón. Esta cedió con más facilidad de lo que se esperaba y ella casi cayó al suelo. Oyó a Jules lanzar un gritito de sorpresa y luego seguirla y agarrarla por el cinturón de los pantalones para equilibrarla.

—¡No! —gritó Emma.

Tanto Jia como Luke se quedaron mirándola sorprendidos: Jia con la boca medio abierta y Luke empezando a sonreír.

—¿Un poco? —dijo mirando a Jia.

—Emma Carstairs —comenzó esta mientras se ponía en pie—. ¿Cómo te atreves…?

—¿Cómo te atreves tú?

Y Emma se quedó totalmente sorprendida de que hubiera sido Julian quien había hablado, sacando fuego por los ojos verde azules. En cinco segundos había pasado de ser un niño preocupado a ser un joven furioso, con el cabello castaño de punta y alborotado, como si también estuviera rabioso.

—¿Cómo te atreves a gritarle a Emma cuando fuiste tú la que lo prometiste? Prometiste que la Clave nunca abandonaría la búsqueda de Mark mientras estuviera vivo… ¡Lo prometiste!

Jia parecía avergonzada.

—Ahora está con la Cacería Salvaje —contestó—. No están vivos ni muertos.

—Así que lo sabías —replicó Julian—. Cuando lo prometiste sabías que tu promesa no significaba nada.

—Significaba salvar Idris —respondió Jia—. Lo siento. Os necesitábamos a los dos, y yo… —Parecía como si se estuviera ahogando con las palabras—. Habría cumplido mi promesa de haber podido. Si hubiera alguna manera… si se pudiera hacer… intentaría que se hiciera.

—Entonces, estás en deuda con nosotros —dijo Emma, y se plantó firmemente ante el escritorio de la Cónsul—. Nos debes una promesa rota. Así que tienes que hacer esto ahora.

—¿Hacer qué? —Jia parecía desconcertada.

—No me trasladaré a Idris. No lo haré. Mi sitio está en Los Ángeles.

Emma notó que Jules se quedaba helado a su espalda.

—Claro que no te van a trasladar a Idris —dijo—. ¿De qué estás hablando?

Emma señaló a Jia con un dedo acusador.

—Ella lo ha dicho.

—Rotundamente no —espetó Julian—. Emma vive en Los Ángeles; es su hogar. Se puede quedar en el Instituto. Eso es lo que hacen los cazadores de sombras. Se supone que el Instituto es un refugio.

—Tu tío será el director del Instituto —repuso Jia—. Es él quien decide.

—¿Y qué es lo que ha dicho? —quiso saber Julian, y detrás de esas pocas palabras había grandes sentimientos. Cuando Julian quería a alguien,

lo quería para siempre; cuando odiaba a alguien, lo odiaba para siempre. Emma tenía la sensación de que la cuestión de si iba a odiar a su tío para siempre dependía exactamente de la respuesta en ese momento.

—Ha dicho que la acogería —contestó Jia—. Pero, la verdad, creo que hay un puesto para Emma en la Academia de cazadores de sombras aquí en Idris. Tiene un talento excepcional. Aquí estaría con los mejores instructores, y hay muchos otros estudiantes que han perdido a sus familias y que podrían ayudarla con su dolor…

«Su dolor». De repente, a Emma se le llenó la cabeza de imágenes: las fotos de los cadáveres de sus padres en la playa, cubiertos de marcas. La evidente falta de interés de la Clave por descubrir qué les había ocurrido. Su padre inclinándose para besarla antes de irse hacia el coche en el que esperaba su madre. Sus risas en el viento.

—Yo he perdido familia —dijo Julian con los dientes apretados—. Yo puedo ayudarla.

—Tienes doce años —respondió Jia, como si eso lo explicara todo.

—¡No los tendré siempre! —gritó Julian—. Emma y yo nos conocemos desde siempre. Es como… es como…

—Vamos a ser *parabatai* —dijo Emma de repente, antes de que Julian pudiera decir que era como su hermana. Por alguna razón, no quería oír eso.

Todos abrieron los ojos sorprendidos, incluso Julian.

—Julian me lo ha pedido y yo le he dicho que sí —continuó Emma—. Tenemos doce años, edad suficiente para tomar esa decisión.

A Luke le brillaron los ojos al mirarla.

—No puedes separar a unos *parabatai* —recordó—. Va contra la Ley de la Clave.

—Tenemos que poder entrenar juntos —dijo Emma—. Hacer los exámenes juntos, realizar el ritual juntos…

—Sí, sí, ya lo entiendo —repuso Jia—. Muy bien. A tu tío no le importa, Julian, que Emma viva en el Instituto, y la institución de *parabatai* está por encima de cualquier otra consideración. —Miró a Emma y a Julian, al que le brillaban los ojos. Parecía feliz, realmente feliz, por primera vez en tanto tiempo que Emma casi ni podía recordar la última ocasión en que lo

había visto sonreír así—. ¿Estáis seguros? —añadió la Cónsul—. Convertirse en *parabatai* es un asunto muy serio, nada que se pueda tomar a la ligera. Es un compromiso. Tendréis que cuidar el uno del otro, protegeros mutuamente, preocuparos por el otro más que por vosotros mismos.

—Ya lo hacemos —contestó Julian en un tono de confidencia.

A Emma le costó un momento hablar. Aún veía la imagen de sus padres. En Los Ángeles estaba la respuesta a lo que les había ocurrido. Una respuesta que necesitaba. Si nadie vengaba sus muertes, sería como si nunca hubieran vivido.

Y tampoco era que no quisiera ser la *parabatai* de Jules. La idea de pasar toda la vida sin separarse de él, la promesa de que nunca estaría sola, acallaba la voz en el fondo de su cabeza que le susurraba: «Espera…».

Asintió con firmeza.

—Absolutamente —dijo al fin—. Estamos absolutamente seguros.

Idris era verde, dorado y rojizo en otoño, cuando Clary estuvo allí por primera vez. Y tenía un desnudo esplendor entrado el invierno, tan cerca de Navidad: las montañas se alzaban en la distancia, coronadas de nieve, y los árboles que flanqueaban el camino que llevaba a Alacante desde el lago estaban desnudos; sus ramas deshojadas formaban intrincados dibujos contra el brillante cielo.

Cabalgaron sin prisa. *Wayfarer* pisando el camino con ligereza; Clary detrás de Jace, rodeándole el torso con los brazos. De vez en cuando, Jace detenía el caballo para señalarle las mansiones de las familias más ricas de cazadores de sombras, escondidas de la vista cuando las copas de los árboles estaban cargadas de hojas, pero visibles en ese momento. Clary notó que a Jace se le tensaban los hombros cuando pasaron una cuyas piedras cubiertas de hiedra casi se fundían con el bosque que la rodeaba. Era evidente que había sido reconstruida después de arder hasta los cimientos.

—La mansión Blackthorn —dijo él—. Lo que significa que después de esa curva del camino está… —Se calló mientras *Wayfarer* ascendía una

pequeña colina, y luego Jace detuvo al caballo para que pudieran contemplar el lugar donde el camino se dividía en dos. Una dirección llevaba a Alacante, Clary podía ver las torres en la distancia; la otra bajaba hacia un gran edificio de pálida piedra dorada rodeado de un muro bajo—. La mansión Herondale —concluyó Jace.

El viento arreció, helado, y le revolvió el cabello a Jace. Clary se había subido la capucha, pero él llevaba la cabeza y las manos al aire, después de asegurarle que no le gustaba llevar guantes cuando cabalgaba. Le gustaba notar las riendas en las manos.

—¿Quieres ir a echar un vistazo? —preguntó ella.

El aliento le salió como una nubecilla blanca.

—No estoy seguro.

Ella se apretó contra él, temblando.

—¿Te preocupa haberte perdido la reunión del Consejo? —A ella sí, aunque iban a regresar a Nueva York al día siguiente y no había encontrado otro momento para esparcir las cenizas de su hermano en secreto. Había sido Jace quien había sugerido que cogieran el caballo de los establos y fueran al lago Lyn cuando casi todo el mundo en Alacante estaría en la Sala de los Acuerdos. Jace entendía lo que para ella representaba enterrar la idea de su hermano, aunque habría sido muy difícil explicárselo a alguien más.

Jace negó con la cabeza.

—Somos demasiado jóvenes para votar. Además, creo que se las pueden arreglar sin nosotros. —Frunció el ceño—. Tendríamos que allanarla —explicó—. La Cónsul me ha dicho que mientras quiera seguir llamándome Jace Lightwood, no tengo derecho legal a las propiedades de los Herondale. Ni siquiera tengo un anillo Herondale. No existe. Las Hermanas de Hierro tendrán que hacer uno nuevo. De hecho, cuando cumpla los dieciocho, perderé el derecho al nombre por completo.

Clary estaba inmóvil, cogida a su cintura. Había momentos en los que él quería hablar y que le preguntaran, y otros que no; este era uno de los segundos. Ya llegaría a ese punto por sí solo. Clary lo abrazó y respiró con calma hasta que de repente lo notó tensarse bajo sus manos y clavar los talones en los costados de *Wayfarer*.

El caballo descendió al trote por el camino que llevaba a la mansión. La verja, decorada con un motivo de hierro de pájaros en vuelo, estaba abierta, y el camino llevaba a una placita circular de gravilla en cuyo centro había una fuente de piedra que debía de llevar mucho tiempo seca. Jace dirigió al caballo hasta los amplios escalones que subían a la puerta principal y miró a las oscuras ventanas.

—Aquí fue donde nací yo —dijo—. Aquí fue donde murió mi madre y Valentine me arrancó de su cuerpo. Y Hodge me cogió y me escondió, para que nadie lo supiera. También era invierno.

—Jace… —Clary extendió las manos sobre el pecho del muchacho y notó los latidos de su corazón bajo los dedos.

—Creo que quiero ser un Herondale —dijo él de pronto.

—Entonces, sé un Herondale.

—No quiero traicionar a los Lightwood —repuso Jace—. Son mi familia. Pero me he dado cuenta de que si no adopto el apellido Herondale, desaparecerá conmigo.

—No eres responsable de…

—Lo sé —la interrumpió—. En la caja, la que me dio Amatis, había una carta de mi padre dirigida a mí. La escribió antes de que yo naciera. La he leído unas cuantas veces. Las primeras veces solo lo odié, aunque él decía que me quería. Pero había unas cuantas frases que no podía sacarme de la cabeza. Decía: «Quiero que seas mejor hombre de lo que yo lo he sido. No permitas que nadie te diga quién eres o quién debes ser». —Echó la cabeza hacia atrás, como si pudiera leer su futuro en las espirales de los aleros de la mansión—. Cambiarte el nombre no cambia tu naturaleza. Mira a Jonathan. Llamarse Sebastian no le sirvió para nada al final. Yo quería rechazar el nombre de Herondale porque creía odiar a mi padre, pero no lo odio. Puede que fuera débil y que tomara las decisiones equivocadas, pero lo sabía. No hay razón para que yo lo odie. Y antes de él ha habido generaciones de Herondale; es una familia que ha hecho muchas cosas buenas, y dejar que toda la casa desaparezca solo para vengarme de mi padre sería una tontería.

—Es la primera vez que te oigo mencionar a tu padre de esa manera —dijo Clary—. Normalmente solo te refieres a él como Valentine.

Notó que él suspiraba, y luego le cubrió las manos con las suyas. Tenía los dedos fríos, largos y finos, tan familiares, que ella los habría reconocido en la oscuridad.

—Quizá algún día vivamos aquí —dijo él—. Juntos.

Ella sonrió, sabiendo que él no podía verla, pero incapaz de evitarlo.

—¿Crees que me puedes conquistar con una casa elegante? —le bromeó—. No te des esos aires, Jace. Jace Herondale —añadió, y lo rodeó con los brazos en el frío.

Alec estaba sentado en el borde del tejado, con los pies colgando. Supuso que si cualquiera de sus padres volvía a la casa y miraba hacia arriba, lo vería y le gritaría que bajara, pero dudaba que Maryse o Robert regresaran pronto. Los habían convocado al despacho de la Cónsul después de la reunión y seguramente aún estaban allí. El nuevo tratado con los seres mágicos se acabaría de redactar a lo largo de la semana próxima, en la que ellos permanecerían en Idris mientras que el resto de los Lightwood regresaría a Nueva York y celebrarían el Año Nuevo sin ellos. Técnicamente, Alec dirigiría el Instituto durante esa semana. Le sorprendió descubrir que le hacía ilusión.

Las responsabilidades eran un buen modo de no pensar en otras cosas. Cosas como en el aspecto de Jocelyn al morir su hijo, o el modo en que Clary había tratado de apagar sus silenciosos sollozos contra el suelo cuando se dio cuenta de que habían regresado de Edom, pero sin Simon. La expresión en el rostro de Magnus, cargada de desesperación, al decir el nombre de su padre.

Perder a seres queridos era parte de ser cazador de sombras; era algo que cabía esperar, pero eso no había ayudado a Alec a sentirse mejor cuando vio el rostro de Helen en la Sala del Consejo al ser exilada a la isla de Wrangel.

—No podrías haber hecho nada. No te castigues. —La voz a su espalda era conocida. Alec cerró los ojos, tratando de calmarse antes de responder.

—¿Cómo has subido hasta aquí? —preguntó. Oyó el roce de la ropa mientras Magnus se sentaba junto a él en el borde del tejado. Alec se atrevió a lanzarle una mirada de soslayo. Solo había visto a Magnus dos veces, brevemente, desde que regresaron de Edom: una cuando los Hermanos Silenciosos les habían levantado la cuarentena, y otra ese mismo día, en la Sala del Consejo. Ninguna de esas veces habían podido hablar. Alec lo miró con un anhelo que supuso que no disimulaba muy bien. Magnus ya había recuperado su saludable color habitual después del aspecto exhausto que mostraba en Edom. Los hematomas también habían desaparecido, y volvía a tener los ojos brillantes, que le destellaban bajo el cielo del ocaso.

Alec recordó haber abrazado a Magnus en el reino demoníaco, después de encontrarlo encadenado, y se preguntó por qué las cosas eran siempre mucho más fáciles cuando creías que estabas a punto de morir.

—Debería haber dicho algo —dijo Alec—. Voté en contra de enviarla allí.

—Lo sé —repuso Magnus—. Tú y unos diez más. Fue aplastantemente a favor. —Negó con la cabeza—. La gente se asusta, y lo pagan con cualquiera que creen que es diferente. Es el mismo círculo que he visto miles de veces.

—Hace que me sienta tan inútil…

—Eres cualquier cosa menos inútil. —Magnus echó la cabeza hacia atrás, y recorrió el cielo con los ojos mientras las estrellas comenzaban a aparecer, una a una—. Me salvaste la vida.

—¿En Edom? —preguntó Alec—. Ayudé un poco, pero la verdad… tú te salvaste solo.

—No solo en Edom —replicó Magnus—. Era… Tengo casi cuatrocientos años, Alexander. Los brujos, cuando se hacen viejos, comienzan a calcificarse. Dejan de ser capaces de sentir, de querer, de excitarse o sorprenderse. Siempre me había dicho que eso nunca me pasaría a mí. Que intentaría ser mejor que Peter Pan, no hacerme nunca viejo, mantener siempre la capacidad de maravillarme. Pero durante los últimos veinte años he sentido que me estaba comenzando a pasar. No ha habido

nadie antes de ti durante mucho tiempo. Nadie a quien amara. Nadie que me sorprendiera o que me dejara sin aliento. Hasta que entraste en aquella fiesta, estaba comenzando a pensar que nunca volvería a sentir nada con intensidad.

Alec contuvo el aliento y se miró las manos.

—¿Qué estás diciendo? —Le temblaba la voz—. ¿Qué quieres, que volvamos juntos?

—Si tú quieres —contestó Magnus, y sonó inseguro, lo suficiente para que Alec lo mirara sorprendido. Magnus parecía muy joven, sus ojos grandes de color verde dorado, el cabello decorándole las sienes con toques de negro—. Si tú…

Alec se quedó sentado, inmóvil. Durante semanas había estado soñando despierto que Magnus le decía esas palabras, y ahora se las había dicho, y no se sentía como pensó que se iba a sentir. No estallaban fuegos artificiales en su pecho. Se sentía vacío y frío.

—No lo sé —contestó.

La luz murió en los ojos de Magnus.

—Bueno, entiendo que tú… No fui muy amable contigo.

—No —replicó Alec secamente—. No lo fuiste, pero supongo que es muy difícil romper con alguien de otro modo. La cuestión es que lamento lo que hice. Me equivoqué. Me equivoqué terriblemente. Pero la razón por la que lo hice no va a cambiar. No puedo seguir con mi vida sintiendo que no te conozco en absoluto. Tú siempre dices que el pasado es pasado, pero el pasado te ha hecho quien eres. Quiero saber de tu vida. Y si no estás dispuesto a contármela, entonces no debería estar contigo. Porque me conozco, y nunca conseguiré que no me importe. Así que no deberíamos volver a pasar por eso otra vez.

Magnus dobló las rodillas hasta el pecho. En el creciente ocaso, se lo veía desgarbado contra las sombras, todo piernas, brazos y delgados dedos relucientes de anillos.

—Te amo —dijo en voz baja.

—No… —repuso Alec—. No lo hagas. No es justo. Además… —miró hacia otro lado— dudo que yo haya sido el primero que te rompe el

corazón.

—Me han roto el corazón más veces de las que se ha infringido la Ley de la Clave que dice que los cazadores de sombras no deben tener romances con los subterráneos —bromeó Magnus, pero su voz sonaba tensa—. Alec… tienes razón.

Alec lo miró de reojo. No creía haber visto nunca tan vulnerable al brujo.

—No es justo para ti —continuó Magnus—. Siempre me he dicho que iba a estar abierto a nuevas experiencias, y cuando comencé a… endurecerme… me quedé parado. Pensé que lo había hecho todo bien, que no había cerrado mi corazón. Y luego pensé en lo que me dijiste, y me di cuenta de que estaba comenzando a morirme por dentro. Si nunca cuentas a nadie la verdad sobre ti, finalmente comienzas a olvidarla. El amor, el desengaño, la alegría, el desespero, lo que hice bueno, las cosas vergonzosas que he hecho… si me lo guardaba todo dentro, mis recuerdos comenzarían a desaparecer. Y luego, yo desaparecería.

—Yo… —Alec no sabía qué decir.

—Después de que rompiéramos, he tenido mucho tiempo para pensar —prosiguió Magnus—. Y he escrito esto. —Sacó una libreta del bolsillo interior de la chaqueta; una libreta corriente de espiral con rayas en el papel, y cuando el viento la abrió, Alec vio que las páginas estaban cubiertas de una escritura fina e inclinada. La letra de Magnus—. He escrito mi vida.

Alec abrió los ojos, sorprendido.

—¿Toda tu vida?

—No toda —respondió Magnus con cautela—. Pero algunos de los incidentes que me han hecho ser como soy. Cómo conocí a Raphael cuando él era muy joven —explicó Magnus, y su voz era triste—. Cómo me enamoré de Camille. La historia del hotel Dumort, aunque Catarina tuvo que ayudarme con eso. Algunos de mis primeros amores y algunos de los últimos. Nombres que quizá conozcas… Herondale…

—Will Herondale —dijo Alec—. Camille lo mencionó. —Cogió la libreta. Las delgadas páginas parecían tener pequeños bultos, como si

Magnus hubiera apretado mucho la pluma sobre el papel al escribir—. ¿Estuviste… con él?

Magnus rio y negó con la cabeza.

—No…, aunque hay un montón de Herondale en estas páginas. El hijo de Will, James Herondale, fue remarcable, y también su hermana Lucie, pero tengo que decir que Stephen Herondale me hizo alejarme de esa familia hasta que llegó Jace. Ese tipo era un borde. —Notó que Alec lo miraba, y añadió rápidamente—: Ningún Herondale. En realidad, ningún cazador de sombras.

—¿Ningún cazador de sombras?

—Ninguno en mi corazón como estás tú —contestó Magnus. Le dio unos toquecitos a la libreta—. Considera esto la primera entrega de todo lo que quiero contarte. No estaba seguro, pero esperaba… si tú querías estar conmigo como yo quiero estar contigo, que tomaras esto como prueba. Prueba de que estoy dispuesto a darte algo que jamás he dado a nadie: mi pasado, la verdad sobre mí. Quiero compartir mi vida contigo, y eso significa hoy, el futuro, y todo mi pasado, si lo quieres. Si me quieres.

Alec miró la libreta. Había algo escrito en la primera página, una inscripción que empezaba: «Querido Alec…».

Podía ver el camino ante sí con toda claridad. Podía devolverle la libreta y alejarse de Magnus, encontrar a otro, a algún cazador de sombras a quien amar, con quien estar, con quien compartir la camaradería de noches y días predecibles, la poesía diaria de la vida común.

O podía dar un paso hacia la nada y elegir a Magnus, la poesía mucho más extraña de él, su genialidad y su furia, sus malos humores y sus alegrías, las extraordinarias habilidades de su magia y la magia no mucho menos arrebatadora de su extraordinaria forma de amar.

No tenía mucho que pensar. Alec respiró hondo y tomó una decisión.

—Muy bien —dijo.

Como un rayo, Magnus se volvió hacia él en la oscuridad, todo energía contenida, pómulos y ojos brillantes.

—¿De verdad?

—De verdad —asintió Alec. Le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de Magnus. Un resplandor se iba despertando en el pecho de Alec, donde todo había sido oscuridad. Magnus le puso la mano bajo el mentón y lo besó, su caricia suave: un beso lento y tierno, un beso que prometía más después, cuando ya no estuvieran en un tejado y no pudieran ser vistos por cualquiera que pasara.

—Así que soy tu primer cazador de sombras, ¿eh? —dijo Alec cuando por fin se separaron.

—Eres mi primero en tantas cosas…, Alec Lightwood —contestó Magnus.

El sol se estaba poniendo cuando Jace dejó a Clary en casa de Amatis, la besó y se dirigió por el canal a casa del Inquisidor. Clary lo observó alejarse antes de volverse suspirando; se alegraba de marcharse al día siguiente.

Había cosas de Idris que le encantaban. Alacante era una de las ciudades más bonitas que había visto: en ese momento, sobre las casas veía el sol poniente refulgiendo en los claros tejados de las torres de los demonios. Las filas de casas a lo largo del canal quedaban suavizadas por la sombras, como siluetas de terciopelo. Pero resultaba muy triste estar en casa de Amatis sabiendo, con certeza, que ella nunca volvería.

En el interior, la casa estaba caliente y poco iluminada. Luke estaba sentado en el sofá leyendo un libro. Jocelyn se había quedado dormida a su lado, acurrucada con una mantita encima. Luke sonrió a Clary cuando esta entró, y le señaló la cocina, haciendo un gesto extraño que Clary tradujo como una indicación de que había comida, si la quería.

Ella asintió y subió la escalera de puntillas, para no despertar a su madre. Entró en su habitación sacándose el abrigo, y tardó un momento en darse cuenta de que había alguien más.

El dormitorio estaba helado, el aire frío entraba por la ventana medio abierta. En el alféizar estaba sentada Isabelle. Llevaba unas botas altas sobre los vaqueros; el pelo suelto, agitado por la brisa. Miró a Clary cuando esta entró y la recibió con una sonrisa tensa.

Clary fue a la ventana y se sentó junto a Izzy. Había espacio suficiente para las dos, aunque justo; la punta de sus zapatos rozaba la pierna de Izzy. Puso las manos sobre las rodillas y esperó.

—Lo siento —dijo Isabelle finalmente—. Seguramente debería haber entrado por la puerta principal, pero no quería tener que hablar con tus padres.

—¿Ha ido todo bien en la reunión del Consejo? —preguntó Clary—. ¿Ha ocurrido algo…?

Isabelle soltó una breve carcajada.

—Las hadas han aceptado los términos de la Clave.

—Bien, eso es bueno, ¿no?

—Quizá. Magnus parecía creer que no. —Isabelle resopló—. Es que… había cosas feas e irritantes que no cuadraban para nada. No parecía una victoria. Y envían a Helen Blackthorn a la isla de Wrangel, a «estudiar las salvaguardas». Mira tú. Quieren apartarla porque tiene sangre de hada.

—¡Eso es horrible! ¿Y qué pasa con Aline?

—Aline va a ir con ella. Se lo ha dicho a Alec —contestó Isabelle—. Un tío de los Blackthorn ha venido a hacerse cargo de los niños y de la chica, esa a la que le gustáis tú y Jace.

—Se llama Emma —dijo Clary, y empujó la pierna de Isabelle con la bota—. Podrías tratar de recordarlo. Nos ayudó.

—Sí, en estos momentos me cuesta un poco ser agradecida. —Isabelle se pasó las manos por las piernas cubiertas de tela vaquera y respiró hondo—. Sé que las cosas no podrían haber ido de ningún otro modo. Trato de imaginarme una alternativa, pero no se me ocurre nada. Tuvimos que ir tras Sebastian y tuvimos que salir de Edom, o todos habríamos muerto, pero añoro a Simon. Lo echo de menos constantemente, y he venido aquí porque eres la única que lo añora tanto como yo.

Clary se quedó parada. Isabelle estaba jugueteando con la piedra roja que le colgaba del cuello mientras miraba por la ventana con la clase de mirada fija que Clary ya conocía. Era la clase de mirada que decía: «Estoy intentando no llorar».

—Lo sé —repuso Clary—. Yo también lo echo de menos constantemente, solo que de otra manera. Es como si me despertara sin un brazo o una pierna, como si algo de lo que podía estar segura de que siempre estaría ahí, ahora ya no estuviera.

Isabelle seguía mirando por la ventana.

—Cuéntame la llamada —pidió.

—No sé. —Clary vaciló—. Fue mal, Iz. No creo que de verdad quieras…

—Cuéntame —insistió Isabelle con los dientes apretados, y Clary suspiró y asintió.

No era que no lo recordara, porque cada segundo de lo que había pasado se le había quedado grabado a fuego en la memoria.

Había sido tres días después de regresar, tres días en los que todos habían estado en cuarentena. Ningún cazador de sombras había sobrevivido a un viaje a una dimensión demoníaca, y los Hermanos Silenciosos querían estar totalmente seguros de que no había nada de magia negra en ellos. Habían sido tres días de Clary gritando a los Hermanos Silenciosos que quería su estela, que quería un Portal, que quería ver a Simon, que quería que alguien fuera a verlo y se asegurara de que estaba bien. No había visto a Isabelle ni a ninguno de los otros durante esos tres días, ni siquiera a su madre o a Luke, pero ellos también debían de haber gritado lo suyo, porque en el momento en que los Hermanos le habían dado el alta, un guardia había aparecido y la había conducido al despacho de la Cónsul.

Dentro, en el Gard, en lo alto de la colina, estaba el único teléfono que funcionaba en Alacante.

El brujo Ragnor Fell lo había encantado para que funcionara en algún momento del cambio de siglo, un poco antes del desarrollo de los mensajes de fuego. Había sobrevivido a varios intentos de retirada basados en la teoría de que podría interferir con las salvaguardas, aunque nunca había habido ningún indicio de que eso ocurriera.

La única persona en el despacho era Jia Penhallow, y le hizo un gesto a Clary para que se sentara.

—Magnus Bane me ha informado de lo que ha pasado con tu amigo Simon Lewis en los reinos demoníacos —dijo—. Quiero decirte que lamento tu pérdida.

—No está muerto —masculló Clary, apretando los dientes—. Al menos se supone que no. ¿Se ha molestado alguien en comprobarlo? ¿Ha verificado alguien si Simon está bien?

—Sí —contestó Jia, bastante inesperadamente—. Está bien. Vive en su casa con su madre y su hermana. Parece estar perfectamente. Ya no es un vampiro, claro, sino un simple mundano que lleva una vida muy corriente. Por las observaciones realizadas, parece que no tiene ningún recuerdo del Mundo de las Sombras.

Clary se encogió, y luego irguió los hombros.

—Quiero hablar con él.

Jia apretó los labios.

—Ya conoces la Ley. No puedes hablarle a un mundano del Mundo de las Sombras a no ser que corra peligro. No puedes revelar la verdad, Clary. Magnus me contó que el demonio que os liberó dijo lo mismo.

«El demonio que os liberó». Así que Magnus no mencionó que había sido su padre, aunque Clary no podía culparlo por ello. Ella tampoco revelaría su secreto.

—No le diré nada a Simon, ¿vale? Solo quiero oír su voz. Necesito saber que está bien.

Jia suspiró y le pasó el teléfono. Clary lo cogió mientras se preguntaba qué había que marcar para llamar fuera de Idris… Y ¿cómo pagarían las facturas del teléfono? Luego decidió que a la porra, que iba a marcar como si estuviera en Brooklyn. Si eso no funcionaba, ya pediría ayuda.

Se sorprendió al oír sonar el teléfono. Lo cogieron casi inmediatamente, y la voz de la madre de Simon contestó.

—¿Hola?

—Hola. —El auricular casi se le cayó a Clary de las manos. Tenía la palma húmeda de sudor—. ¿Está Simon?

—¿Qué? Oh, sí, está en su habitación —contestó Elaine—. ¿Quién le digo que llama?

Clary cerró los ojos.

—Clary.

Hubo un corto silencio.

—Perdona, ¿quién? —dijo luego Elaine.

—Clary Fray. —Notó el amargo sabor del metal en la garganta—. Vo… voy al Saint Xavier. Es por los deberes de literatura.

—¡Oh! Bueno, muy bien —repuso Elaine—. Voy a buscarlo. —Dejó el teléfono, y Clary esperó, esperó a que la mujer que había echado a Simon de casa y lo había llamado monstruo, que lo había dejado de rodillas vomitando sangre en la alcantarilla, fuera a ver si él quería coger una llamada, como un adolescente normal.

«No fue culpa de ella. Fue la Marca de Caín, que actuó sobre ella sin que lo supiera, que convirtió a Simon en un vagabundo, apartándolo de su familia», se dijo Clary, pero eso no contuvo el fuego de la rabia y la ansiedad que le corría por las venas. Oyó los pasos de Elaine al alejarse, el murmullo de voces, más pasos…

—¿Hola? —Era la voz de Simon, y Clary casi dejó caer el teléfono. El corazón se le iba a romper en pedazos. Podía imaginárselo con tanta claridad, delgado y con el cabello castaño, apoyado contra la mesa en el estrecho pasillo justo al otro lado de la puerta de entrada de los Lewis.

—Simon —dijo ella—. Simon, soy yo. Clary.

Cada palabra era como un pinchazo en la piel.

—Vamos a literatura juntos —explicó ella, y en cierto modo era verdad; habían ido juntos a la mayoría de las clases cuando Clary aún acudía a un colegio mundano—. Con el señor Price.

—Oh, vale. —No sonaba antipático, sino bastante alegre, aunque confuso—. Lo siento mucho. Tengo un bloqueo mental para los nombres y los rostros. ¿Qué pasa? Mi madre ha dicho que era algo sobre los deberes, pero creo que esta noche no tenemos deberes.

—¿Puedo preguntarte algo? —pidió Clary.

—¿Sobre *Historia de dos ciudades*? —Parecía divertido—. Mira, la verdad es que aún no lo he leído. Me gustan las cosas más modernas. *Catch-22, El guardián entre el centeno*, cualquier cosa que sea un poco más

rompedora, supongo. —Clary pensó que estaba flirteando un poco. Debía de haber pensado que ella lo llamaba de repente porque le gustaba. Alguna chica del instituto de la que ni siquiera sabía el nombre.

—¿Quién es tu mejor amigo? —preguntó ella—. Tu mejor amigo del mundo entero.

Hubo un momento de silencio, y luego Simon se echó a reír.

—Debí haberme imaginado que esto era por Eric —contestó él—. Bueno, si querías su número de teléfono se lo podrías haber pedido a él…

Clary colgó el teléfono y se quedó sentada mirándolo como si fuera una serpiente venenosa. Oyó la voz de Jia que le preguntaba si estaba bien, que le preguntaba qué había sucedido, pero Clary no contestó, solo apretó la mandíbula, totalmente decidida a no llorar delante de la Cónsul.

—¿No crees que quizá solo estuviera fingiendo? —le preguntó Isabelle en ese momento—. ¿Fingiendo que no sabía quién eres, ya sabes, porque podría ser peligroso?

Clary vaciló. La voz de Simon había sonado tan despreocupada, tan banal, tan completamente corriente. Nadie podía fingir eso.

—Estoy completamente segura —contestó—. No se acuerda de nosotros. No puede.

Izzy volvió a mirar por la ventana, y Clary vio claramente las lágrimas en sus ojos.

—Quiero decirte algo —comenzó Isabelle—. Y no quiero que me odies.

—No podría odiarte —le aseguró Clary—. Es imposible.

—Es casi peor que si estuviera muerto. Si estuviera muerto, podría llorarlo, pero no sé qué pensar. Está a salvo, está vivo, debería estar agradecida. Ya no es un vampiro, y él odiaba ser un vampiro. Debería alegrarme. Pero no me alegro. Me dijo que me amaba. Me dijo que me amaba, Clary, y ahora ni siquiera sabe quién soy. Si estuviera delante de él no me reconocería. Da la sensación de que nunca le importé. Nada de eso importó o sucedió. Nunca me amó. —Se secó la cara con rabia—. ¡Odio esto! —exclamó de repente—. Odio esta sensación, como si tuviera a alguien sentado en el pecho.

—¿La de añorar a alguien?

—Sí —contestó Isabelle—. Nunca pensé que lo sentiría por un chico.

—No un chico —corrigió Clary—. Simon. Y sí que te amaba. Y sí que importó. Quizá él no lo recuerde, pero yo sí. El Simon que vive ahora en Brooklyn, ese es el Simon que era hace seis meses. Y eso no es algo terrible. Era maravilloso. Pero cambió cuando lo conociste; se hizo más fuerte, y sufrió, y se volvió diferente. Y ese Simon fue del que te enamoraste y el que se enamoró de ti, y estás sufriendo por su pérdida, porque ese Simon ya no existe. Pero lo puedes mantener un poco vivo al recordarlo. Ambas podemos.

Isabelle profirió un sonido ahogado.

—Odio perder a gente —exclamó, y había un tono salvaje en su voz: la desesperación de alguien que ha perdido demasiado, demasiado joven—. Lo odio.

Clary le cogió la mano a Izzy, su delgada mano derecha, la que tenía la runa de visión sobre los nudillos.

—Lo sé —dijo Clary—. Pero recuerda también la gente que has ganado. Yo te he ganado a ti. Y eso lo agradezco. —Le apretó la mano, con fuerza y por un momento no tuvo respuesta. Luego Isabelle apretó los dedos contra los suyos. Permanecieron en silencio, sentadas en el alféizar, con las manos cogidas entre la escasa distancia que las separaba.

Maia se hallaba sentada en el sofá del apartamento, su apartamento, ahora. Ser la líder de la manada significaba tener un pequeño salario, y había decidido emplearlo para el alquiler, para mantener lo que una vez fue la casa de Jordan y Simon, para evitar que sus cosas fueran a parar a la calle por obra de un propietario enfadado por falta de pago. En algún momento acabaría por revisar sus pertenencias, guardaría lo que pudiera, escogería los recuerdos. Exorcizaría los fantasmas.

Sin embargo, ese día se contentaba con sentarse y mirar lo que le había llegado desde Idris en un pequeño paquete enviado por Jia Penhallow. La Cónsul ni siquiera le había dado las gracias por el aviso que Maia le había hecho llegar, aunque la aceptó sin discusión como la nueva líder

permanente de la manada de Nueva York. Su tono fue frío y distante. Envuelto en la carta había un sello de bronce, el sello del director del *Praetor Lupus*, el sello con el que la familia Scott siempre firmaba las cartas. Lo habían recuperado en las ruinas de Long Island. Una pequeña nota adjunta, con tres palabras escritas en la cuidada caligrafía de Jia, decía:

«Empezad de nuevo».

—Estaréis bien. Te lo prometo.

Probablemente era la enésima vez que Helen había dicho lo mismo, pensó Emma. Seguramente habría sido más efectivo si no sonara como que estaba tratando de convencerse a sí misma.

Helen casi había acabado de preparar el equipaje con las cosas que había llevado a Idris. Tío Arthur (le había dicho a Emma que también lo llamara así) prometió enviarle el resto. Él estaba esperando abajo con Aline para escoltar a Helen al Gard, donde atravesaría un Portal a la isla de Wrangel. Aline la seguiría la semana siguiente, después de los últimos tratados y votaciones en Alacante.

A Emma le sonaba aburrido, complicado y horrible. Lo único que sabía era que lamentaba haber pensado que Helen y Aline eran unas pavas. Helen no le parecía nada pava ahora, solo triste, con los ojos enrojecidos y las manos temblorosas mientras cerraba la cremallera de su bolsa y deshacía la cama.

Era una cama enorme, en la que podrían caber seis personas. Julian estaba sentado apoyado contra el cabezal a un lado, y Emma estaba en el otro. Podrían haber puesto al resto de la familia entre ellos, pensó Emma, pero Dru, los mellizos y Tavvy estaban dormidos en sus cuartos. Dru y Livvy habían llorado hasta dormirse; Tiberius había aceptado la noticia de la partida de Helen con confundida sorpresa, como si no supiera qué estaba pasando o cómo se suponía que debía responder. Al final le había estrechado la mano y deseado buena suerte con toda solemnidad, como si fuera un colega que partía en un viaje de negocios. Helen se había echado a

llorar. «Oh, Ty», gimió ella, y el niño se escabulló rápidamente con expresión horrorizada.

En ese momento, Helen se arrodilló para quedar a la altura de Jules.

—Recuerda lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

—Vamos a estar bien —repitió Jules.

Helen le apretó la mano.

—No me gusta nada dejaros —dijo ella—. Me encargaría de vosotros si pudiera. Lo sabes, ¿verdad? Me encargaría del Instituto. Os quiero mucho a todos.

Julian se revolvió como solo un niño de doce años podía hacerlo al oír la palabra «quiero».

—Lo sé —consiguió decir.

—La única razón por la que me voy es porque estoy segura de que estáis en buenas manos —explicó ella, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Te refieres al tío Arthur?

—Me refiero a ti —contestó, y Jules la miró sorprendido—. Sé que es mucho pedir —añadió—, pero también sé que puedo confiar en ti. Sé que puedes ayudar a Dru con sus pesadillas, y cuidar de Livia y Tavvy, y quizá hasta el tío Arthur pueda hacerlo también. Es un hombre bueno. Despistado, pero parece querer intentarlo… —Se le fue apagando la voz—. Pero Ty es… —Suspiró—. Ty es especial. Traduce el mundo de una forma diferente del resto. No todos pueden hablar su idioma, pero tú sí. Cuídalo por mí, ¿vale? Va a ser algo increíble. Solo que tenemos que evitar que la Clave descubra lo especial que es. No les gusta la gente diferente —concluyó, y su tono era amargo.

Julian se había incorporado y parecía preocupado.

—Ty me odia —dijo—. Se pelea conmigo todo el rato.

—Ty te quiere —le aseguró Helen—. Duerme con la abeja que tú le diste. Te observa todo el tiempo. Quiere ser como tú. Pero es… No resulta fácil —concluyó, sin saber cómo explicar lo que quería decir: que Ty tenía envidia del modo en que Julian se movía por el mundo, de la facilidad con que conseguía gustar a la gente, que lo que Julian hacía sin pensar era para

Ty como un truco de magia—. A veces no resulta fácil cuando quieres ser como alguien pero no sabes cómo hacerlo.

Un marcado ceño de confusión apareció en la frente de Julian, pero miró a Helen y asintió.

—Cuidaré de Ty —dijo—. Lo prometo.

—Bien. —Helen se puso en pie y le dio un rápido beso a Julian en la coronilla—. Porque es increíble y especial. Todos lo sois. —Sonrió a Emma por encima de la cabeza de Julian—. Y tú también, Emma —dijo, y la voz se le quebró al decir su nombre, como si fuera a llorar. Cerró los ojos, abrazó a Julian una vez más y salió corriendo de la habitación cogiendo la maleta y el abrigo al pasar. Emma la oyó correr escaleras abajo, y luego oyó la puerta principal cerrarse en medio de un murmullo de voces.

Emma miró a Julian. Este estaba sentado muy rígido, con la respiración agitada como si hubiera estado corriendo. Enseguida, ella le cogió la mano y le escribió sobre la palma: «¿Q-U-É-P-A-S-A?».

—Ya has oído a Helen —contestó él en voz baja—. Confía en mí para cuidarlos. Dru, Tavvy, Livvy, Ty. Toda mi familia, básicamente. Voy a ser… Tengo doce años, Emma, y ¡voy a tener cuatro hijos!

Ansiosa, Emma comenzó a escribir: «N-O-V-A-S…».

—No tienes por qué hacer esto —la interrumpió él—. No es como si algún padre pudiera oírnos. —Era raro en Julian decir algo tan sarcástico, y Emma tragó saliva con fuerza.

—Lo sé —contestó esta finalmente—. Pero me gusta tener un lenguaje secreto contigo. Quiero decir, ¿con quién más podemos hablar de todo esto, si no hablamos entre nosotros?

Julian se dejó caer contra el cabezal y se volvió para mirarla.

—La verdad es que no conozco al tío Arthur en absoluto. Solo lo he visto en vacaciones. Sé que Helen dice que ella sí y que es un hombre estupendo y todo eso, pero son mis hermanos. Yo los conozco, él no. —Apretó los puños—. Yo cuidaré de ellos. Me aseguraré de que tengan todo lo que quieran y que nunca les vuelvan a quitar nada.

Emma le cogió el brazo, y esta vez él cedió y entrecerró los ojos mientras ella le escribía en la muñeca con el dedo índice: «Y-O-T-E-A-Y-U-

D-A-R-É».

Él le sonrió, pero Emma podía notar la tensión en sus ojos.

—Sé que lo harás —dijo él, y le cubrió la mano con la suya—. ¿Sabes lo último que me dijo Mark antes de que se lo llevaran? —le preguntó, y se recostó aún más en el cabezal. Parecía absolutamente exhausto—. Me dijo: «Quédate con Emma». Así que nos quedaremos juntos. Porque eso es lo que hacen los *parabatai*.

Emma notó que se quedaba sin aire. *Parabatai*. Eso eran palabras mayores, para los cazadores de sombras, una de las mayores; incluía una de las emociones más intensas que se pudieran tener, y el compromiso más significativo que se podía establecer con otra persona que no tuviera que ver con el amor romántico o el matrimonio.

Emma habría querido decírselo a Jules cuando regresaron a la casa; habría querido decirle que, de algún modo, cuando había soltado de pronto, en el despacho de la Cónsul, que iban a ser *parabatai*, había sido por algo más que querer ser su *parabatai*.

«Díselo —le dijo una vocecita en la cabeza—. Dile que lo has hecho porque necesitabas quedarte en Los Ángeles; dile que lo has hecho porque necesitas averiguar lo que les pasó a tus padres. Porque quieres vengarte».

—Julian —dijo en voz baja, pero él no se movió. Tenía los ojos cerrados, las largas pestañas le rozaban las mejillas. La luz de la luna que entraba por la ventana lo recortaba en blanco y plata. Los huesos del rostro se le comenzaban a afilar, a perder la suavidad de la infancia.

De repente, Emma pudo imaginarse cuál sería su aspecto cuando fuera mayor, más ancho de espaldas y larguirucho, un Julian adulto. Iba a ser apuesto, pensó; tendría a todas las chicas encima, y quizá alguna lo apartaría de ella para siempre, porque Emma sería su *parabatai*, y eso significaba que nunca podría ser una de esas chicas. Nunca podría amarlo de ese modo.

Jules murmuró y se removió, profundamente dormido. Tenía el brazo estirado, los dedos casi tocaban el hombro de Emma. Llevaba la manga arremangada hasta el codo. Emma estiró la mano y escribió con cuidado en el antebrazo, donde la piel era más pálida y tierna, todavía sin cicatrices.

«L-O-S-I-E-N-T-O-M-U-C-H-O-J-U-L-E-S», escribió, y luego se sentó, conteniendo la respiración, pero él no lo notó y no se despertó.

EPÍLOGO

LA BELLEZA DE MIL ESTRELLAS

Mayo, 2008

El aire comenzaba a mostrar la cálida promesa del verano: el sol brillaba, caluroso y resplandeciente, en la esquina de la calle Carroll con la Sexta Avenida, y los árboles que flanqueaban el edificio de piedra marrón estaba cargados de hojas verdes.

Clary se había sacado la chaqueta de camino al metro, y estaba en vaqueros y un top frente a la entrada de Saint Xavier, contemplando la puerta abrirse y a los alumnos salir en manada hacia la calle.

Isabelle y Magnus estaban apoyados en el árbol que tenían enfrente; Magnus con una chaqueta de terciopelo y vaqueros, e Isabelle con un corto vestido plateado de fiesta que dejaba ver sus Marcas. Clary supuso que sus propias Marcas también serían muy visibles: en los brazos; en el vientre, que el top dejaba al descubierto, y en la nuca. Algunas permanentes, otras temporales. Todas la marcaban como diferente; no solo diferente de los estudiantes que rondaban por la entrada del instituto, intercambiando despedidas, haciendo planes para ir al parque o encontrarse después en Java Jones, sino diferente de la persona que había sido antes. La persona que una vez fue una de ellos.

Una mujer de más edad con un caniche y un sombrerito silbaba caminando por la calle bajo el sol. El caniche fue hacia el árbol donde se apoyaban Isabelle y Magnus; la mujer se detuvo, todavía silbando. Isabelle, Clary y Magnus le resultaban totalmente invisibles.

Magnus lanzó una feroz mirada al caniche, y este se apartó con un gemido, medio arrastrando a su dueña por la calle. Magnus los miró.

—Los *glamour* de invisibilidad tienen sus pegas —comentó.

Isabelle esbozó una sonrisa torcida, que desapareció casi inmediatamente. Cuando habló, su voz estaba cargada de tensión contenida.

—Ahí está.

Clary volvió la cabeza al instante. La puerta del instituto se había abierto de nuevo, y tres chicos estaban bajando la escalera. Los reconoció desde el otro lado de la calle. Kirk, Eric y Simon. Eric y Kirk no habían cambiado nada; notó que la runa de visión distante que tenía en el brazo chispeaba mientras les pasaba la mirada por encima. Miró a Simon, absorbiendo cada detalle.

En diciembre lo había visto por última vez, pálido, sucio y ensangrentado, en el reino de los demonios. Ahora estaba haciéndose mayor, ya no seguía congelado en el tiempo. El pelo le había crecido. Le caía sobre la frente y lo llevaba largo por la nuca. Tenía color en las mejillas. Estaba parado con un pie en el último escalón, su cuerpo delgado y anguloso como siempre, quizá un poco más relleno de lo que lo recordaba. Llevaba una camisa azul desvaído que tenía hacía años. Se subió las gafas de montura cuadrada mientras hacía animados gestos con la otra mano, en la que sostenía unos papeles enrollados.

Sin apartar los ojos de él, Clary sacó la estela del bolsillo y se dibujó en el brazo, para cancelar las runas de *glamour*. Oyó a Magnus mascullar algo sobre tener más cuidado. Si alguien hubiera estado mirando, la habrían visto aparecer de pronto entre los árboles. Pero nadie parecía haberla visto, y Clary se volvió a meter la estela en el bolsillo. Le temblaba la mano.

—Buena suerte —dijo Isabelle sin preguntarle qué estaba haciendo. Clary supuso que era evidente. Isabelle seguía apoyada en el árbol; se la veía tensa, con la espalda muy recta. Magnus estaba ocupado dando vueltas

al anillo de topacio que llevaba en la mano izquierda. Le hizo un guiño a Clary cuando esta bajó de la acera.

Isabelle nunca iría a hablar con Simon, pensó Clary, mientras cruzaba la calle. Nunca se arriesgaría a recibir una mirada sin expresión, la falta de reconocimiento. Nunca soportaría la prueba de haber sido olvidada. Clary se preguntó si ella sería algo masoquista por lanzarse directamente a eso.

Kirk se había marchado, pero Eric la vio antes que Simon. Clary se tensó un instante, pero era evidente que a él también le habían borrado todo recuerdo de ella. Le lanzó una mirada confusa y admirada; era evidente que se preguntaba si se estaba acercando a él. Clary asintió con la cabeza y señaló a Simon con la barbilla. Eric enarcó una ceja y le dio a Simon una palmada en el hombro antes de quitarse de en medio.

Este se volvió hacia Clary, y ella sintió como si le dieran un puñetazo en el estómago. Simon sonreía, el cabello castaño le caía sobre el rostro. Con la mano libre, se lo echó para atrás.

—Hola —dijo ella, y se detuvo ante él—. Simon.

Este la miró con los ojos cargados de duda.

—¿Nos… nos conocemos?

Clary se tragó la repentina amargura que notó en la boca.

—Antes éramos amigos —contestó, y luego se lo aclaró—. Hace mucho tiempo. En primaria.

Simon alzó una ceja con expresión de duda.

—Debo de haber sido un niño de seis años muy encantador, si aún te acuerdas de mí.

—Me acuerdo de ti —repuso ella—. Recuerdo a tu madre, Elaine, y también a tu hermana, Rebecca. Rebecca nos dejaba jugar con su Tragabolas, pero tú te comiste todas las canicas.

Simon se había quedado pálido bajo su leve bronceado.

—¿Cómo lo…? Sí que pasó, pero yo estaba solo —dijo, y su voz pasó de expresar perplejidad a otra cosa.

—No, no estabas solo. —Clary buscó en sus ojos, deseando que recordara, que recordara algo—. Ya te digo que éramos amigos.

—Es que… supongo que no… no me acuerdo —repuso lentamente, aunque había sombras, una oscuridad en sus ojos ya oscuros que dio que pensar a Clary.

—Mi madre se va a casar —dijo ella—. Esta noche. Lo cierto es que me dirigía hacia allí.

Él se frotó la sien con la mano libre.

—¿Y necesitas un acompañante para la boda?

—No, ya tengo uno. —No pudo decir si Simon estaba decepcionado o aún más confundido, como si la única razón lógica que podía imaginar para que ella le estuviera hablando acabara de desaparecer. Clary notó que le ardían las mejillas. De algún modo, ponerse en esa situación tan comprometida era peor que enfrentarse a una horda de demonios husa en Glick Park (y debía de saberlo mejor que nadie; lo había hecho la noche anterior)—. Es que… es que mi madre y tú erais muy buenos amigos. He pensado que lo debías saber. Es un día importante, y si las cosas fueran como deberían ser, tú estarías allí.

—Yo… —Simon tragó saliva—. ¿Perdona?

—No es culpa tuya —repuso Clary—. Nunca fue culpa tuya. Nada de todo esto. —Se puso de puntillas, con los ojos ardiéndole de lágrimas contenidas, y le dio un rápido beso en la mejilla—. Sé feliz —le dijo, y se dio la vuelta. Pudo ver las siluetas borrosas de Isabelle y Magnus esperándola al otro lado de la calle.

—¡Espera!

Clary se volvió. Simon corrió tras ella. Le tendía algo. Un *flyer*, que había sacado del rollo que llevaba en la mano.

—Mi grupo… —dijo, como medio disculpándose—. Deberías venir a vernos… alguna vez.

Clary cogió la octavilla con un silencioso gesto de la cabeza y corrió al otro lado de la calle. Lo notaba mirándola, pero no podía soportar la idea de volverse y ver la expresión de su rostro: tanto de confusión como de pena.

Isabelle se despegó del árbol cuando Clary fue corriendo hacia ellos. Bajó el ritmo solo para coger la estela y volverse a dibujar la runa de *glamour* en el brazo; le dolió, pero agradeció esa punzada.

—Tenías razón —le dijo a Magnus—. Esto ha sido una tontería.

—No dije que fuera una tontería. —Abrió las manos separando los dedos—. Dije que no te recordaría. Dije que debías hacerlo solo si aceptabas el resultado.

—Nunca lo aceptaré —soltó Clary, y luego respiró hondo, con rabia—. Lo siento —dijo—. Lo siento. No es tu culpa, Magnus. Izzy, para ti esto tampoco habrá sido divertido. Te agradezco que hayas venido conmigo.

Magnus se encogió de hombros.

—No tienes de qué disculparte, bomboncito.

Los oscuros ojos de Isabelle miraron a Clary, y esta le tendió la mano.

—¿Qué es eso?

—Propaganda de su grupo —contestó Clary. Izzy lo cogió arqueando una ceja—. No puedo mirarlo. Solía ayudarlo a copiarlos y repartirlos... —Hizo una mueca de pena—. No importa. Quizá después me alegre de haber venido. —Esbozó una sonrisa insegura y se volvió a poner la chaqueta—. Me voy. Os veo en la granja.

Isabelle vio partir a Clary, una pequeña forma subiendo por la calle que pasaba totalmente desapercibida por los otros peatones. Luego miró el *flyer* que tenía en la mano.

SIMON LEWIS, ERIC HILCHURCH, KIRK
DUPLESSE Y MATT CHARLTON

«LOS INSTRUMENTOS MORTALES»
19 DE MAYO, PROSPECT PARK BAND SHELL
¡¡¡ENTREGANDO ESTE *FLYER*,
TENDRÁS UN DESCUENTO DE 5 DÓLARES
EN EL PRECIO DE TU ENTRADA!!!

A Isabelle se le atragantó el aire en la garganta.

—Magnus.

Este había estado observando marcharse a Clary. Al oír a Isabelle se volvió, y su mirada cayó sobre el *flyer*. Ambos se lo quedaron mirando.

Magnus soltó un silbido.

—¿Los Instrumentos Mortales?

—El nombre de su grupo. —El papel tembló en la mano de Isabelle—. Vale, Magnus, tenemos que… Dijiste que si recordaba algo…

Magnus miró hacia donde se había ido Clary, pero ya no se la veía.

—Muy bien —repuso—. Pero si no funciona, si él no quiere, no podemos decírselo nunca a Clary.

Isabelle estaba arrugando el papel al mismo tiempo que sacaba la estela con la otra mano.

—Lo que tú digas. Pero al menos tenemos que intentarlo.

Magnus asintió, con sombras persiguiendo sombras en sus ojos verde dorado. Isabelle sabía que estaba preocupado por ella, que temía que sufriera, que se decepcionara, y ella quería estar enfadada con él y al mismo tiempo agradecida.

—Lo haremos.

Otro día raro, pensaba Simon. Primero la chica tras el mostrador del Java Jones, que le había preguntado dónde estaba su amiga, la chica guapa que siempre iba con él y pedía café solo. Simon se quedó sorprendido; no tenía ninguna amiga muy íntima, y ninguna cuyas preferencias en café pudiera conocer. Cuando le dijo a la camarera que debía de estar confundiéndolo con otra persona, ella lo miró como si estuviera loco.

Y luego la chica pelirroja que se había acercado a él en la puerta de Saint Xavier.

La puerta del instituto ya estaba desierta. Se suponía que Eric iba a llevarlo a casa en el coche, pero desapareció cuando la chica se había acercado a Simon, y luego no volvió a aparecer. Estaba bien que Eric pensara que podía ligar con chicas con tal facilidad, pensó Simon, pero era un fastidio cuando eso significaba que iba a tener que coger el metro para regresar a casa.

Simon ni siquiera había pensado en tirarle los tejos. Parecía tan frágil, a pesar de los tatuajes de dura que le cubrían los brazos y la clavícula. Quizá estuviera loca, las pruebas apuntaban en esa dirección, pero sus ojos negros le parecieron enormes y tristes al mirarlo; le habían recordado a sí mismo, el día del funeral de su padre. Como si algo le hubiera hecho un agujero en las costillas y le hubiese estrujado el corazón. Una pérdida así… No, ella no había estado tratando de ligárselo. Creía de verdad que, en un tiempo, habían sido importantes el uno para el otro.

Quizá sí la hubiera conocido, pensó. Tal vez era algo que había olvidado, ¿quién se acordaba de los amigos del parvulario? Y sin embargo, no podía sacarse de encima la imagen de la chica, y no triste, sino sonriendo y con la cabeza vuelta hacia él, con algo en la mano… ¿Un dibujo? Negó con la cabeza, frustrado. La imagen desapareció como un pececillo escapándose del anzuelo.

Trató de recordar desesperadamente. En los últimos tiempos se había encontrado haciéndolo muchas veces. Trocitos de recuerdos se le pasaban por la cabeza, fragmentos de poesía que no sabía cómo había aprendido, voces que creía recordar, sueños de los que se despertaba temblando y sudando y que era incapaz de recordar. Sueños de paisajes desiertos, de ecos, del sabor de la sangre, de un arco y una flecha en las manos (había aprendido a tirar con arco en el campamento de verano, pero nunca le había interesado mucho, así que ¿por qué soñaba con eso?). No ser capaz de volverse a dormir, la dolorosa sensación de que le faltaba algo, no sabía qué pero algo, como un peso en el pecho. Lo había achacado a demasiadas sesiones de D&M hasta altas horas de la noche, al estrés del último año en el instituto y a la preocupación por a qué universidad ir. Como decía su madre, cuando uno empezaba a preocuparse por el futuro, comenzaba a obsesionarse con el pasado.

—¿Hay alguien sentado aquí? —dijo una voz. Simon alzó la mirada y vio a un hombre alto con el pelo de punta de pie ante él. Llevaba un *blazer* de terciopelo de una escuela preparatoria con un escudo bordado con hilo brillante, y al menos una docena de anillos. Había algo raro en sus facciones…

—¿Qué? Ah, no —contestó Simon, y se preguntó cuántos desconocidos iban a acercársele ese día—. Puedes sentarte, si quieres.

El hombre miró hacia abajo e hizo una mueca.

—Veo que muchas palomas se han aliviado en esta escalera —comentó—. Me quedaré de pie, si no es demasiado grosero.

Simon negó con la cabeza sin decir nada.

—Soy Magnus. —Sonrió, y mostró unos cegadores dientes blancos—. Magnus Bane.

—¿Por casualidad fuimos amigos hace tiempo? —preguntó Simon—. Solo por curiosidad.

—No. Nunca llegamos a llevarnos muy bien —contestó Magnus—. ¿Conocidos hace tiempo? ¿Compadres? A mi gato le caías bien.

Simon se pasó la mano por la cara.

—Creo que me estoy volviendo loco —comentó a nadie en concreto.

—Bueno, entonces no tendrás problemas con lo que te voy a contar. —Magnus volvió la cabeza hacia un lado—. ¿Isabelle?

De la nada, apareció una chica. Quizá la chica más guapa que Simon había visto nunca. Tenía una larga melena negra que le caía sobre un vestido plateado y le hacía querer escribir malas canciones sobre noches estrelladas. También llevaba tatuajes: los mismos que la otra chica, negros y curvados, cubriéndole los brazos y las piernas.

—Hola, Simon —dijo ella.

Simon se la quedó mirando. Estaba totalmente más allá de lo que jamás había imaginado que una chica con ese aspecto pronunciara su nombre de esa manera. Como si fuera el único nombre importante. El cerebro le petardeó hasta detenerse, como un coche viejo.

—¿Ehmm? —farfulló.

Magnus extendió una mano de largos dedos y la chica le puso algo en ella. Un libro, encuadernado en cuero blanco con el título en letras doradas. Simon no llegó a ver las palabras, pero estaban trazadas en una elegante caligrafía.

—Eso —dijo Magnus—. Es un libro de hechizos.

No parecía haber una respuesta para eso, así que Simon no intentó buscarla.

—El mundo está lleno de magia —explicó Magnus, y los ojos le brillaron—. Demonios y ángeles, licántropos, hadas y vampiros. Tú antes sabías todo esto. Tenías magia, pero te la arrebataron. La idea era que vivieras el resto de tu vida sin ella, sin recordarla. Que olvidaras a la gente que querías, si sabían que existe la magia. Que pasaras el resto de tu vida de una forma corriente. —Le dio la vuelta al libro con sus finos dedos, y Simon captó un vistazo del título en latín. Al verlo, algo en él lanzó una chispa de energía por todo su cuerpo—. Y se podría decir algo a favor de eso, de ser aliviado de la carga de la grandeza. Porque tú eras grande, Simon. Eras un vampiro diurno, un guerrero. Salvaste vidas y mataste demonios, y la sangre de los ángeles pasaba por tus venas como la luz del sol. —Magnus estaba sonriendo, un poco maníaco—. Y no sé, pero me resulta un poco fascista quitarte todo eso.

Isabelle se echó la negra melena hacia atrás. Algo le brilló en la base del cuello. Un rubí. Simon sintió la misma chispa de energía, con más fuerza esta vez, como si su cuerpo ansiara algo que su mente no podía recordar.

—¿Fascista? —repitió ella.

—Sí —contestó Magnus—. Clary nació especial. A Simon le implantaron su ser especial. Se adaptó porque el mundo no se divide entre lo especial y lo corriente. Todo el mundo tiene el potencial de ser extraordinario. Mientras tengas un alma y libre albedrío, puedes ser cualquier cosa, hacer cualquier cosa, elegir cualquier cosa. Simon debería poder elegir.

Simon tenía la garganta reseca.

—Lo siento —dijo—, pero ¿de qué estás hablando?

Magnus tocó el libro que tenía en las manos.

—He estado buscando una manera de revertir este hechizo, esa maldición que te impusieron —explicó, y Simon estuvo a punto de replicar que él no estaba maldito, pero se calló—. Esa cosa que te hizo olvidar. Luego se me ocurrió. Debería habérseme ocurrido mucho antes, pero siempre han sido tan estrictos en eso de las Ascensiones… Tan

puntillosos… Pero luego Alec me lo mencionó: están desesperados por conseguir nuevos cazadores de sombras. Han perdido tantos en la Guerra Oscura que sería fácil. Tenemos mucha gente que respondería por ti. Podrías ser un cazador de sombras, Simon. Como Isabelle. Yo puedo hacer un poco con este libro; no lo puedo arreglar por completo, y no puedo hacer que vuelvas a ser lo que eras antes, pero puedo prepararte para que puedas Ascender, y cuando lo hagas, cuando seas un cazador de sombras, él no te podrá tocar. Tendrás la protección de la Clave, y la regla de no hablarte sobre el Mundo de las Sombras ya no importará.

Simón miró a Isabelle. Era casi como mirar al sol, pero el modo en que ella lo miraba lo hacía más fácil. Era como si sus ojos le dijeran que lo había estado añorando, aunque él sabía que eso no era posible.

—¿Realmente existe la magia? —preguntó—. Vampiros, licántropos, encantadores…

—Brujos —corrigió Magnus.

—¿Y todo eso existe?

—Existe —afirmó Isabelle. Su voz era dulce, un poco ronca y… familiar. De repente, Simon recordó el olor del sol y de las flores, un gusto a cobre en la boca. Vio paisajes desiertos extendiéndose bajo un sol endemoniado, y una ciudad con torres que relucían como si estuvieran hechas de hielo y cristal—. No es ningún cuento de hadas, Simon. Ser cazador de sombras significa ser un guerrero. Es peligroso, pero si es lo que quieres, es maravilloso. Yo no habría querido ser otra cosa.

—Tú decides, Simon Lewis —dijo Magnus—. Continuar con la existencia que llevas, ir a la universidad, estudiar música, casarte. Vivir tu vida. O… puedes tener una incierta vida de sombras y peligro. Puedes tener el placer de leer historias de acontecimientos increíbles, o puedes ser parte de esa historia. —Se acercó más a él, y Simon vio la luz destellar en sus ojos. Eran verde dorado y con las pupilas verticales de un gato. No eran ojos humanos—. Tú eliges.

Siempre sorprendía que los licántropos tuvieran tanto gusto para los arreglos florales, pensó Clary. La antigua manada de Luke, que ahora lideraba Maia, se había volcado en la decoración de los terrenos de la granja, donde tenía lugar la recepción, y el viejo granero en el que se había celebrado la ceremonia. La manada había cubierto toda la estructura. Clary recordaba haber jugado con Simon en el viejo pajar que crujía, la cuarteada pintura saltándose, los irregulares tablones del suelo. Todo había sido lijado y tenía un nuevo acabado, y el edificio brillaba con el suave resplandor de la madera vieja. Y alguien había empleado el sentido del humor: las vigas estaban envueltas en guirnaldas de lupino salvaje.

Grandes jarrones de madera contenían espadañas, plumeros amarillos y lilas. El ramo de Clary era de flores silvestres, aunque se había puesto un poco mustio de tenerlo agarrado durante tantas horas. Toda la ceremonia había transcurrido como algo impreciso: los votos, las flores, la luz de las velas, el rostro feliz de su madre, el brillo en los ojos de Luke. Al final, Jocelyn había pasado de llevar un vestido elegante y se había puesto en un sencillo vestido de verano blanco y se había recogido el cabello en un revuelto moño con, sí, otro lápiz de color clavado en él para sujetarlo. A Luke, muy elegante en su traje de color gris paloma, no había parecido importarle.

En ese momento, los invitados estaban departiendo. Varios hombres lobo estaban quitando las filas de sillas con mucha eficiencia y apilando los regalos en una larga mesa. El regalo de Clary, un retrato que había pintado de su madre y Luke, colgaba de una pared. Había disfrutado haciéndolo; le había encantado volver a tener entre las manos los pinceles y las pinturas, dibujar no solo para hacer runas, sino para hacer algo bonito de lo que alguien pudiera disfrutar.

Jocelyn estaba ocupada abrazando a Maia, a la que parecía divertirle el entusiasmo de aquella. Bat charlaba con Luke, que parecía atontado por el acontecimiento. Clary sonrió en su dirección y salió sigilosamente del granero al camino de fuera.

La luna estaba alta, y rielaba en el lago al pie de los prados, envolviendo la granja en un plateado resplandor. Se habían colgado farolillos en los árboles, que se mecían bajo la suave brisa. Los senderos estaba flanqueados de cristalitos brillantes, una de las contribuciones de Magnus, y por cierto… ¿dónde estaba Magnus? Clary no lo había visto entre el gentío de la ceremonia, aunque sí había visto a casi todos los demás: Maia y Bat, Isabelle envuelta en un vestido plata, Alec muy serio en un traje oscuro y Jace, que, desafiante, había perdido la corbata por algún lado, seguramente por los arbustos cercanos. Incluso Robert y Maryse se hallaban allí, como correspondía. Clary no tenía ni idea de lo que pasaba con su relación, y no quería preguntárselo a nadie.

Se dirigió hacia la carpa blanca más grande, donde se había preparado una cabina de DJ para Bat, y algunos de los lobos y otros invitados estaban abriendo espacio para bailar. Las mesas tenían largos manteles blancos sobre los que habían colocado la porcelana antigua de la granja. Luke la había reunido durante años de recorrer los mercadillos de los pueblos cercanos. Nada hacía juego con nada; los vasos eran antiguos tarros de mermelada y los centros de mesa consistían en tréboles y pequeñas margaritas azules cogidas a mano flotando en cuencos de cerámica desparejados. Clary pensó que era la boda más bonita que había visto.

Una larga mesa estaba preparada con las copas de champán. Jace se hallaba cerca de ella, y cuando la vio, alzó una copa y le guiñó un ojo. Se había decantado por un *look* descuidado: chaqueta arrugada, cabello revuelto y sin corbata. Ya tenía la piel dorada por el inicio del verano, y era tan guapo que a Clary le dolía el corazón con solo verlo.

Estaba junto a Isabelle y Alec. Ella estaba espectacular con el cabello recogido en un moño bajo. Clary sabía que nunca sería capaz de conseguir esa elegancia, y no le importaba. Isabelle era Isabelle, y Clary agradecía su existencia, que hacía el mundo un poco más fiero con cada una de sus sonrisas. En ese momento, Isabelle lanzó un silbido mirando al otro lado de la tienda.

—Mirad eso.

Clary miró… y volvió a mirar. Vio una chica que parecía tener unos diecinueve años; lucía una melena castaña y tenía un rostro dulce. Llevaba un vestido verde, un poco anticuado, y un collar de jade al cuello. Clary la había visto antes, en Alacante, hablando con Magnus en la fiesta de la Clave en la plaza del Ángel.

Daba la mano a un muchacho muy guapo de despeinado cabello negro. A él lo conocía, y se lo veía alto y larguirucho en un elegante traje negro con una camisa blanca que remarcaba sus prominentes pómulos. Mientras Clary los observaba, él se inclinó para susurrar algo a la chica, y a ella se le iluminó el rostro con una sonrisa.

—El hermano Zachariah —dijo Isabelle—. ¡Meses de enero a diciembre del calendario sexy de los Hermanos Silenciosos! ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Hay un calendario sexy de los Hermanos Silenciosos? —preguntó Alec—. ¿Y lo venden?

—Oh, calla ya. —Isabelle le dio un codazo—. Magnus llegará en cualquier momento.

—¿Dónde está Magnus? —preguntó Clary.

Isabelle sonrió desde detrás de su copa.

—Tenía que hacer un recado.

Clary buscó de nuevo con la mirada a Zachariah y a la chica, pero se habían perdido entre la gente. Ojalá que no, porque había algo en esa chica que la fascinaba. En aquel momento, Jace le rodeó la cintura con el brazo mientras dejaba su copa.

—Ven a bailar conmigo —le pidió él.

Clary miró hacia el escenario. Bat estaba en su puesto de DJ, pero aún no sonaba la música. Alguien había colocado un piano vertical en el rincón, y Catarina Loss, con la piel azul brillante, estaba jugueteando con las teclas.

—No hay música —protestó Clary.

Jace le sonrió.

—No la necesitamos.

—Y… este es el momento en que nos marchamos —dijo Isabelle, y cogió a Alec por el codo y lo arrastró entre la gente. Jace le sonrió.

—Isabelle es alérgica a la sensiblería —comentó Clary—. Pero, de verdad, no podemos bailar sin música. Todos se nos quedarían mirando…

—Entonces vayamos a donde no nos vean —contestó Jace, y salieron de la carpa. Era lo que Jocelyn llamaba «la hora azul», cuando todo quedaba bañado en la luz del ocaso. La carpa blanca parecía una estrella y la hierba era suave, cada brizna brillante como la plata.

Jace se le pegó por detrás, acoplando su cuerpo al de ella, rodeándole la cintura con los brazos, rozándole la nuca con los labios.

—Podríamos ir a la casa —propuso—. Hay dormitorios.

Ella se volvió y le dio un empujón en el pecho.

—Es la boda de mi madre —le recordó—. No vamos a acostarnos. En absoluto.

—Pero «en absoluto» es mi forma favorita de practicar el sexo.

—La casa está llena de vampiros —le dijo ella alegremente—. Los han invitado y llegaron anoche. Están esperando dentro a que baje el sol.

—¿Luke ha invitado a los vampiros?

—Lo ha hecho Maia. Un gesto de paz. Están intentando llevarse bien.

—Sin duda los vampiros respetarían nuestra intimidad.

—Sin duda que no —replicó Clary. Lo apartó con firmeza del camino de la casa y lo llevó hacia un grupo de árboles. Era sombrío y oculto, el suelo de tierra y raíces, menta salvaje con florecitas blancas estrelladas que crecía en ramilletes alrededor de los árboles.

Clary apoyó la espalda en un árbol y tiró de Jace hacia sí, para que se apretara contra ella, con las manos a ambos lados de los hombros, encerrándola entre sus brazos. Le pasó las manos por la fina tela de la chaqueta.

—Te amo.

Él la miró.

—Creo que sé lo que quería decir madame Dorothea —repuso—. Cuando dijo que me enamoraría de la persona equivocada.

Clary abrió mucho los ojos. Se preguntó si estaba a punto de ser rechazada. En tal caso, tendría una cosa o dos que decir sobre la oportunidad de Jace, después de que lo ahogara en el lago.

Este respiró hondo.

—Haces que me cuestione a mí mismo —explicó—. Siempre, todos los días. Me educaron para creer que tenía que ser perfecto. El guerrero perfecto, el hijo perfecto. Incluso cuando fui a vivir con los Lightwood, pensé que tenía que ser perfecto, porque de otro modo me echarían de allí. No creía que el amor fuera acompañado del perdón. Y entonces llegaste tú, e hiciste trizas todo lo que yo había creído, y comencé a verlo todo de un modo diferente. Tenías… tanto amor, tanto perdón y tanta fe… Así que comencé a pensar que quizá me merecía esa fe. Que no tenía que ser perfecto; bastaba con que lo intentara. —Bajó los párpados. Clary podía ver el leve latido de su pulso en la sien, y notó su tensión—. Así que creo que eras la persona equivocada para el Jace que era entonces, pero no para el Jace que soy ahora, el Jace que me has ayudado a ser. Quien, por cierto, es un Jace que me gusta mucho más que el de antes. Me has cambiado para mejor, e incluso si me dejaras seguiría teniendo eso. —Se calló un instante —. No es que tengas que dejarme, claro —añadió rápidamente, y apoyó la frente en la de ella—. Di algo, Clary.

Jace tenía las manos en los hombros de ella, cálidas contra la fría piel. Clary las sintió temblar. Los ojos de Jace eran dorados incluso bajo la luz azul del ocaso. Clary recordó que hubo un tiempo en que los encontraba duros y distantes, incluso inquietantes, pero después se dio cuenta de que a lo que miraba era a un sofisticado escudo producto de diecisiete años de autoprotección. Diecisiete años de proteger su corazón.

—Estás temblando —dijo ella, con cierto asombro.

—Tú me haces temblar —contestó él. Su aliento le rozó la mejilla a Clary mientras le pasaba las manos por los brazos desnudos—, siempre… siempre.

—¿Puedo explicarte un aburrido dato científico? —susurró ella—. Apuesto a que no lo aprendiste en las clases de historia de los cazadores de sombras.

—Si estás tratando de distraerme para que no hable de mis sentimientos, no estás siendo demasiado sutil. —Le acarició el rostro—. Ya sabes que yo

suelto discursos. Pero no tienes por qué hacerlos tú también. Basta con que me digas que me quieres.

—No trato de distraerte. —Alzó la mano y agitó los dedos—. Hay cien billones de células en el cuerpo humano —explicó—. Y cada una de esas células de mi cuerpo te ama. Las células se mueren y nacen otras nuevas, y mis células nuevas te aman más que las antiguas, y por eso te amo cada día más que el anterior. Es pura ciencia. Y cuando muera y me incineren, y me convierta en cenizas que se mezclen con el aire, y sea parte del suelo, de los árboles y las estrellas, cualquiera que respire el aire o vea las flores que crecen en la tierra o mire las estrellas, te recordará y te amará, porque así es como te amo yo. —Sonrió—. ¿Qué tal el discurso?

Él la miró, incapaz de hablar por primera vez en su vida. Antes de que pudiera responderle, ella se puso de puntillas para besarlo; una casta presión de labios sobre labios al principio, pero enseguida él le separó los labios con los suyos, y le acarició la boca con la lengua. Ella notó su sabor: la dulzura de Jace especiada con el champán. Jace le acariciaba la espalda con las manos, por encima de las vértebras, los tirantes de seda del vestido, los desnudos omoplatos, apretándola contra sí. Ella le metió las manos bajo la chaqueta y se preguntó si quizá deberían ir a la casa después de todo, aunque estuviera llena de vampiros…

—Interesante —dijo una voz divertida, y Clary se apartó rápidamente de Jace. Vio a Magnus en un claro entre dos árboles, su alta silueta recortada por la luz de luna. Había evitado nada especialmente escandaloso e iba vestido con un traje negro perfectamente bien cortado que parecía una mancha de tinta contra el cielo del ocaso.

—¿Interesante? —repitió Jace—. Magnus, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscaros —contestó Magnus—. Hay algo que creo que debéis ver.

Jace cerró los ojos como si tratara de no perder la paciencia.

—ESTAMOS OCUPADOS.

—Ya lo veo —replicó Magnus—. ¿Sabes?, la vida es muy corta, pero no tan corta. Puede ser bastante larga, y tenéis toda la vida para pasarla

juntos, así que os sugiero muy en serio que vengáis conmigo, porque si no, lo vais a lamentar.

Clary se apartó del árbol y cogió a Jace de la mano.

—De acuerdo —dijo.

—¿De acuerdo? —soltó Jace, dejándose llevar—. ¿Lo dices en serio?

—Confío en Magnus —contestó Clary—. Si es importante, es importante.

—Y si no lo es, lo ahogaré en el lago —replicó Jace, como un eco de la idea que Clary había tenido antes. Ella ocultó una sonrisa en la oscuridad.

Alec se hallaba en un extremo de la carpa, viendo bailar a la gente. Del sol solo quedaba una raya roja pintada en el distante cielo, y los vampiros habían salido de la casa y se habían unido a la fiesta. Algunos discretos arreglos se habían llevado a cabo para complacer sus gustos, y se mezclaban entre los otros sujetando largas copas de metal que habían cogido de la mesa del champán y cuya opacidad ocultaba el líquido que contenían.

Lily, la líder del clan de vampiros de Nueva York, estaba al piano. Pulsaba las teclas de marfil y llenaba el espacio con los sonidos del jazz.

—Me ha parecido una ceremonia encantadora —dijo una voz al oído de Alec, por encima de la música.

Este se volvió y vio a su padre, con su enorme mano alrededor de una frágil copa de champán, mirando a los invitados. Robert era un hombre grande, de anchos hombros. Los trajes nunca le habían quedado bien: parecía un escolar demasiado crecido al que un insistente padre ha obligado a ponerse un traje.

—Hola —lo saludó Alec. Vio a su madre, al otro lado de la carpa, hablando con Jocelyn. Maryse tenía más mechones grises en el cabello de los que él recordaba, y se la veía elegante, como siempre—. Ha sido un detalle que vinieras —añadió sin muchas ganas. Sus padres habían estado casi dolorosamente agradecidos de que Isabelle y él regresaran con ellos después de la Guerra Oscura, demasiado agradecidos para estar enfadados o

reñirlos. Demasiado agradecidos para que Alec les hablara mucho a ninguno de ellos sobre Magnus. Cuando su madre regresó a Nueva York, él recogió el resto de sus cosas del Instituto y se trasladó al *loft* de Brooklyn. Seguía yendo al Instituto casi todos los días y veía a su madre muy a menudo, pero Robert se había quedado en Alacante, y Alec no había tratado de ponerse en contacto con él—. Fingir ser atento con mamá y todo eso… Muy bien.

Alec vio que su padre se encogía, incómodo. Había intentado ser amable, pero no le solía salir bien. Siempre parecía estar mintiendo.

—No fingimos ser atentos —repuso Robert—. Sigo amando a tu madre. Nos queremos. Pero… no podemos estar casados. Deberíamos habernos separado antes. Estábamos seguros de estar haciendo lo correcto. Nuestras intenciones eran buenas.

—El camino al Infierno —replicó Alec, escueto, y miró su copa.

—A veces —continuó Robert—, eliges con quién quieres estar cuando eres demasiado joven, y luego cambias, y la otra persona no cambia contigo.

Alec respiró hondo y lento; de repente le hervía la sangre en las venas.

—Si eso va dirigido a Magnus y a mí, te lo puedes ahorrar —replicó—. Perdiste el derecho a cualquier jurisdicción sobre mí y mis relaciones cuando dejaste muy claro que, por lo que a ti respecta, un cazador de sombras gay no es realmente un cazador de sombras. —Dejó la copa sobre un altavoz cercano—. No me interesa…

—Alec. —Algo en la voz de Robert hizo que Alec se volviera. No parecía enfadado, solo… hundido—. Es verdad, dije… cosas imperdonables. Lo sé. Pero siempre he estado orgulloso de ti, y no lo estoy menos ahora.

—No te creo.

—Cuando tenía tu edad, o incluso menos, tuve un *parabatai* —explicó Robert.

—Sí, Michael Wayland —repuso Alec, sin importarle si sonaba áspero, sin importarle la expresión del rostro de su padre—. Lo sé. Por eso acogiste

a Jace. Siempre he pensado que no debíais de estar demasiado unidos. No parecías echarlo mucho de menos, o que te importara que estuviera muerto.

—No creía que estuviera muerto —contestó Robert—. Sé que puede ser difícil de entender; nuestro lazo se cortó por la sentencia de exilio que dictó la Clave, pero incluso antes nos habíamos ido distanciando. Pero hubo un tiempo en el que estábamos muy unidos, los mejores amigos. Hubo un tiempo en que me dijo que me amaba.

Algo en el énfasis que su padre puso en esas palabras llamó la atención de Alec.

—¿Michael Wayland estaba enamorado de ti?

—No fui… muy amable con él al oír eso —confesó Robert—. Le dije que no me lo volviera a decir nunca. Tuve miedo, y lo dejé solo con sus pensamientos, sentimientos y miedo, y nunca volvimos a estar tan unidos como antes. Acogí a Jace para reparar, en cierta medida, lo que había hecho, pero sé que no se puede reparar. —Miró a Alec; sus oscuros ojos eran firmes—. Crees que me avergüenzo de ti, pero me avergüenzo de mí mismo. Te miro, y veo el espejo de mi propia crueldad hacia alguien que jamás se la mereció. En nuestros hijos volvemos a encontrarnos. Alec, tú eres mucho mejor hombre de lo que yo fui, o nunca seré.

Alex se quedó helado. Recordó su sueño en el reino de los demonios, su padre diciéndoles a todos lo valiente que era, el gran cazador de sombras y guerrero que era su hijo, pero nunca se había imaginado a su padre diciéndole que era una buena persona.

En cierto modo, era mucho mejor.

Robert lo miraba con claras arrugas de tensión en los ojos y la boca. Alec no pudo evitar preguntarse si alguna vez le habría contado a alguien lo de Michael, y lo que le habría costado contárselo a él.

Le puso la mano a su padre en el brazo, un roce ligero, pero era la primera vez que lo había tocado voluntariamente en meses, y luego dejó caer la mano.

—Gracias —le dijo—. Por decirme la verdad.

No era un perdón, exactamente, pero sí un comienzo.

La hierba estaba húmeda por el fresco de la noche que comenzaba. Clary notaba el frío atravesándole las sandalias mientras volvía a la carpa con Jace y Magnus. Veía las filas de mesas que estaban preparando, los destellos de la porcelana y la plata. Todos estaban ayudando, incluso la gente que ella solía creer que eran los más inaccesibles: Kadir, Jia, Maryse.

Llegaba música desde la carpa. Bat estaba tumbado en la cabina de DJ, pero alguien interpretaba jazz al piano. Vio a Alec junto a su padre, hablando seriamente, y luego la gente se separó y vio pasar varios rostros familiares: Maia y Aline charlando, e Isabelle cerca de Simon, que parecía un poco incómodo…

¡Simon!

Clary se quedó clavada en el sitio. El corazón le dio un salto, y luego otro; notó calor y frío por todas partes, como si estuviera a punto de desmayarse. No podía ser Simon, tenía que ser otra persona. Algún otro chico delgaducho con cabello castaño alborotado y gafas, pero llevaba la misma camisa desteñida con la que lo había visto por la mañana, y el pelo seguía estando demasiado largo y le caía sobre la cara, y le estaba sonriendo con cierta inseguridad desde el otro lado, y era Simon, y era Simon, y era Simon.

Ni siquiera recordaba haber comenzado a correr, pero de repente Magnus le puso la mano en el hombro y la sujetó como una tenaza de hierro.

—Ten cuidado —le dijo—. No lo recuerda todo. He podido devolverle algunos recuerdos, no muchos. El resto tendrá que esperar, pero Clary… recuerda que no recuerda. No esperes nada.

Debió de asentir, porque Magnus la soltó, y luego se encontró corriendo hacia la carpa y se lanzó sobre Simon con tanta fuerza que este se tambaleó hacia atrás y casi cayó al suelo.

«Ya no tiene la fuerza de un vampiro; tómatelo con calma, con calma», le decía su cabeza, pero el resto no escuchaba. Lo había rodeado con los brazos, y medio sollozaba con el rostro enterrado en su abrigo.

Sabía que Isabelle, Jace y Maia estaban cerca, y también Jocelyn, que se acercó a toda prisa. Clary se apartó de Simon lo suficiente para mirarlo a la cara. Y era sin duda Simon. Tan cerca que le veía las pecas de la mejilla izquierda, la pequeña cicatriz en el labio de un accidente jugando al fútbol a los nueve años.

—Simon —susurró, y luego le preguntó—: ¿Me… me conoces? ¿Sabes quién soy?

Él se subió las gafas. La mano le temblaba un poco.

—Yo… —Miró alrededor—. Es como una reunión familiar en la que no conozco a nadie pero todos me conocen —dijo—. Es…

—¿Apabullante? —lo ayudó Clary. Intentó disimular su decepción, en lo más profundo, de que él no la reconociera—. No pasa nada si no me reconoces. Tenemos tiempo.

La miró. Había incerteza y esperanza en su expresión, y una mirada un tanto perpleja, como si acabara de despertarse de un sueño y no supiera muy bien dónde se hallaba. Luego sonrió.

—No lo recuerdo todo —contestó—, aún no, pero te recuerdo a ti. —Levantó la mano y le tocó el anillo de oro que ella llevaba en el dedo índice, el metal de las hadas caliente al tacto—. Clary —dijo Simon—. Eres Clary. Eres mi mejor amiga.

Alec subió la colina hasta donde se hallaba Magnus, en el camino desde el que se veía la carpa. Estaba apoyado en un árbol, con las manos en los bolsillos, y Alec se puso junto a él para observar cómo Simon, tan perplejo como un patito recién nacido, era rodeado por sus amigos: Jace, Maia y Luke, e incluso Jocelyn, llorando de alegría mientras lo abrazaba. Solo Isabelle permanecía apartada del grupo, con las manos cogidas ante sí, el rostro casi carente de expresión.

—Casi dirías que no le importa —comentó Alec, mientras Magnus le ponía bien la corbata. Magnus lo había ayudado a elegir el traje, y estaba muy orgulloso de que tuviera una fina raya azul que realzaba los ojos de Alec—. Pero estoy seguro de que sí.

—No te equivocas —repuso Magnus—. Le importa muchísimo; por eso se ha quedado aparte.

—Te preguntaría qué has hecho, pero no estoy seguro de querer saberlo —dijo Alec, y se apoyó en Magnus, agradeciendo el sólido calor del cuerpo que había tras él. Magnus apoyó la barbilla en el hombro de Alec, y por un momento permanecieron inmóviles, mirando la carpa y la escena de feliz caos que se desarrollaba en su interior—. Has sido muy bueno haciéndolo.

—Se toma la decisión que se tiene que tomar en cada momento —le dijo Magnus al oído—. Y se espera que no haya consecuencias, o al menos, que no sean graves.

—No crees que tu padre se enfade, ¿verdad? —dijo Alec, y Magnus soltó una seca carcajada.

—Tiene muchas más cosas en las que fijarse que en mí —le contestó Magnus—. ¿Y tú qué? Te he visto hablando con Robert.

Alec notó que Magnus se tensaba cuando le repitió lo que su padre le había dicho.

—¿Sabes?, eso no me lo habría imaginado —declaró Magnus cuando Alec acabó—. Y conocí a Michael Wayland. —Alex notó cómo se encogía de hombros—. Para que veas. «El corazón nunca aprende», y todo eso.

—¿Qué crees? ¿Debería perdonarlo?

—Creo que lo que te ha dicho ha sido una explicación, pero no excusa el modo en que se comportó. Si lo perdonas, hazlo por ti, no por él. Estar enfadado es una pérdida de tu tiempo —contestó Magnus—, cuando eres una de las personas más cariñosas que conozco.

—¿Es por eso que me perdonaste? ¿Por mí o por ti? —preguntó Alec, sin enfado, solo por curiosidad.

—Te perdoné porque te amo y odio estar sin ti. Yo lo odio, mi gato lo odia. Y porque Catarina me convenció de que estaba siendo un estúpido.

—Humm. Me cae bien.

Magnus lo rodeó con los brazos y le puso las manos sobre el pecho, como si le buscara los latidos del corazón.

—Y tú me perdonaste. Por no ser capaz de hacerte inmortal o por no dejar mi propia inmortalidad.

—No hay nada que perdonar —contestó Alec—. No quiero vivir eternamente. —Puso una de las manos sobre las de Magnus y entrelazó los dedos con los suyos—. Quizá no tengamos mucho tiempo. Envejeceré y moriré. Pero te prometo que no te dejaré hasta entonces. Es la única promesa que puedo hacer.

—Hay muchos cazadores de sombras que no llegan a viejos —le dijo Magnus secamente. Alec notó el latido de su pulso. Era raro ver a Magnus así, sin las palabras que le solían resultar tan fáciles.

Alex se volvió entre los brazos de Magnus para mirarlo, absorbiendo todos los detalles de los que nunca se cansaba: los angulosos huesos de su rostro, el verde dorado de sus ojos, la boca que siempre parecía estar a punto de sonreír, aunque en ese momento parecía preocupado.

—Incluso si solo fueran días, querría pasarlos todos contigo. ¿Significa eso algo?

—Sí —contestó Magnus—. Significa que de ahora en adelante tenemos que hacer que cada día sea importante.

Estaban bailando.

Lily estaba tocando algo lento y suave en el piano, y Clary se movía entre los otros invitados a la boda con los brazos de Jace envolviéndola. Era exactamente la clase de baile que le gustaba: no demasiado complicado, sobre todo era cuestión de coger a tu pareja y no hacer nada para que tropezara.

Tenía la mejilla apoyada en la pechera de la camisa de Jace, la tela arrugada bajo su piel. Sus manos jugueteaban con los rizos que se le habían escapado a ella del moño y le recorrían la nuca. No pudo evitar recordar un sueño que había tenido hacía mucho, en el que bailaba con Jace en la Sala de los Acuerdos. En aquel entonces, él era muy reservado, a menudo frío. A veces se sorprendía cuando lo miraba, le sorprendía que fuera el mismo Jace.

«El Jace que me has ayudado a ser —le había dicho—. Un Jace que me gusta mucho más».

Pero no era el único que había cambiado; ella también había cambiado. Abrió la boca para decírselo cuando alguien la tocó en el hombro. Era su madre, sonriéndoles a ambos.

—Jace —dijo Jocelyn—. ¿Te puedo pedir un favor?

Jace y Clary dejaron de bailar. Ninguno dijo nada. A Jocelyn le gustaba más Jace en los últimos seis meses de lo que le había gustado antes; Clary incluso se habría atrevido a decir que le tenía cariño, pero seguía sin estar encantada con su novio cazador de sombras.

—Lily está cansada de tocar, pero todos están disfrutando mucho con el piano… y tú lo tocas, ¿verdad? Clary me dijo que tenías mucho talento. ¿Tocarías para nosotros?

Jace lanzó una mirada a Clary, tan rápida que ella la vio solo porque lo conocía lo suficiente como para esperársela. Tenía unos modales exquisitos, cuando decidía emplearlos. Sonrió a Jocelyn como un ángel y se dirigió hacia el piano. Un momento después, los acordes de música clásica llenaron la carpa.

Tessa Gray y el chico que había sido el hermano Zachariah estaban sentados al fondo de la mesa y observaban los ágiles dedos de Jace Herondale sobre el piano. Jace no llevaba corbata y tenía la camisa medio desabrochada, su rostro era un ejemplo de concentración mientras se abandonaba con pasión a la música.

—Chopin. —Tessa identificó lo que estaba tocando y sonrió—. Me pregunto… me pregunto si la pequeña Emma Carstairs tocará el violín algún día.

—Cuidado —dijo su compañero con la risa bailándole en la voz—. No puedes forzar esas cosas.

—Es duro —repuso ella, mientras lo miraba con intensidad—. Me gustaría que pudieras explicarle más sobre la conexión que hay entre vosotros, para que no se sintiera tan sola.

El pesar se dibujó en las comisuras de la boca del antiguo hermano Zachariah.

—Ya sabes que no puedo. Aún no. Le di una pista. Eso es todo lo que puedo hacer.

—Estaremos pendientes de ella —dijo Tessa—. Siempre estaremos pendientes de ella. —Le tocó las marcas en la mejilla, reliquias del tiempo en que había sido un Hermano Silencioso, casi con reverencia—. Recuerdo que dijiste que esta era una historia de Lightwoods, Herondales y Fairchilds, y lo es, y también de Blackthorns y Carstairs, y es increíble verlos. Pero cuando lo hago, es como si viera el pasado que se extiende tras ellos. Miro a Jace Herondale tocar y veo el fantasma que se alza en la música. ¿Tú no?

—Los fantasmas son recuerdos, y cargamos con ellos porque aquellos a los que amamos no dejan este mundo.

—Sí —asintió ella—. Pero me gustaría que él estuviera aquí para ver esto con nosotros, solo aquí, con nosotros, una vez más.

Tessa notó la aspereza de su negro cabello cuando él se inclinó para besarle los dedos suavemente, un gesto cortés de una época pasada.

—Está con nosotros, Tessa. Puede vernos. Eso es lo que creo. Lo percibo, del mismo modo que solía saber si estaba triste, o enfadado, o solo, o feliz.

Ella se tocó el brazalete de perlas que llevaba en la muñeca y luego lo tocó a él, con dedos ligeros y cariñosos.

—¿Y ahora cómo está? —susurró—. ¿Feliz, melancólico, triste o solo? No me digas que se siente solo. Porque debes de saberlo. Siempre lo sabías.

—Está feliz, Tessa. Le alegra vernos juntos, como siempre me alegró veros juntos a vosotros. —Sonrió, con esa sonrisa que contenía toda la verdad del mundo, y le soltó los dedos mientras se recostaba en la silla. Dos personas se estaban acercando a ellos: una mujer alta y pelirroja y una chica con el mismo cabello y ojos verdes—. Y hablando del pasado —dijo él—. Creo que hay alguien que quiere hablar contigo.

Clary estaba observando divertida a *Iglesia* cuando su madre se puso a su lado. Habían engalanado al gato con una docena de campanitas de boda, y

él, en un ataque de venganza rabiosa, estaba royendo una de las patas del piano.

—Mamá —dijo Clary con suspicacia—. ¿Qué vas a hacer?

Su madre le acarició el cabello, cariñosa.

—Hay alguien a quien quiero que conozcas —contestó, y la cogió de la mano—. Ha llegado la hora.

—¿La hora? ¿La hora de qué? —Clary permitió que la llevara, solo protestando a medias, hasta una mesa cubierta con un mantel blanco al fondo de la carpa. Ante ella estaba sentada la chica con el cabello castaño que había visto antes. La muchacha miró a Clary mientras esta se acercaba. El hermano Zachariah se estaba poniendo en pie. Sonrió a Clary y se fue al otro lado de la carpa a hablar con Magnus, que había bajado la colina con Alec, cogidos de la mano.

—Clary —dijo Jocelyn—, quiero que conozcas a Tessa.

—Isabelle.

Esta alzó la mirada. Había estado apoyada contra el piano, dejando que la música de Jace (y el vago ruido de *Iglesia* royendo la madera) la sosegara. Era música que le recordaba su infancia, a Jace pasando las horas en la sala de música, llenando las salas del Instituto con una cascada de notas.

Era Simon. Se había desabrochado la chaqueta vaquera por el calor que hacía en la carpa, y ella le vio el rubor y la incomodidad en las mejillas. Había algo extraño en eso, un Simon que se sonrojaba y tenía calor y frío, y crecía y se alejaba… de ella.

Él la miró con curiosidad. Isabelle vio un cierto reconocimiento en esa mirada, pero no era total. No era el modo en que Simon la había mirado antes, y añoró ese dulce dolor y la sensación de que había alguien que la veía a ella, veía a Isabelle, la Isabelle que se presentaba al mundo y la Isabelle que se ocultaba entre las sombras, donde solo unos pocos la podían ver.

Simon había sido uno de esos pocos. En ese momento era… otra cosa.

—Isabelle —repitió, y ella notó que Jace los miraba con curiosidad mientras sus manos volaban sobre las teclas del piano—. ¿Bailas conmigo?

Ella suspiró y asintió.

—Muy bien —asintió, y lo dejó que la llevara a la pista. Con los tacones, Isabelle era tan alta como él; sus ojos se encontraban al mismo nivel. Tras las gafas, sus ojos eran del mismo color de café.

—Me han dicho —comenzó Simon, y se aclaró la garganta—, o al menos me ha dado la sensación, de que tú y yo…

—No —lo cortó ella—. No hables de eso. Si no lo recuerdas, entonces no quiero oírlo.

Simon tenía una mano en su hombro y la otra en la cintura. Ella le notaba la piel caliente, no fría, como la recordaba. Parecía increíblemente humano, y frágil.

—Pero quiero recordarlo —dijo, y ella se acordó de lo argumentativo que siempre había sido. Al menos eso no había cambiado—. Recuerdo partes… No es que no sepa quién eres, Isabelle.

—Tú me llamarías Izzy —replicó ella, y de repente se sintió muy cansada—. Izzy, no Isabelle.

Simon se inclinó hacia ella, e Isabelle notó su aliento en el cabello.

—Izzy —dijo él—. Recuerdo haberte besado.

Ella se estremeció.

—No, no lo recuerdas.

—Sí, lo recuerdo —afirmó. Le pasó las manos por la espalda y le acarició con los dedos el espacio justo bajo el omoplato, lo que siempre la hacía retorcerse—. Iban pasando los meses —continuó él en voz baja—, y nada acababa de cuadrar. Siempre he tenido la sensación de que me faltaba algo. Y ahora sé lo que era: todo esto, pero también eras tú. No lo recordaba durante el día, pero soñaba contigo por las noches, Isabelle.

—¿Soñabas con nosotros?

—Solo contigo. La chica de los ojos oscuros, oscuros. —Le rozó las puntas de la melena—. Magnus me ha dicho que yo era un héroe —continuó—. Y veo en tu rostro cuando me miras que estás buscando a ese tipo. El tipo que conocías que era un héroe, que hizo grandes cosas. No

recuerdo haber hecho esas cosas. No sé si eso hace que ya no sea un héroe. Pero me gustaría intentar volver a serlo. Ser ese tipo que puede besarte porque se lo ha ganado. Si tienes la paciencia suficiente para dejarme intentarlo.

Todo eso era tan de Simon… Isabelle lo miró, y por primera vez sintió que el pecho se le hinchaba de esperanza, y no quiso moverse ni un centímetro para no perder aquella sensación.

—Quizá te deje —respondió ella—. Intentarlo, me refiero. No puedo prometerte nada.

—No esperaría que lo hicieras. —Su rostro se iluminó, y ella vio la sombra de un recuerdo movérsele tras los ojos—. Eres una rompecorazones, Isabelle Lightwood. Al menos eso sí lo recuerdo.

—Tessa es una bruja —dijo Jocelyn—, aunque una bruja de una clase muy especial. ¿Recuerdas lo que te conté, cuando te expliqué que estaba asustada por cómo hacer el hechizo que todos los cazadores de sombras reciben al nacer? ¿El hechizo de protección? ¿Y que el hermano Zachariah y una bruja me ayudaron con la ceremonia? Esta es la bruja de la que te hablaba: Tessa Gray.

—Me dijiste que fue de ahí de donde sacaste la idea para el nombre de Fray. —Clary se sentó frente a Tessa en la mesa redonda—. F de Fairchild —dijo al darse cuenta—. Y el resto de Gray.

Tessa sonrió y se le iluminó el rostro.

—Fue un honor.

—Eras un bebé. No lo recordarías —dijo Jocelyn, pero Clary pensó en que Tessa le había resultado familiar la primera vez que la vio, y ahora no estaba tan segura de no recordar.

—¿Por qué me estás contando esto ahora? —preguntó Clary, mirando a su madre, que se hallaba de pie junto a su silla y le daba vueltas ansiosamente a su anillo de bodas recién estrenado—. ¿Por qué no antes?

—Le había pedido estar presente cuando te lo dijera, si era posible —contestó en su lugar Tessa; su voz era musical, suave y dulce, con un rastro

de acento inglés—. Y me temo que he estado separada de los cazadores de sombras durante un largo tiempo. Mis recuerdos de aquel tiempo son dulces y amargos, a veces más amargos que dulces.

Jocelyn besó a Clary en la cabeza.

—¿Por qué no habláis un rato? —sugirió, y se alejó hacia Luke, que estaba charlando con Kadir.

Clary miró la sonrisa de Tessa.

—Eres una bruja, pero eres amiga de un Hermano Silencioso. Más que amigos… Eso es un poco raro, ¿no?

Tessa apoyó el codo en la mesa. Un brazalete de perlas le brilló en la muñeca, y se lo tocó distraída, como por costumbre.

—Todo en mi vida es bastante fuera de lo corriente, pero claro, lo mismo se puede decir de la tuya, ¿no es cierto? —Le brillaron los ojos—. Jace Herondale toca muy bien el piano.

—Y lo sabe.

—Eso suena a Herondale —rio Tessa—. Debo decirte, Clary, que solo hace poco supe que Jace había decidido ser un Herondale y no un Lightwood. Ambas son familias honorables, y a ambas las he conocido, pero mi destino siempre ha estado más ligado a los Herondale. —Miró a Jace con cierta expresión melancólica—. Hay familias, los Blackthorn, los Herondale, los Carstairs, por las que siempre he sentido una especial inclinación; las he observado desde la distancia, aunque he aprendido a no interferir. Eso es en parte por lo que me retiré al Laberinto Espiral después del Alzamiento. Es un lugar tan lejano del mundo, tan escondido, que pensé que allí podría encontrar paz después de saber lo que les había pasado a los Herondale. Y luego, después de la Guerra Mortal, le pregunté a Magnus si debía acercarme a Jace, hablar con él de los Herondale pasados, pero él me dijo que le diera tiempo. Que el peso del conocimiento del pasado es una gran carga. Así que regresé al Laberinto. —Tragó saliva—. Ha sido un año oscuro, un año muy oscuro para los cazadores de sombras, para los subterráneos, para todos nosotros. Tanta muerte y dolor. En el Laberinto Espiral se oían rumores, y luego llegaron los Oscurecidos, y pensé que lo mejor que podía hacer para ayudar era encontrar una cura. Ojalá hubiera

podido encontrarla. A veces no es posible. —Miró a Zachariah y los ojos se le llenaron de una luz especial—. Pero claro que también, a veces, ocurren milagros. Zachariah me ha explicado cómo volvió a ser mortal. Me ha dicho que era «una historia de Lightwoods, Herondales y Fairchilds». —Miró de nuevo a Zachariah, que estaba ocupado acariciando a *Iglesia*. El gato se había subido a la mesa del champán y estaba tirando copas alegremente. Su mirada era de exasperación y cariño mezclados—. No sabes lo que eso significa para mí, lo mucho que agradezco lo que hiciste por mí… por Zachariah, lo que todos hicisteis por él.

—Fue Jace, más que nadie. Yo era… ¿Zachariah acaba de coger a *Iglesia*? —Clary miró asombrada. Zachariah sujetaba al gato, que parecía haberse quedado sin huesos, con la cola enrollada en el brazo del antiguo Hermano Silencioso—. ¡Ese gato odia a todo el mundo!

Tessa sonrió.

—Yo no diría a todo el mundo.

—Así que… ¿Zachariah es mortal ahora? —preguntó Clary—. ¿Solo… un cazador de sombras vulgar y corriente?

—Sí —contestó Tessa—. Él y yo hace mucho tiempo que nos conocemos. Nos encontrábamos una vez al año, a principios de enero. Este año, cuando llegó él, para mi sorpresa, volvía a ser mortal.

—¿Y no lo supiste hasta que apareció? Yo lo habría matado.

Tessa sonrió de medio lado.

—Bueno, eso habría hecho que perdiera toda la gracia. Y creo que no estaba seguro de cómo lo iba a recibir, mortal como es, ya que yo no lo soy. —Su expresión le recordó a Magnus, esa mirada de ojos viejos en un rostro joven; le recordó una tristeza que era demasiado profunda para que pudieran entenderla los que solo tenían una corta vida humana—. Envejecerá y morirá, y yo seguiré como soy. Pero ha tenido una larga vida, mucho más larga que la mayoría, y me entiende. Ni él ni yo tenemos la edad que aparentamos. Y nos queremos. Eso es lo importante.

Tessa cerró los ojos, y por un momento pareció perderse en las notas del piano.

—Tengo algo para ti —dijo al abrir los ojos, que eran grises, del color del agua de lluvia—. Para los dos; para ti y también para Jace. —Sacó algo del bolsillo y se lo tendió a Clary. Era un aro de plata, un anillo de familia, en el que destacaba un dibujo de pájaros en vuelo—. Este anillo perteneció a James Herondale. Es un auténtico anillo Herondale, muy antiguo. Si Jace ha decidido que desea ser un Herondale, debería llevarlo.

Clary cogió el anillo. Le cabía en el pulgar.

—Gracias —dijo—, aunque se lo podrías dar tú. Quizá sea el momento de hablar con él.

Tessa negó con la cabeza.

—Mira lo feliz que está —repuso—. Está decidiendo quién es y quién quiere ser, y disfrutando de ello. Debería contar con un poco más de tiempo para ser feliz así antes de que vuelva a tomar alguna carga. —Cogió algo que estaba en la silla, a su lado, y se lo tendió a Clary. Era una copia del *Códice del cazador de sombras*, encuadernado en terciopelo azul—. Esto es para ti. Estoy segura de que tienes el tuyo, pero a este le tengo mucho cariño. Hay una inscripción en el dorso. —Cuando le dio la vuelta al libro, Clary vio que había letras estampadas en oro sobre el terciopelo.

—«Servimos libremente porque amamos libremente» —leyó Clary, y miró a Tessa—. Gracias, es muy hermoso. ¿Estás segura de que me lo quieres regalar?

Tessa sonrió.

—Los Fairchild también me han sido muy queridos durante toda mi vida —explicó. Se inclinó sobre la mesa y el colgante de jade se balanceó—. También me siento ligada a ti por familia, tú que has perdido a tu padre y a tu hermano. Sé que te han juzgado como la hija de Valentine Morgenstern y ahora como la hermana de Jonathan. Siempre habrá los que quieran decirte quién eres teniendo solo en cuenta tu nombre o la sangre de tus venas. No dejes que otros decidan quién eres. Decídelo tú. —Miró a Jace, cuyas manos seguían bailando sobre el piano. La luz de las velas se le reflejaba como estrellas en el cabello y le hacía brillar la piel—. Esa libertad no es un regalo; es un derecho de nacimiento. Espero que Jace y tú la empleéis.

—Pareces tan seria, Tessa. No me asustes. —Era Zachariah, que se había puesto detrás de la silla de Tessa.

—¡No lo estoy! —exclamó ella riendo. Había inclinado la cabeza hacia atrás, y Clary se preguntó si así sería como se la veía a ella cuando miraba a Jace. Esperaba que sí. Era una mirada segura y feliz, la mirada de alguien que confía en el amor que da y el que recibe—. Solo le estaba dando un consejo.

—Suena aterrador. —Resultaba raro cómo la voz de Zachariah podía sonar tanto igual como diferente de cómo en otro tiempo llegaba a la cabeza de Clary. Ahora, al hablar, su acento inglés era más marcado que el de Tessa. También había risa en su voz cuando se inclinó y ayudó a Tessa a levantarse de la silla—. Me temo que debemos irnos; tenemos un largo camino por delante.

—¿Adónde vais? —preguntó Clary, sujetando el *Códice* con cuidado en el regazo.

—A Los Ángeles —contestó Tessa, y Clary recordó que había dicho que los Blackthorn eran una familia por la que tenía un especial interés. Clary se alegró de oírlo. Sabía que Emma y los niños estaban viviendo en el Instituto con el tío de Julian, pero la idea de que tuvieran a alguien especial pendiente de ellos, una especie de ángel guardián, era tranquilizador.

—Me alegro de haberte conocido —dijo Clary—. Muchas gracias. Por todo.

Tessa sonrió radiante y desapareció entre la gente, diciendo que iba a despedirse de Jocelyn. Zachariah recogió su abrigo y el chal de Tessa, mientras Clary lo miraba con curiosidad.

—Recuerdo que una vez me dijiste que habías amado a dos personas más que a nada en el mundo. ¿Era Tessa una de ellas?

—Es una de ellas —contestó, mientras se ponía el abrigo—. Nunca he dejado de amarla, ni a mi *parabatai*. El amor no acaba cuando alguien muere.

—¿Tu *parabatai*? ¿Perdiste a tu *parabatai*? —preguntó Clary, sintiendo un sincero dolor por él. Sabía lo que eso significaba para los nefilim.

—No en mi corazón, porque no lo he olvidado —contestó, y Clary oyó un susurro de la tristeza de siglos en su voz, y lo recordó en la Ciudad Silenciosa, un espectro de humo de pergamino—. Somos todos los fragmentos de lo que recordamos. Tenemos en nuestro interior las esperanzas y los temores de aquellos que nos aman. Mientras haya amor y memoria, no existe la auténtica pérdida.

Clary pensó en Max, en Amatis, en Raphael, en Jordan e incluso en Jonathan, y notó la quemazón de las lágrimas en la garganta.

Zachariah se colgó el chal de Tessa de los hombros.

—Dile a Jace Herondale que toca el Concierto número 2 de Chopin muy bien —dijo, y desapareció entre la gente en pos de Tessa. Clary se lo quedó mirando, sujetando con fuerza el anillo y el *Códice*.

—¿Alguien ha visto a *Iglesia*? —dijo una voz a su lado. Era Isabelle, cogida del brazo de Simon. Maia se hallaba junto a ellos, tratando de cerrar un pasador dorado en su rizado cabello—. Creo que Zachariah acaba de robarnos el gato. Juraría que lo he visto metiendo a *Iglesia* en el asiento trasero de un coche.

—Eso es imposible —replicó Jace, que apareció junto a Clary. Se había arremangado hasta los codos y estaba sonrojado por el esfuerzo de tocar el piano—. *Iglesia* odia a todo el mundo.

—No a todo el mundo —murmuró Clary sonriendo.

Simon miraba a Jace como si lo fascinara y al mismo tiempo lo asustara.

—¿Alguna vez… alguna vez… te he mordido?

Jace se tocó una cicatriz del cuello.

—No puedo creer que recuerdes eso.

—¿Acaso… rodamos en el fondo de un barco?

—Sí, me mordiste, sí. Y me gustó, sí. No volvamos a hablar de eso —contestó Jace—. Ya no eres un vampiro. Céntrate.

—Para ser justos, te diré que también mordiste a Alec —añadió Isabelle.

—¿Cuándo pasó eso? —preguntó Maia, mientras el rostro se le iluminaba divertido. Bat se acercó a ella por detrás, y sin decir nada, le

cogió el pasador de la mano y se lo puso bien en el pelo. Lo cerró fácilmente y dejó las manos por un instante sobre el cabello de Maia.

—Lo que ocurre en los reinos de los demonios se queda en los reinos de los demonios —repuso Jace. Miró a Clary—. ¿Quieres dar un paseo?

—¿Un paseo o un «paseo»? —preguntó Isabelle—. ¿Vais a…?

—Creo que deberíamos ir todos al lago —propuso Clary, y se puso en pie con el *Códice* en una mano y el anillo en la otra—. Es muy bonito, sobre todo por la noche. Me gustaría que mis amigos lo vieran.

—Lo recuerdo —dijo Simon, y le dedicó una sonrisa que hizo sentir a Clary que el corazón no le cabía en el pecho. Todos los veranos habían ido a la granja; esta siempre estaría ligada a Simon en el recuerdo de Clary. Que él la recordara la hizo mucho más feliz de lo que podía haber imaginado esa mañana.

Cogió a Jace de la mano mientras todos se alejaban de la carpa. Isabelle corrió para decirle a su hermano que buscara a Magnus y fueran con ellos. Antes Clary había querido estar sola con Jace, pero en ese momento quería estar con todos.

Había amado a Jace durante lo que le parecía mucho tiempo, lo amaba tanto que a veces había sentido como si fuera a morir por ello, porque era algo que necesitaba y no podía tener. Pero eso ya había desaparecido. A la desesperación la había sustituido la paz y una tranquila felicidad. Ya no sentía que cada momento que estaba con él había sido robado de la posibilidad del desastre, y ahora que podía imaginar toda una vida de momentos con él, tranquilos, divertidos, normales, relajados o amables, solo quería caminar hasta el lago con todos sus amigos y celebrar ese día.

Mientras bajaban al camino del lago, Clary miró hacia atrás. Vio a Jocelyn y a Luke en la carpa, mirándolos marchar. Vio a Luke sonreírle y a su madre alzar una mano y saludarla antes de volverla a bajar para dársela a su nuevo esposo. Con ellos había pasado lo mismo, años de separación y tristeza, y por fin tenían toda la vida para ellos. Toda una vida de momentos. Alzó la mano para devolverle el saludo a su madre y luego se apresuró a alcanzar a sus amigos.

Magnus estaba apoyado en el exterior del granero, observando a Clary y a Tessa conversar, cuando Catarina se acercó a él. Llevaba flores azules en el pelo que hacían juego con su piel de color azul zafiro. Él dirigió la mirada al campo, hacia donde el lago destellaba como el agua de una copa en la mano.

—Pareces preocupado —dijo Catarina mientras le ponía una amistosa mano en el hombro…—. ¿Qué pasa? Antes te he visto besándote con ese chico cazador de sombras, así que no puede ser eso.

Magnus negó con la cabeza.

—No. Con Alec todo está bien.

—También te he visto hablando con Tessa —continuó Catarina, mientras estiraba el cuello para mirar—. Resulta raro tenerla aquí. ¿Es eso lo que te preocupa? El pasado y el futuro coincidiendo; debe de ser un poco extraño.

—Quizá —repuso Magnus, aunque él no creía que lo fuera—. Viejos fantasmas, las sombras de lo que podría haber sido. Aunque siempre me gustaron Tessa y sus chicos.

—Su hijo era una buena pieza —dijo Catarina.

—Igual que su hija. —Magnus rio, aunque su risa sonaba tan frágil como una ramita en invierno—. Estos días noto el pasado pesándome mucho, Catarina. La repetición de antiguos errores. Oigo cosas, murmullos en el mundo subterráneo, el rumor de conflictos venideros. Los seres mágicos son orgullosos, los más orgullosos; no permitirán que la Clave los humille sin vengarse.

—Son orgullosos pero pacientes —remarcó Catarina—. Podrían esperar un largo tiempo, generaciones, para vengarse. No puedes temer que sea ahora, cuando la sombra puede tardar años en descender.

Magnus no la miró; estaba mirando a la carpa, donde Clary y Tessa seguían hablando, donde Alec se reía junto a Maia y Bat, donde Isabelle y Simon bailaban al son de la música que Jace tocaba al piano; las dulces

notas de Chopin le recordaron otro tiempo, y el sonido de un violín en Navidad.

—Ah —repuso Catarina—. Estás preocupado por ellos; te preocupa que la sombra descienda sobre los que amas.

—Ellos o sus hijos —repuso. Alec se había separado de los otros y subía por la colina hacia el granero. Magnus lo observó acercarse: una sombra oscura contra un cielo aún más oscuro.

—Mejor amar y temer que no sentir nada. Así es como nos petrificamos —dijo Catarina, y le tocó el brazo—. Siento lo de Raphael, por cierto. No había tenido la oportunidad de decírtelo. Sé que una vez le salvaste la vida.

—Y luego él me salvó a mí —explicó Magnus, y alzó la mirada cuando Alec llegó junto a ellos. El cazador de sombras inclinó cortésmente la cabeza ante Catarina.

—Magnus, vamos al lago —dijo él—. ¿Quieres venir?

—¿Por qué? —preguntó Magnus.

—Clary dice que es bonito —contestó él—. La verdad es que yo ya lo he visto antes, pero había un gran ángel alzándose de él, y eso me despistó un poco. —Le tendió la mano—. Vamos. Todos los demás van.

Catalina sonrió.

—*Carpe diem* —dijo a Magnus—. No pierdas el tiempo preocupándote. —Se cogió la falda y fue hacia los árboles, sus pies como flores azules sobre la hierba.

Magnus cogió la mano que le tendía Alec.

En el lago había luciérnagas. Iluminaban la noche con sus destellos parpadeantes, mientras el grupo extendía chaquetas y mantas, que Magnus extrajo de lo que él dijo que era la nada, aunque Clary sospechó que habían sido ilegalmente reclamadas de Bed Bath & Beyond.

El lago era una moneda de plata, y reflejaba el cielo y sus miles de estrellas. Clary oyó a Alec indicando los nombres de las constelaciones a Magnus: el León, el Arco, el Caballo Alado. Maia se había sacado los

zapatos y caminaba descalza por la orilla. Bat la había seguido, y mientras Clary los observaba, él le cogió la mano, vacilante.

Ella se lo permitió.

Simon e Isabelle estaban juntos, susurrando. De vez en cuando, Isabelle se reía. Su rostro se mostraba más brillante de lo que lo había estado en meses.

Jace se sentó en una de las mantas y tiró de Clary hacia sí. Le puso una pierna a cada lado. Ella apoyó la espalda contra su pecho, y notó el reconfortante latido del corazón de Jace contra la columna. Este la rodeó con los brazos y sus dedos rozaron el *Códice* que ella tenía en el regazo.

—¿Qué es eso?

—Un regalo, para mí. Y también hay uno para ti —dijo; le cogió la mano y le fue abriendo los dedos uno a uno hasta que quedó totalmente extendida. Le colocó el viejo anillo en la palma.

—¿Un anillo Herondale? —Parecía asombrado—. ¿Dónde lo has…?

—Había sido de James Herondale —respondió ella—. No tengo ningún árbol familiar a mano, así que no sé qué significa exactamente, pero sin duda era uno de tus antepasados. Recuerdo que dijiste que las Hermanas de Hierro tendrían que hacerte un nuevo anillo porque Stephen no te había dejado ninguno…, pues ahora ya lo tienes.

Él se puso el anillo en el dedo anular de la mano derecha.

—Siempre —dijo en voz baja—, siempre que creo que me falta una pieza de mí mismo, tú me la das.

No había palabras, así que ella no dijo nada; solo se volvió entre sus brazos y lo besó en la mejilla. Estaba muy guapo bajo el cielo nocturno, con las estrellas bañándolo con su luz, brillando en su cabello y en el anillo Herondale que le relucía en el dedo, un recordatorio de todo lo que había sido y de todo lo que llegaría a ser.

«Somos todos los trozos de lo que recordamos. Tenemos en nuestro interior las esperanzas y los temores de aquellos que nos aman. Mientras haya amor y memoria, no existe la auténtica pérdida».

—¿Te gusta el nombre de Herondale? —preguntó Jace.

—Es tu nombre, así que me encanta —contestó ella.

—Podría haber acabado con alguno de los nombre de cazadores de sombras que suenan bastante mal: Bloodstick, Ravenhaven.

—Bloodstick no puede ser un nombre.

—Quizá ya no esté nada de moda —reconoció—. Herondale, por otro lado, es melodioso. Armónico, podríamos decir. Piensa en cómo suenas: «Clary Herondale».

—Oh, Dios, suena horrible.

—Todos debemos sacrificarnos por amor. —Sonrió de medio lado y le cogió el *Códice*—. Es antiguo. Una edición antigua —dijo, dándole la vuelta—. La inscripción en el dorso es de Milton.

—Claro que lo sabes —repuso ella con cariño. Se apoyó contra él mientras Jace pasaba las hojas del libro. Magnus había encendido una hoguera, que ardía alegremente junto al lago, enviando chispas al cielo. El reflejo de las llamas corrió por el colgante escarlata de Isabelle cuando esta se volvió para decirle algo a Simon, y brilló en el agudo destello de los ojos de Magnus y por el agua del lago, convirtiendo las ondas en líneas de oro. Resaltó la inscripción escrita en el dorso del *Códice* mientras Jace se la leía en voz alta a Clary, su voz tan suave como música en la reluciente oscuridad.

Servimos libremente
porque amamos libremente, ya que es nuestro deseo
amar o no amar; y así nos alzamos o caemos.



CASSANDRA CLARE. Nació el 27 de Julio en Teherán, hija de padres estadounidenses. Antes de cumplir diez años de edad vivió en Suiza, Inglaterra y Francia. En sus años de instituto vivió en Los Ángeles y en Nueva York, donde trabajó en varias revistas de entretenimiento. Empezó a trabajar en su novela *Ciudad de hueso* en el año 2004, inspirada en el viaje urbano por Manhattan.

Antes de la publicación de *Ciudad de hueso*, Clare era conocida como escritora de *fanfiction* bajo el seudónimo de Cassandra Claire, muy parecido al que usa en la actualidad. Sus obras principales fueron *La trilogía de Draco*, que trata sobre una biografía del personaje ficticio de Draco Malfoy, perteneciente a la serie de libros *Harry Potter* y *El Diario muy secreto*, basada en la historia de *El señor de los anillos*. Claire fue considerada una gran fanática entre la comunidad de seguidores de *Harry Potter* y fue reconocida en varios periódicos, pero también ha sido acusada de plagio.

Clare adoptó el seudónimo de La bella Cassandra, en el que basó una novela épica durante el instituto.

NOTAS

[1] *Heron*; «garza», en castellano. Relacionadas con el apellido Herondale, el apellido de Jace. (*N. de la T.*) <<

Table of Contents